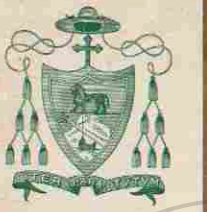
SERMONARIO

MEXICANO

1

BX890
B3
v.1

625



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Tyanensis

1080015568

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMONARIO MEXICANO

MISTERIOS DE JESUCRISTO

TOMO I

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMONARIO
MEXICANO
Ó
COLECCION DE SERMONES

PANEGÍRICOS, DOGMATICOS Y MORALES,
ESCRITOS POR LOS ORADORES MEXICANOS MAS NOTABLES,
ORDENADOS POR UN ECLESIASTICO
DE LA MITRA DE PUEBLA,
COLECCIONADOS Y PUBLICADOS

POR

Narciso Bassols.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

TOMO I.

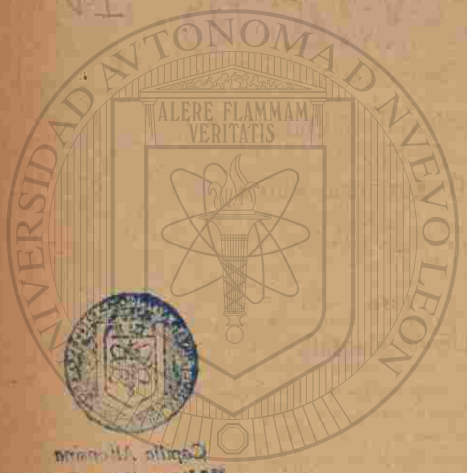
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tejeda

PUEBLA
Imprenta de Bassols hermanos, calle de Raboso núm. 8.
1889.

45239

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX890
B3
v.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DEDICATORIA.

AL SEÑOR

Pbro. D. Bartolome Rojas

CURA 1º DEL SAGRARIO
DE LA CATEDRAL DE PUEBLA.

Desde que comencé á publicar la série de obras que con el título de TESORO DEL SACERDOTE *he dado á luz en esta ciudad, fué V. mi consejero en la eleccion de ellas y el que me alentó para que no desistiera de mi empeño. La buena acogida que obtuvieron todas ellas prueban el acierto de su eleccion. Hoy, que me atrevo á ofrecer al clero lo que con afanes mil he reunido, que espero será bien recibido y V. aplaudió desde luego, quiero dedicarle, si se digna aceptarlo, este trabajo, para dejar escrita en la portada del Sermonario, una prueba duradera de la sincera amistad que le profeso*

N. Bassols.

Puebla, Abril de 1889.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
008625

INTRODUCCION.

Ardua tarea es la que hemos emprendido y no ha faltado quien creyéndola irrealizable tratara de disuadirnos de ella; pero la fé que tenemos en la bondad de nuestro pensamiento es mas poderosa que los temores de las personas que no creen posible que lleguemos á reunir el material necesario para formar una obra que deje satisfechos á nuestros suscritores y llene nuestro propósito.

Si se tiene en cuenta la impiedad que sembraron entre nosotros tantos años de discordias civiles y las ideas disolventes que ha estado publicando la mayor parte de la prensa, así en la Capital como en los Estados, resaltará la importancia de la obra que damos á luz, hoy que debe hablar el sacerdote desde el púlpito á un concurso que en gran parte se compone de los que han nacido despues que se desterró de las escuelas la enseñanza religiosa, y aspira aun el humo que levanta la tea de la incredulidad junto á los altares de Dios.

Todo progresa hoy, todo camina á paso agigantado hácia el bienestar material, y no parece sino que estamos llegando á la cumbre de la humana dicha. Los grandes inventos del siglo, nos vienen realizados con cromos que casi nos infunden la ciencia por los ojos ya que no por la inteligencia; en grandes estampas se nos viene delineando nuestra descendencia del mono y del perro, lo que por de pronto hace reir á nuestros hijos, inocentes aun, á quienes entregamos imprudentemente esos juguetes impresos con veneno; los dibujos de las modas incitan á las jóvenes que mañana serán madres de familia á desear lo que no podrán conseguir tal vez sino con grave peligro de su alma y de su cuerpo, y solo las obras que enseñan á conocer la verdadera doctrina, á modificar las costumbres, á corregir los vicios y á contener el mal que carcome á nuestra sociedad, salen modestas y avergonzadas para abrirse humildemente paso entre el infinito número de otras ligeras y de puro pasatiempo que invaden hoy el hogar mas humilde y la mas lejana aldea. Los colegios, sobre todo, sufren hoy esta irrupcion de obras que en su mayor parte solo sirven para distraer un tiempo que pueden emplear en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

materias mas provechosas los jóvenes que aspiran á un título. Por esto hoy mas que nunca debe hacerse oir la voz de nuestra religion sacrosanta para combatir con iguales armas los errores que bajo distintas formas y con distintos colores minan sus mas profundos cimientos.

Convencidos de que á muchos de los que quieren y deben entrar en el camino de la predicacion se les dificulta el adquirir las obras necesarias para instruirse en la verdadera enseñanza por lo costosas que son, hemos resuelto publicar este *Sermonario Mexicano* en el que hallarán á poca costa cuanto necesitan para atesorar conocimientos que podrán trasmitir sin esfuerzo á aquellos á quienes deben explicar la palabra de Dios para que no caigan en el caos de errores que les circundan.

No queriendo ceñirnos á las producciones de oradores sagrados que mas han brillado en la diócesis de Puebla, lo que daria á nuestra obra un carácter local, nos dirijimos en busca de su auxilio á los ilustres Prelados que rigen actualmente la Iglesia mexicana para que nos procuren piezas oratorias pronunciadas en sus respectivas diócesis, y algunos de ellos se han dignado ya corresponder á nuestra solicitud mandándonos lo que por de pronto han podido reunir. Contamos por lo tanto con material bastante para comenzar nuestra biblioteca sin interrupcion, y la iniciamos con la série de sermones relativos á los Misterios de Nuestro señor Jesucristo, campo vasto y siempre nuevo en el que nada han dejado sin demostrar nuestros ilustrados oradores, y que servirá de estudio á los jóvenes sacerdotes que busquen en él el material que con afanoso empeño hemos reunido. De cada materia daremos tres ó cuatro sermones segun sea la importancia de los que hemos coleccionado, considerándolo conveniente.

Los que han sido ya impresos fueron censurados á su tiempo, los que nos remitieron nuestros dignísimos Prelados, trajeron su aprobacion y los que recibimos directamente pasaron á la censura; lo que garantiza la bondad de nuestra obra, que esperamos será bien acogida por la utilidad que prestará y aplaudida por el material que contiene.

El Editor.

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SEÑORAS RELIGIOSAS

DEL CONVENTO DE LA

ENCARNACION

POR EL DOCTOR

D. Lazaro de la Garza y Ballesteros

Arzobispo de México

el dia 4 de Abril de 1853.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

materias mas provechosas los jóvenes que aspiran á un título. Por esto hoy mas que nunca debe hacerse oir la voz de nuestra religion sacrosanta para combatir con iguales armas los errores que bajo distintas formas y con distintos colores minan sus mas profundos cimientos.

Convencidos de que á muchos de los que quieren y deben entrar en el camino de la predicacion se les dificulta el adquirir las obras necesarias para instruirse en la verdadera enseñanza por lo costosas que son, hemos resuelto publicar este *Sermonario Mexicano* en el que hallarán á poca costa cuanto necesitan para atesorar conocimientos que podrán trasmitir sin esfuerzo á aquellos á quienes deben explicar la palabra de Dios para que no caigan en el caos de errores que les circundan.

No queriendo ceñirnos á las producciones de oradores sagrados que mas han brillado en la diócesis de Puebla, lo que daria á nuestra obra un carácter local, nos dirijimos en busca de su auxilio á los ilustres Prelados que rigen actualmente la Iglesia mexicana para que nos procuren piezas oratorias pronunciadas en sus respectivas diócesis, y algunos de ellos se han dignado ya corresponder á nuestra solicitud mandándonos lo que por de pronto han podido reunir. Contamos por lo tanto con material bastante para comenzar nuestra biblioteca sin interrupcion, y la iniciamos con la série de sermones relativos á los Misterios de Nuestro señor Jesucristo, campo vasto y siempre nuevo en el que nada han dejado sin demostrar nuestros ilustrados oradores, y que servirá de estudio á los jóvenes sacerdotes que busquen en él el material que con afanoso empeño hemos reunido. De cada materia daremos tres ó cuatro sermones segun sea la importancia de los que hemos coleccionado, considerándolo conveniente.

Los que han sido ya impresos fueron censurados á su tiempo, los que nos remitieron nuestros dignísimos Prelados, trajeron su aprobacion y los que recibimos directamente pasaron á la censura; lo que garantiza la bondad de nuestra obra, que esperamos será bien acogida por la utilidad que prestará y aplaudida por el material que contiene.

El Editor.

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SEÑORAS RELIGIOSAS

DEL CONVENTO DE LA

ENCARNACION

POR EL DOCTOR

D. Lazaro de la Garza y Ballesteros

Arzobispo de México

el dia 4 de Abril de 1853.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A las señoras religiosas,
del convento de la Encarnacion
DE MÉXICO

SALUD.

Amadas mias:

El sermon que sigue es el que os prediqué en vuestra última fiesta titular. Porque así lo deseasteis fué el orador de ella, y sé y me consta lo que tambien deseais: que dé á luz mi discurso. Teneis, pues, un doble motivo para que yo os lo dedique; y si quereis agregar otro mas, bien podeis contar con que lo hay en el verdadero afecto que os profeso. Deseo muy sinceramente vuestro bien espiritual, y si con la lectura del sermon se lograse en vosotras el fin que al escribirlo me propuse, se cumplirán entonces del todo vuestros deseos y los de este vuestro prelado, que en Dios os ama y bendice en su santo nombre.

México, Abril 8 de 1855.

Lazaro
ARZOBISPO DE MEXICO.

Ecce ancilla Domini, fiat mihi secúndum verbum tuum.
Lucas cap. I. vers. 38.

1.° El que nunca hubiere oido esta expresion: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra*, naturalmente preguntaria al oirlo por primera vez: ¿Quién es ésta que habla? ¿A quién habla? ¿Qué Señor es este del que la que habla se dice ser esclava? ¿Qué cosa es ésta que debe hacerse, y cuál es la palabra ó modo con que esto que se trata de hacer haya de cumplirse? Estas y otras preguntas haria el que nunca hubiera oido esta expresion, que jamás se dijo igual ni mas en provecho del género humano: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*

2.° Pues cualquiera de nosotros, instruidos como estamos por la fe, contestaria desde luego: La que habla y esto dice, es una doncellita mas amable que los primeros asomos de la aurora, mas pura que la luz del sol en la mitad de su carrera, mas hermosa que la luna en la plenitud de sus dias, mas santa y mas agradable al Dios de la santidad, que los espíritus del cielo; y al mismo tiempo mas humilde que una esclava conforme con su suerte. María, lo mas amable, lo mas puro, lo mas hermoso, lo mas santo que hay y puede haber despues de Dios, y lo mas humilde que puede hallarse entre las criaturas. Esta es la que habla.

3.° Sí, María; este es el nombre de la doncellita que habla, y ella es la que se llama esclava ante un ángel que la ha saludado como Señora, y que de parte del cielo la ha colmado de elogios que jamás se dieron á otra criatu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra, y que jamas habrá quien los merezca iguales; su obediencia no pudo ser mas pronta, ni mas profunda su humildad ante el divino acatamiento: *Ecce ancilla Domini.*

4. ° Cuanta sea la magestad de Dios, solo él lo conoce plenamente; y si hubiera alguna criatura que lo conociera de una manera igual, la humildad de la criatura que tuviera este conocimiento, seria tan grande cuanto lo es la magestad de Dios. Mas no siendo esto posible, como efectivamente no lo es, de ahí abajo, cuanto cabe, cuanto puede ser que una criatura conozca á su Dios, lo conoció Maria, y en un tal grado y perfeccion, que todas las criaturas juntas no lo conocen ni conocerán al tanto. Por esto su humildad no pudo tener igual entre las criaturas, ni hubo alguna que, como Maria, haya reconocido tan perfectamente el supremo dominio de Dios sobre todo, ni que tan íntimamente haya sentido en sí misma, ni confesado con igual sinceridad su absoluta dependencia del Señor: *Ecce ancilla Domini.*

5. ° El Señor se complace en tratar con los humildes porque ellos lo conocen, y no con los soberbios que no se conocen ni á sí mismos; por esto lo que oculta y esconde á los sabios y prudentes del siglo, lo descubre y manifiesta á los pequeñuelos; y tambien por esto el mayor bien que del cielo pudo bajar á la tierra, y la mayor gloria con que la tierra pudo ennoblecer al cielo, fué asunto que solo se trató con Maria, la mas humilde de todas las criaturas. A ella solo se comunicó; ella mas que otro lo comprendió, porque en ella solo habia de cumplirse. *Concebirás en tu seno*, la dijo el ángel de parte del cielo, *y parirás un hijo, y su nombre llamarás Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin.*

6. ° En la eternidad el Hijo del Altísimo no tuvo sino Padre, porque desde entonces fué, es y será siempre Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, é Hijo unigénito de solo el Padre; y en el tiempo, cuando determinó hacerse hombre, quiso que su cuerpo santísimo

se formase de la sangre de una vírgen, obrando la virtud del Espíritu Santo, y uniendo él en su persona de un modo tan perfecto la naturaleza humana á la divina, que pudiese decirse con toda verdad, que el mismo Hijo de Dios era ya Hijo del hombre, y que el mismo hijo del hombre era el que desde la eternidad fué y es el Hijo de Dios.

7. ° *El Espíritu Santo*, decia el ángel á la Vírgen al anunciarle este misterio, *vendrá sobre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo; y por esto el Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios*, que es lo mismo que estaba ya predicho muchos siglos atrás: *Hé aquí que una Vírgen*, es decir, la que tendria como propio nombre suyo el de Vírgen, la que seria madre sin perder su integridad y la que seria conocida y llamada por excelencia con el glorioso renombre de Vírgen: *Hé aquí que la Vírgen*, decia Isaias, *concebirá y parirá un hijo, que será llamado Emmanuel*, ó Dios con nosotros, para que por él pudiera satisfacer el hombre y recobrar la felicidad que perdió en el paraíso, y para que el cielo pudiera recobrar la gloria que tambien en el paraíso le quitó el hombre. Dios solo no podia padecer; el hombre solo no podia pagar; el Hijo de la Vírgen podia hacer uno y otro.

8. ° Estas explicaciones, en sustancia, haria cualquiera de nosotros al que nunca hubiera oido esta expresion de vida: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mi segun tu palabra;* expresion llena de misterios y llena de esperanzas; de misterios tan altos y sublimes, que ningun entendimiento criado podrá alcanzar; y de esperanzas tan grandes, que ningunas palabras podrán encarecer suficientemente, ni cosa alguna darles fundamentos mas sólidos.

9. ° Así es verdad, y por esto cualquiera cosa que yo agregara sobre estas explicaciones, no daria mayor claridad á los misterios, ni mas extension á las esperanzas. Mas bien lo sabeis, señores, no es tanta la capacidad de nuestro entendimiento para comprender, cuanto es la de nuestro corazon para amar. Tal vez hollamos con los piés una yerbecita cuya formacion detiene y embaraza nues-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tra inteligencia al mismo tiempo que nuestro corazon no se llena con todo el mundo, ni aun con todo el cielo, sino con solo Dios. Por lo mismo, venerando los misterios que encierran las palabras de María y sin poner límites á las esperanzas que inspiran, deseo que nuestro amor, que nuestra piedad y devocion para con María, reciban todo el aumento que sus mismas palabras pueden obrar en nosotros; y ved, señores, lo que va á ser el objeto de vuestra atencion en este rato. Pidamos el auxilio de la gracia para el acierto. *Ave María.*

Ecce ancilla Domini, Lucæ cap. I. vers. 38.
He aquí la esclava del Señor, &c.

10. ° Decia el apóstol san Pablo, escribiendo á los gálatas, que cuando vino el cumplimiento ó plenitud del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, sujeto á la ley, para redimir á aquellos que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopcion de hijos, es decir, para que se verificase la promesa hecha al hombre luego despues de la culpa, de que de la mujer se formaria el que estando en enemistad perpétua con el demonio, seductor del hombre, lo venceria y triunfaria de él.

11. ° Hubo pues desde la miserable ruina del hombre, una esperanza cierta de su reparacion, y una fé tambien cierta en el Mesías ó Enviado del cielo, que repararía el mundo; mas quitadas esta fé y esperanzas ciertísimas, todo lo demás fué desconocido por muchos siglos. La inmediata procedencia del Salvador del hombre, el lugar de su nacimiento, el tiempo y demás circunstancias de su venida, fueron arcanos impenetrables al hombre, hasta que segun corrian y se cumplian los años dispuestos por Dios, se fué manifestando por él mismo lo perteneciente á su Enviado.

12. ° A Abraham se dijo: *En tí serán benditos todos los linajes de la tierra;* que fué decirle, que uno de sus descendientes seria por quien vendria la felicidad y redencion prometida al mundo; lo mismo se repitió á Isaac su hijo, y ya desde entonces se supo con certidumbre,

que el Mesías no nacería de otro linaje de la tierra. A Jacob se reveló que seria descendiente de Judá su hijo; y ya por esto se supo tambien que el Mesías no descenderia de ninguno de sus otros once hijos: á David se prometió que de su descendencia vendria el Mesías; y por esto quedaron excluidas de tener esta gloria, las demás familias de la tribu de Judá; pero ni á David, ni á Jacob, ni á Isaac, ni al mismo padre de los creyentes Abraham, se reveló el tiempo en que vendria el Salvador.

13. ° Siglos enteros despues de David anunciaba Isaías: *Ecce virgo concipiet et pariet;* hé aquí que una vírgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel. Con otras palabras decia despues lo mismo Jeremías: *Creavit Dominus novum super terram:* el Señor ha creado una cosa nueva sobre la tierra, un portento nunca visto, un admirable suceso. Una vírgen pura, sin concurso de varon, por obra del Espíritu Santo, rodeará, llevará y abrazará en su seno, al fuerte, al poderoso, al varon prometido: *femina circumdabit virum.* A Daniel se mandó que contase setenta semanas de años desde el dia que se le fijó; y se le aseguró que á la mitad de la última de estas semanas seria muerto el Cristo, y seria ungido y consagrado con su muerte el Santo de los Santos. A Miqueas se reveló que nacería en Bethlem. A otros profetas se dió conocimiento de otras circunstancias de la persona del Mesías. Ageo decia: Un poquito de tiempo no más, y vendrá el deseado de las gentes: *adhuc unum modicum est et veniet desideratus cunctis gentibus.* Hé aquí que ya viene, decia el último de los profetas, luego, no dilata: *ecce venit.* Pero como á ninguno de ellos se habia revelado el número de los años de la vida mortal de Jesucristo, ni aun al mismo David que fijó el término de su vida, ninguno, en lo absoluto, supo el momento en que se cumpliria la plenitud de los tiempos.

14. ° Todos sabian el instante en que comenzó la ruina del hombre y el en que se le dieron esperanzas del remedio. Mas ninguno supo el momento en que cesó aquella ruina y se cumplieron estas esperanzas: uno y otro

debia verificarse en la plenitud de los tiempos. Dios no quiso obrar en esto por sí mismo; pero sí quiso dar y dió virtud y poder á la que escogió para madre, para que por sus palabras se cumpliesen las promesas hechas al hombre al principio del mundo, y para que cesase el tiempo de desgracia que el mismo hombre se acarreó. *Fiat*, hágase. En el instante en que la Santa entre los Santos abrió sus benditos labios y dijo esta palabra, entonces mismo se llenaron los tiempos, cesó la época de desgracia y comenzó una nueva era, un tiempo nuevo y una obra nueva, más noble y más excelente que la creacion de los cielos y de la tierra: *fiat*, hágase. Al sonar esta voz cesaron los tiempos del hombre miserable, y comenzaron los dias del Hijo del Altísimo sobre la tierra.

15. ° Ved, pues, amados mios, un bien que trajeron al mundo las palabras de María. Ni aun el ángel que le anunciaba el misterio, fijó ni pudo fijar, y ni aun supo ni pudo saber, el fin del tiempo de miseria que habia comenzado en el paraíso, hasta que oyó á la Vírgen de Nazaret pronunciar aquel *fiat*, del que por explicarme así, estaban pendientes el cielo y la tierra, la gloria del Altísimo y la felicidad del hombre.

16. ° Así es verdad; mas no seria acertado que alguno se persuadiese que sólo el trascurso de los años obró la plenitud de los tiempos en que vendria el Enviado del cielo. Cierto es que hasta entonces no habia de venir; pero debian además obrarse en los siglos de desgracia otras muchas cosas que entrasen tambien en esta plenitud de tiempos de que habla el Apóstol y que dispusiesen al hombre para que recibiese el bien que se le habia prometido.

17. ° El hombre pecó por soberbia; y no fué posible que permaneciendo en ella le aprovechase el remedio. Quiso saberlo todo, y fué preciso que sus errores humillasen su orgullo. Quiso por sí hacerlo todo, y tambien fué preciso que sus caidas le hiciesen conocer su miseria. Sus errores y caidas fueron tan espantosas en la primera edad del mundo, fué tanta su malicia, que como dice

la Escritura, en todos tiempos eran sus pensamientos inclinados al mal. El diluvio, este fué el medio de librar á la tierra de la corrupcion, con que toda carne manchaba sus caminos.

18. ° ¡Qué ejemplar tan terrible de la justa ira del cielo! ¡Cómo no llamarian la atencion sobre sí mismas las ocho únicas personas que se libraron del castigo! No, no podian ignorar cual habia sido la causa: la soberbia, el extravío del pensamiento y la corrupcion del corazon. Dios mismo lo dijo así á Noé, y es imposible que éste lo ocultase á sus hijos. Tambien Adan diria á los suyos cuanta era la felicidad de que les privó la culpa; pero ni la memoria del paraíso ni la vista del diluvio corrigieron al hombre. El primer hijo de Adan manchó sus manos en la sangre inocente de su hermano. Tambien Noé tuvo un hijo que hizo de él burla y escarnio, y ambos tuvieron descendientes que extraviaron su entendimiento por mil clases de errores, y que corrompieron su voluntad con toda especie de crímenes. Así es que la soberbia del hombre continuó la misma, y sus errores y caidas las mismas.

19. ° Verdad es que Dios, lleno de misericordia, nunca ocultó su voluntad al hombre, ni el modo con que habia de servirle. Para que no errase lo enseñó en el paraíso. Para que no errase enseñó á Noé y á sus hijos al pié del arca que los libró del diluvio. Verdad es que en lo particular hablaba ya á este ya al otro de sus escojidos para que enseñasen á los demás, y que en el Sinaí no fueron á dos como en el paraíso, ni á ocho como luego despues del diluvio, ni á éste ni á aquel, ni á veinte ni á ciento, sino á millares, á un pueblo entero, á una nacion numerosa fué á la que allí enseñó y doctrinó para sacarla del error, y para que de ella aprendiesen todos los demás hombres.

20. ° Pero bien lo sabeis, señores; la ley, si bien enseñaba el deber, no daba gracia para cumplirlo. Y sin embargo de que el entendimiento podia caminar sin ries-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos, atendiendo á la doctrina y enseñanza que habia recibido del cielo, todavía la voluntad quedaba sin los auxilios que en la realidad necesitaba, y que no habia de recibir sino por la fé y la esperanza en Jesucristo. Mas era necesario que la experiencia lo hiciera entender así al hombre, y que sus contínuas caídas le hiciesen de alguna manera conocer lo que él era en la realidad á pesar de su soberbia.

21. ° No hablo yo de todos los pueblos de la tierra, cuyos errores y corrupcion eran generales: hablo del pueblo escojido, de la nacion ilustrada maravillosamente en el Sinaí, del pueblo de Israel. ¡En cuántas infidelidades no incurrió contra el mismo que lo habia enseñado, en cuánto olvido de sus deberes los mas sagrados, en cuántas ofensas y cuán graves contra el Señor! ¡Ah! si no hubo otro diluvio que lo exterminase, hubo para diez tribus una absoluta dispersion que les quitase para siempre la tierra que poseyeron sus padres; y para las dos tribus restantes, hubo una larga cautividad que las hiciese conocer su miseria.

22. ° Jamás, es verdad, en medio de tanta corrupcion faltaron justos en la tierra. Los hubo antes del diluvio y los hubo despues; los hubo en la ley natural y los hubo en la ley escrita. Pero aun estos sentian en sí mismos la contradiccion violenta que habia entre un entendimiento que les dictaba el bien y entre una voluntad que les inclinaba al mal; gemian y lloraban; se humillaban ante el Altísimo y clamaban por el socorro de la gracia que bien sabian que no habian de recibir sino por la fé y esperanza en Jesucristo.

23. ° Si la corrupcion casi general de los hombres irritaba al cielo y lo provocaba al castigo, las humillaciones y súplicas de los justos detenian su ira, y preparaban el bien prometido. Los pecadores, olvidados aun de sí mismos no daban pasos sino de perdicion y ruina; los justos no olvidaban lo que debian esperar, y ¡con cuán tiernos afectos no expresaban los sentimientos de su corazon hácia el Mesías prometido! Tu nombre y tu memoria, le decian,

son los deseos del alma: *nomen tuum et memorialem tuum in desiderio animæ:* en la noche mi alma te deseó y con mi espíritu en mis entrañas madrugaré á tí: *anima mea desideravit te in nocte; sed et spiritu meo in præcordiis meis de mane vigilabo ad te.*

24. ° Otras veces levantaban sus ojos á lo alto y los bajaban llenos de esperanzas. «Cielos, clamaban, enviad rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo; ábrase la tierra y brote al Salvador, y la justicia nazca con él. O si rompieras los cielos y bajaras, á tu presencia los montes se derritirian; como quemazon de fuego se deshicieran; en fuego arderian las aguas; tus enemigos conocerian tu nombre; las naciones se turbarian: *utinam dirumperes cælos et descenderes, &.*»

25. ° Estos deseos de los justos, estas humillaciones y súplicas eran las obras que debian hacerse y repetirse en el trascurso de los siglos para que bajase el justo prometido al hombre pecador; y aunque estas humillaciones, deseos y súplicas eran aceptables al Altísimo, eran sin embargo humillaciones, deseos y súplicas de los que alguna vez fueron hijos de ira, de los que alguna vez mancbó la culpa. Faltaba todavía que se humillara la inocencia, y que ella tambien desease y pidiese el bien prometido, para que ninguna otra cosa mas pudiese ya esperarse de la tierra capaz de mover al cielo. Sí, amados mios, al expresar María los sentimientos de su corazon: *Ecce ancilla Domini*, hubo ya en el mundo el mayor acto de humildad que pudo y podrá haber entre las criaturas; y hubo tambien los deseos mas sinceros y ardientes del bien y la mas agradable oracion que presentar al cielo. *Fiat*, hágase. Es verdad que á esta voz de María se llenaron los momentos que debian entrar en la plenitud de los tiempos; pero se llenaron tambien con esta palabra los deseos de los justos, y se completaron sus oraciones. *Fiat*, hágase, es un deseo del corazon. *Fiat*, hágase, es tambien una súplica del alma. *Fiat mihi*, es un consentimiento de la voluntad. En el momento en que la Vírgen de Nazaret pronunció estas palabras, se verificó en un to-

do la plenitud de los tiempos. Las nubes llovieron al justo, y lo brotó la tierra. El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.

26. ° No es esto solo lo que dicen las palabras de María; y para explicar lo que además comprendo en ellas, permitidme, señores, que os hable algo aunque sea del Enviado del cielo, no segun lo que dice de él el Evangelio, sino segun las noticias que de él se tenian antes que viniese al mundo. Todos sabian, porque así lo habian anunciado los Profetas, que nacería rey, príncipe y Señor de cielos y tierra; que sería llamado su nombre, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero y Príncipe de la paz; que su imperio se extenderia y que su paz no tendria fin; que se sentaria sobre el sólio de David y sobre su trono, para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.

27. ° Y como estas y otras perfecciones y cualidades del Mesías eran bien sabidas del pueblo de Israel, antes de anunciar uno de los Profetas lo que por este mismo Mesías pasaria durante su mansion en la tierra, preguntaba lleno de asombro ¡quién creerá lo que vamos á contar, ó quién ha creido lo que ha oido de nosotros: *¿quis credidit auditui nostro?* Porque este mismo Enviado del cielo, este mismo Dios fuerte y admirable, este mismo Rey y Señor de cielos y tierra, «hemos visto que se nos presentará como un pequeño renuevo, ó bien como raiz en tierra sedienta; no hay en el buen parecer ni hermosura; lo vimos y no era de mirarse; no hay en él cosa que llame la atencion ni que lo dé á conocer; despreciado, el postrero de los hombres, varon de dolores, y sabedor de trabajos; como escondido su rostro y tal cual el de un leproso, humillado y herido de Dios; como oveja que es llevada al matadero, ó como cordero delante del que lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca; desde la angustia y desde el juicio fué levantado en lo alto y castigado, y fué cortado de la tierra de los vivientes.»

28. ° Pues bien, Vírgen inmaculada y Santísima, sea en buena hora que hayas de ser madre sin detrimento

de tu integridad y pureza. Pero ¿sabes cuál ha de ser el hijo del que has consentido ser Madre? ¿Sabes la humillacion y extremada pobreza en que nacerá? ¿Sabes que no bien habrá nacido, cuando tendrás que darle asilo entre tus brazos, y huir con él para librarlo de la persecucion que se levantará en su contra? ¿Sabes la vida oculta y escondida que pasará por muchos años? ¿Sabes las contradicciones y desprecios que habrá de sufrir? ¿Sabes que la confusion y vergüenza cubrirán alguna vez su rostro? ¿Sabes los tormentos cruelísimos que habrá de padecer y la ignominia con que acabará su vida? ¿Sabias esto?...

29. ° Señores, no he andado con acierto al hacer estas preguntas, cuyas respuestas todos las sabeis y yo las sabia tambien. Dice san Pablo que al mismo tiempo en que Jesucristo entró al mundo ó en el primer instante de su Encarnacion, *ingrediens mundum*, se ofreció á su Padre hostia y víctima por nosotros; que conoció y supo, quiso y aceptó cuanto pasó por él durante su vida mortal. *Ecce venio*, aquí estoy. Estas dos palabras del Verbo encarnado á su Padre lo dijeron todo. Pues de una manera semejante otras dos palabras de María dirijidas al Angel, dijeron tambien que ella como Madre pasaria en su corazon todas y cada una de las cosas que pasarian por la persona de su Hijo. *Fiat mihi*. Y así como el hijo habria de ser quebrantado y herido, no por culpas que él cometiera, sino por las que nosotros cometimos: *attritus est propter scelera nostra*, así tambien la Madre conoció, aceptó y quiso cuanto despues sufrió en sus entrañas, por bien y por la salud nuestra, á semejanza de su Hijo, y en el mismo instante en que este aceptó por nosotros los trabajos y muerte: *Fiat mihi*.

30. ° Con estas dos palabras de bendicion cesó el tiempo de miseria que tuvo principio en el paraíso, y comenzaron en Nazaret los dias felices de la gracia. Con los afectos que encierran estas palabras se completaron las oraciones de los Santos y se llenaron tambien y cumplieron sus deseos. En vista de la humildad que acompañó á estas palabras, se rindieron los cielos y man-

daron al justo; con estas palabras nos dió María al Redentor prometido, y con ellas tambien se nos dió por corredentora y Madre: *Fiat mihi.*

31.° Si vuestro corazon sabe amar, hijos mios; si de alguna manera sabe corresponder, yo os suplico que fijeis vuestra atencion en las palabras santas de María; y sin duda alguna que ellas producirán en vosotros muy crecidos afectos de amor y muy sinceros y dulcísimos sentimientos de gratitud: *Fiat.* ¡oh! mil veces y que así se cumpla.

32.° Lo mismo y con mayor razon debo decir á vosotras, hijas mias, porque cuanto hé dicho es aplicable á vosotras de un modo particular por vuestro estado, tambien para vosotras hubo primero un tiempo de peligros y hubo despues otro tiempo de salvacion y seguridad. Vuestra alma, durante vuestra permanencia en el siglo ¡de cuántos riesgos no estaba rodeada? Mas en el momento en que os determinasteis á separaros del mundo, cesó aquel primer tiempo que os angustiaba, y comenzó para vosotras una nueva era, un tiempo nuevo y una felicidad que antes no teniais; y lo que pasó por el género humano antes y despues de la venida de Jesucristo, proporcionalmente pasó por vosotras tambien antes y despues de que abrazaseis el estado santo que profesais. Los hombres no se salvarian sin Jesucristo; y vosotras fuera del claustro, no ciertamente, no tendriais la seguridad que en él habreis logrado.

33.° Yo os suplico, amadas mias, que no os olvideis de los sentimientos que abrigaba vuestro corazon en el tiempo de peligros y riesgos. ¡Ah! cuán humildes y repetidas súplicas no haciais á Jesucristo para que se dignara recibiros por esposas suyas! ¡Cuán sinceros y cuán ardientes eran vuestros deseos! ¿Os acordais de esto? Los cielos y la tierra vieron vuestra alegría el dia que lograsteis esta dicha. En este santo templo resonó la voz de vuestro placer, y yo tambien oí alguna vez vuestro cantar: *Ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo.* Hé aquí, deciais al pié de los altares, hé aquí que ya veo

lo que antes anhelé, que poseo ya el bien que esperaba.

34.° Y por cuanto bien sabiais cual era el esposo que habiais escogido, para ser pobres como él lo dejasteis todo; para padecer como él abrazasteis la mortificacion y el retiro; y para no tener ni propio albedrío, pusisteis en sus benditas manos vuestra voluntad y vuestro corazon.

Fiel es vuestro esposo, amadas mias, y jamás os dejará. Sedle tambien fieles vosotras y jamás lo olvideis. Renovadle tambien una y mil veces vuestro amor y contad con el suyo. Si, contad con el suyo en el tiempo y en la eternidad.—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA NATIVIDAD DE NTRO. SR. JESUCRISTO

PREDICADO POR EL SR. CHANTRE DE LA CATEDRAL DE PUEBLA

Ldo. D. Miguel Geronimo Martinez

EL DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1868.

¿Quid vobis videtur de Christo? ¿Cujus filius est?
¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?
S. MATH. CAP. 22, V. 42.

Illmo. Señor:

Despues que Marco Antonio, Lépido y Octaviano César ejercieron bajo su horrible triunvirato la mas violenta tiranía, arruinado Lépido por sus dos compañeros, y derrotado Antonio en la batalla de Axio, quedó solo y dominante Octaviano: desde entónces, dice la Historia, todo cede á la fortuna de César. Roma le recibe con los brazos abiertos bajo el nombre de Augusto, y queda único Señor de todo el imperio Unos pueblos le piden la paz, otros solicitan su alianza: estos se le someten, aquellos tiemblan delante de sus armas, y todos, por fin, reciben sus leyes. Vencedor por mar y tierra, cierra el templo de Jano; el universo entero vive en paz bajo su dominio y viene Jesucristo al mundo.

Así se vieron llegar aquellos tiempos tan deseados de nuestros padres: los dias de la venida del Mesías, cuyo nombre significa el Cristo, es decir, el Ungido.

La Iglesia saluda la venida de este dia con cierta solemnidad exclusiva, al anunciar solamente su fecha, cantando en tono grave, en la Vigilia de la Festividad, ciertas palabras latinas que los romanos llamaron Calendas, y que parecen suficientes y precisas para recordar el gran Misterio. *¡Octavo Calendas Januarii!.....¡Nativitas domini nostri Jesuchristi!* Lo cual quiere decir ¡Dia 25 de Diciembre!.....

¡Natividad de Nuestro Señor Jesucristo! ó dia en que nació el Señor. Dia de verdadero gozo para el pueblo cristiano, por renovarse en él la dulce memoria del mayor acontecimiento que haya habido en el mundo.

La misma Santa Iglesia parece que saliendo de su grave conducta, mezcla en este dia á la majestad de su divino culto las tiernas demostraciones de una alegría legítima, y vosotros, sus hijos, cediendo á la amorosa invitacion del Rey-profeta, volais á Belem, os rodeais del establo, y, llenos de ternura y regocijo, alabais al Dios niño al son de los panderos y entre festivas danzas, con el salterio y con la cítara, con sonoros órganos y con alegres címbalos; parece que despues de tantos años, aun escuchais las dulces palabras del Padre del recien nacido que os convida diciendo: *¡Laudate eum in tympano et coro, Laudate eum in chordis et organo: Laudate eum in cimbalis benesonantibus, Laudate eum in cimbalis jubilationis!* ¡Si, que toda alma bendiga, que todo espíritu alabe al Señor! *Omni spiritus laudet Dominum!*

Con razon quisierais, Señores, que yo en este dia os condujera por aquellas humildes montañas, y os hiciera gozar dichosamente las felicidades indecibles que en el recinto de aquella gruta están manando sin cesar; ¡que os hiciera sentir la santa admiracion que arrobaba el alma del profeta al contemplar á un Dios hecho hombre, envuelto en humildes pañales, puesto al abrigo de los hie-

los entre las pajas de un pesebre, y reclinado entre dos animales. Con razon quisierais que os llevara al rededor de aquel establo, para ver allí las venerables sombras de los Profetas que asisten á presenciar el cumplimiento de sus propios vaticinios; que os juntará con los pastores que adoran al Niño, llenos de ternura y de humildad, y que os hiciera ver la estrella misteriosa que le anuncia y los Reyes que le ofrecen sus dones! ¡Con razon quisierais que yo os trasportara hasta la mitad de aquella noche hermosa y soberana, en cuyo profundo silencio la omnipotente palabra del Señor bajó de los alcázares supremos, y escondida en el seno de una Vírgen apareció, por fin, trayendo la salud del mundo!

Si, teneis razon para querer todo esto, pero tengo la pena de venir á perturbar vuestra alegría con un pensamiento mas grave, proponiéndoos un asunto mas serio, ofreciendo á vuestra contemplacion un objeto de mas importancia. Yo vengo á ver si la luz del Señor aun se mantiene viva; si el sentimiento religioso se conserva intacto; si la nocion de Dios y la fé del Cristo se conservan puras en vuestras almas. Es cierto que ha nacido ya el Niño; ya el Salvador está entre nosotros; pero bien, señores, á vosotros ¿qué os parece? ¿qué pensais del Cristo? ¿qué concepto teneis de su augusta persona? ¿de quién creis que sea hijo? *¿Quid vobis videtur de Christo? ¿Cujus filius est?* . . . . .

Pregunta ciertamente estraña, y mas cuando se hace en medio de un pueblo sin escepcion católico; pregunta, hasta cierto punto, injuriosa á vuestra piedad; pregunta que os sorprende al salir de mis lábios, y por eso, como admirados, me la volveis diciendo: ¿Por qué nos interrogas de este modo, precisamente cuando concurrimos á las solemnidades del dia? Pues qué, ¿nos hemos apartado de Dios? ¿le hemos vuelto acaso la espalda? ¿hemos renunciado por ventura la antigua y pura fe de nuestros Padres?

Vuestra queja es justa, Señores; pero yo no os vengo á injuriar de modo alguno, y solo me creo obligado á insistir en mi pregunta, porque yo me sospecho, hermanos mios, que á la altura en que nos hallamos de la época actual; al deslizarse á nuestra vista el último tercio del siglo XIX; al oir esas voces alarmantes que salen de todas partes sugeridas por el espíritu de innovacion; al oir las blasfemias; al percibir los golpes que se descargan contra los muros del Santuario; al sentir el sacudimiento general del mundo que parece empeñado en renovar su forma: yo me sospecho, que á esta hora, por lo menos, la horrible duda ha esparcido ya sus tinieblas en vuestros incautos corazones; vuestras antiguas creencias se han alterado, se han desvirtuado vuestros sentimientos religiosos, y acaso vuestra fe vacila ya. Por eso me ha parecido indispensable volver vuestra atencion sobre vosotros mismos; para que examineis si mi sospecha es cierta; si la idea religiosa se va amortiguando; si, por fin, se ha borrado en nosotros la tierna imágen del Salvador. Por eso me esfuerzo en reproducir en vuestra presencia las palabras que me sirven de texto; por eso, sin creer que os ofendo, me intereso en que me digais, al celebrar el Nacimiento del Señor: ¿qué pensais acerca del Cristo? ¿qué decis de su naturaleza? ¿qué juzgais de su orígen? *¿Quid vobis videtur de Christo? Cujus filius est?* . . . . .

Con el objeto, pues, de ayudaros en vuestra meditacion, haré que esta pregunta y su respuesta sirvan de asunto á mi pobre y desaliñado discurso; y á fin de que mi esplicacion sea clara y breve, pidamos la gracia del Espíritu Santo por intercesion de la Vírgen Madre, repitiéndole las palabras, con las cuales el ángel anunció la Encarnacion del Divino Verbo. *Ave María etc.*

¿Quid vobis videtur de Christo? Cujus filius est?

Cuando se oye por todas partes el bramido de las naciones que se levantan imponentes y se lanzan amenazadoras con el objeto de su ira; y cuando se ve á los pueblos entregados á meditar proyectos inícuos, y á las potestades de la tierra coaligarse contra el Señor y contra

su Cristo, no podemos menos que preguntar llenos de asombro: ¡porqué tanto encono y á qué tanto furor? ¿Qué es lo que se quiere? ¿A quién se persigue? *¿Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania? Adstiterunt reges terre, et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus.* ¿Es acaso Jesucristo algun facineroso de fama? ¿Es algun sedicioso colosal que, puesto á la cabeza de algunos millares de soldados, asalta fortalezas, derriba los tronos, se apodera de las riquezas y usurpa la soberanía del universo? Y, además ¿no hace ya mas de mil y ochocientos años que Jesucristo estuvo en el mundo? ¿no hace ya mas de mil ochocientos años que subió al cielo á sentarse á la diestra de su Padre? Pues entonces ¿á qué viene esa prolongada y sangrienta persecucion? ¿Quién es este hombre, invisible hace tanto tiempo á nuestros ojos carnales, y que, sin embargo, exita todavía y atrae sobre sí el ódio y la maledicencia de un mundo que le aborrece? ¿Es algun terrible agitador animado del espíritu de Belcebut? ¿Será tal vez algun hijo de Belial? *¿Qid vobis videtur de Christo? ¿cujus filius est?* ¿Qué os parece? ¿Qué pensais del Cristo? ¿De quién es hijo?

Esta pregunta, hermanos mios, quedó contestada, tiempo ha, por la boca de un anciano venerable que, allá en el templo, recibió en sus brazos lleno de goze al divino Jesus cuando era niño. Este hombre justo y timorato que esperaba con ansia la consolacion de Israel, despues de bendecir al cielo porque sus ojos habian visto la salud de Dios, se vuelve á la santa Madre de Jesus y le dice estas palabras penetrantes que llegaron hasta el fondo de su alma: *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum cui contradicetur.* Sábete que este Niño está puesto para la ruina y para la salvacion de muchos; y sobre todo, queda entendida en que se pondrá de manifiesto al mundo como la enseña de la contradiccion.

Hé aquí la profecía determinada del destino de Jesucristo sobre la tierra; hé aquí su historia encerrada en

dos palabras; hé aquí claramente indicada la division tristísima entre los hijos de adopcion y los hijos de la ira: entre los discípulos del Salvador y los enemigos del Cristo; hé aquí manifiestamente descubierto el inminente peligro de que muchos desconozcan á Jesus, y se precipiten en su propia ruina, mientras algunos pocos permanecen fieles para resucitar con él. No preguntemos mas, supuesto que Simeon todo lo ha dicho: *Será la enseña de la contradiccion y hará la ruina y la salud de muchos.*

No me detendré en recordaros aquellos torrentes de sangre que inundaron Belen y sus comarcas, cuando el doloso y suspicaz Herodes quiso quitar de en medio al Niño que juzgaba su rival, ni traeré á vuestra memoria las mil veces en que, durante la vida pública del Hombre Dios, maquinaron su muerte los judíos. Ni os llevaré á la triste montaña del Gólgota para que lo veais allí agonizar y morir, ni os haré repasar aquellos trescientos años en que el brazo del verdugo no se cansó de derramar la sangre inocente en ódio del nombre de Cristo. No; este atroz género de persecucion, debido únicamente á la fuerza bruta, si bien es el evidente cumplimiento de la profecía de Simeon, no ha hecho mas que dejar por todas partes los testimonios de la fe constante y firme que animaba á los Mártires de Cristo, cuando alcanzaban sus coronas y sus palmas entre las llamas de la hoguera ó entre los golpes del patíbulo. Yo me quiero ocupar, señores, de otra persecucion mas formidable; de un género de guerra mas temible: de aquellos ataques peligrosos que la malicia del corazon impulsa, el entendimiento dirije, y producen en las almas sus estragos, de un modo, tanto mas insidioso y certero, cuanto mas se verifica deslumbrado con el brillo de la ciencia, ó encubriéndose con el manto de la virtud, ó bien se ejecuta con arrogancia y con soberbia, cuando abusando del talento y del genio, y de la abundancia de conocimientos, se ponen en juego todos los recursos de la literatura para despreciar y poner en ridículo la humilde ciencia del Crucificado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien lo sabeis: vivo y presente Jesucristo recibió mil reproches en su persona y en sus acciones; y no ignorais que así debia ser, puesto que su mision era un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles. Por eso desde entónces ya le trataban con desprecio y estrañaban su profunda instruccion, la cual parecia bastante rara en el hijo del artesano. Mas tarde se le trató como á un seductor que trastornaba el órden público. *Hunc invenimus hominem subvertentem gentem nostram et prohibentem tributum dari Cesari.* Los cafarnaitas murmuraban de su celestial doctrina; fué despreciado como un bebedor de vino, como blasfemo porque se hacia hijo de Dios, y como instigado por el demonio para hacer sus milagros, reputado por mago en varias de sus operaciones y pospuesto á un criminal por el mismo pueblo que habia sido colmado por él de beneficios.

No bastaron los triunfos alcanzados en la Cruz y en el sepulcro, por lo heróico de su muerte y lo glorioso de su resurreccion; ni sus pláticas de cuarenta dias, ni su ascension á los cielos; ni la rapidez con que su doctrina se difundia por todas partes, ni los milagros que hacian en su nombre sus fervorosos discípulos.

Desde el tiempo mismo de los Apóstoles aparecieron ciertos hombres llenos de ideas extravagantes que se empeñaron en corromper los manantiales puros de la verdad, y que juntando el sistema de las emanaciones y la doctrina de los genios con los principios del judaismo y las verdades del cristianismo, produjeron diferentes opiniones que mejor debieron llamarse delirios.

Ya decian unos que Jesucristo no habia hecho mas que dibujar la obra de Dios y la perfeccion del hombre, y que para esta empresa el cielo le habia dado su fuerza y su sabiduria: ya decian otros que habia traido á la tierra dos clases de doctrina, una pública y otra privada, la cual se concedia á muy pocos y consistia en el arte de hacer milagros y en hacerse en esta vida dichoso é inmortal. Así se se esplicaron primero, Simon Mago, y y luego Dositeo, Menandro y otros. Unos como Ebion,

Teodoto y Cleóbulo, decian que Moisés y Jesucristo solo habian hecho grandes prodigios por medio de potestades invisibles que llamaban genios: otros, como los Nicolaitas, Nazarenos y Corintios, no reconocian en Jesucristo sino á un hombre mas perfecto que los demás, sobre el cual habia hecho Dios descender su espíritu: un genio bienhechor á quien habia dirigido la luz del cielo para iluminar á los hombres y hacerlos mejores. Los filósofos de Alejandría dieron mucho que decir con sus multiplicadas opiniones; pero el que mas ruido hizo en aquella época fué un tal Apolonio, quien procuró engañar con su elocuencia é imitar los milagros, por cuyos motivos ha sido malamente comparado por algunos con Jesucristo. Los espíritus fuertes de nuestros tiempos, dice un historiador, quisieran restituir á este impostor su antigua celebridad.

El caso es que todos estos atacaban la generacion eterna y la Divinidad de Jesucristo; le hacian nacer de José y de María por la vía ordinaria, y aun algunos se atrevieron á negar que habia muerto y resucitado. Tales eran las doctrinas de estos hombres en el siglo I.°

Al abrirse el siglo II encontramos á los herejes bautizados con el nombre genérico de *Gnósticos*, es decir, de sábios ilustrados. Suponian una elevacion de alma para las ciencias tal, que por ella podian entrar en comercio con los espíritus subordinados y hasta con el mismo Dios; y pretendian poseer, en alto grado, la ciencia de la Religion, puesto que estaban al alcance del misterio de las Escrituras. ¡Cuánta identidad con el lenguaje de hoy! Vemos despues á Valentiniano colocando á Jesucristo entre los espíritus puros, á Marcion concederle un cuerpo fantástico, y á Montano disparando al aire, al decir, que habiendo Dios inutilmente intentado ilustrar al mundo por Moisés y los Profetas, envió á su Hijo, pero que éste no tuvo acierto.

Sabelio y Pablo de Samosata, hablaron en el siglo III. El primero atacó la Divinidad de Jesucristo afirmando que no hay en Dios mas que una persona divina, supues-

to que no hay mas que una naturaleza increada. Los nombres de las divinas personas no eran, en su concepto, sino meras apelaciones en sus relaciones esteriores. El segundo repite que no hay en Dios mas que una sola persona y que Jesucristo no es mas que un puro hombre, aunque de tal virtud, que Dios lo adoptó por hijo.

Arrio, el famoso Arrio, produjo en el siglo IV. una profunda agitacion en la Iglesia: y su doctrina, absoluta ó modificada, se difundió de una manera sorprendente. El mundo entero, decia S. Geronimo, se admiró de verse arriano! El deseo de concebir y esplicar el misterio de la Trinidad le colocó entre los peligrosos estremos de la pluralidad y de la confusion, y usando de un sistema nuevo, rebajó la persona del Verbo á la clase de una mera criatura, sin darle mas divinidad que la adopcion ó consagracion, creyendo que así se alejaba á la vez de Sabelio y de los Tristesistas. Apolinario daba solamente á Jesucristo el alma sensitiva y le negaba el alma racional, cuyas veces hacia el Verbo, el cual producia todas sus acciones, y era en Jesucristo lo que el principio intelectivo en los demás hombres.

De esta manera de esplicarse de Arrio y de Apolinario, se originaron nuevos y mas groseros errores en el siglo V. Viendo Nestorio que Arrio reconocia en Jesucristo una mera criatura, y que Apolinario no reconocia mas que la naturaleza divina; para alejarse de ambos supuso en Jesucristo dos personas y dos esencias absolutamente separadas en los atributos; de modo que, segun sus principios, Jesucristo no era Dios Hombre ni Hombre Dios, y por lo mismo la Virgen María no era Madre de Dios, sino solo de Cristo. Divídense otros de nuevo contra Apolinario y contra Nestorio, y viene Eutiques á enseñar la confusion de las dos naturalezas diciendo: que si antes de la Encarnacion, fueron distintas, despues de la Encarnacion, uniéndose como dos gotas de agua, no habian formado mas que un mismo ser.

Un abismo llama otro abismo. Habiéndose pasado el siglo VI en hacer explicaciones esforzadas para unir las

Tres Capítulos, que mas tarde fueron desechados: vinieron los Monotelitas proponiendo un sistema medio; y navegando, por decirlo así, entre los escollos que ofrecian las doctrinas de Nestorio y de Eutiques, Sergio, su jefe, sostiene en el siglo VII que en Jesucristo no habia mas que una sola operacion y una sola voluntad: la operacion y la voluntad del Hombre Dios.

Despues de los iconoclastas en el siglo VIII, en ódio de las imágenes acusaron á la Iglesia de idolatría, cuya acusacion no podia menos que recaer sobre Jesucristo. Elipando y Félix enseñaron á su vez que Jesucristo no es Dios ni puede serlo por naturaleza, sino que es hijo de Dios por adopcion y por gracia.

En fin, para no molestar vuestra atencion con esta relacion minuciosa, baste observar que en los siglos siguientes no faltaron enemigos del Cristo que escandalizaron con sus errores, con sus herejías y con sus blasfemias.

Vemos á Gothescalco aparecer en el siglo IX diciendo que Jesucristo no murió por todos, sino solo por los que se salvan; y percibimos todavía el eco del Eutiquianismo sostenido en una disputa por el Patriarca Jacobita Juan.

Por el siglo XII, Pedro Abelardo, aquel célebre Abelardo que tantas veces habrá servido de entretenimiento en los estrados y de encanto á los corazones jóvenes, renueva los errores de Sabelio y de Nestorio, quizá sin sentirlo, llevado por las argucias de una dialéctica refinada y obligado por el prurito de esplicar las ideas relativas al Misterio de la Trinidad; y Gilberto Porretano enseña que la segunda persona de la Trinidad no encarnó cuando tomó un cuerpo semejante al nuestro, supuesto que la naturaleza es distinta de la persona.

Los albigenses en el siglo XIII originaron mil disturbios y causaron innumerables males en la sociedad cristiana; y entre los dislates que pronunciaron, tuvieron la ocurrencia de inventar dos Cristos: uno completamente malo, que fué el que apareció, de cuerpo fantástico y que

solo resucitó en la apariencia: y otro bueno que ha permanecido invisible; y mas tarde los socinianos, atacando la Divinidad de Jesucristo, atacaron á la vez todas las verdades relativas á la Encarnacion y á la Redencion.

En los siglos siguientes, cediendo los protestantes á los estímulos de un espíritu inquieto y turbulento, se fraccionaron en una multitud de sectas que han combatido la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, han esterilizado la gracia de los Sacramentos, del que Jesucristo es autor, han esplicado á su modo la justificacion de las almas, han trastornado la nocion de la fe y han hecho inútiles los merecimientos del Redentor. Wiclef, Calvino, Lutero, y todos los demás, no son sino jefes de esos grupos que, segun la variedad de sus doctrinas, han obrado y obran en dispersion lanzando sus injurias contra la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo.

En el siglo XVII, siglo que parecia de tanta piedad y en que no se percibia surgir ostensiblemente ningun error, ninguna herejía, apareció el filosofismo con su pomposa vanidad y su decantada ilustracion. Sus escritos se reprodujeron de un modo admirable, y de entonces á acá, bajo las formas de una literatura variada y deslumbradora, unos han burlado á Jesucristo, otros le han insultado audazmente, no faltando quien le aplique el blasfemo título de sansculote, y otros han negado, y niegan redondamente su existencia, pretendiendo así quitar de una vez el fundamento de la religion.

De este modo por espacio de diez y nueve siglos ha sido combatida la naturaleza divina, la naturaleza humana, y la union de dos naturalezas en Jesucristo; y de este modo tambien, el Hijo de María, levantado como la enseña de la contradiccion, ha visto aparecer y desaparecer sucesivamente á sus multiplicados enemigos. Y despues de tan rudo y prolongado combate: *¿Quid vobis Videtur de Christo?* ¿Qué os parece? ¿Lo reconoceis aun por Hijo de Dios? *¿Cujus filius est?* ¿Os habeis puesto en contra, ó estais firmes al pié de la enseña?.... Acaso el pueblo humilde responderá que sí, por que al fin este pueblo no se ocupa de peligrosas novedades, sino que descansa tranquilo en la fe de sus mayores; pero vosotros, los que formais esa fraccion notable, esa mitad del pueblo á que se da el nombre de alta sociedad, de sociedad culta, que lee, que se ilustra, que discute: ¿qué decis?

Yo presiento ya vuestra respuesta, hermanos mios; percibo que corre entre vosotros un confuso rumor, y llega por fin á mis oidos una voz demasiado lastimosa: Confesamos ingénuamente, me decis, que, andando el tiempo, hemos sentido en efecto un cambio irresistible en nuestras almas, que llamamos preocupaciones á nuestras antiguas creencias, y casi renunciamos ya la fe que nos dejaron nuestros padres. A ello nos obligan sin duda esas voces nuevas y regeneradoras que se oyen por todas partes con tanto entusiasmo, esa abundancia de luces con que el siglo inunda la tierra, y esas magníficas y numerosas producciones que despide la prensa europea, entre las cuales ha llegado últimamente á nuestras manos un libro precioso y de sumo interés en religion, escrito en estilo bellísimo, lleno de descripciones encantadoras, que escita nuestra curiosidad, fija nuestra atencion, y en cuya lectura parece engolfarse nuestro espíritu, como bebiendo los conceptos que encierran sus brillantes páginas, para nutrirse con ellos.

Tal es vuestra respuesta: y por vuestras últimas palabras comprendo que me hablais de la *Vida de Jesus*; comprendo que ese libro circula con profusion en el seno de las familias; que se discute su contenido, en los estrados, entre las personas del sexo débil y los jóvenes ligeros, que se alaban sus bellezas, se forma sobre su doctrina lo que puede llamarse el juicio crítico social, y el resultado viene á ser que cuando lo sentis, ya quedó infiltrado el veneno en vuestras almas.

Pero este mal, señores, revela una causa tristísima: la ignorancia general de nuestras obligaciones en lo que mas nos interesa! Si las familias estuvieran mas instruidas en los principios de nuestra santa religion; si en medio de la disipacion á que se entregan, se atendiera un

poco mas á la educacion cristiana; si los padres de familia, por amor á sus hijos, en vez de dejar sobre el bufete y sobre la mesa redonda esos libros inútiles y vanos, esas novelas peligrosas que corrompiendo malamente el espíritu, nada dejan positivo ni al entendimiento ni al corazon, procuráran la lectura de tantos libros amenos, instructivos y piadosos que sirven para formar bien, y consolidar en el alma las ideas religiosas, serian menos accesibles al mal, y no os sorprenderian tan fácilmente esos escritos seductores.

Por que tomando en consideracion ese libro, ¿qué cosa es en realidad?..... Escrito en un estilo medio serio y medio chistoso, medio santo y medio irónico, medio grave y medio poético: ni se sabe á qué género pertenece, ni nos es fácil adivinar la forma que el autor intentó dar al héroe de su celebrado libro. Unas veces florido y otras pomposo, unas veces serio y otras festivo, dicen sus admiradores que sus pinturas están formadas de colores vivísimos; y es cierto, si; pero deformemente mezclados y confundidos; ni hay sombras, ni claros: no aparecen los trazos, no se ven los contornos. El autor, arrebatado de su entusiasmo al ver sus colores tan hermosos, tan vivos, soltó el pincel y arrojó la paleta sobre el cuadro, quedando así borrada la imágen misma del héroe que ha querido retratar.

Si nos habla, por ejemplo, del nacimiento de Jesus, niega que ha nacido en Belen, para negar tal vez que es hijo de David: y se olvida de la infancia del Niño para oscurecer, sin duda, las glorias de María como Madre de Dios. Si nos habla de su ciencia, Jesucristo no supo mas que lo que aprendió en su pueblo, es decir, nada. No sabia el hebreo, no sabia el griego, no tuvo idea de la cultura griega, no sabia lo que es una alma separada del cuerpo, ni alcanzó á concebir en qué consiste el progreso. Era pues, Jesucristo, un completo ignorante. Si nos habla de las potencias de su alma, Jesucristo tuvo siempre un entendimiento limitado; jamás se desarrolló su pensamiento, estuvo siempre lleno de vaguedades y muchas veces

lo rodearon las tinieblas. Es decir que Jesucristo no tenia talento. Como político no tuvo ningun conocimiento del estado del mundo; no tuvo idea del poder romano, y en sus parábolas, al hablar de los reyes, muestra demasiado claro que jamás concibió lo que es la aristocracia civil. ¡Era un pobre aldeano! En geografía, no conoció mas que Tiberiades, Cesarea, Sebaste, y esto era lo que él llamaba reinos del mundo, sin poder ver mas allá de lo que sus ojos alcanzaban en aquellas comarcas.

En fin, nos lo pinta bajo formas tan variadas y le dá caracteres tan distintos, que, hasta los mismos defensores ó amigos del autor, han reconocido en su obra no uno, sino muchos héroes, llamando á uno idílico, á otro histórico, á otro frenético, de modo que segun la variedad de sus descripciones, seria difícil colocarlo en una galería determinada: por que atendiendo á la falsa majestad que le atribuye, deberia ser filiado entre los Estóicos; segun los asomos de su virtud disimulada, debiera haberse inscrito entre los Fariseos; segun su génio amable y el método fácil con que vivia en la risueña Nazaret, debió colocarse entre los sensuales Epicúreos, ó entre los voluptuosos Sibaritas; y, por último, para que nada falte, nos le presenta á veces como un aldeano sencillo, aunque alegre, vestido con el traje pastoril.

Así habla del Salvador el autor de *la Vida de Jesus*. Y á vosotros: ¿qué os parece todo esto? *¿Quid vobis videtur de Christo?* ¿Qué es lo que nos ha dicho el famoso escritor en todo su libro? ¿Qué Jesucristo no es Dios? Pero esto hace muchos siglos, hace diez y nueve siglos que nos lo dijeron los herejes. ¿Que era un ignorante? Desde el siglo primero nos dijeron que no habia tenido acierto. ¿Que era un gran revolucionario? Desde bien temprano, viviendo aun el Señor sobre la tierra, lo dijeron sus enemigos. ¿Y las demás mentiras, injurias, sarcasmos, y calumnias en que abunda el libro, no es cierto que están diseminadas en las obras filosóficas del siglo y en las doctrinas de hace tres siglos, y en la de los Albigenses, y en las de todos los herejes que, desde los dias de la vida mortal de

Jesucristo, lo han venido ultrajando? Y en este caso ¿qué nos dice de nuevo? Nada, absolutamente nada. ¿Y este libro nos sorprende y nos encanta? ¿Y esto se llama progreso, ilustracion?..... Confesemos, Señores, que estos escritores no son mas que unos hombres vanos y maliciosos que sorprenden nuestra ignorancia viniendo á presentarnos como nuevos los errores y las herejías que han desenterrado de entre el polvo de tantos siglos, á manera de esas aves voraces, ó de aquellos animales hambrientos que rascan y escarban la tierra hasta que logran sacar á la luz del dia las últimas inmundicias que estaban como escondidas en el fondo del esterquilinio.

Pues bien, me direis vosotros; tú que pretendes combatir estos errores y que predicas con tanto ardor para libertarnos de nuestro engaño, dinos: Tú, ¿qué piensas? ¿Cuál es tu doctrina? ¿cuál es tu fe acerca de Cristo? *¿Quid tibi videtur de Christo? ¿ Cujus filius est?*.....Y yo os respondo sencillamente que yo pienso acerca del Cristo lo que me enseña el Testamento antiguo, lo que me enseña el Evangelio, es decir, que Jesucristo es el mismo que anunciaron los profetas, el deseado de tantas generaciones y que al fin vino en la plenitud de los tiempos. Que fué concebido en el vientre de una Vírgen, cuando se lo anunció el Angel á María en la casa de Nazaret; que es el mismo que nació en Belen, cuando los ángeles cantaron la gloria de Dios en las alturas y anunciaron la paz á los hombres. Creo que nos ha nacido el Salvador, que se llama Cristo. Creo que Dios está con nosotros, y por eso el Dios Niño se llama Emmanuel. Creo que Jesucristo es Dios: que Jesucristo es Hombre, y que Jesucristo es Dios hombre. Creo que es el mismo que nos llenó de bienes, que enseñó una doctrina celestial, y que verificó la Redencion muriendo en el Gólgota.

Si se me pregunta cuál es mi doctrina, yo diré: Que mi doctrina es la doctrina de Efeso; y si alguien me pregunta cuál es mi fe, yo responderé sin embozo que mi fe es la fe de Nicea; si, la fe de Nicea: la fe de Constantinopla, la fe de Calcedonia; y al recordar estos nombres

no puedo menos que exclamar con gusto, é invitaros á que exclameis conmigo: ¡Oh Nazaret! ¡Oh Efeso! ¡Oh Belen! ¡Oh Nicea! ¡Oh Constantinopla! ¡Oh Calcedonia! ¡Oh lugares dichosos donde se obraron los Santos Misterios y en donde nuestra Madre la Iglesia consolidó nuestras creencias! Nazaret, Señores, Nazaret y Belen reflejan sus rayos de luz sobre Efeso y Nicea; y Efeso y Nicea los vuelven sobre Belen y Nazaret, semejantes á dos nubes paralelas que, escitando sus electricidades, confunden la luz de sus relámpagos y se comunican velozmente sus fuegos; y Constantinopla y Calcedonia semejantes á dos nubes lejanas que parecian retirarse al tronar sus tempestades, se acercan de repente, rompen sus cataratas, desciende la lluvia y la tierra produce sus frutos. Entonces comprendemos la simbólica expresion del vaticinio, renace en nuestras almas la fe del Salvador y exclamamos con el profeta lleno de gozo: *Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum, aperiatur terra et germinet Salvatorem!* ¡Caiga el rocío del cielo y las nubes llueven al justo! ¡Abrase la tierra y aparezca el Salvador!

Por eso volamos hasta Nazaret, oimos las palabras del Angel que anuncia la Encarnacion, saludamos á María llena de gracia, y luego adoramos en Belen con la simplicidad de los pastores y con la ardiente fe de los magos. Por eso asistimos en Efeso al lado del ilustre S. Cirilo, recojemos las bellas palabras que salen de su boca elocuente, vemos desarrollarse bajo su pluma los conceptos sublimes que reivindicaron las glorias de la Madre de Dios, y llenos de un santo entusiasmo exclamamos con aquellos Padres: ¡Anatema al impío! ¡Quede excomulgado el que no excomulgue á Nestorio! Por eso como presentes en Constantinopla y en Calcedonia, hacemos por una parte nuestra profesion de fe, y por otra decimos con los Padres de aquella asamblea: ¡Pedro es el que ha hablado por la boca del Papa Leon! Y decimos con franqueza para expresar nuestras creencias: *Credo...in Unum Dominum Jesum Christum, Filium Dei unigenitum, et*

ex Patre natum ante omnia sæcula. Creo en un solo Jesucristo, nuestro Señor, Hijo Unigénito del Padre, ante todos los siglos. Dios de Dios y Luz de Luz; pero no simplemente Dios, sino Dios verdadero de Dios verdadero. *Deum de Deo, Lumen de Lumine, Deum verum de Deo vero.* Engendrado, no hecho, consustancial al Padre. *Genitum, non factum, consubstantialem Patri.* Confesamos su santa Humanidad, confesando que es verdadero hombre nacido de la Vírgen María, de la cual tomó su carne, y la cual puede decir señalando á su Hijo adorable: *Ecce nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea!* ¡Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne! *Et incarnatus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine!*

Así confesamos que Jesucristo es hijo de María, y confesamos que es hijo de David, sin dejar por esto de ser verdadero Hijo de Dios. *Dixit Dominus Domino meo,* decía el Rey salmista *Sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.* Dijo el Señor á mi Señor siéntate á mi diestra, mientras ponga á tus enemigos como peana de tus plantas. Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo será su hijo? ¡Argumento apremiante que el Señor propuso á los judíos, los cuales, urgidos por él, nada tuvieron que responder, cuando se trataba nada menos que de la santa divinidad de Jesucristo! divinidad que nosotros confesamos igualmente; porque un Ser enjendrado desde el principio entre los resplandores de los santos, antes que fuese criado el lucero del alba, no puede ser sino un verdadero Dios. *In splendoribus sanctorum ex utero ante luciferum genui te.* Reconocemos su eterno sacerdocio, segun el orden de Melchisedec. *Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedec,* y confesamos por fin, su soberanía indisputable sobre todas las potestades de la tierra, supuesto que algun dia las ha de someter á su tremendo juicio. El Señor estará á tu diestra, dice el salmo, y hará pedazos á los reyes, y juzgará á las naciones, y quebrantará las cabezas de muchos multiplicando la ruina de sus enemigos. *Dominus a dextris tuis: confregit in die iræ suæ Reges. Judicabit in*

nationibus. implebit ruinas: conquassabit capita in terra multorum. Ha de llegar el dia en que este Dios perseguido, bebiendo del torrente de su Sangre, levantará con gloria su cabeza: *De torrente in via bibet. propterea exaltabit caput.*

Así sucederá, hermanos mios, y así está sucediendo hace mucho tiempo. El Cristo que nació en Belem, el Dios Niño que Simeon recibió en sus brazos, vive hoy y vivirá por siempre. El ha visto pasar á los enemigos que le insultan, y los ha visto desaparecer entre las sombras de los tiempos mientras que unos pocos permanecen á su lado. ¡Generacion que vas pasando; detente á contemplar á aquel Dios Niño que fué puesto para la ruina y para la resurreccion de muchos; y fija tus ojos en el Cristo: que al cabo de mil novecientos años, se levanta en medio del mundo con los brazos abiertos para recibir los dardos que le dirigen sus enemigos. ¡Generacion que vas pasando: oye el rumor, oye la grita de los que blasfeman el nombre santo del Salvador; pero inclina tu frente y adora humilde al Hijo de María, al oir aquel grito sublime que saliendo de la cumbre del Calvario ha venido resonando de siglo en siglo y suena todavía en nuestros oidos: *Verè filius Dei erat iste.* Verdaderamente era este Hijo de Dios. Y oye, por fin, al último de sus enemigos, que como vencido y obligado, inclina sus ojos, admira sus triunfos, y sea con hipocresía ó sea con verdad, lo saluda entusiasmado como Hijo de Dios! Bandera de nuestra contradiccion, exclama el autor de la *Vida de Jesus,* tú serás la enseña en torno de la cual se trabe la mas ardiente batalla. Mil veces mas vivo, mil veces mas amado despues de tu muerte, serás de tal modo la piedra angular, que *arrancar tu nombre* de este mundo *será conmoverlo hasta sus fundamentos!* ¡Vencedor de la muerte: toma posesion, toma para siempre posesion de tu reino...! ¡Así, hermanos mios, á pesar de los enemigos del Cristo, se arranca la verdad de sus lábios; y así permite Dios que lo veneren los mismos que blasfeman

su nombre! ¡Tal es el concepto que los mismos enemigos tienen del Cristo, y tal es la respuesta que ellos mismos dan á estas palabras de mi texto *¿Quid vobis videtur de Christo? ¿Cujus filius est?*

Y á vista de todo esto ¿nos hemos de apartar de su lado? ¿no hemos de pelear al pié de la enseña? ¿no hemos de tomar parte en los triunfos de esa gran batalla? ¡Oh! dejemos ya ese espíritu de corrupcion y de mentira, y confesemos francamente los atributos del Redentor! ¡Dejemos ya esa piedad dudosa y esa fe vacilante; y con recto y sincero corazon, y con el alma alumbrada de una fe viva, vengamos al rededor de los altares, á tributar los mas humildes homenajes de nuestra gratitud, al Dios Niño que ha venido á redimirnos! Adoremos al Hijo de María, y confesemos que ese tierno niño que tan humildemente ha nacido, es el mismo que anunciaron los profetas, que desearon las pasadas generaciones, por quien suspiraban los antiguos Padres, á quien cantaron los poetas romanos, á quien debidamente adoraron los reyes y á quien nosotros en este dia reconocemos como verdadero Hijo de Dios, como verdadero hombre, como el Unigénito del Padre que vino lleno de gracia para salvar al mundo, y al cual, luego que haya cesado para nosotros esta fe que ahora profesamos, hemos de ver cara á cara entre las luces de la inmortalidad.

SERMON

DEL NACIMIENTO DE NTRO. SR. JESUCRISTO

Predicado en la Sta. Iglesia Catedral
de Oaxaca
el 26 de Diciembre de 1854,
por el Sr. Pbro.

D. Jose Joaquin Diaz.

Natus est vobis hodie Salvator,
qui est Christus Dominus.
San Lucas, Cap. II, v. 10

Ilmo. Señor:

Hubo una hora, en el trascurso de los siglos, marcada por los decretos eternos, anunciada por los Profetas y figurada por acontecimientos y símbolos, que puso término á los desmanes del paganismo, fué el principio de una doctrina regeneradora y fijó la época de felicidad del género humano. Los angeles la inmortalizaron con sus cánticos, los hombres con sus homenajes y Dios con el nacimiento prodigioso de Jesucristo, Hijo del Padre en la eternidad é Hijo de Abraham y de David en el tiempo.

Este suceso extraordinario y divino en los anales del mundo y de la religion, antes de cumplirse, era el objeto de la fe y de los votos de los antiguos justos y de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su nombre! ¡Tal es el concepto que los mismos enemigos tienen del Cristo, y tal es la respuesta que ellos mismos dan á estas palabras de mi texto *¿Quid vobis videtur de Christo? ¿Cujus filius est?*

Y á vista de todo esto ¿nos hemos de apartar de su lado? ¿no hemos de pelear al pié de la enseña? ¿no hemos de tomar parte en los triunfos de esa gran batalla? ¡Oh! dejemos ya ese espíritu de corrupcion y de mentira, y confesemos francamente los atributos del Redentor! ¡Dejemos ya esa piedad dudosa y esa fe vacilante; y con recto y sincero corazon, y con el alma alumbrada de una fe viva, vengamos al rededor de los altares, á tributar los mas humildes homenajes de nuestra gratitud, al Dios Niño que ha venido á redimirnos! Adoremos al Hijo de María, y confesemos que ese tierno niño que tan humildemente ha nacido, es el mismo que anunciaron los profetas, que desearon las pasadas generaciones, por quien suspiraban los antiguos Padres, á quien cantaron los poetas romanos, á quien debidamente adoraron los reyes y á quien nosotros en este dia reconocemos como verdadero Hijo de Dios, como verdadero hombre, como el Unigénito del Padre que vino lleno de gracia para salvar al mundo, y al cual, luego que haya cesado para nosotros esta fe que ahora profesamos, hemos de ver cara á cara entre las luces de la inmortalidad.

SERMON

DEL NACIMIENTO DE NTRO. SR. JESUCRISTO

Predicado en la Sta. Iglesia Catedral
de Oaxaca
el 26 de Diciembre de 1854,
por el Sr. Pbro.

D. Jose Joaquin Diaz.

Natus est vobis hodie Salvator,
qui est Christus Dominus.
San Lucas, Cap. II, v. 10

Ilmo. Señor:

Hubo una hora, en el trascurso de los siglos, marcada por los decretos eternos, anunciada por los Profetas y figurada por acontecimientos y símbolos, que puso término á los desmanes del paganismo, fué el principio de una doctrina regeneradora y fijó la época de felicidad del género humano. Los angeles la inmortalizaron con sus cánticos, los hombres con sus homenajes y Dios con el nacimiento prodigioso de Jesucristo, Hijo del Padre en la eternidad é Hijo de Abraham y de David en el tiempo.

Este suceso extraordinario y divino en los anales del mundo y de la religion, antes de cumplirse, era el objeto de la fe y de los votos de los antiguos justos y de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Patriarcas; ya cumplido, colmó á la humanidad de singulares beneficios y la hizo olvidar sus miserias y sus sufrimientos.

Pero ¿dónde está el palacio, dónde el trono, dónde la córte de este Recien-nacido? Magníficamente preparado por espacio de cuatro mil años y acompañado del explendor de los prodigios, el nacimiento del Salvador, ¿no debia haber sido en el seno de la opulencia? ¡Ah! bien se deja conocer que el Hijo de Dios que venia á dar gloria á los cielos y paz en la tierra con la muerte de los vicios y la vida de las virtudes, debia tener por palacio un establo, por trono un pesebre y por corte á José y á María: que, al rededor de su cuna debia congregar á los pequeños y no á los grandes, á los sencillos y no á los soberbios, á los miserables y no á los afortunados del mundo.

Mas al través de la humildad del hombre, se descubre en Jesucristo la dignidad de Dios.

Los imperios se levantan y caen para allanar su camino: la guerra y la discordia suspenden el exterminio de los pueblos: los verdaderos oráculos, mudos tiempo hacia en Jerusalen, recobran su voz y las falsas sibilas callaron: nace de una Madre Vírgen: un ángel lo anuncia á los pastores: un astro á los reyes: hace temblar á las potestades de la tierra y se escapa de su persecucion sanguinaria.

De este modo reunió Jesucristo dos extremos que un insondable abismo separaba, la humillacion y la magestad, y dió á conocer la soberanía en la indigencia, la redencion en las lágrimas, el poder en la debilidad. *Ha querido nacer humilde el Altísimo*, dice San Agustin, *para hacer brillar en su misma oscuridad todos los resplandores de su omnipotencia.* Si el Salvador hubiera nacido con la pompa de una magestad humana, ciertamente que no reconoceriamos en El á la Magestad Divina. Requeria su ministerio de Reparador del mundo, que hubiese aparecido con toda la miseria y pequeñez del hombre, sin olvidar toda la grandeza y soberanía de un Dios. Por esto Jesucristo en el establo de Belen, á pesar del pesebre,

de sus harapos y suspiros, ostenta su poder, descubre su sabiduría y manifiesta su bondad. Así, pues, la cuna del Salvador, símbolo de humildad, es el sólio de su poder, la cátedra de su sabiduría y el teatro de su bondad. Poder, sabiduría y bondad son los caracteres exclusivos de la Divinidad.

El asunto, de esta manera propuesto y dividido, presenta pruebas concluyentes de la divinidad de Jesucristo, propias para alimentar la piedad de los fieles, como para refutar los errores de los incrédulos. Para obtener este doble fruto, imploremos la asistencia divina. Ave María.

I.

Qué el Hombre Dios en su segunda venida, presentándose con el carácter de Juez debia aparecer sobre las nubes con imponente majestad, es muy natural; pero que en su primera venida, habiéndose presentado con el carácter de Rehabilitador de la especie humana, renunciase al explendor de la Divinidad, pareceria extraño, si no hubiera empleado otros medios para manifestar su omnipotencia. Convenia que el gran Libertador que venia á quebrantar las cadenas de la esclavitud original del hombre, testificase su origen divino de un modo muy diverso del que los judíos deseaban en su celo por su nacionalidad ultrajada.

Y así sucedió.

En su nacimiento, el Hijo de Dios ha manifestado su poder en los sucesos que prepararon, acompañaron y siguieron ese acontecimiento extraordinario.

Aquella magnífica y consoladora promesa de un Redentor verificada en la edad primitiva del mundo, es el principio de una série de profecías relativas á la manifestacion de Jesucristo.

Desde Malaquías el último de los profetas, hasta Jacob, hasta Abraham, hasta Dios, todos revelan las circunstancias de la vida del Salvador en el pesebre y en la cruz, en el establo y en el calvario. Los justos no se

santifican sino en nombre y por los méritos de este Niño Dios. La vocacion de Abraham y de Moisés, el sacerdocio de Aaron y de Melchisedech tienen por objeto el misterio de Belen.

Los acontecimientos mas señalados de la historia se refieren, como á un centro comun, al nacimiento de nuestro Salvador. Divididas las naciones por leyes, gobiernos y costumbres, ¿por qué, despues de la caída de la dominacion griega, comienzan á mezclarse entre sí encaminándose con mas acuerdo hácia aquella edad de oro, cuya realizacion facilitó el acero de Roma al pesebre del Hijo de Dios? ¿Por qué esas mismas naciones, enconadas con ódios hereditarios, deponen su coraje marcial y reconciliadas ó vencidas establecen la paz, sino por el poder de este recien nacido?

La propagacion de dogmas capitales antes del nacimiento del Mesías, ¿no es verdaderamente un brillante destello del *Sol de Justicia*, que indicaba su aproximacion al horizonte del mundo moral, como expresa la aurora la proximidad del astro del dia al horizonte del mundo material?

Este Niño nacido en el profundo silencio de la noche, desconocido y despreciado de los hombres, alarma á Jerusalen, hace deliberar á la Sinagoga sobre los oráculos que lo anuncian y derrama el susto en el corazon de Herodes. El cielo lo reconoce por los ángeles, los judíos por los pastores y los gentiles por los Magos.

Por entre las debilidades de la infancia, mil rasgos dan á conocer la magestad del Altísimo, que nos hace ver en su cuna el trono desde que ostenta el dominio inalienable del primer ser y la suprema autoridad del Criador de todas las cosas.

Así está comprobado por los resultados de este nacimiento prodigioso, origen del movimiento celestial que, destruyendo los ídolos, desprestigiando el capitolio y destrozando el poder del infierno, fundó sobre sólidas bases la religion que profesamos y con ella la felicidad que dichosamente poseemos.

Nacido Jesucristo, los prodigios suceden á los prodigios y todo cambia milagrosamente por el omnímodo poder del Niño Dios. El paganismo defendido por la supersticion é identificado con los vicios del alma, recibe un golpe mortal. Los hábitos depravados adheridos á los corazones por raíces profundas, son arrancados. Virtudes rígidas, inauditas y crueles con la naturaleza, son heróicamente cultivadas. Establecer un culto nada favorable á los sentidos, sustituir á la filosofía pagana la cristiana y extender por todo el orbe la religion de la pobreza, de la abnegacion y de la penitencia, son maravillas debidas á este humilde nacimiento, cuya omnipotencia es patente á nuestros ojos; porque Dios en sus inescrutables designios, quiso descubrir los efectos de su poder, no circundado de rayos como en el Sinaí, ó revestido de una luz refulgente como en el Tabor, sino bajo la forma de un Niño, emblema de candor y de inocencia, reclinado en un pesebre, y rodeado de la miseria, del abatimiento y de la debilidad.

II.

Jesucristo nació entre nosotros para apartar al hombre de sus vicios y además, corregirlo de sus errores. Su elevado magisterio, comenzado desde su nacimiento, fué tan oportuno, que si hubiese venido algun tiempo antes, su moral no hubiera sido del todo necesaria, porque los pueblos se sostenian por sus antiguas leyes; y si hubiese diferido por mas tiempo su venida, la sociedad hubiera ya perecido. Presentándose, pues, en la *plenitud de los tiempos*, no espera la edad en que está desarrollada la razon, ni se prepara con los recursos del estudio y las lucubraciones de la meditacion, ni elige un lugar á propósito donde pueda lucir mejor su doctrina y elocuencia; sino que abre su escuela en un establo, su cátedra en un pesebre y sus lecciones son sus humillaciones, su pobreza y su silencio. ¡Medios inadecuados, á la verdad, para la sabiduría humana; pero qué propios para la sabiduría divina!

El pecado original ha causado en nosotros tres gravísimos males: la concupiscencia, la ignorancia y el error. La concupiscencia nos separa de Dios por el deleite sensual, la ignorancia por las tinieblas que aglomera en nuestro entendimiento, y el error por que nos detiene por una falta lejos del resplandeciente foco de la justicia y de la verdad. Estas tres fuentes fétidas de nuestras desgracias son cegadas por el nacimiento de Jesucristo, Maestro de la verdadera sabiduría y asiento de santidad absoluta. ¿Qué nos dicen los abatimientos del Salvador en su cuna? Verdades luminosas y selladas por la confirmacion de la experiencia. Sujeto al dolor, reclinado en la paja y miserablemente cubierto, Jesucristo nos enseña, que el camino de la salvacion es el de la pureza, la penitencia y la abnegacion: que las riquezas, placeres y honores conducen á la condenacion. El Eterno Padre, en el nacimiento temporal de su Unigénito dice á todos los hombres lo mismo que debia ratificar despues en el dia de la Transfiguracion: *Este es mi Hijo muy amado, que yo he enviado á la tierra para que sea vuestro maestro, escuchadle.*

Hablan mas acertadamente los pañales y las lágrimas de Jesucristo en su cuna, que las brillantes declamaciones de la filosofía humana.

El portal de Belen revela una doctrina mas profunda, mas grande y mas universal, que la enseñada en el pórtico de los académicos ó en el areópago de los atenienses.

Y ¿qué mucho que este divino Niño con sus sollozos y gemidos disipe las tinieblas de la ignorancia y del error, si nace para ilustrar al hombre descubriéndole los horizontes de la sabiduría?

Jesucristo, no solo hablando sino naciendo, es Maestro de los hombres, ha dicho San Agustin; y San Bernardo: *El pesebre, las lágrimas y los pañales claman en el nacimiento del Dios Niño la penitencia, y predican la verdad.*

Aquella claridad celestial que resplandeció á la mitad de la noche mas venturosa, es una figura de la luz del Evangelio que, iniciándose en la cuna de la sabiduría increada, esclarecer debia las tinieblas del error y las sombras de la muerte, que cercaban al género humano. De este modo el triste aparato de sufrimiento y pobreza que rodea á ese Niño, es la predicacion solemne de las costumbres que combaten la concupiscencia, y la predicacion divina de la doctrina que disipa la ignorancia y combate los errores.

Me represento al mundo con dos fases sucesivas: en la primera, giran los hombres envueltos en las nieblas densas del error; en la segunda, iluminados por los claros resplandores de la verdad cristiana. La una, es la época de todos los males, de todos los errores y de todos los vicios; la otra, es la época de todos los bienes, de todas las verdades y de todas las virtudes. En aquella, atravesaba la humanidad como por *espacios desiertos y reinos vacíos;* en esta, por senderos floridos y paises de abundancia y bienestar. El nacimiento del Mesías es la línea divisoria de estas dos fases y de estas dos épocas. Desde entonces data el reinado de la sabiduría, pero de una sabiduría divina, que es el vínculo venturoso de la paz con la justicia.

Pero si las lecciones de sabiduría que nos dictó el Salvador desde su cuna han sido tan eficaces, ¿por qué aún entre los cristianos prevalece la iniquidad? ¡Ellos que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalen militante, para abrazar las profanaciones de las gentes!

Nosotros responderemos, que Jesucristo no nació entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para enseñarnos los medios de salud que los alivian y destruyen. El defecto pende de nosotros y jamás de la gracia que nos ha salvado.

Reconozcamos y adoremos en el pesebre del Niño Dios un misterio de altísima y soberana sabiduría, que ilustró los espíritus, cambió los corazones y venció la naturaleza viciada, y dejemos á los incrédulos que le maldigan, pero en vano; porque la maldicion que cae sobre el

pesebre de Jesucristo es como la que cayó sobre su cruz, en la antevíspera de la Resurreccion.

III.

Hemos visto á nuestro Salvador desplegando en el pesebre de Belen la eficacia de su omnipotencia é ilustrándonos con los esplendores de su sabiduría; resta solo admirarlo legándonos los tesoros inapreciables de su bondad.

Cuando una obra se emprende por amor, llega á tocar, sin disputa, el complemento de su perfeccion, hasta en sus mas minuciosas circunstancias. El Verbo Divino descendió del cielo por el bien, el amor y la felicidad del hombre; y un amante infinitamente poderoso é infinitamente sábio, ¿qué resortes no moverá para labrar la ventura del objeto querido de su corazon? Por esto el Dios Hombre, al entrar en el mundo, nos agracia con tiernos testimonios de su amor.

Necesitado el hombre no solo de ser realzado de su miseria y de su impotencia natural, como sér imperfecto, sino tambien de ser reconciliado y rescatado como sér culpable, Jesucristo naciendo no solo lo elevó del órden natural al sobrenatural, al estado deífico, en el cual dice el P. Ventura, *se hace en cierta manera semejante á Dios y participante de la naturaleza de Dios*, sino que comenzando á inmolarse por nosotros desde su nacimiento, nos reconcilia con la Divinidad. Bien es cierto que no vemos á este adorable Niño clavado en la cruz; pero el pesebre es un altar en que se ensaya para el sacrificio: todavía no oimos aquella gran voz que ha de penetrar los cielos; pero ya sus tiernos gemidos llegan hasta el trono de la Divina Misericordia: no derrama aun la sangre que ha de lavar los pecados del mundo; pero ya las lágrimas que vierte nos purifican de nuestras manchas y la naturaleza desata sobre El todos sus rigores.

La primera funcion de nuestro Salvador es ofrecerse víctima de propiciacion por las iniquidades de los hombres; y gracias á su amor infinito; con qué abundancia ha satisfecho á la Justicia Divina en su mismo pesebre y desde su nacimiento! *El carácter distintivo de Jesus al nacer es*, dice San Pablo, *la bondad y la ternura*. San Agustin secundó casi el mismo pensamiento: *Nacido de su Padre*, dice, *es el principio de la vida: nacido de su Madre es la ruina y destruccion de la muerte*. Todavía San Bernardo es mas explícito cuando pregunta: *¿Quién ha hecho este prodigio? el amor que no mira dignidades, el rico en bondad y el eficaz en todo.*

Constituido Jesucristo sacerdote y víctima en el establo de Belen, nos prodiga toda suerte de favores llenando nuestras exigencias. En El tenemos un Adorador para Dios, un Jefe para los angeles, un Juez para los demonios, un Salvador para los hombres y un Reparador de toda la naturaleza. Es Redentor de los cautivos, Pastor de las ovejas descarriadas y Pontífice del testamento nuevo. Da fuerza á los débiles, luz á los ciegos y vida á los muertos; pero ejerciendo, en el anonadamiento de su augusta persona, estos elevadísimos ministerios. Cordero divino, nace donde nacen los simples corderos, en un establo: víctima expiatoria, se priva, en su extrema pobreza, de toda comodidad y regalo. Singular contraste nos presenta su amorosa solicitud: cuanto mas se humilla y rebaja tanto mas se afana por enriquecernos con los preciosos dones del cielo.

Con razon tantos justos de la ley antigua que leian en el porvenir, nos lo pintan en sus cuadros proféticos, como un géneroso Bienhechor que curaria toda clase de llagas, enjugaria todas las lágrimas y abriria su seno á todos los desgraciados. Por esto decia el Apóstol: *Nosotros tenemos un Pontífice que sabe compadecerse de nuestras miserias.*

De los milagros que hizo Jesucristo en el establo de Belen, pudieramos afirmar en particular, lo que de sus milagros en general dijo Bossuet: *Que mas tenian de bondad que de poder.*

Siendo el pesebre teatro de la Benignidad de Dios, los

despreciados del mundo serán amablemente escojidos por un Dios Niño, que desechado de las casas de Belen, no encontró otro asilo mas que una gruta: los enfermos deben acercarse con confianza á este Niño, que se sujetó á la circuncision: los perseguidos encontrarán consuelo con un Dios, que huye á tierra extranjera del furor de sus enemigos.

¿Quién no reconoce en el Dios recien nacido el Padre mas tierno, el Hermano mas afectuoso y el Amigo mas fiel del hombre, nacido, abatido y muerto por salvar al hombre? Aquí conmuévese el corazon de ternura: adora llorando esa bondad, ese amor que le espanta por su grandeza misma y que le atrae como por un magnetismo celestial: desea, en reconocimiento, tener la fe de los patriarcas, la esperanza de los profetas y el ardiente amor de los justos. Tal es el inefable prestigio del nacimiento del Hijo de Dios, prestigio que, si confunde el alma por su magnitud, la reanima con la esperanza, garantizándole en los bienes recibidos el beneficio supremo que los corona á todos, la bienaventuranza inmortal de la gloria.

Concluyamos. Tenia que demostraros la divina Magestad en la humildad misma del nacimiento de Jesucristo por sus rasgos mas pronunciados, poder, sabiduria y bondad. En consecuencia, consideré el poder en las circunstancias y hechos precedentes, concomitantes y subsecuentes al nacimiento del Salvador: la sabiduría en las lecciones que prudentemente nos dictó contra la concupiscencia, la ignorancia y el error: y la bondad en el triple carácter que, como Mediador, Redentor y Bienhechor de la humanidad, desempeñó cumplidamente al nacer entre nosotros *lleno de gracia y de verdad.*

Habeis visto, Señores, *la gloria de Dios, su gloria como del Hijo único del Padre*, y ¿habreis sido frios espectadores de las maravillas del delicioso misterio del nacimiento de nuestro Salvador? ¿No os habeis determinado á purificaros de la corrupcion del hombre viejo, penetrandoos del espíritu del nuevo? ¡Ah! si así no fuera, teudriais la desgraciada suerte de los judíos que, no habiendo recibido la gloria del Señor que habia venido sobre ellos, fueron severamente castigados. *Si Dios nos ha llamado de las tinieblas á la luz admirable de su conocimiento*, para que tengamos parte en *la herencia de los santos*, esforzémonos porque nazca el Niño Dios en el pesebre espiritual de nuestros corazones, practiquemos, á su ejemplo, la humildad; y para el ejercicio de las demás virtudes, hagámonos dignos de que crezca hasta la plenitud de la edad perfecta. De este modo, colmados de alegría, bendeciremos y glorificaremos el Poder, la Sabiduría y la Bondad que trajo á la tierra, para llevarnos á todos al cielo. Amen. (1)

(1) Publicado en Oaxaca en 1855, en un cuaderno suelto, con permiso de la Sagrada Mitra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO.

PREDICADO EN SANTA BRIGIDA

DE MEXICO

EL DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1848

POR

Fray Manuel Pinzon.

Et Hoc vobis signum; invenietis infantem involutum, et positum in præsepio.

Y ésta os será la señal: Hallareis al niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

Luc. 2.—12.

Señores:

Ha llegado ya el Mesías esperado durante tantos siglos, prometido por tantos oráculos, señalado por medio de tantas figuras y anunciado por tantos Profetas; el deseado de todas las naciones, la esperanza de Israel, el terror de los demonios, el Redentor del mundo, el Reconciliador del cielo con la tierra. Reconozcamos en los signos misteriosos del Verbo encarnado su sabiduría.

El Verbo eterno desciende del cielo, dice San Agustin, como un gran médico, porque un enfermo le pedia desde la tierra el auxilio de su ciencia: *magnus de cœlo descendit medicus, quia magnus in terra jacebat ægrotus.*

El enfermo es el corazon humano; el corazon humano, que ha nacido con una inclinacion natural á la investigacion y conocimiento del bien, con una capacidad casi inmensa que solo se puede satisfacer estudiando asuntos tan grandes como ella misma; pero que por el pecado cayó en el desarreglo y en el error, y tanto mas se aleja de la felicidad cuanto mas se afana en buscarla. Cree verla relucir al través de las engañadoras imágenes de los placeres del siglo, toma la sombra por el cuerpo, se lanza tras esa fementida ilusion y se entrega á su adquisicion con incansable afan. La adorable sabiduría del Verbo encarnado en el misterio de su nacimiento, ha encontrado el secreto para curar el corazon humano y su espíritu valiéndose de remedios opuestos, sustituyendo los falsos placeres, la vanagloria y los pasajeros bienes del mundo, con goces perdurables y gloria verdadera. Dios se ha propuesto al hacerse hombre, reformar al hombre destruyendo en él la obra del pecado y perfeccionando la obra de Dios.

El designio de la Sabiduría Eterna manifestado claramente en el misterio de este dia, me indica el modo de probaros que las figuras bajo las cuales los Angeles anunciaron á los pastores el nacimiento de Jesucristo para que le hubieran conocido están en armonía con este mismo designio, pues si se presentan poco dignas de su grandeza, esto no obstante encierran muchos misterios puesto que ejercen en cierto modo las funciones de su ministerio y son como el compendio de su Evangelio.

El espíritu humano aprenderá en estas figuras de Jesucristo naciendo el modo de hacerse humilde, y tambien hallará el modo de poner un dique á su razon ensoberbecida y á sus quimeras en la conducta de la sabiduría divina. Tal será el primer punto de mi discurso. En el segundo manifestaré cual es el camino que debe seguir el corazon humano para encontrar la felicidad, que no es otro que aquel que Dios le ha señalado en las figuras de Cristo naciendo: *Et hoc vobis signum.* Pidamos la intercesion de la Vírgen Maria para el acierto. AVE MARIA.

008625

Punto primero.

Hay un pensamiento del apóstol San Pablo que encierra una belleza tal de entendimiento en todas sus frases, que no puedo prescindir de manifestároslo. No habiendo conocido el mundo á Dios, dice, en las maravillas de su sabiduría, quiso Dios instruirle observando una conducta que podria parecernos rara, dándose á conocer al hombre para destruir todos los conocimientos del hombre (1. Cor. 1. 21.)

Con efecto, parece raro que quisiera hacerse adorar por todos los hombres en un establo y en una cruz; y que diese el espectáculo de un pesebre, un niño, unos pobres pañales y unos animales como señales del Rey del cielo y de la tierra, que presentaba á unos pobres pastores que eran incapaces de comprender las grandezas de un Rey invisible é inmortal bajo tan despreciables apariencias.

Esta conducta de Dios es mas admirable y digna de él que la que ha seguido para hacérnosle adorar en la creacion del universo; y esta primera aparicion de un Dios hecho carne en la tierra nos le presenta en un estado mas digno de nuestra adoracion, que si hubiese venido rodeado de la pompa visible á las criaturas que son obra de su palabra. Sí, hermanos mios, porque el estado de pobreza en que vino nos demuestra mejor la divinidad, la fuerza y la sabiduría de Dios, y hace que resalten mas los designios del Verbo encarnado, que quiso curar el orgullo del hombre y humillar su espíritu para ensalzarle.

Esta conducta de Dios sirve para demostrar mas y mas su divinidad, porque si hubiese nacido rodeado de todas las pompas humanas y de las lisonjas que acompañan á los reyes de la tierra, hubiera sido á nuestros ojos menos grande su divina majestad que en el establo de Belen. ¿Qué son las humanas grandezas sino humo, comparadas con Dios? ¿No lucen mas las galas del lirio de

los valles que las ricas vestiduras de Salomon? El Verbo encarnado no podia buscar mas que su propio esplendor, ni adornarse con lo que es á sus ojos mas despreciable, puesto que toda gloria de la carne cae como las hojas de la flor. No podia convenir á su dignidad un término medio; debia poseerlo todo como en el cielo ó despreciarlo todo como en el establo; debia ser infinita su humildad como es infinita su grandeza; debia pasar del centro de la gloria al centro de la ignominia; no podia haber algo mas humilde que él, así como nada hay que sobrepuje su esplendor. Los príncipes de la tierra nacen entre la púrpura y han inventado nombres para ostentar su riqueza y poderío. Pero el Rey del cielo quiso nacer en un lecho de paja, porque el mundo, que fué obra de sus manos, nada contenia que fuese digno de él. Como Criador del universo, estableció su trono sobre el sol; pero como Redentor no quiso mas palacio que un establo, un pesebre por cuna y una cruz por trono. Figurémonos un momento, hermanos mios, que vemos al divino Jesus rodeado de las humanas grandezas. ¿Qué brillo podrian dar él oro, las perlas y los zafiros al que formó el sol, que es lo que mas brilla entre los astros? Ni un momento siquiera pueden fijarse con gusto nuestros ojos en semejante espectáculo. Tierno como le vemos, es como dice el profeta Isaías un Dios Fuerte. (Isa. 9. 6.) La flor de la raíz de Jessé, que parece ajada y seca es el gérmen del Señor que debe levantarse con todo esplendor. Este Niño juega en la cuna con la serpiente cuya cabeza quebrantará un dia; y matará al impío con el soplo de sus lábios. Estas son expresiones figuradas de que se vale el profeta Isaías para expresar la fuerza y el poder de Jesus naciendo en el establo.

Meditemos este grande asunto que nos presenta la fe; penetremos en el establo con el espíritu; contemplemos á este Dios oculto que en las tinieblas de la noche, en el silencio del mundo, se ha hecho pobre para enriquecernos; á este Niño que ha nacido en un establo desierto y

abandonado de todos, cuando él los ha formado á todos y todas las criaturas le obedecen, cuando es la sabiduría eterna que asiste á todos los consejos de Dios (Eccl. 24. 11.) y fué antes de los siglos y antes que la tierra estuviese suspendida en la nada y antes que brotasen las altas montañas del fondo de los abismos.

Hombre ingrato y ciego que no has querido reconocer la sabiduría divina en la riqueza de su magnificencia, ven á reconocerlo en la humillacion del establo. Colocado en el magnífico edificio del mundo para que adores á su Criador; colmado de bienes y tesoros hechos para tí, no te has dignado levantar los ojos hácia la mano que con tanta profusion los ha derramado sobre tu cabeza; te has hecho el sordo á la voz poderosa que te dice por la boca de todas las criaturas: ¡Oh hombre! adora á tu Dios. El lo ha hecho todo por tí, y tú, ¿qué has hecho por El? Su amoroso desvelo le ha hecho emplear otra voz para persuadirte; despues de haber hecho hablar á todas las riquezas del cielo y de la tierra, te enseña valiéndose de la pobreza del establo: *nunc ergo filii hominum audite me.* (Prov. 8. 32) Oidme pues, hijos de los hombres, no seais sordos á mi voz que hago ntcligible á vuestra debilidad para que me entendais mejor.

No solamente las señales del Cristo naciendo que da el Angel á los pastores son propias para reconocer la divinidad del Verbo encarnado, sino que tambien dan á conocer su poder y su sabiduría. Con efecto, dice San Leon, de Dios dependia su union con la naturaleza angélica y atacar al demonio en su mansion, destruir en un momento todo su poder y convertir en polvos los monumentos y las estátuas que le erigió la ignorancia de los hombres; pero una victoria semejante hubiera sido menos gloriosa para Dios y menos humillante para el demonio. Era preciso que los venciera la misma naturaleza á quien habia vencido; era preciso que un niño le diera los primeros golpes; era preciso que el mónstruo infernal tuviese por cadenas unos pañales; era preciso que el leon fuese vencido por un cordero. Este modo de combatir oponiendo la debilidad á la fuerza es mas propio que otro alguno para hacer brillar el poder divino. Como ningun enemigo es bastante poderoso para luchar con él, no se digna entrar con ellos en lucha; para destruirlos no emplea con ellos otras armas sino las que pueden hacer mas vergonzosa su derrota. Coloca toda su fuerza en los cabellos del invencible Sanson, porque los cabellos son la parte mas débil del cuerpo. (Jud. 16. 17.)

Los primeros sollozos del niño hicieron callar los mas célebres oráculos del infierno (Mat. 2. 2). Los rayos de este sol, eclipsado como está, forman nuevos astros en el cielo y disipan las mas espesas nieblas de la idolatría. (Luc. 2. 14). Levántanse desde luego los fundamentos de la Iglesia y se establece la paz entre el cielo y la tierra. Resuenan en el aire cánticos de gozo y alegría, porque es verdad que el pesebre, y el niño y los pañales son signos que se acomodan á las cualidades del Mesías, puesto que de tal modo hacen brillar su poder y que de una manera tan visible anuncian las funciones de su ministerio.

Tributemos alabanzas y rindamos adoracion á este divino niño. Mezclemos nuestra débil voz con los cantos celestiales que entonan los ángeles, y cojamos algunos granos del incienso consagrado en los escritos de San Cipriano para esparcir su aroma á los piés del Cristo naciente. ¡Oh noche, mas clara que el mas brillante dia, en que se abre paso el Evangelio conducido por embajadores celestiales, en que Dios no anuncia ya el Mesias en profecías y figuras ocultas, sino en la que los mismos ángeles señalan el lugar de su nacimiento! Noche en que los pastores rústicos é ignorantes, alumbrados por el mismo cielo é iluminados por la luz divina que derraman los ángeles, superiores á sí mismos por la gracia que les inspira la fe, son los primeros que adoran al Verbo encarnado! ¡Qué debemos contemplar de preferencia en el conjunto de maravillas que á nuestros ojos se presentan en el misterio de este nacimiento? ¿Será la Vírgen incomparable que como la brillante aurora del sol que ella nos anun-

cia, hace brotar el astro esplendoroso que llena de gozo el cielo y la tierra y salir de las nubes luminosas de su virginidad al Justo? El rayo de sol que atraviesa el mas puro cristal no es sino una débil imágen del parto sin dolor de la que concibió sin mancha. Así como toda mancha del pecado original desapareció bajo el rocío del Espíritu Santo, á quien se atribuye este misterio, el hálito del fuego infernal no tocó siquiera la flor ni el fruto que ella maduró. Este fruto de vida y de bendicion, preparado desde el principio del mundo, y llegado á su madurez en la consumacion del tiempo se desprendió por sí solo separándose del árbol que lo dió al mundo. (Gen. 3. 6)

Culpable era ya nuestra primera madre cuando ofreció á su esposo el fruto de muerte que ella habia probado ya. Casi todos sus sentidos, infestados por el hálito de la serpiente fueron cómplices del atentado que cometia contra la ley de Dios. Prestó oidos á las palabras del seductor; contempló la hermosura del fruto prohibido; dirijió su mano á ese mismo fruto, lo arrancó, comió de él é hizo que tambien lo comiera el desdichado Adan. Eva siguió por decirlo así todos los grados del crímen hasta consumar el pecado. Pero la verdadera Eva, María, madre de los vivientes, pura é inocente nos da el fruto de vida; lo ve salir con un gozo inexplicable de su seno virginal y le adora en el primer momento de su nacimiento. Convencida de este gran misterio por la gracia inefable del Espíritu Santo, reconoce al Dios de magestad que acaba de concebir.

El designio principal del Verbo encarnado en el misterio de su nacimiento, en que ha unido la inmensidad de Dios con la pequeñez del hombre, ha sido el de ensalzar al hombre humillándole, y darnos á conocer toda su grandeza, su poder y su divinidad, destruyendo las falsas ideas que habian concebido los hombres acerca de estas cosas. ¡A cuáles extravagancias no se hubiera entregado el hombre al querer investigar quien era el verdadero Dios, no teniendo mas guias que su curiosidad y su orgullo? Todo era antes supersticion, todo eran conjeturas, y los sábios de la antigüedad, cuyos escritos nos admiran hoy todavía, estaban entregados á los errores mas repugnantes y á las mayores aberraciones.

Filósofos del siglo, libres pensadores, escritores avanzados que propalais ideas disolventes, venid á este establo y depositad vuestros argumentos capciosos á los piés de este recien nacido, para que digais: *Ecce tibi in carne exhibetur sapientia.* Venid y conocereis que vuestro brillo mundano no es sino palabrería vana y criminal. Solo callando podemos acatar debidamente este misterio; y si nosotros hablamos desde el púlpito es para obedecer al Dios vivo de quien somos los ministros. Venid para que adoremos juntos los pañales que cubrieron el tierno cuerpo de Jesucristo al nacer, porque como dice San Agustin ellos contienen el primer remedio que pone Dios en las llagas de nuestro mal, de nuestra corrupcion. *Adoremus pannos infantiæ qui facti sunt emplastra naturæ*

Estudiemos en este libro vivo y animado las verdades que debemos creer y los deberes que hemos de practicar. Este médico celestial ha venido para cicatrizar las llagas que han tomado arraigo en nuestro espíritu y en nuestra voluntad; cura el orgullo del espíritu, humillándolo sin envilecerle, sin degradarlo, y contiene el progreso de nuestros desórdenes atajando el mal en su camino y haciendo que dirijamos nuestra voluntad hácia las verdades que deben conducirnos al fin verdadero.

Punto segundo.

El amor propio desordenado por el pecado es la raiz de todos los males: *radix omnium malorum cupiditas.* (I. Tim. 6. 10). De esta raiz han salido tres gérmenes funestos: la avaricia, el orgullo y la voluptuosidad, y de ellos brotan tres fuentes envenenadas que hacen beber á la humanidad todos los males de la tierra. Todo lo que vemos en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida. (I. Joan. 2. 16.) Esto quiere decir que tenemos ó un amor desarreglado á las riquezas, ó un amor desarreglado á los placeres, ó un amor desarreglado á los honores. Jesucristo, Médico celestial que ha venido á curar las enfermedades del hombre pecador con remedios contrarios, bajó del cielo para atacar estas plagas mortales de la naturaleza corrompida, oponiéndoles tres remedios, que son: el espíriau de pobreza, el espíritu de humildad y el espíritu de mortificacion. Hé aquí en concreto, hermanos mios, el espíritu de la religion; y estos tres caracteres del cristianismo son los que sobresalen por decirlo así en el misterio de la Natividad de Jesucristo.

Como el Salvador del mundo vino á obrar antes de venir á enseñar, entre sus acciones y sus palabras hay un acuerdo perfecto. Comenzó el admirable discurso que pronunció en la montaña enzalzando á los pobres de espíritu: *beati pauperis spiritu.* (Math. 5. 2.) y predicó esta verdad desde el principio de su vida como lo anunció al comenzar su Evangelio. El establo, el pesebre, los pastores, los animales y todos los aparatos de pobreza, y humildad que rodearon á Jesus al nacer, nos gritan con una voz que resuena en todos los paises y en todos los siglos: *beati pauperes spiritu* La pobreza que rodeó á Jesus al nacer es lo que celebramos hoy, porque es el primer signo con que se dá á conocer el Salvador del mundo: *hoc erit vobis signum;* este debe ser tambien el primer signo del cristiano y la base de la religion. En el Evangelio se nos da esta buena noticia, que se ha abierto para nosotros el reino de Dios y nos hemos librado de la esclavitud del demonio: *Evangelio vobis gaudium magnum* (Luc. 2. v. 10) anuncian los ángeles á los pastores de Belen, á unos pobres pastores que siendo de condicion humilde estaban inclinados á ser pobres de espíritu para ser los primeros cristianos del mundo que demostrasen en sus personas la pobreza evangélica y como un rayo de la semejanza que deben tener los discípulos con el maestro.

Penetremos en el asunto que nos presenta la fe; entremos con el espíritu en el establo, y veremos al Dios que en él está oculto. ¿No nos demuestra desde el principio de su vida la pobreza de espíritu que nos enseña al comenzar el Evangelio, la virtud que ocupa el primer rango entre todas las virtudes, la que tanto ama Jesucristo, que quiso nacer, vivir y morir pobre, para morir desnudo en la cruz? El nos predica la pobreza, dándonos ejemplo en el establo. Dichoso el que sabe penetrar el misterio de un Dios humillado y empobrecido para llenarnos de bienes; dichoso el que sabe descubrir al través de ese exterior de indigencia al Dios de magestad que se ha hecho pobre para enriquecernos. El sol que alumbra todas las riquezas del cielo y de la tierra ha brotado de su palabra; los campos que vemos llenos de doradas mieses y esmaltadas flores no son sino un vago recuerdo de su bondad y de su gloria; la naturaleza que prodiga el desarrollo á todos los seres recibe de las manos del Señor todos los bienes que reparte. Se desnuda de cuanto ha hecho por el hombre para buscarle con el fin de enseñarle á renunciar á todas las criaturas, para no buscar sino á Dios. Dió saltos como gigante para correr el camino, como dice David (Ps. 18. 6) y enseñarle al hombre el de la perfeccion. ¿Podremos seguir ese camino si nos apegamos á los bienes perecederos? No debe ser la condicion del discípulo mejor que la del maestro; dice San Gerónimo. Mi Salvador se hizo pobre por salvarme y yo debo hacerme pobre de espíritu para imitarle, y correr en su seguimiento pobre y desnudo, ya que él se quedó pobre y desnudo por mi bien.

El orgullo del angel rebelde fué la causa de su caida. Subiré, dijo, sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo. (Isa. 14. 14) Dios le reveló el misterio de la Encarnacion, le mostró el Verbo revestido de nuestra carne y le exijió que doblase la rodilla ante este Dios abatido y como una muestra de su dependencia; pero el espíritu rebelde, brillando con los esplendores que Dios le habia comunicado en su formacion creyó que se degra-

daba adorando á este Dios hecho hombre, y en vez de ensalzarse con la humildad para acrecentar su gloria y afirmarse en la gracia, quiso subir al trono del mismo Dios y llevó al cielo la rebelion contra su Criador. (Apoc. 12. 7) Hubo un combate entre Miguel y el dragon, entre el angel bueno y el angel orgulloso, y el espíritu orgulloso fué vencido y precipitado desde lo mas alto del cielo á lo mas profundo de los abismos.

El orgullo que creció con su caida llenó su espíritu de envidia, que es la consecuencia necesaria. No puede ver al hombre, de una naturaleza inferior á la suya, y criado en la justicia original, sin concebir el designio de robarle ese precioso atributo que él habia perdido; y quiso hacerle rebelde y soberbio para que participase de su desgracia, haciéndole cómplice de su pecado.

Hé aquí por qué ese tentador astuto instigó en el alma de la primera mujer el deseo de asemejarse á Dios, que fué el que le perdió á él. El veneno que contenian estas palabras: sereis como dioses: *eritis sicut dii* (Gen. III. 3. 5) fué el pecado del primer hombre. El amor propio salió del corazon del hombre para abrir paso al orgullo, que es el pecado mayor del mundo. El orgullo hizo del angel malo un apóstata, antes de que su rebeldía le hiciera prevaricador.

Mas como la gracia de nuestro Redentor sobreabunda donde abundó el pecado, dice el apóstol, no solo el Verbo divino se humilló en su Encarnacion, sino que descendió mas de lo que habia querido subir el hombre. Se anonadó: *exinanivit semetipsum* (Phil. 2. 7) porque como hay mas distancia entre Dios y el hombre que entre el ser y la nada, un Dios que se hace hombre hasta cierto punto se anonada. E hizo todavía algo mas que hacerse hombre, puesto que se hizo gusano, oprobio de los hombres y abyeccion de la plebe; se hizo un niño que salió del seno de su madre para entrar en un pesebre. Es el Verbo encorvado de que habla el Profeta; es el admirable prodigio figurado en el milagro obrado por el Profeta Eliseo, cuando encorvando su cuerpo y reduciéndolo á modo del

del hijo de la viuda, le volvió á la vida. (4 de los Rey. 4. 34.)

Con razon el Angel que anunció á los pastores el misterio de la Natividad les dijo: Os anuncio un grande gozo (Luc. 2. 10). Regocijaos, mortales, y no gimais ya bajo el peso de vuestra carne; no veais ya vuestro cuerpo como una carga humillante que deshonra la dignidad de vuestra alma, que está obligada á soportarlo, puesto que Jesucristo se ha hecho carne. Pero el orgullo os habla siempre el lenguaje del demonio que es su padre. ¡Ay, hermanos mios! Por cuántos caminos entra en vuestras almas la astuta serpiente! Cubre con gran variedad de colores el camino en que se oculta y los escondrijos en que os tiende sus lazos; habla en distintas voces para decirnos como dijo en otro tiempo á la mujer: sereis como dioses. A las mujeres mundanas les dice: lucid el oro y las piedras preciosas en vuestros adornos; realzad el brillo de vuestra hermosura con los dones de la naturaleza; lucid en brillantes carruajes arrastrados por soberbios caballos y sereis en la tierra como dioses. Y á los ricos les dice: construid palacios que desafien en grandeza y esplendor á los palacios de los reyes; acostaos bajo hermosos y dorados pabellones rodeados de primorosos objetos de arte; haced que se recree vuestro paladar con cuanto contiene el mar en su seno y la tierra en sus montes y llanuras; pasead en espléndidos jardines en los que mana, no solo el agua de vuestras fuentes sino el sudor de los que os sirven como esclavos; respirad el aire de esos montes y de esos bosques que han fructificado á impulso de vuestro agio y de vuestros negocios de estado, y entonces podreis decir que sois los dioses de la tierra. A los sabios les dice: aumentad el saber descubriendo los tesoros de la antigüedad sagrada y profana, inmortalizad vuestro nombre que con vuestros descubrimientos pasará á la posteridad; destruid la palabra del Señor cambiando su sentido y haced que vuestras palabras sonoras y engañadoras se aplaudan como de oráculos para que os

digan despues: sois como dioses. Os aplaudirán como á dioses, es verdad, pero tambien lo es que morireis como hombres. Yo oigo desde aquí la voz de Dios que grita, no como en otro tiempo airada en el paraíso, sino gimiendo y saliendo de la boca de un niño: Adan ¿dónde estás? *Adam, ubi es?* Has querido ser semejante á mí, hacerte independiente y sacudir mi yugo y no quieres obedecer mi ley. Te has olvidado de que te he hecho de barro y te llenas de orgullo siendo polvo y ceniza. Pero ganarás tu pan con el sudor de tu rostro y cultivarás la tierra para que sus punzantes espinas te recuerden tu ingratitud. En vano procuras ocultarte bajo las hojas del árbol de cuyo fruto comiste; en vano ocurres al artificio para cubrir tu desnudez y tu miseria. Quieres parecer semejante á Dios cubriendo tu cuerpo con la seda que te da un vil gusano; pero todo ese aparato de ostentacion y riqueza que te rodea no es sino un sepulcro emblanquecido que oculta tu podredumbre. Cuanto mayor es tu orgullo, mayor es tu sepultura. Eres un vaso hecho de fango y cuanto mas te eleves mas numerosos serán los pedazos de tu cuerpo al caer. En vano intentas semejarte á mí. Pero todavía puedes salvarte si eres humilde. Yo he descendido á lo mas hondo de tu miserable condicion para elevarte; te he enseñado el camino que puede hacerte llegar á adquirir esa semejanza que buscas porque la he unido á tu humanidad y me he asemejado al esclavo para que conocieras la independencia del amo.

Solo imitando la humildad de Jesus naciendo puede alcanzar el hombre una gloria sólida y verdadera. Esa virtud lo humilla pero no lo degrada; es una ambicion santa que haciéndole conocer el centro de la nada en que está su Dios, se eleva sobre la vana grandeza del hombre: es la humildad cristiana, desconocida de los paganos, la que sigue los caminos del Señor, que es la palabra del Evangelio. (Math. 13. 45.) Es el Verbo encarnado que apareciendo en las tinieblas de la noche en un pobre establo, enciende la antorcha de la verdad entre las sombras de su cuna para hacernos buscar ese tesoro precioso

á la luz de su enseñanza y de su doctrina. Venid á este establo, reyes de este mundo, prosternaos en espíritu ante este niño Dios y sereis mas grandes junto al pesebre que sentados en el primer trono del mundo. Inútiles son los esfuerzos que hace el hombre para ocultar su miseria; inútiles los afanes con que trata de evitar el escollo en que se acaba su grandeza y mas allá del cual quisiera llevarla, porque ese escollo es el sepulcro. Esos magníficos edificios levantados por la soberbia del hombre solo nos recuerdan que no existen ya los que dejaron ese recuerdo de su efímera grandeza.

Juguete siempre de tus pasiones y de la muerte, en vano te esfuerzas, pobre mortal, por hacerte inmortal! Impulsado por un instinto secreto que te hace conocer tu origen buscas la inmortalidad en los mismos repliegues del orgullo que te la hizo perder en las tinieblas de la ignorancia. Quieres encontrar la verdadera grandeza que has perdido, y en las tinieblas de tu pecado crees que las falsas imágenes que el orgullo te presenta son la grandeza sólida que buscas; y esos fantasmas se evaporan, porque son creaciones de tu vanidad. Quieres llegar hasta el cielo levantando edificios sólidos, é ignoras que Dios ha dicho que reposarán en ellos fieras y se llenarán de dragones y habitarán allí avestruces. (Isa. 13. 21.) Cuanto mas te esfuerzas por ser grande, tanto mas te empequeñeces. Cuanto mas se eleve el vuelo de tu orgullo, de mas alto será tu caída. Si quieres ser grande, vuelve al principio de tu grandeza, dirige tu humildad á la nada de la que hizo Dios salir al hombre mortal para que de allí saliera el hombre inmortal. Adora humildemente á Cristo naciendo para hacerte glorioso con el Cristo triunfante. Haz que el pesebre del Salvador sea el fundamento del edificio y así lo verás elevarse hasta el cielo. El torrente del mundo arrastra todo lo que se construye sobre arena, y firme permanece lo que tiene por fundamento la piedra. Si quereis participar de las riquezas, de la gloria y de la felicidad de Jesucristo en el cielo, venid al establo que es la escala que al cielo nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lleva, es la verdad y la vida. Este niño que está en el pesebre envuelto en pobres pañales y rodeado de animales, y que morirá despues en una cruz entre dos ladrones, debe ser vuestro guia. Sigámosle, pues, para que con Jesucristo triunfante podamos entrar en el cielo, que es lo que os deseo. Amen. (1)

(1) Revisado por la censura.

PANEGÍRICO

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

POR EL SECRETARIO GENERAL

DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

EN LA NACION MEXICANA.

PUBLICADO EN «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS.»

Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur!—Luc. 12. 49.

Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?

Estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, al par que encierran una fogosa exhortacion, anuncian una gran profecía comprobada, como todas, con el mas exacto cumplimiento. Arde este fuego traido del cielo por Jesucristo en el pecho de doce pescadores, y las llamas de la predicacion evangélica reducen á pavesas los altares del demonio y sus templos, consumen y borran para siempre los sacrificios judáicos y los gentílicos, ahogan la luz de mentidos oráculos y abrasan la inmunda escoria de máximas filosóficas, leyes y costumbres, que tenian al mundo convertido en un inmenso cenagal de abominables torpezas. Prende el mismo fuego sagrado en las entrañas de millones y millones de mártires que en testimonio de la fe vierten la última gota de su sangre, y el árbol de la cruz con tan fecundo riego se fortifica y extiende sus ramas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

lleva, es la verdad y la vida. Este niño que está en el pesebre envuelto en pobres pañales y rodeado de animales, y que morirá despues en una cruz entre dos ladrones, debe ser vuestro guia. Sigámosle, pues, para que con Jesucristo triunfante podamos entrar en el cielo, que es lo que os deseo. Amen. (1)

(1) Revisado por la censura.

PANEGÍRICO

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

POR EL SECRETARIO GENERAL

DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

EN LA NACION MEXICANA.

PUBLICADO EN «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS.»

Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur!—Luc. 12. 49.

Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?

Estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, al par que encierran una fogosa exhortacion, anuncian una gran profecía comprobada, como todas, con el mas exacto cumplimiento. Arde este fuego traido del cielo por Jesucristo en el pecho de doce pescadores, y las llamas de la predicacion evangélica reducen á pavesas los altares del demonio y sus templos, consumen y borran para siempre los sacrificios judáicos y los gentílicos, ahogan la luz de mentidos oráculos y abrasan la inmunda escoria de máximas filosóficas, leyes y costumbres, que tenian al mundo convertido en un inmenso cenagal de abominables torpezas. Prende el mismo fuego sagrado en las entrañas de millones y millones de mártires que en testimonio de la fe vierten la última gota de su sangre, y el árbol de la cruz con tan fecundo riego se fortifica y extiende sus ramas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

del Gólgota trepa al Capitolio y sombrea los despedazados restos de las divinidades de todas las pasiones hacinadas allí por el ateísmo de la vieja Roma. Chispas de este prodigioso fuego encienden en medio de las feroces hordas del Septentrion la luz del Evangelio, inflaman esas valerosas falanges que parten al Oriente á vengar los ultrajes de la religion y la humanidad á un tiempo, enardecen en épocas sucesivas las almas generosas de los Benitos, los Bernardos, los Brunos, los Norbertos, los Franciscos, los Domingos, y la barbárie se domestica, y la supersticion es ahuyentada de Europa, corazon del mundo, y la impiedad, las mas impuras y nefandas herejías retroceden, extínguense, sepúltanse en el horrendo caos que las abortara. Mas ¡ay! que en dia aciago la infame apostasía levanta el grito, el torrente asolador inunda la Germania y amenaza sumergir el mundo en un abismo de sangre y fetidez. ¿Qué importa? si no se ha apagado todavía la hoguera santa, y á la protesta de Lutero responde con su divisa—á mayor gloria de Dios—Ignacio de Loyola con sus hijos, responde la España de Felipe II, (*) que no aspira, nó, á la monarquía univer-

(*) .....«El prudente y profundo y gran rey Felipe II,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flandes, respetado en Trento,

es aun temido por algunos cándidos españoles, seo infeliz de los enemigos de la Iglesia y de España, cual un mónstruo abominable, porque

Cuando del duque de Alba la guerrera
Espada á los rebeldes combatia,
Hizo cundir por su marcial falanje
Esa calumnia el príncipe de Orange.»

(Nocedal, *Discurso necrológico.*)

«Conviene estudiar la historia de aquel tirano, uno de los reyes y de los hombres mas grandes que ha habido en el mundo, y uno de los que mas profundamente han respetado en el mundo la cantidad de las leyes.»

(Aparisi, *Restauracion.*)

sal, como mienten preocupados escritores vendidos al error, sino al reinado de Jesus en todo el universo; responde con sus santos, sus doctores, sus capitanes sin cuento, y con fervientes oraciones, con altos rasgos de cristiano heroísmo, con la pluma y con la espada, tiene á raya á la herejía en Alemania y Paises Bajos, castígala en Francia, combátela y por poco la mata en Inglaterra, mantiénela constantemente alejada de las riberas españolas de este Nuevo Mundo. ¡Oh glorioso é inmortal sacrificio de un pueblo que se desangra, que se aniquila y casi sucumbe á la muerte en defensa de la fe y religion de Jesucristo!

Postrera gran llamarada ó explosion del fuego celestial encendido por nuestro adorado Jesus en la tierra, el culto de su corazon sacratísimo. Afirmo que esta devocion preciosísima es el mas eficaz remedio de las dos graves dolencias que aquejan á la generacion actual, la frialdad y el egoismo. Paso á demostrarlo. Mas antes digamos, Ave María, etc. (*)

El monarca del mundo es el amor, y en vano es que nadie le dispute su absoluta y universal soberanía. ¿En qué títulos la funda? En una ley esencial de la naturaleza humana. El hombre, señores ha sido hecho para amar. *Vita cordis*, clama Agustino, el gran padre de las luminosas sentencias, *vita cordis amor est:* la vida del corazon es el amor.

Arranca de tu seno el corazon; por un acto despótico de tu voluntad ahoga y mata en tu espíritu esta voluntad, de cuyas operaciones es el corazon órgano fiel; y solo entonces el amor, como una flor sin jugo ni rocío se secará en tu pecho, como el sonido del timbre metálico encerrado de pronto en el vacío, se apagará.

(*) Al condescender con los deseos de las personas que juzgaron con harta benignidad nuestro humilde discurso, nos hemos tomado la libertad de refundir por completo su exordio; en lo restante no alteraremos en nada nuestra composicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que esta condicion es irrealizable, objetaréis, y sobre irrealizable contradictoria; que del hombre, tal cual lo ha constituido el sumo Hacedor, eliminada la facultad de querer, no resta nada. A este formidable reparo ¿qué he de contestar? Que teneis razon. Resignémonos, pues, á sufrir este blando tormento del corazon, que así le apellida San Bernardo; inclinemos de buen grado la cerviz al yugo de este dulce tirano, calificativo que le da el Nazianceno; y persuadámonos con el Doctor Angélico, la razon elocuente de las escuelas, que así puede vivir nuestra alma sin amar, como puede existir el fuego sin arder.

Pero cuenta con errar, ciego mortal, en la direccion de tus afectos, en el gobierno de tu espíritu, observaré con el P. S. Agustin. —¿Amas á Dios? este amor te diviniza. ¿Amas el cielo? te conviertes en hombre celestial. ¿Amas la tierra? tierra eres.—Si rebajas tu aficion á objetos viles é infames, te revuelcas en el cieno.

Levanta, pues, el vuelo de tus aspiraciones sobre todo lo criado, y trasponiendo esta mezquina esfera, engólfate en el océano de luz, de verdad pura, de inefable belleza, de bondad sin límites, y allí encontrarás al digno esposo de tu alma nobilísima, en cuyos brazos siempre satisfecho y siempre mas sediento beberás los raudales del placer mas dulce y casto, en cuyo seno podrás perderte y embriagarte de amor y contentar el deseo insaciable de ese corazon inquieto sin mancha ni desdoro.

¡Oh Dios, sabio autor de mi ser, rey de mis potencias! con qué suavidad atemperas los medios á los soberanos fines de tu gloria, cuando para recabar de la criatura indigente la adoracion y homenajes debidos á tu majestad excelsa, primero en el fondo del espíritu humano ocultas una brasa de amor fácil siempre de inflamarse, y luego no contento con haber impreso á su voluntad la poderosa tendencia hácia un bien ilimitado, provocas, incitas y regulas este expontáneo impulso con la fuerza y sancion de tu mandato santo!

Sin embargo ¿lo creyérais? violentando la natural inclinacion de nuestra alma, conculcando la ley mas antigua dictada por Dios á los hombres, cuyo primer precepto es el amor, anulando sin temor ni vergüenza la nueva ley rubricada con la sangre del Cordero inmolado por el amor, grabada en las tablas de nuestro corazon con el fuego del Espíritu divino que es todo amor, de lo mas hondo del averno surgió en hora menguada una secta audaz, impía, hipócrita y obstinada que nada menos se propuso que derrocar el imperio de Jesucristo, zapando el fundamento del amor. Hombres codiciosos, amadores de sí mismos, altaneros, blasfemos, desobedientes á sus mayores, desagradecidos, malvados, sin corazon, sin benignidad, calumniadores, protervos, que con apariencias de piedad niegan la virtud de ella, segun el retrato trazado de muy atrás por San Pablo, los miserables discípulos de Jansenio, con el engañoso pretexto de vindicar los fueros de la verdad evangélica y resucitar el fervor de las épocas mas florecientes de la Iglesia, enfrente del estandarte de Jesus despliegan el estandarte de Satanás. Impugnada con osadía la sobreexcedente eficacia ó valor de nuestra redencion; injuriado villanamente el amor de Jesucristo en darse á la muerte por la salud del mundo entero; insultada en el sólio mismo de su grandeza la voluntad misericordiosa del Padre en pró de todo el humano linaje; forzado nuestro libre albedrío á la mas brutal esclavitud bajo una impulsion fatal de la gracia; cegadas las fuentes de ella por la imposibilidad práctica de disponerse á la digna percepcion de los Sacramentos; representada como insuperable la dificultad que se encuentra en la ejecucion de los divinos mandamientos, para enervar los brazos de la virtud. ¡Qué cúmulo de errores y horribles blasfemias! ¡qué ódio y ensañamiento contra Dios y los hombres! ¡qué guerra tan encarnizada contra la doctrina cristiana del amor! Sécase el vital humor de la piedad en la tierra de la Iglesia; abandónase el riego de las santas prácticas; estáncanse las corrientes de celestiales dones, perdida por el desuso la frecuencia de los sagrados misterios. Irritados los fieles por la tiranía de una moral impracticable,

despéñanse en la sima de la desesperacion ó del desenfreno; empujan su caida, en vez de tenderles una mano amiga, los pastores mismos convertidos en lobos carniceros, por la infeccion del mortífero veneno, en Francia; lloran los caminos de Sion, porque no hay quien acuda á las solemnidades del Señor y yace su casa desierta. ¡Qué desolacion! Para colmo de infortunios, traida en brazos de la herejía y de la general perversion de costumbres en la citada nacion, preséntase arrogante y descarada la filosofía atea, que bien presto á manera de un rio ancho y caudaloso que en la estacion de las aguas con las frecuentes lluvias aumenta prodigiosamente la mole espantosa de sus aguas, traspasa los acostumbrados márgenes, y con ímpetu y fragor se estiende á un lado y otro de entrambas riberas, arrasando la fértil y dilatada vega, destruyendo los mas robustos diques, arrastrando con furia en sus revueltas ondas cuanto encuentra al paso, sin dejar en pos mas que inútiles despojos y huellas de devastacion. Así esa falsa y corruptora ciencia, déspues de haber acabado de estragar el espíritu francés, se desborda y lleva la muerte á todas partes envuelta en emponzoñadas producciones, y no satisfecha aún, con las armas en la mano pasea triunfante la impiedad por los campos de la aterrada Europa, demoliendo los monumentos seculares de la religion, saqueando los tesoros acumulados por la devocion de los fieles, combatiendo las tradiciones venerables de los mayores, desmoralizando sistemáticamente á los pueblos, haciendo por arrancar la fe de los corazones con la predicacion del error y perniciosas instituciones, dejando doquier tras sus pisadas la planta ó la semilla de la incredulidad. Esta fatal semilla derramada por manos pérfidas tambien en este suelo, tardó en brotar, señores, pero al fin tambien en él ha producido sus frutos naturales, la indiferencia y el egoismo. Contra estas dos gravísimas enfermedades de la generacion actual sostengo, que la devocion al Corazon sacratísimo de Jesus es el mejor remedio; y ahora es cuando, dejadas á un lado difíciles consideraciones, entro de lleno en mi

demostracion ceñida á breves términos.

Y ante todo ¿tendria nadie valor para poner en duda la existencia de mal tamaño? Pues qué, cuando los sentidos lamentos de los hombres rectos y amantes del bien de sus hermanos y el regocijado clamoreo y creciente audacia de los jurados enemigos de Dios y su Cristo no lo delatasen á voces ¿nada os dicen ese provocativo desprecio de las cosas santas y ese criminal olvido de los capitales deberes del cristianismo? ¿Nada ese sistemático alejamiento de la casa del Señor de una parte considerable, la mas menesterosa tal vez, de nuestra sociedad, esa insensibilidad y endurecimiento opuesto á las verdades mas conmovedoras y severas de nuestra predicacion, esa ceguedad, ignorancia y descreimiento en punto á principios religiosos? ¿Nada esa soltura de vida, ese materialismo práctico, esa postracion del sentimiento moral, ese falseamiento de las ideas de equidad y justicia, esa deplorable falta de dignidad en las conciencias? Y viniendo á esos católicos que blasonan de tales sin serlo, y á esos que lo son pero á medias, razas entrambas á cual mas funesta y detestable ¿no abogan con amarga elocuencia en favor de mi aserto, no subleva vuestras almas generosas ese tenaz empeño de casar la luz con las tinieblas, esas transacciones vergonzosas, esas reprobadas condescendencias, esos simoniacos (*) tratos, esas negaciones de Pedro, esos besos de Judas? ¿No levanta en vuestros pechos las olas de una indignacion justificada la turba de esos ambiciosos Pilatos, que por una baja cobardía echan entre las garras de una sobornada muchedumbre al Hijo de la Vírgen; de esos tímidos Nicodemus que solo de noche salen de su guarida para ir á escuchar las lecciones del Maestro; de esos Herodes sin fe, que al mismo Hombre-Dios visten de loco, como no se preste á obrar en su presencia los milagros que ellos reclaman para desahogo de sus mundanales compromisos? Esa flojedad, esa tibieza, esas fluc-

(*) Claro está y corto ha de ser quien no lo alcance, que hablo en sentido figurado.

tuaciones, esas miras rastreras, esos bajos sacrificios del honor cristiano, esa ausencia absoluta de elevadas inspiraciones, esa muerte del pudor en todas las esferas ¿no nos atestiguan, no publican á gritos la degradacion de los espíritus, el resfriamiento de la caridad, la helada indiferencia, en fin, de los corazones y el torpe egoismo, las dos pestilentes llagas de nuestra infortunada sociedad, presagios evidentes de una próxima y total descomposicion?

Estas llagas viene á sanar el Corazon amabilísimo de nuestro Salvador; estos enemigos viene directamente á combatir con todo el empuje y vehemencia del amor divino. Nuestro dueño adorable, que por testimonio del Espíritu Santo nos amó con caridad perpetua, hasta poco ha haciendo como alarde de liberalidad y ostentacion de inagotable riqueza, se habia estado complaciendo en derramar sobre nosotros la abundancia de sus bienes con una esplendidez, con una profusion, y hasta diré prodigalidad tal, que á todo hombre de honrados y caballerosos sentimientos daba confusion y arrebataba: bien así como un padre amorosísimo y en demasía indulgente, que á trueque de conquistar y reducir el natural díscolo ó ingrato de un hijo descastado, pone en juego todos los resortes de la más exquisita ternura, multiplica dádivas, prodiga finezas, perdona, condesciende, previene empeñado en vencer con la fuerza del cariño paternal la resistencia de un carácter rebelde ó malcado, así tambien, pero por más excelente manera, el Hijo de Dios, no bastándole el habernos dado su divinidad por aquel maravilloso consorcio celebrado con la humana naturaleza, nos traspasa el mérito de sus dolores, nos hace merced de su doctrina y ejemplos altísimos, nos regala el tesoro inmenso de su sangre, nos cede á su propia Madre por Madre nuestra dulcísima, todo entero se pone en nuestras manos para guardarnos compañía hasta la consumacion de los siglos en el más venerable misterio, nos comunica el don de la gracia que nos trasforma en templos vivos de la Trinidad augusta, y nos lega por herencia el paraiso,

saqueando cielos y tierra, permitidme la espresion, por socorrer nuestra indigencia.

¿Le resta algo más que darnos pueda? Sí, réstale todavía su corazon, y este nos lo entrega tal cual lo dejó nuestra perfidia y maldad, todo ceñido y apretado con punzante diadema, rasgado por la herida de una lanza traidora, envuelto por un globo de vivas llamas, símbolo de su celo siempre inflamado por nuestra salud.

¿Le resta algo más? Nada, absolutamente nada: ha dado fondo á sus riquezas, ha consumido toda la copia de sus bienes, ha agotado todos los recursos de su caridad, su ser infinito ha dejado exhausto. Diónos su corazon; diónos su amor; el corazon que palpita con todos los afectos del Hombre-Dios, el amor ilimitado de un Dios. Cuanto en lo sucesivo nos diere, no serán mas que procedencias de este Corazon divino, arroyuelos de este manantial perenne, emanaciones de este amor inefable. Su paciencia en sufrir nuestros desdenes y ultrajes es amor; su mansedumbre y benignidad en soportar nuestras flaquezas é infidelidad es amor; su conmiseracion por nuestras dolencias y trabajos es amor; su constante solicitud en procurar el alivio y consuelo de nuestra alma es amor. Rayos escapados de este foco de amor son la gracia de la penitencia y compuncion, el olvido de nuestras injurias y desprecios, la luz en nuestras dudas, el consuelo en nuestras angustias, la serenidad en nuestras tribulaciones, la resolucion en nuestras perplegidades, el valor y esfuerzo en trances peligrosos, la proteccion segura contra todos los asaltos enemigos. Este mismo amor por fin es quien desde ese humilde trono de gracia y piedad, (*) ante el cual los tronos de la soberbia mundana son miseria y asco, por el esplendor de la Majestad divina que en él se asienta, nos dirige aquella cariñosa invitacion: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi.*—"Hijo mio, dame tu corazon."—él solo me basta, sin él el mundo entero y cien mundos que rindieras á mis plantas no me contentaran.

(*) Estaba el Señor Manifiesto.

Decidme por vida vuestra, hermanos mios, si las nieblas de la pasion no han cegado por completo nuestra vista; si la vieja costumbre de pecar no ha endurecido más que el diamante nuestra alma; si las cadenas de Satanás forjadas con hierros de vicios no nos han arrastrado todavía al precipicio de la desesperacion, preludio de los tormentos y horrores infernales . . . mas ¡qué digo! si la misericordia del Señor no cierra nunca sus brazos al criminal hasta el instante supremo de la voluntaria final impenitencia y consiguiente reprobacion? Pues bien, si arde todavía en nuestros espíritus una centella de fé; si no se han extinguido en nosotros aún los sentimientos de hombre, y nuestro humano ser no se ha trasformado en un ser monstruoso disimulado con el disfraz de estos rasgos sensibles que nos dan por individuos no desemejantes á los de nuestra especie, en un ser degenerado que de la noble categoría inferior solamente á la de los ángeles ha descendido á la escala de los brutos sin razon, guiados no más por ciego instinto ¿es posible, hermanos mios, que la memoria de tantos favores y prodigios, la vista de ese Corazon deífico devorado por el amor, martirizado por el amor, abrasado de ansias de enriquecernos con los imponderables tesoros del amor divino, es posible, que no acabe de una vez con ese lamentable desvío ó indiferencia y egoismo, que no encienda en nuestro seno una chispa de filial gratitud, que no nos arranque un grito de asombro y profundo reconocimiento, que no despierte en ese corazon terreno, nido acaso de tan nefandos amores, consejero de tan criminales empresas, revólcadero tal vez hasta el presente de los espíritus inmundos, que no despierte en él un solo deseo, pero eficaz, un solo propósito, pero enérgico é inquebrantable, de reparar tan abominables excesos y ultrajes tan indignos con que hemos desgarrado las entrañas de nuestro Salvador?

Si despues de tan maravillosos extremos de la bondad divina, despues de tan repetidos golpes de la celestial misericordia, el espectáculo de este Corazon lacerado deja á alguno duro, frio é insensible todavía y no le derrite en el amor de Jesucristo, nó en ese amor que se traduce en gemidos y lágrimas estériles, sino en amor sólido, basado en el aprecio de nuestra salud y en el santo temor de los divinos juicios, en amor de obras enderezadas todas al fin de nuestra santificacion, oiga ese monstruo, oiga vibrar sobre su cabeza el rayo del Apóstol.—*Si quis non amat D. N Jesum Christum, sit anathema.* Si alguno no amare á N. S. Jesucristo, maldito sea.

No vendrá esta maldicion tremenda sobre los fervientes *apóstoles de la oracion* que rodean esta cátedra santa, puesto que no contentos con presentar individualmente todos los dias ante el trono del divino Salvador el homenaje de un corazon amante y puro por la frecuencia de salutíferos sacramentos y la observancia fiel de todos los deberes cristianos, se levantan á empresas de más alta prez y unidos en estrecha *Liga*, que del nombre del soberano caudillo que la capitanea, rige y sostiene poderoso, se apellida del *Corazon de Jesus*, se lanzan con el arma de la oracion y el robusto brazo de un celo infatigable en todo género de obras de caridad y piedad católica á las campañas del Señor por la conversion de todos los pecadores, santificacion creciente de los justos, gloriosa exaltacion de la Santa Sede oprimida hoy y en cadenas, triunfo universal y estable de la Iglesia de Jesucristo.

Triunfe tu piedad, triunfe tu amor de todos y contra todos, oh Corazon de mi adorable Redentor, para que se cumpla la esperanza de nuestro amado Pio IX, que en tí nada más, en el poder de tu atractivo funda la salud de la Iglesia y de esta sociedad perdida en los caminos de iniquidad; para que se calmen y satisfagan aquellas tus abrasadas ansias, cuando decias—Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?

Arda, sí, de un extremo á otro la tierra toda, ardan nuestras almas en la hoguera inextinguible de tu amable Corazon, donde se purifiquen, se trasformen, nazcan á nueva vida y sean desde este bajo suelo elevadas á la sublime esfera donde reina el increado y eterno amor. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL CORAZON DE JESUS,

POR EL

Sr. Cura de la Parroquia del Sto. Angel de Puebla,

D. J. Joaquin Bazo Ibañez.

Majorem hác dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.

Nadie tiene mayor amor, que el que dá su vida por sus amigos.

Palabras del Evangelio de S. Juan, c. 15 v. 13.

Señores:

Encontrar un amigo fiel, es un hallazgo tan feliz, que el Espíritu Santo califica de bienaventurado al que llega á conseguirlo. *Beatus qui invenit amicum verum.* Un verdadero amigo es un discreto consejero en los negocios árduos y dudosos; un valiente defensor en los peligros y persecuciones; un generoso bienhechor en las miserias y pobrezas; un consolador compasivo en las tribulaciones y un compañero inseparable en todos los trabajos. No es menos raro y dichoso el hallazgo de un hermano verdadero. Siendo ley de la naturaleza y de la caridad amarse los hermanos con preferencia á los demás prójimos, son por lo comun los que menos se aprecian y se favorecen entre sí. En ningun tiempo ha faltado un Abel sa-

crificado por su hermano Cain, un Jacob perseguido por su hermano Esau, y un Josef vendido por sus once hermanos. Corazones de este carácter no pueden llamarse con verdad corazones de hermanos. Mas ¿qué importa si tenemos un Corazon á quien con todo rigor conviene el dulce título, la denominacion amable de corazon de hermano? porque abrasado en un amor que no ha tenido ni tendrá semejante, dió su vida por sus hermanos y amigos. Este es el Corazon amante de nuestro adorable Redentor Jesus: él es un Corazon de Rey, un Corazon de Hermano, un Corazon de Amigo que se encontró para sí y para todos nosotros el P. S. Bernardo. *Inveni cor Regis* etc. Ya el año pasado en un dia como este, tuve el honor de proponer á vuestra consideracion en este mismo puesto, al Divino Corazon, como Corazon de Amigo: ahora, tanto en las visitas que le hacemos en sus templos, como en las visitas que él mismo nos hace en nuestras casas, corresponde mostrároslo como Corazon de Hermano. *Inveni cor fratris.* Escuchad, pues, el asunto y division de mi discurso: El Corazon de Jesus corazon de hermano, porque cada dia se ofrece como víctima de caridad por la salud de sus hermanos. Punto 1° El Corazon de Jesus corazon de hermano, porque cada dia se presenta como modelo de santidad para la imitacion de sus hermanos. Punto 2° La materia es importante; mas para promoverla de manera que aproveche, imploremos los socorros de la gracia. Ave María.

Punto primero.

La denominacion de hermano de los hombres con que Jesucristo quiso honrar á nuestra pobre naturaleza, revistiéndose de ella en el seno de una Vírgen, no es hueca y vacía de significado: no es una denominacion pomposa destituida de toda verdad y realidad. *Non est in eo magni nominis umbra, sed veritas,* como dice S. Bernar-

do. Jesucristo en efecto cumplió con todos los deberes de un verdadero hermano: se asemejó en todo á sus hermanos, excepto en el pecado, para hacerse misericordioso segun la expresion del Apóstol, y para ser delante de Dios un Pontífice fiel que expiara los pecados de su pueblo. Su corazon compasivo lo obligó á cargarse de los delitos de los hombres, para satisfacer por ellos, ofreciéndose á su Padre víctima de expiacion y reconciliacion por unos hermanos delincuentes é ingratos. Bastaria este imponderable exceso de caridad del Corazon adorable de Jesus, para reconocerlo por el único hermanable y fraternal corazon.

Mas nó, no paró en el Calvario el extremo de su amor: no solo allí se mostró Jesucristo un amante hermano de los mortales; glorioso ya en el cielo no se avergüenza, dice S. Pablo, de llamarnos sus hermanos, ni se olvida de favorecernos con todo género de bienes: cada dia se ofrece en la mesa del Altar como víctima de caridad por la salud de esos mismos hermanos. Tal es, señores, el Sacrificio augusto que diariamente se celebra en nuestros templos: en él se ofrece á Dios la misma hostia sacrosanta que se inmoló en el Ara de la Cruz. El Sacrificio del Altar es una viva representacion del Sacrificio del Calvario. Allí se verifica una mística efusion de Sangre en el hecho de consagrarse el vino separado del pan, y ponerse bajo de unas especies el Cuerpo de Cristo, y bajo de otras su Sangre. Allí muere Jesucristo en cierto modo, quedando en el Sacramento como muerto sin alguna accion vital, sin el uso de sus potencias y sentidos. Allí en fin, al consumir el Sacerdote las especies, pierde Jesucristo la presencia sacramental que habia adquirido, pierde su ser de comida y bebida, y deja de existir. ¿No es esto sacrificarse diariamente Jesucristo por nosotros? ¿No es ofrecerse cada dia como víctima de caridad por la salud de sus hermanos?

Así es, señores; el Sacrificio de la Misa es para los cristianos un manantial inagotable de las divinas misericordias. Despues de redimirnos por el Sacrificio de la

Cruz de la servidumbre del pecado y del demonio, necesitábamos de un sacrificio de tanta excelencia, que diera á Dios la gloria y el honor que corresponde á su grandeza: de un sacrificio que fuera una digna accion de gracias por el beneficio de la redencion, y por los demás que recibimos de la divina liberal mano: de un sacrificio que nos alcanzara el perdon de las culpas en que diariamente incurrimos, y la satisfaccion del reato de pena que por ella merecemos: de un sacrificio en fin, que nos consiguiera todos los bienes así espirituales como temporales, conducentes á nuestra eterna salud. Porque aunque Jesucristo satisfizo completamente con su muerte en una Cruz, la justicia de su Padre irritada, y reparó su honor ultrajado por el pecado, quedamos precisados á satisfacer por nuestra parte tan justas obligaciones. Mas ¿de dónde nosotros, pobres y miserables, tendríamos con que socorrer tan urgentes necesidades, si el mismo Señor que nos las impone no nos diera con qué remediarlas?

Jesucristo, en efecto, movido del mas ardiente amor á sus hermanos, en la víspera de su pasion instituyó un sacrificio en que reunió cuantas gracias y favores podíamos apetecer para el cabal desempeño de nuestra gratitud, y para el remedio de nuestras miserias. El Sacrificio del Altar es un Sacrificio de adoracion, de alabanza, de gloria y de honor á Dios, ó como lo llaman los Teólogos, un Sacrificio *latreutico*, es decir, un completo holocausto, un culto perfectísimo de *latria*, con que debidamente se honra á Dios, y se perpetúa el gloriosísimo homenage que Jesucristo rindió á su Padre sobre la Cruz, y la ilustre reparacion que hizo á la divina Justicia por nuestros pecados. Mas ¿quién es capaz de ponderar y comprender la infinita complacencia que recibe Dios con esta víctima, y por su principal oferente que es su mismo Unigénito encarnado, adornado de una dignidad y mérito infinitos? Es tambien un sacrificio Eucarístico, esto es, un sacrificio de accion de gracias, y el mayor y mas excelente que se puede dar. Porque ¿qué cosa mas santa ni mas agradable podemos presentar á Dios en recom-

pensa de sus beneficios, que su mismo dilectísimo Hijo, que se le ofrece él mismo sobre las manos de los Sacerdotes como una hostia de suavísimo olor? Es igualmente sacrificio propiciatorio: porque aplacado el Señor, dice el Santo Concilio de Trento, con esta oblacion, como que es la misma que se le ofreció en la Cruz, concede la gracia y el don de la penitencia, y perdona de consiguiente los delitos y pecados por grandes que sean. Por lo que aprovecha, no solo á los vivos, mas tambien, segun la tradicion de los Apóstoles, á los que han muerto en Cristo, sin estar plenamente purgados. Es por último, sacrificio impetratorio que nos alcanza todo género de bienes espirituales y temporales conducentes á la salud de nuestra alma. Es un sacrificio instituido, segun el citado Concilio, para conseguir la misericordia y hallar la gracia mediante los auxilios oportunos. *Ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Tales son los sublimes misterios que con tanta frecuencia se obran sobre nuestros altares, y tales los saludables frutos que nos produce el divinísimo Sacrificio. Mas no contento con esto el amable Corazon de nuestro Dios humanado, por medio de este sacrificio aplica y dispensa á cada uno de los fieles en particular, el inmenso tesoro de sus méritos que para utilidad comun se grangeó con el sacrificio cruento de la Cruz. A cada cual se le reparten á medida de la disposicion y cooperacion que encuentra en cada individuo. Diga por tanto cada uno de nosotros, y gloríese de poderlo decir con toda verdad: mi Divino Hermano primogénito con indecible caridad se sacrifica diariamente por mí; por mí, honra dignamente á Dios; por mí, le dá gracias; por mí, lo aplaca y le pide incesantemente por mí. ¿Qué, pues, le retribuiremos por todo lo que nos dá? ¿Con qué corresponderemos tan insignes beneficios? Le retribuiremos con fé, confianza, humildad y gratitud. Mas esto no basta; es preciso unir nuestros corazones al suyo, y hacerle un completo y estable sacrificio de amor. Así lo ejecutaremos si consideramos fuera de lo dicho que el Corazon de Jesus, para acreditarse verdadero corazon de Hermano, se presenta cada dia como modelo de santidad para la imitacion de sus hermanos.

Punto segundo.

Si Jesucristo, como dice S. Pablo, debió asemejarse en todo á sus hermanos, menos en la culpa, para ser misericordioso, y para ser un Pontífice fiel que expiara los pecados de su pueblo; nosotros tambien debemos por nuestra parte cuidar de ser parecidos y conformes á la imágen del Hijo de Dios, para que tenga la gloria de ser el Primogénito entre muchos hermanos. Este es, segun el mismo Apóstol, el fin de Dios predestinando á algunos á esa conformidad ó semejanza con su divino Hijo. *Quos pres civit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* Mas ¿cómo llegaríamos á ser semejantes á Jesucristo, si por un exceso de la bondad de su Corazon no se nos propusiera él mismo como modelo de la santidad que debemos imitar? Esta consiste en la obediencia, en la humildad y en la caridad. Aquel es verdaderamente Santo, que en todo se muestra obediente, humilde y caritativo. Pues ved aquí que el Corazon Sagrado de Jesus cada dia se presenta en el Sacramento del Altar como un modelo perfecto de obediencia, como un modelo perfecto de humildad, como un modelo perfecto de caridad.

Siempre será para los verdaderos cristianos un objeto de asombro y admiracion que la vida mortal de Jesucristo haya sido un contínuo ejercicio de la mas heróica obediencia. Su concepcion en cuanto hombre se debió al acto de obediencia con que la Virgen Maria aceptó la embajada del Angel: su nacimiento se verificó en ocasion de ejercitar Maria y José la obediencia al edicto de César Augusto: su vida en la mayor parte la pasó sujeto á sus dichosos Padres: su muerte, en fin, en una Cruz, fué

un acto de la mas perfecta obediencia á la voluntad de su eterno Padre. Pero que este mismo Jesucristo sentado ya á la diestra de su Padre, constituido Juez de vivos y muertos, y triunfante ya y glorioso en el cielo, se muestre mas obediente que nunca á la voz de un hombre, esto es lo que sobrepuja todo pasmo y admiracion. Sí, Jesucristo en el cielo obedece á todos los Sacerdotes buenos y malos: obedece con suma prontitud: apenas el Sacerdote ha proferido las palabras de la consagracion, cuando ya el Hijo de Dios se puso en sus manos. Obedece en todos tiempos, en todos los lugares donde se celebra la Misa, en el mar, en la tierra, en las ciudades, en los pueblos, en las Iglesias magníficas, en las pobres capillas. Obedece en cuanto se quiere hacer con él, ya sea encerrarlo en los Sagrarios, ya llevarlo á los enfermos, ya repartirlo á los sanos. Obedece sin resistencia, sin queja, sin incomodidad. Obedece, por último, para darnos ejemplo y para mostrarnos el excesivo amor que rebosa en su Divino Corazon.

La humildad es compañera inseparable de la obediencia. La de Jesucristo en el Sacramento es extremada y sin límites. En el gran Sacrificio del Altar esconde Jesucristo bajo las humildes apariencias del pan y del vino, su divinidad y aun su humanidad gloriosa. Aquí permanece en un alto silencio y queda como aprisionado entre esas especies. ¿Cuántas veces por el desafecto y negligencia de los cristianos se ve privado de todo honroso aparato, encerrado en vasos ordinarios y en sucios tabernáculos, abandonado de sus mismos ministros! ¡Puede Jesucristo humillarse mas que dejándose conducir á las habitaciones mas pobres, y darse en alimento á las gentes mas viles y despreciables á los ojos del mundo? ¡Puede ser mayor su abatimiento que exponerse en el Sacramento al desprecio de los gentiles, á la irrision de los herejes, al abuso de los supersticiosos y á la profanacion de los sacrílegos! A todo se sujeta por nuestro amor, y por el deseo de que lo imitemos en su profundísima humildad.

Jesucristo, por último, es en el Sacramento ejemplar perfectísimo de caridad. La Eucaristía es el Sacramento del amor. Jesucristo nos hizo este inmenso regalo en circunstancias que todas respiran y anuncian la mútua caridad. Esta nos recomienda sobremanera, ésta quiere que sea la principal divisa que nos dé á conocer por sus verdaderos hermanos, y á lo que reduce lo sustancial de su ley. La caridad es la que lo sacrifica continuamente sobre nuestros altares, la que lo mantiene entre nosotros á pesar de nuestra ingratitud, y la que nos une á su persona comiendo su carne y bebiendo su sangre, no cesando de amonestarnos que así como El quiere hacernos una misma cosa consigo por medio de una caridad la mas tierna, la mas desinteresada, la mas generosa y la mas constante; así nosotros debemos hacernos con nuestros prójimos un solo cuerpo, una vez que participamos de un solo pan, y amarnos como verdaderos hermanos en Cristo. De todo nos ha dado ejemplo Jesucristo, para que así como El se ha portado con nosotros, así nosotros nos portemos con nuestros hermanos. *Exemplum dedi vobis* etc.

Y ya que en este dia se celebra en nuestras Iglesias el Corazon Sagrado de María Señora nuestra, tributémosle nuestros obsequios, como que es tambien despues de Jesucristo, corazon de verdadera hermana nuestra. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL CORAZON DE JESUS,

PREDICADO

POR EL SR. DEAN DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA,

D. Ramon Vargas Lopez.

Et audivi vocem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei cum hominibus et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis, erit eorum Deus.

Y oí una gran voz del trono que decia: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres y morará con ellos y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios.

Apocalipsis. Cap. 21. vers. 3.

Una religion, señores, que enseña al hombre los principios mas puros y sublimes de una moral justa y santa; que le presenta un culto lleno de hermosura, magestad y belleza encantadora: que no solo ilustra el entendimiento sino que penetrando hasta el fondo del corazon, hace sentir los afectos mas tiernos: que afianza admirablemente el imperio á la paz, haciendo reinar juntas la virtud y la sabiduría, haciendo al propio tiempo correr por todas partes, y en abundancia infinita, vida y claridad inesplicable: esta religion, pues, que siempre se presenta á nuestros ojos, como un espectáculo embelesador lleno de ma-

gestad y de grandeza, y que no puede ser otra, que la religion del cristianismo; es la misma que hoy nos convida á la casa del Señor para que muy de cerca, y sin perder un acento, y postrados en torno de esa imágen de Jesucristo, escuchemos de la boca del mas misterioso de los Evangelistas, estas importantes y consoladoras palabras que nos levantan desde el polvo de nuestra miseria, nos elevan sobre nosotros mismos y nos dejan absortos en la mas profunda meditacion, y que comunicando en seguida un gozo inexplicable, nos obligan á cantar á los demás como hemos oído una gran voz, que saliendo de ese mismo trono, nos asegura ser este el tabernáculo de Dios con los hombres, ¡qué mas! que el Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo predilecto.

Y ¿cuál es ese tabernáculo? ¿cuál ese Santuario en donde reside la magestad del Señor? Cristianos: si vosotros no lo supiérais, tendria que deciros hablando del Santísimo Corazon de Jesus. *Ecce tabernaculum.* Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, hé aquí el divino Corazon de Jesus, el verdadero Santuario de la Divinidad; porque él, es el Corazon del Dios omnipotente, que vió brotar bajo su mano creadora la tierra, los astros y todo cuanto existe. Ese Corazon divino, es la estrella misteriosa que con luz inextinguible alumbra á la casa de Jacob y á todos los que viven de asiento bajo las tenebrosas sombras del pecado; es el Corazon de aquel Pontífice eterno, sacrificador de la nueva alianza, que sin dejar de ser Sacerdote, es al mismo tiempo el holocausto y la víctima que sube en olor de suavidad hasta el trono del Altísimo.

Dichoso yo si llegara á tratar con decoro y magestad una materia tan digna; pero para esto seria necesario estar penetrado de aquellos santos ardores que abrasaban el corazon del amado evangelista, cuando recostado sobre el pecho de Jesucristo, sentia los latidos de su divino Corazon; ó de aquel fuego de caridad que animaba al Apóstol de las gentes, cuyo corazon no era sino el de

Jesus, pues bien sé que siempre se ha mirado como un privilegio de ciertas almas, y que parece haberse Dios reservado exclusivamente á los Bernardos, Buenaventuras, Franciscos de Sales, Juanes de la Cruz y Teresas de Jesus, para hablar dignamente del amor del divino Salvador. Cerraria por lo mismo mis labios, sin atreverme á acercarme al trono de la caridad de Jesucristo; pero esa plenitud de gracia y de verdad me enseñan cómo el Corazon de Jesus se ha ocupado siempre y se ocupa actualmente de nosotros; y cómo tambien se ha entregado y se entrega á nosotros. Estas dos ideas desenvolveré, como asunto de este Sermon y objeto de vuestra atencion. Pidamos la gracia que necesitamos por intercesion de María Santísima, á quien saludamos humildes. Ave María.

Punto primero.

Para formar un débil bosquejo, señores, del cúmulo inmenso de bienes que el Hijo de Dios nos ha dispensado, seria preciso subir con la imaginacion hasta el origen del mundo, para ver allí, como en el acto mismo de la creacion, se le abre al hombre el camino que debia correr para llegar á su destino inmortal, como se le muestra su dependencia gloriosa, y como ya desde entonces debia únicamente esperar de Dios la verdad y la ley. Allí se nos representará el pecado que condena á la humanidad entera, y las promesas de un Redentor, que en la plenitud de los tiempos salvaria á esta misma raza delincuente; y si desde esa primera página del mundo comenzamos á contar, pasando por toda esa cadena de siglos que ocupan el espacio que media entre Adan y Jesucristo, los Patriarcas, los Profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo nos predica estar maravillosamente ligado á esta amorosa, divina y consoladora promesa.

Ya se ve que el Señor, que es infinito en su bondad y

su justicia, habló; y como su palabra es inefable, por lo mismo no debia quedar el hombre privado para siempre del fruto de sus eternas y paternales caricias. A fin, pues, de recordarle y perpetuar el compromiso que con él habia contraido, suscita á los Patriarcas, habla familiarmente con los antiguos justos, se sienta á la mesa de Abraham, escoje por suya una nacion, fija su tienda en los tabernáculos de Israel, se pasea enmedio de los campamentos de su pueblo, sirve á este de guía en los combates y le muestra que es su Dios, probándole de mil modos que lo distingue entre las naciones todas de la tierra. Mas todos esos bienes que dispensaba al pueblo escogido, no eran, señores, sino imágenes débiles de un bien mayor y mas grande, que al cabo de cuatro mil años se viene á descubrir á los hombres, cuando ellos pudieran decir y con verdad: «hemos visto la gloria de Dios llena de gracia y de verdad, entonces cuando el Verbo se hizo carne y habitó con nosotros; cuando le vimos como dice S. Pablo, con nuestros propios ojos, le oimos con nuestros oídos y le conocimos como amigo y como hermano». Este mismo Verbo encarnado conversó con los hombres por espacio de treinta y tres años, vivió con ellos, comió á su mesa, les hizo oir su voz, escuchó tierno y compasivo sus súplicas y los colmó de inmensos beneficios; lo hizo así para que quedaran cumplidas aquellas amorosas promesas que tenia hechas al hombre desde el principio del mundo. Pero señores, si el Salvador divino se hubiera contentado con vivir este corto espacio de tiempo y solo para el pueblo judío, podriamos decir entonces que eran limitados sus favores, puesto que á los demás les era estraño el beneficio mayor del cielo: si se hubiera contentado este Padre de las misericordias con predicar su Evangelio; si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana; si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas; si la perfidia y la ingratitud no hubiesen contristado su pecho; si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre; y si la muerte, en fin, no le hubiera cubierto con sus sombras, ¿cómo hubiera

quedado satisfecho su infinito amor? ¿quién de todos los hombres hubiera practicado las virtudes austeras de su moral? ¿en qué punto hubiera encontrado su ley un asilo, ó en qué templo se hubieran elevado hasta el cielo los inciensos puros de la virtud? Porque supuesto que es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan débil y miserable nuestra condicion y tan dependiente el alma de los sentidos, seguramente que no hubiera pasado mucho tiempo sin que el mundo hubiera naufragado de nuevo, y la Ley santa del Evangelio corrido en el pueblo regenerado la misma suerte que la legislacion de Moisés en el pueblo judío, y la Ley eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Pero no era esta la suerte que reservaba Jesucristo á esa nueva Iglesia que habia resuelto fundar, regar y santificar con su sangre. Visible habia de ser, señores, y los nuevos hijos que la compusieran habian de encontrar en ella, no solamente verdades que atesorar en el entendimiento, sino tambien modelos perfectísimos de virtudes que practicar, quedando de este modo regenerada la razon y la voluntad, supuesto que verian venir de una misma fuente; verdades que ilustran, virtudes que santifican, remedios que sanan y las gracias todas que sostienen los pasos de la criatura por los caminos de su eterno fin. Por eso para cumplir su palabra eterna, El es el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio esclusivo del pecador, sintiendo en su persona todas nuestras dolencias y levantando al grado de virtudes las penas que en la vida sentimos; por eso abre su marcha con los ejemplos mas admirables de unas virtudes tan sublimes que el mundo no conocia, imponiendo al hombre preceptos y enseñándole máximas tan importantes y divinas, que si bien es verdad que espantan á la naturaleza, desconciertan á la razon y hacen desaparecer el amor propio; pero El, las mira como el fundamento de las virtudes cristianas, y quiere al propio tiempo que ellas sean el lema de su vida, diciendo: niégate á tí mismo, aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; mi yugo suave, mi carga lijera; y ¿quién no admirará esa fecundidad tan prodigiosa, esos ejemplos tan raros de virtudes que se descubren en el corazon del Hombre Dios, virtudes sublimes que el cielo respetuoso contempla y la tierra no cesa de admirar? ¿Y será esta la herencia toda que legará á sus queridos hijos? ¿quedará acaso plenamente satisfecho ese divino Corazon? No por cierto: su amor inmenso no queda satisfecho sino hasta morir por el hombre, hasta dar la última consumacion á su grande y augusto sacrificio; hasta llevar al cabo el designio eterno, que meditaba en el seno de su Padre celestial, y hasta estrechar con vínculo infinito la suspirada alianza entre Dios y el hombre.

¿Quereis ver saciada esa sed de dolor, símbolo del amor infinito que tiene á su pueblo, y explicado este mismo amor de la manera mas sublime? Acercaos con la imaginacion á esa montaña para siempre tan memorable; cercad ese lecho de agonía donde á todos bendice el Padre universal, á donde llama á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y á los miserables, á los fuertes y á los débiles, á los vencedores y á los vencidos; en donde los oráculos y los sacrificios, los sacerdotes y las víctimas, los ritos y los preceptos, y todos los símbolos y todos los anuncios quedan cumplidos y consumados; donde el pecado y la muerte quedan vencidos; rotos y deshechos para siempre, el yugo hereditario que oprimia á los hijos de Adan, y desde donde se alza esa plegaria que va á desarmar el brazo de la Justicia eterna; esas palabras salvadoras que sancionan la libertad del mundo y abren á las generaciones las puertas de la inmortalidad.

A vista de este abismo de bondad, preguntaremos todavia, ¿por qué ha venido el Hijo de Dios? ¿por qué ha emprendido una carrera tan dolorosa? ¿qué cuidados han ocupado su Corazon en la tierra? A esto nos responderá la Iglesia que por nosotros, y por nuestra salud descendió de los cielos. Sí, señores, la felicidad del hombre le sacó del seno de su Padre al seno de una Vírgen; de aquí al pesebre, del pesebre á la Cruz, de la Cruz al se-

pulcro, del sepulcro al empíreo. Todo esto, dice S. Gregorio, para llevarnos en pos de sí, para hacernos correr tras el aroma divino de los exquisitos bálsamos que exhala su amante Corazon.

Hé aquí, señores, por qué el corazon bondadoso de Jesucristo que siempre se ocupa y vela sobre nuestra felicidad, nos ha manifestado esas brillantes pruebas de su amor como otros tantos eternos monumentos de su inmensa caridad; por eso la Judea entera, el Cenáculo, el Huerto, el Calvario y el Altar, serán mirados siempre como el teatro augusto de su infinito amor, desde donde su tierno Corazon busca solícito al pecador, instruye misericordioso al ignorante y cura compasivo al enfermo. ¡Oh abismo de caridad! ¡Y qué cúmulo de todas las virtudes nos descubre el santísimo Corazon de Jesus! Allí recordamos con ternura sus fatigas por buscar al pecador, sus lágrimas sobre su obstinacion, su dulzura con el arrepentido que lo invoca, su paciencia en esperar al delincuente, y su alegria al verlo dócil á su gracia; indulgencia suave, compasion atractiva, dulzura con el hombre, es todo lo que opone su Corazon divino al corazon manchado y á la voluntad rebelde. Estas palabras tan dulces, tan tiernas y tan insinuantes ¿qué confianza no inspiran, y mas cuando sabemos que el Dios que nos habla no es el Dios terrible que nos pintaron los profetas, sentado sobre un trono de nubes, atronando y haciendo retemblar al mundo? No el Dios del Sinai, con su corte de truenos y relámpagos; no aquel Dios á cuya presencia bambolean las columnas del firmamento y se estremecen las cumbres de las montañas al contemplar el aliento de su cólera, sino el Dios de paz, de amor, de misericordia y de consuelo que deja la morada de su gloria para redimir á la triste humanidad; es un Dios Hombre cuyo Corazon tiene sus complacencias, no solo con ocuparse de los hombres, sino con entregarse todo entero sin reserva á estos mismos hombres, como lo veremos en la segunda parte.

Punto segundo.

Como los designios de la misericordia Divina no solo se dirigian á levantar al hombre de su caida restituyéndolo á la gracia y relacionándolo de nuevo con su Criador, sino á admitirlo á una union mas estrecha, tal que el hombre pudiera hacerse participante de la Divina naturaleza, como dice S. Pedro, por eso el Verbo divino, para ponerse en contacto con la naturaleza humana, tomó un cuerpo semejante al nuestro, pero limpio, sin mancilla, incorruptible; una carne y sangre benditas y estrañas del pecado para rehacer como hombre nuevo á toda la extirpe corrompida de Adan, darle nueva vida, nuevo origen y remediar un mal universal con antídoto igualmente universal; á este fin, el Verbo hecho carne nos entrega su propio corazon, rompiendo en nosotros la impura túnica que nos envuelve la carne y sangre del pecado, revistiendo en nosotros todo lo que estaba sujeto á corrupcion con su divina incorruptibilidad; este mismo Redentor del mundo, al celebrar su grande y augusto testamento, se anonada bajo las especies de pan y de vino, establece la fé enmedio de las tinieblas y engrandece al hombre con la última prueba de su inefable amor. Sí, señores, el mismo que llenó de luz al mundo, y que tantas bendiciones derramó sobre los tristes y desgraciados; aquel Pastor amoroso que iba diciendo á las gentes: la paz sea con vosotros; aquel humilde peregrino que santificaba la caridad y la pobreza; aquel divino predicador que enseñaba la senda de la virtud y hacia resonar su voz por todas partes, como un viento apacible; aquel Padre amoroso que repetia con ternura estas palabras de consuelo: amaos los unos á los otros; aquel Profeta divino que vaticinó la destruccion del templo, las ruinas de Sion y el desgarramiento del velo santo; aquel dulce Jesus, proclamado rey de los Judíos, es el mismo que nos entrega su Corazon cuando nos dice: comed mi cuerpo,

bebed mi sangre y os volvereis Dios. ¡Oh que abismo de bondad! ¡qué misterios tan impenetrables del amor Divino y qué felicidad tan grande para el hombre! Grande por cierto, pues que la sagrada Eucaristía viene á depositar en nuestro corazon un gérmen de inmortalidad que nos acerca desde esta vida, á la que gozan en el cielo todos sus dichosos moradores; así se cumplen aquellas palabras del divino Salvador: *El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.* Con razon, dice un Santo Padre, nuestra carne unida á la de Jesucristo, recibe una propiedad admirable, en cuya virtud se diviniza. Nuestra carne se convierte en la misma carne de Jesucristo, dice S. Cirilo de Jerusalen, y ¿qué hemos perdido, exclama el Pontífice S. Leon, por la envidia y sugestiones de Satanás, y por el pecado del primer hombre? El derecho de ser bienaventurados en el cielo, semejantes á los Angeles, y el tener un cuerpo adornado de todas las cualidades gloriosas? Pues aun mas que todo esto hemos ganado incorporados con Jesucristo; formando una misma cosa con él, tenemos la dicha de ser elevados sobre los mismos Angeles, y puestos á la diestra del Todopoderoso; seremos recibidos un dia á la participacion de Jesucristo, si recibimos dignamente la Eucaristía. El efecto que causa la sagrada Eucaristía, dice el grande Obispo Bossuet, es incorporarnos con Jesucristo respecto al cuerpo y al espíritu, de modo que Jesucristo goza de nuestro cuerpo y de nuestro corazon y nosotros del suyo. Así ha amado su sagrado Corazon al hombre hasta el fin, hasta el último exceso de su amor, y si se me permite esta expresion, hasta donde puede llegar el amor de un Dios.

Mi carne es verdadera comida, mi sangre verdadera bebida, *tomad y comed*; con lo que se explica claramente, como se entrega el Corazon de Jesucristo al corazon del hombre, viniendo á ser una misma la vida que anima á Jesucristo y la que anima á la criatura unida á El eucarísticamente. Así lo entendió seguramente S. Pablo cuando dijo: «vivo yo, pero no soy yo el que vive, sino

Jesucristo, que vive en mi. Tambien nosotros podemos gloriarnos con semejante dicha; porque tenemos real, y verdadero en esa sagrada hostia, el corazon de Jesucristo, el mismo, señores, que de la sangre purísima de María, formó y organizó el Espíritu Santo, y lo tenemos no solo para verle y adorarle, consultarle y oirle, suplicarle y empeñarlo en nuestro socorro; sino tambien para comerlo y alimentarnos con él; para meterlo dentro de nuestro pecho, aplicarle á nuestro corazon, y liquidado éste con el fuego divino, en que está abrasado el corazon amorosísimo de Jesus, podamos decir que no tenemos otra vida que la del corazon de Jesus. ¡Oh qué felicidad tan grande! Pero tan grande que no envidiamos por cierto la que tuvo el pueblo Judío, ni echamos menos á Belen, á Nazaret, al Cenáculo, al Huerto ni al Calvario; porque tenemos una cosa igualmente grande, augusta y magestuosa: tenemos al corazon de Jesucristo, al corazon de nuestro Redentor, Libertador, Padre, Amigo y Hermano, que no contento con ocuparse de nosotros ha sabido sufrir su pasion mas dolorosa, resucitar de entre los muertos, subir al cielo, enviar su Espíritu divino, fundar su Iglesia, instituir sus Sacramentos, darse en alimento, asegurarnos que permanecerán con nosotros sus ojos y su corazon todos los dias para que siempre en todas partes, podamos repetir: Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; y no contentos con esto, digamos en alta voz: Nosotros somos su pueblo, y El será siempre nuestro Dios. A vista de esas pruebas grandes de amor que de todos modos nos muestra el divino corazon de Jesus ¿cuál deberá ser nuestra devocion hácia un corazon tan generoso? ¿cuánta nuestra confianza? ¿cuáles nuestros afectos? ¿qué emociones tan dulces y tan suaves, y qué sentimientos tan puros no experimentaremos, al postrarnos en presencia de esa imágen? ¡Oh, señores, aquí faltan las palabras, de nada sirven los adornos de la elocuencia mas animada; porque ni el arte, ni la naturaleza, tienen colores suficientes, para pintar un cuadro tan

encantador, y que embellece tanto; lo siente el alma, sí; pero es imposible que lo explique la lengua.

A vosotras apelo, hermanas mias, y esposas queridas de Jesucristo, á vosotras digo: ¿qué es lo que sentís cuando desprendidas del mundo y encerradas allá en lo mas secreto de vuestro corazon, conversais familiarmente con el corazon de Jesus? ¿cuando asombradas mirais ese corazon divino abrasado de esas voraces llamas que sin cesar lo están rodeando sin consumirlo nunca? ¿qué pensais cuando de nuevo lo volveis á mirar coronado de esas punzantes espinas que lo están atravesando con la mas inícua crueldad? ¿Qué direis cuando contemplais esa puerta inmensamente dilatada, que abrió la lanza del amor mas puro, para recibiros á vosotras, y á todos nosotros? no es posible, direis, mirarlo sin enternecerse; sin que se conmueva nuestro corazon; no es posible mirarlo sin resolvernos á sacrificarlo todo por su amor; no es posible verlo tan humillado y abatido, sin humillar y abatir hasta el polvo nuestro amor propio; no es posible volver á mirarlo muchas veces tan paciente, benigno, manso, caritativo y misericordioso, sin abrirle de par en par las puertas de nuestro corazon; y sin determinarnos á imitarlo y llenas de espanto y como oprimidas por el peso infinito de sus bondades, y postrados en torno de su imágen; sin quedarnos fuerzas sino para pronunciar estas palabras: *quid retribuam domino*, ¿qué daré yo al Señor que me ha colmado de tantos favores? y cuando mas asombradas os encontrais ¿no os parece que fija en vosotros sus tiernas y amorosas miradas, qué oye vuestras súplicas, que abre misericordioso su corazon, para recibir vuestras lágrimas, que extiende sus manos para bendeciros, y abre sus lábios para deciros..... Pero, ¿qué palabras pronuncia? oidlas y no perdais una sola, que todas son consoladoras y amorosas: «Hijo mio dame tu corazon á mí» para que al oir vosotras este lenguaje le direis al sagrado corazon de Jesus, cumpliré mis votos al Señor y los cumpliré delante de todo el pueblo y consagrando al divino corazon de Jesus, todo lo que soy, todo lo que

tengo; todo lo que puedo, todo lo que espero renovar hoy mismo aquí en la presencia del Señor mis antiguos juramentos de la manera mas solemne, para que pueda decir con la santa intrepidez del Apóstol ¿quién me separará del corazon adorable de Jesucristo, etc., etc.?

Corazon Divino de Jesus, objeto de las tiernas complacencias del Padre, fuente inagotable de gracia y de verdad, nosotros nos consagramos en este dia irrevocablemente á vuestro servicio y amor, os ofrecemos enteramente nuestro pobre corazon, lavadnos y purificadnos para que limpios podamos acercarnos á vuestro corazon que es la fuente de toda pureza, habitando en él todos los dias de nuestra vida y gozar de la bienaventuranza prometida la que á todos deseo en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo Amen. (1)

(1) Revisado por la censura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

EL CORAZON DE JESUS,

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SAN LORENZO DE MEXICO

POR

el Ilmo. Sr. Obispo de Tamaulipas

EL DIA 30 DE SETIEMBRE DE 1877.

Concaluit cor meum intra me
Mi corazon se inflamó dentro de mí.
Ps. XXXVIII, v. 4.

Una es la doctrina de la Iglesia; uno el fundamento de su culto. Lo que Jesucristo nos enseñó, cuando vivió entre nosotros en carne mortal; lo que los Profetas dejaron consignado en sus divinos libros; lo que los Evangelistas despues escribieron, y los Apóstoles predicaron, es lo que ahora enseña y practica, como lo hará hasta el fin de los siglos, la celosa Guardadora del Depósito de la Fe. La creencia en un solo Dios, trino en personas; la Encarnacion del Divino Verbo; el sacrificio de la Cruz, perpetuado de una manera incruenta en la augustísima Eucaristía: hé aquí en qué estriban las diversas prácticas del culto cristiano, la liturgia que la Iglesia prescribe, las devociones que manda ó permite.

Pero del mismo modo que la Doctrina, aunque no

cambia ni disminuye, ni crece, presenta, sin embargo, diversas fases, (1) segun los errores que predominan, y conforme lo exigen los tiempos, siempre mudables, y las circunstancias tan varias de los fieles; así como algunos puntos del dogma, unas veces son predicados con alguna flojedad, y otras veces con mayor insistencia, así como muchas verdades, al principio proclamadas de viva voz, despues se han escrito y definido; de igual manera, las prácticas del culto, las ceremonias, las devociones especiales, sin cambiar jamás en lo esencial, ni desviarse un ápice de lo prescrito por Nuestro Redentor, se adaptan á las diversas exigencias de los tiempos y los lugares, á las necesidades de los fieles, á la mayor ó menor libertad en que se deja á la Iglesia sacrosanta.

La Divinidad de Jesucristo es la base del cristianismo: ¿quién creerá que no la enseñaron los Apóstoles, que no la predicaron con todo ahinco desde el principio? Pero no se explicó con toda su lucidez, ni se definieron los términos, las frases, las sentencias, con toda precision, hasta que los errores de Arrio, de Nestorio y de Eutiques hicieron necesaria la convocacion de varios concilios y la publicacion de diversos libros eruditísimos. (2) Todos habian confesado á María siempre Virgen; pero apenas hubo un impío que pretendiera arrancar esta joya á su corona, cuando con mayor empeño lo afirmó la Iglesia docente, y los fieles se consagraron á reverenciarla y adorarla mas que nunca. Desde la vez primera que Jesucristo en la Ultima Cena dió su propio Cuerpo y su propia Sangre en alimento y bebida, los Apóstoles tributaron al Sacramento de Amor el culto supremo que exigia tan augusto misterio; pero mas creció su esplendor y mas aumentaron las solemnes demostraciones de nuestra fe en la presencia real del Verbo Encarnado en la Eucaristía, cuando, no há muchos siglos, la herejía levantó su estandarte contra este dogma consolador.

---

(1) S. Vincent. Lirin. Commontoir. C. 23. S. Augustinus, De Civitate Dei, lib. 16, c. 2.

(2) Cf. S. Aug. Enarr. in Ps. 51.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Santa Humanidad de Jesus unida hipostáticamente al Verbo Divino, fué, como era indispensable, objeto de la adoracion especial aun de los primeros discípulos del Salvador del Mundo; pero observad las diversas formas que tomó este culto, aun antes que el Señor ascendiera á su reino celeste. Los Magos se postran reverentes ante el Niño recien nacido en la gruta de Belen, y le ofrecen oro precioso, mirra escogida y aromático incienso. La mujer enferma se contenta con tocar la fimbria de su vestidura; y el publicano Zaqueo lo adora desde la copa de un árbol. Magdalena se postra á sus piés y los cubre con ósculos de purísimo amor; Juan reclina su cabeza sobre el pecho palpitante del Maestro; y Verónica enjuga el rostro lacerado del perseguido Redentor. José y Nicodemus tributan los honores fúnebres al cuerpo, inanimado sí, pero siempre unido á la Divinidad, y lo ungen con suavísimos aromas; y despues de resucitado, Tomás, apenas lo reconoce, lo aclama postrado su Dios y Señor.

La Iglesia, ya constituida, tributó desde luego su adoracion á la Humanidad de Jesucristo, como nos lo revelan los Santos Padres y monumentos eclesiásticos mas remotos; pero la forma del culto ha variado continuamente, dirigiéndose unas veces á la misma Humanidad considerada en su conjunto, y otras á alguno de los sacratísimos miembros que la componen. No hace muchos siglos que se estableció la fiesta llamada por excelencia del *Cuerpo de Cristo*; y de fecha comparativamente reciente es la devocion á las manos de Jesus y los piés santísimos perforados por los clavos; al costado que atravesó la lanza y de donde manaron (segun la expresion de los Santos Padres) los sacramentos salvadores; fiesta conocida con el nombre de las *Cinco Llagas*.

Faltaban pocos años para espirar el siglo XVII, cuando por revelacion de Jesucristo mismo, hecha como acostumbra, á uno de los pequeñuelos del siglo, (1) empezó á adorarse con particular devocion el Corazon amantísimo

(1) La Bienaventurada Margarita María de Alacoque, monja desconocida entonces, en el monasterio de Paray-le-Monial, en Francia.

de nuestro Redentor. En medio de contradicciones, como acaece siempre á cuanto viene de lo alto, creció este culto, antiguo en el fondo, pero nuevo en la forma, y no há muchos meses que el mundo entero y en particular nuestra patria, eran consagrados, por órden del Supremo Gerarca, al Corazon divino de Jesus. Obedientes á las soberanas órdenes del infalible Pontífice, aumentásteis vuestra devocion hácia ese foco sacrosanto de amor ardentísimo, os reunísteis en piadosas congregaciones á su servicio especial dedicadas, y fruto de vuestro afan por calentaros á ese fuego celeste, es la presente festividad á que os habeis dignado invitarme. ¡Con qué placer he acudido á vuestro llamamiento! ¡Con cuánto júbilo he venido á encenderme yo tambien en esa lumbre vivísima que inflama el Corazon de nuestro Padre, de nuestro Redentor, de nuestro dulce Jesus! Bien comprendeis, hijos mios, que siendo tan alto el fin que nos proponemos, y habiendo sido esta devocion especial desconocida de nuestros mayores, importa mucho fijarnos en el objeto de este culto tan grato, saber qué adoramos, á qué nos dirijimos al invocar y al consagrarnos al Corazon ardiente de Jesus. Este será el primer punto de mi discurso. Conocer las circunstancias que han movido á la Iglesia á extender la nueva devocion y á propagarla con tanto ahinco; penetrarnos bien de nuestro deber en tal materia; trazar los rasgos característicos de esta devocion, tal como se ha establecido recientemente, é investigar lo que ha de distinguir al adorador del Corazon de Jesus de los demas fieles, por devotos y piadosos que sean; hé aquí el tema del segundo punto.

El corazon inmaculado de la Virgen Madre, único que la Iglesia nos permite adorar junto al de Jesus; que latió tantas veces unido al Corazon del Verbo humanado; que triunfante de la muerte y del sepulcro, palpita actualmente en el cielo, de amor hácia los hombres, de amor hácia su Hijo Divino, de amor hácia la Trinidad Sacrosanta, nos sirva de intermediario para con el Cora-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zon de nuestro Redentor, y los destellos que de él emanan, purifiquen mis lábios cual los de Isaías.

Invocadla, hijos mios, invocadla conmigo. AVE MARIA.

I.

La nave de la Iglesia está destinada á bogar continuamente por un mar borrascoso. Jamás el viento soplará favorable á su popa; jamás las ondas se aplacarán bajo su quilla. No solo se ve acometida por huracanes decididamente contrarios que detengan su curso, sino que muchas veces aun las brisas que parecen bonancibles, la agitan de un lado y otro con indecible furor. Apenas, á la voz del infalible Piloto que Jesucristo mismo ha colocado junto al timon, izamos las velas de modo que el viento de costado no desvie nuestro rumbo, cuando del lado opuesto llega otro soplo mas fuerte, que destruye el fruto de nuestras fatigas y nos obliga á trabajar con mayor empeño, y en sentido contrario á las maniobras que acabamos de ejecutar.

El misterio de la Encarnacion, quizá mas que ningun otro dogma, nos suministra un ejemplo patente de ese contínuo navegar entre dos aguas y entre dos vientos, de esa incesante lucha con errores opuestos entre sí, al par que contrarios á la verdad, con exageraciones y herejías que nos agitan en sentidos opuestos, sin que podamos, si no es á fuerza de una vigilancia á toda prueba, y de un trabajo improbo y sin tregua, seguir el rumbo que nos ha marcado el Celestial Timonel.

¿Para qué fatigaros con citas históricas ni discusiones teológicas? Bien recordais que Nestorio enseñó y sostuvo con herética pertinacia, que en Cristo habia dos personas unidas entre sí tan solo moralmente. Lo condenan Concilios y Pontífices, y salta contra él á la palestra el

arquimandrita Eutiques; pero tal es el furor de éste contra la herejía Nestoriana, que cae en un error diametralmente opuesto á aquella, y predicando, no solo una persona, sino una naturaleza únicamente en el Verbo Encarnado, incurre él á su vez en el anatema de la Iglesia. Llegan algunos declarando el cuerpo de Jesus fantástico, y á guisa de sombra; salen otros pregonando que no solo el Hijo de Dios Vivo, sino aun el Padre Eterno padeció por nosotros.

El culto al Sagrado Corazon de Jesus, intimamente unido al misterio de la Encarnacion, no podia menos que padecer vicisitudes muy semejantes. Apenas trata de establecerse, cuando encuentra grandes opositores. Quien acusa á los que lo practican de una especie de crueldad, cual si separaran el Cuerpo de Cristo de su entraña mas noble, para tributar á esta una adoracion indebida; quién por lo contrario, declara que es un culto meramente simbólico; quién llega á negar que deba venerarse con culto supremo la Humanidad santísima de Jesus. A despecho de todos, la Cátedra infalible de Pedro aprueba primero, establece, ordena y extiende el culto al Sagrado Corazon del Redentor, y los fieles lo aceptan con júbilo y lo practican con alegría; pero no falta, aún entre ellos mismos, quien dé señales de ir mas allá de lo justo, y muestre tendencias de querer lanzarse por rumbo diverso, sí, del que siguen los enemigos de Cristo, pero que no es el que señala la brújula segura de la Iglesia. Hé aquí por qué insisto tanto en que os fijeis, vosotros especialmente que formais la nueva Compañía del Corazon de Jesus, en el objeto de vuestro culto.

¿Qué cristiano ignora que á Jesucristo, en cuanto Dios, se le debe el culto supremo llamado de *latría*, que solo á la Divinidad nos es lícito tributar? Pero ¿se le debe el mismo culto en cuanto hombre? ¿Podemos rendirlo á su santísima Humanidad? Oid, oid al Espíritu Santo hablando por los lábios del Apóstol San Pablo:

"Teniendo (Jesucristo) la naturaleza de Dios, no fué

por usurpacion, sino por esencia el ser igual á Dios: y no obstante se anonadó á sí mismo tomando la forma ó naturaleza de siervo, hecho semejante á los demás hombres, y reducido á la condicion de hombre. Se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios tambien lo ensalzó sobre todas las cosas, y le dió nombre superior á todo nombre, á fin que al nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.» (1)

¿Y qué nos dice á este propósito la Iglesia por sus Concilios y sus Padres? La Basílica de Alejandría, en cuyo recinto se hallaba congregado el Concilio contra Nestorio, resonó con los famosos anatematismos del Santo Patriarca Cirilo, en uno de los cuales se manda tributar al Verbo encarnado y á su carne un solo honor y una sola glorificacion; (2) á quien tal negare, condena el Concilio de Letran, bajo Martin I; (3) y el gran San Atanasio, (4) con su lucidez acostumbrada, nos lo explica diciendo: «No adoramos una cosa creada. Léjos de nosotros semejante aberracion; dejemos tal absurdo á los gentiles y á los herejes arrianos. A quien adoramos es al Verbo Divino, Señor de las cosas creadas, hecho carne en el seno de la Virgen Purísima.» ¿Qué mayor claridad, que la que hallamos en las breves palabras del insigne Padre? En efecto, la humanidad queda unida al Verbo eterno tan íntimamente, que no forma sino una persona. ¿Y como negaremos el culto supremo á esa naturaleza, humana sí, pero que subsiste en el Verbo, y pertenece al Verbo? La adoramos, empero, no en sí propia, no por sí misma, sino «como unida á la Divinidad, y porque las dos naturalezas de Cristo se reducen á la única persona del Verbo de Dios y á una sola subsistencia. ¿Acaso temeis introducir la mano entre las brasas, por causa del carbon que dá pábulo á la lumbre? Lo que recelais es el fuego; y por él no os atreveis á tomar la leña seca que lo

(1) Philip, II; 6 seqq.—(2) Anathem. 8.—(3) Ses. 4, can. 9.—(4) Epist. ad. Adelph.

nutre. Así nosotros adoramos las dos naturalezas de Cristo, por causa de la Divinidad unida á la carne.» Estas palabras y la enérgica y bella comparacion qué acabo de citaros, son del insigne San Juan Damasceno, (1) y veis por ellas que la union llamada hipostática, es la causa de que adoremos á Dios en cuanto hombre, de que rindamos culto á su santísima Humanidad. ¿En qué consiste esta union del Verbo con la humana naturaleza? ¿Se verificó tan solo de un modo genérico, ó con todo el Cuerpo sagrado y á la par con cada uno de los miembros y entrañas que lo componen? Fijaos en ello, que es de suma importancia para el asunto que nos ocupa.

El Verbo Divino, para redimirnos y padecer por nosotros, asumió la humana naturaleza, íntegra y perfecta.(2) Tomó en las entrañas de María un cuerpo como el nuestro, compuesto cual el de todos los hijos de Adan, de carne y de huesos, de sangre y humores, y con una alma ni mas ni menos que la del resto de los mortales. Pero esta humanidad, que habria podido subsistir por sí sola, si no hubiera sido destinada á fines tan altos, fué unida al Verbo desde el primer instante de su existencia, tan íntimamente y de tal suerte, que solo por El subsiste, que forma con El una sola persona, *ó hipóstasis*. Por esto fueron de infinito valor y de infinito mérito todas las acciones de Cristo; por eso la efusion de su preciosa sangre pudo rescatarnos del demonio.

¿Y cómo no creer que esta divina sangre estaba próxima é hipostáticamente unida al Verbo, cuando lo oímos exclamar en la Ultima Cena: «Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros.» *Hic est sanguis meus quod pro vobis effundetur?* cuando el apóstol Pedro (3) nos dice: «El precio de vuestro rescate, no ha sido el oro perecedero, ni la plata corruptible; la preciosa sangre de Cristo os ha redimido. *Non corruptibilibus auro et ar-*

(1) De Fide Orthod, lib. 3, c. 8.
(2) Véase Santo Tomás y todos los Teólogos, tract. de Incarnatione.
(3) 1.ª Petri I, 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gento redempti estis, sed pretioso sanguine quasi agni Immaculati Christi?»

Unido del mismo modo estaba el Verbo á aquel pecho (1) en que se reclinó Juan, y á las plantas que besó Magdalena; á aquellos ojos cuya mirada hizo caer de espaldas á los sayones y llorar sus culpas á Pedro; á aquellas manos atravesadas por los clavos y á aquellos huesos, que como habia anunciado el Profeta, á nadie fué dado quebrantar.

Próxima é hipostáticamente, como ya vuestra piedad os lo sugiere y enseña, áun antes de escuchar mis palabras, próxima ó hipostáticamente se unió la Divinidad á aquella entraña, noble entre todas las entrañas, sin la cual es imposible al hombre la existencia, sede principal de los afectos, centro de ese admirable sistema sanguíneo, ó como hoy le llaman *irrigatorio*, que preside á la vida del cuerpo. Con razon, pues, lo adoramos; con razon adoramos la persona del Verbo Divino encarnado en su Corazon.

Ya comprendeis cuán diferente es nuestro culto de esos honores que tributamos al corazon muerto y separado de un héroe que lo lega como memoria á alguna ciudad ó á algun templo de su predileccion. No es ni siquiera comparable á la reverencia con que miramos las reliquias del corazon de Felipe Neri, por ejemplo, tan inflamado de amor divino que no le cabia dentro del pecho; ó del de Wenceslao de Bohemia, tan encendido de amor celeste que calentaba hasta la nieve donde estampaba el santo sus huellas. No, hijos mios, adoramos al Corazon de Jesus; vivo, palpitante, inflamado de amor por nosotros, dentro de aquel cuerpo formado en el seno de María, resucitado de entre los muertos, y colocado ahora á la diestra del Eterno Padre. ¡Ah! Si los ángeles mismos, como hallamos en piadosas revelaciones, (2) recorrieron el Huerto y el Calvario, la calle de la Amargura y el Pre-

(1) Véanse los Teólogos, *ubi supra*.
(2) Véase La Puente entre otros.

torio, cogiendo reverentes las gotas de sangre que habia vertido el Redentor para unirlas al cuerpo, próximo á salir de la tumba; ¿no nos postraremos nosotros llenos de amor y reverencia ante aquel Corazon de que emanó esa Sangre preciosa que nos redimió y circulaba por las venas del Dios humanado?

¡Cuántas veces habreis oido hablar en la Escritura de la Mano poderosa de Dios, de la Diestra divina que domó el poder de sus enemigos, que hizo pedazos los broqueles y redujo á cenizas los dardos del Filisteo. Recordareis que en el libro del Génesis, poco antes de la narracion del diluvio, nos dice Moisés: que «viendo Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazon se dirigian al mal, pesóle de haber creado al hombre, y *penetrado su corazon de un íntimo dolor:* lo raeré, dijo, de la faz de la tierra, *et tactus dolore cordis intrinsecus.*»—No ignorais de qué corazon y de qué diestra se habla en estos y otros pasajes semejantes del Antiguo Testamento. Es todo figurado, para mejor impresionarnos, y hacer comprender á nuestro limitado entendimiento, los elevados conceptos que de otra manera no penetrarian en nuestra mente; pero Dios, Espíritu puro, no tiene ni miembros ni entrañas.

Guardaos bien, sin embargo, de creer que al proponernos por objeto de nuestro culto al Corazon de Jesucristo, quiera la Iglesia que lo adoremos tan solo como un vano emblema, como un mero símbolo, fantástico y sin realidad, de las virtudes y afectos que en el Verbo Encarnado resplandecieron; no, hijos mios, adoramos al Corazon material, verdadero y real de nuestro adorable Redentor; adoramos, os lo diré otra vez, al Verbo Divino encarnado en su Corazon. Pero no lo veneramos separado del resto del Cuerpo, ni lo consideramos aislado, y en cierto modo como muerto. Léjos de eso, lo adoramos como símbolo de su ardentísima caridad, y de su inmenso amor hácia los hombres; como foco de vivísima lumbre que lo inflama y consume; como centro de man-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sedumbre y de infinitas virtudes; como asiento de sus divinos afectos.

No es de nuestra incumbencia tratar de asuntos fisiológicos, ni demostraros lo absurdo de los argumentos que cierto impío (1) aducia á fines del siglo pasado contra la devocion que hoy nos ocupa. «Estableced mejor, decia con sarcasmo, estableced una festividad en honor del cerebro ó del sistema nervioso de Jesus: á estos órganos mas bien que al corazon, pertenecen los afectos y las pasiones.»

Pero notad bien, hijos mios, que todos los pueblos y en todos los tiempos han considerado al corazon como un órgano que posée una influencia inmensa en los fenómenos de la vida. No solo preside á las funciones meramente animales y nutritivas, sino que está íntimamente ligado á las funciones morales é intelectuales. Bajo la influencia de ésta sus palpitaciones se aceleran, adquieren intensidad, y la circulacion se vuelve mas activa. Sobre todo, es absolutamente incontestable la sensibilidad de este órgano á los afectos amorosos. El amor lo calienta, lo inflama, lo saca, si así puedo expresarme, de quicio.

Mas no son estas razones, meramente naturales, las que han inducido á la Iglesia á hacernos venerar el Corazon de Jesus, como centro y foco de su amor hácia nosotros. Abrid los Evangelios, y hallaréis que el mismo Salvador Nuestro, propuso su propio Corazon como sede de sus piadosos afectos. «Aprended de mí, dijo, que soy manso y humilde de corazon: *discite a me quia mitis sum et humilis corde:*» en el Cantar de los Cantares dice el Esposo, figura y tipo de Cristo: «has herido de amor, oh Esposo, oh hermana, mi tierno corazon: *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa,*» y en el libro de los Proverbios, nos dice: «hijo dame tu corazon, dame tu amor. *Præbe fili cor tuum.*»

Hé aquí por qué nosotros, conformándos al lenguaje de los Libros Santos y á las palabras amorosas de Jesus,

(1) Grégoire.

colocamos en su divino Corazon el centro de su inmenso amor hácia los hombres, y lo veneramos de un modo especial para encender en su fuego el nuestro propio, y poder decir con el Salmista: «Mi corazon se inflamó dentro de mí. *Concaluit cor meum intra me.*

Veis, pues, hijos mios, como el objeto *material* de nuestro culto, es el Corazon real y verdadero de Jesus; y el objeto *formal* como llaman los Teólogos, es el mismo Corazon, considerado como símbolo de su amor hácia nosotros.

Réstanos investigar por qué la Iglesia tardó tantos siglos en prescribirnos una devocion tan grata, y tan á propósito para encender nuestros afectos, y cuál ha de ser el lema, por decirlo así, de nuestro estandarte.

II.

La historia del género humano, sobre todo desde la venida de Jesucristo, se puede compendiar en una sola palabra: *ingratitud*. Los mismos ejemplos de los Apóstoles y Mártires que dieron su vida por el Salvador; de los Monjes que se retiraron al desierto; de las Vírgenes que se conservaron inmaculadas para el Cordero; de los Confesores que resplandecieron por su santidad y milagros, no son sino excepciones, que conforme al axioma admitido, sirven únicamente para confirmar la tristísima regla.

Y si ingratos y frios se han mostrado los hombres desde el principio; si la apostasía no ha sido rara, si las herejías han pululado, y el cisma ha existido desde la fundacion de la Iglesia, ¿por qué tardó tanto el Señor en mostrar su Corazon inflamado de amor é invitarnos á calentar los nuestros en esa hoguera divina? ¿Por qué no se mostró mejor cuando en el seno de los siete primeros

diáconos surgió la herejía, ó cuando el Arrianismo infestó el universo? Parece que cuando el torrente Mahometano se desbordó furioso invadiéndolo todo, convenia que el Corazon de Jesus se manifestase iluminando la tierra como faro de salvacion, y haciendo renacer las esperanzas casi perdidas de los fieles. ¡No fué grande la defeccion en tiempo del cisma de Inglaterra y de la herejía protestante? ¿Cómo, pues, en medio de tanta ingratitud y de tantas caidas, no esparció sus rayos el Corazon de Nuestro Redentor, ni nos mandó honrarlo cual ahora con especial culto, y hacerlo nuestra bandera y nuestra guia?

¡Ah hijos mios! A muy tristes comentarios se presta la consideracion que acabo de sugeriros. Grande y de nuevo género debe ser la apostasía moderna, para que Jesucristo haya hecho oir tan alto sus amorosas quejas, y lamentádose de nuestra ingratitud, en contraposicion con su amor infinito. Algo que no se ha visto, por lo menos en tanta escala, en las demás herejías y defecciones, ha de haber en la inmensa apostasía de nuestros tiempos. Algun mal terrible, extraordinario, mortífero, nos aqueja sin duda, para que haya hecho necesario un remedio tan grande, tan extraordinario, tan poderoso. No nos perdamos en conjeturas. Escuchemos á Jesucristo mismo hablando á su sierva Margarita Alacoque.

Hallábase la santa postrada ante Jesus sacramentado, un dia de la Octava de la festividad por excelencia del Cuerpo de Cristo, cuando el Señor le dijo, descubriéndole su divino Corazon: «¿Ves este corazon que ha amado tanto á los hombres, hasta el grado de no omitir esfuerzo ni sacrificio, de arder y derretirse para mostrarles su inmenso amor? No recibo en cambio de la mayor parte mas que ingratitudes, en los desprecios, en las irreverencias, en los sacrilegios y en la maldad que muestran hácia mí en este Sacramento de amor. Pero lo que mas me aflije, es que me tratan tan mal corazones á mí consagrados. Te pido, por tanto, que el primer Viérnes despues de la Octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado á una fiesta particular para honrar mi Corazon, y para reparar ese dia, con la comunion, los indignos tratos que ha recibido miéntras ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazon se ensanchará para derramar con abundancia la influencias de su divino amor sobre aquellos que le tributen este honor, ó procuren que se le rinda.» (1)

¡Cuán semejantes son estas palabras á aquellas proferidas siglos atrás por David, hablando en la persona de Cristo! «Si mi enemigo me hubiera colmado de improperios y maldiciones, si mi contrario me hubiese perseguido, afrentado, saturado de oprobios, menor habria sido mi pena, y habria llevado con resignacion mis tormentos y amarguras. Pero ser el blanco de la perfidia de aquel que he llamado amigo, á quien he favorecido y ensalzado, que por largo tiempo se ha sentado á mi mesa, y gozado de mi confianza y cariño.....¡oh! no hay dolor que á tal padecimiento se asemeje, ni consuelo que pueda mitigar tanta amargura. *Si inimicus maledixisset mihi, sustinuissem utique.....sed qui dulces mecum capiebat cibos!*» (2)

Hé aquí por qué cuando la Iglesia de Oriente cayó en el cisma, cuando el Mahometismo se apoderó de las tierras santificadas por el Redentor y destruyó las Iglesias de Africa, cuando la Inglaterra y la Alemania defeccionaron, no prorumpió el Señor en tan amargas quejas, como las que acabamos de escuchar. Favorecidas, sí, habian sido aquellas comarcas, grande y muy grande era su ingratitud; pero apenas guarda comparacion con los dones y gracias derramadas á manos llenas sobre los que ahora maltratan al Señor; con la frialdad y la ingratitud, la inconstancia y la culpa de los que hoy reniegan de Dios y de su Cristo.

Ved, si no, á la nacion que se jactaba de ser primogé-

(1) Véanse las Memorias y vida de la Santa.
(2) Ps. LIV, 15.

nita de la Iglesia, escogida por Dios para reconquistar su Sepulcro, para defender á su Vicario y llevar la luz del Evangelio á las regiones mas remotas. Ved como se lanza en pos de los placeres y del crímen, derriba templos y destruye altares, cómo se pone á la cabeza de la filosofía anti-cristiana, del ateismo y de cuanto hay de malo en el mundo moderno. Vedla cómo con sus veleidades y mudanzas abandona al Pontífice en manos de sus enemigos y desampara en todas partes á los cristianos que fiaban en su proteccion.

Allí mas que en ninguna parte, era preciso que el Señor exhalase sus quejas; allí de preferencia tenia que encender el fuego extinguido; allí antes que en el resto del mundo, era indispensable inflamar los corazones con el fuego del Suyo. Allí por tanto apareció el Señor á una hija de aquella nacion, aunque ingrata, siempre querida; de allí cundió el fuego sacrosanto que hasta nosotros ha llegado y á que procuramos calentarnos.

Hay otra comarca favorecida por Dios como ninguna; á quien primero entregó su Omnipotencia el dominio del Universo; á quien despues confió el cetro espiritual del Mundo Cristiano, agraciándola con la Sede del augusto Vicario de su Cristo; comarca regada con la sangre de infinitos mártires, sembrada de templos, salpicada, si así puedo expresarme, de altares. ¿Quién creyera que esta region tan privilegiada habia de volverse sañuda y feroz contra la cabeza de la Iglesia, y con ingratitud y estolidez sin nombre en los anales del mundo, esforzarse por sacudir el dulce yugo que formaba su gloria? Rudo ha sido el golpe, y que no ha podido menos que sentirse en los mas remotos confines del globo. ¡Ah! con razon se quejó Jesus, y quiso que con culto á su amante Corazon se reparasen tantas injurias y tamaños ultrajes. Con razon inspiró á su Vicario el sublime pensamiento de consagrarle el Orbe entero, como lo hizo no há mucho con aprobacion y júbilo universal. Al Orbe entero, en efecto, se extiende la apostasía, y el Orbe entero es menester que la repare. Oid, oid lo que mas de cerca os atañe.

Hubo un gran continente, ignorado al principio de los cristianos, pero destinado por Dios á producir grandes frutos de religion y de piedad. Apenas descubierto, abrazó con alacridad el Evangelio; apenas poblado se cubrió de santuarios y templos, de monasterios y piadosos institutos; apenas conquistado hizo germinar en su suelo flores de santidad Las que antes eran comarcas incultas, ó habitadas por feroces pobladores, se convirtieron en breve en floridos verjeles de paz, de virtud, de religiosidad. El cristianismo se infiltró de tal modo en colonos y aborígenes, que parecia una planta sólida y fecunda, que nada podria, no digo desarraigar, mas ni siquiera doblegar.

Pero llegó el tiempo de la lucha, ¿y qué se hizo ese vigor? ¿adónde fué esa lozanía? ¿como desaparecieron esas raíces tan hondas del árbol de la religion? Vosotros lo sabeis mejor que yo, y yo por mi parte puedo aseguraros que lo que veis en torno vuestro es uniforme en toda la América Latina, hasta sus remotos confines meridionales. Los pueblos tan agraciados por Dios han defeccionado en masa, y es empresa difícil el hallar quien sea verdaderamente católico. Por todas partes timidez, vacilacion, cobardía. Los intereses mas mezquinos se anteponen á los de nuestra religion sacrosanta, y no hableis á nadie de sacrificio. Casi lo único que queda de la religion que nos inspiraron nuestros padres, es el apego á algunas prácticas exteriores; pero si penetramos mas adentro, decidme vosotros: ¿hallaremos que el fondo corresponde á la superficie?

¡Adoradores del Corazon de Jesus! Esto por sí solo os indica cuál debe ser vuestro estandarte, cuál el distintivo que os corresponde. Grande es el mérito de la oracion, útiles en extremo las prácticas piadosas, y yo os las recomiendo con todo ahinco; pero no bastan en los tiempos que atravesamos. *Vine á arrojar fuego en la tierra, y ¿cuál es mi voluntad sino que se encienda? Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur.* (1)

(1) Luc. XII, 49.

Esto dice nuestro adorable Redentor mostrándoos su pecho inflamado de amor; ¿y permaneceréis quietos y ociosos? Energía, valor, actividad: hé aquí vuestro lema.

El Protestantismo os ha arrebatado ya ¡oh vergüenza! varios de vuestros templos; os está ganando muchas almas, que hasta aquí han pertenecido al gremio de la Iglesia. No desprecieis al enemigo: no digais que el Protestantismo es planta que no ha de germinar en países meridionales. Hace mas estragos de los que creeis, y una sola alma arrebatada al cielo, es acreedora á que hagamos mil esfuerzos por reconquistarla. Haced que ya no haya mas tránsfugas de nuestro campo. Instruid bien á vuestros hijos, á vuestros dependientes, á vuestros criados: ya no podemos contentarnos con ese catolicismo fácil y suave de otros tiempos mejores, en que bastaba dejarnos arrastrar por el torrente que caminaba el templo, en que el clamoreo de las campanas despertaba á los mas ensordecidos. El ateismo, la sensualidad, el indiferentismo y otros enemigos, mas temibles cuánto mas ocultos, os hacen contínuamente la guerra. ¡Adoradores de Jesus! guardaos de entregaros á la inaccion y al sueño.

Cuando tremendos castigos y amargos reveses empezaron á despertar de su letargo á la nacion de que há poco os hablaba, se decretó erigir una Basílica al Corazon Sagrado de Jesus. Habló apenas la voz autorizada de los Prelados, cuando empezaron á acudir sin parar, el pobre con su óbolo, con su talento el rico; y solo en los cimientos se han invertido sumas que bastarian para construir un templo. Se trató de elevar la enseñanza católica á la altura de las circunstancias, é inmediatamente la influencia, el trabajo y los tesoros de esos cristianos verdaderamente fieles, fundaron no una sino varias universidades, dotadas y establecidas sobre sólidas bases. No os cito sino un ejemplo entre muchos. Decidme, católicos mexicanos, ¿os sentís capaces de imitarlo? Si apelamos á nuestra generosidad y entereza, ¡hallaremos valor y desprendimiento, ó como otras veces, apatía y vacilacion?

¡Adoradores de Jesus! A vosotros toca iniciar la éra

de actividad y de energía cristiana, que quiere el Señor establecer en el mundo, y en especial en nuestra patria, para su regeneracion y salud. Aunque seais pequeñuelos recordad lo que dijo el Señor á su sierva Margarita: «¿No sabes que me sirvo de preferencia de los mas débiles para confundir á los fuertes, y sobre los pobres de espíritu hago con mas brillo resplandecer mi omnipotencia para que nada atribuyan á sí mismos!» (1)

Otro tanto os dice á vosotros, y todo lo podreis en el Corazon á que os habeis consagrado. Os he recordado que palpitó por nuestro amor, cuando Jesucristo vino á la tierra en carne mortal. Os hice notar que palpita por vosotros en el cielo, resucitado y triunfante de la muerte. He dejado para este momento el advertiros que lo teneis muy cerca, y no en efigie ni en imágen, no como vana sombra ni figura, sino real y verdadero, palpitante y haciendo circular la sangre divina, en el Augustísimo Sacramento del Altar. Ahí late por vosotros, ahí arde en vuestro amor, ahi os invita á encenderos en su fuego. Ahi el Redentor os está continuamente repitiendo con el Rey-profeta: «Mi corazon se ha inflamado dentro de mí. *Conculuit cor meum intra me.*»

Acercaos, pues, á esa llama que nunca consume; y si el Crisóstomo os exhorta á retiraros como leones del Tabernáculo, cada vez que recibis la Sagrada Eucaristí, no lleveis á mal que yo os convide á salir de esa hoguera celeste, con la violencia y el furor sagrado con que las llamas, en alas del viento, abrasan los árboles, cunden por el bosque y devoran la floresta entera. Así cumplireis el ardiente deseo de Aquel que vino á arrojar fuego á la tierra, y solo quiere que se encienda, y El os bendecirá, no lo dudeis, como yo á mi vez os bendigo.

---

(1) *Ubi supra*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA EPIFANIA

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL SR. CURA

D. Luis G. Corral

EL DIA 6 DE ENERO DE 1843.

Procidentes adoravèrunt eum: et apèrtis thesàuris suis, obtulèrunt ei múnera, aurum, thus, et myrrham.

Los Magos postrándose adoraron al Niño, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra.—S. Mat. c. 2, v. 11.

Illmo. Señor:

Cuando celebramos, mis venerados oyentes las festividades de los Santos,, la memoria de sus virtudes debe acompañarse, conforme al espíritu de la Iglesia, con la reflexion sobre nuestras propias y privadas costumbres, para animarnos á conformarlas con aquellos modelos que se nos proponen. Cuando se nos recuerdan los misterios de la fe que profesamos, su consideracion debe excitar en nosotros pensamientos saludables acerca de nuestros deberes, propios tambien y privados, respecto de la Iglesia carólica que es el órgano por donde se nos comunica la divina revelacion. Mas la festividad de hoy formando por

sí otra clase que participa de estas dos, trae consigo otras ideas, y nos hace presentes otras obligaciones.

La Epifanía, ó manifestacion del Señor, es la fiesta eucarística, ó de accion de gracias, de los pueblos que no descendiendo segun la carne, del que fué escogido por el Señor en los antiguos tiempos, han sido llamados, primero con aquel, y despues en su lugar, al conocimiento y al culto de Dios y de su Cristo. Hoy todas las naciones cristianas deben pensar atentamente que por gracia liberal del Todopoderoso, han sido incorporadas al rebaño que Jesucristo gobierna como pastor supremo y traer á su memoria lo que por tan grande beneficio de rigorosa justicia se les pide. Hoy las sociedades separadas del centro de la unidad católica, deben reconocer su extravío y las que permanecen fieles, afirmarse mas y mas en su fidelidad. Y siendo de este número, por nuestra dicha, la nacion á que nos gloriamos de pertenecer, nuestros corazones deben hoy palpitar con la dulce agitacion de una alegria pura, y verdaderamente patriótica, y tributar al Señor humildes gracias, porque llamó á nuestros antepasados de las tinieblas de una idolatría bárbara, á la luz de la verdadera religion, y porque en esta misma ha querido que nosotros naciésemos. No basta: debemos hoy ponderar los importantes deberes que por este motivo nos ligan en lo público con la religion.

A aste último punto, como de mayor interés, pienso reducir mi discurso, presentandooslo, en las pruebas, de esta proposicion. *La conservacion y pureza de la religion debe anteponerse á todos los respetos y consideraciones humanas, y á todos los bienes y esperanzas temporales.* Ya veo que emprendo mucho, y con todo espero lograrlo, si me ayudais á implorar la gracia por medio de Maria Santísima, en cuyos brazos como en su mas digno trono recibió el niño Dios los homenages de los príncipes del oriente. AVE MARIA.

Un astro nuevo que se vió en los paises que están al oriente de la Judea, fué la señal de que se sirvió el Om-

nipotente para anunciar el nacimiento del Salvador del mundo, y tres personages dedicados á la sabiduría, y, en opinion de algunos escritores, condecorados con la dignidad real, ó por lo menos distinguidos por sus riquezas y nobleza, entendieron desde luego el llamamiento divino. Dejaron sin demora sus casas y su patria, y tomaron el rumbo que su resplandeciente guia les señalaba. Penetraron en un país para ellos extrangero, y gobernado por un príncipe conocido por un genio suspicaz y violento, y sin tratar en ninguna manera de ocultarse, ocurrieron á la capital, y aun hablaron con el mismo rey Herodes sobre el objeto de su viaje. ¡Obediente y valerosa fe! Oyendo hablar Herodes de un rey de los judíos, anunciado por el cielo y á quien no conocia, recordó al punto la venida del Mesias, que los judíos cuya ley profesaba, esperaban: reunió á los doctores para saber de ellos el lugar donde debia nacer el ungido del Señor, y á una voz le contestaron que en la pequeña ciudad de Belen. Id, les dijo entonces á los Magos, informaos diligestemente de este niño, y avisadme para ir yo tambien á rendirle mis homenajes. El hipócrita impío habia formado en su corazon el designio de librarse de los temores que le causaba aquel anuncio, quitando la vida al que miraba como su rival. Teneis en estos hechos, mis amados fieles, el modelo de las consideraciones que los pueblos deben á la religion, contrapuesto, como la luz enfrente de las tinieblas, á la cobarde y tortuosa conducta que algunos espíritus alucinados ó impíos, querrian que se observase en asunto tan importante. Los príncipes sábios del oriente tratan, con sencillez y buena fe, de buscar aquel rey que por medio de la estrella se les anuncia, desprecian las murmuraciones á que podia dar lugar en sus propios países aquel viaje, se sobreponen á la prudencia humana que sin duda desaprobaba el que sin prévio aviso á Herodes buscasen, dentro de su reino, un rey de los judíos para adorarle: no temen los zelos de aquel hombre sanguinario, y con él mismo tratan del asunto. Y bien, cristianos, si, conforme á la doctrina del

gran pontífice S. Leon, (1) debemos reconocer en los Magos que adoraron á Jesucristo, las primicias de nuestra vocacion y de nuestra fe: ¿qué imperio deberán tener sobre nuestro espíritu los usos, las opiniones, las murmuraciones y las burlas del mundo, cuando se trata de conservarnos ó perfeccionarnos en la religion? Me direis ciertamente que ninguno: que los verdaderos cristianos, con pronto y generoso ánimo, deben desempeñar aquellas obligaciones ó prácticas exteriores del culto de Dios que les corresponden, aunque tal vez sea necesario faltar á lo que de ellos exija, en iguales circunstancias, la sociedad en que viven. Me direis que la confesion y comunion anual, la asistencia á la misa y abstinencia de obras serviles en los dia de fiesta, la moderacion en los vestidos y en los gastos, la separacion de los espectáculos lúbricos y diversiones pecaminosas; por mas que la multitud insensata, que llamamos mundo, las califique de cargas imprudentes, el verdadero cristiano debe apreciarlas y cumplirlas, como santas y obligatorias prácticas que nos impone la religion. Me direis aun mas; que si el poner por obra con desembarazo y libertad cristiana estos importantísimos deberes, nos merece de parte de ciertas gentes aturdidas, incrédulas ó impías, los epítetos ó sobrenombres de supersticiosos, de fanáticos ó de preocupados, cerrando los oidos é inclinando la cabeza, debemos continuar derechamente nuestro camino: que á las burlas y los sarcasmos debemos contestar con el silencio de la modestia y con la sonrisa de la caridad; y que si llega el caso de que por semejante motivo se nos haga objeto de la persecucion, debemos alegrarnos y tenernos por bienaventurados. Todo esto y aun mejores cosas me direis, porque tanto seguramente os dicta vuestra sólida piedad y vuestra cristiana ilustracion, y cierto que para pensar de este modo teneis el incontrastable fundamento de la doctrina que enseñó el Hijo de Dios, que predicaron sus apósto-

(1) Sermon 1.° de Epifanía.

les, y que ha seguido constantemente la Iglesia católica, su verdadera esposa.

Discurriendo ahora sobre los mismos principios, yo queria preguntar, no ya á vosotros, mis venerados fieles, sino á ciertos políticos de nuestros dias: ¿las naciones que en su totalidad, como la nuestra, profesan la religion católica, tienen respecto á ella tantas y tan fuertes obligaciones como los particulares? Ellos no se atreverán á negarlo enteramente; mas obligados á explicarse en determinados casos, les oiriais respuestas ambiguas, incoherentes y no rara vez contradictorias. Ellos quieren que la religion se deje al cuidado de Dios solamente; como cuando subsistia en medio de las naciones idólatras, y que las leyes civiles no prevengan ni corrijan eficazmente los ataques que contra ella se dirigen. Quieren que, como se hace en naciones muy diferentes á la nuestra, se permita, ó á lo menos no se prohiba, la introduccion de escritos que minan los cimientos de la creencia, y ridiculizan los ejercicios de la piedad. Quieren que la libertad de dar cada uno á la divinidad el culto que le parezca; libertad que en otras partes, por causas particulares, no solo es útil, sino indispensable; vaya entre nosotros extendiéndose, hasta que veamos (aparte Dios de nuestros años un dia tan funesto) hasta que veamos al frente de una iglesia católica, una sinagoga judaica. Quieren, para decirlo en breve, que la religion se considere como un objeto extraño al fin que deben proponerse los gobiernos, y que éstos se porten con aquella, no con la piedad y reverencia de hijos, sino con la desconfianza y el zelo de rivales. Solo cuando se trata de los bienes que tiene la religion consagrados á la publicacion del Evangelio, al esplendor del culto, al socorro de los pobres y al sustento de los ministros, entonces sí, quieren que los gobiernos vigilen, que las leyes arreglen y que las naciones tengan la propiedad.

Muy fácil es conocer, hermanos mios, que no es este el porte que con su ejemplo enseñaron los Magos ó sabios del oriente, que como representantes, señalados por Dios,

de los pueblos que han sido sacados despues de las tinieblas de la gentilidad, fueron á adorar al Salvador recien nacido. Y con no menor facilidad se advierte que semejante política es un traslado fiel de la conducta pérfida, tenebrosa ó hipócrita del rey Herodes, y que si hallara oportunidad, acabaria tal vez, como la de aquel impío, por degollar centenares de inocentes. Sí, cristianos, apenas habrá una verdad mas claramente demostrada en la historia, que la de ser la religion el apoyo mas firme de la autoridad, el único freno á que obedecen verdaderamente las pasiones, y el lazo duradero que une las voluntades. Pretender que haya costumbres y decencia pública sin leyes que protejan á la religion, para que ésta en correspondencia las asegure, es trabajar inútilmente; y desprender el órden civil del religioso, es empujar á la sociedad hácia su ruina.

Si los que gobiernan ó dan leyes á una nacion católica, penetrados de estas verdades, dan á la religion el lugar que le corresponde, favorecen las instituciones que eficazmente ayudan á su conservacion y ponen en práctica medios convenientes para que permanezca en su pureza; podrá suceder que los estraños ó los propios, de palabra ó por escrito, digan murmurando, que no conocen el espíritu de esta época, que no siguen lo que ellos llaman la marcha del siglo, que son serviles ó retrógados.....; pero así como los particulares, despreciando las burlas, deben cumplir los deberes religiosos, así del mismo modo, los que representan á las naciones, deben en lo que toca á la religion, desentenderse, á imitacion de los Magos, de todas las consideraciones humanas. ¡Pues qué, hermanos mios, mudarán los hombres de naturaleza por hallarse unidos en sociedad? Dejará por esto de ser la primera y la mas urgente de sus obligaciones servir y obedecer á su Criador? ¡O los que gobiernan á los pueblos disfrutan algunos privilegios en esta materia? *Reyes del mundo*, dice el santo rey y profeta David, (1) *vosotros que estais es-*

(1) Salmo 2. ° v. 10 y siguientes.

tablecidos para administrar justicia á los pueblos, tened entendido todo lo que vosotros mismos debeis al Señor, servidle con temor, y regocijaos en él poseidos siempre de un temblor santo. Someteos á sus justas leyes, no sea que al fin se enoje contra vosotros, y os cierre para siempre el camino de la verdad y de la justicia.

Pero los que dan leyes deben respetar en ellas la libertad. Mas qué, ¿la tienen acaso justa y espedita los pueblos para separarse de la verdadera religion, que ya conocieron y abrazaron? No, porque la religion revelada es la declaracion que tiene hecha el Altísimo del modo con que quiere ser adorado y servido por los hombres, y la publicacion suficiente del evangelio, es la promulgacion solemne de esta voluntad, cuyo cumplimiento es mas obligatorio que todas las leyes de los hombres. Se exige, y debe exigirse á los pueblos, que obedezcan á las leyes civiles con las debidas circunstancias dadas y promulgadas, sin que se crea con esto atacada ó desconocida la libertad natural. ¿Pues por qué inconsecuencia, tan desatinada como impía, se invoca esa misma libertad cuando se trata de la obediencia que todos, superiores y súbditos, particulares y pueblos, deben á los preceptos divinos que constituyen la religion?

La desgracia es, mis venerados fieles, que algunos de nuestros modernos políticos, equivocando las ideas mas sencillas, tsastornando las mas obvias, y oscureciendo las mas claras, juzgan ó por lo menos se explican como si juzgaran, que los pueblos dispensan un singular favor á la religion católica con profesarla, y que si para su conservacion ó su aumento se emplesre algun cuidado, ó se dictaren algunas providencias, todo no será mas que pura gracia. De aquí la decision con que demandan y exigen, en lugar de pedir, á los que gobiernan la Iglesia, esenciones y privilegios extraordinarios. De aquí la negligencia con que miran la extirpacion de ciertos abusos que la religion condena, y la proteccion de ciertos derechos que en su nombre se reclaman. De aquí la mezquindad con que se portan, si se trata de gastos necesarios ó

convenientes en cosas que pertenecen al culto. Sin duda que semejantes hombres, avisados por una estrella como los príncipes de oriente, no se habrian movido de sus casas para ir á adorar al Salvador, ni mucho menos habrian abierto sus cofres para ofrecerle presentes. Habrian esperado la embajada de un ángel, y aun á éste quizá, le habrian puesto condiciones ó exigido seguridades. ¡Oh! ciegos y carnales como los judíos, que no conocen el precio inestimable de la vocacion divina! ¡No saben que entre todos los beneficios que puede Dios hacer á una nacion, el mayor es el de agregarla al rebaño feliz de la Iglesia católica! Esta esposa sin mancha del cordero que borra los pecados del mundo, se llena de alegría cuando recibe en su seno á los pueblos, y aun los llama con diligente empeño por cuantos medios halla, y no perdona esfuerzos para conservarlos en su comunion. ¿Y cuál es, cristianos, el interés que á obrar de esta manera le estimula? Es el mismo que mueve á una matrona rica y generosa á buscar y recoger á un huérfano desvalido, adoptarle entre sus hijos, cuidar de su instruccion, y sustentarle, ennoblecerle y darle parte y lugar entre sus herederos. ¿Es ella entónces, ó es el huérfano quien ha recibido un favor, quien debe agradecer, y quien ha contraido obligaciones? Huérfana era la nacion á que pertenecemos (como lo fueron en los antiguos tiempos todas las que al presente son católicas) y huérfana infeliz, bajo la tutela de una idolatría bárbara y sanguinaria, vivia entre las tinieblas y tenia hecho su asiento entre las sombras de la muerte. La religion le envió sus predicadores, disipó sus tinieblas, le alumbró con la pura luz del evangelio, suavizó sus costumbres, le dió pastores que la dirigiesen, la acogió en su gremio, y le comunicó todos los consuelos de la vida presente, y todas las esperanzas para la futura, que forman la única verdadera felicidad que puede hallarse sobre la tierra. Y al recibir todos estos bienes ¿hizo un favor ó los recibió la nacion? Las leyes que se dicten, ó el cuidado que se emplee para conservarlos, serán una gracia que se dispense, ó serán una obligacion

que se cumpla? Obligacion, cristianos, porque los legisladores y gobiernos de las naciones católicas, aunque dirijan inmediatamente sus cuidados al bien temporal de los pueblos, deben tener presente, que el Señor por boca de David (1) califica de hombres extraviados, é hijos de tinieblas, á los que únicamente constituyen la felicidad de un pueblo en la multitud y riqueza de sus habitantes, en la fertilidad de sus campos y abundancia de sus ganados, y en el sosiego y fortificacion de sus ciudades, y declara que aquel debe tenerse por un pueblo realmente bienaventurado, que le dá á Dios el culto que es debido, esto es, que profesa la religion verdadera. Si es, pues, entre todos los bienes que puede disfrutar el hombre, el mayor y mas estimable, la religion, claro está que á ella, á su conservacion y á su pureza deben subordinarse todos los respetos y consideraciones humanas, y todos los bienes y esperanzas temporales. Claro es que si llegara el caso de que para lograr alguna ventaja, escusar algun disgusto, ó librarnos de algun mal, fuese necesario poner en riesgo la religion, ó permitir alguna mancha en su pureza; ni los particulares, ni los gobiernos, ni los legisladores debian vacilar, y ningun detrimento debia parecerles grave, con tal que conservasen intacto el sagrado depósito de la religion católica, á la cual está vinculada la perfecta y eterna felicidad.

Estas importantes verdades que el misterio de hoy nos recuerda, son, dignos funcionarios (2) que comenzais á ejercer vuestros honrosos cargos, las que creo merecen mas justamente ser recomendadas á vuestra consideracion. Como el pueblo, por cuyos votos ocupais esos puestos, espera de vosotros, como buenos ciudadanos, servicios muy interesantes á su sosiego, á su comodidad y á su bien arreglada policía, tambien la religion que presidió á vuestros juramentos, espera de vosotros como fieles católicos, una cooperacion muy eficaz para su conserva-

(1) Salmo 143, v. 12 y siguientes.

(2) En ese tiempo asistian las autoridades á las funciones religiosas.

cion, su aumento y su decoro. La paz de las familias, la correccion de los escándalos, la educacion de la juventud, y aun la limpieza y aseo de la ciudad, si se procuran por vosotros para el progreso de la civilizacion, os hará acreedores á las alabanzas y al reconocimiento de vuestros compatriotas; y esos mismos objetos promovidos empeñosamente para que las costumbres se arreglen, y florezca el espíritu de la religion, os merecerán las bendiciones y los premios del Señor.

Que así se verifique os pedimos humildemente ¡oh Dios Todopoderoso! que por nuestra salvacion os hicisteis niño, y á quien postrados adoramos uniéndonos en espíritu y en verdad con los sábios príncipes del oriente. Seais mil veces bendito porque, como á ellos, nos llamasteis á vuestro conocimiento y nos hicisteis nacer en un pueblo que profesa la verdadera religion. No permitais, os lo rogamos por el amor que teneis á vuestra purísima Madre, no permitais que seamos nunca ingratos á tan señalado beneficio, y dadnos una fe tan decidida y constante, que estemos prontos á perderlo todo, antes que permitir que se pierda ó se manche esta religion santa en que nacimos; esta religion en que vivimos y que es nuestro único verdadero consuelo enmedio de tantas aflicciones; esta religion en cuyos brazos queremos exhalar el último suspiro, porque así esperamos lograr la eterna bienaventuranza. Así sea. (1)

(1) Publicado en la imprenta de Castillero con aprobacion de la Mitra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA EPIFANIA

Cum natus esset Jesus in Bethlehem Judæ, in diebus Herodis Regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: ¡ubi est qui natus est Rex Judæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. Audiens autem Herodes Rex, turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo.

Habiendo nacido Jesus en Belen de Judá, en el tiempo en que reinaba Herodes, vinieron desde el Oriente los Magos á Jerusalen, y preguntaban: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Vimos su estrella en el Oriente y hemos venido á adorarle. Sabiendo esto el rey Herodes, se turbó, y lo mismo sucedió á toda la ciudad de Jerusalen.

S. Mat. c. 2, vers. 1, 2 y 3.

La nueva feliz y consoladora del nacimiento del nacimiento del Salvador, que mereció ser anunciada por los espíritus celestiales con cánticos de alegría; deseada con ansia por los Patriarcas, por los Profetas y por todos los verdaderos israelitas; en vez de colmar de gozo y de júbilo á Herodes y á toda su corte, los llena de espanto y consternacion, y los agita con mortales angustias. Pero ¿qué habia en semejante noticia, que fuese capaz de so-

y de infundir pavor en este príncipe de carácter impávido y violento? Jesus en Belen reclinado en un pesebre; Herodes exaltado sobre el trono de la Judea: Jesus débil, pobre, ignorado de todos; Herodes célebre en todo el Imperio, poderoso y temido por sus súbditos: un Niño, y un rey. Sin embargo tiembla este Rey, formidable, por su autoridad y por su índole sanguinaria; se turba y toda su Corte con él, al oir la pregunta de los Magos; *¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? ¿Ubi est, qui natus est, Rex Judæorum?*

¡Ah, Católicos! este príncipe extrangero, este monstruo de ambicion y de crueldad, homicida de su esposa, asesino de sus hijos, que habia llegado á sentarse sobre el trono de David á fuerza de artificios y violencias, no gozaba en paz del fruto de su usurpacion. Su corazon estaba continuamente asaltado por el temor de que algun heredero de la sangre de los reyes de Judá, viniese á lanzarle de la posesion de sus padres, y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Qué mucho, pues, que Herodes se estremezca al oir de boca de los Magos la noticia de haber nacido un Rey de los judíos? ¿un Mesias, de quien, seducidos con las brillantes imágenes que de él les habian prestado los Profetas, no tenian otras ideas los israelitas que las del poder, de la gloria, de las victorias y conquistas que debian señalar su reinado? Creian ya ver á sus piés á todas las naciones, todos los tronos derribados, todos los pueblos de la tierra tributando humildes homenajes al Rey Mesias; y que el imperio del universo habia llegado á ser su herencia, y por consiguiente, el patrimonio de los hijos de Jacob. Así que Herodes, siguiendo estas erradas ideas de los judíos, y burlado en sus esperanzas de la vuelta de los Magos con la noticia de haber visto al Niño Dios, se turba, se sobresalta y teme ya la pérdida de su reino; y enfurecido, para asegurar su trono, adopta el arbitrio bárbaro y cruel de degollarle en su cuna. Pero, ¡cuánto ciega á este frenético príncipe su ambicion! ¡cuán distantes están los judíos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® GENERAL DE BIBLIOTECAS

haber atinado con los verdaderos caracteres con que los Profetas habian pintado al Mesias! No; el Dios que venia á enseñarnos el desprecio de las grandezas humanas, no debia darse á conocer sino por su humildad y su mansedumbre. Si se hubiese dejado ver entre nosotros como un conquistador, como un destructor de los tronos y de los imperios, como un hombre revestido de todo el aparato pomposo del poder y de todos los atributos del orgullo; este fin, este proyecto ¿hubieran sido dignos de un Hombre-Dios; hubieran sido propios para conciliar á la Divinidad aquel respeto profundo, aquel intenso amor que le debemos por tantos títulos? Jesucristo, pues, viene como Rey; mas como un rey pacífico, como un rey de los espíritus y corazones, sobre los cuales principalmente se ejercen la fuerza y la virtud secreta de su imperio eterno; pero por lo demás, léjos de declararse enemigo de los tronos y usurpador de la soberana autoridad, se muestra desde sus primeros dias súbdito el mas fiel, el mas sumiso, el mas obediente á la pública potestad. Tal es el asunto que me he propuesto tratar en este discurso. Imploremos etc. Ave María.

Primera parte.

Un rey conquistador de los corazones; ved aquí, católicos, el verdadero triunfo de la grandeza suprema, y el mas bello espectáculo que un príncipe puede ofrecer á los ojos de sus pueblos. En efecto, qué tesoro para un pueblo, un Monarca que se hace amar de sus súbditos! Su nombre querido, su nombre que jamás se pronuncia sin ternura, vuela de boca en boca, de generacion en generacion. Los hijos aprenden de sus padres la historia de su reinado y la trasmiten á sus descendientes. Es una tradicion doméstica, ó mas bien, nacional, cuya duracion afianza el reconocimiento, el amor y la virtud. Su trono

puede llegar á ser presa de un conquistador; pero los monumentos de su régia bondad sobreviven á las ruinas de su imperio, y á las revoluciones que le han destruido. En una palabra, el título de rey pacífico y amable es el mas augusto á que puede aspirar el príncipe que apetece una sólida gloria: título adorable, si puedo explicarme así, que recuerda á todos los corazones los nobles sentimientos de una alma delicada, generosa, verdaderamente sublime, digna de los homenages de todo el universo.

Pues, católicos, ved aquí bajo qué idea nos representa la Escritura el reinado de Jesucristo. Hija de Sion, rebosa de alegría, dice el Profeta: hija de Jerusalen, prorumpe en demostraciones de regocijo; aquí viene tu Rey, un Rey que tiene por carácter distintivo la dulzura: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Debia, pues, manifestarse este nuevo Rey bajo los tiernos auspicios de la paz y de la beneficencia. No es esto decir que no pudiese atraer á su cuna á los mas famosos personajes del siglo; pero no convenia así á sus proyectos, harto diferentes de los que en tal caso formarian los mundanos; y para hacerse buscar y obedecer como Rey, sin necesidad de revestirse del aparato pomposo que tanto impone á los hombres carnales, llama del Oriente á unos sábios, á quienes una vida exenta de todo fausto hacia dignos de adorar al nuevo Monarca, en el humillante estado á que se hallaba reducido en el pesebre.

Bien pudiera tambien entrar en el mundo, como Soberano universal, precedido del terror y de la consternacion; encadenar á su carro victorioso á sus enemigos vencidos; y conducido el Deseado de las naciones de ciudad en ciudad al estrépito de esta marcha triunfante, hubiera podido llenar toda la Judea con el prestigio de su nombre y el esplendor de su fama; pero no cumplia así á los designios de su sabiduría, ni á la gloria de su legislacion. Publicar la ley con amenazas terribles contra los infractores, es la gloria y la obra de los hombres; dar la ley humillándose y abatiéndose, solo puede ser la gloria y la obra de un Dios. Viene, pues, este Rey legislador:

Ecce Rex venit; ¡pero cómo? Sin brillo, sin magnificencia, sin señal alguna de su poder. Yo no veo en derredor de su cuna ni guardias que le defiendan, ni amigos que le sostengan, ni el fausto imponente de las riquezas y de la gloria; léjos de eso, véole desamparado, ignorado, y en mayor abandono que á los hijos de los padres mas oscuros.

Digámoslo todo; este Rey viene á fundar un nuevo culto, á establecer un nuevo imperio: ¿y qué tiempo escogió para hacer su entrada en el mundo? El tiempo en que, para darse á conocer, parece debia ostentar mas grandeza y magestad; el tiempo en que el universo, agitado por las violentas convulsiones de tantas guerras, por el choque de tantos ejércitos, por la rivalidad de tantos conquistadores, por el trastorno de tantos tronos é imperios, renaciendo, por decirlo así, de sus ruinas, y respirando apenas bajo el mas dichoso de los Césares; el universo parecia asombrarse por reconocer todo él no mas que un Soberano: el tiempo en que, mas acreditada que nunca la idolatría, y postrados los pueblos delante de los dioses, obras de sus manos, el dominio de la supersticion no tenia otros límites que los del mundo: el tiempo, por fin, en que Roma, la mas delincuente y la mas célebre de las ciudades, Roma, desde lo alto de su capitolio, daba á las demás ciudades el ejemplo del crímen; en que envanecida con sus dioses y mas envanecida aun con su Emperador, Roma, en la embriaguez de su orgullo, parecia pretender igualdad con ellos, é incensaba del mismo modo á Augusto y á Júpiter. ¡Qué tiempo para establecer un nuevo culto, aquel en que la impiedad pagana hacia tan rápidos progresos por todas partes! Y ¿cómo sin una autoridad suprema derribar tantos ídolos y destruir tantos altares? ¡Qué tiempo para hacerse reconocer por Rey del universo, aquel en que la grandeza romana tenia aprisionados todos los pueblos con los grillos de la esclavitud! ¿y no parece que para abatirla y humillarla, era preciso oponerla una grandeza mas brillante y un poder mas formidable?

Vanos discursos de la sabiduría humana! Viene el Rey pacífico, el Rey de los siglos futuros: *ecce Rex:* y miéntras Augusto, coronado de laureles, rodeado de sus legiones triunfantes, encadena á sus piés los pueblos vencidos, mientras los ídolos de todas las naciones, colocados en los altares mas magníficos, en los templos mas pomposos, Diana en Efeso, Júpiter en el capitolio, reciben todos los inciensos y llevan en pos de sí todos los sufragios; Jesucristo humillado, Jesucristo pobre, paciente, anonadado, hállase en Belen, reclinado en un pesebre.

A la presencia de este contraste ¿quién puede contener su admiracion, su asombro! Sin embargo, en este contraste mismo reconozco al Rey pacífico, y descubro los primeros fundamentos de la verdad de su Religion. ¿Y por qué? Porque desde la oscuridad de su establo, desde la nada de su pesebre, veo á este Niño arrastrar hácia sí los pueblos y las naciones, y hacer desde su cuna mas conquistas que Augusto sobre el carro de la victoria. Veo á este Niño por débil y despreciable que parezca, derribar los ídolos hasta tal punto respetados, hacer callar, segun los mismos paganos refieren, los oráculos tan ponderados del gentilismo; y sin ninguna violencia, conquistar los homenages del mundo entero. De suerte que, sin otras armas que las lágrimas que le veo derramar, subyuga mas países que los Césares derramando torrentes de sangre; sin otras amenazas que los gemidos que en su cuna resuenan, se hace obedecer mejor que los tiranos con sus implacables furores; sin otra magnificencia que la pobreza de un establo, se concilia mas respetos que todos los monarcas con el fausto de sus palacios; sin otro trono que la paja de su pesebre, vé á sus piés mas adoradores que todos los príncipes bajo el orgulloso atavío de la púrpura y de la diadema; sin otra recompensa que ofrecer, que la particion de sus ignominias y padecimientos, encuentra mas secuaces que los dioses de las otras religiones con sus lisongeras promesas; y aun mas, mártires sin número, resueltos á morir, y que murieron en efecto inmolándose en obsequio suyo. Y ved aquí el

colmo del prodigio; ved aquí lo que no se puede admirar bastante; lo que iba á dar el Evangelio, que es el código de la legislacion de este Rey de paz, el carácter de Divinidad que debia convencer muy pronto á sus mas fieros enemigos, propagándose por toda la tierra, sometiendo todos los pueblos al imperio del nuevo Rey. Pasemos adelante. Habeis visto que Jesucristo ejerció desde la cuna las funciones de un Rey pacífico, de un rey superior á todos los reyes. Ahora vais á ver, que Jesucristo desempeñó tambien en el mismo estado los deberes de un súbdito fiel, y que nos ha dado ejemplos de sumision y obediencia á los soberanos temporales.

Segunda parte.

El momento mismo en que el Verbo eterno se hizo hombre, fué el primer momento de sujecion á los reyes de la tierra. Un usurpador estaba sentado sobre el trono de Judea, que era un reino tributario del imperio, y el Señor de Roma era Señor del universo, cuando vino el Angel á anunciar á Maria la Encarnacion del Verbo y el nacimiento del Mesías.

En tales circunstancias, ¿quién no creyera que el Hijo del Altísimo descendia de los cielos para librar á su pueblo de la esclavitud, y despojar á los Césares del imperio del mundo? Pero mis pensamientos, dice el Señor, no son como los vuestros. El pecado del primer hombre habia consistido en rebelarse contra su Dios y desobedecer á sus preceptos; era preciso, pues, para satisfacer por él condignamente, que un Dios viniese á obedecer al hombre; y para derribar la valla eterna que separaba al hombre de su Dios, preciso era que viniese su Unigénito Hijo á sujetarse á los tiranos. Así que no creais que Su Magestad viene á apoyar á los pueblos oprimidos,

que declarándose enemigo de la tiranía, derribe á los conquistadores de sus tronos, y los cargue de prisiones; ó que, enarbolando el estandarte de la rebelion, subleve á los pueblos vencidos, y les enseñe á vengar con negros atentados las libertades públicas.

Ah! con cuán diferentes colores nos le habian dibujado los Profetas! Una oveja que conducen al matadero, y un cordero que en silencio sufre que le despojen de su lana y le pongan sobre el altar del sacrificio; tales son las imágenes con que el Mesías fué anunciado á los reyes del mundo. Isaías habíale pintado como un hombre tan suave, como un ciudadano tan pacífico, como un súbdito tan fiel, que seria incapaz de formar partido de oposicion, de fomentar alborotos, de amotinar á los mal-contentos y de proferir el menor grito de sedicion. Tan léjos estuvo de hacerle temible á los soberanos, figurándole como un vencedor que debiera despedazar sus cetros y anegar en sangre las dinastías reinantes, que, antes bien, habia profetizado que este pacífico Redentor no emprenderia ni aun el quebrantar una caña medio rota, ni apagar un tizon que humease.

Lo mismo fué nacer Cristo que comenzar á cumplir estas grandes profecías. Apenas entró en el mundo, se halló hecho el blanco de las persecuciones de un tirano y en peligro inminente de perder la vida. Bien pronto la recelosa y cruel política de Herodes busca medios para confundirle en la horrorosa mortandad de una multitud de inocentes. No hubo para Jesus, á fin de evitar la muerte, otro arbitrio mas conveniente que el de la fuga; y por esta no solo proveyó á su seguridad, sino tambien á la de los mismos perseguidores de la inocencia. Así que, por mas que la sangre de mil inocentes clame por la venganza y pida una víctima, no suministrará Cristo el mas leve pretexto á la rebelion de los súbditos oprimidos injustamente. No dará Su Magestad ejemplo alguno que sea fatal á la tranquilidad de los imperios. Parece sin duda que no ha nacido mas que para prestar obediencia á la autoridad soberana. Su primera voz fué la de un súb-

dito fiel; sus primeros dias fueron consagrados á la mayor firmeza de los tronos; y sus primeros pasos nos enseñan el camino de la sumision y de la paciencia.

No es mi ánimo traspasar los límites á que al principio he reducido el campo de mi discurso. De otra suerte me fuera fácil haceros ver que el Salvador, en el resto de su vida, léjos de contrariar las lecciones que nos diera en su infancia, las confirmó mas y mas; que hasta el momento de morir fué sobremanera obediente á las leyes de la Religion y del Estado. Parece que por espacio de treinta años olvidó su Divinidad, para no ocuparse de otra cosa que de cumplir con las obligaciones de un buen ciudadano; sin que dejase de pagar tributo, sin que hubiese ley, costumbre, ni ceremonia religiosa de que no fuera observador escrupuloso; aunque de ello estaba dispensado por su divina filiacion.

Mas no nos admiremos, católicos, al observar la esmerada obediencia de Jesucristo á la autoridad soberana. Este divino Señor veia en ella la autoridad de su Eterno Padre; su imágen y su voluntad en la voluntad y en la imágen de los reyes; sus órdenes en las leyes civiles; y su providencia en la policía que mantiene la tranquilidad del Estado; y de ese constante principio nacia su dependencia y subordinacion á las potestades temporales.

Instruidos, pues, por tan gran Maestro, miremos en adelante á los Monarcas como á representantes del Rey del cielo y de la tierra; su autoridad como una participacion de su imperio eterno; su poder como una parte de la Omnipotencia; y su grandeza como la augusta imágen de la grandeza divina. En una palabra, el Señor se comunica á los que se ha dignado colocar sobre el trono; se dibuja, se reproduce hasta cierto punto en su sagrada persona; y forma la Magestad de los príncipes con algunos reflejos de la divina Magestad.

¡Qué bella doctrina, católicos! ¡Con cuánta razon se debe preferir á los tenebrosos sistemas con que los perturbadores de la Religion y del Estado se atreven á erigirse públicamente en jueces de sus soberanos, á arreglar

los límites de su potestad, á determinar hasta qué grado les deben prestar obediencia los súbditos, y á hacer balancear, con las sediciosas máximas que esparcen en el seno de los imperios, el único fundamento de todas las sociedades civiles! ¡Qué no han escrito estos sofistas, enemigos declarados de la pública armonía, para hacer odiosa la independencia de los tronos? Han desconocido la mano suprema que los dá y los quita segun le place.

¡Qué no podria yo decir aquí en favor de la independencia de los reyes, si quisiese retroceder con estos pretendidos filósofos á aquellos primeros tiempos, en que ellos imaginan que unas reducidas sociedades, formadas al principio por la necesidad, y armadas despues las unas contra las otras por el interés y por las pasiones, fueron precisadas á darse á sí mismas jefes capaces de gobernarlas y defenderlas! Yo veria sin duda, desde el principio, á cada familia no tener otro soberano que su jefe natural; que la autoridad paterna era esclusiva; y todo contrato entre el padre y los hijos desconocido y rechazado. Veria tambien á muchas familias descendientes de un padre comun, separarse despues unas de otras como el tronco de un árbol se divide en varias ramas.

Veria en seguida á todas las naciones descendientes de un solo jefe, partir de un solo punto, pasar á diversos paises, y conservar cada una sus jefes naturales, que establecen los fundamentos de los estados; que procrean, conducen y gobiernan á los pueblos. Veria, por fin, á estos jefes primitivos designados claramente por sus nombres, así como los pueblos que de ellos descendieron, las regiones que les estuvieron sumisas y las ciudades en donde reinaron; pero en vano buscaremos, entre todos los monumentos de la antigüedad, uno solo que justifique haberse verificado en aquella época esas asambleas, esas elecciones, esos convenios, que ciertos filósofos establecen como fundamento de las sociedades. Hasta los defensores del famoso *Contrato* están de acuerdo en esta parte con nosotros: *nulla de iis litterarum monumenta extant.*

Oh! cuán superior es la religion á los delirios de los filósofos! Ella es el verdadero pacto social entre el Monarca y los súbditos. Vedle aquí, católicos: ved aquí el pacto que en vano buscan los publicistas á quienes he aludido, en el origen de las sociedades. El mismo Dios es autor de él: concebidle bien, y reconoced que sola la Religion puede asegurar en términos satisfactorios la autoridad de los soberanos, la felicidad de los pueblos y la quietud de las naciones. Ella nos hace contemplar al Ser Supremo presidiendo desde la elevacion de su trono á la consagracion de los monarcas; y que desde allí recibe Su Magestad, por una parte, los votos que la nacion hace de estar fielmente sumisa á su príncipe, y por la otra, los que emite el monarca de ser humano, justo y benéfico; y dice al rey como en otro tiempo á Ciro: «Yo te he elegido para ser el pastor de mi pueblo; reina pues en mi nombre; ejerce mi imperio; sé la imágen de mi bondad; respeta tus juramentos, y gobierna á este pueblo segun sus leyes. Esa corona, es verdad, te hace independiente de tus súbditos; pero si bien eres superior á ellos, mis leyes eternas son superiores á tí; y yo debo ser su vengador implacable.»

Dice asimismo al pueblo: «vosotros obedeceréis al Soberano como á mí mismo; porque él está en mi lugar; yo le he revestido de la autoridad suprema. Mas ó menos digno de nuestra gratitud y aprecio, siempre tiene igual derecho á vuestra fidelidad.»

¡Qué doctrina tan santa, tan admirable! ¡cuán útil para los reyes y para los pueblos! ¡cuán necesaria para la paz y tranquilidad de los imperios! ¡cuán propia para asegurar la autoridad de los monarcas y la felicidad pública!

¡Plegue á Dios que penetrados los príncipes, á ejemplo de los Magos, de que hay un monarca universal cuyo imperio eterno se extiende sobre todos los Reyes de la tierra, y siguiendo los pueblos las lecciones de sumision á las públicas potestades que desde la cuna nos ha dado Jesucristo, desempeñemos todos los mútuos debe-

res que la Religion nos impone y que la patria exige imperiosamente de nosotros! De este modo, Reyes y pueblos, despues de haber pasado en la tierra dias prósperos y felices, en una lisongera y amable sociedad, mereceremos gozar en el Cielo de la eterna bienaventuranza. Amen. (1)

---

(1) Anónimo. Revisado por la censura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA LA FESTIVIDAD DE LOS

SANTOS REYES MAGOS

Ubi est qui natus est Rex Judæorum! Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Vimos su estrella en el Oriente y hemos venido á adorarle.

S. Mat. c. 2, vers. 1, 2 y 3.

El Evangelio no podia proponernos un ejemplo mas propio para convencernos de que el destino de los hombres con respeto á la salvacion no es igual para todos, que la historia del misterio de este dia. De un lado vemos á los Magos, nacidos, como sus padres, en el seno del error, á quienes el sol de justicia viene á visitar desde lo alto para conducir sus pasos por el camino de la paz, y que saliendo de las sombras profundas de la muerte, abren desde luego los ojos al resplandor de esta luz divina; del otro vemos á los judíos, educados, como sus padres, en el seno de la verdad misma, y que en medio de la luz cuyo brillo les deslumbra, sienten sobre su corazon un espeso velo de tinieblas que les ciega. Los Magos, como

como aquel carro misterioso que vió Ezequiel, cuyas ruedas animaba el espíritu de vida en medio de los aires, corren con ardor llevando la fe victoriosa y triunfante, arrastrando, puede decirse, en pos de sí la idolatría cautiva, y el paganismo encadenado, para sujetarle á la cuna de Jesus naciente. Los judíos, animados por un espíritu de vértigo y de error, obstínanse en su ceguedad; y semejantes, dice San Agustin en un sermon sobre este misterio, semejantes á aquellas piedras que muestran el camino á los viajeros sin seguirles jamás, se mantienen inmobles descubriendo á los demás las verdades que ellos mismos no querian conocer.

Tal es el misterio que propone hoy la Iglesia á nuestra consideracion: misterio de consideracion y de justicia, en el cual, vemos que el Señor, segun sus altísimos juicios y su adorable voluntad, escoje á los unos para la santificacion y la gloria, y deja á los otros en el abandono y en la mas espantosa ceguedad: misterio que viene á ser una prueba anticipada de aquel oráculo del Hijo de Dios: «muchos vendrán del Oriente y del Occidente á ocupar un puesto en el reino celestial, mientras los hijos del mismo reino serán lanzados de él como extrangeros.» No intentemos descubrir este secreto impenetrable: tan temeraria investigacion nos precipitaria, dice el mismo Santo Padre, en el abismo del error: *quem trahat, noli dijudicare, si non vis errare.* Humillémonos reconociendo nuestra ignorancia; adoremos en el temor y el silencio la obra de Dios, envuelta en la noche de la fe, y esclamemos con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!* ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Quién comprendió los juicios del Señor! Quién ha entrado jamás en el secreto de sus consejos! Lo único que nos importa saber, porque nos importa personalmente, es que todo el misterio que en este dia celebra la Iglesia, gira precisamente sobre las diversas disposiciones de los Magos y de los judíos: tal es la doble consideracion que el Evangelio nos propone, haciéndonos ver en los primeros el mas brillante modelo de una fe

perfecta, así como en los últimos el mas terrible ejemplo de una consumada infidelidad. Abrazo, pues, este doble asunto, para seguir con mas exactitud el Evangelio. Imploremos la divina gracia para conseguirlo. Ave María.

Primera parte.

El don sobrenatural de la fe, este rayo emanado del sol de justicia, ¿qué efectos admirables no producirá en el hombre á quien anima? Dócil á la luz que se le presenta, discierne sus movimientos para seguirlos con prontitud: firme y generoso en las verdades que forman su objeto, las conserva siempre impresas en el corazon para confesarlas con valor é intrepidez en las ocasiones; fiel y santamente ilustrado en las verdades que se le proponen, las cree con sumision á pesar de las tinieblas sagradas en que están envueltas: tres cualidades edificantes de la fe de los Magos que darán lugar á muy imponentes reflexiones.

Sumisos y dóciles á la primera señal de la gracia, siguen los Magos sin dilacion su movimiento; el Evangelio no pone intervalo alguno entre su vocacion y su obediencia. Esa señal es un astro que brilla en el cielo, y que anuncia haber venido al mundo el Salvador de las naciones. Su resplandor extraordinario llena los ojos de los Magos, y una luz interior les hace comprender su significacion. Apenas perciben ese fenómeno luminoso, se ponen en camino para adorar al nuevo Rey de los judíos: *vidimus et venimus.*

Prontitud admirable muy superior á nuestros elogios. A la verdad, ¿les faltaban pretextos especiosos y aun plausibles en la apariencia para no abandonar su pais, ni emprender tan dilatado y penoso viaje, por venir á adorar á un Niño que acaba de nacer, á unos hombres imbuidos desde su infancia en todos los horrores del paganismo, distinguidos, nobles, ricos, poderosos, y acaso con derecho de exigir homenages de sus súbditos? A unos hombres que pasan por sabios é ilustrados en todo el Oriente, superiores por consecuencia á las preocupaciones vulgares, y acostumbrados á no rendirse sino á la evidencia de las pruebas y de las demostraciones de la filosofía? Bien conocereis hasta que punto el nacimiento, las preocupaciones, la educacion, la prudencia, el estado, el interés, el respeto humano, la política y la religion misma, parecian deber oponer obstáculos á esta tan pronta obediencia.

Sin embargo ninguna de estas consideraciones es capaz de detenerles cuando el cielo les llama; y así no se les ve limitar su atencion como meros filósofos, á examinar la naturaleza del fenómeno que acaba de presentárseles, ni formar tranquilamente proyectos para un remoto porvenir, ni ocuparse por largo tiempo en deliberar, á riesgo de que desaparezca el estímulo que les impele. Cristianos ya en el fondo de su corazon, comprenden perfectamente un punto capital de nuestra creencia: que una gracia desestimada es por lo regular una gracia perdida; que las operaciones del Espíritu Santo no sufren demora ni dilacion; que tienen su momento señalado; y que todo absolutamente se arriesga, si se deja pasar ese momento.

Ved aquí no obstante el error que deploramos muchas veces, y que no podremos nunca deplorar demasiado, en hombres que por otra parte se precian de cristianos. La antorcha de la fe se muestra con efecto; tal vez nos detenemos á observarla con placer, si se quiere, de no vernos envueltos en el destino de aquellas naciones en que no han penetrado jamás sus benéficos rayos; pero nos estraviamos de la senda que ella nos señala. La verdad habla; la escuchamos, la admiramos, procuramos acaso entenderla y la creemos por fin; pero en la práctica nos desentendemos de sus lecciones. Sin embargo, por re-

prensible que sea nuestra conducta, aun podemos gloriarnos de que somos los menos rebeldes á las luces de la fe; todavía oimos su voz con respeto. Pero, ¡cuántos hay que la desconocen, que exigen nuevos motivos para rendirse á la verdad que les llama, que quisieran nuevos apoyos para sostenerla, y que se quejan de no haber podido hallarlos, despues de un profundo estudio y de largas y penosas investigaciones! Quién no se llena de dolor al ver los progresos espantosos que hace entre nosotros esa raza incrédula y perversa, que está abusando tanto tiempo ha de la luz, y que pretende que el Señor le manifieste en los cielos un nuevo prodigio! Y para qué? Para ser como todo lo demás vano asunto de un exámen curioso ó de una estéril admiracion, nuevo motivo de indiferencia ó de incredulidad; materia de la burla ó de la blasfemia; ocasion de escándalo ó de impiedad, y terrible sello del endurecimiento y de la reprobacion. Se quisieran todos los dias nuevos prodigios, como si los oráculos de los profetas no fuesen para nosotros desde el orígen del mundo, un lenguaje mas positivo y mas capaz de afirmarnos en la fe que los mismos prodigios: *Habemus firmiorem propheticum sermonem.*

Pero estos oráculos, continúan los incrédulos, están cubiertos con un velo oscuro é impenetrable: nada mas incierto que la aplicacion que de ellos se hace á los sucesos posteriores: su inteligencia sale de la esfera de nuestra comprension. Si á lo menos tuviésemos una señal sensible, que nos sirviera de guía en el camino que conduce á Jesucristo: si viésemos, como los Magos, brillar un nuevo astro en los aires, entonces nuestros homenages se confundirian al punto con los suyos, y no titubearíamos en reconocer á Jesucristo por Hijo de Dios, que ha venido al mundo para redimirle. Ah! loca y criminal pretension; lenguaje hipócrita, que manifiesta á un tiempo la mala fe del impío y el desprecio que hace de las misericordias del Señor! Apelo aquí, católicos, á vuestra conciencia. Criados en medio del cristianismo ¿no tenemos mas luces para caminar que los Magos? En el tiempo en que vivimos, ¿no están ya descubiertos con toda la posible claridad los arcanos divinos, desconocidos de estos paganos? La fe ¿no está ahora mas desarrollada, mas difundida, mas aclarada? No conocemos con mucha mas distincion que ellos, la voluntad y los designios de Dios sobre nosotros? ¿Y qué otros medios mas eficaces quisiéramos que hubiese empleado el Señor para llamarnos? ¿qué luces, qué gracias podemos desear, que no nos haya dispensado? Pruebas, convicciones, argumentos invencibles, que obligan nuestra razon; monumentos eternos del establecimiento del reino de Jesucristo; testimonios brillantes de su Evangelio, sostenidos hasta la efusion de sangre por un prodigioso número de mártires; instrucciones, ejemplos, maravillas obradas y multiplicadas á nuestros ojos.....¿qué digo? La luz nos envuelve por todas partes; la verdad nos oprime, por decirlo así, con todo su peso; ya no es una sola estrella la que brilla á nuestros ojos; es el cielo entero que nos ilumina; es el mismo sol de justicia que está en medio de nosotros, y que con sus resplandores nos deslumbra. ¡Y todavía nos atrevemos á pedir nuevas luces! ¡Hombres injustos! Estos gentiles ¿contaban con iguales auxilios en aquellas comarcas que cubrian las sombras de la muerte? Ah! un solo movimiento interior de la gracia los sojuzga y los hace dóciles; un vislumbre pasagero los mueve á abandonar sus bienes, su patria, su reposo; corren á la primera señal que se les da, y vienen con santa impaciencia á buscar al Salvador: *vidimus, et venimus.* ¡Qué no hubieran hecho, pues, si hubiesen sido prevenidos, estrechados y solicitados por tantos medios como nosotros? Pero ¿qué hará el Dios justo que adoramos, cuando algun dia nos ponga en paralelo con ellos? ¿qué dirá la reina del medio dia, cuando se levante en el juicio final contra los hijos de Israel? Esta es una reflexion que me contento con apuntar, para volver á ocuparme de los Magos, que ademas de la obediencia y prontitud de su fe, nos muestran su constancia, su celo intrépido y ferviente.

La estrella que les sirve de guia, por una providencia muy particular de Dios, se les oculta repentinamente apenas llegan á Jerusalen. ¿Era necesario mas para desconcertar á estos neófitos, y precipitarlos en el temor y la turbacion? No sin duda, si fuesen de aquellos espíritus inconstantes, versátiles é infieles; de aquellos corazones desgraciadamente fluctuantes, que vacilan en la carrera de la virtud, y que al primer obstáculo desisten de las mejores resoluciones. Pero esta privacion súbita é inesperada, no les inspira desconfianza, duda ni inquietud; sino que, para suplir la falta de la estrella que no ven ya, los obliga á informarse del lugar donde ha nacido el nuevo Rey: *á dónde está el rey de los judíos que ha nacido?* tal es la atrevida pregunta que se atreven á articular con santa resolucion y despreciando todo peligro.

Representaos unos extranjeros sin recursos y sin otro apoyo que el de su fe, en medio de una ciudad impía ó supersticiosa; ¿qué es lo que encuentran en ella? Una corte acaso la mas perversa que se ha visto jamás: en el trono, un Rey usurpador, desconfiado por carácter y por necesidad, cruel para asegurar la duracion de su tiranía: en el santuario, pontífices y doctores orgullosos, hipócritas, suspicaces, soberbios y malvados: un pueblo ciego, sedicioso, enemigo declarado de toda otra nacion. Venir á hablar al uno del nacimiento de un rey de los judíos; informarse de los otros, y concitar por tal medio su celo y su furor, propagar, depuestos generosamente todos los respetos humanos, una novedad tan sorprendente en el recinto de Jerusalen: ¡qué de inconvenientes, qué de sospechas, qué de inminentes riesgos! Ved aquí, sin embargo, á lo que se esponen los Magos declarándose adoradores del nuevo Rey, y preguntando por el lugar de su nacimiento: *¿ubi est qui natus est?* Ved aquí un valor que raya en el heroismo, digno de toda la perfeccion del Evangelio; pero valor que se muestra antes del Evangelio.

Una multitud de mártires ha confesado el nombre de Jesucristo ante los jueces y tiranos del mundo, es verdad; pero las pruebas de su divina mision se hallaban ya establecidas; ya su ejemplo habia precedido, su palabra estaba anunciada, sus milagros habian sido publicados, y manifiesta estaba su ley. Aquí unos hombres que acaban de salir del seno del paganismo, previenen, por una confesion pública, todos estos argumentos invencibles de la Religion cristiana: arrostran intrépidamente los insultos y la muerte; están prontos á derramar su sangre; y la fe firme que tienen en el Rey futuro que acaba de nacer, no les permite temer el furor del rey presente, que puede quitarles la vida. Católicos ¿tenemos nosotros las mismas dificultades que vencer, para manifestar esteriormente nuestra fe cuando los impíos la atacan con sus sofismas y sus burlas? Sin tribunales ni tiranos á quienes hayamos de temer ¿confesamos en estas ocasiones á Jesucristo, defendemos sus intereses, y nos declaramos públicamente sus adoradores y discípulos? Ah! en vez de tributar obsequio á nuestra fe, profesándola segun las reglas de una Religion pura y santa, la deshonramos con escándalos de que está llena la cristiandad en nuestro siglo: escándalos de libertinage y de irreligion; escándalos de indiferencia, de cobardía y de respeto humano, en materias en que se interesa la fe. Otra reflexion en que debeis deteneros para juzgar de vuestras disposiciones hácia Dios. Sigamos ahora los pasos de los Magos.

Por un rasgo particular de la Providencia, estos paganos fieles oyen de boca del mismo Herodes cuál debe ser el lugar donde ha nacido el Salvador; y Dios en tal ocasion, quiere consolar la sinceridad de su celo con el cumplimiento de sus votos. Parten de Jerusalen, dice el Evangelio, y al mismo tiempo la estrella que se habia ocultado, vuelve á presentarse y á marchar delante de ellos: *et ecce stella, quam viderant, antecedebat eos.* Pero ¿en dónde se detiene, qué es lo que encuentran en el lugar que les señala? Ved aquí lo que yo llamo el triunfo y la consumacion de una fe perfecta, que les hace sostener la mas delicada prueba, y los somete humildemente al mas inefable de nuestros misterios, á pesar de to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das las apariencias contrarias. Porque al fin, la hermosura de este nuevo astro, que habian comenzado á ver en su pais, les habia dado sin duda una idea magnífica de aquel cuya venida anunciaba. No habian podido observar que el cielo se interesase en su gloria con tanta pompa y magestad, sin que su imaginacion se le representase desde luego superior á todos los príncipes del mundo; y el mismo Evangelio nos deja conjeturar que esperaban hallarle en la capital de Judea, adorado públicamente como tal Dios sobre los altares, ó reverenciado á lo menos sobre un trono brillante como Rey el mas grande del universo. Pero ¿qué es lo que van á ver? La estrella que les habia abandonado vuelve á aparecer, y esta vista reanima su fervor; marchan bajo su direccion; se detiene; ¿en dónde, pregunta el grande Agustino? *supra ubi erat puer.* ¡Era allí en donde habian de encontrar á Aquel á quien venian á rendir sus homenages? en dónde está ese Rey, su palacio, su corte? ¡O maravilla de entusiasmo y de fe! exclama el mismo Padre. Entran; y qué es lo que ven? un Niño recostado en un pesebre, *puerum in præsepio;* un Niño, que parece despreciable por su debilidad, su pobreza, su miseria; *exiguus corpore, contemptibilis paupertate.* Estaba, pues, allí el objeto que buscaban con tanto ardor? ¿Con qué habianlo renunciado todo para hallar no mas que un Niño miserable y abandonado? ¡Qué prueba, mirada bajo todos aspectos, para unos filósofos nacidos y educados en pais idólatra, en el seno del error! ¡Qué apariencias! ¡Qué aparato! Sin embargo, bajo estos velos humillantes, bajo tan despreciable esterior, confiesan sin vacilar á Aquel á quien el cielo ha enviado al mundo para ser el Salvador de las naciones. Apenas le perciben en ese estado, se postran á sus pies para adorarle, y ante él humillan sus cabezas: *et procidentes adoraverunt eum.* ¡O prodigio de la fe de los Magos en un misterio el mas impenetrable de todos los que nos propone la Religion!

¡Hay algun misterio que se encubra con tan profundas tinieblas como las humillaciones del Hombre-Dios!

¿Qué se puede comprender en un misterio en que el Dios de la gloria aparece reducido á un estado de abatimiento y en que la sabiduría divina es tratada de locura? Aquí la razon asombrada se turba y se confunde; y los hombres indóciles y temerarios, que pretenden medir la sumision de la fe por las ideas limitadas de su entendimiento, convierten en materia de escándalo el misterio del amor de un Dios; misterio en el cual derrama á manos llenas sus misericordias. Hombres de poca fe, ¿por qué os turbais? *Quare turbati estis?* ¿No os basta que este adorable misterio esté probado por testimonios esteriores que no pueden engañar vuestra fe? Espíritus débiles y orgullosos! no os empeñeis en comprender lo que está fuera del círculo de la humana inteligencia: contentaos con saber lo que Dios se ha dignado revelarnos: *altiora te ne quæsieris.* No concebireis jamás este misterio razonado sino cautivando vuestro entendimiento bajo el yugo de Jesucristo. Espíritus débiles y orgullosos: humillad vuestras cabezas á los pies del Salvador que nace, como lo han hecho tantos hombres grandes, tantos ingenios sobresalientes: postraos ante su pesebre con el universo convertido, y adorad temblando la suprema inteligencia, única que puede comprender toda verdad.

Pasemos adelante: despues de haberos propuesto en las personas de los Magos, un modelo de la mas perfecta fe, voy á mostraros en los judíos un ejemplo de la mas consumada infidelidad.

Segunda parte.

Cerrar la entrada en el entendimiento y en el corazon á la verdad que nos ilumina y solicita: indignarse contra la misma verdad, cuando uno se ve obligado á reconocerla: encontrar su pesar y su confusion en la verdad cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do se forma empeño en combatirla, es sin contradiccion lo que bajo todos aspectos puede llamarse una infidelidad consumada. Pues ved aquí precisamente el carácter de Herodes y de los judíos, de quienes nos habla hoy el Evangelio: infidelidad voluntaria y obstinada; infidelidad ciega é insensata; infidelidad confundida y castigada por sí misma. Continuad prestándome vuestra atencion.

Infidelidad voluntaria, afectada y pertinaz: los judíos tenian todas las luces necesarias para conocer la verdad. Herederos de la tradicion de sus padres desde el origen del mundo, y depositarios de los libros santos, los oráculos divinos resonaban en medio de ellos, con exclusion de todo otro pueblo. Instruidos en la escuela de los Profetas y versados en la ciencia de las Escrituras, objeto de todo su estudio, nada ignoraban de cuanto se habia dicho del Mesías prometido en Israel. Sabian que el tiempo de su venida, anunciado por la famosa prediccion de Daniel, estaba próximo; y animados ademas por otras muchas circunstancias de que eran testigos, vivian esperando su inmediato cumplimiento. Entonces Dios, queriendo despertar mas particularmente su atencion sobre este gran prodigio, llama del fondo del Oriente á unos personages que vengan á anunciarles que el Salvador ha nacido, y á aprender de ellos, á su vez, el lugar de su nacimiento: *ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolimam.* ¿Era preciso mas? La verdad podia manifestárseles con mayor evidencia? Sin embargo, ¿qué señales han dado de su fe en esta ocasion? Ni un solo paso; ninguno de ellos se determina á acompañar á los Magos hasta Belen. El suceso mas notable del mundo, la nueva mas interesante, los deja frios é inmóviles; y sin salir de Jerusalen, abandonan á unos paganos, á unos extranjeros, el cuidado de reconocer al nuevo Rey; y les ceden la dicha de poder adorarle los primeros.

Disposicion estraña, cuya mera observacion es capaz de inspirar el odio mas vivo hácia los judíos. Hombres ciegos ¿hasta cuándo los oráculos de la verdad se dejarán oir en vano en medio de vosotros? ¿hasta cuándo la luz

os iluminará inútilmente? Dios ¿os sufrirá siempre en vuestra obstinada resistencia? *Quousque patiar vos?* Tal es la increpacion que Jesucristo les dirige despues; increpacion que no podemos dejar de aplaudir, porque sentimos toda su justicia. Pero ¿son los judíos los únicos que merecen esta justa increpacion? ¿no puede dirigirse tambien hoy á la mayor parte de los cristianos? Ah, católicos! la luz nos alumbra por todas partes; los brillantes testimonios de los misterios ya cumplidos nos deslumbran; el Evangelio no es ya un libro sellado para nosotros; sabemos todas sus leyes; y sin embargo ¿qué consecuencias prácticas sacamos de él para la reforma de nuestra conducta? Jesucristo está en medio de nosotros, y la mayor parte no le conoce, y casi ninguno le busca, y toda nuestra vida se pasa en privarnos cruelmente de los divinos efectos de su presencia y de sus misterios. Poseemos el tesoro de la doctrina; los libros santos están en nuestras manos; nos hallamos en estado de mostrar á los demas las sendas de la justicia; y nosotros andamos estraviados! Las almas sencillas siguen el buen camino; los publicanos, los extranjeros entran en la herencia; y nosotros, hijos del reino, en medio de Jerusalen, donde tantas veces nos llaman, nos mantenemos sordos é insensibles, dejando pasar inútilmente los mas bellos dias de salvacion!

Una infidelidad ciega é insensata, es el segundo carácter que se descubre en la conducta de los judíos y del príncipe impío que ocupa el trono de David.... Apenas oye Herodes la noticia del nuevo Rey, se turba, y con él toda la ciudad de Jerusalen: *turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo.* Esta nueva importantísima, que merecia ser anunciada por bocs de los Angeles á todos los reyes de la tierra, y que debia en particular colmarle de alegría con todos sus súbditos, le amedrenta, le desconcierta y le precipita en un abismo de mortales inquietudes. Luego al punto procura instruirse de ella á fondo. Hace venir á los Magos para informarse precisamente del tiempo en que se ha mostrado la estrella: congrega á

los príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley, y de ellos escucha los oráculos mas formales de los Profetas, relativos á la venida del Mesías; y meditando sobre este doble testimonio, que debia ser mas eficaz para obligar su sumision, concibe el impío y bárbaro designio de dar muerte á Jesucristo, para asegurarse en el trono de Israel que habia usurpado.

¿Se ha visto jamás una contradiccion de sentimientos mas asombrosa, y un esceso mayor de estravagancia? Porque, como discurre el grande Agustino, si Herodes no cree el nuevo suceso que se le anuncia ¿a qué viene tanto temor y tanta desconfianza? Pero al contrario, si no puede menos de tener por un hecho cierto el nacimiento del Mesías, ¿cómo puede figurarse que un miserable mortal alcance á impedir los efectos de su venida, y á derribar de un solo golpe la obra mas admirable de Dios?

Así una pasion estravagante y loca ciega á este príncipe tirano é insensato; pretende destruir al que el cielo envía, y aniquilar las promesas y las predicciones de tantos siglos; es decir, confundir públicamente al mismo Dios, y convencerle de falsedad y de mentira á la faz de todo el universo! Pero el que ha venido al mundo porque ha querido, no le dejará hasta que haya consumado su ministerio.

Pues ved aquí calificadas con cierta proporcion las disposiciones interiores de una infinidad de cristianos; y lo insensato de un desórden que apenas se podria creer si el desarreglo de las pasiones no nos ofreciese todos los dias este espectáculo espantoso. No hablo aquí solamente de esas almas vendidas á la iniquidad, que la Religion mira con mas desprecio que indignacion: de esos hombres furiosamente impíos que, dominados por el delirio de un corazon sensual, mas bien que ofuscado su entendimiento, quieren, por decirlo así, armarse contra el cielo á ejemplo de este príncipe, y hallar en sus insanos pensamientos un recurso contra la verdad, como si pudieran debilitar su fuerza ó frustrar sus efectos. Hablo

mas particularmente de tantos mundanos, que á pesar de todas las convicciones interiores de la Religion, se ciegan tratándose de sus extravíos, como si estuviese en su mano evitar sus funestas consecuencias. La antorcha de la verdad brilla á sus ojos en toda su claridad; la fe los persigue y los condena; la conciencia los estrecha, los oprime y los tiraniza infatigablemente con crueles remordimientos: se les exhorta, por otra parte, se les advierte que van á perecer sin recurso, pero no importa; las pasiones los arrebatan y les ponen una venda en los ojos. Herederos desgraciados de la locura de Herodes y fieles imitadores de su conducta, obran propiamente como si esperasen poder triunfar del mismo Dios, hacer vanas sus amenazas y falsificar algun dia todo lo que ha dicho. Tal es el esceso de esta infidelidad, muy comun en los tiempos presentes. Pero ¿cuáles son los resultados? el de verse confundida y castigada por sí misma: tercer carácter que nos hace volver á entrar naturalmente en la historia del Evangelio de hoy.

Herodes arrastrado por su ambicion, apoyándose en las máximas de una política mundana, y cubriendo la impiedad de su designio bajo el velo de una detestable hipocresía, asegura á los Magos que quiere ir como ellos á adorar al nuevo Rey, y les encarga expresamente que vuelvan á informarle despues que le hubiesen visto: *Renuntiate mihi; ut et ego veniens, adorem eum.* Pero Dios, que penetra el fondo de sus pensamientos, frustra su ejecucion de una manera muy propia para confundirle. Herodes se ve burlado por los mismos Magos, que en vez de regresar á satisfacer su maligna curiosidad, se retiran á su país por diverso camino. Este desprecio que los Magos hacen de su mandato, le inspira una cólera violenta, y al punto expide un bárbaro decreto para que sean degollados todos los niños de la comarca de Belen, lisonjeándose de envolver en esta matanza inaudita, al Rey recien nacido, objeto de toda su rábia. Nueva persecucion inútil, nuevo desacierto! El niño que el tirano

se propone exterminar, es precisamente el único que evita su furia; por una órden expresa del cielo, se encuentra ya trasportado al Egipto. Insensata ambicion de un príncipe impío, de que no ha habido ejemplo! Su crueldad no sirve sino para publicar por todas partes, contra su intencion, el nacimiento del Mesías, y para hacer su advenimiento mas célebre en toda la Judea. Herodes encuentra su castigo en los medios de que se sirve para satisfacer su pasion. Muere trágicamente cuando cree haber arrebatado la vida á Jesucristo; y no recoge por fruto de su política en todos los siglos futuros, mas que la reputacion infame de hombre bárbaro é insensato.

Así es como Dios nos muestra hoy que el universo no tiene mas que un solo Señor, y que todo está en su mano, la vida y la muerte, la naturaleza y la gracia, los imperios y los reyes, sus Estados y sus voluntades; y que por consiguiente, no hay consejo, ni providencias, ni precauciones que tomar contra él. La iniquidad se ve tarde ó temprano confundida, y la verdad triunfa, despues de haber sido en la apariencia, vano juguete de los insanos pensamientos de los hombres.

Católicos: Dios nos habla en este dia de una manera demasiado eficaz y patética para que dejemos de escucharle; su Evangelio no podia proponer á nuestra atencion objetos mas grandes é interesantes. Unos gentiles, nacidos en las tinieblas del error, siguen la luz del cielo, y llegan al conocimiento y al amor de la verdad; al paso que los hijos de Abrahan, educados en el seno de la verdad misma, se ciegan, y mueren en el error y en el pecado. Nosotros hemos heredado la fe de los primeros: ¿queremos vivir y morir en la infidelidad de los últimos?

¡Dios de nuestros padres! soberano Señor de todas las naciones, de quines os dignais hoy recibir las santas primicias, por el homenage de los Magos que habeis atraido á vuestro pesebre; resucitad en nosotros en este momento todo el espíritu de esa divina vocacion: gracia preciosa, cuya memoria celebramos con toda la Iglesia en este gran dia: gracia inestimable, justamente negada á

tantos otros. Haced ¡oh Dios mio! que su incesante recuerdo sea perenne causa de nuestro mas vivo reconocimiento, y que las máximas de vuestra santa ley sean de hoy mas la regla exclusiva de nuestra conducta, á fin de que merezcamos gozar eternamente en la gloria el fruto de vuestras divinas promesas. Amen. (1)

---

(1) Anónimo. Revisado por la censura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL SANTO NOMBRE DE JESUS.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE STA. CATALINA DE PUEBLA, EL 16 DE ENERO DE 1853, POR EL

Sr. Presbitero D. M. G. Mendez,

CURA DE SAN MARCOS.

In nomine Jesu Christi Nazareni, surge et ambula.

En el nombre de Jesus Nazareno, levántate y camina.

De actib. apóstol, cap. 3.

1. En el reinado de la ley de Moysés, dada al pueblo hebreo para su gobierno social, religioso y moral, se estableció la Circuncision, como señal indeleble y misteriosa, impresa en los cuerpos de los hijos de la nacion privilegiada, para distinguirlos de los de otras que quedaron excluidas de la grande alianza que Dios nuestro Señor celebró con su pueblo por el alto ministerio de su legislador. El dia mismo en que por esta ceremonia se vertia la sangre del recien nacido, se daba á este el nombre que debia llevar sobre la tierra; y cuando el Unigénito de Dios, cumpliendo con la ley, se sujetó á esta práctica y por ella fué vertida por primera vez su preciosa sangre, tuvo derecho, como Rey del cielo y de la tierra, á que se le impusiera un nombre el mas elevado é ilustre que indicase que descendia por ambas líneas, de una familia real y de una tribu la mas privilegiada y gloriosa.

3. Los emperadores, los conquistadores de fortuna y celebridad, los hombres de siglo, añaden siempre á sus glorias un fastuoso nombre que comprenda sus dinastías, sus hazañas y proezas. Pero el Hijo de Dios verdadero, para enseñarnos, desde su humilde nacimiento en un pesebre, hasta su afrentosa muerte en una cruz, las virtudes de la abnegacion y humildad, desdeñó ver la luz primera al través de telas tachonadas de oro y en medio de la opulencia de un mundo vano y ostentoso; y cumpliendo con el precepto de la Providencia comunicado por el ministerio del Arcángel Gabriel á María Santísima el dia de su anunciacion, indicando el nombre que habia de llevar en su vida inmaculada, el fruto de su vientre virginal, para llenar los altos fines de la eterna sabiduría, quiso tomar, y de facto tomó, el de Jesus ó Salvador, que aunque desconocido é insultado de sus predecesores y contemporáneos, por carecer de una significacion de excelsa categoría, él se hizo grande, adorable y santo para su posteridad, porque por su virtud la haria salva de la proscripcion eterna, dando vida, salud y gloria á los que le invocasen con tanta pureza de fe, cuanta fué la magnitud de la misericordia que dictó tan dulce nombre.

3. Antes del nacimiento de Jesus, podia gemir el pobre, quejarse el esclavo, llorar el huérfano y desesperar de su felicidad el mísero proscripto. El Olimpo no estaba poblado sino de risueñas pero falsas divinidades: la riqueza, la gloria, el deleite, tenian sus dioses; pero la adversidad y el infortunio carecian de un númen tutelar y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

clemente. Ahora que el nombre de Jesus nos recuerda que él pertenece al Salvador del género humano, quien desde tierno Niño tuvo que huir de la tiranía de los hombres y mas tarde fué perseguido, azotado y muerto por ellos, todos nuestros dolores, miserias y angustias, tienen ya un nombre que nos asegura, un oído que los oye, un ojo que los mira, una mano que los alivia y una esperanza que los consuela.

4. Del adorable nombre de Jesus emanan todos los consuelos del Cristianismo, y desde que en la puerta espaciosa del templo de Salomon fué invocado por el Apóstol S. Pedro, dando por su virtud y por la fe, la salud y la vida al mendigo infeliz, que resignado á sufrir con paciencia su parálisis congénita, pedia mas que un remedio para ella, una moneda con que subvenir á las necesidades de su mísera vida: desde que el sucesor inmediato del sumo sacerdote, enseñando y practicando las virtudes evangélicas santificó su pedido con estas palabras: «el oro y la plata no son de mi dominio; lo que tengo te doy. En el nombre de Jesus Nazareno levántate y camina.» *In nomine*, etc., y el paralítico fué sano; y con presteza y agilidad corrió hácia el tabernáculo del templo dando gracias y publicando los milagros de los discípulos del inocente Maestro; desde entonces, repito, el santo nombre de Jesus no ha cesado de dar á los que le invocan con fe viva, firme esperanza y santa veneracion, los bienes todos que la sangre inmaculada vertida en el Gólgota conquistó para engrandecer al pueblo redimido por ella.

5. El hecho ortodoxo y venerable del príncipe de los Apóstoles, trasmitido por sus actas hasta nosotros, me dá Señores en este respetable puesto, derecho para proponeros como objeto de mi humilde discurso: que por el sacrosanto nombre de Jesus, el pecador que yace en el fango de la culpa, se levante de tan miserable estado. *Surge*, y animado por la divina gracia que él le alcanza, camina con firmeza por el sendero de la felicidad eterna: *et ambula*. Interesada la Virgen María en las glorias del

nombre de su Hijo santísimo, debemos suplicarle y esperar me alcance un destello de la gracia del Espíritu Santo para proceder á mi objeto, y al intento saludémosla con la Iglesia. *Alma redemptoris Mater.*

In nomine Jesus, etc.

6. ¡Terribles condiciones las de un proscripto! Odiado de su soberano, expulso y declarado fuera de las leyes protectoras de la patria; olvidado de sus amigos; destituido de toda esperanza de recobrar los derechos y goces de su libertad; y agitado de un remordimiento cruel que le recuerda incesantemente el crímen que le ha hecho merecer tan innoble marca, y le notifica sordamente su comparescencia ante la inexorable justicia, que le amenaza con el condigno castigo de sus yerros, el proscripto se pierde anegado en un mar de funestas meditaciones que le anuncian el infalible término de sus estravíos, y le inclinan á precipitarse en el despecho y desesperacion, con que tal vez termina una vida que nada tiene ya de apetecible. Igual, si no mas lamentable es la posicion del pecador temerario, que sumido en el fango de la maldad, sordo á las frecuentes insinuaciones de la gracia, siente sin embargo en su corazon, aun en el centro de los goces de sus desenfrenadas pasiones, el constante remordimiento de una conciencia que á cada instante le pone á la vista su iniquidad sin límites, perturbándole el aparente reposo y tranquilidad de su espíritu. El tiembla á la consideracion del momento inevitable en que la divina justicia le llame á dar cuenta de su vida, y de la inversion de los dones que la Providencia puso en sus manos para el logro de su eterna felicidad. El se estremece á la representacion del airado semblante del supremo Juez, que tanto temieron los santos; y suda y desmaya, al figurarse oír la terrible sentencia de su destino infeliz, y confundido y exánime entre meditaciones crueles, sin encontrar recurso favorable á que apelar para volver á la gracia de la magestad altamente ofendida, el pecador va á precipitarse por sí mismo en el abismo del despecho y desesperacion, y á invocar tal vez en aquel momento el

nombre del príncipe de las tinieblas, á quien sin remedio pertenece. ¡Ah! pero el Hombre benéfico y divino, que para su bien se ofreció voluntariamente á sacrificarse en el Gólgota, desde donde arrancó de la mano de Dios un decreto de muerte y reprobacion que se habia dado contra el género humano, para fijar en la Cruz y sobre su cabeza abatida por la muerte el de indulto y reconciliacion, él le detiene por su propia mano en el borde del abismo, y allí mismo le inspira invocar el santo nombre del Salvador del mundo, por cuya virtud, el pecador no solo se detiene, sino que se levanta y retrocede del camino de la perdicion: *In nomine Jesu, surge* é iluminado con un destello de la luz celestial, advierte la senda de su remedio, siente la eficacísima influencia de la gracia que enciende su fe, alienta su esperanza y anima su caridad, le hace abundar en los mismos sentimientos y palabras del hijo estraviado de la parábola, diciendo: «me levantaré é iré á los brazos de mi padre, quien me recibirá misericordioso, porque he invocado su santo nombre de Salvador, nombre que para mi remedio adoptó en el momento de la primera efusion de su preciosa sangre.» ¡Oh nombre de Jesus santo y misericordioso! ¡Oh nombre sobre todos los nombres admirable y bendito! Invocado serás en todos los siglos y por tí se dará el perdon y la misericordia á todos los pecadores.

7. En efecto, mis hermanos, ¿cuál nombre encontrará el cristiano de mas poder, de mas consuelo y de mas gloria, en sus miserias, en sus infortunios, y aun en sus mismas aberraciones? El nombre santo de Jesus es el bálsamo consolador, que vertido en las heridas y úlceras fétidas del corazon humano, las sana y cicatriza, borrando hasta las señales é impresiones de la impureza del pecado. El nombre de Jesus, llevado por la fama de su santidad y misericordia, al estraviado país de Magdalo, trasmitido á los oidos é impreso en el obstinado corazon de María Magdalena, objeto de las adoraciones lúbricas y tipo de hermosura y liviandad, le inspiró, como por uno de los encantos de la gracia, aquella proverbial contricion y llanto, con que arrojándose á los pies del Salvador, sin atreverse á mirar su rostro celestial, logra el perdon y olvido de sus enormes crímenes, y la distincion amorosa con que en lo de adelante fué vista por su divino Maestro. El nombre de Jesus Rey de los judíos, inscrito en la Cruz y grabado milagrosa é instantáneamente en el corazon del foragido Dimas, en los momentos de su ignominiosa y merecida muerte, le inspiró aquellas palabras: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* «Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino,» por medio de las cuales, confesando la divinidad, inocencia y misericordia de Jesucristo, consigue el perdon absoluto de sus pecados y el premio eterno del reino de Dios. El adorable nombre de Jesus invocado fervientemente por la afligida Mónica, dictó al Angel del Señor el *Tolle Lege*, que inundando súbitamente de la divina gracia el magnánimo corazon de Agustino, le hace cambiar de los hábitos en que le tenian imbuido, su impiedad, orgullo y liviandades, trasformándole en el tipo de la mas ardiente caridad y mas noble ejemplar de verdadera penitencia, subsanando luego, con el ejercicio de todas las virtudes en grado heróico, y con los eminentes servicios de sus talentos y sabiduría prestados á la religion verdadera, todas las aberraciones de una vida pasada en el pleno goce de todos los placeres culpables. Por último, Señores, el santo nombre de Jesus ha hecho en todos los tiempos hasta los nuestros, innumerables conversiones de pecadores obstinados, inspirándoles desde luego correr á las saludables aguas de la penitencia, que haciéndoles levantar del estupor é imbecilidad del pecado, los purifica de todas las infecciones, y les robustece para caminar interiormente por la senda de la perfeccion evangélica: *Surge et ambula*, como lo veremos brevemente en las siguientes reflexiones.

8. Poco y efímero seria el provecho que el pecador consiguiera con solo levantarse de su pecado por medio del sacramento reconciliatorio, si él, estacionándose en

ese estado, no se esforzara á caminar hácia la última perfeccion, con la presteza y empeño que el Salvador del mundo nos recomienda frecuentemente en muchos pasages del Evangelio, porque logremos el galardon y premio ofrecido á los que combatiendo hasta el fin, consigan el triunfo sobre las desordenadas pasiones del corazon. Conformarse con permanecer en el primer estado sin aspirar al segundo, expone sin duda al cristiano á caer en el extremo de la tibieza é inaccion, tal vez mas peligrosa para formarse una conciencia errónea ó insensible que puede volverle á sumir profundamente en el cieno de la iniquidad. Al paralítico del milagro venerable del santo Apóstol S. Pedro, que os he referido, no se le ordenó solo levantarse del lecho en que yacía inerme sin esperanza alguna de remedio, sino caminar despues hasta el tabernáculo del templo á tributar fervientes gracias al Dios Todopoderoso en cuyo nombre se hizo su curacion, y á publicar prácticamente sus misericordias en el Santuario y ciudad de Jerusalen. Esto nos advierte, mis hermanos, que cuando nosotros hayamos conseguido, en virtud del sacrosanto nombre de Jesus, nuestro levantamiento del inmundo fango del pecado, no debemos estacionarnos en tal estado, sino caminar luego con presteza y diligencia hasta el Sancta Sanctorum, á dar á Dios humildes y fervientes gracias y publicar sus misericordias por medio de la elocuente voz de la verdadera penitencia y del ejercicio constante de todas las virtudes evangélicas. Y ¿quién de los cristianos justos, al emprender esta gloriosa marcha no se ha propuesto invocar antes en su auxilio el nombre de Jesus, grabarlo indelebleblemente en su corazon y seguirle en el espinoso camino de la abnegacion espontánea, confiado en que él le sostendrá y refaccionará en tan heróica empresa? ¿Quién lo ha hecho así y ha desmayado al principio ó medio de la carrera? ¿Quién siguiendo tan gloriosa enseña no ha triunfado al fin en el combate y ha dejado de obtener el galardon y corona del premio? Ninguno á la verdad. Todos los santos, sin esceptuar uno solo, invocaron el dulce nombre de Jesus en su peregrinacion sobre la tierra, lo inscribieron particularmente en sus corazones, y siguiendo las dulces inspiraciones de su poder y misericordia, lograron el excelso lugar que hoy ocupan en la celestial Jerusalen en compañía de Jesus, unigénito de Dios. Su santo nombre dió fe y constancia á los Apóstoles: firmeza y valor á los mártires: entereza á los confesores: perseverancia á las vírgenes y gloria y honor á todas las gerarquías celestiales. Bajo el mismo santo nombre, los ministros y depositarios de las facultades del sumo sacerdote, dispensan á los fieles los sagrados Sacramentos, y les abren las arcas de los tesoros de la Iglesia y las puertas del cielo. Este adorable nombre sostiene y guía á los sacerdotes en su espinoso ministerio: enciende el fervor y reanima los votos de las esposas castas de Jesucristo: alienta la esperanza y deseos de los justos: hace soportar al mismo afligido sus penas y trabajos: despierta al pecador proscripto del letargo en que la iniquidad le tiene sumido, le ofrece un apoyo seguro á su reconciliacion; y dando por último rábia y terror al infierno, inunda de magestad y gozo inefable la eterna mansion de los bienaventurados, de donde nos viene toda la felicidad de la tierra. *In nomine Jesu*, etc. En el nombre de Jesucristo Nuestro, etc. Este fué el magnánimo pensamiento que la inteligencia divina se propuso allá en los consejos de su eterna providencia para enviar al mundo al Unigénito de Dios, á reconquistar con su sangre los derechos á la eterna felicidad que el género humano perdió por el pecado. Esta idea mantuvo en el sagrado Corazon de María Santísima, aquella inimitable conformidad á la voluntad de Dios, por la cual se prestó á la Encarnacion del Verbo divino en su vientre siempre virginal y le dió aquella firmeza y valor inconcebibles con que soportó sus intensos dolores al frente de los padecimientos crueles y muerte afrentosa de su Hijo Jesus; y este deseo, por último, hizo adoptar al soberano del cielo y de la tierra, el nombre precioso de Salvador, desechando cualquiera otro pomposo y grande que pudo

haber adoptado en testimonio de su poder y magestad, pues solo él debió dar un sobrelleno á sus misericordias y amor, conservando su propósito de salvar á los hombres sus hermanos, en cuyo testimonio empeña todos los paternales afectos de su sagrado Corazon, desviviendo, por decirlo así, en solicitud de la felicidad eterna que nosotros conseguiremos, si fervientes y humildes, con el corazon contrito y humillado, invocamos y grabamos en nuestros corazones el sacrosanto nombre de Jesus para levantarnos del inmundo lecho de la culpa, y caminar bajo sus auspicios por la senda de la verdadera penitencia, hasta lograr la santificacion que os deseo para siempre. Amen.

SERMON

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO,

Dr. D.

Pelagio Antonio de Labastida

Y DAVALOS

EN LA PARROQUIA DE TENANGO DEL VALLE,

el 20 de Enero de 1878,

festividad del DULCE NOMBRE DE JESUS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haber adoptado en testimonio de su poder y magestad, pues solo él debió dar un sobrelleno á sus misericordias y amor, conservando su propósito de salvar á los hombres sus hermanos, en cuyo testimonio empeña todos los paternales afectos de su sagrado Corazon, desviviendo, por decirlo así, en solicitud de la felicidad eterna que nosotros conseguiremos, si fervientes y humildes, con el corazon contrito y humillado, invocamos y grabamos en nuestros corazones el sacrosanto nombre de Jesus para levantarnos del inmundo lecho de la culpa, y caminar bajo sus auspicios por la senda de la verdadera penitencia, hasta lograr la santificacion que os deseo para siempre. Amen.

SERMON

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO,

Dr. D.

Pelagio Antonio de Labastida

Y DAVALOS

EN LA PARROQUIA DE TENANGO DEL VALLE,

el 20 de Enero de 1878,

festividad del DULCE NOMBRE DE JESUS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al Sr. Canónigo Lic. D. Joaquin Arcadio Pagaza.

Salud.

Amado Hijo en N. S. J. C.

Para impulsar la publicacion de Sermones predicados en México, emprendida por D. Narciso Bassols de Puebla, me he comprometido á darle, sólo con esa mira, y sin otro fin, algunos de los sermones que he predicado y limado algo, en los cortos intervalos de tiempo, que me han dejado libres las incesantes ocupaciones del pesadísimo gobierno de una Diócesis tan difícil y complicada como ésta.

El Sermon del *Dulce Nombre de Jesus*, que á instancias tuyas, prediqué en Tenango del Valle el 20 de Enero de 1878, con ocasion de la fiesta titular de aquella Parroquia, que estaba entónces á tu cargo, ni es de los más correctos, ni fué trabajado con la debida anticipacion, ni con el ánimo tranquilo por el pendiente que entonces me preocupaba, y bien recordarás, ni por el estado de mi salud quebrantada por el horrible mal de la gota, que me atacó en medio de la estacion del invierno, siempre cruel, y más en aquél lugar tan frío, y con el agregado del abatimiento espiritual y del cansancio del cuerpo, causado el primero, por la muerte inesperada de un Eclesiástico familiar mio y amigo tuyo desde la infancia, y el segundo por los penosísimos trabajos de la visita pastoral, que acababa de hacer á las foranías de Almoloya y Tejupilco, en que tuve el gusto de que me acompañaras, aunque con sacrificios de tu parte que jamás olvidaré.

Habiendo comenzado dicho Sermonario á imprimirse en Puebla por los misterios de N. S. J. C., el órden ha exigido la pronta, ó mejor dicho, la precipitada publicacion del sermon alusivo al Dulce Nombre de Jesus, que por las consideraciones insinuadas y otras que omito, he resuelto dedicarte en prueba de mi estimacion como Prelado, de mi cariño como Padre en N. S. J. C. y de mi correspondencia por haberme escogido de Mecenas en la obra que publicaste en Enero de 1887.

Si ese desaliñado sermon te sirve de un grato ó melancólico recuerdo, y excita en tu corazon tu constante amor al Dulce Nombre de Jesus, ó en el de alguna alma piadosa, se habrá llenado, en cierto modo, el objeto que se propone al anunciar la Divina palabra, tu Pastor y Padre que te bendice.

Tacuba, Julio 25 de 1889.

Pelagio A. Arzobispo de México.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab angelo, priusquam in utero conciperetur.

Luce, cap. II, vers. 21.

Fué llamado con el nombre de Jesus, como le llamó el ángel, antes de que fuese concebido en el vientre virginal.

S. Lúcas, cap. II, vers. 21.

¡Jesus! ¡Qué nombre tan augusto, católicos é hijos muy amados! ¡Cuán dulce es traerlo á la memoria, exclamaré con la Iglesia santa! ¡Cuán gratos y verdaderos son los goces que experimenta el corazon al escucharlo! Excede en suavidad al aceite; en dulzura á la miel; en dignidad y mérito á cuanto existe de mas alto y precioso en los cielos y en la tierra. Nada mas melodioso que ese nombre cuando se canta, prosigue nuestra benigna y comun Madre: nada mas alegre y festivo cuando se escucha; nada mas placentero cuando se piensa en él. Para los arrepentidos no hay otra esperanza; para los que piden no hay otro consuelo; para los que le buscan es misericordia y bondad; y para los que le hallan, y son los que verdaderamente le aman, ni la palabra, ni la escritura pueden expresar lo que es Jesus.

Sed pues ¡oh Jesus! nuestro gozo el dia de hoy; nuestro premio en lo futuro, y nuestra gloria, ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos.

Hijos mios, muy amados: ¡pensais sériamente en esto, en los innumerables bienes que nos ha proporcionado el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santo nombre de Jesus, que quiere decir Salvador? Ojalá que fuera siempre el objeto de nuestras profundas meditaciones! Entonces lo seria tambien de los tiernos sentimientos de nuestro amor y gratitud. Pero ¡oh desgracia lamentable! casi nunca nos acordamos de los inmensos sacrificios que costó á nuestro divino Redentor el adquirir ese nombre; y menos de los innumerables beneficios que nos proporcionó y nos proporciona de contínuo, en el tiempo y en la eternidad.

Para formarnos alguna idea de uno y otro punto, no exacta, ni perfecta, porque es imposible á nuestra humana capacidad, sino en cuanto ésta nos lo permita, vamos á implorar las luces del Espíritu Santo, poniendo de medianera á la Madre de Jesus, Vírgen inmaculada, cuyos ruegos no pueden dejar de ser escuchados en nuestro favor, siempre que, reverentes y llenos de confianza, la saludemos con las palabras del Angel. Ave María.

Primer punto.

Lo que costó al Hijo de Dios el nombre de Jesus.

Admira, católicos, la profunda sabiduría con que la Iglesia ha escogido el pasage del Evangelio, que hoy aplica á esta festividad y presenta á nuestra consideracion. Escuchadlo, para entender mejor lo que me propongo decir. «Despues que pasaron ocho dias para que fuese circuncidado el niño, se le puso por nombre Jesus, nombre que le habia dado el Angel, antes de ser concebido en el seno de María.»

Ahora bien, católicos: ¿qué enlace puede haber entre la circuncision del Niño y el nombre que se le impuso? Al contrario, parece mas bien que hay un antagonismo, una oposicion absoluta entre circuncidar al Niño y darle el nombre de Jesus, que significa *Salvador*, como lo declaró el Angel. Y á la verdad, católicos, si es Salvador, ¿por qué toma sobre sí la marca, la confusion, la ignominia, ó para usar de una palabra menos fuerte, el medio de borrar la mancha del pecado? En el hecho de someterse á la ley de la circuncision, establecida para los que habian de ser salvos, no es fácil conciliar con esta ceremonia legal el título que lleva de Salvador. Mas ¡oh profundo misterio! exclama S. Bernardo, ¡oh sacramento admirable! Léjos de haber contradiccion entre circuncidar al Niño y nombrarle Jesus, existe una perfecta relacion, la mas completa armonía. Para merecer este nombre era preciso que sufriese crueles dolores, que derramase las primeras gotas de su sangre. Antes de esta efusion, y á pesar del estado de humildad y de pobreza que guardaba en el pesebre, aun no adquiria, por derecho propio y con título legítimo, el nombre de Jesus. Así se deduce claramente del contexto del Evangelio. Cuando S. Lúcas liga el nombre de Jesus con la circuncision, considerando aquel como una consecuencia de ésta, ó por lo menos como inseparable, equivale á decir: Que grande é ilustre es el nombre de Jesus, cuando el Hijo de Dios no le tenia por su generacion eterna, sino que le adquirió por su nacimiento temporal, y todavia mas, por la efusion de su sangre. Tal es, cristianos, la razon del enlace íntimo que manifiesta el evangelista, entre la circuncision dolorosa y el dulce nombre de Jesus. Aun puedo añadir que ella no ha sido el precio completo de tan excelso título, porque realmente N. S. J. C. no ha gozado en toda su plenitud de la gloria de este nombre, sino hasta que derramó la última gota de su sangre en el Calvario; y para asegurarlo me fundo en la autoridad del apóstol S. Pablo, que dice: «se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cual, es decir, por su anonadamiento, en consideracion á esa obediencia, á ese sacrificio sangriento, Dios le ha ensalzado sobre todas las cosas y le ha dado, sin reserva, un nombre que es sobre todo nombre, para que al nom-

bre de Jesus todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.»

¿Percibís ya, claramente, católicos, lo que costó al Verbo Encarnado el nombre de Jesus? Este es el precio de sus trabajos y sudores, es la recompensa de sus afanes y angustias, de sus humillaciones y de sus oprobios, de su pasion y de su muerte: en una palabra, de su largo y continuado martirio, que principió al encerrarse en el estrecho seno de una Vírgen, y se consumó al exhalar en el Gólgota su último suspiro. Con razon los demonios se han visto obligados á reconocer y confesar la virtud de ese nombre; con razon Dios ordenó que Poncio Pilato, sin advertir lo que hacia, lo inscribiese en lo alto de la cruz, en hebreo, en griego y en latin, para que fuese conocido por todos los pueblos: con razon el mismo Redentor conserva su precioso nombre, aun despues de ese triunfo sobre el pecado, la muerte y el infierno. Sí, hoy que está sentado á la diestra de su Padre, lo conserva junto con los títulos de su adquisicion, esto es, con las cicatrices de que está cubierto su cuerpo, aun glorioso; mostrándolas, á semejanza de un conquistador, á todos los suyos, como pruebas irrefragables de su valor y trofeos de su espléndida victoria; con razon encarga á sus ministros que anuncien ese nombre á los príncipes y reyes de la tierra: con razon el Apóstol de las gentes no les predicaba otra cosa que el nombre de Jesus, y Jesus crucificado; con razon, en fin, la Iglesia, asistida, iluminada por el Espíritu Santo, ha establecido una festividad dedicada exclusivamente á recordar, venerar y glorificar tan sublime, tan augusto nombre.

Y ¿por qué, decidme, amados hijos, el Hombre-Dios y la Iglesia, su esposa inmaculada, se empeñan con tanto celo en exaltar ese nombre? Basta, para justificar tal conducta, estimar el valor del nombre de Jesus, que como acabais de oir, no es otro que el precio de su sangre, cuya efusion comenzó en el Templo, continuó en el huerto de Getzemaní y se agotó del todo en el Monte Calvario. Sí, cristianos, ese nombre encierra la historia mas

completa de los combates, de las victorias y de las conquistas del Hombre-Dios. Diré más, en toda su extension, abraza la historia de la Iglesia, de los diez y nueve siglos que están para concluir, y de los que se contarán hasta la consumacion de los tiempos, hasta el fin del mundo: porque la propagacion de ese nombre se debió á los rios de sangre que derramaron á su turno los innumerables mártires que lo confesaron, delante de los tiranos y de sus verdugos, por el largo período de trescientos años; y porque la defensa de ese nombre contra los herejes en los siglos posteriores al tercero, se debió á las vigilias de los confesores y de los Padres de la Iglesia, cuya firmeza, cuya sabiduría salvó ese nombre de los errores propagados contra la humanidad y la divinidad, unidas hipostáticamente en Jesucristo; y porque, en fin, los triunfos de la fiel depositaria de la verdad sobre los cismáticos y filósofos incrédulos, se han debido y se deberán siempre á la constancia de sus Pontífices y de sus Doctores, en sostener la lucha interminable, sin economizar toda clase de sacrificios, y sin excluir ni aun el de la misma vida. Y ¿por qué mas? Dios y su Iglesia son muy sensibles, muy celosos del título de Salvador, del nombre de Jesus; porque es el gaje, la prenda mas segura de la salud espiritual de las almas redimidas por Él y á las que ama hasta el extremo de verter torrentes de lágrimas y dar su propia vida por ellas, declarando que su mas grata ocupacion, su mayor gloria consiste en trabajar de contínuo por librarlas del poder del demonio y de la esclavitud del pecado; prefiriendo el nombre de Jesus á todos los demás, por ilustres y gloriosos que sean.

Y vosotros, católicos, que habeis acudido con apresuramiento á oir las alabanzas del dulcísimo nombre de Jesus, desprendidas de los lábios de vuestro Pastor, indigno sí, pero que en representacion de Dios ha venido á unirse, lleno de la mas grata complacencia, á vosotros, con el fin de tributar al Salvador de los hombres, al divino Jesus, los cultos que le son debidos; permitidme que, ya que la Providencia nos ha concedido disfrutar de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

esa comun dicha, permitidme, repito, ó mas bien, dejadme desahogar mi celo por vosotros, con la franqueza y confianza de Padre, recordando en este dia solemne, los temores que me inquietan con frecuencia sobre vuestra piedad y devocion.

De nada servirian los homenajes que tributais al santo y bendito nombre de Jesus, si son puramente exteriores, si no parten de un corazon limpio y puro, ó al menos de un corazon humillado; quiero decir, de un corazon nuevo por la inocencia, ó renovado por la penitencia. Léjos de agradar á su Divina Magestad con puras y meras exterioridades, la irritaréis, si van mezcladas con el pecado; y léjos de ser vuestro Salvador, como lo exije su nombre venerando, será al contrario el terrible vengador de las ofensas cometidas contra su ley y del menosprecio de su sangre: en pocas palabras, por vuestra causa la redencion será estéril para vosotros, y la pérdida de vuestra alma inevitable, si á los actos externos de piedad no juntais los afectos interiores de un corazon arrepentido, por la detestacion de vuestro pecado. Sí, de aquel pecado que os acompaña desde la juventud, y acaso desde la niñez: de aquel pecado habitual que come y bebe, anda y duerme con vosotros; en suma, de aquel pecado que vive y se ha identificado con vosotros. ¡Cuál es ese pecado? En unos la embriaguez, que embota los sentidos, ofusca las facultades intelectuales y acaba por embrutecer al hombre; en otros, el juego, que arruina con la fortuna la reputacion del padre de familia y condena á ésta á la miseria y á los peligros de la mendicidad; en aquellos, la codicia, que solo piensa en atesorar aun con ganancias usurarias é ilícitas; y en éstos, la impureza y la gula, que enferman el cuerpo y ennegrecen el alma, haciéndose semejantes á los animales irracionales.

¡Oh, hijos mios! ¿Qué hacer? Oídlo, no de mis labios sino de los muy autorizados del melífluo S. Bernardo. «Cuando veo, dice este Santo Padre, con los ojos de la fe, á un Hombre-Dios que comienza por verter su sangre en la circuncision, la hace brotar por los poros de su

cuerpo en su oracion, y que no tardará en derramarla toda sobre el Calvario ¿podré rehusar el reprimir los movimientos desordenados del corazon, de mi depravada voluntad, y el sacrificar todas mis facultades físicas, intelectuales y morales en el ara de la Cruz? Cuando reflexiono que el título de Salvador ha sido la recompensa de todo lo que padeció por mí el Hijo de Dios, y que lo pierde, respecto de mí, cuantas veces inutilizo para mi alma la redencion, con mis pecados, ¿dejaré de indignarme contra mí mismo, por mi ingratitud y dureza, al nulificar en cuanto de mí depende, los méritos infinitos de un Dios humanado por mi bien?»

¡Ay de mí! y ¡ay de vosotros! ¿Cuántos merecemos la reprension que S. Estéban dirigió á los judíos! «Hombres de dura cerviz, exclamaba el Protomártir, hombres de oídos y corazones incircuncisos, de contínuo estais resistiendo al Espíritu Santo.» Que equivale á deciros, hombres de poca fe; insensibles á los mayores beneficios, los desconoceis, los despreciais. Tal vez alguno de vosotros habrá cercenado, poco ó mucho, de las cosas exteriores; pero no basta, mis amados oyentes, es preciso arrancar las inclinaciones desordenadas, y sobre todo, la soberbia, que es la raíz de todos los vicios y de las malas pasiones. No despreciéis la sangre de la nueva alianza, ni corrais ciegamente á vuestra perdicion eterna. ¡Oh Dios de misericordia! Por Jesus, preservadnos de tanta desventura; dadnos un corazon mas dócil á vuestra gracia, y una voluntad mas dispuesta á seguir los fuertes impulsos de vuestro Santo Espíritu. No seremos, Señor, en lo de adelante tan pródigos del precio de nuestras almas, de vuestra sangre infinitamente valiosa: al contrario, coadyuvaremos con nuestro Salvador en recojer y aumentar en nosotros los frutos de su copiosa redencion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Punto segundo.

Sobre los innumerables beneficios que nos proporciona de contínuo el nombre de Jesus.

Para exponer los maravillosos efectos que produce en nosotros el dulce nombre de Jesus, ó lo que es lo mismo, los beneficios que de él se derivan, me basta compendiar lo que nos dejó escrito el piadoso S. Bernardo, con palabras de uncion inimitable. Interpretando este gran santo aquel passage del cantar de las cantares: «*Oleum effusum nomen tuum,*» (Vuestro nombre se difunde como el aceite) nos asegura que la comparacion del nombre de Jesus con el aceite es tan exacta como natural, supuesto que las principales virtudes de tan excelso nombre tienen cierta semejanza con las propiedades ingénitas del aceite.

Y, á la verdad, cristianos, cuando éste se aplica á los cuerpos les dá la virtud de alumbrar ó iluminar, los fortifica y los suaviza. Otro tanto hace en nosotros el augusto nombre de Jesus, ilumina nuestro entendimiento, disipando las tinieblas de la ignorancia y del error, cuando se predica; fortalece nuestros corazones, alimentando los buenos deseos y los afectos saludables de nuestro amor, cuando en él se piensa; suaviza, en fin, nuestras costumbres, arrancando de nuestra alma las asperezas de los vicios y de las malas pasiones, siempre que se le invoca con todas las veras de un corazon recto. «*Lucet praedicatum, pascit recogitatum, invocatum lenit et ungit.*» Palabras del inspirado S. Bernardo muy concisas; pero que todo lo comprenden.

En primer lugar, alumbra é ilustra cuantas veces se predica tan fecundo nombre. Ciertamente, cristianos, bien recordaréis que antes de Jesus, el género humano estaba sentado, como dice el Profeta, en las tinieblas y sombras de la muerte. La idolatría, extendida por toda

la tierra, habia ofuscado todas las inteligencias, y los mismos sábios del paganismo, lejos de disipar las negras nubes que cubrian al mundo; todo lo contrario, las hacian mas densas con sus opiniones, sofismas y disputas interminables.

Mas, apenas apareció en la Judea el Hijo de Dios, el verdadero Mesías, con el nombre de Jesus, cuando repentinamente fué desapareciendo aquella atmósfera tenebrosa en que estaban envueltos todos los pueblos: cada hombre, desde entonces, fué instruido á fondo en los deberes de su estado, clase y condicion, que ignoraba por completo: los maridos aprendieron á dar á sus mujeres el lugar que merecian, tratándolas, no como siervas, sino como sus compañeras: los padres se enseñaron á amar á sus hijos, sin sacrificarlos á su ambicion, á su avaricia, ni á su orgullo: los hijos á respetar á los padres, como á los autores de sus dias y los representantes de Dios. Los amos supieron considerar á sus criados, sin contarlos con desprecio en el número de las cosas, es decir, en una escala inferior á la de los mismos animales; sino que los vieron desde luego, como á sus semejantes, hijos de un mismo Padre, que es Dios, y de una misma Madre, que es la Iglesia; sin tener sobre ellos otros derechos que los concedidos por la Religion, que nunca degrada al hombre, ni lo hace degenerar de su naturaleza, sino que lo honra y lo eleva hasta donde lo permite su condicion, y el lugar en que lo ha colocado la Providencia, que es, lo sabeis muy bien, el de hijos de segundo órden en el seno de la familia. Por último, los criados fueron instruidos en sus obligaciones para con los amos, á quienes deben completa obediencia en cuanto les manden, siempre que no sea contrario á las leyes de Dios y de su Iglesia, y consiguientemente, al órden social.

En suma, los individuos como miembros de la familia y de la sociedad reconocieron el código con que Dios las rige; y los gobernantes y los pueblos ó naciones se sometieron con docilidad á los inmutables principios del derecho público y de gentes, que desarmó á los beligerantes

de la fuerza brutal, del filo de la espada, que originó espantosas y horribles matanzas, aun entre los pueblos mas civilizados, en las épocas que precedieron á la era cristiana. ¿Y de dónde ha venido, mis caros oyentes, tanta luz, tan esplendente claridad y tan subitanea trasformacion? Del santo nombre de Jesus, no me cansaré de repetirlo: no lo dudeis. Luego que se predicó ese nombre, luego que se propagó por todas partes; que resonó en las sinagogas, en el Areópago de Atenas, en las escuelas de Cartago, en los circos de Roma, en las extremidades de la tierra, todo lo atrajo á sí, todo lo dominó, y ante ese nombre superior á todo nombre, se dobló toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos.

Llamados á nuestro turno los Mexicanos á la luz admirable del Evangelio, lo fuimos por el conocimiento de ese nombre adorable, que el Apóstol tuvo, en sentir de S. Bernardo, la mision de anunciar á los hijos de Israel, á los reyes, á las naciones gentiles; y ese nombre, despues de quince siglos, resonó en estas apartadas regiones del Nuevo Mundo, pronunciado por los primeros misioneros desembarcados en nuestras playas, para iluminarnos con la luz verdadera que es el Verbo hecho carne, que habitó entre los hombres, y á quien llamamos nuestro Salvador-Jesus. Nombre que jamás ha dejado de escucharse, por mas de tres siglos, en nuestras ciudades y aldeas, en los valles y en las montañas, en los poblados y en los desiertos, repetido una y mil veces por los felices moradores de este suelo, que se llamaron entonces, y se llaman todavia, en su generalidad, católicos, apostólicos, romanos, sin distincion de razas, de lenguas, de climas, usos y costumbres. Nombre que pronuncio hoy con toda la veneracion que me inspira el carácter sagrado del ministerio que ejerzo, y con todo el entusiasmo de mi alma, y que desearia resonase de contínuo bajo las bóvedas de este santo templo, como el signo indeleble de la fe que animó á los que lo levantaron, de la fe que nos legaron nuestros mayores, y que gracias á Dios profesamos cuantos nos hemos reunido en este recinto, y de la

fe que esperamos se conservará en todos los habitantes de estas regiones. «Dulce, dulcísimo nombre de mi Jesus, seguiré exclamando con el devoto S. Bernardo, porque en mis labios es deliciosa miel, en mis oidos encantadora melodía, y en mi corazon inexplicable júbilo.» Así es como esparce su luz ese nombre sublime; pero he dicho tambien que dá fortaleza á los que piensan en él.

Sí, cristianos, en la tristeza es nuestra alegría; pensad en ese nombre con detenimiento, y el gozo inundará vuestro pecho: en la afliccion es nuestro consuelo, porque endulza nuestras penas: en la lucha con las pasiones es nuestro sostén, porque luego que se graba su idea en nuestro espíritu agitado aparece la serenidad, la calma interior. ¿Temeis, por vuestros enormes delitos y horribles iniquidades, la ira de Dios y el castigo eterno? Reflexionad que Jesus ha muerto por salvaros, por redimiros del infierno, y el temor y la desesperacion huirán precipitadamente, recobrando vuestra alma el aliento, al verse bañada con la sangre del Cordero inmaculado, que se sacrificó por los pecados de todo el mundo. En resúmen, la consideracion del nombre poderoso de Jesus disipa nuestras dudas, reanima nuestra flaqueza, calma nuestras vacilaciones é inquietudes, triunfa de nuestra cobardía, y, vuelvo á decirlo, fortifica de mil modos nuestro corazon, alimentando los buenos deseos y encendiendo los afectos saludables de nuestro amor cuantas veces se medita en tan hermoso y fecundo nombre.

¿Qué mas? He dicho que suaviza nuestras costumbres, arrancando de nuestra alma las asperezas de los vicios y de las malas pasiones, cuando se acude á él con toda confianza. Sin vacilar, decidme, católicos, ¿quién ha invocado ese nombre en sus tribulaciones, que no haya sido escuchado? ¿Qué corazon duro é inflexible, qué alma tibia é inconstante, qué espíritu cobarde ó perezoso han pedido la ternura y la sensibilidad, el fervor y la constancia, el valor y la actividad, que no haya recibido dones tan preciosos? La invocacion del nombre de Jesus

empieza por moderar nuestras iras, cura la hinchazon de nuestro orgullo, reprime los impulsos de la venganza, extingue el fuego impuro de la concupiscencia, apaga la sed de la avaricia, y termina ese nombre inefable por secar el manantial de los desórdenes, haciendo brotar arroyos de lágrimas que riegan el jardin de todas las virtudes.

Con razon afirma el gran Padre S. Bernardo, que el alimento del alma que no está sazonado con el nombre de Jesus es insípido; que las obras literarias en que no está escrito ese nombre son áridas y de mal gusto; que las enseñanzas, las disputas, las conferencias y hasta las pláticas de los ministros sagrados, en que no se habla de tal nombre, son bronces que no suenan y campanas que no tañen. ¿Y por qué todo esto? ¡Ah, cristianos! El mismo santo nos lo revela... Jesus significa un Hombre-Dios, manso y humilde de corazon, sóbrio, casto, misericordioso, excelente en virtud y santidad; que dirige á todos con su ejemplo, que nos ayuda en los trabajos y nos sostiene con sus auxilios en las adversidades de la vida; que está con nosotros en las persecuciones de nuestros enemigos, y el que nos hace triunfar sobre nosotros mismos, en aquella lucha interior y sin tregua que experimentamos de contínuo y de que se quejaba el apóstol S. Pablo, cuando el Sr. le decia: «Saulo, Saulo, mi gracia te basta: *Sufficit tibi gratia mea.*» Sí, la gracia que Jesus adquirió para todos con la fuerza de este nombre.

Y vos ¡oh Padre eterno! llenad la memoria de todos los que han venido el dia de hoy á este sagrado templo, para celebrar, con su Pastor, el glorioso nombre de vuestro Hijo; colmadlos de sublimes pensamientos, que los obliguen incesantemente á recordar con gratitud cuanto padeció vuestro Verbo Encarnado por todos los pecadores. Y vos ¡oh Hijo divino! lavad, purificad el corazon de vuestro indigno panegirista y el de todos sus oyentes, con los raudales de vuestra sangre preciosa; é imprimid en nuestras almas, grabad con caractéres indelebles vuestro santo y terrible nombre, como una prueba del amor que nos teneis. Haced, en fin, que solo vivamos para

vos, agradeciendo durante nuestra existencia los sacrificios que os costó el nombre de Jesus y los beneficios que nos ha proporcionado: solo así serán saludables los frutos que esperamos recojer en los dias que nos quedan sobre la tierra, y despues de nuestra peregrinacion, gozar el premio eterno que á todos deseo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE JESUS MARIA DE MEXICO, EN LA

FUNCION DEL NIÑO PERDIDO,

POR EL

Dr. Don Jose Maria Diez de Sollano,

PRIMER OBISPO QUE FUE DE LEON.

Et erat subditus illis.

Luc. 2.

Grandioso espectáculo fué sin duda ver al legislador de los hebreos Moysés, prestar el primero cumplida obediencia á la ley que Dios les acababa de intimar; porque nada puede pensarse mas bello, mas grande y mas digno de la magestad que esta noble alianza entre el poder mas amplio y la obediencia mas sumisa á la ley, es decir, á la justicia, concurriendo unísonas á la observancia y acatamiento de las leyes y de la autoridad.

Pero si el ver que un príncipe es obediente á la ley

nos presenta un espectáculo magnífico, el ver que un Dios se somete á ella es mas admirable aun y va mas allá de todo lo grande. ¡Oh conducta maravillosa del Hijo de Dios! ¿Qué ejemplo nos podrá dar á entender mejor la sublimidad de la obediencia, que el de un Dios hecho hombre que obedece? Vedle hoy venir al templo en compañía de su Santísima Madre María y de su estimativo padre José para dar al mundo un testimonio de sumision á una ley que él mismo venia encargado de sustituir con otra mas perfecta! Vedle allí desempeñar obedeciendo los altos mandatos de su Padre Dios. Vedle por último volver á Nazaret y compendiar toda su vida oculta en obedecer á María y á José: *Et erat subditus illis.*

En vista de esto creo, hermanos mios, que no hay asunto mas conveniente á la presente festividad que el mostraros con el ejemplo del Salvador, cuanta es la grandeza que se encierra en la obediencia, y como ella es la fuente de la verdadera libertad de que Jesucristo es el autor. Espero persuadiros si María, que nos da el ejemplo, se digna prestarnos el auxilio; pedídselo conmigo saludándola con las palabras del Angel. Ave María.

Parte primera.

Dos grandes é importantísimas misiones vino el Unigénito del Padre á desempeñar sobre la tierra. En la primera se cifra la libertad verdadera que nos vino á adquirir, por lo que dice el Apóstol: *Si vos filius liberaverit, tunc vere liberi eritis.* En la segunda el modo de llegar á su consecucion, marcado por su ejemplo y su doctrina, compendiados en la obediencia de que hoy nos da el Evangelio un tan relevante testimonio: *Et erat subditus illis.*

Pero cuando os hablo de la libertad, debeis entender que me refiero á la libertad verdadera, porque hay otra falsa que se encubre bajo este nombre que nos amenaza con sus funestas tendencias. En efecto, aunque el nombre de libertad es el mas dulce y agradable, es tambien el mas engañoso y expuesto á siniestras y fatales aplicaciones. No hay sedicion, no hay trastorno público, no hay conculcacion de las leyes, que no pretenda amparar-se bajo el mentido pretexto del amor á la libertad. Yo intento, pues, fijar la idea recta de este don precioso del cielo, manifestando que es inseparable de la estricta obediencia á toda ley que emane de la eterna.

Escuchad un pensamiento digno de Tertuliano: «Era necesario, dice, que Dios le diera al hombre una ley. Y para qué? Acaso para privarle de la libertad? De ninguna manera; muy al contrario. Impúsole una ley porque así lo exigia la nobleza de su condicion; diósela para ensalzarlo sobre todos los seres brutos; diósela en señal de estima, de distincion y de grandeza.» *Lex adjuta homini, ne non tam liber quam objectas videretur.* Sí, léjos de nosotros el creer que la libertad, esa prenda inestimable del cielo, ese sello divino que nos asemeja al Criador, sea aquella libertad brutal é indómita, incapaz de razon y de disciplina, libertad que segun la expresion del mismo Tertuliano, no fué otorgada al hombre por no degradarlo igualándolo con las béstias á quienes por desprecio se les dió: *non equandus coeteris animantibus, solutis á Deo et ex fastidio liberis.*

Ahora entenderemos bien el sublime concepto del real profeta, cuando dijo: *constitue Domine legislatore super eos, ut sciant gentes quoniam homines sunt.* ¡Oh Señor! Envía á tu pueblo un legislador; envíale primero un Moysés que le conduzca en su infancia y le nutra en la obediencia con la leche de tu ley; envíale despues un Jesucristo que en la edad madura le dirija y perfeccione con su ejemplo y su doctrina, y así será manifiesto á todas las gentes que los tratas como á hombres, esto es, segun la dignidad de hombre y la exigencia de su naturaleza. En efecto, los que sacuden el yugo de la obediencia, haciendo consistir la libertad en la ausencia de toda sujecion que pudiera coartar sus deseos, por inmoderados que sean, «desconocen, dice el salmista, el honor á que su naturaleza racional los elevó y se degradan hasta equipararse á los jumentos destituidos de razon: *homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus.* Esta es, ¡oh pecadores! la condicion vilísima á que os conduce esta fantástica libertad que buscais desatinados, negando la obediencia á vuestro Dios. Libertad que justamente compara uno de los amigos de Job á la de un fogoso é indómito animal: *et tamquam pullum onagri se liberum natum putat.*

No, no es así ¡oh católicos! como nosotros nos juzgamos libres. Bien entendido tenemos con el Dr. Angélico, que la fuente purísima de la verdadera libertad es ser inteligente, y nunca nos creemos mas libres que cuando seguimos su dictámen, obedeciendo segun lo exige nuestra naturaleza. El poner diques á un rio, es impedir que sus aguas se extravien por los campos inundándolos; no es en manera ninguna estorbar su curso; es hacer que corra directa y suavemente á su fin; no es violentarlo ni estrecharlo. Someter, pues al hombre á la obediencia, es afianzar, no destruir su libertad; es impedir que se extravíe, es encaminarle á su término; es conducirle á buen término; no es forzarle, es dirigirle. Le destruyen y le pierden los que le extravian de su curso natural, de su tendencia al bien supremo. Ved aquí como nos enseña á ser libres Jesucristo. Viene al templo á cumplir la ley ceremonial de Moysés. El Hijo obedece la ley dada por un siervo. ¿Qué excusa alegaremos nosotros los siervos para no sujetarnos á la ley impuesta por el Hijo? Viene la sabiduría encarnada á escuchar á los doctores de la ley. ¿Qué alegaréis vosotros que os abrogais el título de espíritus fuertes, para desatender la voz de esa misma Sabiduría y menospreciar sus preceptos? Seguidle á Nazareth, vosotros los que os forjais una quimera de libertad en un ficticio señorío, y allí aprended del Señor úni-

co que si quereis ser libres, ha de ser por la obediencia: *et erat subditus illis.*

Pero me direis que todo esto prueba solo que es compatible la libertad con la obediencia, y que es necesaria para ella, mas no que la obediencia nos dé la libertad. Ved aquí el asunto de mi segunda parte.

Punto segundo.

Hay, dice el apóstol, dos clases de leyes que experimentamos en nosotros mismos: la del espíritu y la de los miembros. Estas leyes son contrarias entre sí; la una se opone abiertamente á la otra. La primera nos dirige, la segunda nos tiraniza. La primera da al espíritu su debido señorío, la segunda lo cautiva á la ley del pecado: *video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis mee, et captivantem me legi peccati.*

A estas dos leyes que menciona el apóstol, podemos añadir otra: el yugo que nos impone el mundo, las cadenas que nos hace arrastrar tristemente como cautivos suyos. Sí, el mundo es una prision, pero una prision tal, dice Tertuliano en su exhortacion á los mártires, que excede con mucho en horror á cuantas cárceles hay en él. Son dignas de la mayor atencion sus palabras. «No hay, dice, calabozo tan lóbrego como el mundo, donde una variada muchedumbre de errores extingue la verdadera luz y diseca los corazones de los hombres: *majores tenebras habet mundus, que hominum precordia excecant.* El número de criminales que contiene es casi igual al de sus habitantes; ni hay prision alguna que se le equipare en la rudeza de sus hierros y cadenas, porque los suyos aprisionan aun á las almas mismas de los hombres: *graviores catenas induit mundus, que ipsas animas hominum constrigunt.* La atmósfera que en él se respira es hedionda y fétida pues la infestan pecados y torpezas sin número: *pejores inmunditias expirat mundus libidines hominum.*

Estas son, señores, las tres leyes bajo las cuales tiene que vivir el hombre; estas tres le son presentadas para que elija bajo cual de ellas ha de militar, sin que le sea dado sustraerse á todas á la vez; por manera que, ó ha de vivir con la libertad y dignidad de hombre dirigido por la primera, ó ha de gemir esclavo, subyugado y aprisionado bajo las otras. Esta es, ¡oh hombre! la opcion única que tienes: ó doblar humilde la cerviz obedeciendo para ser libre, ó con tu rebeldía forzar las cadenas de tu cautiverio. Escucha, medita y aprende esta leccion que hoy te da tu libertador: *et erat subditus illis.*

A contrariar abiertamente y sujetar con fuerza y cautela á un formidable y astuto enemigo que intenta reducirnos á su servidumbre, se ha reputado siempre como el medio mas certero de adquirir la libertad. Y ¿qué enemigo hubo jamás tan temible como nuestro enemigo doméstico, ni qué servidumbre mas dura que la suya? ¿Quién de cuantos han luchado con él querrá sufrir su yugo de hierro? ¿Quién, cansado de esta lucha, no exclamará con el apóstol: *quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Esta es aquella durísima ley de los miembros, que S. Pablo sentía en sí mismo pugnar contra la del espíritu; esta la que le compelia no ya hácia el bien que deseaba, sino hácia el mal que aborrecia: *non quod volo bonum, hoc facio sed quod nolo malum illud ago.* Esta es finalmente la ley que le obligó tres veces á clamar á Jesucristo para que le fuera quitada. Este yugo insoportable lo quebranta la obediencia, arma misteriosa que tiene virtud oculta para sojuzgar las pasiones, domar su fiereza y poner al alma á cubierto de sus venenosos encantos. ¡Oh! cuán apetecible es este cambio dichoso de la obediencia por sacudir la ley tiránica del pecado! Esta es, señores, la libertad sencilla y apacible, cuya fuente

pura mana de la obediencia que hoy nos muestra el Salvador: *et erat subditus illis.*

Presentemos ahora un testigo fidedigno de esta verdad, testigo que habiendo pasado por ambos estados y gozado de ambas libertades, la quimérica del mundo y la real y efectiva de los hijos de Dios, sea irrecusable aun para los mismos mundanos. Este testigo es S. Agustín. Agustín ha sido pecador, y ha gozado de esa libertad de que los mundanos se glorían. Ha saboreado los placeres; ha dado gusto á sus deseos; ha soltado la rienda á sus sentidos. Esta es la libertad que apetecen los pecadores. Agustín la amó y la gustó por algun tiempo. ¿Qué es, pues, lo que nos dice de ella? Oid, señores, como explica su situacion. «Yo, dice el santo, me creía libre, y ¡desgraciado de mí! no conocía que yo mismo me forzaba mis cadenas y que por mi propia voluntad era conducido á donde no quería llegar: *quoniam volens qui nollen perveneram.*» Yo estaba adormecido en el amor de los placeres del mundo, llevado por mis pasiones, encantado por los males que me llagaban; mi herida penetraba hasta el corazon, pero yo no lo conocía. Tú, ¡oh Dios mio! apoyaste tu mano sobre mi llaga para hacérmela sentir, y así clamase por tí, mi Médico y mi medicina: *sensum vulneris tu pungebas.* Yo te doy las gracias, ¡oh Señor! porque turbastes la falsa paz de mi corazon no dejándome dulzura en lo que no eras tú: *non sinebas mihi dulcescere quod non eras tu.* Yo te las doy porque sacastes á mi albedrío de este profundo y secreto cautiverio, haciendo brillar en mi mente la aurora de una libertad risueña hasta entonces desconocida para mí; libertad sencilla, cifrada en doblar gustoso la cerviz al suave yugo de Jesucristo: *de quo imo, altoque secreto evocatum est in momento liberum arbitrium meum, quo subderem servicem levi yugo tuo.*

Ponga ahora quien quiera en duda esa libertad increible para el mundo, porque verdaderamente ese es el delicioso fruto de la obediencia.

¡Oh dia venturoso el en que Jesucristo nos da tan importante leccion! Venid, Señor, venid al templo á enseñar al mundo á obedecer; venid, Señor, venid á mostrarle tu sumision al Padre celestial desempeñando sus mandatos. Venid, Señor, venid en seguida á Nazaret, y desde su retiro y soledad iluminad las tinieblas de los que por la rebelion se han hecho esclavos, para devolverlos á la libertad por obediencia. La desobediencia del primer Adan cautivó á todo nuestro linaje; la obediencia del segundo Adan lo rescató y libertó.

Esta es, señores, la importantísima leccion que nos dá la Sabiduría eterna, encarnada en este dia en que por la vez primera abrió sus labios en el templo para asombrar con sus respuestas y admirar con sus preguntas á los doctores de la ley. Esta es la ciencia del Crucificado que debeis enseñar con las palabras y el ejemplo, vosotros que sois los maestros de Israel.

Mil veces dichosas vosotras, esposas del Cordero, que siguiendo el ejemplo de vuestro esposo os habeis abrasado con la obediencia para alcanzar por ella la libertad verdadera que él nos adquirió: *libertas qua a nos Christus donavit.* ¡Con cuánta razon preferisteis vosotras el morir al mundo por la obediencia para esconder vuestra vida con Jesucristo en Dios! *mortui estis, sed vita vestra abscondite est cum Christo in Deo.* Ríase cuanto quiera el mundo y repute por locura nuestra doctrina; nosotros siempre nos gloriaremos de profesar abiertamente que la santa, verdadera, perfecta y única libertad, es la de seguir á nuestro Libertador humilde y obediente desde la cuna hasta la muerte, para ser exaltados con él á la herencia inmarcesible de la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

EL EVANGELIO DE LA INFRAOCTAVA DE LA EPIFANIA,

PREDICADO EN EL CONVENTO DE RELIGIOSAS DE JESUS MARIA DE MEXICO, EN LA FIESTA EN QUE CELEBRABAN

A JESUS PERDIDO,

EL 11 DE ENERO DE 1795, POR EL SR.

Dr. Don Juan de Sarria y Alderete.

Et aid ad illos: ¿Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis, quia in his, quae Patris mei sunt, opertet me esse?... Et descendit cum eis... erat subditus illis.

Luc. cap. 2, v. 49 y 51.

Y dice Jesucristo á sus Padres: ¿por qué razon me buscábais? Pues qué, ¿ignorabais que en aquellas cosas que son de mi Padre celestial me toca poner la atencion en primer lugar?... Y despues de esto se fué con ellos... y estaba sujeto á su obediencia. Así S. Lúcas en el cap. 2 de su Evangel. á los vers. 49 y 51.

De esta suerte, (1) Illmo. Sr., respondia el Hijo del hombre á sus Padres, que le hacian presente las fatigas

(1) A pesar de que este Sermon fué predicado hace muy cerca de cien años, nos complacemos en reproducirlo hoy, ya porque á causa de su mérito nos lo han recomendado personas amantes de que conservemos lo bueno

y sobresaltos que les habia causado su pérdida. De esta suerte queria contener delante de los Doctores de la ley la flaqueza del hombre terreno, la inconstancia de su espíritu, la dureza de su corazon, la violencia de sus pasiones, la altanería de sus juicios y la imprudencia de sus deseos. De esta suerte intentaba tambien por otra parte significar en lo que consistia la bondad del justo, las bellas disposiciones de una alma inocente, las excelencias de los escogidos de Dios, el carácter de los predestinados, el poder de la gracia y el saludable y copioso fruto de los santos. En fin, de esta suerte exponia los misterios del reino de Dios, los sacramentos de su casa, la gloria de su Tabernáculo, el honor de su trono y lo mas precioso de su imperio; porque con sus palabras: *nesciebatis, quia in his, quae Patris mei sunt, oportet me esse*, exhortaba á los hombres á guardar la fe y á exaltar la gloria de su Padre; y con su conducta: *erat subditus illis*, los estrechaba á no violar la fidelidad y la obediencia que les es debida á los superiores de la tierra.

Si el Hijo de Dios no hubiese venido al mundo con otras miras que las de formar una monarquía temporal y puramente humana: si las empresas de este nuevo Príncipe hubieran sido extender los límites de un imperio terreno mas allá de los mares; fundar un reino poderoso

aunque sea antiguo, y quizá por serlo, ya porque creemos que por su doctrina y por su forma es digno de figurar entre lo selecto que compone nuestro *Sermonario*. ¡Ojalá pudiésemos reproducir lo que á pesar de su valor literario yace sepultado entre el polvo de ignoradas bibliotecas! El dictámen del Sr. Dr. D. José Ruiz de Conejares, nombrado entonces censor por la Sagrada Mitra de la Metrópoli para la revision de esta pieza de oratoria sagrada, comienza con estas palabras: «Si el Sr. Dr. D. Juan de Sarria y Alderete no tuviera tan bien acreditado su talento para el púlpito en otros sermones que se han impreso, bastaria este que predicó en el convento de de Jesus María el 11 del próximo pasado Enero para adquirirle el título de sábio y excelente orador, etc.» Esperamos que la mayoría de nuestros suscritores opinará como el Sr. Conejares y aplaudirá la reproduccion.

EL EDITOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

capaz de domar las naciones, y hacer gemir al universo bajo el yugo de una dominacion tirana; si el fin de su venida no hubiera sido otro sino robar los Cetros ó usurpar las coronas, desentronizar á los Príncipes ó derramar la sangre, abatir las ciudades ó asolar los pueblos; si no hubiera traido otras ideas mas que las de la vanidad, la soberbia y la ambicion, léjos de hablar este idioma, ni de tratar de rendir la obediencia á los superiores, desde luego no hubiera pensado en otra cosa mas que en formar planes, levantar ejércitos, reglar armadas, ordenar expediciones para estremecer la tierra con el estrépito de sus armas, y sorprenderla con el estruendo y ruido de sus victorias; arrebatado de un humo de vanagloria, ó de un espíritu de elevacion, no hubiera aspirado á otra cosa mas que á elevarse sobre los Medos, Asirios, Partos, Persas y Romanos, y á borrar con sus hechos la memoria de Dario, la fama de Ciro y el nombre de Alejandro: al fin, si este hubiera sido el objeto de su venida ó la regla de sus obras, nunca hubiera podido ofrecer á los suyos otra recompensa que las riquezas de Creso y las delicias de Sardanápalo. Léjos de recomendarles el reino de los cielos, la herencia de los escogidos, la gloria de los justos y la fe debida á su Padre, no les hubiera puesto delante de los ojos otra cosa sino el reino de las tinieblas, el imperio del mundo y la pompa de Satanás: léjos de enseñarles la obediencia debida á las Potestades, los hubiera instruido en conspirar y elevarse sobre ellas; y de este modo, léjos de santificar la tierra, la hubiera pervertido, y en lugar de formar hombres pacíficos y celestiales, hubiera formado hombres sediciosos y turbulentos.

Pero no, Señores: él era el Rey de la paz, y no venia á mas que á apagar la guerra, serenar los ánimos y tranquilizar los espíritus; él era el Angel del Testamento eterno, y no venia á otra cosa mas que á establecer y confirmar las últimas alianzas; él era el Libertador de Judá, escogido para sacar á sus hermanos del oprobio del cautiverio; el nuevo Moysés que habia de rendir á Pharaon, arrancar de Egipto su pueblo, y conducirlo hasta la tierra de sus Padres; la Luz de Jerusalen, y no podia ménos que iluminar á los que dormian en las sombras y tinieblas de la muerte; la Gloria de Sion, la Estrella de Jacob, el Cordero del sacrificio, y solo debia consolar á los tristes, confortar á los flacos y purificar á los inmundos; por último, él era el prometido á Abrahan y á sus hijos los Patriarcas, el vaticinado de los Profetas, el anunciado en las figuras y el deseado de los collados eternos; y era preciso no hablase de otra cosa que del reino de los escogidos y de la tierra de las promesas; que sus obras fuesen de luz, sus palabras de vida, y sus máximas saludables; que declarase el camino de la verdad, demarcase las sendas de la perfeccion, y expusiese las obligaciones del hombre fiel y espiritual, porque este era todo el destino, y por decirlo así, el objeto de su mision.

En efecto: el Hijo de Dios, mientras conversó con los hombres, ni un solo momento dejó de hablarles de este reino espiritual que venia á levantar de en medio de ellos, y de esta Religion de paz y obediencia que venia á establecer para que el hombre antiguo quedase renovado y purificada la carne; pero en esta ocasion, que era la primera en que se presentaba al público para cumplir con su ministerio, quiso unir en sus documentos los respetos de religion y de política, de fe á Dios y de obediencia á los hombres. ¿Qué nos dicen esas misteriosas palabras que profirió Jesucristo en presencia de los sábios de la Sinagoga, y esa admirable obediencia con que se sujetó á unos Padres terrenos á vista de todo Israel, sino que haciendo florecer en medio de todas las naciones el culto de la Divinidad, y asegurando los tronos de las Potestades legítimas con la gracia de la Religion, iba á trastornar todas las profanas ideas que hasta aquí habia tenido un mundo soberbio y delincuente?

Sí; un mundo que habia de ser renovado por la gracia del Salvador, era ya tiempo de que abandonase todas sus antiguas ideas: un mundo que iba á ser poblado de nuevas criaturas, de hombres celestiales, debia ya deponer

los sentimientos de todas sus antiguas pasiones: nuevas inteligencias, nuevos deseos, nuevas operaciones deben suceder á la furia de las inclinaciones terrenas. Hasta aquí el hombre, sediento de su propia gloria, habia aspirado á ella con los mas violentos esfuerzos: él habia intentado abrirse por sí mismo un camino para avanzar su cumbre: él corria apresuradamente á buscarla por unas sendas por donde jamás habria llegado á ser feliz; y él no rendia la obediencia á sus superiores sino porque los veía con la mano armada, y rodeadas sus personas de la fuerza y el poder de las Legiones. Pero ya esta sed insaciable de gloria, esta ambicion desordenada y esta altanería orgullosa, parece que van á quedar extinguidas. El hombre pensó como hombre mientras que no fué mas que hombre antiguo y hombre terreno; pero ya va á ser levantado á otra esfera, va á ser incorporado en las ramas de una raiz santa, va á entrar en una generacion escogida, y ya debe mudar de pensamientos: se debe olvidar de sí mismo: no debe buscar una felicidad inconstante, aparente, imaginaria y pasajera, ni debe llenarse de orgullo contra las Potestades que el Altísimo ha puesto sobre su cabeza.

Mientras que él no habia vivido sino entre las sombras y figuras de los misterios: mientras que no habia sido ilustrado y esclarecido con la luz del Sol de Justicia que habia de visitar la tierra: mientras que las nubes no habian llovido sobre él la verdad, y no habia visto sino entre símbolos é imágenes al Dios grande que habia de nacer de la posteridad de Abrahan, está bien que no conociera otra gloria que la suya propia, ni bajara su cerviz sino á la fuerza y al poder armado. Pero vino ya el Príncipe de la paz á tomar posesion de su Imperio: ha entrado ya el Padre del siglo futuro en el Santuario: Jesucristo Dios Redentor se dejó ya ver en medio de las naciones: él habla, él dice que las cosas de su Padre deben ser atendidas por el hombre en primer lugar; y él, sin embargo de ser el Dios fuerte, se somete á la obediencia de las Potestades de la tierra: pues se desvaneció ya ese vapor de gloria y soberbia mundana que el hombre se habia figurado, y porque anhelaba con tan impetuoso ardimiento: ya no hay mas gloria que dar honor á Dios y obediencia á los superiores de la tierra. Sí: porque esta es la señal y el carácter del hombre cristiano: esta es su profesion, su ley, su doctrina, y todo el fondo y sustancia de su Religion: todo lo demas es un fantasma, un espectro de gloria, una sombra que huye, un humo que se desvanece, un teatro que se hunde y queda sumergido en la nada: y ved ahí delineado ya y propuesto todo el asunto. ¿Eres hombre verdaderamente cristiano? Luego debes con Jesucristo dar gloria á Dios guardando su fe. ¿Eres hombre verdaderamente cristiano? Luego debes como Jesucristo observar obediencia y sumision á las legítimas Potestades. Tales son las dos proposiciones que explican y dividen el Discurso, y deben ser todo el argumento y materia de la Oracion.

Ni la naturalidad con que se deduce del Evangelio esta idea: ni la presencia de V. E. y este respetable tribunal, en quienes veo resplandecer el ejercicio de aquella suprema potestad legislativa que el Altísimo depositó en las manos de nuestro Soberano: ni el recuerdo que me avivan estas paredes, de aquellos hombres ilustres que penetrados de fe á Dios y de amor á nuestros Monarcas fundaron este Real y esclarecido Monasterio para refugio de las hijas de los conquistadores de este reino: nada de esto pudiera haberme hecho adoptar este pensamiento, temiendo con solo proponerlo, ofender á todo el que se precie de católico; pero las circunstancias del tiempo me fuerzan á que siguiendo el ejemplo de los Padres de la Iglesia, que en sus homilías siempre procuraban confutar la heregía ó vicio dominante, á que yo levante el grito en medio de Israel, y como Ministro, aunque indigno, del Dios de la verdad, anuncie al pueblo cristiano estas dos verdades, á ver si con su luz puedo desterrar esta oscura y tenebrosa sombra que intentan introducir en todas partes los enemigos de la fe y de los Un-

gidos del Señor. ¡Ojalá y que yo pueda tratarlas dignamente y grabarlas en el corazon de todos mis oyentes! Pero conociendo mi insuficiencia, y la poca eficacia de mis palabras, os suplico me ayudeis á implorar de aquel Señor Sacramentado la gracia que necesito, poniendo por intercesora á la Santísima Vírgen su Madre y nuestra Protectora, obligándola para ello con la oracion acostumbrada: Dios te salve María, etc.

Sin la fé, imposible es agradar á Dios y glorificarle. (S. S. S.) verdad infalible anunciada por el Apóstol (1). Un hombre sin fé, es un hombre que ni es hijo de Dios ni miembro del cuerpo de Jesucristo: es un hombre que está privado enteramente de las gracias de Jesucristo: de estas gracias, digo, que nos reforman, nos santifican y nos renuevan: es un hombre que no puede tener derecho alguno al reino y á la herencia de Jesucristo; porque no siendo de este cuerpo místico, cuyos miembros eslabona y une entre sí la fe de la Religion, ni participa de los influjos de su cabeza, ni comunica con los demas miembros, ni conoce la gracia de los Sacramentos, ni penetra los medios de santificarse, ni entiende su último destino, ni está capaz de merecer ni hacer obra alguna que sea aceptable y digna de los ojos de Dios: y ved aquí por qué estamos obligados, para agradar á Dios y darle gloria, á instruirnos y fundamentarnos en la fe, á rendir con docilidad nuestra razon á las verdades de la fe, á conservar y custodiar este precioso depósito de la fe, á promoverla en cuanto esté de nuestra parte, y á adelantar todos sus progresos.

¿Y cuál es la idea de esta fe? ¿Qué es esta fe de que

(1) Sine fide autem impossibile est placere Deo. Apost. Epist. ad Hebr. cap. II. v. 6.

yo hablo, esta fe que yo propongo con el Tridentino como cimiento de la Religion, principio de nuestra salud, (1) orígen y raíz de nuestra justificacion? Ya la ha declarado el mismo Dios por la boca del Apóstol y doctor de las gentes: la fe es el fundamento y el apoyo de aquellas irrefragables verdades á cuyo conocimiento y penetracion no puede elevarse el entendimiento criado por su propia fuerza y virtud: quiere decir: la fe es la ciencia, la idea, la noticia de los oráculos y revelaciones que Dios ha rendido y comunicado á los hombres: un conocimiento firmísimo é invariable de aquellas promesas ó amenazas cuyo cumplimiento aguardamos: en fin, una certidumbre respecto de la cual no puede haber otra mayor: una certidumbre de todas las verdades reveladas que han venido hasta nosotros perpetuadas por la Escritura ó trasmitidas por la tradicion: verdades, que siendo por sí de un órden superior y divino, no puede remontarse á ellas la razon humana, por mas ingeniosa y perspicaz que sea, sino auxiliada y sostenida de la misma fe: verdades al fin, que no pendiendo de modo alguno su consistencia y solidez de reflexiones ni argumentos, no puede la creencia de todas ellas refundirse en otro principio que en la suprema autoridad de la revelacion y en la suma veracidad del Dios que las testifica y promulga: *Est autem Fides sperandarum rerum substantia* (2) *argumentum non apparentium.*

Esta fe que nos ha definido el Apóstol, es el principio de todas las operaciones, felicidades y glorias del cristiano; porque ella no solamente nos inspira proyectos elevados, generosos sentimientos y empresas heróicas, sino que insensiblemente nos conduce á ellas, y no nos desampara hasta coronarnos con el laurel del triunfo, y poner en nuestras manos la hermosa palma de la victoria: ella, no solamente es un escudo que nos fortifica, ó un muro

[1] Fides est humanæ salutis initium, fundamentum, et radix omnis justificationis. Concil. Trid. sess. 6. cap. 8.
(2) Apostol. Epist. ad Hebr. cap. II. v. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que nos proteje, sino tambien una antorcha resplandeciente que nos alumbra, y un astro luminoso que nos anima y vivifica con sus rayos: ella sostiene la esperanza é inflama la caridad, enciende las virtudes, fomenta los deseos santos, y viene á ser la sustancia, el aliento, la respiracion y la vida (1) del hombre fiel. Si la piedad se eleva, si florece la paz, si se intercepta el error, la fe es quien promueve estos hechos ilustres, y quien les dá esclarecimiento. A la manera de un rio impetuoso, que con sus avenidas hace fértiles las campiñas al tiempo que las purifica, á este modo una fe viva y despejada, borra del corazon las torpes impresiones del vicio, apaga el fuego de las pasiones, restituye la razon á su antigua serenidad, y hace que el espíritu se fortifique y se renueve.

¿Hay por ventura alguna obra de perfeccion ó alguna práctica de virtud en que la fe no entre á ocupar un lugar eminente, y á ser, digamoslo así el primer móvil? El retiro de los solitarios, la abstinencia de los Anacoretas, las prolongadas vigilias de los monges, la penitencia de los confesores, la constancia de los Mártires, la integridad de las vírgenes, todo esto, digo, ¿sobre qué otra cosa estribaba mas que sobre la fe de la resurreccion de la carne, de la inmortalidad del alma, y de un suplicio ó premio eterno? Digo mas: los prodigios y maravillas de la gracia, que han testificado la verdad de la religion y confundido el fanatismo de los sectarios, son otros tantos monumentos de la fe de los creyentes, llamados á ser instrumentos de tales obras: montes trasladados de una parte á otra: peñascos derretidos: globos de fuego precipitados desde las nubes: depósitos de agua convertidos en sangre: nieblas espesas derramadas sobre la tierra: copiosas plagas de animales devoradores, son como unos bostezos de la fe de aquellos hombres ilustres por cuyas manos se ejecutaron tales portentos. Por mas que se fatigue el discurso y se estienda á los siglos remotos, jamás encon-

(1) Justus autem meus ex fide vivit. Apostol. Epist. ad Hebr. cap. 10, v. 38.

trará prodigio que no tenga en la fe su principio, su complemento, su apoyo: gigantes humillados: ejércitos de idólatras vencidos: las murallas de Jericó puestas en tierra: el sol detenido: el Jordan dividido: abierto el mar Rojo, vienen á ser otros tantos oráculos que compruebban la fe de los primeros Patriarcas: enfermos restablecidos, nervios consolidados, ciegos y cojos sanos, muertos resucitados á sola la voz del hombre, con solo el tacto de sus vestidos, ó con sola la sombra de su cuerpo, son otros tantos testimonios de la fe de los héroes de nuestra Religion.

En efecto: sin la fe no puede haber portento ni maravilla; porque sin ella tampoco puede haber virtud alguna sobrenatural, por ser como el principio, la raiz y el cimiento (1) de las demas. ¿Quién ha de invocar á un Dios que ignora? ¿Quién ha de amar una Bondad que no conoce? ¿Quién ha de confiar en una misericordia de que no tiene alguna idea? ¿Quién ha de desear unos premios ó temer unos suplicios de que no ha tenido alguna noticia? Sin la fe, pues, no puede haber actos de esperanza ni de amor divino; porque ella solamente es la que señala el término y manifiesta el objeto de estas virtudes: ella solamente es quien abre los senos de la eternidad, quien corre el velo del Santuario y nos descubre el trono de la Divinidad con toda su inmensidad, con toda su sabiduría, y con todos aquellos atributos que la hacen amable y piadosa. Sí señores: la mano de la fe es quien nos levanta con anticipacion las puertas del cielo: quien eleva nuestra débil razon sobre las estrellas: quien engendra en nosotros estas magestuosas ideas del Ser Supremo: quien nos revela los altos y soberanos misterios de la Trinidad y de la Encarnacion: quien nos manifiesta su infinidad, su bondad, su misericordia: quien nos descubre sus gracias, sus dones, sus premios, sus suplicios, en fin, las riquezas de su amor y los tesoros de su

(1) Fides virtutum omnium stabile fundamentum est. S. Ambros. in Psalm. 40.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria, en aquel modo en que pueden penetrarse y entenderse sus atributos y perfecciones por una criatura que no es mas que polvo y ceniza.

Tales son las verdades y soberanos misterios que nos representa la fe: verdades que dejó el Señor depositadas en el seno de su esposa la Iglesia, y que esta ha conservado y conservará hasta la consumacion de los siglos, como que son el tesoro y la herencia de Jesucristo. De aquí es que solamente la Iglesia es la columna (1) y el firmamento de la verdad: que fuera de ella no hay mas que ilusiones, errores, escándalos y dogmas abortados por el infierno: que es menester vivir en el centro de ella, esto es, en su incorporacion y unidad, para ser del número de los creyentes: que ella solamente es la regla constantísima é inalterable de la fe y de la Religion: que á ella es únicamente á quien pertenece el derecho de explicar y decidir las controversias, determinar y concluir la verdad del dogma, proponer y discernir la revelacion; porque en ella quedaron archivadas todas las verdades de la fe, ya en el seno de las Escrituras, ya en el depósito de la tradicion; porque ella es á quien se le comunicó la doctrina del cielo, ya por medio de los libros canónicos, ya por medio de la palabra de Jesucristo: palabra que ha venido de generacion en generacion hasta nosotros, de padres á hijos, de Jesucristo á los Apóstoles, de los Apóstoles á los Pontífices Romanos y demas Pastores de la Iglesia: palabra que constituye el cuerpo y oráculo de las tradiciones: palabra que no fué escrita en su orígen, pero que no deja por eso de tener la misma autenticidad, la misma dignidad, la misma fuerza que cualquiera otra sentencia de los libros sagrados; y así San Pablo, aquel Apóstol que recibió el Evangelio de la boca de Jesucristo, encargaba tanto la conservacion y custodia del sagrado depósito (2) de la tradicion: palabra en fin, que no viene ni puede venir á nosotros sino por el órgano de la Iglesia, y esto hacia prorrumpir á San Agustin en la expresion de que él no daria crédito al Evangelio de Jesucristo, si no lo hubiera propuesto (1) y declarado como tal la infalible autoridad de la Iglesia.

(1) Apostol. Epist. I. ad Timoth. cap. 3. Ecclesia Dei vivi columna, et firmamentum veritatis.

(2) Itaque fratres state: et tenete traditionis, quas didicistis. Apost. Epist. 2. ad Thesalonis. cap. 2 v. 14.

Ved ahí, cristianos, el orígen, la autoridad, la excelencia y sublimidad de nuestra fe; pero ved ahí lo que tambien nos carga y llena de deberes para con esta fe que hemos recibido del cielo: deberes que no cumpliremos, mientras no creamos constante, firmísima é infaliblemente todas las verdades, todos los misterios que esta fe nos enseña y la Iglesia nos propone. No, no basta negar cualquiera de los artículos que ella enseña, es menester no dudar acerca de su veracidad; porque la fe excluye indefectiblemente toda duda, toda sospecha de error ó de ilusion; porque todos sus misterios descienden igualmente del centro de la infalibilidad, del supremo orígen de la verdad, ó, por mejor decir, de la verdad misma, que es Dios. Y veis aquí en lo que principalmente consiste todo el mérito de la fé; porque siendo ella oscura por su naturaleza, y no habiendo en toda la capacidad y esfera del entendimiento humano razones, argumentos, discursos que la convenzan y testifiquen, de tal suerte sujetamos y rendimos á Dios todas nuestras luces, que creemos y adherimos firmísimamente á cuanto nos dice y revela, sin otra causa ni razon que su divino testimonio, y ser de Dios la misma veracidad.

Sí: esta es la obligacion que nos impone la fe que recibimos y profesamos en las aguas santas: obligacion que no llenaremos debidamente si no nos dedicamos á protegerla, á conservarla y custodiarla; si no estamos dispuestos á derramar la sangre por ella, y á perder la vida ántes que dudar de algunas de sus verdades. ¡Pero lo ejecutamos así? ¿Tenemos esta firmeza que pide de nosotros la fe? ¡Ah! Yo me asombro y lleno de horror cuando con-

(1) Ego vero Evangelio non crederem, nisi me Catholicae Ecclesiae commoveret autheritas. August. libr. contra Epistol. Manich. cap. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

templo en medio del cristianismo á muchos que, ó miran los misterios de la fe con una indiferencia como pudieran los paganos, ó se mantienen tan insensibles en la observancia de sus principales máximas, que parece no reservan en sí otras señales de cristianos que el nombre que recibieron en el dia de su regeneracion. Ellos es verdad que están marcados con un carácter indeleble: que fueron lavadas y purificadas sus almas con las aguas misteriosas de Siloé: que renunciaron las pompas de Satanás en manos del sacerdote de Dios: que se alistaron en las tropas veteranas de la Iglesia, y juraron delante de los altares creer todo lo que Jesucristo habia firmado con su sangre; pero tambien es verdad que si tenemos de hacer juicio de sus interiores por sus obras, es preciso confesar que allá en lo íntimo de su corazon, en lugar de tener grabada esta fe celestial que gustó el Señor revelarnos, tienen esculpidos unos sentimientos depravados contra ella, tales como los puede formar un heresiarca protervo, y que ya guardan el nombre de cristianos solo por contemporizar á la nacion donde están situados; pero que con la misma facilidad que se nombran católicos entre nosotros, se tendrian por musulmanes en el Asia: que con la misma indiferencia que queman incienso á los pies de los altares del verdadero Dios, lo ofrecerian tambien en obsequio de los ídolos: y que con la misma indolencia con que asisten en nuestras Iglesias á ver celebrar los augustos y soberanos misterios de nuestra Religion, se presentarán en los teatros profanos á oír representar la disolucion de una Venus lasciva.

¡Ah! Que los Profetas adoradores de Baal tratasen de extinguir el culto del Dios de Judá, no debe causar admiracion; pero que los Ministros del Señor abusasen del Sacerdocio eterno para apartar á Israel del sacrificio, ¡qué funesto pronóstico para la casa y generacion de Helí! Que el impío Antioco robase y despojase el templo de Dios, cosa triste fué; pero que Menelao se valiese de su sagrado carácter para conducir al sacrílego profanador hasta dentro del Santuario, fué cosa abominable: que

los Escribas y Fariseos conspirasen contra Jesucristo, este fué efecto de su deplorable ceguedad; pero que uno de sus Discípulos ofreciese entregarles á su divino Maestro, fué el mas horrible atentado: quiero decir, que los libertinos, los herejes, los deistas, y todos esos horribles mónstruos que están produciendo los tiempos presentes, conspiren contra la Iglesia y quieran arrancar de raíz los fundamentos de la fe, es una maldad grande, hija de su funesta reprobacion; pero que nosotros, que hemos nacido católicos, que hemos sido nutridos con la pura y saludable leche de esta Religion inmaculada, y que hemos logrado que todas las naciones de la tierra nos distingan con esta gloriosa calificacion: que nosotros vayamos desamparando el fervor de nuestros mayores, y desacreditando nuestra creencia con la relajacion de nuestras costumbres, esto sí que es digno del mas tremendo juicio.

¿Para qué necesita la fe mas tiranos, mas perseguidores, mas verdugos que estos malos cristianos? El cuchillo de los emperadores idólatras intentó acabar con la fe; pero no hizo otra cosa que radicarla, aumentar sus triunfos y firmar sus héroes: mas el cristianismo abandonado á sus pasiones y entregado á nuevas opiniones, no hace mas que ir debilitando insensiblemente la fe, introduciendo la relajacion y el escándalo en medio de los pueblos, y echando por tierra los fundamentos mas sagrados de la piedad, de la devocion y de la religion. Cristianos, estemos siempre alerta para no atender á los silvos de estas serpientes venenosas que, á pesar de la vigilancia del ministerio y del celo de nuestros pastores, suelen andar entre nosotros: no demos asenso á asercion alguna que no sea propuesta y aprobada por la Iglesia: mantengámonos firmes y constantes en la fe de nuestros mayores, que así cumpliremos con las obligaciones de verdaderos cristianos; así llenaremos perfectamente los deberes que nos impone la fe; así podremos honrar y glorificar á Dios; y así desempeñaremos las reglas de política que nos de-

jó Jesucristo en el mundo obedeciendo á los superiores de la tierra, que es la segunda parte de mi Oracion.

Segunda parte.

Por mas que se fatigue el mundo, por mas que se esfuerce y desvele en trabajar un mapa ó plan perfecto de política, son tan frias sus inteligencias y tan vulgures sus ideas, que ni dicen lo que es política, ni descubren su fondo, ni significan su carácter: los hombres que siguen sus máximas y huyen de las de la religion, de ordinario (bien que injustamente) llaman fino y elevado político al que oprime al infeliz por complacer al poderoso: al que le abate y domina por usurpar sus preeminencias: al que menosprecia al caido (si acaso no lo ultraja) por lisonjear al que fué el autor de su ruina: al que mueve con prontitud todas sus máquinas por robar la atencion ó conquistarse el aplauso: al que enciende intempestivamente la tormenta y sabe apagarla con industria: al que llevando un corazon infecto con el odio, con el vil furor y con el deseo de la venganza, ostenta en el rostro las gratas dulzuras de la paz: al que por hablar al gusto de quien le favorece, celebra lo injusto y vitupera lo loable: de una vez lo digo: al que varia el semblante segun se muda la fortuna, semejante á los nublados, que se descubren mas ó ménos oscuros conforme á la distancia de donde les dispara el sol la luz. En juicio de estos, ni el antiguo Joseph, ni Moysés pudieron ser modelo de política en la Corte de Pharaon, ni Judith en Betulia, ni Esther en los Palacios del rey Asuero. Por otra parte, segun las reglas del mundo, político es aquel que se presenta con ostentacion, que habla con imperio, que responde con gravedad, que sostiene los empeños de su altivez, que satisface los desarreglados y exquisitos antojos de su vanidad, y que lleva delante de sí un lucido aparato, ó un tren magestuoso, como si la política estuviese reducida á los profanos ornamentos de Egipto, vinculada sobre las opulencias de Tharsis, ó establecida sobre los tesoros de Ophir.

Pero estas ideas, á mas de frívolas, son flacas, y fácilmente se destruyen. la carne y la sangre las inspiran, y no las alimenta otra cosa que el fuego voraz de las pasiones. Luego que estas duermen, ó porque cansadas se retiran, ó porque pierden su vigor: despues que la naturaleza, fatigada por la pesada carga de los años, no es para otra cosa que para el sepulcro, ni le resta mas que el frágil polvo, que ha de ser la morada de su descanso hasta que llegue el dia de la renovacion: en fin, así que las potencias, desembarazadas de las impresiones terrenas, abren franca puerta á las luces de la religion, entónces se levanta el velo que detenia la vista: todas las cosas se ven palpablemente y como son en sí, y se toca con evidencia el desengaño: desde entónces se olvida la construccion de estas vanas torres que querian competir con el firmamento, y se confunde repentinamente el idioma: ya no se habla el antiguo, sino uno nuevo, escondido á los que, como Baltasar, se embriagan en las mesas de Babilonia con el vino de las torpezas: ya se empieza á entender cómo los pensamientos pasados eran temerarios, é injustos los juicios: ya se conoce claramente que la política es otra cosa mas ilustre, mas noble, mas generosa, mas perfecta, de mérito mas crecido y de valor mas estimable: en fin, se empieza á saber á fondo lo que es política, y á borrar la memoria de lo que se pensaba distinto de lo que era.

A la verdad: la política, como mira á fines mas altos, es de consecuencias mas gloriosas: los negros vapores con que la pintan los mundanos, son unos conceptos viciados que no describen su ser, sino lo oscurecen: no lo ponderan, sino lo infaman; porque sí, como dijo elocuentemen-

te Critolao, (1) todo el oro que está extendido por la tierra, y el que no se ha extraido aún del sombrío vientre de las minas, no equivale á la menor de las virtudes. ¿Qué honroso y sagrado no habrá de ser el carácter de la que tiene por uno de sus objetos la obediencia? Tal es una de las basas sobre que se eleva la política; porque no ignorais que todos los príncipes de la moral no dan mas destino á la política que la direccion de la república. (2) ó bien sea esta una monarquía dilatada, ó bien una familia corta y reducida: uno de sus principales objetos es, que el pueblo reciba con sumision las constituciones de los gobernantes, que el inferior escuche con respeto la voz de quien le manda, y que el súbdito guarde con puntualidad las leyes que la naturaleza estableció y Dios le impuso sobre el respeto debido á las magestades de la tierra.

Ved aquí los deberes mas sustanciales de la política; porque ni el vasallo mas poderoso, ni el inferior mas miserable, jamás podrán contarse en el número de los políticos, ni adornarse con insignias tan honorables, si recalcitran la obediencia ó sacuden la sujecion. No, no espereis que vaya para confirmaros en esta doctrina á desenvolver los libros de los romanos, los escritos de los griegos, la moral de Séneca, la política de Aristóteles, y las máximas de Sócrates ó de Solon: voy sí á buscar en Sion la ley, y en Jerusalen la palabra eterna que he de anunciar al pueblo: voy á sacar de los senos del Tabernáculo el fuego que ha de arder en el Santuario, y la gloria que ha de llenar la casa del Señor de Israel: voy á extraer, no de otra parte que de la Arca, el sustento de los israelitas y el código de sus institutos: en fin, voy á recibir del Propiciatorio los oráculos que se han de rendir en el templo. Es decir: las virtudes, aun aquellas que son morales y de su naturaleza civiles, no las hemos de establecer sobre otro principio, ni apoyar en otro funda-

(1) El Cond. Man. Thesaur lib. I. fol. II.
(2) El mismo lib. 17. cap. 12 fol. 299.

mento que en la voz de la religion, que las ha abrigado ya en su seno, y las ha, digámoslo así, cristianizado.

¿Y qué otro testimonio puedo poner á vuestra vista mas autorizado que el del mismo divino Autor del cristianismo? En efecto: de toda la vida de Jesucristo se puede afirmar con San Pablo, que fué un estado de obediencia y de sumision: *factus obediens* (1) *usque ad mortem*. Si Augusto promulga un edicto de empadronamiento general, aun ántes de nacer ya va con sus padres (2) á cumplir fielmente con los preceptos del César: si nace, desde luego se somete á la obediencia de unos padres terrenos, y no deja de respetarlos y de adherirse á sus preceptos sino faltándole la vida: *et erat* (3) *subditus illis*. Si los judíos le preguntan si será lícito pagar contribucion al emperador, con aquella misteriosa respuesta: *reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari*, (4) *et quæ sunt Dei Deo*, los enseña á honrar á la magestad imperial, y á rendirle el tributo que le pertenece de justicia. Si es presentado ante el tribunal público de la Judea, y reconvenido por el presidente si no sabe que reside en él autoridad para quitarle la vida: léjos de negársela se la confirma diciéndole: que no la tuviera (5) si no la hubiera recibido del cielo: y si es condenado á muerte ignominiosa, padece y sufre con resignacion la injusta y abominable sentencia que se dá á su inocencia.

¡Oh hombres! que por razon de vuestra condicion y por derecho de la naturaleza debeis la obediencia á vuestros soberanos y á cuantos están encargados de vuestro gobierno, y que en ella, como confiesan todos los filósofos, está el principio y fin de la política que corresponde á vuestro estado: no os canseis en ir á buscar ejemplares

(1) Apost. Epist. ad Philipp. cap. 2 v. 8.
(2) Luc. cap. 2 v. 4 y 5.
(3) Luc. cap. 2, v. 51.
(4) Matth. cap. 22 v. 21.
(5) Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. Joann. cap. 19 v. 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por la gentil antigüedad: en Jesucristo teneis el Maestro que os dió preceptos de obediencia y no se excusó de practicarlos. Sí: Jesucristo Dios poderoso, Dios eterno, Dios inmenso, Dios infinito, que fijó los fundamentos del orbe, que produjo los entes de la nada, que sostiene la máquina del universo, y que no cabe en la vasta extension de todos los espacios posibles, este se sujetó para enseñarnos á respetar á los superiores. Jesucristo, el Hijo del Excelso, aquel que habia sido engendrado en la eternidad y entre los resplandores inmensos y divinos, que era la alegría y delicia de los cielos, Dios grande, Dios magnífico, Dios por su orígen, Dios por su propia esencia: este, en cuanto hombre, pagó (1) tributo al césar, para instruirnos á venerar y honrar á los monarcas. Por último: Jesucristo, aquel que era la misma santidad, la fuente y el orígen de toda virtud, que era reconocido honrado y respetado de los Tronos y Dominaciones, y que tenia en sus manos el destino y felicidad de todas las naciones de la tierra, este sufrió una muerte ignominiosa, para hacernos ver cómo hemos de temer respetuosamente las iras de los príncipes.

¿Y podrás ya, oh mundo tenebroso, inventar máquinas, mover resortes y aparejar tramoyas para sacudir el yugo ó clamar contra la soberana autoridad de los Príncipes de la tierra? ¡Ah! Bien sé que en estos tiempos has abortado espíritus revoltosos, inquietos ó inícuos, que con razones ilusorias y sofísticas han querido apoyar el mayor delito, justificar la mas atroz infamia, cohonestar el tumulto y autorizar la rebelion; pero leed, con sinceridad y perspicacia el Evangelio, examinad la sagrada historia de la Iglesia con una reflexion no ménos séria que imparcial, y vereis rebatidas esas ideas sangrientas, y tan injustas como tiranas: aquello sería lo mismo que para buscar la serenidad engolfarse voluntariamente en un mar furioso, agitado y embravecido: lo mismo que ir á gozar de la vida entre las agonías y convulsiones de la

(1) Matth cap. 17 v. 26.

muerte: lo mismo que querer encontrar la paz entre las agitaciones y fieros remordimientos del infierno.

¡Oh David! Tú ni aun en los raptos de aquel espíritu que te hacia profetizar, llegaste á conocer este inícuo contrato social que han promovido los filósofos de nuestros tiempos, cuando sin embargo que te constaba la reprobacion de Saul, y que el derecho de su corona se habia trasladado á tus sienes, nunca te atreviste, ni permitiste á alguno de los tuyos, (1) tocar á la sagrada persona del Ungido del Señor. ¡Oh Pedro! Tú, sin embargo de haber recibido ciencia infusa para el gobierno de la grey de Jesucristo, no conociste este infame contrato social, cuando en tu primera carta, como cabeza universal de la Iglesia, nos mandas obedecer á toda potestad humana, porque en ella resplandece la autoridad de Dios; al Rey que la representa principalmente y por excelencia, y á sus Gobernadores porque son enviados por él: y no pareciéndote esto todavia suficiente, un poco mas abajo nos vuelves á estrechar á tributar honor á la potestad real, y á estar sujetos con todo género de temor y de respeto á nuestros Señores temporales, no solo á los buenos, blandos y modestos, sino tambien á los díscolos, y segun la significacion de la voz griega, á los ásperos, duros ó crueles: *subjecti igitur* (2) *estote omni humanae creaturae* (3) *propter Deum: sive Regi quasi praecellenti, sive Ducibus tanquam ab eo missis... Regem honorificate, servi subditi state in omni timore Dominis non tantum bonis et modestis, sed etiam* (4) *discolis.*

(1) Venerunt ergo David, et Abisai.....et invenerunt, Saul jacentem, et dormientem in tentorio, et hastam fixam in terra ad caput ejus...Dixitque Abissai ad David: concluxit Deus inimicum tuum bodie in manus tuas: nunc ergo perfodiam eum lancea...Et dixit David ab Abisai: no interficias eum ¿quis enim extendet manum suam in Christum Domini, et innocens erit?... Propitius sit mihi Dominus, ne extendam manum meam in Christum Domini. Reg. I, cap. 26.

(2) Apost. Petr. in Epist. I, cap. 2, vv. 13, 14, 17 y 18.

(3) Creaturæ, hoc est, Potestati: sic intelig. hunc loc. omn. PP. y DD.

(4) Discolis, hoc est, asperis secund. significat voc. græc. Vide Du-Hamel in loc. cit.

¡Oh Pablo! Tú, no obstante de haber sido arrebatado hasta el tercer Cielo, y habérsete allí revelado los misterios mas escondidos, no llegaste á tener conocimiento de este vil contrato social, cuando en tu carta á los Romanos nos dices, que todo hombre debe estar sujeto á las sublimes (1) Potestades: que toda potestad viene de Dios: que quien resiste á esta potestad, á la ordenacion de Dios resiste: que no lleva en vano el príncipe ceñida la espada en la cinta; porque él no es otra cosa que un ministro de Dios, que de su parte premia á los buenos y castiga á los malos, y que por esto estamos obligados á obedecerlo, no solo por el temor de la pena, sino porque nos estrecha á ello la conciencia: y no satisfecho aún con esto, á tu amado Tito te empeñas en encargarle que amoneste y exhorte á los fieles de su Iglesia (2) á estar siempre obedientes y sujetos á los reyes, príncipes y potestades. ¡Oh Andres! Tú aunque fuiste discípulo del Buautista, y el primero que siguió á Jesucristo, entre tantas máximas como te enseñaron estos dos Maestros, seguramente no llegaste á oir jamás la de este impío contrato social, cuando habiéndose tumultado el pueblo de Patras en tu defensa, aquietaste la sedicion, y le dejaste expedita su autoridad al procónsul Egeas (3) para quitarte la vida.

¡Ah, santos que edificásteis la tierra con vuestras obras! ¡justos que condenásteis la pompa del mundo con vuestra austeridad! ¡Almas inocentes que sacrificásteis vuestra carne al rigor del ayuno, y fuísteis víctimas de la penitencia! Gloriosos mártires que derramásteis la sangre por la fe! Vosotros nunca llegásteis á conocer este abominable contrato social; porque aunque ocupásteis las cárceles, cruzásteis los mares, llenásteis los destierros y comparecísteis injustamente en los tribunales: aunque regásteis los campos con vuestra sangre, los montes con vuestro sudor y los valles con vuestras lágrimas: aunque os vísteis, digo, insultados en los pueblos, asaltados en los caminos, acosados en las grutas, perseguidos en las breñas, sacados violentamente de las cavernas mas ocultas, y oprimidos por todas partes con la crueldad y tiranía de los edictos imperiales: vosotros, en medio de todas estas calamidades, levantábais vuestras manos al cielo, y le pedíais (1) por la salud del César, por la gloria de sus armas, por la felicidad del imperio. ¡Ah, héroes esclarecidos de la religion y del cristianismo! Vosotros.....

¿Pero dónde voy yo? ¿Acaso he venido á molestar vuestra atencion acumulando ejemplares y autoridades que dicen lo mismo, que prueban lo mismo? Todos, todos siempre han tenido la obediencia y veneracion á los soberanos por un punto del mas riguroso precepto.

Fatíguense enhorabuena esos espíritus sediciosos y turbulentos: apresúrense, apúrense, debilítense, lleguen si gustan al extremo de evaporarse, por introducir en el mundo ese sistema destructor de la religion y de la humanidad: ese sistema, digo, inicuo, infame y abominable: ellos jamás podrán autorizarlo con otros testimonios que el de un superficial é inconsecuente Voltaire, que el de un atrevido é insolente Rousseau, y el de otros tan sacrílegos como estos, cuyos nombres solos deben llenar de horror á todo cristiano; pero que la veneracion y obediencia á los gobernantes es una de las máximas mas principales de nuestra inmaculada religion, esta es doctrina expresa del Evangelio: esta es doctrina que nos en-

(1) Omnis anima Potestatibus sublimioribus subdita sit: non est enim potestas nisi á Deo: quæ autem sunt á Deo ordinatæ sunt. Itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit...¿Vis autem non timere potestatem? Bonum fac, et habebis laudem ex illa: Dei enim Minister est tibi in bonum. Si autem malum feceris, time: non enim sine causa gladium portat. Dei enim Minister est: vindex in iram ei, qui malum agit. Ideo necessitate subditi estote non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam. Apost. Epist. ad Rom. cap. 13 vv. 1, 2, 3, 4 y 5.

[2] Admone illos Principibus, et Potestatibus subditos esse. Id. Epist. ad Tit. cap. 3, v. 1.

[3] Eccles. in lect. Offic. ejusd. S. Apost.

(1) Vid. Tertul. y Justin. Mart. in suis Apolog. pró Christian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señó Jesucristo: esta es doctrina que nos predicaron los Apóstoles: esta es doctrina que nos apoyaron con su ejemplo los fieles de los primeros siglos: esta es doctrina que practicaron los padres de Nicea con Constantino, los de Constantinopla con Teodosio el Grande, los de Efeso con el jóven Teodosio, los de Calcedonia con Marciano, los de Constanza con Segismundo, y los de Trento con Cárlos V, Fernando I, Felipe II y demás testas coronadas: esta es doctrina que sostuvieron San Policarpo en la Jonia, San Ireneo en la Francia y San Justino en la Italia: (1) esta es doctrina que enseñaron Gregorio y Gerónimo en Roma, Ambrosio en Milan, Agustin en Hipona y Atanasio en Alejandría: (2) esta es doctrina de los Tertulianos, Teófilos y Optatos: (3) de los Nazianzenos, Crisóstomos y Luciferos: (4) de los Anselmos, Bernardos, Tomases y demás Doctores de la Iglesia. (5)

¿Pero qué digo los Doctores de la Iglesia? ¿En qué pensamiento han vivido aquellos hombres desgraciados que por un dilatado y escandaloso cisma se apartaron de la Iglesia Romana? ¡Ah! Entre tantas diferencias, debates y disensiones, la verdad de esta doctrina ha sido universalmente confesada, sostenida, celebrada y practicada sin la menor oposicion. No es sola Roma, no son

(1) S. Policap. Episc. Smirnens. apud Euseb. die 4, cap. 5.—S. Iren. lib. 5, cap. 24.—S. Justin. Mart. in Apolog. I, núm. 17.

(2) S. Greg. Magn. ad Maurit. Imperator. lib. 3, Epist. 65, alias 62.—S. Hieron. supr. cap. 3, Epist. ad Tit.—S. Ambr. lib. 5, in Luc. cap. 6.—S. August. in Psal. 114, núm. 7.—S. Athan. Episc. Alexand. in Apolog. ad Constant. Imper. núm. 19 y 26.

(3) Tertul. in lib. ad Scapul. cap. 2.—S. Theoph. Episc. Antioch. lib. 3, ad Autolic. núm. 14.—S. Optat. Milevitan. lib. 3, cap. 3.

(4) S. Greg. Nazianc. in orat. 17, ad Civ. suos. tom. I.—S. Joann. Chrisost. hom. 23, in Epist. ad Rom.—S. Luc. Episc. Calaritan. in lib. de non parc. delinq. in Deum Vid. Bibliot. PP. tom. 4, pág. 240.

(5) S. Anselm. in Concil. Rochingham. Vid. Concil. Britan. tom. I, pág. 372.—S. Bernard. in Epist. 170, ad Ludovic. Junior. Reg. Gallor.—S. Thom. lib. I, ad Reg. Cypri. cap. 6.—Cæter. PP. y omn. DD. Cathol. tractant. circa hanc mater.

solamente las sillas del Occidente las que convienen en que la obediencia y sumision á los soberanos es una de las obligaciones mas principales del cristiano; son Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalen las que protestan tambien la misma verdad, y la confirman besando con humillacion la mano azotadora de una potestad infiel. No es solamente España, la Italia y demás provincias católicas; son tambien los moscovitas, los siros, los armenios, y hasta las gentes mas remotas, que han conservado (aunque desfigurada entre errores) la verdad del Evangelio. No son solamente el Pontífice Romano, los Obispos y Doctores católicos: no son solamente los fieles cristianos, que siempre han conservado la unidad con el Vicario de Jesucristo, que han respetado su autoridad y que han admitido sus decisiones; son tambien el Patriarca de la iglesia cismática: son sus Obispos: son sus Doctores: son aquellas gentes infelices que yacen sepultadas en las tinieblas del cisma, que siguen á los jefes del error, y que beben las aguas túrbias de las fuentes de la seduccion. No señores: en esta parte no ha habido division alguna entre griegos y latinos, entre cismáticos y católicos: esta ha sido la doctrina de todas las tribus, la doctrina de todos los Sacerdotes é Iglesias de una y otra comunion, de todos los pueblos, de todas las naciones, de todos los siglos, y la que debemos nosotros profesar y conservar á costa de nuestra sangre, y en cuya defensa debemos de sacrificar gustosamente las vidas, si hemos de obedecer á Jesucristo, si hemos de llenar los deberes que nos impone su religion, y si hemos de condecorarnos con el glorioso nombre de verdaderos cristianos.

¡Oh eterno Dios sacramentado! El cumplir nosotros fielmente con esta vuestra doctrina, ha de ser motivo de nuestros sustos y sobresaltos, de nuestras penas y nuestras desgracias? Nos veremos entregados sin cesar á manos impías, para que veamos desterrado el culto, menospreciada vuestra santa ley y perseguidos los ministros del Santuario? ¡Ah Señor! no parece sino que ya no ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ceis caso de vuestros oprobios ni sois el vengador de vuestras injurias. No parece sino que ya habeis olvidado vuestro Testamento y entregado al abandono vuestras Pascuas, vuestras solemnidades y vuestros sábados. No parece sino que Vos mismo entrais á la parte en la demolicion de vuestros tabernáculos, que el furor de vuestra ira está de asiento sobre las ovejas de vuestra pascua, que vuestra indignacion concurre á entregar á las bestias las vidas de los que os confiesan, y que vuestra Justicia ha determinado ya en hacer la dispersion de las piedras de vuestro Santuario.

Es verdad que os tenemos ofendido y somos acreedores á vuestro enojo y á vuestro castigo por la relajacion de nuestras costumbres, por nuestras irreverencias y faltas de respeto delante de vuestros altares; pero no faltan almas justas que aboguen por nosotros, y por ellas y con intercesion de vuestra santísima Madre, haced que vuestros ojos no se fijen en vuestra justa cólera y fijadlos solo en vuestra misericordia.

Permitidme, oh mi Dios, que os dirija al acabar el cántico de deprecacion que entonó David al considerar el furor de los enemigos de vuestro pueblo: *memor esto, Domine, filiorum Edon, in die Jerusalem* (Psal. 136, v. 7). Acordaos, Señor, de los idumeos, siempre que tengais presente el nombre de Jerusalen. (*In die Jerusalem: cum recordaveris Jerusalem. Du Hamel supr. n. 9* Psalm. cit.) Acordaos de los enemigos de vuestra religion para humillarlos y aterrar sus espíritus siempre que tengais presente el nombre de la nueva Jerusalen, el nombre de la Ciudad santa, el nombre de la Mujer fuerte, el nombre de vuestra Madre, para que este nombre sea el del triunfo de la religion, el de nuestras victorias, el de nuestra gloria, y finalmente el que nos alcance vuestras misericordias y la brillante corona de la inmortalidad. Amen.

SERMON

DEL NIÑO CAUTIVO,

predicado

EN LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO POR EL SR. CURA INTERINO DEL SAGRARIO,

Dr. Don Jose Maria Diez de Sollano,

EL DOMINGO 1.° DESPUES DE LA EPIFANIA.

Venite ad me omnes.

Cuán digna de Dios, cuán nueva para el mundo y cuán consoladora para la humanidad haya sido esta sentencia proferida por el Salvador, fácil es descubrirlo, si atendemos al tiempo y circunstancias en que se profirió. Triste en efecto y degradante era la situacion que entónces guardaba el género humano. Dominado por la idolatría casi en su totalidad; ultrajado en una tan noble porcion suya con el estado abyecto de la mujer; entregado todo

ceis caso de vuestros oprobios ni sois el vengador de vuestras injurias. No parece sino que ya habeis olvidado vuestro Testamento y entregado al abandono vuestras Pascuas, vuestras solemnidades y vuestros sábados. No parece sino que Vos mismo entrais á la parte en la demolicion de vuestros tabernáculos, que el furor de vuestra ira está de asiento sobre las ovejas de vuestra pascua, que vuestra indignacion concurre á entregar á las bestias las vidas de los que os confiesan, y que vuestra Justicia ha determinado ya en hacer la dispersion de las piedras de vuestro Santuario.

Es verdad que os tenemos ofendido y somos acreedores á vuestro enojo y á vuestro castigo por la relajacion de nuestras costumbres, por nuestras irreverencias y faltas de respeto delante de vuestros altares; pero no faltan almas justas que aboguen por nosotros, y por ellas y con intercesion de vuestra santísima Madre, haced que vuestros ojos no se fijen en vuestra justa cólera y fijadlos solo en vuestra misericordia.

Permitidme, oh mi Dios, que os dirija al acabar el cántico de deprecacion que entonó David al considerar el furor de los enemigos de vuestro pueblo: *memor esto, Domine, filiorum Edon, in die Jerusalem* (Psal. 136, v. 7). Acordaos, Señor, de los idumeos, siempre que tengais presente el nombre de Jerusalen. (*In die Jerusalem: cum recordaveris Jerusalem. Du Hamel supr. n. 9* Psalm. cit.) Acordaos de los enemigos de vuestra religion para humillarlos y aterrar sus espíritus siempre que tengais presente el nombre de la nueva Jerusalen, el nombre de la Ciudad santa, el nombre de la Mujer fuerte, el nombre de vuestra Madre, para que este nombre sea el del triunfo de la religion, el de nuestras victorias, el de nuestra gloria, y finalmente el que nos alcance vuestras misericordias y la brillante corona de la inmortalidad. Amen.

SERMON

DEL NIÑO CAUTIVO,

predicado

EN LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO POR EL SR. CURA INTERINO DEL SAGRARIO,

Dr. Don Jose Maria Diez de Sollano,

EL DOMINGO 1.° DESPUES DE LA EPIFANIA.

Venite ad me omnes.

Cuán digna de Dios, cuán nueva para el mundo y cuán consoladora para la humanidad haya sido esta sentencia proferida por el Salvador, fácil es descubrirlo, si atendemos al tiempo y circunstancias en que se profirió. Triste en efecto y degradante era la situacion que entónces guardaba el género humano. Dominado por la idolatría casi en su totalidad; ultrajado en una tan noble porcion suya con el estado abyecto de la mujer; entregado todo

él, en fin, en manos de su propio consejo, extraviado por las ilusiones del fanatismo y despedazado por el capricho de los conquistadores. ¿Qué hay, pues, mas digno de Dios que levantar su augusta voz y llamar á su criatura sumida en tal grado de miseria para que venga á él? Ni qué mas nuevo para el mundo que esta dulce invitacion hecha á todos los hombres sin distincion de judío ni de secta, de griego ni de bárbaro; para el mundo, digo, acostumbrado á mirar con ceño despreciativo á un gran número de ellos? Por último, ¿qué mas consolador para la mísera humanidad, que el ser llamados todos sus miembros de la hez del cieno hasta la filiacion divina?

Hermanos mios, lo que para todo el universo se verificó al pronunciar el Salvador estas palabras, se repitió con nosotros á la presencia de esa imágen que representando al mismo Salvador en traje de cautivo nos muestra singular benevolencia. A mí me parece que desde el momento de presentarse entre nosotros, sin cesar nos dice tiernamente: "Venid á mí todos, venid á mí en todas vuestras aflicciones; *venite ad me omnes.*

Desarrollemos este pensamiento, por lo cual suplico me ayudeis á implorar la gracia. Ave María.

Parte primera.

Para entender cabalmente el pensamiento propuesto, conviene traer á la memoria y explanar un tanto la profecía no menos tierna que admirable de Isaías. *Infirmitates nostras tulit.* Tomó para sí nuestras enfermedades. Sentencia muy digna de la mas profunda meditacion. Ella nos revela el misterioso arcano que, permitidme esta expresion, ocupaba á la Sabiduría y debia dar el lleno al magnífico cuadro de la Providencia. Ella encierra en concisos términos el consejo altísimo de la misericordia infinita para divinizar al hombre tomando Dios sus enfermedades. Ella.....pero ¿adónde voy á dar? ¿Cómo atreverme á pronunciar con labio inmundo los inescrutables abismos de bondad que el Señor ostentó con nosotros? Imágen divina de mi Salvador, tú excitas en mí la sublime emocion de tan grandiosos conceptos. Perdona si audaz intento recordar ideas que tu santo siervo Isaías se reconocia indigno de pregonar! En tí veo el retrato perfecto de sus profecías, revistiéndote de nuestras desgracias y miseria, para llamarnos á todos á la participacion de tu felicidad y tesoros infinitos: *Venite ad me omnes.*

Porque en verdad, hermanos mios: ¿qué otra cosa significa ese traje humillante de que se halla revestido? Me parece que en él nos muestra aquella su dignacion incomprensible en tomar para sí todas nuestras miserias. Y en efecto, ¿qué es la cautividad sino el cúmulo de todas ellas? Es la pérdida de toda la libertad, la servidumbre en todas las acciones, la privacion de todos los goces, la abyeccion, el envilecimiento del hombre, degradado en todos sus derechos. Y hay, pregunto, cosa que mas al vivo represente, no solo la situacion del género humano degenerado por la culpa, sino especialmente la de los morador s de este continente? Porque en realidad, ¿qué es el pecado sino el mas duro cautiverio? El entendimiento subyugado por el error, la voluntad extraviada por la malicia, los sentidos cautivados por aquella durísima ley de los miembros contraria á la del espíritu, todo el hombre en el miserable estado de aquel que descendiendo de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de los ladrones, quienes le despojaron, hirieron y dejaron medio vivo, es decir, segun Sto. Tomás, degradado de la justicia original, perdidos los dones sobrenaturales y vulnerado en los naturales. Jesucristo, pues, ahí se nos representa haciendo el papel de ese hombre, esto es, cargado de toda esa miseria, pagando lo que él no debia: *quæ non rapui tunc exolvebant.* Sin perder su naturaleza divina, como degradado hasta ser el vilipendio

de los hombres, despojándose él mismo voluntariamente de sus excelsas prerogativas, sometiéndose á la ley: *factum sub lege;* recibiendo en sí las heridas, el vilipendio que á nosotros nos tocaban; trocando por último la púrpura y diadema de la magestad y divinidad por ese traje humillante de cautivo, en el que nos dice: «Venid á mí todos, vuestra deuda está satisfecha, vuestro cautiverio rescatado por el mio, vuestra deshonra convertida por mi deshonra en gloria vuestra; venid, pues, á mí, para que entreis en el goce de los bienes que os trajo mi cautiverio: *Venite ad me omnes.*

Entre los epítetos con que el Espíritu divino caracterizó al Salvador del mundo, uno es llamarle «Angel del grande consejo: *magnus concilii angelus,* es decir, de aquel misterioso arcano oculto á toda inteligencia creada, escondido desde los siglos en el seno de Dios y por último revelado á nosotros en Jesucristo, á saber, el maravilloso órden concebido desde lo eterno y ejecutado por la misma sabiduría increada. Este es aquel grandioso cuadro que se presentó muy á lo lejos á Adan, que en sombras vieron los antiguos patriarcas y que paulatinamente se fué iluminando segun se acercaba el tiempo preordinado en los decretos eternos para su ejecucion. Pues hélo ahí, hermanos mios, todo entero y descubierto á nuestros ojos, en esa devota imágen, objeto hoy de nuestros cultos. Venid, acercaos y contemplad atentos el cabal retrato de recóndito consejo de Dios, reparad todos sus rasgos. ¿No veis representado en él al ángel de aquel grande consejo, esto es, al Verbo del Padre destinado para ejecutarlo? Y no lo veis desposado con nuestra pobre naturaleza y para siempre desposado: *te mihi in sempiternum?* ¿No le mirais revestido de nuestras humillaciones? Ese su vestido, ese su vilipendio, nos revelan y descubren aquel grande consejo de Dios. Y notad, os ruego, que no le llama decreto, sino consejo de Dios, como para advertirnos y mostrarnos que en tanto estimó el Señor esta su obra, segun la expresion de Habacuc, que entró como en consejo y deliberacion consigo

mismo. ¡Oh amor de todo un Dios para con el hombre, que en tanto apreció su reparacion! Oh alteza de los tesoros de la Sabiduría y Ciencia de Dios! ¡Oh Consejo incomprensible del Altísimo! El que es solo un niño es adorado como Dios; el que es pequeño en la tierra, es inmenso en el cielo; el que es oprobio de los hombres, es Señor supremo de los ángeles, árbitro del universo!

Y para penetrar un algo en ese gran consejo de Dios, pesemos aquella profundísima sentencia del Apóstol: *Factus pro nobis maledictum;* que Jesucristo se hizo por nosotros la misma maldicion, para redimirnos de ella; que él revistió nuestro oprobio por llenarnos de honor; que se acomodó á nuestra pequeñez, como lo representó en figura Eliseo, para elevarnos á su altar; se abatió hasta la muerte por restituirnos á la vida: *ut nos redimeret de maledictio.* Fijad ahora vuestros ojos en esa imágen y confesareis ingénuos que ella es el fiel retrato de aquel consejo altísimo del Señor; confesaréis que ella nos representa al vivo el inescrutable arcano de misericordia obrado por la sabiduría eterna con el hombre, tomando nuestras enfermedades, cargando sobre sí nuestra deuda, elevándonos por los mismos grados por donde nosotros nos precipitamos. Direlo de una vez, rescatándonos del cautiverio del pecado y reintegrándonos en la libertad verdadera, en la Justicia, en la gracia y en la vida por medio de su propio cautiverio.

Venid, pues; venid mortales todos de cualquiera pais y tiempo; venid y ved el dechado perfecto del amor eterno con que Jesus nos amó; reconoced en esa imágen y bajo tan humillante vestido al ángel del grande consejo, al primogénito de los muertos, que se echó sobre sí nuestra maldicion para destruir la que pesaba sobre nosótros. El mismo os llama á que vengais á desnudaros de vuestro improperio porque ya él os lo convirtió en gloria; á que os acerqueis á trocar vuestras penas y dolor en ventura y alegría, porque su cautiverio borró ya para siempre el chirografo que nos condenaba: *Venite ad me omnes.*

Venid, sí, os repito; venid, no temais. No es ya el leon terrible de Judá; es aquel cordero manso á quien es concedido abrir el libro de los siete sellos en que está cifrada nuestra libertad y dicha sempiterna. No despide ya fuego y espantosos truenos en su derredor, sino que está como muerto y sacrificado en medio de aquellos veinte y cuatro ancianos que deponiendo ante él sus coronas y postrándose sobre sus frentes le adoran diciendo: que es digno del honor, de la gloria, de la divinidad, porque fué muerto por nosotros y nos redimió con su sangre, porque es nuestro Dios que vive por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE INSTITUCION,

predicado

EN LA PARROQUIA DE CÓRDOBA, POR SU PARROCO VICARIO FORANEO, PRESBÍTERO

Jose Maria Cid y Leon.

Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.

He aquí que yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo.

S. Marcos, c. 2, v. 6.

El amor del Salvador hácia los hombres es tan grande, que no se limita al tiempo de su peregrinacion sobre la tierra, pues no contento con estar con nosotros durante su vida inmortal en el mundo, amándonos con toda la ternura de su ardiente corazon, ha llevado su divino amor al exceso, hasta donde solo un Dios podia llevarlo, quedándose con nosotros en el Augusto Sacramento de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eucaristía. Nuestro amantísimo Redentor, despues de la culpa de nuestro primer padre al levantarlo del miserable estado en que se encontraba, á causa de su desobediencia y otros pecados, no solo trató por su bondad y misericordia de volverlo á su gracia y fervor, entablando con él, de nuevo ó reanudando, las relaciones perdidas en el paraiso, sino que quiso unirlo intimamente á él, estrecharlo mas y mas con su Dios por medio de la Institucion del Augusto Sacramento.

A este fin el Padre Eterno envía á su Hijo Unigénito, el Verbo Divino toma carne en el vientre de una Vírgen, y por virtud del Espíritu Santo la sagrada persona de la Beatísima Trinidad se hace hombre en las castas entrañas de María; y desde entonces, unido á la naturaleza humana, pudo con razon decirse, que en Jesucristo vida nuestra, Dios y el hombre no eran mas que una cosa ó persona.

Pero esta gracia no habia sido concedida mas que al Hijo de una criatura privilegiada. ¿De qué modo podriamos nosotros, hijos nacidos de una estirpe proscrita, ser participantes de dicha tanta? ¡Son profundos los designios de Dios! Habiéndose revestido el Verbo Eterno de la naturaleza humana, tomando carne y sangre, una alma como la nuestra, se incorpora con nosotros, convirtiéndose en el pan con que nos alimentamos para unirse á la humanidad, come se une á nuestros cuerpos aquella sustancia con que nos nutrimos.

Y ya tenemos, amados hermanos mios, la Sagrada Eucaristía; aquella institucion veneranda, cuya figura fué el maná dado á nuestros padres. Veamos en ella la obra mas prodigiosa de la bondad de un Dios, el complemento de la extension del amor de un Dios para con los hombres, al Creador hecho criatura que sirve de víctima por nuestros pecados, al Reconcilador de la enemistad entre Dios y el hombre. Aquel, en fin, que despues de haber expiado nuestra culpa en una Cruz se ofrece cada dia en nuestros altares, renovando sin cesar el sangriento sacrificio del Calvario.

Este será el asunto que ocupará vuestra atencion en esta mañana. Para proceder con acierto ayudadme á implorar las luces del Espíritu Santo por intercesion de su castísima Esposa, á quien saludo con el Paraninfo celestial. Ave María.

Si se quieren conocer los funestos estragos que la primera falta habia ocasionado en nuestras almas, basta meditar por un instante el mal que se ha hecho y se hará todavía en la tierra, basta contemplar la espantosa llaga de nuestra naturaleza é imaginar los crímenes y vicios en que se halla envuelto el mundo, para comprender que solo Dios en la eterna balanza de su justicia puede apreciar debidamente el peso de las iniquidades de la tierra.

El hombre habia faltado en su desobediencia al precepto de Dios, y por su comercio con el espíritu impuro, gravitaba sobre él, el enorme peso de una falta, y estaba poseido de una especie de gérmen diabólico que debia ser la fuente de su iniquidad. Así Dios, cuya pureza infinita no puede soportar ni la sombra del mal, habia entregado al hombre á merced de Satanás. ¿Cómo salir de esta espantosa servidumbre? La humanidad, pues, ha sentido que el mal atraia la venganza del cielo, y reconociéndose culpable, del abismo de sus desgracias ha dirigido sus miradas al Señor, íntimamente convencida de lo inútil de sus esfuerzos. Y espera siempre con confianza perseverante el socorro prometido por los antiguos oráculos, y se esfuerza en aplacar la justicia divina por medio del sacrificio de lo más agradable. Penetrado el hombre íntimamente de esta idea creyó que, siendo criminal y corrompido, nada en él podia ser agradable á Dios, y que solo ofreciendo víctimas que no hubiesen sido culpables de sus faltas, podia expiar las suyas con los sufrimientos de aquellas.

De allí nació la costumbre universal del sacrificio, costumbre estraña, tradicion materializada que en su símbolo reasume las grandes tradiciones de la humanidad. Dios, la creacion, la primera culpa, el deseo de expiacion; siempre con el convencimiento de una terrible verdad, y es, que el que resiste bajo la mano de un poder irritado, no puede calmar este poder sino por medio del sacrificio.

El sacrificio, pues, consistia principalmente en la efusion ó derramamiento de sangre. Así el hombre á fin de combatir sus malas inclinaciones y reconciliarse con Dios por medio de la expiacion, llevó al pié de los altares sus mas preciosos animales y derramó allí á torrentes su sangre.

Andando los tiempos y habiéndose corrompido la idea del sacrificio, el hombre creyó agradar á la Divinidad, inmolando á otros hombres; los enemigos hechos prisioneros en la guerra, le sirvieron desde luego de víctimas; pero en seguida degolló á sus conciudadanos, á sus parientes y á sus propios hijos.

Esta práctica religiosa del sacrificio se encuentra en todos los pueblos. Todas las naciones tanto civilizadas como bárbaras, apesar de las diferencias que las separan en sus opiniones religiosas, vienen á reunirse en este punto, y han creido que el medio de calmar á sus dioses ofendidos, es el de los sacrificios. La idea general de estos sacrificios se fundaba en la creencia de que el inocente podia pagar por el culpable. Así, pues, se ofrecia, como dije, la sangre de los animales; á esta fué sustituida la de víctimas humanas.

Los griegos y los romanos degollaban á sus prisioneros en derredor de las tumbas; y si faltaba la sangre de estos desgraciados, habia mujeres que, á despecho de las doce tablas, se desgarraban las mejillas á fin de satisfacer á los dioses infernales, mostrándoles su sangre.

Era preciso llevar á los que hacian de sacerdotes del sanguinario ídolo de los mexicanos hasta veinte mil víctimas por año: á falta de ellos los mexicanos sacrificaban

á sus propios hijos. No podian, decia Magiscatzin en un discurso á Cortés, formarse la idea de un verdadero sacrificio, si no moria en él un hombre por la salud de los otros. Los sacrificios tan famosos de la antigüedad reconocian el mismo dogma.

Y si los hombres conservaron en todas partes el símbolo del sacrificio, en su ignorancia corrompieron con abusos monstruosos una institucion divina, destinada á poner ante sus ojos la imágen viva de su caida, la expiacion redentora que les habia sido prometida.

En vano hacian humear los holocaustos, en vano hacian correr arroyos de sangre; el mal aumentaba cada vez mas en la tierra, y los desterrados del Eden no volvian á hallar una existencia nueva en la destruccion de todas las existencias que sacrificaban todos los dias. Para ellos el cielo permanecia cerrado, y la justicia de Dios, léjos de aplacarse por la efusion abundante de sangre, se mostraba por el contrario vivamente irritada. "¿Qué he de hacer yo, decia el Señor por boca del profeta Isaías, que he de hacer yo de esta multitud de víctimas? Todo esto me degrada. Yo no quiero ni los holocaustos de vuestros carneros, ni la grasa de vuestros rebaños, ni la sangre de las terneras y de las ovejas. No me ofrezcais mas sacrificios inútilmente: este incienso me es abominable."

Pues bien, si todos los sacrificios son infructuosos, si Dios los rechaza como una ofensa; si toda la sangre vertida no ha podido lavarnos de nuestras manchas, ¿dónde pondremos nuestra esperanza?... solo en Dios que no nos dejará perecer sin recurso. Una voz se hace oir desde lo mas alto de los cielos: un Poderoso Intercesor aparece. ¡Ved ahí la gran Víctima! Ella, dirijiéndose al Eterno Padre, le dice: "Vos no habeis querido hostia ni oblacion; pero me habeis formado un cuerpo; los holocaustos y los sacrificios no os han sido agradables, pues heme aquí, yo vengo, segun lo que de mí está escrito, para hacer ¡oh Dios mio! vuestra voluntad."

Y antes que la augusta Víctima fuese inmolada y puesta sobre la cruz, plantada en la cima del Calvario, tiene

que cumplir una promesa: «yo estaré con vosotros, les dice á sus discípulos, hasta el fin del mundo.» Y ¿cómo cumplirá tan magnífica promesa? ¿cómo volverá á su Padre sin dejar la tierra? Por medio de la portentosa institucion de la Eucaristía. La víspera de su muerte, cuando todo estaba preparado para su suplicio, cuando acababa de celebrar la Pascua con sus discípulos, levanta los ojos al cielo, dá gracias á su Eterno Padre porque habia llegado el momento de conferir á los hombres este beneficio; toma en sus manos el pan y el vino, y les dice: «tomad y comed, este es mi cuerpo: tomad y bebed, esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que va á derramarse en remision de los pecados del mundo.»

Y este prodigio no se obra una vez solamente sino siempre y en todas partes; pues como Jesucristo diera á sus apóstoles y en ellos á sus legítimos sucesores, potestad de hacer lo que él mismo hizo, por medio de estas palabras: *hoc facite in meam commemorationem:* haced esto en mi memoria, desde entonces no hay tiempo ni lugar en que un sacerdote católico no pueda repetir lo que hizo Jesucristo, obligándolo, por decirlo así, á bajar á sus manos.

Y hé aquí á Jesucristo que inmolado en el Calvario está renovando en el Sacramento Eucarístico el sacrificio ofrecido allá en la Cruz. Hé aquí al Cordero Inmaculado que se ofrece todos los dias, y en ellos innumerables veces, no solo en nuestros templos y ciudades sino aun en las aldeas y en los campos. Ved á ese Señor de los cielos y tierra que no se desdeña de andar entre nosotros, pues sale de los tabernáculos para visitarnos en nuestras enfermedades, que nos lleva los últimos consuelos á la hora de la muerte para depositar en nuestro seno la preciosa semilla de la inmortalidad.

Y se acabaron aquellos sacrificios que, lejos de agradar á Dios, eran horribles atentados que provocaban su justa cólera; necesitábase de expiacion; pero ésta en vano debia buscarse en los sacrificios antiguos. ¡Necesitábase de un sacrificio de un mérito infinito; pero éste exigia

una víctima de igual mérito, digna de Dios, capaz de proporcionar la expiacion á la ofensa, y esta no podia ser sino el mismo Dios: sí, un Dios inmolado por el hombre y cuya eficacia omnipotente estaba figurada por una multitud de sacrificios impotentes. Pero la hora de la gran expiacion sonó en el relox de la eternidad, y hé aquí que, en la plenitud de los tiempos, el Cordero de Dios, la augusta y santa Víctima bajó al mundo; y entonces las oblaciones, las hostias pacíficas, los holocaustos, los sacrificios todos desaparecieron para dar lugar á la realidad; y entonces tambien su bondad santísima resplandece en los altares, como su sabiduría y omnipotencia habia brillado ya en la formacion, el órden y conservacion del universo.

¡Oh! si pudiera correrse á nuestros ojos el velo de la fe, veriamos descender de los cielos y acercarse al divino Rey millones de ángeles que le adoran bajo el velo del mas sagrado de los misterios.

No parece sino que aquel Dios que se dignó nacer y vivir para nuestro bien, vuelve á nacer de nuevo y á tener nueva vida dentro de nosotros, obrando así su divino amor mayores milagros que los que obró durante su vida mortal. Al considerar esta maravilla, no diriamos que solo desciende de la cruz para subir al altar, y que solo se levanta del sepulcro para sepultarse en nuestros corazones. Víctima de la caridad que le obligó á dar la vida por nosotros, y le obliga á recobrarla de nuevo en el Sacramento, forma, antes de ausentarse para subir al cielo, unos vínculos mas estrechos y mas íntimos que los de su primera venida.

Pues nosotros llenos de agradecimiento por tan señaladas bondades, démosle gracias sin cesar, y postrados en su presencia soberana digámosle: ¡Oh Dios nuestro, qué inmensidad la de vuestro amor para con nosotros! nos habiais dado autoridad sobre todas las criaturas, nos habíais levantado y ennoblecido hasta el estremo de darnos un ángel que fuese nuestro guía en el difícil camino

de la vida. No contento con esto, vuestra grande caridad pone el colmo á los prodigios de su munificencia, por medio de un milagro que jamás el hombre hubiera imaginado. Os haceis nuestro alimento para que, el que halló la muerte en el fruto prohibido, halle la vida en la carne y sangre de su Redentor, que es lo que deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

SERMON

DEL SANTISIMO SACRAMENTO,

predicado

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EL 9 DE ABRIL DE 1846, POR EL SR. CURA DEL SAGRARIO

Dr. Don Jose Maria Diez de Sollano,

DESPUES PRIMER OBISPO DE LEON.

Ego dixi: Dii estis vos.
Yo dije: Dioses sois.
Psalm. 81, v. 6.

En ningun dia con mayor justicia que en el presente debemos todos exclamar con el Sto. Profeta David: *quis loquetur potentis Domini, auditas faciet omnes laudes ejus.* ¿Quién será suficiente para encerrar la portentosa obra del Señor, ni quién le tributará dignas alabanzas? Porque hoy es el dia deseado de nuestra Pascua en que es inmolado por única víctima en sacrificio incruento el Cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

dero sin mancilla. Hoy es el dia en que á las víctimas y sacrificios legales se sustituye otro mas excelente, aquel que ellos figuraban, el de Cristo: *Pascha nostrum immolatus est Christus.* Hoy es cuando la Sabiduría encarnada agota sus infinitos tesoros para exaltar y ennoblecer á esta pobre criatura degradada, al hombre pecador.

Sí, hoy al instituir Jesucristo el Sacramento augusto de su cuerpo y sangre preciosísima, se ve ensalzado el hombre miserable hasta ser el trono y asiento de la divinidad, hasta unirse íntimamente con ella, hasta no vivir su propia vida, sino la de Jesucristo: *vivo ego jam non ego, vivit vero in me Christus.* Direlo de una vez: al instituir Jesucristo Nuestro Señor el sacramento admirable de la Eucaristía, eleva al hombre á un rango tan alto que parece dirigir á sus discípulos y en ellos á todos los que le reciben dignamente, las palabras que me sirven de texto: *Ego dixi: Dii estis vos.* Este será el asunto de mi breve discurso.

Para desempeñarlo dignamente espero de vosotros la benevolencia é imploro con vosotros la gracia del Altísimo. Ave María.

Entre la muchedumbre incontable de seres que á un *Fiat* imperioso y omnipotente del Señor salieron regocijándose de entre el caos de la nada, y en los que ostenta el Criador maravillosamente su bondad y su gloria, hay, dice Sto. Tomás, cuatro grados de comunicacion, que Dios, cuya naturaleza es la bondad, ha querido hacer de sí mismo en el órden natural. A los unos solamente participó el ser, como á los minerales; á los otros el vivir, como á los vejetales; aquellos fueron dotados de sensibilidad, como los brutos, y á estos otros los selló con la luz de su inteligencia, como á los ángeles. Mas en el hombre, rey de la creacion, compiló cuanto en los demás

habia esparcido, por manera que de él solo dijo el Señor: «Hagámosle á nuestra imágen y semejanza: *faciamus*, etc.»

No de otra suerte se verifica en el órden sobrenatural, en ese órden excelentísimo de la gracia; este don divino eleva el alma, en quien se infunde sobre todo lo terreno y visible, la da un ser del todo nuevo y eminente, la coloca en una esfera de actividad cuya aptitud abraza la fruicion misma de Dios. Esta, una vez alcanzada, da al alma esa vida sobrenatural y divina, constituida en la vision de paz y de luz, en la region inmensa de la inmutable eternidad. Hé aquí los dos primeros grados de la comunicacion que de su bondad hace Dios con el hombre en el órden sobrenatural; y á pesar de ser tan excelsos, hay aun otro que los supera con mucho.

Llenaos de estupor, mortales, vuestra naturaleza va á ser colocada á la diestra del Eterno: en un hombre se reunirá la humanidad y la divinidad. ¡Feliz culpa que mereció tener tal y tan grande reparador, cuya gloria es, como Unigénito del Padre, llena de gracia y de verdad! Hé aquí, hombre miserable, que este mismo Dios de Dios y Luz de Luz, te convida, te llama, te invita á dársete todo, á hacerte en algun modo participante de su divinidad: *Ego dixi: Dii estis vos.*

Y en efecto, ¿qué otra cosa significan aquellas sus dulces y sublimes palabras con que nos llama á la sagrada mesa, diciendo: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él: *qui manducat meam carnem, et bebit meum sanguinem, in me manet et ego in eo?* Porque en realidad aquí no nos promete solo una mansion transitoria cual es el breve momento que duran las especies sacramentales, sino que nos asegura una permanencia, una estrechísima union y comunicacion mutua de bienes: *in me manet, et ego in eo.* Si pues la Santa Escritura llama Dioses á aquellos á quienes la palabra de Dios fué comunicada: *quos sermo Dei factus est;* ¿cómo no podrán obtener la misma denominacion aquellos á quienes el Verbo mismo de Dios encarnado ha querido dispensar un beneficio de incomparable excelencia lla-

mándolos á participar de su propia sustancia?: *Ego dixi: Dii estis vos.*

¡Oh nobleza y grandeza sobre toda otra, la del alma dichosa que logra acercarse á tan alta participacion, ataviada con la rica púrpura de la caridad mas ferviente! En ella se verifica aquella solemne desposacion que el profeta Oseas contemplaba en espíritu al decir: "*Sponsabo te mihi in sempiternum, et sponsabo te mihi in judicio et in justicia, sponsabo te mihi, in fide.*" Ella es entonces el templo de Dios vivo como está escrito: *Vos estis templum Dei vivi.* La trinidad augusta viene y establece en ella su morada, pone en paz todos sus confines, rompe el arco, despedaza las armas y los escudos todos de sus formidables enemigos, y los arroja al fuego; porque el Señor ha dicho. "En ella fijaré mi asiento y andaré en medio de ella; yo seré un Dios y ella será mi heredad." Sal, pues, le dice tiernamente y sepárate del mundo; nada impuro toques, y yo te recibiré y seré tu Padre y tú serás mi hija. Pues hé aquí el dia en que tienen su cabal cumplimiento estas amables, grandiosas y sublimes promesas del que es Todopoderoso.

Hé aquí el dia de la solemne desposacion del verdadero Salomon con nuestra pobre alma en que tendiéndola de su augusto solio una mano bondadosa la llama á la participacion de las mas altas prerogativas, diciéndola: "Ven, esposa mia, ven del Líbano, y serás coronada; ven á entrar en el goce de tu Señor; ven á alimentarte de mi propia sustancia; ven á ser elevada al rango mas excelso: *Ego dixi: dii estis vos.*

Admirables son por cierto en todas las cosas los altos consejos de la Sabiduría eterna; pero mas particularmente lo son en la obra que por excelencia se llama suya, segun la expresion del profeta Habacuc: *opus tuum Domine;* á saber, la Encarnacion del Verbo divino; así es que á ella se ordenaron cuanto la precedió y cuanto la siguió; á ella la série de profetas, de figuras, de sucesos; á ella el grandioso órden de esa Providencia suprema que preside los destinos de todos los pueblos y en cuyas

manos se hallan cifradas nuestras suertes. Mas entre estos consejos soberanos hay algunos que mas deben arrebatar nuestra atencion. Hablo, señores, de esa dispensacion admirable por la que pluguiera al Señor elevar al hombre hasta los cielos por los mismos grados por donde se precipitó hasta el abismo. Si, el deseo inmoderado de asemejarse al Altísimo, de ser como Dios, le derroca de su asiento de gloria, le priva de su filiacion divina, le sepulta en la miseria. Su soberbia le abate; su enemigo le tiende pérfida mano para presentarle el tósigo mortal que le envenena y le mata. Dios, por el contrario, se abate hasta hacerse hombre: *factus homo, ut homines Deos faceret,* y le ensalza hasta hacerle Dios; muere, y con su muerte le restituye la vida; le presenta el pan eucarístico y sacia en él aquel deseo de ser como Dios por el que había comido el fruto vedado, y le llama á la participacion del mismo Dios: *Ego dixi: Dii estis vos.*

Aun hay mas. ¡Cuán pobre quedó el hombre despues de su caida! Perdida la justicia original, despojado de los dones sobrenaturales, vulnerado aun en los naturales, semejante, segun lo interpreta Santo Tomás á aquel que descendiendo de Jerusalen á Jericó cayó en manos de los ladrones, quienes le despojaron, le hirieron y se marcharon dejándole medio vivo: *semivivo relicto.* Pero Jesucristo le prepara una mesa en que repare con ventaja todas sus pérdidas: *parasti in conspectu meo mensam.* Mesa en que le suministraron armas para postrar á sus perseguidores: *adversus eos qui tribulant me.* Mesa en que reasume las fuerzas perdidas. Mesa en que se embriaga con todos los dones celestiales: *calix meus inebrians quam preclarus est.* Mesa que la Sabiduría divina le prepara y el Señor mismo le apacienta: *Dominus pascit me et nihil mihi deerit.* Mesa de Sabiduría: *mensa sapientiæ* segun Tertuliano en que se cura la herida de la ignorancia. Mesa de paz: *mensa pacis* segun el Damasceno y el Crisóstomo, en que se cura la herida que recibió por el desórden y la sublevacion de sus apetitos; mesa mística, segun Teodoro de Jerusalen, por la cual el mundo es

establecido y subsiste el orbe, se multiplica la Iglesia y todo un Dios es el sacrificio; sacrificio que por boca de Malachias asegura el Señor que le será grato como los dias del siglo y como los años antiguos: *et placebit Deo sacrificium Juda et Jerusalem sicut dies seculi, et sicut anni antiqui.* Mesa por último del Señor, en expresion del apóstol: *mensa Domini* en la que el hombre es admitido al consorcio y participacion de Dios: *Ego dixi: Dii estis vos.*

Hé aquí, hermanos mios, la mesa en que os vais á llegar, el Sacramento augusto que vais á recibir, llamado por el angélico Doctor Sto. Tomás «el sumo milagro y el máximo entre todos los hechos por Jesucristo,» porque en él compendió todas sus maravillas, dándose por alimento á los que le tomen: *memoriam fecit mirabilium; escam dedit timentibus se.* El es, en expresion de los padres, una extension del misterio altísimo de la Encarnacion del Verbo divino, porque él dió cabal cumplimiento á todas las figuras de la ley antigua: *figurarum veterum implesivum;* porque él nos acerca tanto á Dios, nos une y nos estrecha tan íntimamente con él, que en todo el ámbito de la tierra no hay nacion que tenga á sus dioses tan cercanos: *non est alia natio quæ habeat Deos appropinquantes sibi sicut adest nobis Deus noster;* finalmente por él nos eleva en cierto modo hasta el rango de Dioses: *Ego dixi: Dii estis vos.*

No sea inútil para nosotros tan admirable difusion de los dones del Altísimo; tan profunda dignacion del Señor, tan alta dignidad y condecoracion á que nos llama. Acerquémonos á él frecuentemente; pero acerquémonos con las debidas disposiciones para que nos dé á beber de aquella fuente de agua viva, cuyas corrientes van á terminar en la salud eterna: *fiet in ea fons aquæ salientis in vitam æternam,* que es lo que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE INSTITUCION,

predicado por el

Sr. Pro. D. J. Felipe S. Pulido,

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MARTIN TEXMELUCAN,

SIENDO CURA INTERINO DE ALLÍ EL

Illmo. Sr. Don Ambrosio Serrano,

OBISPO ELECTO DE CHILAPA. MARZO 24 DE 1864.

Hoc facite in meam commemorationem.
Luc. 22, 19.

ILLMO. SEÑOR: (a)

Es el cristianismo una dulce efusion de los tesoros infinitos de la bondad de un Dios y por tal razon sus misterios son incomprensibles para la inteligencia de los cristianos, las que solo pueden prestar su ascenso á estas

(a) Cantó la misa el Illmo. Sr. Serrano, Obispo electo de Chilapa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

establecido y subsiste el orbe, se multiplica la Iglesia y todo un Dios es el sacrificio; sacrificio que por boca de Malachias asegura el Señor que le será grato como los dias del siglo y como los años antiguos: *et placebit Deo sacrificium Juda et Jerusalem sicut dies seculi, et sicut anni antiqui.* Mesa por último del Señor, en expresion del apóstol: *mensa Domini* en la que el hombre es admitido al consorcio y participacion de Dios: *Ego dixi: Dii estis vos.*

Hé aquí, hermanos mios, la mesa en que os vais á llegar, el Sacramento augusto que vais á recibir, llamado por el angélico Doctor Sto. Tomás «el sumo milagro y el máximo entre todos los hechos por Jesucristo,» porque en él compendió todas sus maravillas, dándose por alimento á los que le tomen: *memoriam fecit mirabilium; escam dedit timentibus se.* El es, en expresion de los padres, una extension del misterio altísimo de la Encarnacion del Verbo divino, porque él dió cabal cumplimiento á todas las figuras de la ley antigua: *figurarum veterum implesivum;* porque él nos acerca tanto á Dios, nos une y nos estrecha tan íntimamente con él, que en todo el ámbito de la tierra no hay nacion que tenga á sus dioses tan cercanos: *non est alia natio quæ habeat Deos appropinquantes sibi sicut adest nobis Deus noster;* finalmente por él nos eleva en cierto modo hasta el rango de Dioses: *Ego dixi: Dii estis vos.*

No sea inútil para nosotros tan admirable difusion de los dones del Altísimo; tan profunda dignacion del Señor, tan alta dignidad y condecoracion á que nos llama. Acerquémonos á él frecuentemente; pero acerquémonos con las debidas disposiciones para que nos dé á beber de aquella fuente de agua viva, cuyas corrientes van á terminar en la salud eterna: *fiet in ea fons aquæ salientis in vitam æternam,* que es lo que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE INSTITUCION,

predicado por el

Sr. Pro. D. J. Felipe S. Pulido,

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MARTIN TEXMELUCAN,

SIENDO CURA INTERINO DE ALLÍ EL

Illmo. Sr. Don Ambrosio Serrano,

OBISPO ELECTO DE CHILAPA. MARZO 24 DE 1864.

Hoc facite in meam commemorationem.
Luc. 22, 19.

ILLMO. SEÑOR: (a)

Es el cristianismo una dulce efusion de los tesoros infinitos de la bondad de un Dios y por tal razon sus misterios son incomprensibles para la inteligencia de los cristianos, las que solo pueden prestar su ascenso á estas

(a) Cantó la misa el Illmo. Sr. Serrano, Obispo electo de Chilapa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

verdades elevadas por la virtud de la fé, que nos acerca á aquella sabiduría que se anticipa á quien la busca como rutilante aurora del dia feliz de la bienaventuranza, por ser la claridad del Dios omnipotente, candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la magestad divina é imágen perfecta de su bondad infinita. Tales son en sentencia del Espíritu Santo los caracteres brillantes de la luz que necesitamos para meditar el gran misterio que obró N. S. J. C. en la institucion de la Sagrada Eucaristía.

Es opinion de algunos filósofos antiguos, que cuando Dios mandó que saliese la luz de en medio de las tinieblas, se difundió este cuerpo en todo el caos y despues lo unió á un solo lugar dándole dimension, figura y giro determinado, y este es el astro de primera magnitud destinado á presidir el dia y cuya benigna influencia vivifica toda la naturaleza. Así digo ahora con la debida proporcion, que la luz indeficiente que es J. C. antes de ocultarse en las tenebrosas sombras del sepulcro, reunió todos los misterios en uno solo y lo colocó en medio de su Iglesia como astro de primera magnitud, de donde parten todos los rayos de la gracia, de la santidad y de la gloria, y este es el inefable sacramento de la Eucaristía para cuya meditacion se necesita de toda la eternidad. Mas para unirnos á N. S. M. la Iglesia, que en todo el orbe cristiano celebra hoy con tanta solemnidad este augusto misterio, contraigamos nuestra atencion á considerarlo como el máximo beneficio que nos hizo N. S. J. C. en el Calvario, y así os propongo la sagrada institucion de la Eucaristía, como la perpetuidad de nuestra redencion, ó como una redencion contínua.

Para tocar con la reverencia debida asunto tan sagrado, necesitamos la asistencia del Espíritu Santo; pidámosla por intercesion de la Santísima Vírgen María, saludándola con el arcángel S. Gabriel. Dios te salve María.

Hoc facite in meam commemorationem.

El Señor, dice el Sabio en sus proverbios, hizo todas las cosas por sí mismo, y hasta la maldad del impío la permite para manifestar el rigor de su justicia en el tremendo dia de las venganzas; por esto aun el hombre mas rudo descubre en cualquiera parte de la creacion los brillos de la divinidad, ya considere la poderosa mano del Señor estendiendo el inmenso volúmen de los cielos, ya equilibrando el peso de la tierra con las aguas de los mares que la circundan; ora considere el rápido curso de los astros que llegando al aquilon vuelven al medio dia sin pasar una línea del camino que les tiene señalado; ora considere las embravecidas olas del océano que parece que van á inundar el continente, pero que se desvanecen en la sutil arena al ver escrita la órden que de allí no pasarán: ya la tierra poblada de tantas plantas y animales, el aire surcado de tan vistosas aves que en union de los alegres astros de la mañana entonan del modo mas elocuente las alabanzas de su autor, que quiso sellar todas las obras de sus manos con sus atributos divinos. Así es como los cielos y la tierra están llenos de la magestad de su gloria.

Esta gloria fué el fin principal del Verbo divino al tomar nuestra naturaleza, pues aunque ni todas las criaturas son capaces de disminuirla en un solo punto, como la injuria es medida por la dignidad de la persona contra quien se dirige, y la honra por la dignidad de quien la tributa; de aquí es, que el pecado tiene en cierto modo la malicia infinita incapaz de compensarse ni aun por todas las criaturas posibles; y solo Aquel que es el concepto eterno del Padre y figura de su sustancia puede ejercer acciones de tanto valor que compensen con infinita ventaja las ofensas de las criaturas, y mas cuando no solo hizo obras de santidad y justicia, sino que derramó su sangre y exhaló el último aliento de vida para satisfacer á la justicia del Padre con un sacrificio de valor infinito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y, segun sabemos todos los cristianos, ¿qué otra cosa es el misterio de la Eucaristía sino una viva representacion de la vida, pasion y muerte de N. S. J. C.? Cosa admirable es ver, que solo al ligero toque de una vara se dividieran las aguas del mar, franqueando al pueblo de Israel un camino seco en medio de dos murallas cristalinas: cosa espantosa es oír que solo al ronco estrépito de unas trompetas se derrocasen los muros de la ciudad mas bien fortificada, y que al imperio de un Israelita se parase el sol, como dice el sagrado texto, obedeciendo Dios á la voz del Hombre; pero es cosa que excede á todo concepto y admiracion que solo á estas palabras: «Este es mi cuerpo.» «Este es el cáliz de mi sangre, «el pan se convierta directamente en el cuerpo y el vino en la sangre de N. S. J. C.

Rasgóse para siempre el misterioso velo del santuario, cesaron ya los sacrificios y tantas ceremonias dadas á un pueblo carnal, que solo á lo lejos, por medio del largo espacio de los siglos y entre densísimas nubes veia un sacrificio que hoy se celebra en todas las aras de los católicos, y por el cual aquel Señor, que como dice Isaías por ser santo y excelso siempre ha habitado el lugar mas santo y elevado, hoy se ha dignado escojer para su habitacion la mas pequeña partícula de accidentes materiales.

Que Dios se ocultase en las tenebrosas nubes del Sinaí ó en la brillante niebla del templo de Salomon, es cosa admirable; pero al fin es un Dios invisible que por su inmensidad está en todas partes; pero que un Dios que tiene nuestra misma naturaleza, nuestro mismo cuerpo y nuestra misma figura, se oculte en la mas pequeña partícula del pan ó del vino, es un misterio que solo lo puede explicar Aquel que es el único que por sí solo ha obrado todas las maravillas. Con razon se tiene este misterio por el compendio de todas las que ha hecho el omnipotente brazo del Señor. Y no solo está N. S. J. C. en el sacramento con la misma gloria que goza sentado á la diestra del Eterno Padre, sino tambien todas sus virtudes y representando de un modo místico los crueles padecimientos de su vida y de su muerte, pues las vestiduras sacerdotales, los sagrados paramentos del altar, las misteriosas ceremonias, las dos materias que se consagran y las mismas palabras de la consagracion nos significan á J. C. puesto en nuestras aras como lo estuvo en el madero de la cruz, y su sangre preciosa corre en nuestros altares con la misma abundancia que corrió en las calles de Jerusalen y en el Calvario, y de las venerables manos del sacerdote las recoje el ángel para llevarlas hasta el mismo seno del Eterno Padre. Pero cuál será este ángel tan poderoso capaz de cumplir con tan alto ministerio? Yo veo á todos los ángeles encargados de la custodia de los hombres y que presiden las oraciones de los justos: registro los miles de millares que asisten al derredor del trono, y los diez mil centenares de miles que forman las falanges celestiales y que montan la guardia del Altísimo, y todos están con el rostro cubierto, llenos de un dulce temor y postrados ante el cordero inmaculado que se ofrece en nuestros altares, porque esta víctima es de un valor y peso infinitos y solo la puede levantar aquel brazo que, como dice María Santísima en su cántico, tiene el esfuerzo de la Omnipotencia, *Fecit potentiam in brachio suo*, porque el sacerdote que consagra es el mismo Dios; Dios es el Pontífice que ofrece y el mismo Dios es la víctima. Por consiguiente el ángel que la eleva no es otro que el ángel del nuevo testamento, el Dios fuerte y admirable que asiste á los eternos consejos: que es el Padre del siglo futuro y Príncipe de la paz J. C. N. S. el cual, como afirma S. Agustin, al salir de en medio de las aguas del Jordan, levantó consigo á todo este elemento comunicándole la virtud de santificar nuestras almas en el sacramento del bautismo.

J. C. exaltado en la cruz atrajo á sí toda la naturaleza como su autor soberano, y J. C. elevado desde nuestros altares hasta el seno del Eterno Padre, lleva consigo á toda la Iglesia, esa Iglesia única, que de todas las naciones formó al pié de la cruz con una sola fé y un so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo bautismo, porque su autor es el Unigénito del Padre con el cual y el Espíritu Santo es un solo Dios. Es tambien nuestra cabeza, nosotros somos sus miembros y toda la Iglesia santa el decoroso ropage de su ornato. Así es como nuestras débiles oraciones y miserables ofrendas, tienen aceptacion ante los ojos de Dios, pues se presentan teñidas y valorizadas con la preciosa sangre del cordero inmaculado, la que desciende á todos los fieles y á toda la Iglesia como descendió el ungüento precioso de la cabeza de Aaron á su venerable barba y á su vestido: así es tambien como se demuestra que si J. C. es sacerdote eterno segun el órden de Melquisedech, lo es igualmente segun el órden de Aaron, pues en los mismos dones que ofreció á Abraham el rey de Salem, se ofrece y sacrifica diariamente para la redencion contínua de sus criaturas.

J. C. fué el fin de la ley antigua, es el principio y fin de la ley de gracia, por lo que en la plenitud de los tiempos y á vista de todas las naciones fué exaltado en una afrentosa cruz, sellando todas las profecías y abriendo una senda nueva aunque estrecha y penosa para entrar en la bienaventuranza con una muerte de tantos padecimientos, que si solo siendo hombre los pudo recibir, solo siendo Dios los pudo superar. De esto dió testimonio toda la naturaleza en los fenómenos espantosos de aquel dia tan de terror para el infierno, de regeneracion para el mundo y de tanta gloria para el cielo, pues quedó vencido el demonio, redimido el mundo y satisfecha la Justicia divina en cuyo testimonio levantó J. C. un monumento tan duradero como los siglos en el santísimo sacramento de la Eucaristía, fuente fecunda é inagotable de donde manan los bienes de la naturaleza de la gracia y de la gloria.

Por esta razon encargó tanto el divino Maestro á sus discípulos que todas las veces que celebrasen estos misterios lo hiciesen en su memoria. *Hoc facite in meam commemorationem.* Estos fueron los últimos encargos, estos los últimos ruegos de un Dios que iba á sacrificarse por el bien de los hombres: estos fueron los últimos suspiros que exhaló aquel corazon amantísimo y que los desconsolados discípulos recogieron ansiosos de los sagrados lábios de su divino Maestro.

Nos hemos llenado de confusion y horror al ver en nuestros dias de ateismo y escepticismo conculcar el Augusto sacramento: nos llenamos de admiracion al ver que despues de la mitad del siglo XIX, que por antonomasia han querido llamarlo el de la ilustracion, los que se precian de mas ilustrados desprecian y hacen alarde de despreciar el augusto misterio de la Eucaristía, así como los demás sacramentos. Y ¿qué otra cosa hacemos los que nos llamamos cristianos cuando entramos al templo con tanta indiferencia como quien discurre en un lugar profano? Cuando asistimos á los tremendos oficios como quien asiste á un espectáculo mundanal? Y cuando toda la corte celestial se postra á adorar al mismo Dios sacrificado en nuestras aras, y nos atrevemos á estar muchas veces de pié, sin doblar la rodilla y nuestro espíritu divagado en nuestros intereses ó quizá en objetos criminales?

Hermanos mios, reconozcamos en el sacramento del altar á J. C. S. N. sacrificado por nuestra redencion, y recojamos en nuestro espíritu esta sangre preciosa que se derrama por nuestra salud. Ella purificará nuestras almas y nos hará dignos de reconocer este beneficio por toda la eternidad en la celestial Jerusalen. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

de la

INSTITUCION DE LA S. EUCARISTIA.

PRONUNCIADO EN COATEPEC

POR EL SR. CURA VICARIO FORANEO PREBENDADO DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL,

Don Antonio Perez y Amador.

Eritis sicut dii.
Seréis como dioses.
Génesis, cap. 3, v. 5.

SEÑORES:

Hay en el hombre un deseo innato de ser completamente feliz, y este deseo no le conserva en el órden especulativo únicamente, sino que con frecuencia pretende, y á pesar de los mayores obstáculos, reducirle á la práctica. Dios nuestro Señor fué el que grabó en el alma profundamente este deseo, y sirve para las criaturas racionales, á semejanza de lo que pasa en los astros, como de un centro de atraccion; sobre él gravita siempre el hombre y hácia él dirige, en el trascurso de su vida, cuanto toca, cuanto palpa y cuanto puede alcanzar. Puede asegurarse que es la llave para abrir su corazon, que es el Edipo para descifrar su conducta enigmática, porque es el principio general en que funda todas sus acciones.

Por ejemplo: al ver á un hombre valiente, que acomete en mil batallas, no se espanta al terrible estallido del cañon, que saborea el peligro de la muerte como el manjar mas delicado, y que siente palpitar su corazon lleno de entusiasmo y rebosando de alegría, al horrísono estruendo del combate, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que su conducta la impulsa el deseo de ser feliz, porque en ceñir su frente con el laurel de la victoria, y en asir la palma del triunfo arrancada al adversario cifra ese hombre su felicidad y bienestar, creyendo ciegamente que en eso está su gloria.

Por el contrario: al ver á otro que se acobarda y estremece cual ave espantadiza, que tiembla pusilánime como un niño, que se reconcentra y amilana al mas ligero asomo de peligro ó de una desgracia; midiéndole con esa misma vara obtendremos el mismo resultado, pues la diferencia solo está en que son en éste diversas las ideas de bienestar, porque en el reposo, en la quietud y en la mas plena seguridad funda su dicha.

Millares de aplicaciones pudiera haceros de esta máxima; creo sin embargo que lo dicho es suficiente para quedar convencidos de que existe en todos los hombres ese deseo de ser felices y que debe considerarse como una cualidad propia y necesaria al humano linaje.

Siendo esto así, naturalmente ocurre esta pregunta: ¿Por qué habiendo este sentimiento comun no se le ha dado un objeto comun que le llene en toda su extension; y si le hay ¿por qué no se dirigen todos á él? ¿por qué yerra el hombre al buscarle, ó por qué va por caminos tan diversos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Ved, señores, la solucion que á este dificultosísimo problema le ha dado divinamente el Cristianismo. Hay, nos dice, indudablemente que hay ese objeto comun, el que ni es desconocido para el hombre ni difícil de alcanzar. Ese objeto es Dios mismo, bien considerado como autor de nuestro ser, ó bien como el complemento de toda belleza escluyendo todos los defectos, ó bien como á nuestro Padre infinitamente bondadoso. El es el fin de la criatura; El es su centro y solo en El descansa. Mas por desgracia tambien hay en el mundo un ser maléfico, odioso y en sumo grado repugnante, que envidiando el noble fin a que fué el hombre destinado, ha puesto en juego toda su astucia y su poder para impedir que le consiga. Este ser es el demonio, padre del error y autor de todo mal: él ha infiltrado un veneno mortal en nuestras almas: él ha divertido nuestras tendencias naturales á objetos diferentes y así ha logrado no solo impedir la consecucion de nuestro fin, sino tambien sujetarnos á su imperio y dominar el mundo entero. Pero Dios no podia quedar impasible á esta burla del espíritu maligno, y así para neutralizar su influencia detestable y estinguir su dominio despótico, ó mas bien para destruir su obra enteramente y darnos á conocer que es el árbitro Supremo y á su poder nada resiste, se dignó acercarse tanto al hombre que se confundió con él y entónces pudo el hombre levantarse hasta Dios y divinizarse como El. Ved aquí el fin que tuvo al instituir la Sagrada Eucaristía de la que vengo á hablaros esta vez, y el asunto de mi plática quedará reducido á probar la verdad del siguiente pensamiento.

Al establecer Jesucristo Señor Nuestro la Sagrada Eucaristía, triunfó del demonio destruyendo en todos sus principios su obra primitiva.

Dispensaréis, señores, en obsequio de la claridad, el asunto tan sencillo. Os suplico me ayudeis á pedir, por intercesion de la Santísima Vírgen María, las luces necesarias. Ave María.

Eritis sicut dii. Sereis como dioses.

Desde que se verificó la gran catástrofe de la prevaricacion angélica, Dios y el demonio fijaron en el hombre atentamente su mirada: el demonio para perderle y Dios para salvarle; el demonio para hacerle pedazos en sus garras, y Dios para unírsele con estrechísima lazada. Comenzó en consecuencia una lucha tremenda entre el Sumo bien y el mayor de todos los males, y esta lucha espantosa, con el fin de apoderarse de un ser débil, formado de barro vil y quebradizo, en las páginas que forman la historia del mundo, ha señalado dos épocas de la mayor importancia, la una de las obras perversas del demonio y la otra de las obras grandiosas del Señor. Compendiosamente voy á referiros dos acontecimientos memorables que marcan con rigurosa exactitud el carácter de esas épocas.

Sabeis muy bien que Dios nuestro Señor, despues de haber gozado en sí mismo de una existencia prolongada, cuyo principio se pierde en el tenebroso abismo de la incomprensible eternidad, determinó ejercer su omnipotencia haciendo que su bondad se desprendiera de su ser como una corriente impetuosísima que con violencia rompe el poderoso dique que la ha estado conteniendo, ó como un mar que precipitado sale de su centro. Comenzó diciendo una palabra: «Fiat.» Hágase, y esta sola palabra al momento hizo de la nada la madre mas fecunda y prodigiosa. De un golpe se desprendió inmediatamente de su seno un fluido sutil y ligerísimo que hizo desparecer las tinieblas en que estaba envuelto el cáos, y el cáos se presentó á los ojos del Señor con su horror sublime, que le hace admirable y espantoso al mismo tiempo. Siguióse á esto esa obra sorprendente que solo el Ser Eterno puede debidamente comprender. Se formaron primero unos espejos vastos y bruñidos tan ámplios como el espacio sin tropiezo y tan estensos como hasta donde la imaginacion humana puede concebir. Era esto el agua cristalina sobre la cual el Espíritu de Dios fué llevado

como paseándose y reproduciendo en todas partes su imágen soberana. Para que nada empañara la trasparencia de esos bellísimos cristales, cubrióles con pabellon de gasa azul, llamado firmamento, el cual les resguardaba tan perfectamente cual madre opulenta resguarda con finísimas cortinas la cuna de su hijo que está recien nacido. Abrió despues los senos de aquellos depósitos inmensos de las aguas y descubriendo sus entrañas, hizo brotar de ellas una sustancia informe erizada de eminencias desiguales. Separó á ésta de aquellas y á la una llamó Tierra y á las otras llamó Mares. Vistió en seguida la superficie de la tierra con árboles y plantas de frondosísimo follage, de simientes infinitas, de frutos de gusto delicados, de flores vistosísimas con tallos, colores y figuras diferentes, formando este conjunto una alfombra espaciosa de colores variados. Despues, como quiso hacer ostentacion de su riqueza, cual llúvia de diamantes regó el azul del cielo de chispas luminosas de tamaños y distancias desiguales. Crió por fin multitud de vivientes en los aires y en las aguas y pobló la tierra de muchas especies de animales. Paseando entónces su mirada por toda aquella obra que habia salido de sus manos, una sonrisa de placer apareció en su semblante y: «Está bien,» pronunciaron sus labios soberanos; palabras que fueron el signo de su aprobacion ó beneplácito.

A toda esta hermosa perspectiva, á este divino panorama le vino á dar animacion una figura graciosa y atractiva: el hombre, sér sin semejante entre toda la creacion. Lleva en su frente el sello de la inteligencia: su postura es recta y elevada; su andar grave y magestuoso: abre sus lábios y salen de ellos sonidos articulados que llevan envuelto el pensamiento que el aire trasmite y propaga en los demás como si fuera fuego eléctrico. Estiende su mano y realiza aquella idea que germina en su interior: si está en quietud todo descansa; si se mueve y obra, todo se pone en agitacion y movimiento. La creacion entera dobla la rodilla ante ese sér privilegiado, pues vé que ciñe sus sienes la diadema y empuña su mano el cetro del po-

der, es decir, que él es el Rey de la creacion y todo le obedece.

No obstante esta supremacía que Dios diera al hombre en el órden natural, quiso El conservar el lugar que debidamente se merece, y así ligó el conjunto con un lazo fuerte y poderoso, ordenando esa obra admirable de tal modo que desde el astro mas hermoso hasta el reptil mas pequeño y despreciable, quedaron colocados en una escala prodigiosa, formando una cadena, cuyo último eslabon estaba en las manos del Dios mismo.

Muy poco tiempo habia pasado de concluida esta maravilla de la Sabiduría Eterna é Infinita, cuando ese vasto edificio construido por el artífice mas sábio y excelente desplomóse y vino á tierra, haciendo al caer que resonaran los ecos de su estruendo en toda la extension de los espacios. Porque un poder desconocido se puso frente á frente del mismo Dios, y luego que ese poder se presentó, se introdujo un completo desórden en toda aquella máquina. El viento sopló con saña y con furor; el rayo conmovió las selvas silenciosas; convirtióse la tierra en árida y estéril; los vivientes se armaron poniéndose en estado de defensa; la sangre inocente corrió humeante y renegrida sobre una tierra que, maldita ya, sedienta la absorbia; los espíritus angélicos velaron su rostro en que se pintaba el asombro y el espanto, y el hombre cargó con una piel de béstia para cubrir su vergonzosa desnudez, yendo á ocultar bajo las hojas de los árboles su merecida confusion.

Hé aquí el hecho que marca perfectamente la época de las obras perversas del demonio. *Eritis sicut dii.* Sereis como dioses, dijo al hombre; y dispertando en su interior el deseo de ser feliz, de levantarse á una altura que le igualara con su autor y le uniera con él íntimamente; seducido por las palabras capciosas de la astuta serpiente del paraiso, que le hicieron entender que alcanzaria ese objeto con solo comer del fruto que le estaba prohibido, estendió su mano, llevó á la boca el fruto fatal y en un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solo bocado tragó su muerte y acarreó al universo el trastorno general.

Hablemos ahora del otro acontecimiento que determina la época de las misericordiosas obras del Señor.

Mas de cuatro mil años pasaron despues del suceso que os acabo de referir y en todo este tiempo prolongado pareció que Dios se habia dado por vencido, y que no pretendia reparar el mal que en su obra le habia ocasionado el demonio: solamente una promesa, que en el momento mismo de la gran caida del hombre se desprendió de sus lábios, se trasmitia de boca en boca á todas las generaciones; pero esa promesa sonaba en los oidos del mortal como los ecos lejanos que reproducen las montañas y para las generaciones que se iban sucediendo cruzaba velozmente arrebatada por los siglos como una flor vistosa que en su impetuosa corriente lleva un caudaloso rio. Algunas veces, es verdad, cuando se presentaba algun profeta, esa promesa, como estrella solitaria en noche tenebrosa, despedia vívidos reflejos; pero pasado ese tiempo momentáneo, volvia á su estado antiguo y solo se le veía despedir pálidos reflejos como la luz de una lámpara que está próxima á espirar.

Entre tanto el mundo sufria terriblemente, y lamentaba sin cesar su inmensa desventura. Penas y dolores, congojas y tormentos, suspiros y lágrimas eran el pan que servia á todos de alimento; y el hombre y la mujer, el niño y el anciano, los pobres y los ricos, todos sin excepcion sentian correr por sus mejillas el llanto en abundancia; levantaban al cielo sus manos trémulas de angustia, y el cielo estaba sordo, cerraba sus puertas con firmeza, y la muerte cegaba á los mortales con tanto ahinco y con tal ansia, como un labrador siega en el campo espigas sazonadas.

Un dia, en medio de ese mundo lleno de miserias y anegado en el llanto, se presentó un hombre á quien á primera vista no se le distinguia de los demás, porque su linage era humilde y abatido; sin embargo, por poco que en él llegara á fijarse la atencion se advertian desde luego cualidades relevantes. Era su aspecto triste y silencioso, pues nadie le vió nunca reir y sí muchos le vieron llorar: su carácter era afable é imponente; su conducta recta y sin mancilla; su palabra graciosa y penetrante; sus discursos profundos y sábios: su presencia de espíritu reunia á la humildad sin bajeza la magestuosa dignidad. Sabia corregir con mansedumbre y compadecer sin adular. Daba salud á los enfermos, vista á los ciegos y vida á los muertos: nadie se acercaba á él sin sentir en su interior un placer inesplicable, y en todas partes donde se presentaba huían despavoridas la desesperacion y la desgracia. Sobremanera amaba á los hombres sus hermanos y para satisfacer en cierto modo la fuerza de este afecto, escogió doce de entre ellos á quienes llevó consigo largo tiempo, les hizo conocer los secretos de su ciencia y les manifestó de varios modos las finezas de su amor; pero ese hombre estaba sujeto á la muerte como lo estuvieron nuestros padres. Antes pues, de que llegara el momento en que debia apartarse de este mundo, oid lo que hizo.

Era una noche en que Jerusalen, la ciudad santa y hermosa, de elegantes edificios, de torres elevadas y de murallas espesas, yacía, cual jóven graciosa desfallecida y soñolienta, recostada sobre alfombra de tierna y abundante yerba en las márgenes del rio Jordan, y el suave murmullo de sus aguas, al deslizarse silenciosas, la arrullaban dulcemente: la luz de la luna, como en sábana de plata, cariñosa la envolvia: reposaba bajo un cielo azul y sereno sembrado de estrellas que despedian rayos de luz, tranquila y apacible. Una atmósfera fragante la rodeaba, y un silencio profundo. La naturaleza toda parece que queria obsequiar en esa vez á la ciudad de los misterios, á la poética figura de la gracia.

Pero si en el órden natural Jerusalen estaba sumergida en un silencio profundo y magestuoso, en el invisible ó sobrenatural era al contrario; habia suma agitacion y extraordinario movimiento; porque unos espíritus ligeros, los espíritus bienaventurados, circuian la ciudad;

se cruzaban en todas direcciones como agitados por la fuerza de un pensamiento celestial, de una idea que, emanada del centro mismo de la augusta Trinidad, al entendimiento angélico, hasta ese momento no se le habia concedido penetrar. Batian, pues, sus alas con gran velocidad, fijábanse en un punto, humillaban allí sus frentes hasta poder penetrar con la vista el interior de una casa, humilde hogar de un pobre mortal. Toda palabra ó movimiento, por ligero que fuese, todo cuanto allí acontecia, por insignificante que ello pareciera, esos espíritus angélicos lo recogian con avidez, y ligeros como el movimiento de la vista, y veloces como el mismo pensamiento, atravesaban el espacio é iban á contarlo al mismo Ser Altísimo.

Señores: he hecho muy mal en llamaros con tanta fuerza la atencion previniéndoos de este modo para oir la relacion de un suceso que por lo mismo esperais sea sorprendente, siendo en realidad el pasage mas sencillo. Figuraos una mesa con los restos de la cena que indican haberse cumplido exactamente con los ritos mosáicos, y á doce hombres pobres rodeando aquella mesa que preside el hombre extraordinario de quien antes os he hablado. He aquí el todo. Ese hombre estaba entónces silencioso y pensativo: en su semblante se pintaba una tristeza desconocida y muy profunda: sus discípulos estaban pendientes de sus labios como el que espera palabras de un oráculo. Pero repito que nada decia y solo algunas veces reclinaba en su pecho la cabeza de aquel que entre los doce mas se habia distinguido con su amor; y ese discípulo dichoso, por los violentos latidos que daba el corazon que dentro del pecho se agitaba, comprendia que allí pasaba alguna cosa extraordinaria; y así era en efecto. Jesus, que así se llamaba aquel hombre, muy pronto debia dejar la grey que tanto amaba y que á tan caro precio habia comprado, porque tenia que obedecer el mandato de su Padre, y ántes de partir queria dejarles una prenda, algun recuerdo en testimonio de su amor; mas no encontraba, porque era tan pobre que no tenia ni

aun en donde recostar un momento su cabeza. ¡Les dejaria siquiera sus sencillas vestiduras? Pero estaba escrito que sobre ellas debia rodar la suerte y eran por consiguiente de los verdugos que le habian de atormentar. ¡Pues él leño afrentoso, en que estendiendo sus manos habia de estrechar al mundo entero con unos mismos lazos? Pero ese leño en que habia de sufrir los tormentos y la muerte solo podia pertenecerle despues de consumado el cruento sacrificio. ¿Qué hacer entónces? ¿cómo satisfacer el deseo ardiente de su amor? He aquí la salida ingeniosísima que á esta dificultad insuperable le sugirió ese mismo amor. De improviso se inunda su rostro de una viva luz; levanta sus manos trémulas de gozo: toma el pan que está sobre la mesa, lo bendice, lo parte y lo da á sus discípulos pronunciando estas palabras misteriosas: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo: del mismo modo toma el cáliz, lo bendice y lo reparte diciendo: "Tomad y bebed, ésta es mi sangre."

Este es el otro acontecimiento que marca perfectamente la época de las obras misericordiosas del Señor; porque luego que Jesus pronunció sus palabras misteriosas, el pan y el vino dejaron de ser lo que ántes eran y se convirtieron en cuerpo y sangre del Dios mismo, porque Jesus era Dios, Jesus era el Verbo eterno humanado, la segunda persona de la Augusta y adorable Trinidad: así pues, Jesucristo, en un bocado se dió á sí mismo al hombre, se unió con El, se identificó y estrechó hasta llegarse á perder el sér finito del hombre en el infinito sér de Dios. "*Eritis sicut dii.*" Sereis como dioses.

Poniendo ahora en paralelo estos dos grandes estremos, porque así pueden considerarse, puesto que el primero es el sumo esfuerzo del poder excitado por el ódio y el segundo á su vez manifiesta la fuerza suma del poder excitado por el amor, se ve con claridad que en la rivalidad espantosa del bien infinito y el mal mas execrable; que en el choque terrible de los dos afectos mas pugnantes, el ódio y el amor; que en la lucha tremenda de Dios

y del demonio, el resultado vino á ser que si el demonio en un bocado dió la muerte al hombre y á toda su progenie, Dios tambien en un bocado le dió la vida á él y á todo su linage: si el demonio con un bocado separó al hombre de su autor cuanto puede separársele, Dios con un bocado le juntó cuanto pudiera juntársele: por último, para no mas fastidiaros, si el demonio con un bocado hizo que el hombre fuera su semejante, Dios con un bocado hizo que el hombre se *endiosase*. "*Eritis sicut dii:*" sereis como dioses. Luego puedo concluir que: *Jesucristo Señor Nuestro, al instituir la Sagrada Eucaristía, triunfó del demonio destruyendo en todos sus principios su obra primitiva.*

Felicitémonos, pues, cristianos, porque hemos recobrado nuestra antigua dignidad: felicitémonos porque se ha borrado de nuestra frente la marca infame grabada profundamente en ella y que decia: "Esclavos del Demonio." Alegrémonos porque con la santa institucion del adorable Sacramento del Altar fué vencido, anonadado y confundido el jurado enemigo de todo nuestro linage, y alegrémonos por último, porque este bien incomparable no es transitorio, sino permanente, puesto que ha de durar cuanto el mundo tardare en acabarse.

Lleguemos tambien á rendir nuestros débiles homenages á ese Dios de bondad infinita. ¿Qué valiosos títulos podiamos alegar á ese Sér purísimo que se basta á sí mismo, y tiene en su esencia la plenitud de perfeccion: qué méritos, repetiré, podiamos exponer ante el Dios Eterno, Absoluto é Inmutable para obligarle á concretarse á los humildes accidentes del pan y del vino, vivir entre nosotros, hacernos compañía y darnos por alimento su propio cuerpo y su divina sangre? ¡Ah! caiga eterno baldon sobre el necio que rechaza nuestra fe y hace irrision de nuestros dogmas venerandos. ¡Sea lleno de oprobio el fátuo que conculca los altísimos misterios de nuestra religion! ¡Confusion y vergüenza cubra la lengua blasfema que ultraje á este adorable Sacramento! y ¡Anatema irrevocable siga en todas partes al atrevido que niegue esta verdad incuestionable. Mas no: perdonad, cristianos, que me haya desviado de la senda que nos traza el cristianismo. ¡Compasion entrañable brote de nuestra alma para esos infelices que sin duda no conocen el valor infinito de este beneficio que, sosteniéndonos en todo el curso de esta vida, nos alcanza para la otra una eterna bienaventuranza que os deseo. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL

VELADOR DEL SMO. SACRAMENTO,

predicado

EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE LA CONCEPCION

POR EL SR.

Canonigo Don Ramon Vargas Lopez.

Vere Dominus est in loco isto.
G. cap. 28, v. 16.

Con estas palabras que acabais de oír, señores, lleno de asombro y arrebatado de admiracion exclamó un dia el patriarca Jacob, al despertar de un sueño que el Señor Dios de sus padres le enviara para revelarle en él grandes misterios y el mas feliz y dichoso porvenir á toda su numerosa descendencia. Para perpetuar la memoria de

ese acontecimiento grandioso en las generaciones venideras se levantó, y cogiendo la piedra que le sirviera para reclinarse, la erigió en monumento de su vision, y llamó á aquel lugar casa de Dios. Con mayor y mas grande motivo que Jacob podemos exclamar como él en estos momentos, y en presencia de ese Sagrado Tabernáculo, que encierra todas las magnificencias de la bondad, de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor infinito de un Dios Sacramentado. Verdaderamente reside el Señor en este sitio, aquí señores, bajo esos accidentes de pan está Jesucristo como en el cielo á la diestra de su Padre, glorioso, transfigurado Dios y hombre verdadero; por eso á despecho de esas esterioridades que confunden y desconciertan nuestras ideas, la fe se abre paso por entre todas ellas, llega hasta el Santuario de la magestad invisible del Altísimo, vislumbra su oculta grandeza, y la razon orgullosa se prosterna anonadada ante ese altar, y se ve obligada á tributar un homenage de rendida adoracion al Rey de los siglos, al Dios de la eternidad. *Vere, etc.*

La fe señores, esa creencia altamente robusta que viene desafiando los combates de los siglos y sobreviviendo á todos los errores, á todos los delirios y á todas las pasiones del hombre, es la que ha criado este culto puro y sublime, que Jesucristo recibe en el misterio augusto de la Eucaristía; ella es la que ha inspirado esas manifestaciones públicas de religioso entusiasmo, que el catolicismo no cesa de hacer al Dios de la magestad oculto en el Sacramento de amor: ella ha producido esas mismas cohortes de fieles adoradores que rendidos ante el trono del Cordero divino, como los antiguos valientes de Israel cerca del lecho de Salomon, están dispuestos á velar en defensa de su rey, á guardar su tabernáculo, á ofrecerle incesantemente sus votos y sus inciensos, reproduciendo á la vez la escena misteriosa que viera S. Juan en el cielo, para repetir aquí en la tierra el eco de los ángeles, y de los ancianos, y de los misteriosos animales que cantaban el himno triunfal; *digno es el cordero de recibir la divinidad, el honor y la gloria.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tal fué el pensamiento que presidiera á la fundacion de esta piadosa congregacion de la vela perpetua, ¡pensamiento grandioso y consolador! porque su institucion tiene por objeto tributar al Hijo de Dios, á Jesucristo un culto particular de adoracion, constante en ese misterio que encierra las maravillas todas de la sabiduría de un Dios, el esfuerzo supremo de su poder y los carismas incomprensibles de su infinita caridad. Jesucristo es esclusivamente el objeto de estos obsequios que ofrece la piedad cristiana, él forma el mas magnífico ornamento de estas demostraciones que recibe en la Sagrada Eucaristía, como Señor, como Pontífice eterno y como Dios del universo; porque ese misterio inefable está revelando el compendio de cuanto mas grande pudo inventar la inteligencia divina, de cuanto mas admirable pudo realizar la Omnipotencia, y de cuanto mas rico pudo dar un corazon abrasado de una caridad inmensa. No es, pues, una figura, un recuerdo, es la realidad, es el misterio del amor que el cielo atónito contempla, y la tierra adora con estupor profundo; es Jesucristo mismo, su cuerpo, su alma, su sangre, su divinidad bajo esas especies sacramentales para vivir y conversar con los hombres en los altares de un pueblo que eligiera para ser el heredero de sus promesas y el perpetuo custodio de sus tesoros infinitos. ¿No es éste, venerable congregacion, el grandioso objeto de vuestra sagrada institucion? ¡Oh! por eso, ya que con tanto fervor os obligais á velar, á hacer la guardia á vuestro Rey y quemar en su divina presencia los suaves y deliciosos perfumes de la oracion, para indemnizarle de los ultrajes que todos los dias recibe en el adorable Sacramento, yo os quiero hablar en esta vez acerca de la constancia con que debeis velar, y del espíritu fervoroso que debe acompañar vuestra oracion, segun los fines de vuestra sagrada institucion. Estas ideas formarán el objeto de vuestra atencion. Ave Maria.

Los profetas señores habian visto de lejos al Mesías con todos aquellos rasgos sublimes y divinos que lo caracterizáran un dia sobre la tierra Los patriarcas le habian anunciado bajo diversos tipos y figuras, y el paganismo habíale traslucido tambien por entre sus absurdas teogonías. Por espacio de cuarenta siglos todas las ideas parecen reasumirse en espectacion de ese hombre Dios; todo esto no era sino el grito de la humanidad, que en todos los tiempos, en todas las edades y en todos los lugares enviaba la divinidad deseosa de su presencia; pero llegaron la plenitud de los tiempos y los dias de misericordia, de salud y reconciliacion eterna entre el cielo y la tierra, esos dias tan deseados por tantos siglos, en los que la realidad vino á reemplazar á las figuras, la verdad á los tipos y el Dios del cielo á las falsas divinidades del Olimpo. El hombre, en fin, ha visto, oído y tocado á su Dios; ¿qué pues le restaba á ese hombre Dios sino volver al cielo de donde le hiciera descender su amor sobre la tierra para llenar los deseos y satisfacer las necesidades todas de la humanidad enferma y degradada? ¡Oh! bien pudo hacerlo así puesto que antes de consumar su sacrificio habia realizado el prodigio mayor y mas grande que caber pudiera en los secretos profundos de su Sabiduría infinita, en su inmenso poder y en su caridad sin límites, para perpetuar por siempre su real presencia entre los hijos de los hombres. ¿Y cómo? Fijad, señores, la vista en ese Sagrario, ahí teneis el Tabernáculo de Dios con los hombres, allí está Jesucristo que ha querido quedarse con los hombres en el Sacramento hasta que el mundo se acabe. *Ecce.* En ese Sacramento en que ha ocultado todos los atributos de su divinidad y aun los de su humanidad santísima, es precisamente en donde plugo á su sabiduría, á su omnipotencia y á su amor mostrarse verdadero Dios, verdadero hombre, Rey eterno y soberano del universo; porque no es ya el poder directo de la palabra, ni el poder de la vision el que demuestra la presencia real del increado, del inmenso, del infinito, del Supremo artífice y legislador en medio de la huma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nidad. El poder, señores, de la humillacion, del abatimiento, de la debilidad y del anonadamiento mas profundo, es el que por el transcurso de veinte siglos viene confundiendo y convenciendo á todas las generaciones incrédulas, que Dios está y vive con nosotros, que Jesucristo reside real y verdaderamente en nuestros altares con idéntica magestad y grandeza que allá en las altas cumbres de los cielos, que él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo redimido. *Ecce, etc.*

¡Oh! pero los tiempos han cambiado, señores, y el mundo ha experimentado una trasformacion sorprendente. Ya no es el pueblo de Israel quien tiene derecho á gloriarse de sus grandes privilegios, de sus inmensas riquezas, y de esa predileccion que formara un dia su exclusivo patrimonio; sus promesas han pasado á otra nacion, sus títulos de gloria han sido trasmitidos á otro pueblo; otra estirpe ha recojido su herencia, y mientras él viera caducar sus antiguos ritos, desaparecer sus ofrendas, hundirse sus altares, arruinarse su templo y ser reducida á escombros la ciudad santa de Sion; y en tanto que él solo conserva de su pasado poderio un recuerdo triste y un amargo despecho, otro pueblo mas dichoso, poseedor de la realidad y de las promesas, rico con los dogmas que aquel solo vislumbrara por entre misteriosas sombras, es el único que puede gloriarse de ser el gran legado que el Eterno dió á su Hijo ¡Pueblo dichoso! Esa gloria, señores, que el caudillo de los hebreos evocaba un dia para su pueblo, ha sido trasladada exclusivamente al nuevo pueblo, él es el poseedor de tan inestimble tesoro, en él ha fijado su residencia aquel Señor que solo en símbolos misteriosos se dignara habitar en los tabernáculos de Israel, allí podia aparecer grande y magestuoso, por el aparato deslumbrador, ora por la riqueza de los objetos destinados al culto, ora por la magnificencia de los holocaustos, ya por el fausto y ostentacion de los ministros que servian al altar, como por la profusion de los dones que cubrian el propiciatorio. Pero ¿qué otra cosa sino sombras y geroglíficos, emblemas y figuras de la divinidad era lo que aquel pueblo

poseía? No así el pueblo cristiano, porque él es la verdadera Jerusalen descendida del cielo y preparada como una esposa para recibir y conservar en su recinto al esposo divino; sí, él le tiene incesantemente en sus templos, le adora en sus altares, le venera en sus sagrarios y le tributa sus homenages bajo esos cándidos accidentes; porque sabe y está cierto de que á pesar de esas esterioridades que desmienten los sentidos, en ese pan misterioso reside la divinidad corporalmente para desafiar á todos los siglos que la han impugnado, para anatematizar á todas las pasiones que la han negado, para humillar á todos los génios soberbios que intentaran amancillarla con sus plumas impías, para reprobar á todas las inteligencias que la han blasfemado, y para anonadar á todos los poderes que se han alzado contra ella. Admirad, señores, la Omnipotencia de la oscuridad, y adorad llenos de fe en ese tabernáculo al árbitro Supremo de los destinos de la humanidad; porque allí está en esa hostia cándida el Dios del tiempo, el Dios de la eternidad; el que tiene por sólio las nubes, la tierra por peana de sus pies y las naciones todas del orbe por límites sin imperio; allí está el Dios de magestad ante quien tiemblan las columnas del firmamento y se arrodillan las mas sublimes inteligencias; el Dios de grandeza, que allá sobre las encumbradas montañas del Sinaí, al resplandor del relámpago y entre el ruido del trueno hiciera sentir un dia el poder invisible de su diestra omnipotente. Es verdad que no le comtemplais apoyado su pié sobre las nubes, ni llevado en las alas de los vientos, ni entre el pavoroso bramido de los torbellinos, cual lo viera el Salmista; pero adorais al mismo que llenó de luz al mundo, que tantos beneficios derramó sobre los pobres y los desgraciados, al mismo á quien obedecen los aquilones, ante quien retroceden los mares, á cuya presencia tiembla el infierno, se humilla el cielo, cruje, bamboléase el orbe, y las criaturas todas llenas de pavor exclaman: ¡Gran Rey de los cielos, ¿quién no te temerá?

Este fué, señores, el grito universal de los hijos de Israel por muchos años, sin tener un solo dia de confianza filial mientras la caridad de Jesucristo no llenaba el inmenso espacio que mediara entre Dios y el hombre. Pero luego que se manifestó el misterio de Cristo y se reveló al mundo el gran sacramento de piedad y de ternura divinas, quedó abierto por siempre en favor de la humanidad un océano inagotable de misericordia, de confianza y de amor, pues que pasada la época del terror reinó solo el amor en el Dios de los cristianos, porque él nos ha amado con caridad perpétua, eternamente, infinitamente como á sí mismo, y tanto nos ha amado, que ni su corazon puede amar mas al hombre, ni hay en el hombre mas capacidad para ser amado. *Sicut diléxit* ¿Y quién al contemplar tanto amor, habrá que no tenga por el mas alto honor una ocupacion que le asemeja á los ángeles, y no desee morar siempre al lado de ese Rey magnífico, que no cesa de derramar los tesoros y gracias sobre cuantos se acercan á él, llenos de fé, esperanza y amor? Nunca, señores, como en nuestros dias han llegado á preponderar esas doctrinas de la deificacion general. Se pretende á toda costa que todos seamos Dioses; pues bien, esa teoría que el hombre ha corrompido con las doctrinas disolventes, tiene su realidad en el sagrado sacramento de nuestros altares. Allí es donde Jesucristo vive con el hombre, allí se dá ese manjar y bebida al hombre, allí se identifica, se incorpora, se hace una misma cosa con él, y estrechándose con el lazo mas indisisoluble a la divinidad, puede decir con el apóstol, no soy yo quien vive sino Jesucristo es quien vive en mí ¿y quién entónces será capaz de separarlo del amor de mi Dios? La angustia, la tribulacion, el hambre, los peligros, la presuncion, la muerte? Nada de esto, pero ni los ángeles, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Jesucristo Sacramentado.

Hé aquí la digna ocupacion y la mision sublime que venís cumpliendo, ilustres congregantes; ved, pues, si deben estar puras las manos que sostienen esos cirios, símbolos misteriosos de los resplandores de la divinidad que habita realmente en esos sagrados tabernáculos; esas luces, digo, mucho mejor que aquella estrella que condujo en otro tiempo al establo humilde de Belen, á los reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá, conducen hoy á los cristianos á la presencia de Jesus Sacramentado, y parece que les dicen: ¡Venid y adoremos al Señor, porque es nuestro Dios! Ved si deben estar limpios de todo pecado unos corazones consagrados á repetir el cántico celestial de los adoradores del Cordero. ¡Oh! no desmintais con obras indignas de vuestra vocacion ese testimonio público de nuestra fe que venís dando al catolicismo. Imitad la santidad de los ángeles, ya que aquí sois sus representantes en el loable ejercicio de velar, adorar al Señor y repetir sus alabanzas. Si los reyes de la tierra, señores, cuya grandeza deslumbradora viene al fin á desaparecer, disipándose como el humo, no permiten ser custodiados sino por hombres ricos en méritos y acreedores á toda su confianza, Dios que castiga á los reyes con vara de hierro y despedaza los cetros y las coronas cual si fueran vasos de barro, ¿permitirá para su vela perpetua hombres abrumados bajo el peso de la iniquidad, corazones corroidos por el encono y devorados por la venganza, pechos insensibles á las tiernas y dulces emociones de la misericordia y del amor? y entónces, piadosos congregantes, ¿qué podia esperar el cristianismo de una institucion eminentemente religiosa? ¿qué otra cosa podia prometerse sino ruinas, desolacion, desventura, lágrimas? ¿y cómo no habia de llorar al ver que una asociacion tan ilustre, cimentada en su orígen sobre piedras tan preciosas como el zafiro y el esmaragdo, y enriquecida un dia con el oro de las mas hermosas y heróicas virtudes, si ahora no presentara en sus individuos sino piedras dislocadas, ennegrecidas con el humo de la indiferencia, del olvido y de las pasiones? ¿y si se apagara la fe de nuestros mayores, que en el Santuario de esta congregacion se ha conservado por tantos años cual fuego sagrado, con la misma actividad que en el dia en que el gran Pontífice

la encendió en el horno santo de Jerusalen? si desapareciera ¿qué seria de vosotros encargados de alimentar y conservar esas lámparas, las dejariais apagar con vuestra frialdad é indiferencia? ¿qué seria? Pero nó, vosotros os empeñais á fin de evitar tan grandes males, desarrollando una infatigable constancia en hacer la guardia ante el Señor Sacramentado

Por eso, mientras allá en el seno de la infiel Babilonia se levantan por todas partes gritos y execraciones horrendas contra Jesucristo, aquí se oyen á su vez los gemidos del piadoso congregante del alumbrado y vela contínua, que repite sin cesar con los ancianos del Apocalipsis y los demás que circundan el trono del Señor: «Digno sois de recibir la gloria, la virtud, el poder y las alabanzas de todas las criaturas; bendicion, magnificencia y honor inmortal al Cordero por los siglos de los siglos;» y estos acentos elévanse como humo misterioso, penetran los cielos y llegan hasta el sólio de la magestad divina, y sus olorosos perfumes aromatizan aquel sagrado recinto é indemnizan al Dios sacramentado de tantos ultrajes como recibe todos los dias aquí en la tierra. ¡Qué ocupacion tan digna! ¡qué práctica tan sublime, tierna y consoladora! ¿y habrá quien no rivalice en fervor y entusiasmo por rodear el trono del Rey manso, velando dia y noche? ¿y habrá quien no adore á Jesucristo en ese Sacramento? ¿habrá quien no le ame? ¿quien pueda olvidarse que por nosotros y por nuestra salud se quedara Sacramentado? Nó, exclaman á una voz los piadosos congregantes. ¡Oh Señor! doquiera que estuviéreis ó para vivir ó para morir, allí estará constante tu siervo.

Tales son, señores, los sentimientes que brotan de los enardecidos pechos de los piadosos congregantes de la vela perpetua, ¿y quién dudará de que este ejercicio es el más justo, el más digno, y el más aceptable en la presencia del Señor? Pero no es menos cierto que dejaría de ser tal si no lo acompañaran esas disposiciones interiores que forman la parte esencial de esta piadosa sociedad, como os lo voy á hacer ver.

No basta señores orar para alcanzar las divinas misericordias. Poco importa que nuestras cervices se curven ante el acatamiento de la magestad divina si al mismo tiempo no se humilla nuestro corazon; inútilmente le ofreceremos sublimes y tiernas plegarias, si no le hacemos el sacrificio de nuestras pasiones; en vano los lábios entonarán himnos de gloria, alabanza y accion de gracias, si nuestras almas no son una hostia pura y una oblacion inmaculada; el murmullo de nuestras palabras no hará mas que fatigar sus oidos, el fariseo oraba en el templo de Jerusalen, oraba Antioco en el lecho de la muerte, pero ni la plegaria de éste, ni la oracion de aquel, pudieron alcanzar la clemencia del cielo; porque escrito está que no todos los que dicen ¡Señor, Señor! penetrarán aquellas puertas eternales; la compuncion verdadera es la expresion del alma; si ésta no se halla herida de un dolor penetrante, íntimo, y convertida á su Dios, en vano los ojos verterán torrentes de lágrimas; en ellos mismos quedará anegada la oracion del impío, porque el Señor ha protestado, que le tiene fastidiado el olor del incienso que ante sus aras queman los hipócritas, que fatiga sus oidos el ruidoso murmullo de los lábios del pérfido, que las ofrendas del impuro le son abominables, y sus solemnidades objeto de su desprecio. Y si esto era, señores, allá cuando solo con figuras se mostrara el Señor á su pueblo, ahora que real y verdaderamente se manifiesta al pueblo cristiano en ese adorable sacramento de amor ¿podrá aceptar las oraciones y homenajes de unos hombres que no son verdaderos adoradores del Padre celestial en espíritu y en verdad? ¿Nos franquearía los inestimables tesoros de su corazon aquel Dios de amor y de clemencia que desde el ara santa, no solo convida á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y á los miserables, á los fuertes y á los débiles, á los sábios y á los ignorantes, á las gentes de toda nacion y de todo lábio, con verdades que ilustran, con virtudes que enseñan y con gracias que sostengan sus pasos vacilantes, sino á embriagarse con su sangre preciosa, si por medio de aquella oracion humilde y

fervorosa que sola puede abrir las puertas de sus inagotables tesoros no procurásemos tener propicia su divina misericordia?

¡Oh! cuán eficaz seria nuestra oracion en presencia de ese Sacramento inefable, si ella fuera dirijida por los sentimientos tiernos y sinceros que brotan de un corazon contrito y humillado; si anonadados como el publicano delante de la magestad de nuestro Dios, y confundidos á vista de nuestra infinita miseria, exclamáramos de lo íntimo de nuestra alma: ¡Señor, mostraos propicio á este pecador! ¡Ah! entónces, piadosos congregantes, entónces sí, llenos de fe y animados de confianza podeis esperar que vuestra oracion tenga todo el efecto que deseais, cuando conforme al espíritu de vuestro sagrado instituto practiqueis este santo ejercicio de la vela perpetua delante de Jesus Sacramentado, entónces..... pero ¿cuándo mas que ahora debeis vigilar, orar y redoblar vuestro fervor para que las súplicas, la oracion, lleven marcado el carácter de la verdadera compuncion y de la humildad mas profunda? Ahora que por todas partes se escucha el espantoso grito de esterminio del templo y del altar; ahora, en presencia de Jesucristo Sacramentado, para disipar esas densas nubes que se estienden por todo el horizonte católico; ahora que tan de cerca vemos esa tempestad desecha que pesa sobre nuestras cabezas; ahora que todos los errores antiguos y modernos se manifiestan con toda su deformidad en un solo cuerpo semejante al del dragon que viera S. Juan vomitando execrables blasfemias contra el nombre de Dios, contra su tabernáculo y contra todos los que habitan en el cielo.

A vista de ese cuadro espantoso ¿dejaríais de compungiros no menos que aquel apóstol que gemia y sollozaba cerca del trono del Cordero, por no haber quien abriera el sello misterioso del gran libro? ¿no uniríais como él vuestros acentos á los de aquella multitud de ángeles y ancianos y animales misteriosos, para reparar los ultrajes hechos á la magestad de nuestro Dios, repitiendo poseidos del mas sublime y exagerado entusiasmo religioso, digno es el Cordero de recibir la virtud, el honor, la divinidad y la gloria? ¿cómo no clamaréis delante de ese tabernáculo, en un tiempo en que el génio del mal recluta por todas partes sin descanso prosélitos contra Dios y contra su Cristo? ¿En dónde, pues, podiais prometeros un lugar seguro contra esa tempestad que agita violentamente todos los espíritus y los arrastra ignominiosamente á la impiedad, á la indiferencia y al olvido de las verdades eternas? ¡Oh! aquí señores, aquí en el seno de esta congregacion hallarán todos armas para defenderse de la seduccion y de todos los errores de la época. ¿Y quién podrá dudar que sola la oracion del justo es la única que puede alcanzar los favores del cielo, y hacer que se derramen sobre la tierra verdades, luces y gracias en abundancia infinita? Tal es la verdad, señores, pues lo que no pudieron conseguir en otro tiempo las armas del pueblo hebreo en los campos enemigos, lo alcanzó la oracion del humilde Moysés, que levantara sus manos hácia el cielo. ¿Pero dejó jamás el Señor de escuchar la oracion y las lágrimas de una alma virtuosa é inocente? Registrad los anales del antiguo pueblo y vereis á la voz de la oracion, reinos conquistados, peñascos convertidos en manantiales de aguas puras, encadenados y como obedientes todos los elementos; y si esto sucedia en la ley del terror, ahora que tenemos la indefinible dicha de tener real y verdaderamente á Nuestro Señor Jesucristo, que lo poseemos en nuestros tabernáculos, desde donde como Pontífice eterno, eleva sin cesar sus clamores y sus lágrimas al trono de su Padre, ofreciéndole sus méritos en indemnizacion de nuestras culpas. ¿Dudaremos de su clemencia, de su amor y del éxito de nuestras oraciones, si ellas son la expresion sincera y humilde del arrepentimiento? Nunca, porque su palabra es infalible.

A vista de esto, velad, piadosos congregantes, orad sin descanso, venid y derramad vuestros corazones ante los santos Sagrarios; porque ésta es la casa de oracion para todas las gentes; entren pues en ella, el jóven y el ancia-

no, oren humildemente, oren con lágrimas de dolor profundo, porque como dice el Profeta, llegados son los dias en que la bella hija de Sion perdido há toda su hermosura, y sus hijos caminan descarriados; oren el sacerdote y el levita y cuantos sirven el ministerio santo; oren con grandes gemidos, porque enlutados están los caminos de Sion; oren la doncella y la virgen inocente, porque irritado el Señor por los pecados de su pueblo allá en su furor ha destruido los baluartes de la virgen de Judá; oren el infante y el párvulo porque ven disminuidas las verdades entre los hijos de los hombres, y que disminuyendo van tambien los que les repartian el pan de vida eterna, al mismo tiempo en que crecen prodigiosamente profetas falsos que les propinan el veneno en dorada copa; oren las madres cristianas, derramen dia y noche como agua sus corazones en presencia de Jesus Sacramentado; hagan venir á manera de torrentes las lágrimas, levanten hácia á él sus manos maternales en favor de unos hijos, á quienes ven tal vez perecer, víctimas de la irreligion y de todos los delirios del siglo en que vivimos. Oremos todos con humildad profunda, y penetrados del mas respetuoso temor, preguntemos al Señor: ¿Cómo es que en medio de su cólera cubrió de oscuridad á la inclita Israel, retiró su diestra y encendió en Jacob un fuego devorador, que abrasa y consume las preciosidades de su culto, y la magnificencia de su tabernáculo?

No quiero contristaros, hermanos mios, ofreciéndoos un cuadro tan horrible en un dia en que presentais un espectáculo verdaderamente tierno y consolador; velad, sí, piadosos congregantes; que vuestra oracion sea siempre constante, humilde, fervorosa, confiada y reverente; que no se oigan aquí en presencia de Jesucristo Sacramentado, los acentos presuntuosos del fariseo, sino las lágrimas del publicano, que adoren todos los pueblos, naciones y tribus de la tierra al Señor oculto en ese Sacramento, y que todos reunidos formemos un armonioso concierto de alabanzas y bendiciones al Rey inmortal de los siglos.

¡Oh Dios de magestad y grandeza! dignaos aceptar los obsequios que os ofrece esta piadosa congregacion; á vos pertenece el honor y la gloria, la bendicion y la virtud, la divinidad y el poder; bendigan vuestro nombre santo todas las lenguas del universo, y queden confundidos por siempre vuestros enemigos; que uno sea el eco que repitan los mares, los rios y las montañas; y en los cielos y en la tierra, dígase siempre: á Dios sea dada honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL

VELADOR DEL SMO. SACRAMENTO,

predicado

EN LA PARROQUIA DE VERACRUZ POR EL SR. CURA

D. Francisco Flores.

Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

S. Mateo, 28, 20.

Venid á mí todos los que estais agobiados de penas, y yo os consolaré.

S. Mateo, 11, 28.

Cuando los grandes acontecimientos que conmueven á la sociedad nos advierten que el Señor toma las armas de su justicia para castigar los ultrajes públicos hechos á su divina magestad, el hombre debe humillarse ante esa justicia por sus súplicas, y atraer á él la misericordia

con sus oraciones, porque es el tiempo de la visita del Señor. Pero enagenados por la rapidez de los acontecimientos, preocupados de negocios y de temores, olvidamos levantar nuestros ojos hácia las montañas donde reside Aquel que con una sola palabra puede darnos la paz. Del seno de la tribulacion deberiamos lanzar un grito hácia el cielo para implorar el socorro divino y no pedir á las cosas humanas una proteccion que no pueden darnos: debíamos recurrir á la oracion segun los consejos del divino Maestro y no descansar en el porvenir sobre el cual la Providencia en su bondad ha puesto un oscuro velo.

Así Dios, á quien abandonamos, parece apartar sus ojos de nuestras desgracias, y su mano que no debia abrirse mas que para derramar sobre la tierra mil bendiciones, la obligamos á que lance sobre nosotros los dardos de su cólera. El arrepentimiento, la oracion, tienen el secreto de penetrar hasta su corazon; pero ¿quién se hiere el pecho y se pone de rodillas para orar? No tenemos en nuestros templos y bajo estas bóbedas á Aquel que manda á los vientos y á las tempestades? Voy á hablar de la necesidad que tenemos de aplacar á Jesucristo por nuestras adoraciones y de implorar su misericordia con nuestros contínuos homenajes. Antes imploremos la gracia del Espíritu Santo. Ave María.

I La luz que resplandecía sobre el tabernáculo de la antigua alianza, la columna de nubes que marchaba delante del pueblo de Israel para protejerlo y conducirlo, todas estas señales sensibles de la presencia del Altísimo llenaban de admiracion á Moysés, excitaban en su corazon sentimientos de reconocimiento que expresaba entonando cánticos que repetian con trasporte los hijos de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

hebreos. Parecia á este gran profeta que no podian existir entre el Criador y la criatura relaciones mas íntimas y que el cielo no podia inclinarse hácia la tierra con mas misericordia. "No hay en efecto, decia, otra nacion, por poderosa que sea, que tenga dioses tan cercanos á ella, como nuestro Dios está cerca de nosotros y presente á todas nuestras oraciones." Este lenguaje de admiracion debe escaparse de nuestros lábios cuando contemplamos el poder milagroso que tiene el sacerdote de la nueva ley, de hacer aparecer sobre nuestros altares, no los signos de la divinidad sino la divinidad misma, cuando volvemos nuestras miradas hácia este santuario donde habita el Santo de los Santos ocultando su magestad bajo las apariencias de un pan. Sí, los cristianos debemos asegurar que ninguna nacion, por grande y privilegiada que haya sido, ha tenido un Dios mas propicio. No temais que el trueno del rayo ó el relámpago que inflama la nube vengan á llenar de espanto al tímido adorador que se presenta á los piés de su divino Maestro. "Venid á mí todos los que estais agobiados de penas y yo os consolaré." Hé aquí las dulces palabras que salen de la arca santa para atraer y afirmar nuestra alma si ella vacila. El temor de la muerte no nos impide el acceso á esta montaña bendita; el autor de la vida nos llama aquí. Un querubin con su espada de fuego no cuida la puerta de este lugar de delicias; el acceso es fácil á todos porque la paz reina sobre la frente de los ángeles que rodean al Dios de la paz. Mas porque Jesucristo desciende á esta inefable familiaridad, y porque su misericordia lo tiene cautivo en nuestros tabernáculos, ¿lo dejaremos en una soledad que acusa nuestra fe y condena nuestra tibieza? ¿El cristiano ha de pasar delante del templo donde reside Dios con la indiferencia del pagano que no le conoce, ó con el desprecio del incrédulo que le ultraja? ¿El Dios oculto será para nosotros el Dios desconocido? No, visitémoslo en su santuario para descubrirle las enfermedades que quiere curar, para dirigirle las oraciones que quiere escuchar, para depositar á sus piés el humilde tributo de nuestras

adoraciones y presentarle una retractacion llena de arrepentimiento.

2 La lectura sola del Evangelio tiene un encanto secreto que no tienen los otros libros. ¿Se encuentra el hombre con la conciencia agitada por los remordimientos? que lea su propia historia en aquella del hijo pródigo y renacerá á la esperanza, mirando con qué efusion de ternura recibe un padre en sus brazos á un hijo que cree para siempre perdido. ¿Está el pobre expuesto á sucumbir bajo los rigores de la indigencia? El peso de su miseria vendrá á ser mas ligero, cuando oiga al Salvador hablarle del cuidado que tiene la Providencia de vestir á los lirios de los campos y dar alimento á los pájaros del cielo. "¡Que no haya tenido la fortuna, se dirá leyendo la vida del Redentor, de ser el contemporáneo del hombre Dios para verle, oirle y abrirle mi corazon! Dichoso Lázaro que dió hospitalidad al Mesías! Dichosa la Samaritana sacando de la misma fuente de la vida las aguas que saltan hasta la vida eterna! Estos piadosos deseos son plenamente satisfechos cuando entrais en nuestras Iglesias; aquí está ese mismo Jesus que pasaba haciendo el bien; esa luz que hacia la gloria de Israel. El hombre Dios bajo los velos eucarísticos está vivo. Entrado de nuevo en ese misterioso silencio que no romperá mas que sobre el trono de su divina justicia, habla á nuestra alma; del fondo de su santuario arroja sobre nosotros una mirada de misericordia para atraernos é invitarnos á llorar amargamente nuestros pecados y nuestra ingratitud.

¿No es así cristianos? ¿no haceis profesion de esta fe cuando venis á adorarlo? Suponed que un infiel oye por la primera vez la explicacion de este dogma, y que iniciado en la profundidad de este misterio y admirado de tanta bondad, entra en nuestros templos para unirse á los adoradores del Dios de los cristianos. ¿Cuál será su sorpresa al ver reinar en nuestros altares la soledad y el silencio del desierto? Qué se diria, está aquí el santuario del Dios terrible y no se oye un solo suspiro para desarmar su cólera, mientras que por fuera todo resuena con el

gozo profano? Aquí está la casa del Padre de las misericordias y no hay manos suplicantes que se eleven hácia su trono para hacer descender la misericordia y el perdon? Aquí reside el Dios que vino al mundo para curar todas las enfermedades, consolar todos los dolores, enjugar todas las lágrimas, y no se encuentran en su presencia ni culpables, ni pobres, ni afligidos? No, estos templos no son la morada de Dios. Hé aquí los pensamientos que haria nacer en el espíritu de un infiel el abandono en que tenemos al Hijo de Dios en la Eucaristía.

3 Hay pues una contradiccion bien estraña entre nuestra creencia y nuestras obras, y por consiguiente se nos puede dirigir este humillante reproche: «En medio de vosotros está uno á quien no conoceis,» y éste es Aquel mismo que descendió de los cielos para rehabilitar á la humanidad decaida: el que asociado á todas nuestras penas ha querido conocer todas nuestras miserias, no encontrando nombre mas dulce para atraernos á él, que llamarse nuestro hermano; pero á este hermano lo tratamos como á un extrangero. Ese don que nos ha hecho de sí mismo, no es á nuestros ojos mas que un don sin valor y que no comprendemos. Ese pan que los ángeles nos envían no es para nosotros mas que un alimento vulgar; y ese sacrificio diario de la víctima sin tacha, de la hostia pacífica, no tiene mas estimacion para nuestra fe espirante que el sacrificio grosero de los cabritos y de los toros! Para expiar al pié de los altares esa vergonzosa indiferencia, y reparar el ultraje que hace al amor de nuestro Dios, yo os exhorto á la adoracion perpetua de Jesus en el sacramento de la Eucaristía.

4 La antigua ley habia designado ciudades de refugio donde se encontraba un abrigo seguro contra la venganza y las persecuciones del enemigo. Nuestros templos, los tabernáculos de Dios, hé aquí el asilo que la ley de gracia ofrece á todos los que experimentan las persecuciones del enemigo de la salud. Todos encontrarán aquí una proteccion segura y un socorro poderoso, porque aquí está el que es la fuerza del pobre, el apoyo del

débil en su afliccion, su esperanza en medio de la tempestad, un abrigo saludable contra el fuego de las pasiones.

5 Que el pobre entre en nuestras iglesias, que venga á confiar su afliccion á Jesucristo que conoce su dolor, y Jesucristo le consolará porque nada ha perdido de su ternura para con nosotros, ni de aquella solicitud con que alimentaba á las muchedumbres que le seguian hasta el desierto. Recordad que la constancia en seguirle llamó su atencion, conmovió su corazon y alcanzó un prodigio de su omnipotencia. Sí, Jesucristo tendrá piedad del indigente, se rendirá á su importunidad, no resistirá á su oracion, y su Providencia compasiva abrirá su mano fecunda para consolar su infortunio, y si quiere probarlo aun le recordará que viajero sobre la tierra no tenia ni una piedra donde descansar su cabeza. El recuerdo de estos ejemplos divinos dará al desgraciado la fuerza para soportar las amarguras de su situacion. Que el débil oprimido, que el inocente perseguido entren en nuestras iglesias, y al pié de los altares encontrarán la fuerza para luchar contra la tribulacion, porque del Corazon de Jesus presente en nuestros tabernáculos, sale una virtud secreta que cura las llagas y cicatriza las heridas. Que vengan todos los atribulados á su lado y vuestros disgustos perderán su amargura, el desaliento hará lugar á la resignacion, pensando que estais en la presencia de un Dios humillado, de un Dios perseguido, de un Dios obediente hasta la muerte.

6 Postrado el pecador delante del tabernáculo, si oye en el fondo de su conciencia la voz severa de un Dios irritado que le reprocha su crímen, la voz de un Dios víctima, hará oir en el fondo de su corazon los acentos de reconciliacion y de perdon. Ah! Es la voz de José que consuela á sus hermanos y las augura contra el temor que les inspira su presencia. Pecador, parece decirle, cualesquiera que sean los escándalos de vuestra vida, venid á mis piés á llorar vuestros estravíos. Mi clemencia no espera mas que vuestros suspiros y la expresion de vuestro dolor para perdonaros. La vergüenza y el te-

mor detienen vuestros pasos, y hacen para vosotros de mi Santuario un objeto de terror; pero la vista sola del tabernáculo que me encierra os animará, porque el altar de la nueva ley no es el trono de mi justicia y de mis venganzas: pero aunque me hayais sacrificado á una culpable satisfaccion y vendido por cualquier dinero, vuestros ultrajes no han estinguido mi caridad hácia vosotros; yo soy siempre vuestro hermano.

7 Este lenguaje, señores, tan conforme á la idea que Jesucristo nos dá de su misericordia, debe atraernos á él en el Sacramento de su amor. Ah! Venid á él, almas muertas á la virtud y aspirarécis á sus piés una nueva vida: venid á él y escuchad sus reproches paternales, sus amorosas quejas, y las borrascas que han trastornado vuestro corazon harán lugar á la serenidad de una buena conciencia.

8 Admitidos en la presencia de Jesus, autor y consumador de nuestra fe, pidamos á su Providencia, no los bienes de la tierra que hacen la dicha de unos cuantos dias, sino un beneficio mas grande, un don mas precioso, un tesoro que es el precio de su sangre: la conservacion de la fe en las familias. Roguémosle que nos escuche segun la grandeza de su misericordia y segun la verdad de sus promesas á fin de que la sociedad no se precipite por las insondables soledades de la duda y del error, porque entonces ¡que será del error? ¡Ah! el hombre sin la antorcha de la fe dará un paso hácia atras buscando ciego en cada criatura un Dios, en cada divinidad un crímen y en cada crímen la barbárie. Pero no temais, señores, que tan terrible catástrofe se verifique entre vosotros: todavia tenemos aquí á este Dios formidable que, desarmado de los rayos de su justicia, está sentado en un trono de mansedumbre y de clemencia, recibiendo las adoraciones de un pueblo que viene á postrarse en su presencia. El corazon del filósofo y la fantasía del poeta todavia se sienten fuertemente conmovidos á la vista del amor y respeto con que le adora el pueblo fiel. No nos lo demuestra la dulce impresion que el Hijo de Dios sacramentado produce desde ese trono de su amor? ¡Quién no siente una inspiracion sublime al mirar ese altar que inflamado por mil antorchas parece un nuevo firmamento donde el Rey de los cielos tiene su corte para conversar con los hombres? ¡Y quién al ver esas vestales que conservan el sagrado fuego; á esas veladoras que con sus lámparas encendidas interrumpen los nublados de la mañana y le saludan con el gorjeo de las aves al anunciarse la aurora, puede separarse de su presencia sin pagarle un tributo de reconocimiento y de respeto? Postrémonos ante el augusto Sacramento y llenos de fe, adoremos este misterio de piedad y de ternura, este emblema del amor divino, este poema consolador del cariño de un Dios, y pidámosle que su presencia no nos falte por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

Qui dicit illis: Nolite expavescere: Jesum quaeritis Nazarenum, crucifixum. Surrexit, non est hic: ecce locus ubi posuerunt eum.

El Angel dijo á las mujeres: "No temais: vosotras buscais á Jesus Nazareno, que ha sido crucificado. Resucitó: no está ya aquí: veid el sitio en que le habian puesto."

S. Márcos, c. 16, v. 6.

¡Qué nuevo fenómeno es éste, que asombra á un mismo tiempo á la naturaleza y á la muerte, al cielo y al infierno? Es, católicos, que nuestro amabilísimo Jesus sale victorioso y triunfante del sepulcro, llevando en sus manos, no laureles y coronas, vanos trofeos de los héroes mortales; sino los gloriosos despojos del pecado y de la muerte, digno precio de la victoria de un Dios. ¡Oh milagro que llena de vergüenza y confusion á la Sinagoga; y á los fieles de honor y de satisfacciones inefables!

Con razon, pues, la Iglesia enjuga hoy sus lágrimas, y hace suceder al duelo el regocijo, y los cánticos de victoria á los fúnebres con ciertos que en sus templos resonaban en los dias de su dolor. Que los ángeles tambien y los hombres, los justos y los pecadores, los vivos y los muertos, todas las criaturas, se unen para celebrar el triunfo inmortal de Jesus; y que su Resurreccion gloriosa derrame la alegría en los corazones de todos sus hijos.

Sin embargo, en medio de los dulces transportes de este júbilo superior á toda expresion, se ofrecen á mi mente motivos de eterno llanto. Mi alma horrorizada se estremece al ver los rápidos y espantosos progresos de la incredulidad. Veo en el seno de la Iglesia otra Sinagoga, y entre los cristianos, incrédulos mas obstinados que los mismos judíos. Veo una impía secta que, condecorándose con el noble dictado de filosofía, pretende enarbolar el estandarte de la irreligion sobre las ruinas de la fé, y que á este horrible intento siembra por todas partes sus máximas desastrosas. Veo que su contagio mortífero, propagándose de reino en reino, ha llegado á infestar esta preciosa y escogida porcion del rebaño de Jesucristo. Veo que los pretendidos sábios, los sectarios de esta escuela, han llegado á alzar entre nosotros su frente orgullosa, y á difundir su veneno en libros execrables, estendidos de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, y que han penetrado hasta las mas retiradas aldeas, halagando y seduciendo á los incautos. Veo...¡ah! mi lengua se resiste á revelar todas las abominaciones y estragos de tan horrible conspiracion!

A tal esceso de perversidad y de escándalo ha llegado este siglo! Escándalo que le caracteriza y distingue entre todos los que le precedieran: escándalo contagioso, orígen funesto de una licencia desenfrenada, de una espantosa inundacion de vicios, de una disolucion infanda: escándalo degradante, que cubrirá de oprobio eterno esta generacion perversa: escándalo que intento combatir en este dia, consagrado al triunfo inmortal de Jesucristo y de su santa Religion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No penseis por eso, católicos, que dudo de vuestra fe. Sé que hablo á un pueblo que cifra toda su gloria en el sacrificio de su entendimiento á la palabra del Señor. Mi ánimo es preveniros, en estos dias de vértigo y de error, contra las máximas seductoras de la impiedad; y ofrecer al mismo tiempo á vuestra vista un espectáculo el mas consolador, confundiendo á los incrédulos sobre este artículo fundamental de nuestra Religion.

Mas mi designio no se ciñe precisamente á combatir la incredulidad. Si en medio del cristianismo hay incrédulos, es sin comparacion mucho mayor el número de aquellos fieles que, fascinados por un funesto encanto, con el pomposo aparato del mundo seductor, viven tan aficionados á esta frágil vida, como si jamás hubiera de acabar; y pierden de vista la eterna, como si nunca hubiese de llegar. Procuraré tambien inspirar á éstos, con la consideracion del misterio que celebramos, el desprecio de los frívolos placeres y delicias de esta escena pueril, de esta fábula pasagera que llamamos vida. Ved, pues, indicado el plan y la division de mi discurso. Jesucristo ha resucitado; la Religion cristiana es por lo mismo obra de Dios; así que el incrédulo que se subleva contra ella, queda convencido de injusticia y de error. Jesucristo ha resucitado; nosotros, pues, resucitaremos algun dia; luego el cristiano que se aficiona á esta vida y á sus bienes, demuestra una lastimosa ceguedad é insensatez. No puede tratarse en la cátedra de la verdad un asunto mas interesante. Imploremos de la Reina de los cielos los auxilios de la divina gracia, diciéndola con la Iglesia: *Regina coeli laetare.*

Primera parte.

La Resurreccion de Jesucristo es la basa incontrastable sobre que está apoyado el augusto edificio de la Religion cristiana. El mismo Salvador fundaba en ella las pruebas de su mision. En vano le pedian los fariseos que mostrase en los cielos señales para acreditarla. Hombres sin fé, les contestaba; raza maldita y perversa; vosotros me pedís prodigios extraordinarios, pero yo no os daré otro que el de Jonás encerrado por tres dias en el vientre de una ballena, figura del Hijo del Hombre, que habia de estar por el mismo transcurso de tiempo sepultado en el seno de la tierra: *Sic erit Filius hominis in corde terrae.* Observad sus obras durante su ministerio, y vereis cómo camina por medio de milagros, cómo dispone á su voluntad de los elementos, cómo asombra al mundo con sus prodigios. ¿Qué podrá oponerles la incredulidad? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para atestiguar su divinidad á los ojos del orbe.

Así es que si las pruebas que tenemos del admirable suceso que refiere el Evangelio de hoy, llegan al mas alto grado de certidumbre que los hombres pueden tener; si son tan victoriosas, que ningun entendimiento sensato puede resistirse á su evidencia, preciso es reconocer á Jesucristo por Señor soberano del cielo y de la tierra, y á su Religion como obra de la mano de Dios.

Pues, católicos, este prodigio único é inaudito hasta ahora, está probado por un grande número de testigos oculares y dignos de toda fé, por la confesion de sus enemigos, por el testimonio del mismo Dios. ¿Hay algun suceso entre todos los que pasan por indubitables, que tenga á su favor tanta claridad y evidencia? Pero examinemos y pesemos por un momento la fé de estos testigos.

Los primeros que deponen en favor de la Resurreccion de Jesucristo, son todos sus Apóstoles y todos su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

discípulos; testigos oculares que ofrecen las mas satisfactorias garantías de verdad, porque no pudieron ser víctimas del error, ni atrevidos impostores. Por decontado, la ilusion, la prevencion, el prestigio, no han tenido parte en lo que veían ó creían ver. No se les puede imputar una credulidad indiscreta. Tratan de visionarias é insensatas á las santas mujeres que vuelven del sepulcro publicando la Resurreccion del Salvador. Ninguno se fia en el testimonio de los demás: cada uno quiere ver por sí mismo al resucitado Maestro: para algunos esto no basta: todavia se les figura una fantasma. Es preciso, para desengañarles, que se les aparezca varias veces, que coma con ellos, que les haga tocar y palpar su cuerpo y sus llagas, y que les desenvuelva las profecías mas sublimes que le han anunciado desde el tiempo de Moysés.

Ni se ha aparecido solamente á algunos de sus discípulos. Además de los once Apóstoles, le han visto mas de quinientos fieles reunidos en un lugar: San Pablo nos lo asegura en términos formales, en tiempo en que vivian la mayor parte de los testigos, y en que por tanto podia ser convencido de falsedad si su testimonio no fuese cierto. Las apariciones, pues, son muchas, diferentes y continuadas. No son rápidas ni mudas, sino acompañadas de largos discursos ó instrucciones. Si en un hecho, en que los mas estúpidos no son capaces de ilusion, se puede recusar la deposicion de quinientos testigos, y se les puede acusar á todos de la misma alucinacion, ¿dónde se hallará la verdad de la historia? Seria preciso abrir la puerta al mas insensato pirronismo.

Sin embargo, á pesar de la fuerza de estas razones, nuestra victoria todavia es imperfecta. Confieso, dirá el incrédulo, que los Apóstoles no pudieron ser engañados; ¡pero no se habrán propuesto engañar al universo con la fábula de la Resurreccion? ¡Qué delirio, católicos, atribuir á los Apóstoles proyecto tan inícuo! ¿Qué motivo, qué aliciente podia estimularles á divulgar y defender un prodigio fabuloso! Su Maestro, en tal caso, hubiera sido un sacrílego impostor; sus promesas serian otras tantas

quimeras; y léjos de serles venerable su memoria, debian naturalmente llenarle de imprecaciones. Pues, ¿qué embriaguez, qué especie de frenesí y de vértigo ha podido embargarlos hasta el punto de publicar por todas partes la gloria de un seductor, de un impío, digno en tal hipótesis de su ódio y de los mas ejemplares castigos?

Aun hay más: los Apóstoles tenian el mayor interés en no declararse por la Resurreccion si no fuese verdadera. Léjos de esperar ningunos bienes temporales en premio de su impostura, sabian que iban á ser el blanco del furor de su pueblo, y odiados por todas las naciones: veían ya formada contra ellos una conspiracion general: veían toda especie de borrascas agruparse sobre sus cabezas. Es preciso, pues, suponerlos tan estólidos, que se espongan á los tormentos y á la muerte solo por el placer insensato de mentir y de engañar. Pregunto ahora: ¿es susceptible el corazon humano de una disposicion tan absurda y estravagante? No, católicos; una impostura aborrecida, detestada y que conduce infaliblemente á los suplicios mas formidables é infamantes, no puede tener autores ni partidarios.

Pero el testimonio de los enemigos declarados de Jesucristo confirma la verdad de la Resurreccion. Segun ellos mismos confiesan, el cuerpo del Salvador no se halla en el sepulcro tres dias despues de su muerte, y es imposible que hubiese sido sustraido de él por violencia ó por sorpresa. ¡Quién sería capaz de ejecutar tan arriesgado proyecto? Los judíos dicen que le extrajeron sus discípulos cuando los guardias dormian: escusa frívola y despreciable. Si estaban dormidos ¿cómo podian saber que son los discípulos los que se han apoderado del cuerpo de Jesus? ¡Estaban dormidos los soldados! Y han podido levantar una piedra enorme, forzar la entrada del sepulcro, arrebatar de él un cuerpo muerto, sin que al ruido que debia inevitablemente causar esta nocturna irrupcion, ninguno de ellos haya dispertado y escitado á los demás á tomar las armas! ¡Qué sueño tan letárgico y profundo! ¡Y entre todos los que componen esta es-

cogida y numerosa guardia, encargada de custodiar un cadáver cuya estraccion se teme y se trata de evitar á todo trance, no hay un centinela que vigile y dé á sus compañeros el grito de alarma! ¡Quién creerá esta suposicion, considerando el estremo rigor de la disciplina militar de los romanos, disciplina segun la cual todo soldado que, estando de guardia, se encontraba dormido, era sin recurso condenado á la pena capital! Pero lo mas singular es que estos soldados, que no podian ignorar semejante ley, confiesan al gran consejo su negligencia; y sin embargo no se les castiga, ni aun se les forma proceso. ¡Qué estravagancias! ¡Qué absurdos!

El testimonio del mismo Dios pone el último sello á la verdad de la Resurreccion. Nadie duda de que los milagros son el lenguaje mas enérgico de la Omnipotencia: lenguaje que no puede autorizar la mentira y el error. Pues, católicos, los Apóstoles han atestiguado este suceso con multitud de milagros públicos, innegables y sorprendentes. En efecto, toda Jerusalen ha visto con asombro repentinamente curados á enfermos de todas dolencias; á los energúmenos quedar libres del espíritu que les atormentaba; á los muertos salir de los sepulcros; á un desgraciado que jamás ha podido sostenerse sobre sus piés, caminar con paso firme; al mismo tiempo, á la noticia de estos milagros, el pueblo inmóvil y como en éxtasis, fija sobre los Apóstoles sus ávidas miradas: ¿y sabeis lo que dicen á la atónita multitud? Que aunque ellos parezcan ser los autores de estas maravillas, no lo son en efecto; que todo se obra en virtud de Jesucristo resucitado; *in nomine Jesuchristi quem Deus suscitavit á mortuis.* ¿Puede darse una prueba mas evidente de la Resurreccion del Salvador?

Ahora bien, católicos, Jesucristo ha resucitado; los sofismas de la impiedad no han podido oscurecer este hecho gloriosísimo: luego Jesus es ciertamente hijo de Dios; su Religion es divina; los castigos con que nos amenaza, son evidentes; sus promesas, infalibles; sus misterios, adorables; al fin, todo cuanto nos enseña el Evangelio, es seguro, es indubitable: *resurrexit: absoluta res est.*

Jesucristo ha resucitado: el incrédulo, pues, no tiene ya escusas que alegar, ni puede pedir pruebas ulteriores. En vano nos pregunta ¿por qué no se dejó ver públicamente en Jerusalen? Pero ¿qué ventajas hubiera sacado el Salvador de esta pública aparicion? La conversion, dice, de los judíos, y la rápida propagacion de su doctrina por toda la tierra, único objeto de su mision. Impostura, mentira grosera: aquí es donde se descubre más á las claras la mala fé del incrédulo. Los milagros de Jesucristo, revestidos de toda la posible publicidad y evidencia, en especial, la resurreccion de Lázaro, este prodigio estupendo obrado á la vista de todo lo que habia de mas ilustre en la Sinagoga, ¿han podido triunfar de la obstinada incredulidad de los judíos? Los fariseos, siempre impostores, que atribuian tales milagros á Belcebú, ¿no habrian dicho que era una fantasma animada por los resortes de la mágia? ¿No podrian decir tambien, que era una ilusion causada por alguna semejanza en las facciones? Por otra parte, quinientos testigos oculares, que han derramado su sangre en prueba del hecho que nos ocupa, ¿no le ponen fuera de toda duda y contradiccion? Ved aquí, católicos, como esta objecion especiosa se desvanece por sí misma: *resurrexit: absoluta res est.*

Pero ningun historiador, á escepcion de los Evangelistas, habla de un suceso tan sorprendente, que debiera leerse en todos los anales del mundo: otro reparo del incrédulo. Hé aquí á donde llega la estravagancia de su juicio: atribuye mayor autoridad á los sufragios de los escritores profanos, que al testimonio de los que se convirtieron á la fé forzados por la evidencia del milagro. Pues qué ¿unos testigos que se dejan degollar por no ofender la verdad, que prefieren la muerte á la flaqueza de desmentir un hecho que han visto, no son mas acreedores á que se les crea, que historiadores que escriben

muchas veces lo que les dicta la pasion y de ordinario con ligereza? Por otra parte, ¿es verdad que el testimonio de la historia falta á la Resurreccion? Sin contar con Josefo y una multitud de rabinos que hablan de ella expresamente, innumerables autores profanos refieren en sus historias la asombrosa firmeza con que los cristianos sufrian la muerte para confirmar su certidumbre. Historiadores, poetas, filósofos, todos atestiguan los tormentos que padecian los fieles porque confesaban la divinidad de Jesucristo, fundada sobre su Resurreccion; y parece que todos nos gritan á una voz: Jesucristo ha resucitado; sujetaos, pues, á su Ley: *resurrexit: absoluta res est.*

Concluyamos, pues, católicos, que no hay un punto histórico mas bien averiguado que la gloriosa Resurreccion del Salvador. Concluyamos que, así como el furor de la Sinagoga y todas sus empresas se han estrellado contra el sepulcro de Jesus, contra este sepulcro vendrán á estrellarse hasta el fin de los siglos, las razones, los sofismas y las blasfemias de los impíos, y Dios resucitado dará siempre el triunfo á sus discípulos y será el oprobio de sus enemigos: *resurrexit: absoluta res est.*

Habeis observado que la Resurreccion del Salvador es la prueba mas convincente de la divinidad de nuestra augusta creencia, y de la sinrazon é injusticia del incrédulo que se revela contra ella; pero tambien es prenda segura de nuestra resurreccion futura, y por consiguiente, argumento invencible de la vanidad de las cosas humanas y de la realidad de los preciosos bienes que esperamos: así lo vereis en la

Segunda parte.

Confesemos, católicos, que lo que entibia nuestra fé y afloja nuestro fervor, es principalmente el amor de la vida presente y el olvido de la vida futura. Colocados en medio de este mundo encantador, deslumbrados por sus promesas y embriagados con sus placeres, olvidamos que la tierra no es mas que un destierro, y perdemos de vista la eternidad. Pues la Resurreccion del Hijo de Dios remedia estos dos desórdenes; quiero decir, que nos enseña á despreciar la vida presente, y nos prueba y trae á la memoria la existencia de una vida futura.

En primer lugar, el pensamiento de la resurreccion nos inspira el desprecio de este mundo. En efecto, dice San Pablo, si Jesucristo ha resucitado, todos nosotros resucitaremos tambien; por consiguiente, debemos procurar con ánsia los bienes celestiales, y no ocuparnos de los cuidados de la tierra: *quae sursum sunt, quaerite; quae sursum sunt sapite.* Discurso sencillo, pero invencible, que debia hacernos romper los vínculos de interés, de ambicion, de deleite, que nos aficionan á la presente vida. Pero ¿sabeis de qué procede este ardor, esta especie de embriaguez con que vamos en pos de las vanidades del siglo? De una lamentable ceguedad. Miramos esta tierra como un teatro, en que cada uno debe figurar en su línea, en lugar de mirarla como un vasto sepulcro, á donde pronto vamos á ser depositados con Jesucristo, para resucitar como él algun dia. Esta sola idea bien impresa en nuestra mente, seria capaz de elevarnos sobre nosotros mismos, é inspirarnos el desprecio de esta vida con todos sus bienes y todos sus males.

Digo *la vida con todos sus bienes.* Una vez que estemos bien persuadidos de nuestra futura resurreccion, todo lo referiremos á este solo objeto: nada merecerá nuestra aficion que no deba seguirnos mas allá del sepulcro. Asentado ese principio, debemos preguntarnos á nosotros mismos: estas riquezas, estos placeres, estos honores, todo este aparato imponente de gloria y de grandeza, que forma el encanto y las delicias de la vida, ¿nos acompañará á la eternidad? Nó, dice el Profeta: el hombre, al morir, no llevará consigo nada de cuanto le ro-

dea; su gloria no descenderá con él al polvo del sepulcro: *homo, cum interierit, non sumet omnia, neque descendet cum eo gloria ejus.* Y aun cuando se sepultasen nuestros bienes con nosotros; aunque una misma piedra cubriera al rico y sus tesoros, al rey y su trono, al conquistador y sus laureles, ¿volverian á aparecer en el dia de la resurreccion general estos bienes y estos honores? Ah! estos mismos colosos de las grandezas humanas ya han desaparecido de las entrañas de la tierra, y el fausto fúnebre que rodea sus monumentos, no es mas que mentira y vanidad. En vano han mirado un sepulcro como su eterna mansion; en vano han recurrido al mármol y al bronce para transmitir á la posteridad sus nombres; esfuerzos infructuosos del orgullo abatido!

En el gran dia de la resurreccion, al primer sonido de la trompeta fatal, vendreis al suelo, lápidas orgullosas, suntuosos mausoleos, inútiles asilos que la vanidad del impío levantó contra la nada que habia deseado y temido á un mismo tiempo. Y entonces, dice el Profeta, ¿qué será de todos esos distintivos de honor! Los mundanos resucitarán, es verdad, ¿pero cómo? Isaías nos los representa bajo la imágen de un general de ejército que, perdida una batalla, arroja todas sus insignias, y procura escaparse en la confusion. Pero continúa el mismo Profeta, en este dia ya no habrá gloria de que despojarse; ni cetro, ni corona, ni rango que deponer; solo nuestras acciones nos seguirán y resucitarán con nosotros. ¿Qué nos importa, pues, la vida con todos sus bienes, el mundo con todas sus pompas, si ninguno de estos objetos codiciados por nuestras pasiones, nos ha de acompañar, ni al sepulcro ni á la eternidad?

He dicho *la vida con todos sus males:* porque no hay un medio mas eficaz para infundir en nuestra alma aliento y fuerza invencible en las tribulaciones, terrores y suplicios, que el pensamiento de la resurreccion. En efecto, si recuerdo el tiempo de las persecuciones, si entro en los circos y en los anfiteatros, oigo resonar por todas

partes la fé de la resurreccion. Jesucristo ha resucitado; nosotros resucitaremos algun dia: verdugos inhumanos, saciad vuestro furor; tiranos ávidos de nuestra sangre, descargad vuestro brazo homicida; vosotros podeis quitarnos esta vida frágil y perecedera; pero nuestra alma inmortal se reunirá muy pronto á esta carne que la muerte va á reducir á polvo para no separarse jamás. Hé aquí lo que sostenía á los mártires en el sangriento testimonio que tributaban á la Religion; lo que convertia á estos tímidos corderos en intrépidos leones. ¿Y cómo es posible comprender de otra suerte, que tantos mártires se mantuviesen firmes en medio del espantoso aparato de tormentos que se desplegaba á sus ojos? ¿que viesen sin estremecerse, y aun con alegría, sus miembros ardiendo en las hogueras, palpitando en las ruedas, despedazados sobre los cadalsos; y que cuando se les empujaba á la arena para ser devorados, léjos de retroceder, se arrojasen ellos mismos á las horribles y espumantes bocas de los tigres y de las panteras? ¿Cómo puede conciliarse este heroismo de su fé, con la fragilidad de la naturaleza? ¡Ah, católicos! estaban vivamente persuadidos de su resurreccion futura, y de que las reliquias de su cuerpo, aunque fuesen esparcidas del poniente á la aurora, de un polo al otro polo, sepultadas en las entrañas de la tierra, sumergidas en los abismos del mar; aun cuando se confundiesen con la sustancia de los leones que iban á devorarlos, no por eso dejarian de ser reunidas y reanimadas con un soplo de inmortalidad en el gran dia de las revelaciones. Verdades consoladoras, dulce esperanza que debe sostenernos en este valle de miserias; verdades que al mismo tiempo que nos enseñan á despreciar el mundo y todos sus encantos, nos prueban y recuerdan una vida futura!

Habia en tiempo de San Pablo (y pluguiese al cielo no los hubiese tambien en este siglo!) ciertos hombres carnales que miraban como imposible la resurreccion de los cuerpos. Observad, les contestaba el Apóstol de las gentes, observad el grano de trigo que la tierra recibe en su

seno; sepultado en el sulco, muere, segun parece; pero muere para renacer; y el orgullo de su nueva espiga viene luego á alegrar la naturaleza, y á enriquecer al agricultor. Tal es el hombre en su carrera: apenas nace, el sepulcro se abre á su vista; cae y se pierde en él; en vano le buscaréis en el polvo; es preciso que se altere y se corrompa, para nacer nuevamente. Es un astro cuyo medio dia toca al ocaso; pero cuya segunda aurora será eterna: un arroyo que se pierde á dos pasos de su origen; pero es para unirse con un nuevo manantial, que no se agotará jamás: un bajel que en su velocidad se oculta á los ojos atónitos del espectador; pero la borrasca que le destroza, le arroja al puerto de la eternidad. En efecto, dice San Pablo, quitad la fé de la resurreccion futura; y si solo esperamos en Jesucristo por lo que hace á esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres: *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus; miserabiliores sumus omnibus hominibus.* ¿Qué me importa, continúa el doctor de las naciones, haberme espuesto en el anfiteatro de Efeso, haber combatido hasta la efusion de mi sangre? ¿Qué me importan todos mis trabajos por mar y tierra, mis peligros, mis conquistas y mis victorias, si mi resurreccion es una quimera? ¿Pues qué, los seres privados de razon serán mas afortunados que el hombre? A lo menos nada combate sus inclinaciones: el leon en las selvas ejerce á su placer su rábia y sus furores: el águila atraviesa con libertad el seno de la nube, y puede aspirar al imperio de los aires: el insecto que vuela y el que se arrastra por los campos, se nutre en paz con el jugo de las flores, con los tesoros de las cosechas. ¿Por qué, pues, si el destino final del hombre es el destino de los brutos, no gozarémos todos de la misma libertad? Comamos, bebamos, que moriremos mañana. ¿Quién os ha colocado en mi corazon, temor de una vida futura, arrepentimiento espantoso, cruel remordimiento del crímen? Ah! dejadme, no me importuneis, si mi porvenir es una muerte eterna, y pues que la distancia de la cuna al sepulcro no es mas que una carrera rápida hácia la nada, el espacio es muy corto para reconocer leyes y virtudes: *¿Quid prodest, si mortui non resurgunt?*

Tal es el discurso de San Pablo. Así pues, no hay pueblo, sin esceptuar los paganos, que no haya reconocido la verdad de una vida futura. Nos estimamos demasiado para consentir en perdernos enteramente: el amor propio resiste el pensamiento de nuestra aniquilacion. Qué, decia un filósofo moribundo, ¿podré persuadirme de que el espíritu, encerrado en un cuerpo que le tiraniza, perece en el instante mismo en que consigue su libertad? El esclavo seria menos libre despues de haber roto su cadena, la luz menos brillante despues de haber salido de la nube, si el alma, prisionera, cautiva y encadenada por la materia, perdiese su inmortalidad al romper su prision y sus grillos. La tierra toda no seria mas que un sepulcro, y la naturaleza una madre desgraciada que, recostada sobre su urna funeraria, como una sombra desolada, llorase los reinos, los imperios, las generaciones y los cadáveres de tantas ciudades sumergidos en el golfo de la nada. Oh hombre! oh deplorable criatura! ¡qué funesto presente te hizo el cielo al darte el ser! Arrojado sobre esta tierra cubierta de espinas, rasgas su seno para alimentarte; bien pronto caes en él, y te sepultas para siempre. Qué designio para un Dios! qué fin para el hombre! Eternidad, resurreccion, vida futura: solo vosotras podeis esplicar el enigma: y si la creencia de la inmortalidad del alma pudiese ser falsa ó dudosa, no se conoceria sobre la tierra una verdad tan amable, tan preciosa como este error. La existencia de Dios, la inmortalidad del alma, tal es el grito del universo y la fé de la naturaleza. Esta vida no es mas que una sombra de la que esperamos: por todas partes nos traza las figuras de la muerte: su duracion no es mas que un momento: nuestro cuerpo será muy luego pábulo del sepulcro, y nuestra alma inmortal será trasladada á la region de la eternidad; pero al fin recobrarémos la vida, cuando la muerte, derribando como otro Sanson, las columnas que sostienen

la asombrosa máquina del mundo, deje á esta sepultada bajo sus ruinas.

Pero esta verdad, que hallamos grabada con caracteres indelebles en el fondo de nuestra alma, se ve cumplidamente confirmada por la Religion. Jesucristo en su Resurreccion gloriosa nos ha dado el ejemplo convincente. Así lo comprendió San Pablo hablando á los primeros fieles. Jesucristo ha resucitado (les decia), este es el misterio que se os anuncia, este el objeto de vuestra mas firme creencia: ¿cómo, pues, hay entre vosotros quienes se atrevan á dudar de la resurreccion de los muertos? Estad ciertos de que el Dios que ha salido triunfante del sepulcro, reparará las ruinas de la muerte, y restablecerá vuestros cuerpos en su primer estado. Así, católicos, la Resurreccion del Salvador garantiza nuestras mas lisongeras, nuestras inmortales esperanzas. Y siendo ello así, ¿por qué nos dejamos embelesar por unas viles criaturas, objetos indignos de nuestra aficion? ¿Por qué nos apasionamos tanto de este mundo, que no nos ofrece mas que sombras, prestigios y ostentosas apariencias de vanidad? Aunque nos corone de flores; por mas que su risueña perspectiva calme los sinsabores de nuestra peregrinacion; esas imágenes engañosas pasarán con la figura del mundo, y esas flores se secarán al fin sobre nuestro sepulcro. ¡Insensatos! Navegamos sobre un torrente desatado y rápido; la tierra huye de nosotros, y queremos asirnos á esta tierra! siempre ocupados de la carrera y jamás del término, porfiamos contra la impetuosidad de las aguas, para arribar por un instante á esta costa extrangera; y apenas la hemos tocado, cuando el impetuoso torrente nos arrastra, nos traga, nos devora, y todo ha desaparecido!

¡Plegue á Dios que este dia, este misterio, imprima en nuestras almas el pensamiento que acabo de indicaros, y que no se borre de ellas jamás! ¡Plegue á Dios que de hoy mas nuestros entendimientos y nuestros corazones, desprendidos del polvo vil, se dirijan siempre á la eternidad! El justo en la tierra, segun la espresion del Profeta, es como un árbol sobre la corriente de las aguas: *tamquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum.* Pues ¿qué haria ese árbol, pregunta San Bernardo, si estuviese dotado de sentimiento? Veria las olas de este rio que se empujan, se suceden y desaparecen unas en pos de otras: veria caer sus hojas sobre la corriente que las arrastra. ¿Pero correria tras estas hojas ligeras, estas rápidas olas? No, las dejaria pasar; y situado siempre en el mismo punto, elevaria sus ramas hácia el cielo. Ved aquí la imágen del verdadero cristiano: está en el mundo como sobre el borde de un rio. Ve correr bajo sus ojos las olas impetuosas: ve que los dias y los años de su vida, como hojas ligeras, pasan y se precipitan con el tiempo. ¿Pero correrá en pos de estos frágiles bienes? ¿se lamentará de la rapidez de estos dias y de estos años? Al contrario, siempre en el mismo estado y sumiso á la Providencia, se eleva cada vez mas hácia el cielo; suspira, dirige sus pensamientos y deseos á la eternidad. ¡Dichosos nosotros, hermanos mios, si la presente solemnidad nos ha inspirado tan sublimes sentimientos!

Gran Dios, que habeis revelado vuestra gloria á todas las naciones en la Resurreccion de vuestro adorable Hijo, sostened la obra de vuestra misericordia: proteged á vuestro pueblo contra los ataques del error y de la impiedad, para que persevere siempre firme en la fé de vuestro nombre! Confundid á los impíos que se atreven á combatirla; haced que la horrible distincion de que blasonan, les sirva de oprobio; y que no se muestren sobre la tierra sino para ser objeto de la execracion de todos! O mas bien ¡Dios mio! reducid á esos desgraciados al conocimiento de la verdad; disipad la densa nube que forman ante sus ojos las pasiones; convertid su corazon, cuyo desarreglo los ha conducido á ser irreligiosos. ¡Gran Dios! dignaos tambien desengañarnos del brillante y pomposo aparato de este mundo seductor, y de las pérfidas delicias que han embriagado nuestro corazon. Haced que no estimemos los bienes temporales sino por las relaciones

que puedan tener con el siglo futuro; excitad en nuestra corazon un gusto anticipado de las dulzuras celestiales; y despues de haber dirigido nuestro rumbo en la mar borrascosa de esta vida, conducidnos al puerto de salvacion, á la eterna bienaventuranza. Amen. (1)

(1) Anónimo. Revisado por la censura.

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO. (1)

Surrexit, non est hic.

Resucitó, ya no está aquí.

S. Márcos, c. 16, v. 6.

Qué vienen á ser esos suntuosos sepulcros, esas estatuas magníficas, esas urnas funerarias con que los poderosos de la tierra pretenden eternizar su memoria despues de la muerte y ocultar la vergüenza de su corrupcion, mas que monumentos ejemplares de la vanidad de las cosas humanas? ¡Qué prueba mas patente de la extremada locura de los hombres, que erigir soberbios trofeos á unas frias cenizas, á unas tristes reliquias y á algunos asquerosos despojos? En vano estos celosos de las grandezas mundanas han forzado el mármol y el bronce para trasmitir

(1) Copiado del Año Eclesiástico publicado en Puebla por N. Bassols.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que puedan tener con el siglo futuro; excitad en nuestra corazon un gusto anticipado de las dulzuras celestiales; y despues de haber dirigido nuestro rumbo en la mar borrascosa de esta vida, conducidnos al puerto de salvacion, á la eterna bienaventuranza. Amen. (1)

(1) Anónimo. Revisado por la censura.

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO. (1)

Surrexit, non est hic.

Resucitó, ya no está aquí.

S. Márcos, c. 16, v. 6.

Qué vienen á ser esos suntuosos sepulcros, esas estatuas magníficas, esas urnas funerarias con que los poderosos de la tierra pretenden eternizar su memoria despues de la muerte y ocultar la vergüenza de su corrupcion, mas que monumentos ejemplares de la vanidad de las cosas humanas? ¡Qué prueba mas patente de la extremada locura de los hombres, que erigir soberbios trofeos á unas frias cenizas, á unas tristes reliquias y á algunos asquerosos despojos? En vano estos celosos de las grandezas mundanas han forzado el mármol y el bronce para trasmitir

(1) Copiado del Año Eclesiástico publicado en Puebla por N. Bassols.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus nombres á la posteridad, último asilo en que su vanidad se atrinchera. ¿De qué puede servir la pompa fúnebre que rodea sus monumentos, sino para adornar el triunfo de la muerte y hacer mas ilustres los testimonios de su pequeñez? Esas inscripciones, al mismo tiempo que nos advierten que allí está sepultado en el polvo un célebre personaje, *hic jacet*, ¿no nos enseñan tambien que la mentira y la vanidad son inseparables del hombre, que le acompañan hasta el féretro y que se burlan áun de sus cenizas? ¡Cuán al contrario el sepulcro del Salvador! Sencillo y sin aparato, será no obstante eternamente memorable y glorioso. En lugar de aquel fatal anuncio, *hic jacet*, esculpido en los monumentos que el mundo vencido erige á la muerte triunfante, el ángel del Señor, al rayar una brillante aurora, dirige hoy á tres piadosas mujeres que habian venido de Jerusalen al sepulcro del Salvador, estas palabras dulcísimas y llenas de consuelo: *Surrexit; non est hic.* No: Jesus de Nazaret ya no existe en el lugar en que le habian puesto el furor y la impiedad de los judíos; despues de haber entregado á la rabia de sus enemigos una vida que era dueño de dar y de recobrar, acaba de vencer á la muerte resucitándose á sí mismo. Al paso que la mas brillante gloria de los grandes, de los conquistadores, de los héroes del siglo se estrella contra el sepulcro, el sepulcro mismo viene á ser la cuna de la gloria inmortal del Hombre Dios, como lo habia vaticinado Isaías: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

¡Qué nuevo y asombroso fenómeno, católicos! Ni el cielo ni la tierra habian visto antes prodigio semejante, ni el infierno habia recibido golpe tan terrible, ni la mano de Dios habia obrado una maravilla tan estupenda. Se habia visto á algunos muertos despertar de su sueño á la voz de los profetas, á Lázaro quebrantar sus ataduras á la voz de Jesucristo; pero un muerto que sin auxilio ni poder extraño se ha libertado de la prision y de las cadenas de la muerte; un muerto, cuyo sepulcro estaba no solamente asegurado con el sello de la Sinagoga, sino

tambien rodeado de satélites y guardado por sus mas crueles enemigos, y que sin embargo, rompe por sí mismo sus ligaduras, fuerza la barrera, aterra y derriba la guardia; ¡ah! este es un milagro superior á todos los milagros, este es el prodigio que sobresale entre todos los prodigios: prodigio en que la verdad brilla por todas partes, sale de todas las bocas, repetida por tantos ecos, confirmada por grande número de testigos oculares y fidedignos, por las inquietudes y precauciones inútiles de la Sinagoga, enemiga irreconciliable del Salvador y de sus discípulos, por multitud de sucesos portentosos que le han acompañado y seguido; prodigio que ha subyugado á los espíritus mas indóciles y ha convencido al universo entero de que es divina la religion de Jesucristo; prodigio en fin, que á la vez que ha influido en la política de las naciones, ha asegurado los tronos y ha hecho mas veneranda la autoridad de los príncipes temporales; ha causado la revolucion mas estupenda en el carácter de los pueblos, suavizando sus costumbres, desterrando vicios abominables y haciendo nacer la seguridad y la paz en el seno de las sociedades. En dos palabras; la resurreccion de Jesucristo es la base sobre la cual se apoya el magestuoso edificio de la religion; la base sobre la cual se apoyan el reposo y la seguridad del edificio social. Tal es el plan y la division de este discurso. Imploremos etc. —Ave María.

Primera parte.

Si Jesucristo no ha resucitado, decía el Apóstol á los fieles de Corinto, nosotros no somos mas que unos hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres falaces: nuestra predicacion es ciertamente inútil y vana vuestra creencia: *inanis es fides vestra*. En efecto, la divinidad y omnipotencia del Salvador se tendrían por cualidades usurpadas, si no hubiese podido resucitar los principios de vida perdida de la cual se decia autor; los milagros que habia obrado hubieran parecido iguales á los prestigios que la destreza de un impostor ostenta á los ojos del vulgo crédulo. Si su poder, rindiéndose á la muerte, hubiese quedado aniquilado en el polvo, esta humillacion hubiera desacreditado su doctrina y su ministerio: su mision expiraria con su vida; y su nombre, su gloria y sus conquistas quedarian sepultadas con él en el sepulcro. Pero al contrario, si la resurreccion del Hijo de Dios es cierta, su doctrina es divina, su religion segura, los castigos con que nos amenaza son evidentes; todas sus promesas infalibles; sus misterios quedan probados, y nuestra creencia no necesita de mas testimonio: *Resurrexit Christus; absoluta res est*, dice S. Agustin.

Sí, católicos, la resurreccion del Hijo de Dios es el testimonio mas señalado de la verdad de nuestra santa religion. El mismo Jesucristo no daba otra prueba de su mision. En vano le pedian que para acreditarla mostrase señales en los cielos. Hombres sin fé, respondia á los judíos, raza maldita y perversa, las maravillas de nada os servirán; no vereis otra que la de Jonás encerrado tres dias en el vientre de una ballena; figura del Hijo del hombre que habia de estar el mismo espacio de tiempo sepultado en el seno de la tierra: *sic erit Filius hominis in corde terræ*. Observad sus obras durante su ministerio, y vereis cómo camina entre milagros, cómo dispone á su voluntad de los elementos, cómo asombra al mundo con sus prodigios, cómo se abren á la luz los ojos por mucho tiempo cerrados, cómo la lengua de los mudos bendice la mano benéfica que la pone expedita, cómo á su mandato el moribundo se levanta de su lecho de dolor y corre á enjugar las lágrimas de su consternada familia, cómo la muerte misma no está segura de la presa que queria llevarse, y finalmente, cómo al oir su voz poderosa resucitan las cenizas encerradas en los sepulcros. ¿Qué podrá oponer la incredulidad mas obstinada á tantos prodigios? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para atestiguar su divinidad á los ojos del universo; antes bien, procurando ocultarlos, impuso silencio á los enfermos sobre su curacion, y ordenó á sus discípulos que no divulgasen estos milagros hasta que hubiese salido del sepulcro: *nemini dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*. Tan necesaria era su resurreccion para establecer la religion cristiana y confirmar la fé de los misterios.

Con efecto, en este prodigio se manifestaron la soberana verdad y la omnipotencia con las señales mas estupendas. La virtud que obraba los demas milagros podia comunicarse á las criaturas; pero en el de la resurreccion el poder supremo se dejó ver en toda su extension. Solo al Hijo de Dios correspondia estar libre entre los muertos, recobrar la vida que acababa de perder y mostrar tanta fuerza y actividad en la nada del sepulcro: *Potestatem habeo ponendi animam meam, et iterum sumendi eam*.

Por eso el Salvador, previendo que de su resurreccion portentosa pendia la grande obra de la religion, nos da de ella pruebas tan brillantes, y dispone se nos ordene su historia con exactitud tan escrupulosa, que todas las circunstancias son, por decirlo así, otras tantas demostraciones completas contra las cuales la incredulidad mas obstinada no encuentra recurso alguno. Sí, católicos; todo contribuye aquí á afirmar nuestra creencia de una manera invencible y consoladora. La incredulidad de los apóstoles, el ódio de los judíos, su vigilancia, las precauciones que toman para que no se llevasen el cuerpo de Jesucristo, la imposibilidad de engañar á una guardia numerosa, la cobardía de los discípulos que les impedia formar semejante designio, la oposicion de sus intereses, la demencia excesiva con que hubieran procedido si hubiesen propagado un engaño, que precisamente los exponia al rigor de las leyes y á ser tratados como su Maes-

tro; y finalmente, la multitud de testigos que aseguraron su resurreccion, despues de haberles dado todas las pruebas sensibles que los ojos, los oídos, la boca y las manos pueden suministrar, y de haberse expuesto á todos los ensayos que quisieron hacer de su presencia, son otros tantos testimonios incontestables de su autenticidad: *cujus nos omnes testes sumus.*

De aquí es que los apóstoles, cuya fé parecia vacilar despues de haber visto los oprobios que Jesucristo habia padecido en la cruz; cuyo valor estaba abatido con la muerte del Salvador, y que no se atrevian ya á esperar la redencion de Israel: *sperabamus, quia ipse esset redempturus Israel;* estos mismos apóstoles, luego que estuvieron ciertos de la resurreccion del Señor, no dudaron ya mas de la verdad de sus promesas y adquirieron una fé constante é invencible. Pedro, que con tanta cobardía habia negado en otro tiempo á su Maestro porque le vió perseguido, reprendió fuertemente á su nacion el sacrílego y atroz atentado de su deicidio. Tomás, cuya incredulidad debia afirmar la fé de todos los siglos, adoró á su Dios y Señor así que tocó las cicatrices gloriosas de sus llagas; todos publicaban que era el verdadero Mesías; le confesaban animosamente en los cadalsos y derramaron su sangre en testimonio de su divinidad: *cujus nos omnes testes sumus.*

Con efecto, católicos, ¡cuán á propósito es esta verdad para confundir á los incrédulos y confirmar la creencia de los fieles! Una vez que Jesucristo resucitó, su encarnacion, su igualdad perfecta con su Padre, su cualidad de Redentor, de Cabeza de los escogidos y de Salvador de todo el linage humano quedan probadas: la conexion entre los dos testamentos se ve patente: las sombras se disipan: á la figura sucede la realidad: las profecías se cumplen: el conjunto de abatimiento y de grandeza, carácter con que pintan los profetas al Mesías, deja de ser un enigma: las preocupaciones de los judíos se destruyen: el Mesías no es ya un conquistador que ha de enriquecer á Jerusalen con los despojos de las naciones vencidas, sino un libertador que triunfa de la muerte y aniquila el poder del infierno: finalmente, todo se aclara y todo se descubre. La resurreccion de Jesucristo difunde una nueva luz sobre la religion cristiana y la muestra á todos los siglos como obra de la mano de Dios, señalada con todos los caracteres de verdad: *resurrexit Christus; absoluta res est.* Habeis visto que la resurreccion del Salvador es la base sobre la cual estriba el edificio augusto de nuestra santa religion; ahora vais á ver que tambien es la base sobre la cual se apoyan la seguridad y el reposo del edificio social: asunto de la

Segunda parte.

Cuando la sabiduría humana, cuyas miras son tan cortas y sus medios tan limitados, se propone por objeto la felicidad del hombre y la prosperidad de los imperios; los resortes que emplea ó por demasiado fuertes, ó por demasiado complicados, se destruyen con su oposicion, ó no hacen mas que principiar la obra. Por el atractivo de los bienes presentes, llega á excitar deseos que considera como un estímulo poderoso para ejecutar acciones heróicas y emprender trabajos útiles; pero estos mismos deseos, aumentándose contínuamente sin llegar jamás á saciarse, turban la pública armonía. Espera toda su felicidad de la destreza en manejar las pasiones; sin hacerse cargo de que una sociedad fundada sobre tales elementos, encierra en su propio seno el principio de su destruccion.

Solamente la idea de una justicia primitiva, eterna é invariable; el conocimiento de un Sér infinito, que obra siempre para hacernos buenos y dichosos; el temor de los castigos eternos, que su justicia prepara á los culpables, como asimismo las esperanzas que alimenta la virtud de una vida mas feliz, pueden formar ciudadanos que amen á su patria, respeten sus leyes y obedezcan en todas ocasiones al jefe del Estado. Sin estos motivos, los derechos mas sacrosantos se atropellan, se infringen las leyes mas inviolables, las buenas costumbres se corrompen, se trastornan las ideas de órden, y las virtudes mas señaladas no son mas que sutilezas y ardides del amor propio.

Estas verdades, adulteradas con una mezcla de supersticiones ridículas, fueron conocidas por algunos filósofos de la antigüedad; y los mas sábios legisladores miraron el temor de los dioses como un freno necesario á las pasiones. La idolatría presentaba por todas partes, bajo el velo de las ficciones mas groseras sobre el estado de las almas despues de la muerte, las ideas de una Providencia y de una eternidad feliz ó desgraciada. Pero este dogma de la vida futura, en que un Dios justo é imparcial recompensará á los buenos y castigará á los culpables, este dogma, base del cristianismo, no habia sido articulado claramente por ningun sabio, ni por secta alguna; y aunque fué algunas veces reconocido, fué muchas mas combatido por la filosofía, y presentado, ya como un deseo del corazon, ya como una duda de la mente. Así que esta verdad tan importante no era mas que un punto de disputa y de controversia y casi un entretenimiento de la razon para los filósofos. Estaba, pues, reservado á la religion el revelar claramente á los hombres y asegurarles al mismo paso, de una manera que no admitiese duda, este dogma tan consolador para la humanidad, del cual dependen á un tiempo la moral, la virtud y la felicidad del mundo.

Y aunque este punto fundamental de la religion nos le habia enseñado mas de una vez Jesucristo, hoy es

cuando nos le hace mas sensible; y su ejemplo da á su palabra un nuevo carácter de verdad irresistible. Cuando le veo, vencedor de la muerte, salir glorioso y triunfante del sepulcro, despues de haberse mostrado en la humillacion, concluyo que en el último dia saldré tambien del seno de la tierra por una resurreccion verdadera; pues el Salvador comienza á verificar su promesa por un prodigio tan pronto y tan brillante. Es tan legítima esta consecuencia, que el Apóstol de las naciones no puede menos que extrañar que despues que ha resucitado el Hombre Dios, haya aún espíritus tan ciegos ó insensatos que se atrevan á dudar de la resurreccion de los muertos: *Si autem Christus prædicatur, quod resurrexit á mortuis quomodo quidam dicut in nobis, quoniam resurrectio mortuorum non est?* Concluyamos, pues, que Jesucristo resucitado es la prenda mas sensible y decisiva de nuestra futura resurreccion.

Mas ¡qué de verdades bellas, luminosas y consoladoras para la humanidad fluyen de aquí, como de un principio fecundo en importantísimas consecuencias! Si el Salvador, nuestro Jefe, ha resucitado; si, como miembros suyos, debemos resucitar algun dia, se sigue evidentemente que el hombre no ha sido colocado sobre la tierra para pasar en ocupaciones frívolas un corto número de dias, que van á perderse entre las congojas de la muerte y en los horrores del sepulcro, sino para hacer en ella el noviciado de su existencia: que este mundo no es nuestra mansion, sino nuestro destierro; y por fin, que la presente vida no es mas que un principio, y como un curso de educacion, que nos prepara para otra vida en que seremos eternamente felices ó eternamente desgraciados; en que experimentaremos, por nuestras virtudes, todos los favores de un Dios benéfico y misericordioso, ó por nuestros crímenes, todos los rigores de un Dios terrible y justiciero.

¡Cuánta fuerza no debe tener el pensamiento de los castigos y de las recompensas eternas, para hacer al hombre superior á todo lo que es transitorio y contenerle en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los límites del órden! Así es que los apóstoles, apoyados en la evidencia de la resurreccion del Salvador, para inspirar á los pueblos sentimientos de virtud, manejaron á un tiempo estos dos resortes: las terribles amenazas y las promesas magníficas de la religion; pero con tan feliz éxito, que enseñando á los grandes y á los pequeños sus mútuos deberes, desterrando la injusticia, la disolucion, la venganza, la cólera y otras pasiones funestas, han contribuido maravillosamente al bien y á la armonía de la sociedad; á mantener en reposo las repúblicas y los imperios.

En efecto, es una cosa atestiguada por todos los monumentos y fastos del universo, que despues que los apóstoles extendieron con su predicacion estas verdades sublimes, las sociedades civiles y políticas se han cimentado sobre sistemas mas sabios, mas sólidos é infinitamente mejor combinados; que los Estados y los reinos han tomado mas positiva y segura consistencia; que las convulsiones, rebeliones y movimientos revolucionarios han sido mucho menos frecuentes; que los atentados promovidos contra la sagrada persona de los monarcas han sido incomparablemente mas raros; que los príncipes han sido generalmente mas benéficos, mas equitativos para con sus súbditos; los gobiernos mas suaves, mas moderados; y los pueblos se han mostrado mas tranquilos y mas fieles. Es, pues, cierto, á pesar de las declamaciones de los filósofos, que la religion, sólidamente establecida sobre la resurreccion de Jesucristo, ha morigerado los pueblos mas feroces, contenido el espíritu de sedicion, extirpado y destruido el gérmen funesto de las guerras civiles. Es por consiguiente incontestable que la religion así cimentada ha sido un orígen fecundo de inestimables ventajas para el universo.

Pero ¿de qué procede que los primeros y mas señalados beneficios apenas merecen por un momento nuestra atencion, y los entregamos tan pronto á un eterno olvido! En la sociedad el hombre no ve mas que al hombre. Rodeado de su propia grandeza, los objetos que le arre-

batan y llenan de admiracion son fruto de su industria y de sus trabajos; los metales arrancados de las entrañas de la tierra, las riquezas conquistadas mas allá de los mares, todas las regiones del universo unidas y aproximadas por la navegacion; al fin, el brillante cuadro de la sociedad, de las leyes, de las artes, de los progresos estupendos de la razon perfeccionada; todo lo mira el hombre como obra suya. Pero la razon eterna, pero la religion, esta ley primitiva y fundamental sin la cual no hay leyes, ni costumbres, ni sociedad, se oculta á nuestras reflexiones como á nuestras miradas, aunque constituye la fuerza del cuerpo político!

¿Y qué torrente de males no ha venido á inundar los pueblos por el trastorno de estos sagrados principios? A las nobles y consoladoras ideas de una vida futura, de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crímen, gérmen precioso de todas las virtudes, ideas que en las edades que nos han precedido habian formado tantos hombres insignes, se han sustituido doctrinas funestas, máximas desastrosas, parto de una absurda filosofía que corrompiendo el espíritu público han arruinado el órden social, y abandonado tal vez las naciones en manos de genios turbulentos, de mónstruos animados por todas las pasiones!

Arrojémonos, pues, en los brazos augustos de la religion, que triunfa hoy de todas las sectas de los falsos sábios, recibiendo el testimonio mas auténtico de su dividad en la resurrecion de Jesucristo. Ella ha sido por decirlo así, la que ha fundado este reino; y le ha sostenido durante tantos siglos; la que formó en todos tiempos en nuestra nacion la multitud de héroes que ilustran su historia.

Anatema, pues, al blasfemador execrable que intente trastornar la idea de un Dios en el seno de la sociedad: es un asesino de su pátria; pues se propone acabar con todo órden, con toda virtud, con toda justicia. Anatema al impío delirante que á favor de los principios tan infaustos deje al hombre sin testigo, sin juez de sus accio-

nes, sin temor y sin esperanza! Id mas bien, id á las cabernas en que se encierran las béstias mas feroces; romped sus cadenas; soltadlas en las ciudades y en los campos; permitidlas que derramen por todas partes la matanza y el terror. Causarán menos estragos que esos doctores del crímen y de la profanacion. Eternidad, resurreccion, vida futura: no, no sois un hechizo impostor, sino verdades imperiosas, orígen fecundo del órden de la subordinacion y de todas las virtudes; remedio eficaz y universal contra todos los excesos y desastres. ¡Plegue á Dios, católicos, que haya acertado á grabarlas profundamente en vuestros corazones! De este modo sereis no solamente hombres probos y buenos ciudadanos, sino tambien santos y cristianos perfectos; y despues de haber formado en la tierra una sociedad dulce y amable, pero pasajera, merecereis gozar de la sociedad de los escogidos en el reino inmortal de la gloria.—Amen. (1)

(1) Anónimo.

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE PUEBLA EL 17 DE ABRIL DE 1854, POR

Don M. Garcia Mendez,

CURA DE CHIAUTEMPAN.

Sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati, et resurgere á mortuis tertia die.

Luc. c. 24. v. 26.

Así estaba escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero dia.

San Lúcas en el c. 24, v 26.

1 Hubo un tiempo, I. S., en que el mundo careció de las perfecciones de moral y de civilizacion de que disfrutamos y que podrán aumentar las generaciones futuras. Hubo un tiempo en que cubrian la tierra los mas

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes, sin temor y sin esperanza! Id mas bien, id á las cabernas en que se encierran las béstias mas feroces; romped sus cadenas; soltadlas en las ciudades y en los campos; permitidlas que derramen por todas partes la matanza y el terror. Causarán menos estragos que esos doctores del crímen y de la profanacion. Eternidad, resurreccion, vida futura: no, no sois un hechizo impostor, sino verdades imperiosas, orígen fecundo del órden de la subordinacion y de todas las virtudes; remedio eficaz y universal contra todos los excesos y desastres. ¡Plegue á Dios, católicos, que haya acertado á grabarlas profundamente en vuestros corazones! De este modo sereis no solamente hombres probos y buenos ciudadanos, sino tambien santos y cristianos perfectos; y despues de haber formado en la tierra una sociedad dulce y amable, pero pasajera, merecereis gozar de la sociedad de los escogidos en el reino inmortal de la gloria.—Amen. (1)

(1) Anónimo.

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE PUEBLA EL 17 DE ABRIL DE 1854, POR

Don M. Garcia Mendez,

CURA DE CHIAUTEMPAN.

Sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati, et resurgere á mortuis tertia die.

Luc. c. 24. v. 26.

Así estaba escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero dia.

San Lúcas en el c. 24, v 26.

1 Hubo un tiempo, I. S., en que el mundo careció de las perfecciones de moral y de civilizacion de que disfrutamos y que podrán aumentar las generaciones futuras. Hubo un tiempo en que cubrian la tierra los mas

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

groseros errores y ridículas supersticiones: en que las ideas de un Dios verdadero y único, las de una culpa original que hizo á la humanidad desgraciada: las de su rehabilitacion por medio del dolor y de la penitencia; y por fin las de las virtudes que tanto ennoblecen la alma, eran ignoradas ó mas bien olvidadas, y ni aun tenian nombre en el lenguaje. La mayor parte del género humano se hallaba entregada á los vicios, disoluciones y torpezas, consiguientes á tan crasa y criminal ignorancia, y al ejercicio de la idolatría tan repugnante á la razon como degradante de la especie humana. Tal era en compendio el cuadro de la sociedad sujeta al imperio de Tiberio César.

2 Pero en esta época, un hombre iba recorriendo humildemente los pueblos de la Judea, curando á los enfermos, resucitando á los muertos, consolando á los afligidos y dando lecciones de una sabiduría hasta entonces desconocida. (1) No habia estudiado en Roma ni en Grecia: era de una condicion humilde pero magestuosa: no dogmatizaba disertando; pero se nombraba enviado de Dios, á quien llamaba Padre, y se anunciaba como el mediador prometido desde el principio y deseado por todas las naciones. Llamaba á sí á los oprimidos, ofreciéndoles alivio bajo un yugo leve y agradable. (2) Santificaba la humildad, la mansedumbre. (3) la misericordia con los semejantes, la hambre y sed de justicia y todos los actos de una humilde abnegacion. Vaticinaba y ofrecia á los prosélitos de su doctrina, un reino (4) que no consistia en la brillantez ni felicidad seductoras de este mundo, sino en una fruicion sobrenatural, excéntrica del tiempo y fuera de las influencias del poder y gloria de los hombres.

(1) August. trat. 29.
(2) Math. 11. 30.
(3) Luc. 6.
(4) Joan. 18.

3 Habreis comprendido, señores, que este hombre extraordinario por su beneficencia y sabiduría, fué Jesucristo Señor nuestro, hijo de Dios vivo, enviado por él á la tierra para dar cumplimiento á los consejos de su providencia, en la mision de redimir al género humano, instruyéndole primero en la verdad eterna, y despues ofreciéndose en sacrificio inestimable por los pecados de sus hermanos: y habreis tambien entendido que la doctrina que promulgaba, los actos de beneficencia y las sublimes virtudes que practicaba este hombre divino, fueron la base de la adorable religion católica que profesamos. Todo ello fué el exordio de un sistema de dogma y de moral absolutamente perfecto, que satisfaciendo todas las necesidades morales del hombre, corrige todos sus vicios sin transigir con ninguno: que por su bondad y perfeccion, es adaptable á todos los tiempos, paises y personas: que por estar fundada en el conocimiento exacto y en el amor del sumo bien, llena el corazon humano de tal manera, que nada deja que desear con relacion á su verdadera felicidad. Tal es el Evangelio de Jesucristo, del que hase dicho con razon, que si él hubiese sido obra de los hombres, seria enteramente distinto de lo que es: no abundaria, ni siquiera presentaria uno de tantos destellos de la divinidad de su inefable autor, que le han puesto el sello de la mas sublime perfeccion y verdad.

4 ¡Quién no conoce, si es católico, toda la excelencia de la adorable religion fundada por el mártir del Gólgota! Quién no estima en todo su valor el tesoro de bienes que ella ha derramado sobre el género humano, asegurándole la felicidad en este mundo y la eterna bienaventuranza en el otro! Luchando con el error y el fanatismo, sufriendo los dardos de la impiedad, resistiendo los combates de la presuncion y orgullo, ella enaltecida sobre todo, señala al hombre el verdadero sendero de su destino, sosteniendo la verdad, dominando el férreo yugo de las pasiones, y vertiendo un raudal de consuelos y esperanzas inefables. ¡Qué seria el hombre sin el catoli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cismo! Viagero estraviado en la penosa peregrinacion de este mundo, sin guía, sin luz y sin término cierto de su destino. El hombre, siempre inexperto y pronto á extraviarse en el desierto de la vida, necesita de un guía que le conduzca de la mano, al través de esas sendas tortuosas que tiene que atravesar, y lo ponga á salvo de los precipicios que tiene que pisar. El poder humano es demasiado pequeño é ineficaz para protegerle en tan crítica situacion; pero la religion católica, cumple con ese ministerio, formando un sistema moral eminentemente perfecto, fundado en las instrucciones de la eterna sabiduría y en los preceptos de la suprema bondad. Por esto está grabada instintivamente en nuestros corazones y conciencia, como único antídoto del sumo mal á que resiste el sumo bien para que fué creado el hombre. Por esto ella está constantemente en accion en nuestro entendimiento cuando investigamos la verdad para enderezar nuestra marcha, recordando con admiracion respetuosa la autenticidad de los libros santos, sus misteriosos relatos, las predicciones de los profetas que han tenido ya exacto cumplimiento, los admirables hechos y milagros de Jesucristo al tiempo de nacer su doctrina, su rápida propagacion y predominio civilizador hasta nuestros dias; y en fin, por esto los cristianos la hemos recibido en clase de un don inestimable del cielo, comunicado por la revelacion, y como de tal orígen la religion católica, jamás puede caducar, como aconteció con la ley de Moysés, que inculcada y mal cumplida en un rincon de la tierra, no bastaba ya á contener la idolatría que inundaba al mundo, y fueron necesarios un nuevo legislador y un nuevo código; fué menester que la realidad reemplazase á la esperanza, la verdad á los símbolos, la Iglesia á la Sinagoga; y comenzó la vida de un Dios en un pesebre y acabó en una cruz. La refulgente antorcha de la verdad levantada del sepulcro de Jesucristo, penetró en la noche del paganismo, y á su vista cayeron en tierra los ídolos, á la manera que se disipan con eléctrica celeridad las densas tinieblas á la presencia de la luz. El catolicismo, al hacer en el mundo una revolucion, cuyos resultados son eternos, levantó el estandarte de la verdad, exhibiendo de ella pruebas incontestables, porque solo esta religion puede exhibirlas, y de tal carácter cual debe calificarse á la consideracion de que cuando Dios dá á los hombres una revelacion, en la que todos deben creer, es menester que la establezca sobre datos irrecusables para todos, y acomodables á las inteligencias diversas de los que han de adoptarlas.

5 Así son las pruebas muchas en que descansa la religion católica, fundadas unas en los caracteres indicados, otras en la unidad inalterable que ha guardado hasta hoy, en medio de los combates de la impiedad, del fanatismo y de la falsa filosofía; y otras por ultimo en la santidad y beneficencia de su adorable autor y en los hechos inefables de su pasion, muerte y gloriosa resurreccion. Ese misterio, señores, me propongo reseñaros históricamente y persuadiros de que siendo el fundamento de nuestra creencia, la prenda segura de nuestra inmortalidad y el gran motivo de nuestra esperanza, la resurreccion de Jesucristo, es la prueba incontestable de todos los misterios del cristianismo, conforme á lo que se dijo en el Evangelio: "*Sic scriptum est,*" etc. Para desempeñar este propósito con la uncion necesaria, os suplico unais al mio vuestros votos en solicitud de la gracia del Espíritu Santo, por intercesion de su castísima esposa la Santísima Vírgen María. *Regina coeli letare, etc.*

"*Sic scriptum est, etc.*

El cristianismo no es una mera concepcion de una sublime inteligencia: es algo mas; es un hecho el mayor de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos: un hecho que tiene por centro la persona del Cristo, tal como nos lo representa el Evangelio. Sobre esta tierra que nos sostiene, entre todos los hombres que por ella han pasado y dejado impresas sus huellas, hay uno que vivió y obró: fué visto, oido y tocado por sus compatricios, y del cual la historia nos ha dejado una memoria tan viva y patética, que despues de diez y ocho siglos puede decirse, que no ha desaparecido del mundo, que ocupa aun la escena y que se halla incesantemente en presencia del siglo. Este hombre fué Jesucristo, que nacido en un pequeño rincon de la Judea y creciendo bajo un sistema de vida humilde y abnegado, cuando es llegado el tiempo de desempeñar la mision que trajo al mundo, escoge á sus discípulos en la clase menos elevada de la sociedad: no predica mas que sacrificios y la renuncia de la pompa del mundo: prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano: todo lo que está abandonado del mundo, forma sus delicias, y amenaza enteramente el poder, la fortuna y la felicidad mundanas. Para morir, se hace un modelo de miserias y dolores, acepta las afrentas mas públicas y espira en un suplicio. Así hizo la conquista de su trono: así planta su nueva religion sobre las ruinas de la de los Césares, y así por fin llega á subyugar la tierra. No: aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo: aunque todas las luces de la filosofía se reunieran contra su dogma, nunca se nos persuadiria de que una religion fundada en semejante base, sea una religion humana. El que ha podido hacer adorar una Cruz; el que ha ofrecido por objeto de culto á los hombres la humanidad doliente y la virtud perseguida, éste, no puede menos de ser un Dios.

¿Pues cómo, se me diria tal vez por los enemigos del cristianismo, cómo siendo Dios vivió, padeció y murió con ignominia? ¡Ah! Este Dios fué hombre tambien, y con tal carácter se constituyó redentor del género humano, se hizo mediador entre él y su Padre, y para aplacar su justicia divina, se ofreció como víctima y derramó toda su sangre por los pecados de sus hermanos. Así estaba determinado en los consejos de la eterna Providencia, anunciado por los profetas y reseñado en los libros sagrados: *Sic scriptum est*, etc.

Para convencernos de esta verdad, bastará leer las Escrituras, y hallaremos predicha por Isaías su venida al mundo, como supremo legislador: *Emitte agnum Domine, dominatorem terrae.*» (1) Envía, Señor, tu Cordero, legislador de la tierra. En el mismo se verá reseñada su vida benéfica, con las maravillosas curaciones hechas en los ciegos, sordo-mudos y paralíticos. (2) En Zacarías encontraremos su humilde entrada á Jerusalen, y su venta por dineros de plata. (3) David anuncia que debia ser desechado y acusado: abrevado en hiel: (4) atormentado de mil maneras: (5) sorteados los vestidos de que fué despojado y taladrado de piés y manos; y á este horroroso cuadro de sangre y de oprobios, le dió mas extension el referido Isaías, vaticinando que el Cristo seria negado, (6) abofeteado, escarnecido, escupido á la cara, muerto y por fin glorioso en su sepulcro. (7) Paso en silencio las profecías de Daniel, las cuales, singularmente la de las setenta semanas, se refieren á Jesucristo anunciando á la vez la destruccion de Jerusalen, el fin de la prevaricacion y el reinado de la justicia y la verdad, describe tambien la venida y la uncion del Santo de los santos: la pasion ignominiosa del Cristo, su triunfo sobre la misma muerte, pues levantándose de ella afirmará una nueva alianza, cesarán los sacrificios de abominacion y se sustituirá otro eucarístico é impetratorio.

¿Quién trazó este retrato de Jesucristo y de su reli-

(1) C. 16.
(2) C. 35.
(3) C. 9. 11.
(4) Salm. 117.
(5) C. 40, 58, 21.
(6) C. 53, 50.
(7) C. 54, 11.
(8) C. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gion? ¿Fué un evangelista ó un padre de la Iglesia? ¡Ah! Fueron los profetas, viadores en la tierra millares de años antes que el Hijo de Dios; y vemos sin embargo, que sus relatos no son una pintura emblemática de un porvenir muy lejano, sino una representacion fiel de lo presente, de tal manera, que lo que aun no existia, estaba pintado como si estuviera á la vista. El *Ecce homo* demostrado por los profetas, está en admirable concordancia con el que ocho siglos despues presentó Pilatos al pueblo judío, y ella suministra otra prueba decisiva para la fé, que combina en Jesucristo las ideas de humillacion y sufrimientos con las de un Dios vencedor y glorioso en su sepulcro. Quédese para la nacion deicida el desleal proceder de obstinarse en negarle al frente de autoridades tan respetables por ser lo que son; como lo fueron para los judíos las escrituras que les gobernaban. Perseveren aun en su escándalo, cuya piedra veian en Jesucristo, de quien dijeron torpemente: «*Jesus erat splendòre preditus; sed reliquiis mortalibus fecit semilimus.*» Continúe así entretanto el pueblo católico, venerando la admirable concordancia de las profecias con su cumplimiento en Jesucristo, cree firmemente en su doctrina, establecida y fecundada por su preciosa sangre, y comprobada evidentemente por su gloriosa resurreccion. La reseñaré rápidamente.

Hay sucesos que no solo llenan por su fama é importancia la extension de los tiempos, sino que penetran en los abismos de la eternidad: hechos, por decirlo así, colosales, que no solamente varian la faz del mundo, sino que llenan de asombro á los mismos cielos, acostumbrados a presenciar las mas grandes maravillas del Criador. De esta categoría son los pormenores de la vida del Salvador, y particularmente su resurreccion gloriosa.

Hace más de diez y ocho siglos, cuando la orgullosa Roma imponia al mundo sus leyes y le arrancaba el culto para sus divinidades, presentóse Jesucristo en la Judea, marcando su preciosa vida con los caracteres de santidad y misericordia, que le atrageron el amor y respeto

de cuantos le llegaron á conocer. Envidiosos los sacerdotes de la ley judáica, se apoderan de su persona y le hacen padecer, sufrir y morir con afrenta: «*Sicut scriptum est.*» Acordaos ahora solamente de las agonías del Huerto: de las burlas del Pretorio: de la fatiga del Calvario: de la ignominia de la Cruz. Todo eso ha pasado. Ya no se oye el chasquido del azote que aterraba y desgarró el cuerpo del inocente: ya no se mezclan con el polvo en la via dolorosa los sudores de Jesus y las lágrimas de María: ya no resuena el golpe del martillo que apretó los clavos en la cima del Gólgota. Pasaron los tormentos del cuerpo y las angustias del espíritu: pasaron tambien las conmociones con que la naturaleza explicó su sentimiento á la muerte del justo. Pasó todo: recordadlo vosotros devotamente mientras yo me fijo en bosquejar el explendor de una nueva vida que rodea hoy al que fué presa de la muerte.

¡Resucitó el Señor! En vano los hombres despedazaron su cuerpo hasta no dejar en él parte sana desde la planta del pié, hasta el vértice de la cabeza. (1) En vano le hicieron morir en un patíbulo y en vano tambien le sepultaron en un monumento nuevo y mandaron sellar, con el timbre del imperio, la lápida que le cubria (2) y hacen custodiar el sitio por un cuerpo de guardia respetable y de confianza. En vano todo, porque el leon de Judá ha quebrantado sus ligaduras: el sol de justicia sale luciente y explendoroso de en medio de las sombras; y el hombre escarnecido, calumniado y proscripto, se alza de la fosa triunfante llevando sus llagas y su cruz por testimonio de identidad y por objeto de adoracion á las naciones. Miradle circundado de los resplandores de la gloria: ya va á consolar á su Madre y á sus amigos: ya va á establecer su Evangelio, á sancionar su ley, ante la cual se han de prosternar los pueblos. ¡Qué acontecimiento tan pasmoso!

---

(1) Isai. 1.°
(2) Math. 17.

Jesucristo se levanta glorioso del sepulcro; y cuando al tercero dia, Magdalena y Salomé, atraidas de un amor ferviente, iban á embalsamar su cuerpo, no le encuentran donde le dejaron; y un jóven celestial, sentado á la derecha del monumento calma su sorpresa, y les anuncia que Jesucristo Nuestro Señor ha resucitado como él lo habia dicho: que le busquen en Galilea, donde estará antes que sus discípulos [1] y en tanto el Salvador en cuerpo y alma inmortales, hace diferentes apariciones, ora en el camino de Emmaus á dos de sus discípulos: (2) ora en el Cenáculo á sus apóstoles: ora en el mar de Tiberiades y en otros distintos lugares, (3) durante los cuarenta dias que trascurrieron desde su resurreccion hasta que á la vista de todos se subió al cielo.

A pesar de las precauciones que los enemigos del Nazareno tomaron para impedir el robo de su cuerpo por sus discípulos, (4) porque así pudieran decir que habia resucitado, el monumento se encuentra vacío á los tres dias; y el sepultado en él, ha vuelto á la vida dando testimonios reales de identidad y una pasmosa demostracion de su divinidad. Los primeros que publican la resurreccion, son los soldados que custodian el sepulcro: poco despues la predican en Galilea los principales discípulos del Salvador y luego la adoptan, á su pesar, los príncipes de las Sinagogas; y aunque convencidos de tan sorprendente suceso, ponen en juego, sin embargo, mil supercherías para destruir los efectos del prodigio. "Decid que cuando vosotros dormiais, vinieron de noche sus discípulos y le robaron." Esto aconsejaban á los guardias del sepulcro: «Que le robaron estando vosotros dormidos.» Aquí debemos exclamar con S. Agustin: (5) »¡Testigos dormidos nos presentais... .? ¿Cómo pudieron ver el robo si dormian? Y si velaban, ¿cómo es que un cuerpo de guardías numeroso y potente se dejó sorprender.....? Destruido este primer efugio, restaban otros á que se acogieron los incrédulos, á saber: la connivencia de los guardias corrompidos por el oro de los apóstoles, y la violencia de estos presentándose á sacar el cuerpo de su Maestro á fuerza de armas; pero ambas ocurrencias son absurdas y en toda su extension. Los apóstoles no pudieron corromper á los soldados de la guardia porque no tenian oro: eran como su Maestro, solemnemente pobres: y además, ¿todos los soldados habrian accedido á la corrupcion? ¿ni uno solo hubiera habido fiel que descubriese el fraude, el cual entonces habria reclamado la Sinagoga? ¿Y los apóstoles habrian sido tan desvergonzados ó estúpidos que hubieran predicado y sostenido con su sangre una impostura forjada por ellos mismos? Aun hay mas. Los apóstoles no solo fueron unos hombres tímidos en las escenas de la persecucion del Nazareno, sino verdaderamente cobardes: el mas fogoso de ellos, tambien el mas adicto, habia negado tres veces á Jesus, y despues de su muerte halláronse perseguidos, acéfalos, desconcertados y sin saber qué pensar de sus personas. ¿Y era posible que hombres de tal temple, acometiesen y venciesen á los soldados romanos, entonces fuertes é imponentes en el mundo? Ah! esto no cabe ni en los delirios de una imaginacion estraviada.

Jesucristo resucitó: este hecho está comprobado no solo por las reflexiones emitidas, sino tambien por testimonios reales que algunos de sus discípulos exigieron para darle crédito. Fué preciso que Jesus les hablara y comiera en su compañía: (1) que uno de ellos, no contento con el testimonio de sus ojos, palpase con sus dedos las profundas heridas que le infirieron los verdugos; (2) y esta incredulidad de Santo Tomas y su convencimiento

(1) Marc. 15.
(2) Luc. 24.
[3] Joan. 20.
(4) Math. 27
[5] In Salm. 63. 7.

(1) Luc. 24.
(2) Joan. 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y confesion posteriores, son la mejor respuesta que debe darse á los protervos que atribuyen á los apóstoles excesiva facilidad en creer los hechos de su Maestro. Cincuenta dias despues, el apóstol San Pedro predicó en Jerusalen la resurreccion del Señor, exordiando su discurso con estas palabras: «Vosotros sabeis que ha resucitado Jesucristo á quien disteis muerte,» (1) y á la vehemencia de este sermon se convirtieron tres mil judíos: lo mismo hacian tambien los demas apóstoles, y todo el mundo comenzó á rendirse á la fuerza de este testimonio, y así fué tan rápida la propagacion del cristianismo en los siglos inmediatos á su establecimiento. Sus primeros predicadores, sellaron con su sangre la verdad que anunciaban, (2) y despues imitaron su ejemplo veinte millones de mártires. La Grecia con sus sábios y sus honores, rindió homenaje á la sabiduría del Evangelio. Roma con su poder, con sus guerreros y sus glorias, humilló sus águilas ante la Cruz, que fué despues el emblema de sus victoriosos estandartes, y el mundo todo se postró ante las plantas del Crucificado, porque todo el mundo se convenció de su gloriosa resurreccion.

Réstame solo presentaros á favor de mi propósito, algunas doctrinas de la Santa Iglesia. San Pablo en su segunda carta á Timoteo, le dice terminantemente: *Memor esto Dominum Jesum Crhristum resurrexisse á mortuis.*» «Ten presente que Ntro. Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos,» (3) lo cual, advierte á los Corintios, haberse verificado por virtud divina. (4) El evangelista San Juan, traduce fielmente la sentencia del Salvador que dijo á los judíos: «*Ego pono animam meam, ut iterum sumam eam.*» (5) Yo depondré mi alma para tomarla segunda vez, lo cual ratificó despues poco antes de

(1) Act. Apost. 3 y 4.
(2) Id. 8.
(3) 2.ª San Pablo á Tim. II. 8.
(4) 2.ª C.
(5) Joan 10. 17.

su muerte diciéndoles: «*Solvite templum hoc; et in tribus diebus excitabo illud.*» (1) Destruid este templo, y yo le reedificaré en tres dias. Por tales y otros motivos los PP. del Sínodo de Constantinopla, agregaron al símbolo de nuestra fé, la cláusula «*secundum scripturas*» cláusula que debe causarnos grande admiracion como la que ocupó el corazon de Agustin cuando meditaba en la resurreccion de Jonás que estuvo tres dias en el seno de la tierra.

¿Y cómo podremos, por último, fundar la necesidad de esta gloriosa resurreccion? El *sic oportebat* del Evangelio ¿en qué podrá apoyarse? Ah! el santo Concilio de Trento, con aquella sabiduría, destello de la increada, que presidía sus deliberaciones, nos enseña evidentemente que la resurreccion de Jesucristo era necesaria: 1.°, para que resaltase la justicia divina en el triunfo del Hombre Dios, que antes fué entregado á una muerte ignominiosa; 2.°, para que nuestra fé fuese robustecida por tal suceso; 3.°, para que nuestra esperanza se alentase deseando nosotros resucitar algun dia, siguiendo la suerte gloriosa del que es la cabeza de los cristianos; 4.°, para que tuviera complemento el misterio de la redencion, porque Jesucristo redimiéndonos del poder del demonio con su muerte, con su resurreccion nos restituyese los bienes perdidos por el pecado y nos presentase una fuente inagotable de merecimientos que debemos aprovechar para lograr nuestro eterno destino; y finalmente, para que este inefable misterio, fuese, como me propuse persuadiros, la prueba mas inconcusa y real de que Jesucristo era el enviado de Dios, el Mesías prometido en la ley y los profetas, el Hijo del Eterno Padre y el Salvador del mundo: prueba de que su Evangelio, su doctrina, su religion, son la gran ley del universo, son la verdad; porque solo por la verdad se hacen milagros, solo por la verdad se trastorna el órden de la naturaleza.

(1) Joan. II. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh Salvador y Redentor magnánimo! Nosotros prosternados á tus piés te pedimos fervientemente que el inefable misterio de tu gloriosa resurreccion produzca en nuestros corazones los efectos de tu misericordia; haciendo, que resucitando de la muerte del pecado, establezcamos un sistema de vida en que solo busquemos y gustemos lo que es del cielo, (1) robusteciendo nuestras almas con las virtudes de la fé, esperanza y caridad, y permaneciendo en ellas hasta la muerte, logremos por tu misericordia la gloria en que vives y reinas por toda la eternidad. Amen.

(1) Ad Colossens. 3.

SERMON

SOBRE

LA ASCENSION DE JESUCRISTO.

Et Dominus Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in cœlum: et sedet á dextris Dei.

Y el Señor Jesus, despues que habló á los discípulos, subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios.

S. Márcos, c. 16, v. 19.

Al fin, despues de una vida laboriosa, comenzada en las lágrimas, continuada en las persecuciones, acabada en los tormentos, llega el instante en que el Hijo de Dios va á dejar la compañía de los hombres y á tomar posesion del reino que es su verdadera patria. Dirige sus pasos al monte de las Olivas, y este teatro de sus ignominias se convierte en teatro de su gloria. Despues de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh Salvador y Redentor magnánimo! Nosotros prosternados á tus piés te pedimos fervientemente que el inefable misterio de tu gloriosa resurreccion produzca en nuestros corazones los efectos de tu misericordia; haciendo, que resucitando de la muerte del pecado, establezcamos un sistema de vida en que solo busquemos y gustemos lo que es del cielo, (1) robusteciendo nuestras almas con las virtudes de la fé, esperanza y caridad, y permaneciendo en ellas hasta la muerte, logremos por tu misericordia la gloria en que vives y reinas por toda la eternidad. Amen.

(1) Ad Colossens. 3.

SERMON

SOBRE

LA ASCENSION DE JESUCRISTO.

Et Dominus Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in cœlum: et sedet á dextris Dei.

Y el Señor Jesus, despues que habló á los discípulos, subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios.

S. Márcos, c. 16, v. 19.

Al fin, despues de una vida laboriosa, comenzada en las lágrimas, continuada en las persecuciones, acabada en los tormentos, llega el instante en que el Hijo de Dios va á dejar la compañía de los hombres y á tomar posesion del reino que es su verdadera patria. Dirige sus pasos al monte de las Olivas, y este teatro de sus ignominias se convierte en teatro de su gloria. Despues de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haber dado la última instruccion á sus discípulos, se eleva en medio de los aires, y muy pronto le oculta á su vista una nube resplandeciente. ¡Qué triunfo tan pomposo y magnífico! Jesus triunfa, no como Elías arrebatado en un carro de fuego, no como los justos llevados por las manos de los ángeles, no como los héroes profanos que iban al Capitolio á deponer sus frívolos laureles en el seno de un Dios quimérico, no como aquellos soberanos, admiracion y terror de su siglo, que encadenaron á su carro, coronado por el genio de la victoria, reyes y naciones enteras, apoyados en los brazos y auxilios de sus súbditos, sino que por sí mismo, por su virtud omnipotente, sostiene y termina su marcha victoriosa: y vedle que ha llegado ya á los umbrales del empíreo. El cielo abre sus puertas; de todas partes salen á recibir al Soberano; las bóvedas inmortales de la Santa Jerusalen resuenan con aplausos y gritos de alegría; entra en la celestial morada, es conducido al trono de Dios vivo, toma asiento á la diestra de su Padre; los espíritus celestiales se postran al punto; y por una adoracion profunda, tributan á Jesucristo el homenaje que pertenece al Ser Supremo. ¡Qué elevacion tan gloriosa! ¡Qué destino tan brillante!

Católicos: ¿quién, á vista de un espectáculo tan asombroso, no siente su corazon dilatarse y exhalarse en el santo anhelo de reunirse á su divino Jefe en los tabernáculos de la Ciudad Eterna? Estoy seguro de que cada uno de nosotros, con un ardor tan vivo como justo, aspira á tan dichoso y sublime estado. Todos deseamos con ansia un asiento en el reino del Hombre Dios: ¡noble ambicion, harto digna de un corazon cristiano! Sostengamos, pues, este tan santo deseo: suspiremos por la patria celestial, precioso objeto de nuestras mas dulces esperanzas; pero no nos engañemos en los medios de alcanzarla. Decidme: ¿podremos atravesar el torrente de aflicciones que el Salvador ha superado primero? ¿Tendremos bastante valor para pisar con pié tranquilo los bienes y los males de esta vida? ¿Bastante prudencia para sacrificar el placer al deber, la naturaleza á la virtud, la tierra al cielo, el tiempo á la eternidad? ¿Bastante fuerza para despreciar la ridícula fantasma del respeto humano, los sarcasmos del libertinaje, las blasfemias de la impiedad? ¿Bastante constancia para sostener hasta el fin el carácter laborioso de víctimas? ¿Bastante sabiduría para abrazar la locura de la Cruz y marchar á la vista de los hombres bajo este estandarte de las ignominias? Porque tal es el único camino que conduce á la gloria. En efecto; la vida paciente y la vida gloriosa tienen entre sí la misma relacion y analogía que la semilla y el fruto, el trabajo y el salario, el combate y el triunfo; es decir, que el estado de Jesucristo glorioso debe conducirnos á la imitacion de Jesucristo paciente; y que la imitacion de Jesucristo paciente asegura nuestras pretensiones al estado de Jesucristo glorioso: alternativa que es al mismo tiempo un motivo de temor y de esperanza para nosotros; de temor, si rehusamos padecer con Jesucristo; de esperanza, al contrario, si padecemos por su gloria. En dos palabras: no podemos aspirar al estado de Jesucristo glorioso sino por el mérito de una vida paciente; temamos, pues, si no sufrimos. Jesucristo glorioso nos asegura el premio de nuestros sufrimientos; esperemos, pues, si sufrimos por su gloria. Hé aquí todo mi designio: designio muy necesario en este siglo perverso y relajado, en que Jesucristo apenas es conocido sino por el desprecio de sus leyes. Tributamos, es verdad, á la Cruz un culto exterior; pero al mismo tiempo profesamos una declarada antipatía á los sufrimientos. Aun los que mas se precian de seguir al Crucificado en la senda de sus dolores, mitigan en su favor las severas máximas del Evangelio; le templan al tono de sus pasiones, de sus intereses, de su genio; le acomodan al plan de una filosofía prudente, ilustrada, metódica, enemiga de las pequeñeces; le explican, le violentan y le reducen al nivel de aquellos oráculos ambiguos de los gentiles que se prestaban á toda suerte de interpretaciones.

¡Dios mio! Necesito ser sostenido por vuestra gracia

para combatir nuestra obstinada resistencia á la Cruz y á los sufrimientos. Os la pedimos por la intercesion de vuestra augusta Madre y Señora nuestra, á quien saludamos con el Angel: Ave María.

Primera parte.

Si fué preciso que para entrar en la gloria padeciese el Hijo de Dios, á quien el universo adora como manantial de la justicia, principio de la vida y dispensador de la inmortalidad, *oportuit pati Christum*, ¿en qué nos fundamos nosotros, viles esclavos del crímen y tributarios de la muerte, para pretender la exencion de una ley cuyo rigor ha experimentado este Dios-Hombre, á pesar de todos sus privilegios? A lo menos no lo entendia así San Pablo. «Vosotros habeis recibido el espíritu de adopcion, decia á los romanos; el espíritu que nos constituye hijos del Padre celestial: pues si somos hijos, somos evidentemente herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, pero con tal que suframos con El, á fin de ser glorificados: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.*

Bien sé que la obligacion de sufrir turba y subleva la naturaleza y desconcierta al amor propio: la una opone sus repugnancias, el otro emplea sus astucias y artificios; pero, á pesar de los disgustos de la una y de los sofismas del otro, este deber no es menos indispensable, ni menos riguroso para todos los fieles. Porque al fin, este no es meramente un consejo de perfeccion; el ejemplo de Jesucristo demuestra su necesidad: ni es tampoco una práctica arbitraria y subordinada á nuestros discursos: la ley de Jesucristo fija su carácter y determina su rigor. De-

bemos, pues, sufrir á imitacion de Jesucristo, á pesar de las repugnancias de la naturaleza; debemos sufrir segun las reglas establecidas por Jesucristo contra las astucias y mitigaciones del amor propio.

Sí, hermanos mios: el ejemplo de un Dios paciente nos impone la obligacion de sufrir. Este es un axioma de la ley de gracia; axioma fundamental, que anuncia una deuda inherente á la cualidad de cristiano: un tributo personal, que este ha de satisfacer si aspira á la gloria de ciudadano del cielo. «No, dice San Pablo; un desertor de la Cruz no participará del triunfo del Crucificado.» Para aspirar á su corona, es preciso combatir en la lid de sus dolores: *Si sustinebimus, et conregnabimus.* Este es un tratado solemne entre el Redentor y el hombre rescatado. Sus condiciones están pronunciadas para siempre: Jesucristo las ha sellado con su sangre, y esta sangre las hace tan irrevocables como el mismo Hijo de Dios.

Nada importa que un Dios que padece para entrar en su gloria sea la paradoja de la razon; que la obligacion de sufrir á su ejemplo sea el terror de la naturaleza: el decreto está dado. Este ejemplo fija irremisiblemente nuestro destino: es preciso que la razon calle y la naturaleza obedezca. ¡Triste condicion sin duda! Condicion, sin embargo, que así es aplicable á los tiempos borrascosos de la Iglesia naciente como á toda la serie de los siglos. «Sí, dice el príncipe de los Apóstoles: el ejemplo de un Dios paciente se refiere á todas las edades, y la necesidad de imitarle no es menos inmutable que el ejemplo del cual emana: *Vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.*

Nosotros comprendemos esta doctrina, direis; pero si la fé la admira, la naturaleza, desconcertada, no puede sostener su sublimidad y sus repugnancias..... ¿Qué oigo, católicos? ¿Las repugnancias de la naturaleza! ¿No nos avergonzamos de alegar tan indigno pretexto? ¡Qué! ¡El Jefe, coronado de espinas, morirá sobre una Cruz, y

los miembros, cubiertos de flores, vivirán en las delicias! ¡Las repugnancias de la naturaleza! Pero estas repugnancias, pruebas fatales de nuestra corrupcion, ¿no descubren la profundidad de nuestros males y la necesidad de recurrir al remedio? Pero esta naturaleza, ¿no es nuestro enemigo mas peligroso? Capitular con ella, ¿no es fomentar su audacia, y asegurar el triunfo á todos los demas enemigos? Pero Jesucristo, ¿ha venido del cielo para lisonjear la naturaleza, ó para repararla? ¡Las repugnancias de la naturaleza! Pero si es así, ¿la Cruz del Salvador será la triste é infructuosa suerte de aquellas almas puras, siempre muertas al mundo, y siempre vivas á sus ojos; siempre probadas, y siempre fieles; siempre mortificadas, y siempre inocentes? Y nosotros, manchados con mil crímenes; nosotros, á quienes una vida entera de lágrimas y gemidos no bastaria para alcanzar el perdon, ¿rehusaremos sufrir? ¿Y por qué? Porque la naturaleza no gusta de sufrimientos. Y los placeres, ¿seguirán su curso escandaloso? ¿Y nos mantendremos tranquilos en la impenitencia, porque tenemos mas crímenes que expiar? Y la inmensidad de nuestras deudas, ¿nos dispensará de satisfacerlas? ¿No es esta la paradoja mas inconcebible, el frenesí mas asombroso que se puede imaginar? ¿Dónde está la sensatez de que tanto blasonamos en los negocios del siglo?

Pero ¿quién es este hombre de la naturaleza, este hombre hasta tal punto contemplado? ¡El hombre de la naturaleza! ¡Ah, católicos! es un hijo degenerado; digamos mejor, un esclavo digno de su bajeza; otro Esaú, que por saciar su hambre, enajena estúpidamente el derecho de primogenitura y la herencia de la eternidad. ¡El hombre de la naturaleza! Es algunas veces uno de esos filósofos sublimes de nuestros dias, cuyo genio atrevido se eleva orgullosamente hasta la clase del insecto; glorioso en este puesto honorífico, abjura el ser inmortal cuya sociedad le envilece. ¡Compañero del bruto, arrastrado por su instinto, goza de lo presente y se asegura sobre el porvenir! ¡El hombre de la naturaleza! Es el hijo de Adan pecador, formado de la tierra y revestido de carne; terrestre y carnal como su padre; en quien reside y triunfa el cuerpo de pecado de que habla el Apóstol; conjunto deforme de vergüenza y corrupcion; coloso vendido á la iniquidad, cuyos miembros culpables son las armas de la injusticia y los instrumentos de la muerte. ¡El hombre de la naturaleza! Es el enemigo de la Cruz y del Crucificado, oprobio de su cuerpo místico, desdeñador de sus promesas; aquel cuya audacia desprecia la autoridad de la doctrina, la equidad de las leyes, la santidad de los ejemplos de Jesus. Este es el hombre de la naturaleza, opuesto enteramente al hombre de la gracia, al candidato de la eternidad, que fijando sus ojos enternecidos, ora sobre Jesus paciente, ora sobre Jesus glorioso, conmovido por sus dolores, atónito en vista de su gloria, imita al uno y suspira por el otro: el que tiene derecho á decirnos: sed mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo.

Si queremos, pues, entrar algun dia en la region de paz y de luz á que hoy sube en triunfo, á la vista de sus discípulos, este Dios Salvador, gustemos el cáliz de sus dolores, ahoguemos los gritos de la naturaleza, suframos á su ejemplo. Pero no nos contentemos con esto; suframos además segun las leyes que ha querido intimarnos. Segunda condicion decisiva contra las angustias y mitigaciones del amor propio.

Y para entrar desde luego en materia, ¿qué prescribe la ley sobre la severidad de la vida cristiana? *in lege quid scriptum est?* Renunciaos á vosotros mismos, dice el Salvador; todad vuestra cruz, y seguidme. Ved, católicos, á qué se reduce, en último análisis, el espíritu y el fondo de la moral evangélica. Es preciso renunciarse á sí mismo: *abneget semetipsum.* Este es el primer tributo de nuestra dependencia, el primer homenaje de nuestra fidelidad, el primer sacrificio de nuestro corazon; sacrificio el mas heróico en sí, el mas perfecto, el único indispensable; el único, por fin, que da un realce inmortal y un precio infinito á todos los demás.

Pero ¿qué entendeis por esta renuncia? ¿Es el sacrifi-

cio necesario de ciertos placeres que no simpatizan ya con nuestra edad, clase ó profesion? ¿Es la privacion forzada de aquellos objetos ajados en el tribunal del público, cuyo comercio vergonzoso choca en secreto con nuestro orgullo aun cuando triunfan de nuestra debilidad? ¿Es un reloj hábilmente montado, y, para usar de este término, un decoro en la conducta que, sin tocar al orígen de nuestros vicios, destierra solamente las esterioridades mas reprensibles, las disfraza con destreza, nos hace producirnos con distincion, nos coloca entre las personas honradas, y que por este glorioso puesto nos indemniza con usura de lo poco que nos cuesta para alcanzarle? ¡Dichosos los hombres si la renuncia evangélica se redujera á esto solo! Pero, en tal caso, ¡fuera necesario que la Sabiduría eterna hubiese bajado del cielo para trazarnos la senda de la justicia y de la felicidad? ¿No teníamos ya, en la educacion, en la sabiduría y política humana, maestros capaces de conducirnos? No es ésta la costosa renuncia de que depende nuestra salvacion.

¿Qué es, pues, renunciarse á sí mismo en la idea de Jesucristo? Escuchemos, católicos, é instruyámonos. Renunciarse á sí mismo es gobernar sábiamente la naturaleza; reprimir con fuerza la impetuosidad de sus movimientos; proscribir la bajeza do sus deseos, la ignominia de sus afectos, la injusticia de sus obras; mudar su direccion y forzarla á seguir el austero camino que Jesucristo les ha trazado. Renunciarse á sí mismo es despojarse del hombre viejo, y cubrir al nuevo con aquella vestidura preciosa que está empapada en la sangre del Cordero, que debe ser el tesoro y el adorno del cristiano. Renunciarse á sí mismo es atacar la concupiscencia y perseguirla en todos sus atrincheramientos; es, no solamente entresacar algunas ramas de este tronco impuro, sino cortar su raíz; es, no solo disminuir la deformidad de sus frutos, sino prevenir estos y ahogarlos en su gérmen. Renunciarse á sí mismo es mirar el teatro de la vida y todo lo que ofrece á nuestros sentidos como una decoracion pasajera, una escena pueril, una perspectiva engañosa,

que nada tiene de real mas que su frivolidad; es despreciar todo lo que sigue el vuelo del tiempo; no aficionarse á ninguna cosa que nos sea preciso dejar algun dia. Por último, renunciarse á sí mismo es consagrarse anticipadamente, y por el acto solo de esta abnegacion, al partido de las aflicciones y de la cruz; es desear aquellas y ésta; buscarlas, aceptarlas, amarlas, abrazarlas, preferirlas á todo por seguir á Jesucristo. Esto dice la ley.

Pero ved aquí al mismo tiempo lo que jamás aceptará el amor propio. A la menor señal de reforma y de austeridades, ¡qué sustos! ¡Qué inquietudes! Al instante trata de seducirnos con el acento lisonjero de su falsa ternura. En efecto, si algun santo propósito viene súbitamente á despertarnos de nuestro letargo; si la voz de la conciencia murmura el secreto de nuestra alma; si los remordimientos crueles se elevan de repente del abismo en que estuvieron por mucho tiempo sofocados; si movidos por un justo terror echamos una mirada confusa sobre la historia espantosa de nuestras iniquidades y sobre los sufrimientos de un Dios á quien ultrajan; si al fin nos proponemos vengar sus injurias y expiar nuestros crímenes, «¿en qué pensais? dice al punto el amor propio todo turbado. ¿Habeis consultado todas vuestras fuerzas y pesado las dificultades de una empresa tan superior á su alcance? ¿Qué os hizo este mundo, proscrito con tanto rigor por los devotos? ¿Qué os hizo ese cuerpo, ese vaso de frágil barro, que se disuelve demasiado pronto por sí mismo, para que anticipeis su destruccion? ¿Quereis prevenir los derechos de la muerte? No: yo apoyo los de la naturaleza. . . . . »

Católicos: no escuchemos este lenguaje seductor. Elevemos nuestras almas aprisionadas en el estrecho torbellino de los objetos sensibles; forcemos nuestros tristes recintos; lancémonos en las profundidades de la eternidad. ¿Qué vemos en Jesucristo que sube hoy á los cielos? Un Dios que por los sufrimientos y las ignominias de su vida mortal, se ha abierto el camino al trono del Padre. ¿Qué vemos en sus escogidos? Unos hombres sa-

tisfechos en los oprobios, en los tormentos, en las prisiones. ¿Y aspirarémos nosotros á las delicias y á la gloria del siglo futuro, siguiendo los gustos y las repugnancias de la naturaleza, escuchando los sofismas del amor propio, adoptando las mitigaciones de este enemigo de la Cruz? ¿De cuándo acá el camino de la perdicion conduce á la vida? ¿De cuándo acá el rico avariento, del seno de los regalos, pasa, como Lázaro, al seno de Abrahan? ¿Creeríais á un predicador que os anunciara tan estraña doctrina? Aunque fuese un ángel del cielo, ¿no le miraríais como á un corruptor público de la palabra santa, como á un profanador de su ministerio? Pues ¿cómo, lo que seria criminal y falso en boca de éste, ha de ser inocente y verdadero en nuestras costumbres? Queda, pues, probado que no podemos aspirar al estado glorioso del Salvador sino por el camino y el mérito de los sufrimientos; tenamos si no sufrimos. Al contrario, puesto que Jesucristo glorioso es garante del precio de nuestros sufrimientos, esperemos si sufrimos por su gloria: asunto de la

Segunda parte.

El rango supuesto á que hoy se eleva Jesucristo por el mérito de una vida paciente, es por escelencia el triunfo de la naturaleza humana. Colocada en su persona sobre los ángeles, arcángeles, principados y todo lo que hay en el cielo de mas sublime, sigue su vuelo y se sienta en el trono de la Divinidad. Ved aquí, católicos, un espectáculo admirable; pero lo mas digno de admiracion en este dogma consolador de nuestra fé, es que la herencia del Jefe llega á ser el patrimonio de sus miembros, con tal que sufran por su gloria, como El ha sufrido por su salud. Así supuesto, pretendo haceros ver que

el cristiano debe esperarlo todo de la divina clemencia, bajo los auspicios de una vida paciente: esperanza fundada en el recuerdo de Jesucristo, y en la mediacion de Jesucristo; en el recuerdo de Jesucristo, atento espectador del hombre paciente; en la mediacion de Jesucristo, celoso abogado del hombre paciente.

Jesucristo, testigo perpetuo, atento espectador de nuestros sufrimientos, primer fundamento de nuestras esperanzas á la gloria de que goza. Nosotros sabemos con el Profeta que un testigo fiel nos observa de lo alto de los cielos: *testis in coelo fidelis.* Sabemos que las miradas de Jesucristo están constantemente fijas sobre los hijos de su sacrificio; que todos sus pasos son fielmente trazados en el libro depositario inmortal de las acciones del justo. Verdad consoladora, que sostenia á San Pablo en medio de las rigurosas pruebas de su apostolado. «Yo sé en quién he puesto mi confianza, decia: *scio cui credidi*; y estoy seguro de que es bastante poderoso para guardar mi depósito hasta el gran dia de las revelaciones.» ¿Cuál era, católicos, este depósito? Aquel agregado apostólico de cadenas, persecuciones, insultos, calumnias y fatigas sufridas por la propagacion del Evangelio y por la gloria del Redentor. Tal es la humilde seguridad de la esperanza cristiana entre las tribulaciones de esta vida pasajera. Yo sé en quién he puesto mi confianza: *scio cui credidi.* Sé que Jesucristo es al mismo tiempo depositario y testigo de mis dolores. Testigo infinitamente penetrante; sondea los corazones, desciende hasta los senos mas ocultos del alma, estudia el nacimiento y los progresos de sus sacrificios, y observa mas curiosamente el interior que el exterior del hombre. Pues estas cruces interiores que el mundo no percibe, y que tal vez ya se han borrado de nuestra memoria, nuestro Salvador las recordará, las publicará y las coronará solemnemente en la asamblea de los escogidos; esta confianza no puede engañarnos: *scio cui credidi, et certus sum.*

Testigo benigno é indulgente, quiere que nuestras cruces tengan una proporcion razonable con nuestras fuer-

zas; y así como prescribe la exagerada delicadeza del amor propio, admite las sábias contemplaciones de la discrecion. En el órden comun, no exige los excesos de una penitencia indiscreta, ni el sacrificio de nuestros dias; las mas de las veces acepta la sola voluntad de sus adoradores. Pues estos deseos, cuyo fervor ignoramos nosotros mismos, los hallarémos, como el alma los ha concebido, en el depósito confiado á la fidelidad de Jesucristo. Ninguna cosa mas segura, dice el Apóstol: *scio cui credidi, et certus sum.*

Testigo propicio y caritativo, su compasion por nuestros dolores no es aquella sensibilidad afectada, pero estéril, tan comun entre los hombres, que se anuncia por bellas palabras, y que en la necesidad se desmiente. No. Jesucristo, con mano infatigable, lleva nuestras cruces en nosotros y con nosotros, y con paso constante nos sigue por la senda de nuestras lágrimas. Y ved aquí lo que consagra su valor y las hace meritorias á los ojos del Eterno. Esta esperanza, que descansa en nuestro seno, llega hasta la certidumbre: *scio cui credidi, et certus sum.*

Primer motivo de nuestras esperanzas entre las amarguras de la vida, que buscamos vanamente en medio de los mas acerbos dolores que sufrimos para alcanzar el favor del mundo. No, católicos: por mas que en su servicio trabajemos, no hay que esperar el premio de nuestros sacrificios. Apelo á nuestra buena fé y al testimonio de nuestros pesares. ¿Qué hemos conseguido esclavizándonos bajo su imperio cruel y tiránico? Deplorar, en la amargura de una alma desesperada, el recuerdo de sus perfidias y de nuestros errores. Sin embargo, por una fatalidad inconcebible, el hombre, arrancado por decirlo así, de sí mismo por una fuerza irresistible, cede á su ascendiente funesto. Siempre paciente y siempre quejoso, maldice su cadena, la arrastra en sus congojas, vive en los tormentos, y muere en la esclavitud. Católicos: abramos por fin los ojos; cerremos las avenidas de nuestro corazon á las promesas de un mundo pérfido. A vista del escollo en que tantas veces se ha estrellado nuestra credulidad, recojamos los despojos del naufragio para salvarlos en el puerto. Instruidos por tan decisivas y frecuentes lecciones, ya que nos es preciso padecer, prefiramos los sufrimientos que Jesucristo garantiza como mediador: hé aquí, en medio de nuestros males, un segundo recurso, harto capaz de suavizar su amargura.

Sí, hermanos mios: desde que Jesucristo entró en el santuario abierto á todos los hombres por la virtud de su sangre, se ha constituido, dice San Pablo, autor de la salud eterna para todos los que sufren por su gloria. Por ellos, pacífico en el seno de Dios mismo, asiste á su diestra como pontífice de los bienes futuros, siempre vivo, á fin de interceder en su favor.

Almas afligidas, abandonad la tierra, funesto teatro de vuestros dolores: venid conmigo á reconocer la patria y la morada de vuestra eternidad. Allí es donde, en todo el resplandor de su vida gloriosa, Jesucristo renueva por vosotros el ministerio de paz que ejerció en todos los instantes de su vida mortal. Allí es donde pide á Dios Padre el precio de tantas lágrimas que habeis derramado por El. Cuando la sangre de la augusta víctima clama en lo alto de los cielos; cuando la voz omnipotente del Pontífice Eterno resuena en medio del templo en que ejerce su sacerdocio que no se acabará jamás, el cielo escucha con respeto: el Padre atento reconoce sus órdenes absolutas en los clamores y ruegos de su Hijo. Animado por estas ideas consoladoras, llevando ya el cielo en el corazon, el hombre afligido ve con placer inefable llegar el término de sus dias y el fin de su destierro. Hé combatido; he concluido mi carrera; he guardado la fé: ¿qué me resta ahora ¡Dios mio! sino esperar en paz la corona de justicia reservada á vuestros siervos? ¿Quién podrá arrebatármela, puesto que mi soberano Mediador la pide para mí á su Eterno Padre? ¡Ah! ¡qué de recursos para nuestra fé, qué de motivos para nuestra esperanza, qué de consolaciones en nuestro destierro!

Compareced aquí, mártires del mundo, que habeis pa-

sado en serviros obsequios, dias tan infaustos y tan acerbamente deplorados. Invocad á alguno de esos dioses á quienes habeis servido por tanto tiempo y con tan poco fruto. Buscad entre ellos un consuelo; buscad un intercesor, un apoyo. ¡Ay de mí! semejantes á aquellos ídolos de que habla un Profeta, tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen; tienen boca y no hablan: *os habent, et non loquentur.*

Sin embargo, vosotros sufriais con paciencia los ultrajes de la fortuna; la esperanza de un porvenir mas próspero os sostenia contra sus reveses. Tengo amigos, decíais. Sí: teneis amigos, es verdad; pero ¡qué amigos! Amigos ingratos. El recuerdo de mil servicios prestados se borra al instante por la repulsa en uno solo que no podeis tributarle; y vuestros pesares mas vivos no expian á sus ojos el crímen involuntario de vuestra impotencia. Amigos injustos y crueles. En vez de participar de vuestras penas, ó de suavizarlas á lo menos, las acrecientan con reflexiones tan inoportunas como desesperantes. Os recuerdan los desórdenes, verdaderos ó falsos de vuestra conducta, la imprudencia de vuestros pasos; y sus bárbaras represiones derraman hasta la última gota del cáliz de amargura en un corazon despedazado ya bajo el peso de sus desgracias. Amigos animados de falsa devocion y falso celo. Leen en los decretos del cielo el justo castigo de vuestros desórdenes; y como si la felicidad terrena fuese inseparable de la virtud, os dirán que el inocente jamás ha perecido, y que la experiencia nos enseña, por el contrario, que los que siembran la injusticia recogen su fruto. Amigos envidiosos. Si la fortuna se os muestra risueña, al instante sienten las convulsiones de la envidia: os acarician en público, pero os asesinan en secreto. Amigos indolentes y contemporizadores. Difieren la época de sus servicios para un tiempo que no llegará jamás.

Ved aquí, católicos, los protectores, los amigos que hallamos en el mundo. Este no es un retrato de imaginacion. Nuestros servicios olvidados, nuestras esperanzas frustradas, nuestros pesares, nuestros furores, prueban demasiado su realidad. ¡Ah! si buscamos un amigo verdadero, un protector generoso, la Iglesia del cielo le ofrece todos los dias á la de la tierra. Ved á Jesucristo en medio de su corte: vedle triunfante al frente de sus escogidos: ved al que no olvidará jamás nuestros sacrificios. Todo lo que hayamos sufrido por su gloria nos lo recompensará; pero ¿con qué exceso? Si le confesamos delante de los hombres, mediador tan poderoso como magnánimo, defenderá nuestra causa y nos confesará delante de su Padre. No es esto todo: espectador perpetuo de nuestros combates, vinculará la victoria á nuestros esfuerzos.

Sí, dulcísimo Jesus mio, amoroso Redentor de mi alma: esta es la única esperanza que nos sostiene entre las terribles y peligrosas borrascas del mar proceloso de este mundo. En medio de los recios embates de sus olas amotinadas, volaremos á arrojarnos á vuestros brazos augustos, seguros de que aplacareis su furor y restableceréis la calma. Cubiertos con las alas de vuestra proteccion omnipotente, ¿qué angustias, qué aflicciones nos serán amargas y harán desfallecer nuestro corazon? Que la tierra se estremezca, que los montes se trasladen á los abismos del mar, nuestra alma se mantendrá siempre en una serenidad imperturbable. Las enfermedades, la persecucion, la muerte, el infierno mismo, serán objeto de nuestro escarnio y desprecio. De este modo, despues de triunfar por vuestra gracia en la carrera de las tribulaciones, formados en la santidad por el modelo de vuestros dolores, participarémos de vuestra corona en la morada celestial. Amen. (1)

(1) Anónimo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE LA

ASCENSION DE NTRO. SR. JESUCRISTO,

PREDICADO POR EL DR.

D. Ignacio Geronimo Dominguez,

CURA DE STA. MARIA ZAACHILA, DIÓCESIS DE OAXACA. (1)

Et Dominus quidem Jesus postquam locutus est eis assumptus est in coelum, et sedet a dextris Dei.

Así el Señor Jesus despues de haberles hablado, subió al cielo y está allí sentado á la diestra de Dios.

S. Márcos, c. XVI, v. 19.

¡Qué espectáculo tan maravilloso y nunca visto presenciaron enajenados de júbilo los Apóstoles y una multitud de discípulos en el monte de los Olivos! ¡Qué suceso tan estupendo se presenta hoy á los ojos y al cuidado

(1) Copiado de la obra intitulada *Discursos sagrados.*

de nuestra fé! ¡Ah! Nuestro Salvador ya les habia ofrecido enviarles el Espíritu Santo, y les habia abierto el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; ya les habia mandado enseñar y bautizar por todo el mundo á toda criatura; ya les habia hecho la promesa del don de milagros que acompañarian á los nuevos creyentes; ya les habia empeñado su palabra de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos, cuando sacándolos fuera de la ciudad hasta Betania, y alzadas las manos los bendijo. Y aconteció impensadamente, que al bendecirlos se separó de ellos, ó como escribe San Lúcas, que á vista de ellos se levantó en alto hácia el cielo.

Diga lo que quiera la fábula de Icaro, que representa á este vano héroe subiendo en los aires con el auxilio de las alas. Testifique falsamente Próculo, haber visto ascender á Rómulo atravesando esta atmósfera de la tierra. Jesucristo solamente levanta sus manos y se eleva en realidad de verdad hácia el Paraiso eterno. Segun sabemos por el libro IV de los Reyes, un carro de fuego y unos caballos de fuego separaron á Elías de Eliseo y subió al cielo en un torbellino. Cuando Daniel fué arrojado al lago de los leones, Habacuc fué conducido por un ángel con la celeridad y rapidez que puede un espíritu desde Judá hasta Babilonia, y le trajo alimentos. Tambien despues de haber sido bautizado el eunuco de la reina Candace, cuando salieron del agua, como se lee en el libro de los Hechos Apostólicos, el Espíritu Santo arrebató á Felipe, y no lo vió mas el eunuco. Pero si estos Santos transitaron grandes espacios por la virtud divina, Jesucristo ascendió á los cielos por su propia virtud poderosa de la divinidad, unida en hipóstasis á su humanidad, y tambien por la virtud que redunda de su alma bienaventurada á su cuerpo glorificado. Infinitamente mas victorioso que Josué sigue su curso, no por tierra, sino abriendo el camino delante de ellos, como lo vió el Profeta Miqueas, y trasladándose para manifestacion de su gloria en medio de una nube lucidísima que le servia de carro triunfal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con razon llama San Bernardo á la Ascension del Señor, la feliz cláusula de toda la carrera del Hijo de Dios sobre la tierra. Sí, en este dia exaltó su Sacratísima Humanidad sobre todas las esferas celestes, y sobre todos los coros de Angeles hasta sentarse en el sólio de la Trinidad Beatísima. Fué á ocupar el puesto que le es debido, y á preparar á los justos las sillas que les ha merecido. De manera, que la Ascension de Jesus constituye la consumacion de su triunfo y de su gloria. De este solo pensamiento como de un origen comun, manará toda la doctrina de mi discurso y tambien en él solo se refundirá. Mas para continuar elogiando al Supremo Señor de las virtudes, saludemos antes con el Angel á su Santísima Madre, puesto que es la dispensadora de la gracia y la puerta por donde entran á las eternas mansiones todos los escogidos. Ave María.

Así el Señor Jesus despues de haberles hablado, subió al cielo y está allí sentado á la diestra de Dios.

S. Márcos, cap. y vers. citados.

El fin de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo fué sentarse á la derecha del Padre, porque despues de haber dicho el Evangelista que subió al cielo, añade, que está

allí sentado á la diestra de Dios. Pero no en cuanto que es el Verbo Eterno, que así tiene una misma naturaleza divina con el Padre y el Espíritu Santo, sino en cuanto Hombre por la igualdad del honor, segun que el supuesto del Hijo de Dios se unió á la naturaleza humana y segun que tomó posesion de los bienes paternos mas que todas las criaturas. Mayor instruccion percibirémos de aqueste insigne misterio, si atendemos que el Príncipe de los Apóstoles, hablando á los judíos sobre la Ascension del Salvador, le aplica estas palabras de David en el Salmo CXI: «El Señor dijo á mi Señor: siéntate á mi diestra (Salm. CXI, v. 1, 2 y 3), hasta que ponga á tus enemigos por estrado de tus piés.» Todo este divino cántico tiene por objeto á Jesucristo, y en él se anuncian su divinidad, su sacerdocio, sus sufrimientos, su gloria y su reino. Su interpretacion me servirá de prueba por todo mi discurso, y de los primeros versos que son como el exordio y el complemento de la sublime doctrina de su Ascension gloriosa, deduciré estas dos breves reflexiones: Primera: el reino de Jesucristo que consiste en su gloria á la derecha del Padre: *Dixit Dominus Domino meo: sede á dextris meis*: Segunda: su triunfo que conseguirá en la ruina completa de todos sus enemigos: *Donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.*

Primera parte.

Segun la distincion que asienta el angélico Doctor, tres cosas se pueden entender bajo del nombre de diestra. De tal suerte, que Jesucristo está sentado a la dere-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cha de Dios por la misma gloria de la Divinidad, por la misma bienaventuranza del Padre y por la potestad de juzgar. Y como este único Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza humana, con una sola adoracion lo veneramos en su reinado celestial juntamente con su carne gloriosa. A esto se refieren las tres excelencias muy dignas de consideracion, que se advierten en la primera parte del breve y precioso Salmo que me he propuesto explicar, á saber: el principio del imperio del Mesías sobre la tierra, su divino orígen y su eterno sacerdocio. Entremos, pues, en todas ellas á reconocer su infinita grandeza como Rey de gloria.

Despues que David puso las anteriores palabras ya mencionadas en boca del Padre, dirige ahora las suyas al Hijo, y le dice así: «De Sion enviará el Señor el cetro de tu poder (v 4): domina tú en medio de tus enemigos.» ¿Quién negará que de Sion tuvo principio el imperio de Jesucristo? ¡Ah! En Nazaret fué concebido por obra del Espíritu Santo, en Belen nació, y murió en Jerusalen. ¿No vemos tambien en estas otras sublimes ideas de Isaías la confirmacion de tal verdad, pues anunció su reinado y el restablecimiento de la Iglesia? «Porque la ley, afirma, saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalen. El juzgará á las naciones y convencerá á muchos pueblos.» Ahora, ¿por su muerte de cruz en el Calvario, no se extendió la fé y la religion por todos los ámbitos del mundo? Luego así como lo muestra esta nueva prueba, no puede ser otro que Jesucristo el héroe que celebra este Salmo. Y aplaudiendo el santo poeta el poder irresistible del nuevo Monarca, lo escita en nombre de Dios á levantar sus banderas ó sea el estandarte de su cruz en medio de sus enemigos, donde tengan mayor fuerza y número, y á que triunfe con certeza y seguridad de ellos. Puntualmente la maravillosa propagacion de la Iglesia se ha hecho en medio del fuego de las persecuciones, y en medio de tantas y tan poderosas naciones que quisieron ahogarla en su cuna, y despues se han empeñado en combatirla.

En seguida, arrebatado el real Profeta pasa á contemplar á Jesucristo de su reino á su divina esencia con estas misteriosas palabras: «Contigo el principio en el dia de tu poder entre los esplendores de los Santos (v. 5): de mis entrañas te engendré antes de la aurora.» Así como á algun príncipe terreno se le alaba la singularidad de su orígen y de su prosapia para empeñarlo en grandes empresas, así tambien se le recuerda aquí á Jesucristo su eterno orígen en el seno del Padre, fuente de toda su dignidad y de todo fruto de bendicion para el hombre. Con la misma primera frase del Salmo: «Dijo el Señor á mi Señor,» convenció el mismo Jesucristo á los judíos de su propia divinidad, probándoles que no podia ser hijo de David, aquel á quien el mismo David llama Señor. Ahora se explica aun mas su siervo con elogiarle así: «Contigo el principio,» ó el principado como en este último sentido se interpreta generalmente. Pero ya sea de uno ó de otro modo, el resto del verso dá un testimonio claro de la generacion eterna del Verbo como principio de principio. Por otra parte, no siendo contrario al que tiene el principio que tambien tenga el principado, dice bien el venerable cardenal Belarmino, explicándose en estos términos: «De tal suerte, que si agrade no tomar el principio por principado, sino simplemente por principio, podremos exponer: contigo el principio, esto es, contigo está el primer principio de todas las cosas, porque tú te hallas en el Padre y el Padre en tí. Mas en fin, este principio ó principado aparecerá con claridad en el dia de su poder, cuando manifieste el explendor de su majestad en la gloria que rodeará á sus santos.

Consiguientemente ya se deja conocer que el Salmista introduce con un rápido vuelo al Padre en la otra mitad del verso, hablándole á Jesucristo de este modo: «De mi seno te he engendrado antes del sol.» Pues bien, si Jesucristo fuera pura criatura, no hubiera dicho que de su seno lo habia engendrado, como jamás lo ha dicho del hombre ó de las demás cosas criadas. Verdad es que así

como Dios no tiene cuerpo, tampoco tiene seno; pero esta expresion significa aquí metafóricamente la íntima y secreta esencia divina. Además, nunca dudarémos quién es la madre de un hijo viéndole nacer de su vientre, por mas que dudemos quién sea su padre. Así, oyendo la voz del Padre ingénito, que dice: «De mi seno te he engendrado, deberémos creer que el Hijo le es consustancial. Y para que confesemos que su procesion es eterna, se añade que fué anterior al sol, signo de mayor antigüedad para nosotros. Algunos Padres entienden tambien por esto, que el Verbo, como que no tiene principio ni fin, se anticipó á la creacion de los ángeles, lo mismo que á la de todas las cosas. Bajo de cualquier aspecto siempre resulta propuesta y asentada en todo el versículo indicado, la divinidad de Jesucristo.

Vuelve el Santo Profeta á dirigir al Hijo la palabra en el verso sexto, con estas voces: «Juró el Señor y no se arrepentirá (v. 6): tú eres sacerdote eternamente segun el órden de Melquisedec.» El juramento en Dios, como dice un sábio intérprete, significa solamente la seguridad y firmeza con que dá algun decreto; el no arrepentirse no denota que alguna vez se arrepienta como nosotros, sino que demuestra que nunca revocará lo que ha mandado. ¿Pero qué cosa juró el Señor en este pasaje, y no revocará, sino que Jesucristo es sacerdote eterno segun el órden ó el rito de Melquisedec? ¡Ah! el que habia de trasferir el sacerdocio de Aaron, no habia de establecer al nuevo hereditario, ni su oblacion habia de ser de animales, ni habia de estar reducido solamente á los hebreos ó á un templo ó tabernáculo como el antiguo. Por el mismo silencio de la Escritura, segun escribe San Pablo, Melquisedec aparece sin padre, sin madre, sin genealogía y sin que se vea ni el principio ni el fin de su vida. Jesucristo, pues, como hombre no tuvo padre, ni como Dios tuvo madre. Melquisedec fué juntamente rey de Salem y sacerdote del Altísimo: Jesucristo es el Rey de los cielos y de la tierra, sucesor en cuanto al derecho de los reyes de Judá, y el sacerdote que con una sola

oblacion de su cuerpo en la cruz, como enseña el Apóstol, satisfizo para siempre por los santificados. Melquisedec ofreció pan y vino, dándose á conocer como sacerdote universal. Jesucristo como sacerdote de todo el género humano, ofreció en la última cena pan y vino, convertidos en su cuerpo y en su sangre, y ofrece tambien diariamente el mismo sacrificio por mano de sus ministros. Podré desde luego deducir en recta consecuencia de toda esta divina doctrina, que los caracteres principales que distinguen al Triunfador celestial, y de que se goza á la derecha del Padre, son los del Hijo de Dios, Hijo del hombre y Sacerdote eterno. Veamos ahora el establecimiento de su reinado que prometió á los hombres en la misma destruccion de sus enemigos.

Segunda parte.

Vuelto David repentinamente al Padre, segun la exposicion que hace San Agustin del siguiente verso, se congratula con él por los triunfos del Hijo con este apóstrofe á lo sumo poético: «A tu diestra el Señor (v. 7) desbarató los reyes en el dia de su ira.» Abrahan, como consta en el libro del Génesis, derrotó á Codorlahomor y otros tres reyes y libró á su hermano Lot. Moysés deshizo el ejército de Jehon, rey de los Amorreos, y destrozó á Og rey de Basan con sus hijos y todo su pueblo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Dios dió órden á los israelitas para exterminar á los Heteos, los Gergeseos, los Amorreos, los Cananeos, los Ferezeos, los Heveos y los Jebuseos. Josué y aquel pueblo privilegiado vencieron treinta y un reyes de estas diferentes naciones desde el rey de Jerusalen hasta el rey de Terza. ¿Y quién sino el Hijo de Dios que está en igual gloria con el Padre y con el Espíritu Santo, destruyó aun ántes de la Encarnacion, por ministerio de los hombres y aun de los ángeles, á todos los príncipes y sus vasallos, enemigos de su nombre? *Dominus á dextris tuis confregit in die irae suae reges.* Pero contrayéndome al tiempo despues de la Encarnacion del Verbo y de su Ascension á los cielos, no puede dejar de admirarse el mismo Jesucristo por la piedra desgajada sin mano del monte, que segun la revelacion hecha á Daniel, desmenuzó la estatua compuesta de cuatro metales. Sí, esta pequeñita piedra aniquilando los cuatro imperios de los Caldeos, los Persas, los Griegos y los Romanos, se trasformó en una gran montaña que llenó toda la tierra. Pues hé aquí el reino del Mesías que se prolongará hasta el fin de los dias y subsistirá en la eternidad: *Dominus á dextris tuis confregit in die irae suae reges.*

Prosigue en el verso octavo la letra de esta insigne profecía, ajustándose á estos sencillos pero fecundísimos conceptos: «Será juez en las naciones (v. 8), completará las ruinas, destruirá muchas cabezas en la tierra.» El Padre, como dice San Juan, ha dado enteramente la comision de juzgar al Hijo. Y poco despues vuelve á decir: que le ha dado potestad de hacer el juicio, en cuanto es hijo del hombre. Nada menos que esto celebró el Profeta Daniel, cuando predijo así su gloria: «El Anciano de los dias le dió el poder, el honor y el reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán.» Es inconcuso que á Jesucristo le pertenece el derecho de juzgar en cuanto Dios, por ser la sabiduría engendrada y la verdad que procede del Padre. Asimismo en cuanto Hombre ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos, por la dignidad con que es cabeza de todo el cuerpo

místico, por la plenitud de la gracia habitual, y por el mérito de su pasion. Este primogénito del Padre, este Rey de los hombres ha juzgado á las naciones, las juzga en el tiempo presente, y las juzgará cumplidamente al fin del mundo. En esta vida, como nota San Agustin, los buenos son afligidos, y alguna vez prosperan, y del mismo modo los malos. Pero en la consumacion de los siglos todas las cosas estarán sujetas á la ejecucion de su potestad, salvando á unos y castigando á otros. El cielo ó el infierno. ¡Oh! Solos ellos quedarán, no habrá medio: el sepulcro obedecerá la voz del Hijo de Dios, y le devolverá sus cadáveres: todos los que han obrado bien, se reunirán á sus cuerpos para hacerlos participantes á la vida eterna; y todos los que han obrado mal, serán destinados en su carne abominable á un suplicio eterno.

Esto es tambien lo que en sentido literal ven comunmente los Santos Padres, contenido en el complemento de ruinas y quebrantamiento de cabezas de que habla el texto. Con razon, porque Zacarías profetizó del Señor, que estaba puesto para ruina de muchos, esto es, de los malos que abusarian de su copiosa redencion. Y para detenerme un poco mas sobre materia tan importante, digo, que el imperio de Jesucristo se estableció en los tres primeros siglos de mortandad y de sangre, á pesar de la tenaz resistencia de los judíos y de las persecuciones de los príncipes paganos. En tiempo de Constantino, primer emperador cristiano, llegó nuestra santa Religion á ser la dominante en el imperio romano. En adelante se suscitaron contra la Iglesia dos clases de enemigos, interiores y exteriores: los interiores son los nuevos Absalones, pervertidos en las costumbres ó en la fé, que se levantaron contra su padre el nuevo David. En este número se cuentan los arrianos, nestorianos, eutiquianos, monotelitas, iconoclastas, griegos cismáticos en el Oriente y reformadores en el Occidente: todos los pecadores que han desacreditado con sus obras su divina ley y han perdido la gracia. Los exteriores son las naciones infieles, que siempre se han opuesto á los progresos del Evangelio;

los pueblos bárbaros que asolaron el imperio romano, especialmente en las provincias de Occidente; los mahometanos que invadieron sucesivamente parte del Asia, toda la Africa y parte de la Europa; y los pueblos herejes y cismáticos que repetidas veces han tomado las armas con intencion de destruir la Iglesia Católica. Pero la salud de los fieles está en manos de Dios, y él los defiende. En el último dia triunfará Jesus del poder del Anticristo, y se cumplirá en lo absoluto, que pondrá bajo sus piés á todos sus enemigos. En sentido místico explica tambien San Agustin el llenar de las ruinas, del restablecimiento de la salud del alma arruinada por el pecado, y de la saludable humillacion del pecador arrepentido. Asimismo algunos expositores lo entienden, por ocupar los predestinados las sillas vacantes de que fueron excluidos del cielo los ángeles rebeldes. .....

Concluye en el verso nono la metáfora tan oportuna que habia seguido el Salmo con este final: «Del torrente beberá en el camino, por eso alzará la cabeza (v. 9).» Como que en todo este breve poema se significa una campaña sangrienta y gloriosa, tal se considera el torrente de sangre enemiga que se derramará, que pudiera beber de ella el vencedor cuando pase en triunfo. Puede tambien exponerse este rasgo del torrente de penas y tormentos que bebió el Señor en su pasion, y de su exaltacion gloriosa en su resurreccion.

¡Cómo, pues, no deberémos exclamar, solemnizando hoy con toda la Iglesia la Ascension de nuestro Redentor Jesucristo, que confiesa en estas palabras del Salmo veintitres? «Levantad, ¡oh príncipes! vuestras puertas, y vosotras, puertas eternas, elevaos, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas.» En cuanto á nosotros, ya lo hemos visto, hasta el punto de sentarse en su Santa Humanidad á la derecha de Dios, y triunfante al frente de sus ángeles y de sus escogidos por su fortaleza y poder. Ya hemos considerado su reino sobre la tierra siempre defendido contra todos sus enemigos, porque es del Señor poderoso en las batallas. Adoremos desde luego reposando en el monte de la Sion celestial al Señor de los ejércitos, al inocente de manos y limpio de corazon por antonomasia: *Et Dominus quidem Jesus postquam locutus est eis assumptus est in coelum, et sedet á dextris Dei.*

Desde allí nos convida al mismo descanso, para hacernos sentar tambien á nosotros y gozar eternamente de su bienaventurada union. «No temais, ¡oh pequeña grey! decia este poderoso conquistador á los fieles, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el reino.» Estemos ciertos de que jamás olvidará nuestros sacrificios, sino que los recompensará con exceso en su gloria. La Resurreccion del Señor, como advierte San Agustin, es nuestra esperanza, y su Ascension nuestra glorificacion. Cuantas enfermedades, aflicciones, persecuciones y males de todo género padezcamos en este valle de lágrimas, por la sublimidad de su nombre, se convertirán en delicias y goces imperturbables. «Y haré brotar para ellos, dice por boca del profeta Ezequiel, el pimpollo de renombre, y no serán mas menoscabados por hambre en la tierra.» Así es, que para apartar el grano de la paja, juzgará á cada uno de los hombres al tiempo de la desunion de su alma y de su cuerpo, premiándolo ó castigándolo segun sus obras. Si bien su reinado es progresivo en este mundo, será completo y absoluto en el dia grande de la retribucion universal. Puntualmente dos ángeles vestidos de blanco anunciaron á los Apóstoles la última venida de este supremo Juez, al instante despues del magnífico espectáculo de la Ascension, diciéndoles: «¡Varones de Galilea! ¿por qué estais mirando al cielo? Este Jesus que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá.» ¡Infeliz el hombre á quien encuentre que no marchó con su cruz, cuando nos llame á cuentas en el explendor de su majestad! Echémonos, pues, desde ahora en sus brazos para triunfar con la gracia, de todos nues-

tros enemigos, y participar despues de nuestra muerte y del formidable juicio final, del fruto de su victoria en los cielos. Así sea.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO,

PREDICADO

EN MEXICO EN LA IGLESIA DE LA ENCARNACION, POR

Fr. Jose Roldan.

Paraclitus Spiritus Sanctus docebit vos omnia.

El Espíritu Santo os enseñará todas las cosas.

San Juan, XIV, 26.

Ved, católicos, el cumplimiento de las promesas del Hijo de Dios, el fin de su mision, la aplicacion de sus méritos, la nueva prueba, la mas decisiva que nos dan de su misericordia y de su caridad las tres adorables personas de la Santísima Trinidad. Tal es la consoladora palabra que dió Jesucristo á sus discípulos al tiempo de subir á la diestra de su Padre. Gracias inmortales se os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

den, Salvador infinitamente amable; vuestras promesas se han cumplido. El Espíritu Santo, bajando de lo mas alto de los cielos, ha llenado la tierra, y ya se descubre en ella por los rasgos mas sublimes y prodigiosos de gracia y santidad. Dios nos ha franqueado con mano liberal, no solo su gracia, sino el principio y orígen de todas las gracias; no solo una prenda de su amor, sino su amor mismo. En la Ascension restituimos por decirlo así al cielo su soberano, y por una especie de reconocimiento el cielo nos envía un don en nada inferior al nuestro. ¿Qué es lo que vemos, gracias á este don precioso? Vemos á los apóstoles, hombres flacos, débiles y cobardes, transformados en héroes magnánimos; á los pueblos rompiendo el velo de la supersticion que cubria sus ojos para ser iluminados con la luz de la verdad. Así triunfa la religion. ¡Fué el triunfo de los césares mas brillante y pomposo? Ah! los triunfos de los mortales son condecorados con injustos laureles, manchados con los suspiros de los vencidos y las lágrimas de las prisiones, y empañados con los negros vapores del orgullo y vanidad de los vencedores. ¡Cuán distinto objeto nos presenta el Espíritu Santo en este dia! ¡Qué bella, qué agradable es la pompa del espectáculo que ejerce á nuestra vista! Los apóstoles, empeñados en la conquista del universo, y las naciones rompiendo las cadenas de la esclavitud! Esta es su magnificencia. En dos palabras, en el beneficio que Dios concede al mundo enviándole el Espíritu Consolador, veo el triunfo de la religion. *Triunfo de la religion en los apóstoles sus ministros, que se mudan y reforman. Triunfo de la religion en los pueblos sus súbditos, que se reunen y santifican.* Dos reflexiones son estas que dividen todo el plan de este discurso. Espíritu Santo, autor y consumador de esta obra, concededme vuestra gracia para proseguir lo que he comenzado con ella, pues os la pido por intercesion de vuestra querida Esposa. Ave Maria.

Dios, cuya sabiduría y poder son infinitos, ha querido resplandecer y respetar su profunda sabiduría y supremo poder ilimitados, así en los vastos designios que traza para su gloria, como en las justas y exactas medidas que toma para su ejecucion, queriendo que le adoren todas las naciones, no obstante la diversidad de lenguas, de inclinaciones ó intereses, las reunirá en su culto por el ejercicio de una religion toda divina, y empleará predicadores capaces de consumar la obra proyectada. Pero para que el hombre no se engria y ensoberbezca y atribuya á su destreza y talentos una parte de los sucesos que seguirán á sus trabajos, elige de lo mas ínfimo de los pueblos á los que destina para las mas sublimes funciones, y los convierte en apóstoles. Son ignorantes, pero derramará en sus almas todos los tesoros de su Sabiduría; son imperfectos, pero les enriquecerá con todas las virtudes; son tímidos, pero les infundirá un valor indecible. El Espíritu Santo, por medio de resortes ocultos pero victoriosos, hará desaparecer en un momento su ignorancia, su imperfeccion y su timidez, y los hará aparecer en el mundo para que sean su luz por su sabiduría, su modelo por sus virtudes y sus Maestros por su valor.

Bien sabeis, católicos, que los apóstoles estaban envueltos en la mas oscura y grosera ignorancia; que era gente sin educacion, sin cultura y sin letras, ocupados desde la infancia en los trabajos mas humildes y bajos y limitados á los conocimientos de una ribera y al manejo de unos barcos y de unas redes. Así, por mas cuidado y solicitud que puso el Señor en instruirlos, sus espíritus tardíos y pesados nada comprendieron de sus lecciones. En vano su Maestro, que en presencia de los escribas y fariseos se explicaba en términos enigmáticos y oscuros, observó con ellos otra conducta mas favorable, hablándoles en términos mas claros, sin parábolas ni figuras. Inclinados siempre á las cosas de la tierra, nada entendian de los discursos mas inteligibles y llanos, y solo

comprendian lo que es objeto de los sentidos. Si les dice que en cuanto Dios es el espíritu mas alto, sublime y perfecto de todos, quieren verlo con los ojos corporales. Si les habla de su Reino, se figuran un reino terrestre, placeres, tesoros y honores temporales. Si les hace un detalle de su muerte próxima, se inquietan, perturban y persuaden de que la cruz es indigna del Mesías. En fin, su estupidez y necedad llegó á tales términos, que la paciencia del Señor, paciencia por otra parte inalterable, casi llegó á cansarse. Pero despues que el Espíritu Santo les iluminó con sus luces, ¡qué mutacion tan pronta, qué resolucion tan estraña! El velo que cubria su entendimiento cae en un instante; sus tinieblas se disipan y sus dudas se desvanecen. ¿No les oís hablar á cada uno de los hombres en su propia lengua, y hacerse entender de todas las naciones? ¿No admirais la facilidad y destreza con que explican lo mas profundo y difícil de las Santas Escrituras? ¿No os sorprende el aire de superioridad con que instruyen á los Doctores mismos de la ley, el silencio respetuoso que se ve obligada á guardar la Sinagoga, y el asombro de que se siente poseido el pueblo todo viendo desenvolver á doce pescadores el sentido de los oráculos proféticos y penetrar los arcanos y secretos de la Divinidad? ¡Ah! se cumplió á la letra, Dios mio, lo que habiais prometido por vuestros profetas! Os servis de hombres comparables á los niños que aun penden del pecho de sus madres para publicar vuestras grandezas, y dais á su lengua todo el vigor de una elocuencia victoriosa.

Pero no solo poseen los apóstoles un perfecto conocimiento de las lenguas, de la Escritura y de las verdades de la religion, sino que son elevados á la santidad mas eminente, y aquellos hombres imperfectos son el modelo de todas las virtudes. Es verdad, y debemos publicarlo para su gloria, que, ó fuere por un natural feliz, ó á causa del penoso trabajo en que se criaron, jamás fueron esclavos de aquellas pasiones vergonzosas y de los desórdenes arraigados con particularidad entre los grandes.

Pero en lo demás, ¡qué imperfecciones en su conducta, qué obstinada ceguedad en seguir ciertas máximas que les preocupaban! Qué modo de pensar tan grosero y carnal! Qué sentimientos tan interesados! ¿Quién se persuadirá de que doce hombres nacidos en la oscuridad se dejasen dominar por una ambicion desmedida, hasta valerse de los ruegos de una mujer para obtener los empleos mas honoríficos y distinguidos en el reino de los cielos? ¿Quién creerá que unos hombres sin talento y sin reputacion altercasen sobre la preeminencia del lugar, no obstante las instrucciones y ejemplos de humildad que oian y veian en su divino Maestro? ¿Quién se convencerá, en fin, de que unos hombres que habian visto al Señor mandar á los elementos, saciar con solo cinco panes y dos peces á una multitud hambrienta, abrir los sepulcros y obrar otros prodigios, dudasen de su resurreccion? Mas luego que el fuego celestial abrasó sus corazones, en el mismo instante en que Dios derrama sobre ellos la plenitud de su espíritu, miran con fastidio y desprecio aquellos mismos bienes que deseaban con ansia, y desnudos del amor de la vida, solo suspiran por la muerte que les ha de reunir con Jesucristo, y llenos de una caridad impetuosa corren á la conversion de las almas, sobrellevan sus flaquezas, socorren su indigencia, consuelan sus aflicciones, solicitan corazones rebeldes y forcejean con ellos, y solo en la oracion buscan el descanso de sus trabajos y fatigas.

Con esta santidad inminente les infunde tambien el Espíritu Santo una fuerza, una intrepidez varonil, que los pone á prueba de los mas duros y terribles trabajos. Hasta allí no hubo hombres mas tímidos que los apóstoles. Luego que ven á su Maestro en manos de sus enemigos, les sobresalta el temor y huyen. Ningun retiro, por inaccesible que sea, les aquieta y hasta las sombras les asustan. Aquel que ha sido mas intrépido niega vergonzosamente á su Maestro. Pues qué ¿ha sido Pedro presentado á los pontífices y magistrados? Ha tenido que sufrir sus horribles miradas? Han brillado á sus ojos

las espadas y las llamas? ¡Quién ha podido intimidar aquel corazon generoso? Habla una criada y tiembla. Con imprecaciones terribles protesta que no conoce á aquel hombre, hablando del cual dijo antes que estaba dispuesto á morir por él. ¡Qué cobardía y qué ingratitud! El amor la expió abundantemente con sus lágrimas. Lo que admira es, que despues de la resurreccion, que debia animarlos, aun despues de la Ascension permanecia el terror en sus corazones. Es verdad que oran con fervor, ayunan con austeridad y discurren con edificacion; pero todo esto lo hacen en el Cenáculo escondidos, por miedo de los judíos. *Exurgat Deus.* Dios omnipotente, levantáos, alargadles vuestro brazo para que se levanten; fortalecedlos para que ya no teman ni tiemblen. Abrasad con vuestro fuego esos corazones irresolutos, é inspiradles aquel valor santo que es tan necesario cuando se trata de vuestros intereses y gloria.

En efecto, el Espíritu Santo les penetra, les abrasa y les lleva. Nada hay ya que les intimide. Se levantan, salen del Cenáculo y reprenden abiertamente á los que antes les asustaban. Seguidles por todas partes y admirarèis en esos predicadores celosos aquella frente serena é inalterable, aquel aire firme é intrépido con que anuncian á Jesucristo. Oid como protestan con una confianza incontrastable, que ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni las cadenas, ni la infamia, ni la muerte, ni el furor de los demonios, ni todas las potestades podrán separarlos del Señor. Ved con qué franqueza se dividen entre sí todo el mundo, y cómo corren presurosos por todos sus ángulos para que la religion triunfe en todas las naciones.

Que una religion sostenida con todas las fuerzas de un conquistador y publicada, con la espada en la mano; que una religion que lisongea la naturaleza y favorece sus inclinaciones se propague con rapidéz en poco tiempo, no debe admirarnos. El terror basta para dominar á la mayor parte de los hombres, y apenas oponen una débil resistencia á los incentivos de la sensualidad. Pero que un

culto nuevo, enemigo de la carne y de los sentidos y anunciado por unos hombres sin fuerzas, sin crédito, sin autoridad y sin valimiento se extienda por todo el mundo, que avasalle los espíritus mas soberbios y que fuerce los espíritus mas obstinados, es lo que debe asombraros. Esto es lo que obra el Espíritu Santo: ilústra los espíritus, toca los corazones, y el Evangelio, aunque severo, ve crecer de dia en dia el número de sus partidarios, y que los pueblos se convierten á porfía. Conversiones á la verdad numerosas, perfectas y brillantes. ¡Gran Dios, solo y admirable autor de los ilustres ejemplos que dieron los primeros fieles, haced que les imitemos.

Conversiones numerosas: en Jerusalen solamente se convirtieron en el primer discurso de San Pedro, tres mil personas, y bien presto son seguidas de otras cinco mil. Cada dia se aumenta prodigiosamente el número de los creyentes. Los sacerdotes mismos, los doctores de la ley, es decir, los mas enfurecidos enemigos de Jesucristo, abrazan su doctrina. En pocos años se ven mil iglesias florecientes, en Judea, en Roma, en Grecia y en Asia, compuestas de un número infinito de infieles que abjurando la supersticion rendian á Dios los honores que le son debidos. Conversiones perfectas y superiores á todo elogio. ¡Qué carácter de perfeccion en sus costumbres! ¡Qué cúmulo de virtudes! *Compuncti sunt cordes.* Gimen por haber manchado sus manos en la sangre del Mesías; su corazon se ve sumergido en un dolor profundo por las iniquidades y afrentas que le hicieron padecer. Para expiar sus crímenes se ofrecen á sufrir todas las penas que les quieran imponer. *¿Quid faciemus?* ¿Qué diré de la alegría celestial que inundaba sus espíritus, de aquellas oraciones contínuas que nada era capaz de interrumpir, de aquellos sagrados cánticos que repetian sin cesar, del hambre insaciable que tenian por comer la carne adorable del Hijo de Dios? ¿Qué diré de aquella paz, de aquella concordia que les unia estrechamente entre sí, con mas suavidad y ternura que lo hacen los lazos de la carne, de la sangre y de la amistad? ¿Qué

diré en fin, de la franqueza generosa con que aquellas grandes almas derramaban sus tesoros en el seno de la pobreza, sin querer poseer ¡oh adorable Salvador! mas que á vos solo? Conversiones brillantes: todos se juntan en el pórtico de Salomon, todos se entregan á los movimientos de una piedad llena de candor, de una piedad que encanta y confunde á los judíos. El respeto que su piedad infunde es tan grande que los profanos no se atreven á interrumpir sus augustos misterios. Las sangrientas persecuciones que se levantan contra ellos solo sirven para aumentar su valor. Obligados á huir, en todos los lugares de su tránsito predican á Jesucristo, y no cesarán de hacerlo hasta que la muerte consuma su sacrificio.

Tal es la pintura que los libros santos nos hacen de los primeros fieles. Para que les imitemos llenos de confianza, digamos con toda la Iglesia: *Veni, Sancte Spiritus.* Venid, Espíritu de santidad y de verdad, autor y consumador de todas las gracias. Venid á nuestros corazones que os desean ansiosamente. Fuente y origen de todos los bienes, somos pecadores, justificadnos; somos huérfanos, protegednos; somos infelices, compadeceos de nosotros. Estamos desterrados de nuestra Patria, haced que la poseamos. *Veni Sancte Spiritus.* Médico adorable, curad nuestras llagas. Consolador amable, suavizad nuestras penas. Objeto único de nuestras esperanzas, dadnos la prenda eterna de vuestras bondades, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO POR EL SEÑOR DOCTOR

D. Jose Maria Diaz de Sollano,

Cura del Sagrario de la misma,

Y DESPUES PRIMER OBISPO DE LEON.

In quo et credentes signati estis Spiritu promissionis sancti, qui est pignus hereditatis nostræ in redemptionem acquisitionis.

ad Eph. c. 1. v. 13. 14.

Y habiendo creido en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo, que era prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia para redencion de la posesion adquirida.

Allá en el principio de los tiempos, cuando el Señor, despues de haber difundido su bondad en tantas clases de seres cuantas pueblan las anchurosas bóvedas del fir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diré en fin, de la franqueza generosa con que aquellas grandes almas derramaban sus tesoros en el seno de la pobreza, sin querer poseer ¡oh adorable Salvador! mas que á vos solo? Conversiones brillantes: todos se juntan en el pórtico de Salomon, todos se entregan á los movimientos de una piedad llena de candor, de una piedad que encanta y confunde á los judíos. El respeto que su piedad infunde es tan grande que los profanos no se atreven á interrumpir sus augustos misterios. Las sangrientas persecuciones que se levantan contra ellos solo sirven para aumentar su valor. Obligados á huir, en todos los lugares de su tránsito predican á Jesucristo, y no cesarán de hacerlo hasta que la muerte consuma su sacrificio.

Tal es la pintura que los libros santos nos hacen de los primeros fieles. Para que les imitemos llenos de confianza, digamos con toda la Iglesia: *Veni, Sancte Spiritus.* Venid, Espíritu de santidad y de verdad, autor y consumador de todas las gracias. Venid á nuestros corazones que os desean ansiosamente. Fuente y origen de todos los bienes, somos pecadores, justificadnos; somos huérfanos, protegednos; somos infelices, compadeceos de nosotros. Estamos desterrados de nuestra Patria, haced que la poseamos. *Veni Sancte Spiritus.* Médico adorable, curad nuestras llagas. Consolador amable, suavizad nuestras penas. Objeto único de nuestras esperanzas, dadnos la prenda eterna de vuestras bondades, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO POR EL SEÑOR DOCTOR

D. Jose Maria Diaz de Sollano,

Cura del Sagrario de la misma,

Y DESPUES PRIMER OBISPO DE LEON.

In quo et credentes signati estis Spiritu promissionis sancti, qui est pignus hereditatis nostræ in redemptionem acquisitionis.

ad Eph. c. 1. v. 13. 14.

Y habiendo creido en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo, que era prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia para redencion de la posesion adquirida.

Allá en el principio de los tiempos, cuando el Señor, despues de haber difundido su bondad en tantas clases de seres cuantas pueblan las anchurosas bóvedas del fir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mamento, cuantas encierran las profundas entrañas de la tierra, cuantas visten y engalanan su vasta superficie, cuantas pueblan sus aires y sus mares, participando á cada uno de ellos en diversos grados su bondad ilimitada, cria al hombre, fin y término de todos aquellos, y en él reune el ser de los unos, el vivir de los otros y el sentir de los mas perfectos, añade el don inestimable de la inteligencia, y con él le imprime un destello, una imágen viva de su Trinidad augusta de personas en unidad de esencias. Todo esto comprenden sus palabras: *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*, en las que reconocen todos los Santos Padres y teólogos unánimes una prueba inconcusa de este profundísimo misterio; y unos y otros han trabajado á la vez para descubrir en el hombre dicha imágen.

Sí, hombre abatido y expatriado, reanimate, contempla tu alma y por ella levanta el vuelo hasta el trono mismo de la divinidad. ¡Ah! Yo encuentro en mi alma tres cosas distintas entre sí: su ser, su entender, su querer, pues que ni ella entiende todo lo que es, ni quiere todo lo que entiende; pero tan estrechamente unidas, que ni puede entender sin ser, ni querer sin entender; y no tres, sino una sola y una misma es la que existe, entiende y quiere, la que por consiguiente, sin dejar de ser una en la sustancia, es múltiple en los modos. De suerte que si por una simplicidad fuera incapaz de ellos, estos gozarian de subsistencia propia y constituirian personas. Ved ahí la defectuosa é imperfecta manera con que contemplando mi alma contemplo en ella y entreveo como por sombras el misterio incomprensible de la Trinidad sacrosanta.

Igualmente reconozco su imágen cuando á este ser que me anima lo encuentro adornado de una propension innata hácia su felicidad, que constituye el primer móvil de sus acciones todas y supone necesariamente la idea de esta. Ella, pues, la idea de su felicidad y el amor de ésta son tres cosas distintas, pero inseparables. Mas cuando posea á Dios, único objeto de mi amor, entonces será

cuando se verifique nuestra perfecta unidad con nosotros mismos; y lo que nos hará perfectamente uno, es que seremos unidos á Dios, le veremos conociendo á Dios y le amaremos amando á Dios; y todo esto será en nosotros una sola y una misma vida, cumpliéndose entonces cabalmente lo que el Señor tenia ya dicho: *ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint; et ego claritatem quam dedisti mihi dedi eis; ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis et tu in me ut sint consummati in unum.* (Joan. XVII. 21. 22. 23.)

Mas el conocimiento oscuro que al presente tenemos se irá entonces, pero el amor perseverará y no se perderá jamás.

Si el supremo Hacedor del universo al criar al hombre quiso delinear en él su imágen, la que ha de perfeccionar con su propia union en el órden de la gloria, debemos considerar que cuando el Espíritu divino se infunde en esta misma alma, se retrata en ella desde luego cuanto lo permite el deplorable estado de la naturaleza degradada en que nos hallamos, reservando para el feliz que nos aguarda el dar la última mano á su obra. *In quo credentes*, etc.

Espíritu increado que te sirves al parecer de los órganos de los hombres mas ineptos para anunciar la verdad al mundo insensato, purifica mis lábios como en otro tiempo con un carbon encendido los del profeta Isaías, é infunde en mi pensamiento un rayo que disipe sus tinieblas como el presente dia lo hiciste con los apóstoles, para que pueda dignamente hablar al pueblo cristiano de los efectos que produce en las almas engalanadas con tu gracia. *Veni Sancti Spiritus*, etc. Ave María.

In quo et credentes signati estis Spiritu promissionis sancto, qui est pignus hereditatis nostræ in redemptionem acquisitionis.

ad Ephes. c. 1. v. 13. 14.

Nos refiere San Lúcas en el sagrado libro de los Hechos apostólicos, el cumplimiento de la promesa repetidas veces hecha por Jesucristo á sus discípulos, ya cuando para purificarlos contra el escándalo de su pasion les dijo: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que permanezca con vosotros para siempre el Espíritu de verdad: *ego rogabo*, etc.,» ya cuando, como nos lo dice el mismo Evangelista, próximo á su Ascension gloriosa les mandó que no se separasen de Jerusalen hasta que recibiesen la virtud del Espíritu Santo que vendria por ellos: *præcepit eis ab Jerosolimam ne discederent*, etc. Pues estando los discípulos todos en número de ciento veinte reunidos en el Cenáculo y perseverando unánimes en la oracion con María nuestra Madre, ved aquí que repentinamente se escucha un estruendo del cielo, semejante al estrépito de un viento fuerte, llena toda la casa en que se hallaban y se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que reposaron sobre cada uno de ellos y fueron al mismo tiempo todos llenos del Espíritu Santo.

Ha aparecido Dios distintas veces bajo formas varias y diversas, alusivas á los efectos que habian de producir

entre los hombres. Así el Señor significó á Ezequiel su ira en aquella tremenda vision que nos refiere en el capítulo 1.°, en el viento y torbellino de fuego que venia de parte del Aquilon, que como una tempestad iba á descargar por medio de los caldeos sobre la ingrata Judea y principalmente sobre su desdichada capital Jerusalen, que seria envuelta en las llamas del incendio asolador. En la carroza militar parece estar simbolizada no solo su gloria, magestad y grandeza infinita, sino la providencia, potestad é imperio con que domina y gobierna todas las cosas del universo; en los querubines que le hacian la guardia, la sabiduría que obtiene el primer lugar y regala á su providencia; en sus cuatro caras de leon, de hombre, de águila y de buey, la inmensidad de su misma providencia que se extiende por todas las partes del globo y es fuerte como leon, suave y amable como hombre, veloz y aguda como águila, sufrida y de mucha espera como buey. Por último, en el Señor que iba dentro de la carroza, de cuyo cuerpo la una mitad parecia cubierta de fuego y la otra brillaba con la apacible luz del electro, estaba representado el mismo Dios, en quien la justicia está identificada con la misericordia, de quien está escrito: *cum iratus fueris misericordiam recordaveris.*

Veamos, pues, bajo qué formas nos refiere la santa Escritura que ha aparecido el Espíritu Divino, y de ellas infiramos los diversos efectos que produce en las almas á quienes se infunde, y á aquellos hombres antes tan tímidos y cobardes. Vedles ya revestidos de fortaleza arrostrar todos los peligros: hé aquí el efecto simbolizado en el vehemente y estrepitoso viento á quien no hay cosa que pueda contener: *vehemens*, dice San Gregorio, *quia adventu suo infirmitatis nostræ caecitatem illuminando pertirbat*; que penetra profundamente el sentido de los libros santos, que les hace hablar todos los idiomas, que ilumina en aquel mismo dia con la sola predicacion de San Pedro á tres mil hombres de todas clases y naciones, representada en la luz de aquellas lenguas misteriosas que se

repartieron sobre la cabeza de cada uno, cuyo fuego figuraba la gran caridad por la cual darian gustosos sus vidas por la gloria de su Maestro divino y la salvacion de sus hermanos.

Ya teneis aquí tres maneras con que el Espíritu divino se comunica á las almas justas, ilustrándolas con la sabiduría, robusteciéndolas con la fortaleza y trasformándolas en sí con el fuego de la caridad. Así el fuego material convierte en su sustancia á lo que él se comunica. Y así como un sello graba en el cuerpo de quien él se imprime toda su imágen con sus contornos y caractéres distintos, de la misma manera el Espíritu Santo se bosqueja en las almas dichosas á que se infunde: *signati estis Spiritu promissionis sancto.*

Pero así como acabamos de ver que Jesucristo, habiendo entrado una vez en el Sancta Sanctorum por su propia sangre, redimidos para siempre los hombres y en posesion ya del asiento supremo que le correspondia á la diestra de su Padre soberano, envió sobre los Santos Apóstoles el Espíritu paráclito que les tiene prometido: *paraclitus quem ego mittam vobis á Patre;* así tambien antes de dejar al mundo para ir á su Padre, quiso darles este Espíritu Divino para significar, como dice San Gregorio, que dos son los preceptos de la caridad: En la tierra es dado el Espíritu Santo para que se ame al prójimo: *in terra datur Spiritus ut diligatur proximus.* Del cielo es enviado para que amemos á Dios: *e coelo datur Spiritus ut diligatur Deus.* Porque así como la caridad es una sola y dos sus preceptos, así uno solo tambien es el Espíritu Santo. Dos las veces que fué dado: *sicut ergo una est charitas, et duo præcepta; ita unus Spiritus et duo data.* Primero es dado por el Señor en la tierra; despues enviado del cielo; porque en el amor del prójimo se aprende de qué manera debemos llegar al de Dios. De donde el mismo San Juan dice: El que no ama á su hermano que tiene á la vista, ¿cómo podrá amar á Dios á quien no vé?: *qui non diligit fratrem suum quem videt, Deum quem non videt, quomodo potest diligere?*

En efecto, el mismo dia de la resurreccion, estando reunidos los discípulos, cerradas las puertas, viene Jesus, pónese en medio de ellos y les dice: *Pax vobis,* la paz sea con vosotros. A cuya vista saltaron de regocijo los corazones de los Apóstoles. Y despues sopló el Señor sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. *Insuflavit super eos et dixit: Accipite Spiritum Sanctum.*

Cuando allá en el principio de los tiempos, despues de criados el cielo y la tierra formó el Señor Dios al hombre, le infundió con su soplo divino la vida racional, dotándole de una alma inteligente; aquí sopla sobre él y le infunde una vida mas excelente, una vida espiritual, le eleva sobre toda la naturaleza, le restituye á su antigua dignidad, perdida por el pecado; lo diré de una vez, le infunde su Espíritu divino y la caridad se derrama en su corazon: *Charitas Dei,* etc. Nos dice Moysés en el Deuteronomio, hablando del pueblo israelita figura de Cristo: *Suxerunt oleum de firma petra,* extrageron el óleo de la piedra firme; lo que, dice San Gregorio, no vemos verificado en toda la historia del antiguo testamento. Mas como segun San Pablo, la piedra era Cristo: *Petra erat Christus,* extrageron el óleo de la pidra firme cuando despues de su resurreccion merecieron los santos Apóstoles ser ungidos con la efusion del Espíritu Santo: *Oleum de firma petra suxerunt, quia efussione Sancti Spiritus post resurrectionem ejus ungi meruerunt.*

Mas pasemos á examinar qué significa la especie ó figura de paloma bajo la cual nos refiere el Evangelio que apareció el Espíritu Santo en el bautismo de Jesucristo, y qué la nube brillante bajo la que se manifestó en su transfiguracion gloriosa. Oigamos á mi Angélico Maestro Santo Tomás. Perfectamente convienen, dice este santo Doctor, la primera con la segunda regeneracion del hombre. La primera es el bautismo, en que resucita el alma; la segunda en que resucitará el cuerpo. La primera significada en el bautismo de Jesucristo; la segunda en su transfiguracion. En el bautismo de Cristo se manifestó la operacion de toda la augusta Trinidad; estuvo

allí el Hijo encarnado: *fuit ibi Filius incarnatus;* apareció el Espíritu Santo bajo la especie de paloma: *apparuit in columbae, spetie Spiritus Sanctus.* El Padre fué declarado en la voz que se escuchó: *Pater fuit ibi in voce declaratus.*

De la misma manera en la Transfiguracion toda la Santísima Trinidad apareció: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu Santo en la nube: *Pater in voce, Filius in homine, Spiritus Sanctus in nube.* En la paloma, símbolo de la simplicidad, se designa la inocencia que este Espíritu divino comunica á las almas en el bautismo: *in quo et credentes signati estis Spiritus promissionis sancto.* En la nube el refrigerio en su explendor y brillo y la claridad que dará á los cuerpos en la resurreccion, que será cuando libres de esta vida mortal y corruptible, entremos á poseer la perfecta redencion: *qui est pignus,* etc.

Mas ¿por qué cuando este Espíritu divino aparece sobre nuestro adorable Redentor, mediador entre Dios y los hombres, se manifiesta bajo la figura de una paloma y sobre los discípulos en forma de fuego? El Hijo unigénito de Dios es juez supremo del género humano. Mas ¿quién podria salir libre en su juicio, si antes de reunirnos á él por su mansedumbre hubiese querido con rigor examinar nuestras faltas? Hecho hombre por los hombres, se manifestó manso á los hombres. Quiso corregirlos primero por su misericordia para tener despues á quienes salvar en su juicio. Debió, pues, aparecer el Espíritu Santo, nos dice San Gregorio, en figura de paloma sobre aquel que no venia para dar el último golpe al pecado por su celo, sino á curarnos de él, tolerando por su mansedumbre. Por el contrario sobre los discípulos debió mostrarse bajo la forma de fuego, para que aquellos que eran simplemente hombres, y por lo mismo pecadores, se armaran de un espiritual furor contra los mismos, y con brazo fuerte castigaran en sí, por la penitencia, los pecados, que Dios por mansedumbre perdonaria.

San Agustin, San Ambrosio, San Gerónimo y la mayor parte de los Santos Padres, tanto griegos como latinos, convienen en reconocer á esta Divina persona en el v. 2 del cap. 1.° del Génesis: *et Spiritus,* etc. Este espíritu vivificador era la creacion misma de las cosas, dice S. Gerónimo: *fovebat;* las vivificaba todas, las fecundizaba y daba virtud para los ópimos frutos que habian de producir, y no reconocerémos estos efectos de una manera excelente en el alma dichosa del justo, vivificada por la gracia santificante, elevada á un órden sobrenatural y adornada su esencia en todas sus potencias por los relevantes hábitos de las virtudes, y con esto hecha fecunda para producir los suaves y sazonados frutos de todas ellas.

¡Cuán gozoso, pues, debe sernos levantar los ojos de la fé, fijarlos en la virtud y poder de este artífice supremo, causa eficiente y primera de nuestra justificacion, y recorrer los padres y varones santos, así del antiguo como del nuevo testamento, en quienes ha obrado maravillosos efectos! Registro y veo entre estos á un David, un Daniel, un Amos, un Pedro, un Pablo y un Mateo; pero al querer considerar cual se haya portado este Espíritu divino al construirse templos tan suntuosos y magníficos con los ricos adornos con que los ha engalanado para perfeccion de la obra, así como su asombrosa construccion, mi entendimiento se pierde y mi alma desfallece. Se comunica al primero, eleva su lira y le hace un salmista. Se infunde al segundo, y le convierte de pastorcillo de ganados en profeta del Altísimo. Llena á Daniel y eleva á este jovencito al rango de juez de los Ancianos. Ilustra á un humilde pescador de Tiberiades y le coloca á la cabeza de la Iglesia. Toca á un perseguidor de ésta y le trueca en doctor de las naciones. Llena á un publicano, y hé ahí á un Evangelista. ¡Oh! Cuán diestro y poderoso artífice es este Espíritu divino! En él, tocar y enseñar, mover el corazon y cambiarlo, llenarlo y santificarlo, son una misma cosa.

Pensad pues, hermanos mios, cuán grande es la festividad presente, digna en verdad de nuestra mayor gra-

titud despues de la Encarnacion del Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo, porque como aquella tambien es esta venerable. En aquella, Dios, sin dejar de serlo, toma la naturaleza del hombre: en ésta, los hombres recibieron á Dios que vino sobre ellos. En aquella, Dios se hizo verdaderamente hombre; en ésta los hombres se hicieron dioses por adopcion: *In illa Deus naturaliter factus est homo*, dice San Gregorio: *In ista homines facta sunt per adoptionem Dei*. Si no queremos, dice el mismo Santo, permanecer carnales hasta la muerte, amemos á este Espíritu vivificado. Mas ¿cómo llegarémos á su amor? Por el del prójimo, porque si no amamos, dice San Juan, al prójimo, á quien tenemos á la vista, ¿cómo amarémos á Dios á quien no vemos? *Qui non*, etc. Amemos por tanto á nuestro hermano que está cerca de nosotros para que podamos llegar al amor de Aquel que está sobre nosotros. Meditemos en el prójimo lo que debemos hacer con Dios para que merezcamos gozar en Dios con el prójimo. A este fin debemos dirigirnos con ahinco donde la alegría santa no tendrá término, donde la sociedad será con los moradores de la celestial Jerusalen, en donde tiene su asiento el descanso perpétuo, y la paz verdadera que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO,

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE ANALCO DE PUEBLA EN 1806, POR EL SR. CURA

Don Joaquin del Bazo. (1)

No temais; mi Espíritu estará en medio de vosotros.

Palab. de Aggeo Prof. c. 2. v. 6.

«¡Confortaos, capitan de Judá!...¡Confortaos, sacerdote grande!... ¡Confortaos, pueblo todo!...» Así hablaba el Señor de los ejércitos por boca del Profeta Aggeo á Zo-

(1) Espera el editor satisfacer á los suscritores del *Sermonario* reproduciendo esta pieza oratoria, llena de erudicion y de doctrina, á pesar de su antigüedad y estilo algo diferente del que se emplea hoy en la cátedra santa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

titud despues de la Encarnacion del Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo, porque como aquella tambien es esta venerable. En aquella, Dios, sin dejar de serlo, toma la naturaleza del hombre: en ésta, los hombres recibieron á Dios que vino sobre ellos. En aquella, Dios se hizo verdaderamente hombre; en ésta los hombres se hicieron dioses por adopcion: *In illa Deus naturaliter factus est homo*, dice San Gregorio: *In ista homines facta sunt per adoptionem Dei*. Si no queremos, dice el mismo Santo, permanecer carnales hasta la muerte, amemos á este Espíritu vivificado. Mas ¿cómo llegarémos á su amor? Por el del prójimo, porque si no amamos, dice San Juan, al prójimo, á quien tenemos á la vista, ¿cómo amarémos á Dios á quien no vemos? *Qui non*, etc. Amemos por tanto á nuestro hermano que está cerca de nosotros para que podamos llegar al amor de Aquel que está sobre nosotros. Meditemos en el prójimo lo que debemos hacer con Dios para que merezcamos gozar en Dios con el prójimo. A este fin debemos dirigirnos con ahinco donde la alegría santa no tendrá término, donde la sociedad será con los moradores de la celestial Jerusalen, en donde tiene su asiento el descanso perpétuo, y la paz verdadera que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE ESPIRITU SANTO,

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE ANALCO DE PUEBLA EN 1806, POR EL SR. CURA

Don Joaquin del Bazo. (1)

No temais; mi Espíritu estará en medio de vosotros.

Palab. de Aggeo Prof. c. 2. v. 6.

«¡Confortaos, capitan de Judá!...¡Confortaos, sacerdote grande!... ¡Confortaos, pueblo todo!...» Así hablaba el Señor de los ejércitos por boca del Profeta Aggeo á Zo-

(1) Espera el editor satisfacer á los suscritores del *Sermonario* reproduciendo esta pieza oratoria, llena de erudicion y de doctrina, á pesar de su antigüedad y estilo algo diferente del que se emplea hoy en la cátedra santa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

robabel, hijo de Salathiel; á Jesus, hijo de Josedec; á todos los restantes del pueblo; y reproduciéndoles la palabra que les habia prometido de salir de la tierra de Egipto, les decia: *No temais, mi Espíritu estará en medio de vosotros*...Nuevo Aggeo, y haciendo las veces del mayor de los profetas, ¿no podré yo hablar del mismo modo?... «¡Confortaos, colegio apostólico!... ¡Confortaos, Iglesia santa... ¡Confortaos, pueblo cristiano! Yo rogaré á mi Padre, y os dará un abogado que permanezca eternamente en vuestra compañía.» *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros*... En efecto, hermanos carísimos; ya Jesucristo habia rescatado á todo el mundo en Jerusalen, por el infinito precio de su sangre; ya habia plantado su Iglesia en el santo alcázar de Sion; ya habia congregado en el cenáculo las dispersiones de Israel, cuando revestido de su anterior claridad, sentado á la diestra del Omnipotente, gozando con pacífica posesion de su cetro y reino, se cumplen los dias de Pentecostés... Señores, ¡qué escena tan plausible! Los apóstoles oran, los cielos se abren, el Espíritu Santo baja; todos quedan llenos de este ardor divino... ¡Ah! iluminados, conducidos, confortados con la virtud de este Dios que es todo caridad, salen del cenáculo, predican á Jesucristo, fundan la religion, propagan el Evangelio, extienden la fé por todo el mundo, la rubrican con su sangre... De esta sangre derramada, sale una nueva Iglesia, fecunda en mártires, pontífices, doctores, vírgenes, anacoretas, y el mismo Espíritu Santo la ilumina, la gobierna, la conforta, perpetuándola hasta el fin de los siglos contra todo el poder de los tiranos, de los herejes, de los incrédulos, de todo el abismo que no podrá prevalecer contra ella. Ved aquí, hermanos carísimos, cumplida exactamente la promesa de nuestro Redentor: «No os dejaré huérfanos, (nos dijo como á los apóstoles) voy y vengo á vosotros, y vuestro corazon se alegrará...» Ved aquí como nos asegura que estará con nosotros, consolándonos hasta el fin del mundo... Ved aquí tambien... Pero ya se deja caer de su peso mi proposicion..... El Espíritu Santo es nuestro universal consolador... *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros.* Ave María.

Ilmo. Sr.

Despues de haber demostrado que el Espíritu Santo es el consolador que nos ilustra; el consolador que nos dirige; el consolador que nos conforta; inferiré de estas tres demostraciones que es nuestro universal consolador. *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros.*

Demostracion primera.

El Espíritu consolador, que nos mandan hoy el Padre Eterno y su Hijo, es un Doctor de la justicia que nos enseña toda verdad; es un rocío de la mañana que refresca toda la redondez de la tierra, y aunque baja con vehemencia, entonando como Dios de la grandeza y mages-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tad, ilustra claramente nuestros espíritus, se insinua dulcemente en nuestros corazones; lo primero, para que conozcamos á Dios; lo segundo, para que amemos á Dios.. *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros*...¡Conocer á Dios!.. ¡Ah! esta obra es de aquel consolador Espíritu que quita de nosotros toda oscuridad, para llamarnos á su admirable luz; de aquella verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; de aquel Espíritu que en el principio de la creacion era llevado sobre la muchedumbre de las aguas, para formar la claridad de los cielos; de aquel dedo de la mano derecha del Padre Omnipotente que formó otros tantos cielos de los apóstoles, para que publicasen la gloria de Dios... De los apóstoles, hombres sin nacimiento, educacion, literatura; hombres sin reputacion, riqueza, recursos; hombres bastos, modestos, humildes. Los apóstoles de quienes Jesucristo, no obstante su gran paciencia, se quejaba de que estuvieran sin entendimiento, de que se escandalizaran, y no percibieran lo que les proponia: de que fuesen nécios y tardos para comprender las Escrituras. Los apóstoles se perciben repletos de este Divino fuego; salen hablando en diferentes lenguas la grandeza de Dios, conforme el Espíritu Santo les hacia hablar... Los partos, medos, persas, elamitas, frigios, árabes, judíos, prosélitos, cretones, todos quedan asombrados al ver tales luces, al oír tales verdades... ¿Qué verdades? Verdades sólidas, constantes, eternas... Misterios grandes, profundos, inescrutables... La existencia de la Divinidad, la unidad de la esencia, la Trinidad de las personas; generacion eterna del Verbo, nacimiento del Mesías, cumplimiento de los vaticinios de los Profetas, sufrimiento, muerte, resurreccion, ascension del hombre Dios, redencion del mundo, institucion de los Sacramentos; todo indica que cayó sobre ellos el Espíritu de sabiduría y de entendimiento; el Espíritu de consejo y de fortaleza; el Espíritu de ciencia y de piedad... No busqueis ya, señores, á los apóstoles en ellos mismos; no los reconoceréis por sus anteriores rasgos. Ya son nuevos hombres. El

fuego divino que los abrasa consume todo lo que hay en ellos de terrestre... Dios habla y quedan iluminados... Dios enseña y saben todas las verdades... Léjos de ellos está la ciencia faustosa que constituye soberbios, no sábios; filósofos, no cristianos.. Los apóstoles poseen una ciencia celeste que no pueden comunicar el arte y el estudio... Los apóstoles todo lo saben, porque tienen a Dios por Maestro. La fé no tiene enigmas para ellos... Salomon no fué tan ilustrado en los secretos del Altísimo... Ellos ven de un golpe toda la disciplina de la Iglesia; su órden, su gerarquía, sus diversas leyes, las reglas del culto divino, las principales ceremonias del sacrificio, de los sacramentos, de todo lo que los santos Padres llaman depósito de la divina tradicion... Ven los arcanos del reino de Dios con una plena evidencia, cuasi cara á cara, no como siervos, sino como hermanos y amigos de Dios...Ven... ¡Pero qué no ven? ¡Ah! rara maravilla! Aprenden, poseen, saben, ven todas estas grandes cosas sin esfuerzo, sin trabajo, con prontitud, con abundancia, todo á un tiempo, todo para siempre... ¡No vemos nosotros esto mismo?...¿No conocemos tambien á Dios?...Sí. El mismo Espíritu consolador que iluminó á los apóstoles, no ha cesado de ilustrar su Iglesia, su pueblo...El mismo espíritu de Dios se ha hecho conocer de los papas, de los obispos, de los santos Padres, de los doctores, de todos nosotros que somos otros tantos apóstoles y maestros para hacerlo conocer á nuestros descendientes...¡Hay en mi dignísimo auditorio algun hombre animal y terrestre...? Solo él, dice San Pablo, no comprende las obras de Dios... ¡Pérfido! atiende á la célebre profecía de Joé, que tantos siglos há anunció esta abundante efusion del espíritu de Dios á los futuros. Yo derramaré (dice el Señor) mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán...» ¡Dichosos, pues, hermanos mios, los que serán dóciles á la voz del Señor!... Ellos serán ilustrados; su luz se perpetuará hasta el fin de los tiempos para conocer y amar á Dios.

¡Amar á Dios! Tambien éste es efecto del mismo Espíritu consolador que nos ilustra, del mismo Dios que arranca de nosotros este corazon de piedra y sustituye otro de carne; del mismo Espíritu Criador que llena nuestros pechos de su divina gracia; del mismo Espíritu habitante que es la caridad de Dios, difundida en nuestros corazones... ¿Quién se opone á esta verdad?... Los pelagianos, semipelagianos y otra secuela de hombres seducidos y seductores... Pero su oposicion poco importa. Estas verdades afirman los libros santos, las confirman los santos Padres. Las predicaron los primitivos fieles de la Iglesia... Así las podemos nosotros practicar... Veamos las Escrituras: «No da Dios su Espíritu por medida,» dice San Juan: «Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo,» dice San Lúcas: «Vivimos por el Espíritu, y caminamos por el Espíritu,» dice San Pablo; y añade: «No contristeis al Espíritu Santo, porque estais marcados con el Espíritu de promision que es la prenda de nuestra heredad.» «¿No sabeis que sois templo de Dios y su Espíritu habita en vosotros?» nos pregunta Tertuliano: «El Espíritu Santo se nos dió para habitar en nuestros cuerpos,» dice San Ambrosio: «La gracia del Espíritu Santo no sufre largas dilaciones,» dice San Juan Crisóstomo: «Los que reciben al Espíritu Santo desprecian lo terreno, por amor de lo celeste,» dice San Agustino: «¿Cómo desearémos y amarémos recibir el Espíritu Santo, si no podemos amar antes de tenerlo?» Fulgencio: «Es menester que Dios se comunique para que pueda ser amado, porque Dios es caridad, y sin esta no amamos,» dice San Gregorio el Grande: «En la tierra se comunica el Espíritu para que amemos al prójimo: del cielo baja para que amemos á Dios,» dice San Bernardo; y agrega: «Conoceré la presencia del Espíritu Santo por la mutacion de mi corazon.»

¿Qué eran los primitivos fieles antes de la venida del Espíritu Santo?... ¡Ah! echad, hermanos mios, una ojeada sobre la faz de la tierra... Vereis una Sinagoga de pecadores, una monstruosa congregacion de hombres in-

justos, impíos, sanguinarios. La historia de estos tiempos escrita por los mismos paganos, forma un horrible dibujo. Los pueblos bárbaros vivian al gusto de las pasiones de la brutalidad. Los pueblos sábios y cultos no eran mas arreglados que los otros. Si el siglo de Augusto y de Tiberio fué el mas limado de todos, ¿no fué tambien el mas corrompido? Los filósofos (como afirma el Apóstol) entregados á los deseos de la carne, quedaban contentos con ocultar á la vista de los hombres sus abominables vicios... El Espíritu Santo desciende; habla por boca de los apóstoles, y todo se muda, se renueva. La tierra toma un nuevo rostro. El espíritu del mundo es expelido. Dios es adorado en espíritu y verdad. Por todas partes se ofrecen hostias puras y sin mancha. Se comienzan á ver triunfantes el pudor, la equidad, la santidad del matrimonio, la virginidad misma. Todas las virtudes se ostentan con su resplandor, triunfan del mundo y de su corrupcion. Tales son las obras del Espíritu divino, ya movente, ya habitante. Leed la admirable historia de los Hechos apostólicos; vereis con qué elegante primor describe San Lúcas la vida de los primitivos fieles: oraciones cuasi continuas, ayunos austeros, santa codicia de la divina palabra y sagrados misterios, meditacion atenta de las Escrituras, caridad tan perfecta entre sí, que á pesar de la diferencia de las edades, paises, caractéres y condiciones, no formaban mas que un corazon, una alma. Vereis exterminado de esta amable sociedad el propio interés, restablecida la igualdad antigua de los bienes, todos buenos padres, ningun mal rico, el solo interés del bien público, la sola disputa de la humildad, la sola ambicion de la virtud..... Los judíos, los paganos, admiraban esta inocencia de costumbres, este candor tan amable, esta moral tan limpia, este desinterés tan absoluto. Todos se veían precisados á confesar por honor de la verdad, que una tal mutacion era visiblemente obra de Dios, y que solo Dios puede renovar la faz de la tierra... En vista de esto, hermanos mios... ¿Cuál debe ser y es

nuestra práctica?...¡Ay de mí! ¡Qué contraste tan asombroso! Somos hijos de estos primitivos fieles!... Pero ¿con qué título? Nos gloriamos de haber tenido tales maestros... ¡Pero no se avergüenzan ellos de tener tales descendientes?... ¡Ah, mundo!... Eres cristiano por la gracia de Dios; ¿pero tus habitantes son parecidos en todo á los primitivos fieles?... Tú lo verás. Lo cierto es que el mismo Espíritu Santo tenemos nosotros que aquellos; la misma inspiracion de santo amor para practicar el bien. Pues como dice mi padre San Agustin: «El mismo Espíritu divino mueve para que queramos, y hace que hagamos prestando fuerzas eficacísimas á la voluntad.» Conozcamos, pues, á Dios. Amemos á Dios. El Espíritu consolador nos ilustra; El tambien nos dirije. *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros...*

Demostracion segunda.

El Padre es Dios: el Hijo es Dios: el Espíritu Santo es Dios; y con todo no son tres Dioses, sino un solo Dios. Tal es el testimonio de nuestra Madre la Iglesia en el símbolo de San Atanasio. En todas las Escrituras sagradas, en todos los santos Padres, en todos los Concilios: El Espíritu Santo es autor, pues, de toda verdad, como el Padre y el Hijo... No puede engañarse ni engañarnos; es nuestro consolador que nos dirige; lo uno para que creamos á Dios, lo otro para que sigamos á Dios. *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros.*

Para creer esplícitamente á Dios, debemos creer todas las verdades que el Espíritu Santo tiene reveladas en órden á su persona, á la Iglesia, á nosotros. Verdades reveladas en órden á su persona; su divinidad, su mision. ¡Ah! cuántos mónstruos no ha vomitado el abismo contra el Espíritu Santo?... sabelianas, saduceos, semiarrianos, montanistas, macedonianos, anomeos, socinianos y otra infinita caterva de hombres nécios, arrogantes, inicuos... Unos se figuraban ser el Paráclito prometido por Cristo. Otros negaban la existencia del Espíritu Santo... Aquellos soñaban que era la misma persona del Padre... Estos blasfemaban que era criatura... Los demás imaginaban que era virtud de Dios y no sumo Dios. Todos han sido condenados por la Iglesia... Baste producir contra todos este oráculo de San Juan; oráculo genuino, no apócrifo: «Tres son los que dan testimonio en el cielo; Padre, Verbo y Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.» Veis ahí la Trinidad de las Personas y la unidad de la sustancia... Ya teneis los sabelianos confundidos, los saduceos aterrados, los macedonios destruidos, los montanistas sofocados, toda la restante chusma reprimida y enervada... Yo pudiera en breve tiempo presentaros un monton de oráculos contestes de la divinidad del Espíritu Santo, pero este solo bien desentrañado es suficiente; sobre él han insistido los santos Padres, los Concilios, Eugenio Cartaginense, Higinio Papa, Víctor Vitense, Inocencio III, el Concilio Lateranense, el Florentino, Vigilo Tapsense, San Bernardo, San... No puedo ser infinito.

Baste de la divinidad. Hablemos ya de la mision del Espíritu Santo... Debemos saber que la mision puede ser eterna y temporal. Eterna por razon de su orígen. Temporal por razon de su efecto... Tambien debemos saber que en Dios hay operaciones internas y externas; á las internas concurren una ó dos personas; á las externas todas tres. Voy á explicar esto brevemente porque he advertido que muchos lo ignoran, y aun se figuran que el Padre es mayor que el Hijo; el Padre y el Hijo mayo-

res que el Espíritu Santo... Operaciones externas son las que miran á todo lo criado... Operaciones internas son las relaciones y procesiones... Esto es: el Padre engendra al Hijo: el Hijo procede del Padre; el Padre y el Hijo se aman: Este amor es el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo... Se puede decir que el Padre envía al Hijo, porque lo engendra; que el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo porque lo espiran... Pero todo esto no se entiende en lo interno, sino por naturaleza, en lo externo, por conformidad, no por imperio. Pues el Espíritu Santo tambien concurrió activamente á su descendimiento, como el Hijo á su Encarnacion. Ni el Espíritu Santo es menor que el Verbo, ni el Verbo es menor que el Padre... Concluyo todas estas exposiciones de nuestra santa fé, con un rasgo de San Agustin: «Solamente del Padre no leemos que haya sido enviado, porque él solo no tiene autor por quien sea engendrado, ó de quien proceda, pues no envía el resplandor al fuego, sino el fuego al resplandor.» Verdades reveladas en órden á la Iglesia... Nunca creerémos bien á Dios sin creer á la Iglesia, que es dirigida por Dios. El Espíritu Santo es el que inmediatamente la gobierna... Si Jesucristo dijo al príncipe de los apóstoles: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia:» Tambien el Espíritu Santo puso á los obispos para regir la Iglesia de Dios... Si no puede faltar la fé de Pedro porque tiene por garante á Jesucristo, tampoco puede oscurecerse su verdad, porque tiene por maestro al Espíritu Santo... Si no puede errar San Pedro, no pueden errar sus sucesores. El mismo doctor que tuvo aquel, tendrán estos para siempre; el mismo Espíritu consolador les inspira, los dirige para conservar la fé, el Evangelio, el dogma, la disciplina, toda la religion de Jesucristo... ¿Salen nuestros seductores?... Ellos los confunden... ¿Aparecen varones que propalen cosas perversas?... ¿Les quitan los discípulos?... Se elevan algunos simoniacos? Procuran derribarlos. Siempre el Espíritu consolador los advierte, les avisa. Leed la historia universal de los pontífices; no hallaréis siquiera uno que haya perdido la fé entre 252.....

No nos fatiguemos: El Espíritu Santo es Espíritu de la verdad. Un Dios no puede permitir que el instrumento de sus oráculos padezca seduccion, ni en su persona ni en sus concilios... Verdades en órden á nosotros: Muy felices de ser católicos, mayormente los mexicanos que nos glorianios de oír decantar la nacion por tal: debemos creer á Dios con sinceridad, sin ficcion. Debemos hablar á sus ministros con pureza. No murmuremos de Moysés y de Aron. No mintamos á Dios creyendo que mentimos á los hombres... ¡Ah! ¿Quereis hermanos mios que caiga sobre vuestras cabezas aquel rayo de San Pedro que mató á Ananias y Gafira?... «Por qué te tentó Satanás, para que mintieras al Espíritu Santo?...» Este rayo quiere cruzar cuasi todo el mundo... ¡Cristianos!... El Espíritu consolador nos dirige. Creamos, pues, á Dios. Sigamos á Dios. Sí; el Espíritu del Señor es el que guia ya por la lectura y la meditacion, ya por la atraccion, los ejemplos. Leed los libros sagrados, especialmente los del Nuevo Testamento. Creeréis oír unos hombres inspirados por Dios. Lo diré mejor: Os figuraréis que habla el mismo Dios en los Escritos apostólicos... ¡Qué profundidad de pensamientos en San Pedro!... ¡Que fuerza de teología en San Pablo!... ¡Qué vivacidad de imágenes en San Júdas!... San Juan, ¡qué ternura de sentimientos!... Santiago, ¡qué pureza de moral!... San Lúcas, ¡qué dulzura de historia! La hermosura de estos libros no tiene semejante... ¿Pero qué veo? Será creible que la mayor parte de los fieles nutridos en el seno de la religion, no usen de esta lectura!.. Será creible que entre las manos de la infancia se pongan sátiras picantes, historias concupiscentes, conocimientos perniciosos!.. ¿Cómo ha de tomar asiento sobre ninguno de vosotros el Espíritu Santo?... ¿Cómo habeis de seguir á Dios por la lectura ni menos por la meditacion?... ¡Ah! Tomad las historias sagradas, meditadlas: allí percibiréis las inspiraciones celestes: allí comenzareis á invocar con Enos el

nombre del Señor: allí conoceréis que vuestra salvacion está en el monte Sion y en Jerusalen: allí exclamaréis, mientras que Israel y el Arca habitan en los tentorios, ¿entraré yo en mi aposento á celebrar festines?... Nó; Tomaré las armas, iré al campo á combatir: allí aprenderéis este lenguaje: divino Maestro, id, os seguiré á cualquiera que fuereis!... ¡Dios mio y Señor mio!... Señor, ¿qué quieres que yo haga? Allí sentiréis..... Mas ya parece que la gracia con sus dulces atractivos os hace seguir á Dios... ¡Qué felicidad!... No le dejeis, pues él á nadie deja si no es dejado, dice San Agustin. Seguidle, pues el mismo Dios es quien infunde en nosotros el querer y el perfeccionar por la buena voluntad. «Yo haré, dice el Señor, que camineis en mis preceptos y obreis.» Pedid, hermanos mios, pues hasta ahora nada habeis pedido... Mirad como ruega nuestra Madre la Iglesia: «Señor, haznos amar lo que mandas; haznos obedecer tus preceptos.» Atended sus súplicas, repite el grande Agustino: «Ora para que los incrédulos crean; luego Dios los convierte á la fé.» En efecto, ¿qué era el centurion Cornelio? Un hombre gentil, pagano, idólatra. El y toda su familia estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte... Sopla la gracia en su corazon; comienza á dar limosna; recibe nuevo auxilio; continúa dirigiéndose á buen fin... ¡Ah! Cornelio y toda su casa serán bautizados. De hecho: el cielo se explica: Cornelio manda emisarios á Joppen: viene San Pedro, los bautiza. Ya el Centurion y su familia son del gremio de la Iglesia..... ¡Qué os parece, cristianos?... Creed á Dios. Seguid á Dios, pues el Espíritu consolador os dirige. El mismo tambien os conforta... *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros.*

Tercera demostracion.

El Espíritu del Señor que está sobre nosotros, nos envía para evangelizar á los pobres. El Espíritu de verdad, que nos ilustró y nos dirige, es una virtud que nos sobreviene de lo alto, para que seamos sus testigos en Jerusalen, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra... El Espíritu de fortaleza que nos anima, nos manda como ovejas entre los lobos, como que no temen á los que matan el cuerpo... Este Espíritu consolador nos conforta ahora para que prediquemos á Dios: luego para que muramos por Dios:... *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros.*

¡Qué prodigio tan asombroso ofrece á nuestra vista la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles!... ¡Qué maravillas tan portentosas no debia ofrecer á los que nos circundan, la venida del Espíritu Santo sobre nosotros! Ved ahí, hermanos mios, nuestra obligacion: «Id, enseñad á todas las gentes, dadles el bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Así mandaba Jesucristo á sus discípulos á predicar el Evangelio, despues que recibieron la uncion del divino Espíritu... Pero... ¡Oh Santo Dios! acabense ya las tinieblas para siempre... Venga vuestro Espíritu de lo excelso... Reciban todos los pueblos la divina luz... Comiencen... Mas ¿qué es lo que miro?... El dia de Pentecostés asoma. Ya los apóstoles corren todas las comarcas del orbe. Ya no hay quien se esconda de su calor. Los confines de Dan y Betsabé no pueden contener su celo en órden á estos nuevos Moyseses. Todo lo que el sol baña recibirá pronto la influencia de estos nuevos astros. Del cenáculo salen doce soles para abrasar al mundo. Todos unáni-

mes llevan el mismo fin que su príncipe Simon Pedro... ¡Pedro!... ¡Qué nombre! nombre misterioso, respetable, inmortal. Nombre de poder, de autoridad, de gloria, de triunfo... ¡Pedro! imágen de Jesucristo sobre la tierra, órgano de sus oráculos, depositario de sus anatemas, ministro de sus gracias, conservador de su doctrina, pastor de su rebaño, padre de su pueblo... Pedro al frente de los apóstoles rompe su predicacion, instruye, exhorta, confunde; es un trueno cuyos primeros golpes trastornan toda Jerusalen, toda la Judea, toda la Siria, toda..... Ya corre, ya gira, ya vuela... ¿Pero á dónde va? A Jerusalen. «Varones, israelitas, (exclama) vosotros habeis hecho morir al Autor de la vida; pero sabed, que Dios lo resucitó de entre los muertos; nosotros somos testigos; haced, pues, penitencia; convertíos para que se borren vuestros pecados.» A estos discursos la atencion despierta, el concurso cree, la persuasion brilla, el llanto se ostenta, ocho mil almas judías son lavadas con la sangre del Cordero. Por otra parte, al rumor de estas trompetas evangélicas cae la soberbia de Jericó, los templos quedan sin altares, los altares sin víctimas, las víctimas sin sacrificadores y sin dioses el paganismo. Del seno de las tinieblas sale un nuevo mundo, un mundo cristiano... ¿Vísteis jamás semejantes maravillas? Mas... ¡Ay de mí!... ¿Quién lo creerá?... Renuévanse anualmente entre nosotros los dias de Pentecostés, y descaece esta divina fé que los Apóstoles y sus sucesores nos han predicado!... ¿Pensais hermanos mios que hallaréis fé en nuestra tierra? Yo lo confieso: no se encuentran idólatras en este reino; ¿pero se dejan de hallar incrédulos?... ¡Ah! La incredulidad se ha vuelto entre nosotros un título de arrogancia, una especie de vanagloria. La juventud corrompe lo que aprende, blasfema lo que ignora. Nuestros misterios se ven expuestos á irrisiones profanas é insensatas. El sexo mismo sobre quien la religion hace al parecer impresiones tan profundas, no busca de ordinario mas que sacudir el yugo que cautiva sus inclinaciones. Jesucristo tiene cuasi tantos enemigos entre los cristianos, como tenia entre los idólatras... Sigue el mundo incrédulo!... El oráculo ya está pronunciado!... Sigue, Jerusalen ingrata, tú que aniquilas á los profetas y apedreas á los enviados para tu consuelo; dias vendrán en que caiga sobre tí toda la sangre justa que ha sido derramada desde Abel hasta el último de los profetas... Vendrán dias en que no quedará de todo tu explendor piedra sobre piedra... Vendrán dias... ¡Cielos, fulminad!... Pero nó! suspended este rasgo de vuestra ira. Recibid, hermanos mios, recibid al Espíritu Santo; abrasaos de este divino fuego; respirad por todas partes su virtud; predicad á todo el mundo las bondades de nuestro Dios. Disponeos á morir por Dios. Animaos... ¿Qué dictado acabo de proferir?... ¡Morir por Dios! Sí, este es el último esfuerzo que os dá la virtud del Altísimo. Los apóstoles mismos nos ofrecen el mas eficaz ejemplo. Apenas comienzan á convertir, á conquistar el mundo... ¡Qué escenas tan trágicas no se presentan á nuestra vista! Por una parte perseguidos por los judíos; por otra detestados por los gentiles; los césares, los grandes forman de su exterminio el primer punto de su política; los sacerdotes, los fariseos de Judá, el senado de Roma, sus augurios, los filósofos, los oradores de la Grecia, los bracmanes de la India, los magos de la Persia, todos forman el mismo proyecto sanguinario contra ellos... Ovejas dedicadas al sacrificio, ellos llevan incesantemente su alma sobre sus lábios... Discípulos fieles de Dios, víctimas que anuncian, ellos nunca tienen ligada la palabra de Dios; no temen las torturas; obedecen mas bien á Dios que á los hombres... Vedles en Jerusalen, primer campo de su batalla, salir bañados de su sangre, y sin embargo gozosos de haber sido dignos de padecer por el nombre de Jesus... Miradles en la série de los tiempos cantar la victoria por el precio de su vida... Diego carga el golpe del alfange de Herodes Agripa... Juan sufre ser abrasado en la tina... Bartolomé ser desollado en vida... Jacobo oprimido bajo un monton de piedras... Pedro y Pablo en la

corte de Neron... Preguntadles... ¿Qué piensan de su suerte?... Os responderán lo mismo que San Andrés: «¡Oh preciosa cruz tanto tiempo deseada! recíbeme de entre los hombres y vuélveme á mi Maestro, para que por tí me reciba el que por tí me redimió!»

¡Cristianos!... ¿No sentís ya las influencias del Espíritu Santo sobre vosotros!... ¿No os abrasais ya de este divino fuego?... ¿No deseais ya trasmitir á todos este mismo ardor!...¡Ah, cristianos, pupilas tiernas de los ojos del Altísimo! Israelitas verdaderos, distinguidos con la mas noble divisa de nuestra santa religion; ya veis que vuestro amado Emporio es el Padre comun de todo el mundo. Defended, pues, con ánimo valeroso vuestra fé de todos los improperios y sugestiones de los alienados. Imprimidla, si es posible, en los que vienen del Oriente, Occidente, Meridiano y Aquilon. Morid, por sofocar el interés dominante. Morid, por reprimir la venganza armada. Morid, por aniquilar la disipacion introducida. Morid, por expeler los ídolos de carne y sus idólatras. Morid, por hacer brillar la cruz en nuestros templos. Morid, por hacerla reinar verdaderamente en nuestros corazones. Morid, por restablecer los bellos dias de la primitiva Iglesia. Morid, por hacer tanto honor á la religion y á sus fundadores... Morid, morid, morid por Dios; y si no teneis aun suficiente fortaleza, recurrid nuevamente al universal Consolador que nos ilustra, nos dirige y nos conforta. Decidle llenos de viva fé con nuestra Madre la Iglesia: «Ven, Santo Espíritu; envía desde el cielo un rayo de tu luz...» Ven, Padre de los padres; ven, dador de los dones; ven, luz de los corazones, consolador óptimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerio; descans en el trabajo, temperie en el ardor, consuelo en el loanto... ¡Oh luz beatísima! Llena lo mas íntimo del corlazon de tus fieles. Sin tu númen nada hay en el hombre que no sea nocivo. Lava lo que está súcio, riega lo que está seco, cura lo que está débil, dobla lo que es rígido, fomenta lo que es frio, rige lo que es recto; dá á los fieles que confian en tí un sagrado Septenario. Dá

el mérito de la virtud, dá el éxito de la salud, dá el gozo de la eternidad.» Pedid de esta suerte hermanos mios, la asistencia del Espíritu Santo... Así lograrémos conocer á Dios, amar á Dios, creer á Dios, seguir á Dios, predicar á Dios, morir por Dios... Así conseguirémos ser confirmados en gracia y oír perennemente aquel consolante oráculo del Señor: *No temais: mi Espíritu estará en medio de vosotros.* Esto os deseo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL MISTERIO DE LA EUCARISTIA,

POR EL

Pbro. Lic. Francisco J. Correa y Diaz,

Canónigo, Provisor

y Vicario general de la Diócesis de Veracruz. (1)

Domine audivi auditionem tuam et timui; consideravi opera tua et expavi.

Habac. cap. 3. v. 2.

Señor, escuché tu palabra y temí; consideré tus obras y quedé pasmado.

Católicos:

Así exclamaba el profeta Habacúc, contemplando en vision sublime al Verbo encarnado, y entrando en la penosa carrera de las humillaciones y del sacrificio, desde su nacimiento en la gruta de Belen. Séanos lícito á nosotros, con más razon, repetir esas mismas palabras del profeta, al contemplar las singulares muestras de amor que Jesucristo da al hombre, estableciendo el adorable Sacramento de la Eucaristía, con todos sus admirables encantos y armonías: en ese insigne y mirífico convite renueva su Encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su dignacion inefable, alimenta al hombre de sí propio para realizar los sublimes designios del Padre, de restaurar en El y por El todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.

(1) Este Sermon lo predicó el autor el 23 de Junio de 1889, en la Catedral de Jalapa, y en presencia de la Hermandad de Señoras de la velacion perpetua del Santísimo Sacramento.

Esta restauracion empieza en el conocimiento de Dios; y Jesucristo lo da por la fé, de la cual este Sacramento es el misterio mas consolador. Se apoya en la esperanza de la gloria, á la que se encamina por el sacrificio; y Jesucristo concede en ese Sacramento la prenda de la gloria para abrazar el sacrificio y para llegar á aquella. Se consuma con la caridad; y Jesucristo otorga en este Sacramento la fuente de la caridad, y el medio mas eficaz de unirse á Dios.

Trazado está á grandes pinceladas, señores, el plan de mi discurso, el que concreto á la siguiente proposicion:

La felicidad del hombre está en Dios, y el Sacramento de la Eucaristía es la fuente inagotable de esa felicidad que nos une á Dios. Ayudadme á implorar los divinos auxilios para ser feliz en mi propósito.

Yo quisiera, católicos, tener mis lábios purificados, y mi lengua abrasada en aquel carbon encendido y seráfico que purificó los lábios de Isaías profeta, para explicaros el inmenso amor de Jesucristo hácia los hombres: yo quisiera tener mi corazon abrasado de un ardor y celo cual se requiere para celebrar el tierno amor de Jesucristo hácia los suyos: solo el amor puede hablar de los misterios del amor, y este misterio se llama el amor por excelencia: en él llegó Jesucristo á la consumacion de la caridad, derramando todas las riquezas de la caridad sobre nosotros. En su Omnipotencia no pudo darnos más, ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clama el arrepentido Agustin; en su sabiduría no supo hacer más, en su amor no le fué posible llegar á más para hacernos felices; porque este Sacramento es la felicidad del hombre, el bien sumo dado á cada uno en la tierra de una manera misteriosa pero real, preludiando el cielo de un modo claro, perfecto y eterno. Dame, pues, soberano Señor Sacramentado, dame uncion y gracia para hablar con acierto á mi auditorio, acogiéndome á María, tu divina Madre, á quien saludo con el ángel. Ave María.

Domine audivi, etc.

El hombre, católicos, ha nacido para la grandeza, para la felicidad, y á ellas aspira siempre; con fé, con ardor, con entusiasmo y con todas sus fuerzas. Ahora bien, entregado á sí mismo ¿descubre esa grandeza y esa felicidad á que aspira? de ninguna manera: desde el momento infausto en que las pasiones del hombre sobrepusiéronse á la razon, el hombre perdió la luz y quedóse en tinieblas, perdió el gusto y el conocimiento de Dios; desconoció el mal hasta colocarlo en lugar del bien soberano, y hasta el punto de divinizarlo.

Pasemos adelante: para satisfacer el hombre esa pa-

sion suprema, necesita medios proporcionados á la naturaleza del bien á que aspira: pero no siéndole conocido ese bien, tampoco puede alcanzar los medios de encontrarlo, y siguiendo las ideas equivocadas de su razon desorientada por el apetito, entrégase á las criaturas: no ve sino á ellas, y á ellas pide auxilio, y amontona riquezas, y aspira á la soberanía y engólfase en la sensualidad ¿logra su deseo? de ninguna manera; las criaturas son impotentes para producir ó hacer la felicidad del hombre.

Lo que el hombre busca es la posesion de un bien que satisfaga y llene todas sus necesidades. Ese bien debe ser eterno; si no lo es, el temor de perderlo priva al hombre de la mayor parte de gozarlo: ha de ser inmutable; de lo contrario, no descansará el hombre en su posesion: ha de ser infinito: ¡Oh, sí! el corazon humano no se contenta con lo que tiene límites; siempre tiene hambre, siempre tiene sed; y cuando encuentra y posee un objeto, no queda satisfecho si le ve un término; porque tampoco el deseo tiene término, y necesita un objeto sin fin que lo sacie, que lo llene y que lo extinga, no dejándole en que ejercitarse. ¡Puede el hombre, segun esto, entregado á sí mismo y sin otros medios que su flaca, débil y orgullosa razon y las criaturas, encontrar ese bien necesario para satisfacer esa aspiracion bella, sublime y sin límites? De ninguna manera.

Entónces, pues, ¿cuándo el hombre se satisfará entregado solamente á su loca razon y á las criaturas? Nunca: un instante goza, un momento se embriaga en sus placeres y exclama: ¡soy feliz! No le creais, es mentira; esperad otro instante, dejad que cese la momentánea agitacion de su sangre, que envolviendo á su alma como en una niebla, veíalo todo con los colores del iris, y todo se le presentaba bello, hermoso y sublime; pero cuando pasada esa agitacion fugaz, ya se restablece la calma, ved como acabó el encanto para él; acercaos, entonces, á su corazon y golpeadle: el pecho resonará en una concavidad vacía: aplicad el oído: percibiréis primero un murmullo, luego una voz clara que sale de su cavernoso fon-

do, gritando: *Afferte, afferte:* (1) traedme más, traedme más; volvamos á los placeres. Así acaba su agitada vida, y así llega á los umbrales del sepulcro, llevando solo mentira y vanidad en su corazon. (2)

Para que el hombre sea feliz necesita de un bien incorruptible, inalienable, infinito y eterno, que reuna en sí todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfeccion: ya me habeis comprendido, vuestra razon lo dice, no hay más que un bien de esta naturaleza: Dios. Hé aquí al sumo bien, el bien único, la felicidad suprema ¿quien se lo mostrará al hombre? ¿quién conducirá al hombre á la cima de esa felicidad? ¡Ah! solo Jesucristo, y Jesucristo en el adorable Sacramento de la Eucaristía. Yo soy la luz del mundo: (3) «Yo soy el camino, la verdad y la vida: Nadie viene al Padre sino por mí,» dijo Jesucristo á su discípulo Tomás con el armonioso acento de su amorosa voz. (4) Y Jesucristo ¿qué católico lo duda? Jesucristo está real y verdaderamente en la Eucaristía: (5) y es él quien prodigiosamente alimenta á nuestra alma para que viva eternamente en esa patria de incomparable felicidad: (6) es alimento de inmortalidad y medicina para que no muramos, sino para que vivamos siempre: (7) luego ese sacrosanto misterio de la Eucaristía es el único medio para ser feliz y para llegar á la eterna felicidad; porque ya lo dijo Jesucristo: nadie va al Padre sino por mí.

¡Cuán bello es, católicos, cuán bello es contemplar las armonías de ese Sacramento adorable, y descubrir en él la consumacion de la grande obra de Jesucristo para restaurar al hombre, y hacerlo eternamente feliz en la union

(1) Proph. Am. c. IV.
(2) Eccl. c. I. v. 2.
(3) Joann. c. VIII. v. 12.
(4) Joann. c. XIV. v. 6.
(5) Con. Trid. sess. 13. can. 4.
(6) Joann. c. VI, v. 52.
(7) S. Ciprian. Serm. de Euch.

con Dios! El alma trasportada al mundo de la gracia, necesitaba un alimento propio de la grandeza de su nuevo estado de hija de Dios; y despues de haberse hecho hombre el Verbo divino, (1) y víctima por el hombre, su amor no queda satisfecho, porque puede hacer más, y la ley suprema del amor pide que lo haga; exige que se convierta en alimento del hombre, y El lo consiente, lo quiere y lo realiza. En efecto, como amase á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin, hasta el extremo. (2) Tomó el pan y lo bendijo y lo partió, y lo dió á sus discípulos diciendo: tomad y comed, este es mi cuerpo: y tomando el cáliz, dió gracias y se los dió, diciendo: bebed de este todos. (3) ¡Maravillosa analogía, católicos! Para devolvernos la vida del alma, válese Jesucristo de los mismos términos de que el autor del mal se valiera para llevarnos á la muerte: arrastrándose éste á los piés de la primera madre, como vil serpiente, nos perdió diciéndole: tomad y comed y sereis como dioses; (4) de la propia manera Jesucristo, para reparar aquellos tan enormes males, nos dice: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida: así, el el que me come, él mismo vivirá por mí; (5) y en lenguaje sublime de San Juan Crisóstomo, como si dijera Jesucristo: si comeis mi carne y bebeis mi sangre, sereis como dioses; porque viviréis una vida eterna, sobrenatural y divina por la union que teneis conmigo.

Así es como se realiza el gran misterio de nuestra restauracion. Repitamos, pues, católicos, llenos de admiracion las palabras del profeta: «Señor, escuché tu palabra y temí; consideré tus obras y quedé pasmado.» Confundidos y abismados de nuestra miseria preguntémosle con

(1) Joann. c. I. v. 14.
(2) Id. c. XIII. v. 1.
(3) Matth. c. XXVI, v. 26, et 27.
(4) Gen. c. III, v. 3.
(5) Joann. c. VI, v. 56 et 58.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el paciente Job: ¿Qué cosa es el hombre, Señor, para que lo engrandezcas? (1) Débil polvo que el viento esparce, hoja que el huracan arrebata. Y merece que emplees en él, ¡oh Señor! la omnipotente fuerza de tu brazo, y derrames en su corazon los riquísimos tesoros de tus gracias? ¡Ah! es que ese polvo, compaginado por la mano de Dios, encierra un alma hija de Dios, hecha á imágen y semejanza suya, (2) su esposa y heredera de su gloria; y Dios la ama, la quiere toda hermosa, la quiere eternamente feliz; y como enemigos formidables amenazan robarle esa prenda, empañar su belleza y arrastrarla por el fango, por eso viene á ella para defenderla; y porque esa alma no puede llegar al colmo de la felicidad sin unirse íntimamente á su Criador, se le dá todo en ese adorable Sacramento para apagar esa sed que el amor excita.

Ved, pues, católicos, como Dios ha querido elevarnos hasta El, no por naturaleza, como al Verbo divino á quien engendra de su sustancia, sino por un don de su amor y por adopcion. Nos ha elevado hasta El y nos alimenta de El mismo: y ni podía ser de otra manera, porque tampoco podíamos satisfacer nuestra hambre, y apagar nuestra sed sino en El mismo, que es el Cordero, la Víctima inmaculada y el pan de los ángeles. Se nos ha dado por compañero en nuestra peregrinacion, por luz en nuestra ignorancia y por remedio en nuestra debilidad. Lo que el hombre con toda su ambicion de igualarse á Dios no se atreviera á pedirle, El se lo da por puro amor, por deseo de comunicarle su felicidad y su misma vida. Este Sacramento que con mucha propiedad se dice ser la amplitud del misterio de la Encarnacion, reitera, en cierto modo, lo que una vez se verificó en el seno de María, la union de la divinidad con la carne humana: el Jesucristo en él se hace nuestra carne. Y si la gracia nos hace templos de Dios, ese adorable Sacramento de la Eucaristía nos hace participantes de la naturaleza divina, en hermosa expresion del príncipe de los apóstoles; (1) porque tenemos en nuestro pecho al autor de la gracia, su humanidad y su divinidad, su poder y su amor; en suma, tenemos al infinito.

(1) Job, c. VII, v. 17.
(2) Gen. c. I, v. 26.

Jesucristo ha hecho por su parte cuanto es posible para darnos la felicidad: ha instituido ese Sacramento Eucarístico para dársenos El mismo como alimento del alma; nos espera dia y noche, nos llama y nos convida: correspondamos á sus dulces y amorosas voces; si no nos unimos á Jesucristo es porque no amamos, es porque no deseamos la felicidad verdadera, es porque no queremos abrazar el sacrificio que nos impone el amor. El hombre quiere ser feliz entre los goces del cuerpo, en la vanidad del mundo, en las ilusiones de la tierra, y como carnal no comprende las cosas de Dios y del cielo: huye de Jesucristo porque le pide el sacrificio de la vanidad, la muerte del sensualismo y del orgullo: quiere el hombre recibirlo todo; vivir del egoismo, y el egoismo aparta de Dios que es todo amor.

Por piedad no sigais ese camino; no imiteis á los que se escandalizaron y abandonaron al Salvador cuando le oyeron anunciar la necesidad del Sacramento Eucarístico; por el contrario, imitad á Pedro y á los demás apóstoles, de cuya fé somos herederos, y decidle: ¿á quién irémos, Señor, sino á tí que tienes palabras de vida? Y llenos de fé y poseidos de confianza, como el tierno niño que se cuelga al cuello de la madre, apliquemos nuestros labios á esa fuente de ternura y de amor; unámonos á Jesus por medio de ese Sacramento de amor y de bondad.

Hé aquí la grandiosa obra del amor divino. Emanuel, Dios con nosotros, Dios en nosotros ¡qué amor tan sin límites! Cuán bien puede decirnos Jesucristo despues de esto, ¿qué más pude hacer por vosotros? ¡qué medio tan poderoso para llegar á la felicidad! El es la fuente de

(1) Petr. c. I, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aguas que saltan hasta la vida eterna; El es el único camino para engrandecerse el hombre, y tener en su corazon el Bien Supremo que constituye la felicidad y la vida del alma. Acercaos, pues, á El y saciaos, porque es el pan verdadero: acercaos á El y bebed, porque es la fuente de aguas vivas: acercaos á El y sereis instruidos, porque es la luz fulgente que ilumina al mundo de la gracia: acercaos á El y quedaréis libres de la tiranía de las pasiones, porque donde reina el espíritu de Dios reina la libertad: acercaos á El y seréis perdonados, porque es la Víctima, es el Cordero que quita los pecados del mundo.

Pero ¿por qué olvidarme de vosotras, piadosas señoras, que entusiastas formais la Hermandad de la velacion perpétua del Divinísimo Señor Sacramentado? Si el desaliento se apodera de vuestro espíritu no dejeis enfriar la llama sacrosanta del amor; corred al manantial perenne de las gracias, de donde sacaréis aliento, fuerza y dulzura; la sola contemplacion de Jesus sacramentado os hará ligero y suave, agradable y tierno, el momento que esteis en su presencia: seguid vigilando el trono del Eterno con diligente anhelo; abridle vuestro corazon cual tiernas flores que abren su fresco cáliz al contacto del rocío; correspondedle sus favores, á fin de que os tienda una mano bienhechora en el momento terrible de la muerte, y mas allá de la tumba os reciba con dulcísimo semblante.

Soberano Señor Sacramentado, estas piadosas señoras embriagadas con el cáliz de tu amor réndente adoracion en derredor de tu trono; dejando la vaga ilusion de la infancia, mezclan hoy sus lágrimas con las cristalinas linfas de la gracia; dejando al fementido mundo que duerma en brazos de sus infidelidades, vienen á inflamar su corazon en las llamas de tu amor; fija en ellas tus miradas de bondad y de clemencia.

Adoremos, pues, católicos, á Jesus en el sublime Sacramento de la Eucaristía, postrémonos en su presencia, como el ciego de nacimiento al recibir la luz, y reconociéndolo, digámosle: Creo, Señor: y creyendo, amémosle, y amándolo, rindámosle pleito homenaje. El nos espera

como un amigo á su amigo, como un hermano al hermano y como un padre al hijo de su amor. Porque ¿á quién irémos sino á El que tiene palabras de vida eterna? Fuera de El todo es tinieblas, corrupcion y muerte; junto á El y en El todo es vida, amor, luz y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará si creemos y amamos, y nos lo dará en tiempo, y nos lo dará en la eternidad. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE EUCARISTIA,

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE VERACRUZ POR EL SEÑOR CURA

Don Francisco Flores,

EL 11 DE FEBRERO DE 1872, EN LA FUNCION DE LAS HERMANAS DE LA VELACION.

Me han brindado con una mesa espléndida, contra el malvado que se goza en mi tribulacion.

Ps. 22. 6.

SEÑORES:

1. Solo la religion católica ha sabido caracterizar al hombre en sus relaciones morales, y descubrir con su luz divina los estrechos vínculos que lo ligan con el Hacedor Supremo. Solo la religion ha podido explicar al hombre su elevado orígen, su augusta procedencia y su último

fin. Mientras que la impiedad, con una filosofía que deprava y corrompe, lo humilla ignominiosamente confundiéndolo con las fieras que vagan por las selvas arrastradas por un instinto que no tiene porvenir; mientras que las pasiones semejantes al impetuoso huracan que troncha el cedro del Líbano, desfiguran la imágen de Dios y sumergen al hombre en una desecha y negra tempestad; la religion erige un templo magestuoso al Dios que truena sobre las nubes, y Dios, en medio de ese templo donde se respiran los perfumes de la inocencia y la suave fragancia de la virtud, acaricia al hombre en su amable regazo, le habla un idioma celestial que llena de encanto su corazon, y le muestra con su mano hermosa las elevadas regiones que despues de esta vida serán su eterna mansion.

Entre los dogmas de la creencia cristiana, el Sacramento de la Eucaristía tiene tal carácter de grandeza y de sublimidad, de amor y de ternura, que el católico no puede examinarlo sin experimentar las mas vivas emociones de gratitud y de reconocimiento hácia el Hombre Dios Jesucristo probó con la institucion de este Sacramento, que la religion es divina y que el hombre es de muy elevada gerarquía. Desearia, señores, tener los talentos oratorios para probar la siguiente proposicion: «Que la institucion de la Sagrada Eucaristía, es un argumento decisivo de la divinidad de la religion, y una prueba concluyente de la dignidad del hombre.»

Permíteme, Señor, que pueda trazar el grandioso cuadro de tus bondades en el tierno misterio que hoy recordamos; si mi súplica es indigna, oid los ruegos de vuestra Santísima Madre á quien invoco en mi auxilio diciéndole: Ave María.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

1. El hombre durante su peregrinacion sobre la tierra, ofrece el triste espectáculo de un ser contradictorio consigo mismo. Este es un hecho que la razon y la experiencia confirman. Seguid al hombre, á ese que se titula rey de la naturaleza en la rápida carrera que lleva desde la cuna hasta el sepulcro: observadlo en todos sus pasos, desde los plácidos dias en que duerme en los brazos maternos, hasta que agobiado con el peso de los años desciende á la lobreguez de la tumba. Entonces veréis que la religion que explica las contradicciones y manifiesta las causas de los fenómenos que hay en el hombre, es divina. ¡Ah! solo la religion puede decirnos por qué el hombre unas veces se sienta en un trono magnífico y otras se arrastra como un miserable esclavo en un suelo cubierto de espinas y abrojos: solo la religion puede decirnos, por qué la descendencia de Adan camina sin cesar en busca de una felicidad que siempre huye de ella como una sombra fugaz, dejando á su lado el dolor y la amargura: solo la religion puede explicarnos, por qué el hombre unas veces remonta su vuelo como el águila sobre las nubes, y otras se revuelca como un miserable reptil en el lodo inmundo. Ya concibe grandes pensamientos que lo elevan hasta las regiones del Olimpo, ya ocupan su alma ideas bajas que lo envilecen á sus propios ojos: ya aparece fuerte como el leon que ruge en las ásperas laderas de los montes, ya se muestra débil y frágil como la tierna flor que marchita el calor de un solo dia.

2. La religion, señores, descifra este oscuro enigma y explica este misterio incomprensible. Ella nos revela que el hombre por haber quebrantado los preceptos de Dios, fué derribado del paraíso como un rey lo es de su trono por una convulsion política llevando á remotos climas una existencia precaria. La religion nos dice que el hombre por su desobediencia fué como un planeta que gira errante fuera de su centro, ó como un astro cuya luz debilitan las cargadas nubes que se elevan de un mar tempestuoso. Empero el hombre, mal que les pese al materialista y al incrédulo, es una obra maravillosa cuyo destino no se cumple en este mundo. En vano sus enemigos se mancomunan para rebajar su excelencia y nivelarlo con las bestias que nacen y mueren en el prado cubierto de yerbas, pues la religion le manifiesta su origen, le recuerda su inmortalidad y con un lenguaje sublime le repite que la felicidad por la cual se afana sin resultado sobre la tierra, está mas allá del sepulcro.

3. ¿Quereis admirar con sencillez de corazon esta verdad y reconocer con una fé candorosa la dignidad del hombre y la sublimidad de la religion? Detengámonos un momento en el Sacramento de la Eucaristía y meditemos un instante la profundidad de este misterio: acerquémonos al altar donde se ofrece un sacrificio incruento en memoria del que vieron un dia con espanto los ángeles y los hombres en la cima del Calvario, y ahí verémos una escena bastante sublime. Sobre un ara sencilla, descansan las tremendas manos del ungido del Señor, cuyos dedos sostienen el albo pan. El sacerdote con sus lábios balbucientes pronuncia cinco palabras tan poderosas y eficaces como el *hágase* de la creacion, y el Hijo de Dios al escucharlas desciende de su trono acompañado de los mas hermosos serafines para colocarle sobre nuestros altares. ¿Y esto por qué? Porque él ya habia anunciado que sus delicias serian el morar entre los hijos de los hombres. El mismo Jesus dijo á sus discípulos y en ellos á todos los fieles: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» El mismo aseguró: «que su cuerpo era verdadero manjar y su sangre verdadera bebida.» El expuso con aseveracion y juramento, «que el que no comiera la carne del Hijo del hombre ni bebiera su sangre no tendria vida.» El enseñó esto mismo en diversos lugares y ocasiones, en la Sinagoga y en el desierto, probando con

estupendos milagros la verdad de cuanto decia. El finalmente, al distribuir el pan en la última cena, dijo á los apóstoles: «éste es mi cuerpo;» y al darles el cáliz para que bebieran expresó: «ésta es mi sangre:» añadiendo al fin: «cuantas veces hiciéreis esto hacedlo en memoria mia.» Luego Jesucristo permanece en medio de nosotros como un amigo entre sus amigos, como un hermano entre sus hermanos, en las ciudades, en las aldeas y hasta en la soledad de nuestros campos. Pero por decirlo así, con las poderosas cadenas del amor, en el tabernáculo de los templos, es el defensor del desvalido, el médico del enfermo, el socorro del necesitado, el padre del huérfano, el consuelo de la viuda y el todo para todos, porque reside en nuestros altares solo para escuchar el gemido de sus hijos, para enjugar sus lágrimas y remediar sus necesidades. Por esto un célebre orador dijo: «Cuando me postro ante el tabernáculo sagrado, me parece ver á mi Dios que fija en mí los ojos de su carne; que oye las palabras de mi boca con los oidos de su cuerpo; que abre su corazon para recibir mis lágrimas y mis suspiros y que extiende sus manos para enriquecerme con sus gracias y bendiciones.» Luego la religion que contiene este misterio es divina, y el hombre para quien fué instituido es de muy elevada jerarquía.

4. ¿Y qué debemos inferir de aquí? Que al Dios Sacramentado le debemos nuestras adoraciones y respetos. El respeto á las cosas sagradas es una inspiracion de la naturaleza, pues no hay ningun pueblo por bárbaro y estúpido que se le suponga que no tenga este sentimiento religioso. Los gentiles que no conocieron al verdadero Dios perseguian de muerte á los sacrílegos y profanadores de sus divinidades, y en sus códigos establecian penas muy severas contra los que no cumplian con los ritos del paganismo. Confesemos que esto nos lo enseñan aun los supersticiosos con sus sacrílegos cultos. Y si las naciones bárbaras corrieron á tributar incienso á las flores que se marchitan, culto á los astros que se eclipsan y veneracion á las bestias que se mueren, ¿qué deberémos

hacer los que pertenecemos á la feliz sociedad del cristianismo?

5. Acompañemos al de la vieja ley y veremos que apenas se cierran las fuentes del abismo, se detienen las lluvias del cielo, y el arca descansa sobre los montes de la Armenia, cuando Noé se consagra al Señor y lo adora en reconocimiento de su predileccion y cariño. Jacob, cuando vió que el Sr. le era propicio en el camino de Betsabé, asombrado y despavorido dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! Tambien fijó sus tiendas en Betel, porque ahí le honró el Señor con su presencia. Y el padre de Samuel atraviesa las ásperas montañas del Siloo para visitar al Dios de sus padres en los dias señalados por la ley. ¿Y de qué tiempo hablo, señores? De aquel tiempo en que Dios estaba presente por sola su inmensidad, cuando habitaba en los cielos y su trono estaba sobre las nubes: cuando el explendor de su gloria ponia barreras inaccesibles entre Dios y los hombres. Mas pasaron aquellos tiempos, y ese Dios que no se presentaba sino entre los estragos del rayo y el pavor de los relámpagos, despojado de su grandeza ha fijado su residencia en la Eucaristía. ¡Dios eterno! ¿Dónde está esa faz divina que velan los astros? ¿Dónde esa humanidad vencedora del tiempo y de la muerte, que hendiendo los aires se le vió subir á lo alto como la brillante aurora? ¡Oh! qué exceso de bondad! El Dios fuerte que desencadena los vientos y calma la tempestad con una sola de sus miradas: el Dios Omnipotente que con el amago de su diestra conmueve los cimientos del universo, está en la sagrada hostia representando un drama de patética ternura. Miradlo con los ojos de la fé, ahí bajo los accidentes de una sustancia que ya no existe: está haciendo alarde de piadoso, porque verdadero amigo de los hombres, quiere recrearlos con su presencia y conversar con ellos.

6. ¿Y á este Dios tan bueno, á este Rey tan generoso, le faltarán súbditos que le hagan la corte ó criados que velen á la puerta de su palacio, cuando setenta robustos de Israel rodeaban el trono de Salomon? ¿El ta-

bernáculo de Dios carecerá de luces cuando el rey Asuero pareció á Esther un ángel del cielo por la luz con que brillaba? No, no seamos ingratos; entremos en el santo ejercicio de velarlo una hora en el mes, á fin de que este gran Rey tenga adoradores en su templo y centinelas como los que destinó David para que velaran sobre los muros de Jerusalen. Venid á su trono como las tribus de Israel al de David, y ofrecedle vuestro vasallaje. Venid como Tobías á visitar al Señor; invocadle ante las aras como el hijo de Seth, y si no quereis que en el sagrario se repita la escena del aposentillo ó del inmundo sótano de Caifás, ofreced como Bercelai vuestras riquezas para fomento de los cirios que han de arder en su presencia. No hagais caso de los murmuradores que llaman hipócritas á los que escriben su nombre en el libro de los adoradores del Señor, porque Jesucristo ha dicho: «El que me negare delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre celestial.

7. Léjos de esto, imitad el entusiasmo religioso con que los antiguos volaban á la tierra santa para visitar y adorar las huellas de Jesus; renovad esa diligencia piadosa con que preguntaban por el lugar donde perdonó á la mujer adúltera, por el pozo donde convirtió á la Samaritana, por el campo donde multiplicó los panes, y guiados por la luz de la fé, acercaos con respeto al altar mil veces mas santificado que las plazas, templos y pórticos de Jerusalen. Aquí podeis adorarlo como los Magos, tratar con él como los apóstoles, bañar sus piés con vuestras lágrimas como la Magdalena y pedir como el leproso que purifique vuestro corazon. Veladoras del Santísimo, no retrocedais del camino que habeis emprendido hácia la montaña santa donde el divino Moysés se ha cubierto la cara. Las indulgencias que están concedidas á la congregacion de la vela perpétua son innumerables, y yo os felicito porque vuestros pasos y vuestras limosnas quedarán apuntadas en el libro de la vida y serán recompensadas con el ciento por uno que Dios ha prometido. Sí, os felicito porque cuando venis á acompañar al Divinísimo en su soledad, os contemplo como habitadores del desierto, como almas queridas del Señor, como vestales que conservais el sagrado fuego.

Divinísimo Jesus, abrasa nuestros corazones con los fuegos de tu amor, para que la velacion del Santísimo pueda conservarse en esta parroquia; para que gozando de tu presencia sacramental en esta vida, gocemos de tu amable rostro en la otra. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

predicado por

Fray Manuel de la Visitacion Tamayo,

el 1.° de Enero de 1882, con motivo de la solemne funcion que hacen los individuos de uno y otro sexo, que pertenecen á la Asociacion

de la VELA PERPETUA,

canónicamente erigida en la Iglesia Parroquial de Orizava.

A LA GRATA MEMORIA DE MIS VIRTUOSOS PADRES.
HUMILDE OFRENDA DE FILIAL RESPETO.

Cibum . . . . quem filius hominis dabit vobis.

El manjar . . . . que el Hijo del hombre os dará en alimento.

S. Juan, cap. 6.

¿Qué es esto, amados mios? ¿Qué es lo que descubren mis ojos en ese tabernáculo sagrado, objeto de vuestras adoraciones y del amor mas encendido de vuestros corazones? «¿Este es el Hijo del Altísimo, que de las altu-

ras del cielo descendió al inmaculado seno de la mas pura de las vírgenes; que de allí salió á la luz del mundo en Belen, para recibir los sencillos homenajes de los pastores y los místicos dones de los reyes de Oriente; que de Belen corrió hasta el templo de Jerusalen para ser presentado al Eterno Padre, en olor de suavidad por las virginales manos de María, y por las santificadas del anciano Simeon; que de Jerusalen marchó al Egipto; del Egipto á Nazaret; de Nazaret al desierto; y del desierto á predicar á las turbas, á decirles palabras de verdad y vida eterna; á obrar los mas insignes milagros; y despues á morir en las duras rocas del Calvario y derramar su preciosa y bendita sangre sobre el afrentoso madero de la Cruz por la salvacion del hombre?»..... ¿Con que este Señor que obra tan grandes maravillas, es el mismo que en estos momentos estamos adorando sobre nuestros altares? Pero, ¿cómo puede ser esto? ¿Pues qué, este divino Salvador no se subió á los cielos desde la montaña santa del Olivete, en presencia de su Madre Santísima, de ciento veinte discípulos y de las piadosas mujeres que le habian acompañado en la gloriosa carrera de su vida? (1) Pues entónces, ¿cómo es que ahora con inefable consuelo de nuestras almas, le adoramos en ese tabernáculo sagrado, donde se esparcen los mas preciosos aromas en su honor, y los cristianos todos se han congregado al rededor de su sacratísimo Cuerpo, segun el mismo Señor lo habia pronosticado, cuando dijo: «Que en donde estuviera su Cuerpo, allí se congregarian los fieles como si fueran águilas generosas?» (2)

Sí, no tiene duda: vosotros sabeis muy bien que el Juéves de la Cena, ántes de que los judíos lo inmolasen por la salud del mundo en el árbol santo de la Cruz; á la manera que un Padre amoroso próximo á morir, reparte generosamente á sus hijos lo mejor y lo más exquisito de

---

(1) Hechos de los apóstoles, cap. 1.°
(2) S. Mateo, cap. 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus tesoros, como última prueba del encendido amor que les profesa, así nuestro amabilísimo Jesus, no teniendo otra prenda de mas valor que dejarnos en su testamento, que dársenos á sí mismo: con «*aquel poder inefable*» que habia recibido de su Padre celestial, nos dejó su Cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, su humanidad y todo cuanto es, como nos lo enseña la fé: todo nos lo dejó para nuestra utilidad y provecho, como un manjar delicado para nuestro sustento y para saciar el hambre angustiosa que nos aquejara. *Cibum*.....etc.

He indicado el asunto de mi discurso. «*Jesucristo, quedándose con nosotros en este divino Sacramento, ha querido alimentarnos con un manjar generoso, para que en adelante no deseáramos las viandas peligrosas de los deleites de este mundo.*»

¡Divina María! A tí dirijo mis lánguidas pupilas, para que tú, que sabes muy bien las intenciones con que tu Santísimo Hijo se quedó en nuestros altares, oculto bajo los cándidos accidentes de pan y vino, me inspires conceptos y expresiones que enciendan en las llamas del amor divino, el corazon de mis oyentes. Esta es la gracia que humildemente vengo á pedirte saludándote con el ángel. Dios te salve María.

No hay, amados mios, inclinacion mas profundamente grabada en el corazon humano, que el deseo de semejarse á Dios; porque conociendo el hombre su propia debilidad y su miseria, y no faltándole luces para encontrar en la Divinidad un abismo de grandeza, un océano insondable de todos los bienes, nada mas natural que apetecer una trasformacion que eleve su naturaleza hasta

un grado, por decirlo así, infinito, y la indemniza de las condiciones defectibles de su ser, uniéndole á *Aquel* que por sí mismo es único, excelso, grande y esencialmente grande.

Por esto Satanás, que aunque perdió la gracia no perdió la ciencia, queriendo seducir á los primeros felices colonos del Paraíso, les expuso falsamente que llegarian á la misma semejanza con Dios, que abordarian hasta la plenitud del Ser divino si comian del fruto que el Señor les habia prohibido. «Seréis como dioses, les dijo, si gustais de esa fruta que el Señor os ha vedado.» (1) Ved aquí, amados mios, el ardid maligno del espíritu infernal, queriendo encubrir con la capa del bien el mayor de los atentados que debia hacer infelices á nuestros primeros padres y á toda su numerosa descendencia.

Pero ¡oh bondad inmensa del Señor! ¡oh sabiduría infinita del Criador! Por los mismos pasos que el enemigo de la humanidad intentaba su perdicion, por igual camino pretende la Providencia divina sacar al hombre del abismo de males en que voluntariamente se habia sumergido, y darle los medios oportunos para elevarlo al cúmulo de toda grandeza, de toda felicidad.

El hombre queria ser semejante á Dios, queria elevarse al apogeo de toda sublimidad, de toda gloria; pero el camino que debia dirijirlo á tan alto fin, debia ser en todo distinto del que el demonio le propusiera. Dios, en efecto, amaba al hombre: ni podia ser de otra manera, puesto que el hombre es obra suya, como que es el barro que El modeló con sus manos; y esta es la razon porque Dios se hace semejante al hombre. Y como el hombre, dice el apóstol S. Pablo, (2) esta obra de predileccion, este hijo querido del Verbo que formó él mismo con sus manos, con tanta complacencia y con tanto amor, no es

---

[1] Génesis, cap. 3.
(2) Hebreos, cap. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que carne y sangre, unidas á una alma intelectiva; este divino Verbo quiso tomar tambien no solo una alma intelectiva, sino la misma carne y la misma sangre del hombre, á fin de parecerse al hombre, de identificarse con el hombre, y de ser hombre, sin dejar de ser Dios; y á fin de que el hombre, como dice S. Agustin, se hiciese Dios é hijo de Dios, así como Dios se hizo hombre é hijo del hombre: y que la identidad y semejanza entre Dios y el hombre fuese en lo posible completa y perfecta. (1)

Ved aquí por qué el Señor, queriendo realizar en el tiempo aquel pensamiento eterno que tenia grabado en su mente divina, habiendo venido al mundo como dice S. Juan, «á destruir las obras del demonio y contrahacer sus maliciosas astucias;» si él pretendió sumergir en el fondo del abismo á nuestros primeros padres por medio de la funesta manzana que para ellos fué bocado de muerte; Jesucristo Señor Nuestro quiere darnos su mismo Cuerpo, su misma Sangre, encubiertos bajo los accidentes de pan y vino, para que alcancemos la salud eterna y la verdadera vida.

Trasportaos, amados mios, en espíritu al cenáculo de Jerusalen. Recordad aquella noche dichosa en que Jesucristo celebró la última cena con sus apóstoles: mirad su corazon inflamado por las llamas del mas vivo amor: contemplad su actitud por una parte imponente y magestuosa, por otra llena de amor y ternura, con que tomando en sus santas y venerables manos, primero el pan, luego el cáliz con vino, y pronunciando las cinco celestiales palabras significativas de aquella admirable *transustanciacion* que iba á realizar, el pan se convierte en su sagrado Cuerpo y el vino en su sangre preciosa. Asombróse el cielo, maravillóse la tierra, temblaron los infiernos al eco de aquellas palabras soberanas, destructoras de la satánica malicia. Aquellas especies consagradas no son un lazo para perder al hombre, como lo fué la fruta

(1) Padre Ventura. Armonías de la Eucaristía.

ponzoñosa con que el mortal enemigo de nuestras almas nos brindó en el Paraiso. Aquel manjar delicioso no lo trasmutamos nosotros, no lo trasformamos en nuestro cuerpo y sangre, como lo hacemos con los demás alimentos. El Dios de las eternidades contenido en aquellas sacrosantas especies de pan y vino, es el que nos trasforma en sí mismo; y nosotros no lo mudamos, no lo alteramos como lo hacemos con los otros manjares. Por eso, en cierta ocasion, dijo este divino Señor al glorioso Augustino: «Soy manjar de grandes. No me mudarás en tí: soy yo el que he de trasformarte en mí mismo.»

¡Feliz invencion del Hijo del Altísimo, cuyo glorioso efecto de trasformarnos en su espíritu, de revestirnos de sus virtudes, de hacernos conforme á la voluntad de su Padre celestial, lo han experimentado en todos los siglos aquellas almas generosas que acercándose al soberano altar con las disposiciones debidas, se elevan sobre sí mismas, se divinizan y se hacen una misma cosa, con aquel gran Dios que bajó del cielo para hacernos semejantes á sí mismo! Porque en efecto: el que recibió á Dios; el que participa de su carne y de su sangre; el que toma un bocado celestial; ¿en qué ha de trasformarse sino en el Dios de las virtudes, en el Hijo del Altísimo, en aquel Señor que para destruir las obras del demonio quiso dársenos en alimento?

De ahí es que las almas nutridas con ese alimento vivífico «le hablan á Dios con el dulce lenguaje del amor; se entregan á los mas sublimes trasportes de ternura, con respecto al Dios Eucarístico, con un gozo tanto mas vivo, con un abandono tanto mas completo, cuanto que no teniendo por objeto mas que á Dios, el ser infinito y perfecto, el ser mas homogéneo á la naturaleza del hombre, el ser mas legítimo de sus afecciones y de sus deseos; estos movimientos y estos actos» (1) no pueden provenir de otro principio sino de la union misma con aquel Señor á quien se han unido al pié de los altares. ¡Feliz

(1) Padre Ventura, obra citada.

Teresa, gloriosa madre mia, que saboreada con las dulzuras del pan del cielo, no hablabas mas que de tu Dios, no hacias otra cosa que pensar en El, y hubo ocasion, que mas dichosa que los espíritus angélicos, hallaste llena tu boca y teñidos tus lábios, con la sangre preciosísima del Cordero sin mancilla. (1)

Convengamos, pues, en que el propio efecto de este Sacramento es alimentar el alma y nutrirla en la virtud, en la perfeccion y en la santidad. No era así en otro tiempo, época muy distante y diferente de la nuestra. Entonces los hombres sentian la misma necesidad que ahora nos aqueja, de un esforzado alimento que fortaleciese su espíritu; de un confortativo que asegurase su estabilidad en el camino del Señor; y no tenian otro mas que los buenos ejemplos de los Patriarcas; los subsidiarios recursos que el Señor les habia dado en el arca de la alianza, el propiciatorio de oro; en los sacrificios de diversas especies; en los ritos y ceremonias del culto. Mas todo esto era un culto muerto, por decirlo así, una devocion sin jugo, árida, seca, y que apenas animaba á los angustiados israelitas. Por eso se dejaban llevar del ímpetu de sus pasiones, sin tener un correctivo, un freno que los sugetase y rindiese del todo. ¿No veis, amados mios, aquel espíritu movedizo como el viento, que animaba al pueblo hebreo que á cada momento se rebelaba contra Moysés, desconocia su autoridad, y poco le faltaba para rebelarse contra el Dios de sus padres que los habia libertado de la dura servidumbre de Faraon? ¿No veis en ellos aquella propension decidida de adorar las deidades extranjeras, á Baal, Belcebú, Belfegor y otras semejantes, sin que los mas severos castigos que del cielo venian sobre ellos, pudieran poner á raya aquella funesta propension que habian sacado en su larga permanencia en la tierra de Egipto? De aquí esa inclinacion funesta á

(1) En los escritos de la santa que están al fin de su vida, citados por el Padre Maestro fray Luis de Leon.

las alianzas matrimoniales con mujeres extranjeras, á los ritos idolátricos, á la insubordinacion, al orgullo y al ningun amor al Dios que los habia preferido sobre todas las naciones de la tierra. Sin embargo, veréis en los justos que reinaron en aquella época, una elevacion de ideas, un continuo conato para subir á Dios, lágrimas y tristeza porque no podian unirse íntimamente al que era centro de su amor y objeto de sus mas tiernas delicias.

«Esta hambre violenta, esta sed ardiente de Dios,» que no podian saciar por falta del verdadero nutrimento del alma, que no tenian á mano, les hacia exclamar á grandes voces: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea unirse contigo y trasformarse enteramente en tí.» (1) «Este alimento sustancial, este alimento divino, este pan misterioso, es el que pedian con sus gritos y sus llantos aquellos niños de que habla el Profeta, es decir, los hombres ántes de la venida del Hijo de Dios á habitar entre nosotros, y que nadie pudo jamás proporcionarles: «Los niños pidieron pan, y no habia quien se los partiera.» (2) Los cultos idolátricos no ofrecian al hombre mas que pan empapado en la sangre de sacrificios infames, pan emponzoñado» (3) que laceraba hasta las mismas entrañas, que muy léjos de unirlos á Dios, los separaba más y más de Dios, de la comunicacion y trato con Dios.

Es verdad que el Dios que habia llamado con especial vocacion á los judíos para que fuera un pueblo figurativo y preparase la comunicacion no interrumpida y el comercio vital que tenemos con nuestro Dios, habia establecido una alianza particular que no era conocida de la pobre gentilidad que habitaba lo restante del orbe y hablaba con aquellos por medio de sus patriarcas, de sus

(1) Psalm. 61.
(2) Thren. 4.
(3) Padre Ventura, obra citada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profetas, del arca del testamento que caminaba siempre con ellos y en medio de ellos residia. El maná era la figura mas expresiva de la Eucaristía; pero acaso únicamente los mas ilustrados de aquel pueblo, penetraban todo el fondo de aquella representacion misteriosa. A los demás les daba en cara y les repugnaba hasta el grado de desear mejor en su lugar los ajos y las cebollas de Egipto. Así pues, la manducacion del Cordero, los panes de proposicion y los restos de las víctimas ofrecidas á Dios, eran, en cierto modo, como un suplemento, como una sombra del gran Sacramento que adoramos en nuestros altares. De ahí viene que entusiasmados con aquellos favores, como niños que se contentan con el oropel á falta de oro verdadero, exclamaban con el mas grande entusiasmo: «No hay en el mundo nacion alguna mas privilegiada que la nuestra: porque ninguna está tan cerca de sus Dioses, ni tan unida á ellos, como nosotros lo estamos del nuestro: él está siempre en medio de nosotros, con nosotros y en nosotros, escudando nuestras oraciones y satisfaciendo todas nuestras necesidades. (1)

Por estas sublimes expresiones, este divino entusiasmo con que hablan los israelitas, es mas propio del hijo de la mujer libre que del hijo de la esclava: ni suena tan bien en los lábios de un israelita, como en los del cristiano que adora realmente sobre el altar santo al mismo á quien tributan homenaje los ángeles en el cielo. Los accidentes del pan nos ocultan el rostro de nuestro Dios; los del vino nos impiden ver aquella sangre divina que en la cima del Calvario corrió á torrentes por nuestra salud. Pero aquel Cuerpo, aquella sangre que adoramos ocultos bajo el velo de los accidentes, son los mismos que se encuentran en la persona de Nuestro Señor Jesucristo, que reside en las alturas del cielo. Ya se acabaron las sombras, ya se abolieron las figuras; la verdad de la palabra de Jesucristo triunfa y triunfará siempre,

(1) Denther. 4.

á pesar de los desahogos de los protestantes, de los calvinistas y de todo heterodoxo que tiene la desgracia de vivir separado de la Santa Iglesia Católica. El amor de Jesucristo triunfó de todos los obstáculos, venció todos los imposibles é hizo cesar todo género de dificultades. El mismo Dios que en el cielo ven descubierto los ángeles, nosotros lo adoramos en nuestros altares, cubierto bajo la modesta cortina de los accidentes. Jesucristo baja del cielo á la tierra; del trono de gloria en que está sentado á la diestra de su Padre, sin pasar por el medio. Jesucristo se encuentra á un mismo tiempo en el cielo y en la tierra: se encuentra en toda la hostia y en cualquiera partícula: se halla simultáneamente en infinitos lugares de todo el orbe cristiano. Todo un Dios obedece á cualquier sacerdote que pronuncia las palabras santas de la consagracion, con mas propiedad que el sol obedeció la voz de Josué cuando lo detuvo en la mitad de su carrera. (1) Los accidentes de pan y vino, se hallan sin sugeto que los sustente. Un cuerpo de considerable magnitud está realmente en toda la hostia y en cualquier punto de ella.

Pero ¿para qué me detengo en la enumeracion de estas maravillas, cuando se cuentan hasta treinta y seis milagros que se obran en nuestros altares, á la prolacion de las palabras consecrativas? Nosotros podremos decir como la Esposa de los Cantares: «Nuestro amado viene desde la altura de los cielos, venciendo montes de imposibles, saltando collados de dificultades.» (2) A esto le obliga nuestro amor, y la palabra que nos dió «de permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos.» (3)

Bien se conoce la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, por los efectos singulares y altamente prodigiosos que ha obrado en

(1) Josué, cap. 10.
(2) Cantar de los Cantares, cap. 2.
(3) S. Mateo, cap. 28.

las almas de los que santa y devotamente lo reciben. ¿Cómo era posible que los mártires sufriesen los potros, los ecúleos, las llamas de fuego, las ruedas de navajas y todos los tormentos que el demonio sugería á los tiranos para probar la paciencia inalterable y la constancia en la fé de los confesores de Jesucristo, si no hubieran estado fortalecidos con el alimento celestial, con «el pan de la vida,» (1) del cuerpo y sangre del Salvador? ¿Cómo los primeros cristianos se ejercitaban en unas virtudes tan heróicas, mas propias de ángeles que de hombres, si no porque la carne y sangre del Señor que recibian diariamente, robustecian su espíritu, para seguir sin interrupcion el camino de la mas rigurosa y severa penitencia? ¿Cómo los santos ermitaños que habitaban en los yermos, en las soledades, expuestos á las inclemencias del tiempo, á los ardores del sol, á las molestias de la lluvia, vestidos de cilicio y sustentados con el pan de la angustia y de la amargura, sufrian con tranquilidad perfecta, con paz inalterable y alegría santa todas estas austeridades, sino porque el pan del cielo les daba el vigor y la fuerza que la debilidad de la carne no podia tener por sí misma?

Sí, amados mios, no hay que dudarlo: aquel pan subcinericio que tomó Elías, ministrándoselo un ángel del cielo, (2) cuando huia presuroso de las iras de la impía Jesabél, con el que se confortó para correr sin intermision por espacio de cuarenta dias, hasta llegar al monte de Dios Horeb, manifestó bajo aquel símbolo, el esfuerzo y el vigor que da el pan Eucarístico á las almas dichosas que lo reciben con las debidas disposiciones, para llegar hasta el monte santo de la perfeccion.

Ni me repongais, amados mios, que ahora no vemos semejantes prodigios; que la cristiandad casi se encuentra en la última agonía; que nos hallamos en los tiempos pronosticados por el Salvador cuando dijo: «Que cuando viniere el Hijo de Dios á juzgar al mundo, apenas encontraria fé en la tierra.» (1) Pues qué, ¿no tenemos ahora para nuestro alimento el mismo pan de vida eterna que gustaron los primeros defensores del cristianismo? ¿No es el Salvador del mundo que reside en nuestros altares, el mismo que el que se hallaba en los primitivos tiempos en la Iglesia de los cristianos? ¿Pues cómo ahora este pan sobrenatural no obra los mismos efectos, no concede las mismas gracias, que en otras épocas eran mas frecuentes y familiares?.....

No creais, amados mios, que sea muy difícil dar una convincente solucion á una objecion que puede presentarse con demasiado esfuerzo y vigor; ántes por el contrario, es una prueba muy evidente de la verdad que hemos sostenido. ¿No veis, amados mios, que el uso de ese alimento divino, no es ahora tan frecuente como en los primitivos tiempos? Por que ha cesado el uso de la fraccion del pan, y la frecuencia de la santa comunion, por esto se halla el cristianismo lánguido, exhausto de fuerzas y sin vigor para resistir á las asechanzas del infierno. Acaso la falta de disposicion en los que le reciben, es la causa del poco efecto que produce. Además, ¿cómo sabemos nosotros la multitud de almas que por muchos años permanecen en la gracia y amistad de Dios, resistiendo valerosamente á las seducciones del mundo, á las tentaciones de la carne y á todos los asaltos del infierno?...

Ved si nó, en confirmacion de esta verdad, esa pléyade santa de vírgenes consagradas al Señor, que con valor invencible, con una heroicidad propia de mejores tiempos y habiendo sido lanzadas reiteradas veces de sus pacíficas moradas por la malhadada mano de la *Reforma*, han cumplido siempre con la difícil y austera regla que profesaron al pié de los altares, sostenidas únicamente por el espíritu y fervor que les comunica la frecuente participacion del augusto Sacramento de la Eucaristía. La sangre divina del Cordero sin mancilla que sostuvo á

(1) Eccli. 15.
(2) Libro 3.° de los Reyes, cap. 19.

(1) S. Lúcas, cap. 18.

los primeros cristianos en medio de las persecuciones y los martirios, sostiene igualmente á las hijas de la seráfica reformadora del Carmelo, de Francisco de Asis y de Domingo de Guzman, para llevar en estos dias de tribulacion y prueba, el peso de la observancia religiosa, con edificacion de los fieles, aprovechamiento de sus almas y glorificacion del Altísimo.

Y vosotros todos, los que perteneceis á la Asociacion de la Vela perpétua, ya que al modo de los sesenta valientes de los mas fuertes de Israel, que rodean el lecho de Salomon; (1) vosotros, que fuertes en la fé, velais el lecho florido del divino Salomon, adorándole y desagraviándole de las muchas ofensas que recibe por parte de los impíos y los falsos cristianos, pedidle con todo el fervor de vuestra alma, que retire de la santa Iglesia de México el soplo maligno del infierno, que pervierte los corazones de los fieles, y haga correr dulcemente el aura suave del divino Espíritu; que nos mantenga sin vacilar en las doctrinas de la fé, que son las únicas que pueden hacernos «felices en el tiempo, felices en la eternidad.»

Sí, dulce Jesus, Redentor amable de nuestras almas, que por un efecto de tu bondad y misericordia has querido permanecer en medio de nosotros hasta el último dia de los siglos, bajo las especies de pan y vino, en ese adorable Sacramento; recibe, Señor, el afecto de tus fieles, la fé y devocion con que te adoran, lo mismo que si te vieran con sus ojos, revestido de nuestra carne: sosten su fé, aumenta su esperanza, vivifica su amor, para que amándote en esta vida como te amaron S. Juan y la Magdalena, merezcan alabarte y gozarte en la otra.

(1) Cantar de los Cantares, cap. 3.

SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EN EL AÑO DE 1859, POR EL SR. DR.

D. D. Guadalupe Romero,

Canónigo de la Catedral de Morelia.

Sanctificavitur altare in gloria mea.
Exo. c. 29, v. 43.

Entre las cosas santas que la religion nos manda adorar, ¿cuál de todas ellas puede esceder en mérito y dignidad al augusto misterio, que con cultos muy especiales veneramos hoy? Jesucristo, hombre Dios, real y verdaderamente oculto entre las paredes del pan y del vino, sin que falte á su humanidad sacrosanta un solo dote, ni á su divinidad una sola excelencia ó perfeccion, es el ob-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los primeros cristianos en medio de las persecuciones y los martirios, sostiene igualmente á las hijas de la seráfica reformadora del Carmelo, de Francisco de Asis y de Domingo de Guzman, para llevar en estos dias de tribulacion y prueba, el peso de la observancia religiosa, con edificacion de los fieles, aprovechamiento de sus almas y glorificacion del Altísimo.

Y vosotros todos, los que perteneceis á la Asociacion de la Vela perpétua, ya que al modo de los sesenta valientes de los mas fuertes de Israel, que rodean el lecho de Salomon; (1) vosotros, que fuertes en la fé, velais el lecho florido del divino Salomon, adorándole y desagraviándole de las muchas ofensas que recibe por parte de los impíos y los falsos cristianos, pedidle con todo el fervor de vuestra alma, que retire de la santa Iglesia de México el soplo maligno del infierno, que pervierte los corazones de los fieles, y haga correr dulcemente el aura suave del divino Espíritu; que nos mantenga sin vacilar en las doctrinas de la fé, que son las únicas que pueden hacernos «felices en el tiempo, felices en la eternidad.»

Sí, dulce Jesus, Redentor amable de nuestras almas, que por un efecto de tu bondad y misericordia has querido permanecer en medio de nosotros hasta el último dia de los siglos, bajo las especies de pan y vino, en ese adorable Sacramento; recibe, Señor, el afecto de tus fieles, la fé y devocion con que te adoran, lo mismo que si te vieran con sus ojos, revestido de nuestra carne: sosten su fé, aumenta su esperanza, vivifica su amor, para que amándote en esta vida como te amaron S. Juan y la Magdalena, merezcan alabarte y gozarte en la otra.

(1) Cantar de los Cantares, cap. 3.

SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EN EL AÑO DE 1859, POR EL SR. DR.

D. D. Guadalupe Romero,

Canónigo de la Catedral de Morelia.

Sanctificavitur altare in gloria mea.
Exo. c. 29, v. 43.

Entre las cosas santas que la religion nos manda adorar, ¿cuál de todas ellas puede esceder en mérito y dignidad al augusto misterio, que con cultos muy especiales veneramos hoy? Jesucristo, hombre Dios, real y verdaderamente oculto entre las paredes del pan y del vino, sin que falte á su humanidad sacrosanta un solo dote, ni á su divinidad una sola excelencia ó perfeccion, es el ob-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jeto de nuestra adoracion. Allí están sus méritos como en un sagrario, sus dones como en una fuente, su amor como en un volcan y su caridad como en un genio activo. Todo Jesucristo está allí encerrado cual es en sí mismo, ora miremos los vínculos de gracia que con nosotros lo unen, ora meditemos sobre sus divinas perfecciones. Por esto el angélico Maestro, (llamémosle el Doctor Eucarístico,) para comprender el concepto total de la Eucaristía, le puso como por emblema «*miraculorum maximum.*»

Y este milagro, el mayor de todos; este misterio que comprende y abraza como un círculo todos y cada uno de los otros misterios, al que tuvieron los profetas como por blanco de su vista, y en el que la Iglesia reposa como en el fundamento de su fé, ¿no le deberémos honrar con especialísimo culto? ¡Oh! ¡Bendita sea la memoria del Papa Urbano IV, á quien debemos los cristianos las gratas satisfacciones de la presente solemnidad! Resuenen hoy entre los cánticos divinos estas notables palabras de su constitucion apostólica: «*Ut praeter cotidianam memoriam, solemnior et specialior annuatim memoria celebretur.* Quiere este pontífice que con una memoria ó con un culto el mas especial y solemne, sea honrado anualmente el sacrosanto misterio de la Eucaristía, ya porque así lo debe la gratitud cristiana á los beneficios de Jesucristo, dice su bula, ya porque con este culto ó memoria anual pueden los cristianos reparar los defectos de su indevocion, de su negligencia é ingratitud á tan alto Sacramento. *Tunc attente in humilitate spiritus et animi puritate restaurent.* Yo añadiria otra causa, si me fuera lícito interpelar mis sentimientos reflexivos entre las razones respetables de la silla apostólica. Añadiria, que para dar á Jesucristo el honor que es debido como al gran Soberano que preside y gobierna á las potestades todas del cielo y de la tierra, es necesaria la festividad presente.

Ya, con esto, descubrí mi asunto. Yo, señores, en la festividad del Corpus, cuyos fundamentos puestos en

el siglo XIII por la beata Juana de Cornillon, y celebrados primero por la Catedral de Lieja, fuero al fin confirmados y estendidos á la Iglesia universal por la santidad del Sr. Urbano IV, en su memorable constitucion *Transiturus de hoc mundo*, dada el año de 1262. veo interesados los triunfos de Jesucristo, los de la religion y los de la Iglesia. Si logro persuadiros, este mi humilde pensamiento hallará en vuestro corazon toda la dulzura que debe respirar en la solemne procesion del Corpus. Hallará que el nombre de Jesucristo, despreciado y abatido, no ya solo por la inícua Sinagoga que le desconoce, sino aun por muchos hijos de nuestra Iglesia que le adora, recobra en cierta manera los aplausos debidos á su grandeza; pues entonces, en estos momentos mejor que otras veces, podemos aplicarle lo que á su nombre dijo el profeta: *Magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificavitur et offertur nomini meo oblatio munda.* Hallará que la religion, como la esposa de este gran Dios, simbolizada en los doce ancianos del Apocalipsis, entona aquel cántico de alabanza, cuyos acentos llenaron de consuelos el corazon del Evangelista. *Alleluya: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiæ. Agni, et uxor ejus praeparavit se.* Hallará, en fin, vuestro corazon, la alegría de que ésta nuestra Iglesia militante, sea en este valle de lágrimas laureada, ó como coronada de honores y alabanzas, pues que en su seno se mantiene ese augusto pan de los ángeles. *Sanctificavitur altare in gloria mea.*

Tales son los tres puntos en que distribuyo el plan de mi pobre panegírico del Sacramento del altar, en el dia solemne de sus triunfos. Asunto de tan alta importancia ciertamente es digno de la teología admirable de los padres de la Iglesia, de su erudicion vasta y de su elocuencia finísima. Mas yo, sin ninguna de estas cualidades, acometo la empresa, fiado solo en que como ministro del Santuario, aunque tan indigno, el Espíritu del Señor se dignará comunicarme la luz, la inteligencia y los afectos ne-

cesarios. Ayudadme á pedirlos por medio de la intercesion poderosa de la soberana Reina de los ángeles, saludándola llena de gracia. Ave María.

Primer punto.

Que el Hijo de Dios, Cristo Señor Nuestro, haya de aparecer triunfante y glorioso sobre la tierra, reparando en el explendor de su augusta magestad los ultrajes con que le hirieron, menospreciándole los hombres, es el vaticinio comun de los profetas. San Juan le ve venir sobre un trono de querubines: el Apóstol dice que se levantarán los justos de sus tumbas, y que los santos vivos, cual en una comitiva, partirán sobre los aires para recibir y hacerle corte al gran rey que viene á tomar posesion de su reino. David profetiza que en ese dia del engrandecimiento de Jesucristo, se iluminarán los montes hasta derretirse con el fuego. Isaías establece para entonces la verdadera paz, y Zacarías le dedica un cántico de honor y de alegría. Cielos nuevos y tierra nueva, dice San Pedro, aparecerán entonces á nuestra vista. Grande será el contento, grande la alegría, pues que el profeta rey hasta entonces, dice, verá satisfecho su regocijo. *Faciabor cum apparuerit gloria tua.*

Pero en tanto que amanece este dia de honor y de grandeza para Jesucristo, los que militamos bajo sus leyes aquí en la tierra, reconociendo y adorando la magestad de su poder ¿no le dedicarémos con nuestros cultos un dia de honor, en recompensa y fiel reparacion de los ultrajes que recibió del hombre el dia amargo de su pasion y muerte, y en remuneracion tambien de los desacatos á que tan libre y amorosamente se sujetó, quedándose sacramentado en medio de las cavilaciones de los herejes, y entre los pecados horrendos de los malos cristianos? ¡Ah, señores! ¿quién no se conmueve al meditar detenidamente acerca de los tormentos y ultrajes que recibió Jesucristo y en ese atarle las manos con duras cadenas, escupirle el rostro con inmundas salivas y fijarlo en una cruz como á un malhechor infame? El cristiano, repito, que medita estos tratamientos inicuos en la persona del ungido de Dios, y vuelve la vista al augusto Sacramento de la Eucaristía, verá por la fé que el mismo Dios está allí oculto; y este cristiano tendrá por muy oscuros los triunfos de Mardoqueo, los de José y los de David. Quisiera una magnificencia como la de los antiguos romanos, trofeos vivos como los de los Césares, alabanzas expresivas como las tributadas por los israelitas á David. Quisiera una ciudad tan adornada y rica como la que S. Juan vió venir del cielo en su Apocalipsis, para llevar triunfante al Hijo de Dios en su Sacramento y cantarle allí las canciones proféticas del Salmista, repetirle las expresiones enfáticas de la Esposa mística, y los versos sentimentales de las Sibilas.

Pues estos son precisamente los sentimientos de la Iglesia en la presente festividad. Como la amante tierna cuyo corazon destila todavía lágrimas de compasion por las injurias y padecimientos á que por amor de ella misma se sujetara su celestial marido, lo lleva en triunfo por las calles públicas, acaricia sus amores con la

ofrenda de un sacrificio el mas grande, el mas augusto; y templando la lira de David le compone un cántico propio, exclusivamente propio del amor festivo que respira en este dia. *Landa, Sion, Salvatorum; landa ducem et pastorem in hymnis et canticis.* ¡Oh Sion, escogida esposa, para quien fueron hechos el Carmelo y las delicias de Saron: hermosa sulamitis, que adornas tu garganta con preciosas margaritas, levántate, entona cánticos de alabanza al Señor Dios tu libertador: á tu pastor y caudillo que con brazo fuerte y robusto, con mano estendida y liberal te sacó de la antigua esclavitud. Emplea todo tu poder y grandeza, toda tu sabiduría y hermosura, todo lo que eres y todo lo que vales desenvuélvelo, derrítelo en alabanzas de amor, porque cuanto se dijera nada es bastante para que esplique la grandeza, el poder y la magestad de este tu Dios. *Quantum potes, tantum aude: quia major omni laude, nec laudare sufficis.* Estiende tu voz como la del ruiseñor en los campos de la soledad, dulce, apacible y cariñosa, porque tratas de elogiar al Dios grande que se hizo pequeño en tu amor: al Dios inmortal que sufrió la muerte por tí. *Sit laus plena, sit sonora, sit jucunda, sit decora mentis jubilatio. Dies enim solemnis agitur in qua mensæ prima resolitur hujus institutio.*

Tal es el cántico, que por expreso mandato del pontífice Urbano IV, compuso el angélico maestro Santo Tomás, en honor y gloria de Jesucristo Señor Nuestro. ¿Y no veis que magestuosamente resuenan las bóvedas del templo cuando las voces trinan sus acentos? ¿Seria acaso mas solemne el triunfo de los israelitas allá al otro lado del mar Rojo, cuando entonaban su cántico compuesto por Moysés al Dios de la magestad? ¡Oh señores! mi espíritu se dilata, mis afectos se derraman con el entusiasmo del amor cristiano, luego que veo salir procesionalmente en este dia el Sacramento augusto del altar. Paréceme que veo á aquel justo rey de Israel danzando lleno de regocijo delante del arca de Dios: la pompa de nuestros templos me recuerda la grandeza del pacífico

rey Salomon, sombra y figura del reinado de Jesucristo, verdadero príncipe de la paz. La alegría y contento universal; los cánticos y las alabanzas; el adorno y la magestad, la concurrencia de todos los fieles á la solemnidad de tan gran dia; todo conspira obligándonos á doblar la rodilla ante el Dios crucificado para tributarle el honor que le rindieron los ancianos bajo el trono de su augusta magestad. *Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem.* Sí, muy digno es que aquel Cordero pacientísimo que subió á la cruz sufriendo tan crueles tormentos por nuestro amor, reciba de nosotros en este dia entre el aplauso y el amor, entre la gratitud y la alabanza, todo el honor que corresponde á su poder, divinidad, sabiduría y fortaleza, magestad y gloria. Rindámosela, pues, con las mismas voces de San Juan: *Benedictio et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor et virtus, et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum.*

¡Feliz y venturoso dia! Loable y bendita sea para siempre la santa ceremonia establecida por el inmortal pontífice Urbano IV. Pero ¡ah! que en medio de estos cristianos regocijos siempre hay un incidente que amarga tristemente nuestro corazon. Muchos hay de entre los cristianos cuyos sentimientos desprendidos del espíritu de piedad, mas buscan en estas solemnidades la diversion y la sensualidad, que la religion, el culto y la virtud. ¿De qué provienen esos desacatos mil, que vuestros ojos habrán observado en la solemne procesion? El lujo y la compostura, la desenvoltura de la carne y la arrogancia del humor, hé aquí lo que comunmente se advierte hoy en nuestras funciones religiosas. Espíritus embriagados con el aromático vino de la intemperancia; génios festivos en menoscabo de la moral pura que respira nuestra santa ley; hijos miserables de la carne, cuya malicia transborda los límites de la flaqueza á que nos arrastra nuestro ser miserable. Estos son los hombres que rodean el

culto que hoy tributamos en accion de gracias al Dios de la magestad. ¿Recibirá este Dios, todo pureza y santidad, el incienso de nuestras adoraciones? Dejo á vosotros la respuesta tan obvia como sencilla, mientras paso á demostraros que en la solemnidad de Corpus se ven palmariamente los triunfos de la religion.

Segundo punto.

Tuvo San Juan en la isla de Padmos una vision de las mas terribles, que en gran manera horrorizó su espíritu. Registradla en el Apocalipsis desde el capítulo diez y siete hasta el diez y nueve; pero entre tanto oid lo que yo puedo referiros en compendio. Presentó el Angel en vision al Evangelista una bestia con siete cabezas y diez cuernos: su color era bermejo y en el tinte se descubrian varios nombres, todos nombres de blasfemia, ó nombres que abrigan bajo su sombra las mas horrendas blasfemias. Sobre esta bestia se sienta una mujer vestida de púrpura, adornada con el oro, con las perlas y con las piedras mas preciosas y ricas de la tierra. Su mano os-

tenta un vaso de oro, cuya copa rebosa de un licor que componen las inmundicias mas asquerosas de la tierra. Esta bestia sale del abismo, y su objeto es pelear con el Cordero de Dios; pero el Cordero vencerá á esta bestia porque El es, dice el Evangelista, el Señor de los señores y el Rey de los reyes. *Hi cum Agno pugnabunt, et Agnus vincit illos: quoniam Dominus Dominorum est.*

Esperais con ansia que yo os diga quien es esta bestia y qué es lo que significa, para que con toda propiedad aseguremos que de ella triunfa la religion en la presente festividad. ¡Ah, señores! poca inteligencia se requiere y un tanto cuanto de estudio en la historia, en los santos Padres y en la experiencia de los tiempos, para asegurar de luego á luego, que esa bestia está simbolizando el espíritu de la herejía: espíritu que tiene tantas cabezas cuantos son los artículos dogmáticos que ataca la verdad simplicísima de nuestro Evangelio: tantas cabezas cuantos son los hombres que levantan el estandarte de rebelion contra el espíritu único de verdad, que sostiene á nuestra Iglesia. Tantas cabezas cuantas son las escuelas pervertidas que levanta entre la sociedad de los cristianos; su color es bermejo, porque nunca la herejía puede presentarse á la clara luz de la verdad. Siempre se cubre con los sofismas, se hace ella misma sombra con la letra material de la escritura; y entre el tinte de este color sombrío hallaréis escritos estos nombres, que conocidos por nosotros, luego decimos, estos son nombres de blasfemia, ó que al menos bajo su proteccion y amparo se sostienen las mas horrendas blasfemias. Hallaréis, digo, los nombres de los Arrios, de los Pelagios, de los Donatos, de los Berengarios, de los Nestorios, de los Luteros, de los Calvinos, de los Jansenios; los nombres de todos los caudillos que la herejía ha levantado contra el santo espíritu de la Iglesia. Las pasiones de nuestra carne, que bajo la forma seductora de una mujer siempre se hacen gratas aun á los ojos de nuestra firme inteligencia. Ese es el genio, no lo dudeis, esa es la mujer que se sienta sobre la bestia, derramando siempre las ri-

quezas mas abundantes, los honores mas apetecibles, los placeres mas gratos para todos los que quieran encantarse de ella; y por lo mismo la vemos engalanada con el oro y con las perlas. Pero ¡oh miserables hijos de Adan! abrid los ojos porque esa mujer seductora os ha hecho tragar, de una copa de oro que tiene en la mano, los errores mas groseros, los principios mas absurdos, las doctrinas mas detestables: os ha embriagado, y por lo mismo, perdida la razon, desquiciada la inteligencia, la moral del mundo cristiano se ha corrompido de grado en grado, caminando de herejía en herejía, hasta venir á dar hoy al sensualismo mas descarado; hasta venir á aquella abominacion infeliz que nos predice el Evangelio diciendo: *Cum audieritis abominationem desolationis quae dicta est á Daniele profeta, stantem in loco sancto qui legit intelligat.*

Tal es la bestia horrible que se presenta á la lid con el Cordero. Sus costumbres son pésimas, sus doctrinas abominables. Oid entre otras mil estas dos que me parecen las mas análogas á nuestro intento. Pedro Mauran, el genio del mal, sembrador de la zizaña, apareció en los campos de la Iglesia el siglo XII. Publicaba esta impía doctrina con el entusiasmo de su fuego. «No creais, repetia á los fieles, en la hostia que consagra el sacerdote, porque se queda en simple pan, ni puede convertirse en el cuerpo de Jesucristo.» Tan horrenda blasfemia fué aprendida por Lutero, quien secundando con mas furor el espíritu de aquel hereje, públicamente decia, que el sacrificio de la misa era una invencion de Satanás. ¡Oh Dios! ¡cuántos ultrajes á la irresistible fuerza de tu diestra! ¡cuántas blasfemias contra el augusto mérito de tu santo nombre! ¡cuánta ingratitud á la esplendidísima liberalidad de tu amor! El veneno de estas doctrinas que con copa dorada derramó la mujer abominable sentada sobre la bestia, se extendió por toda la Alemania, la Inglaterra y parte de la Francia, sin dejarse de inocular una porcion no pequeña de nuestra antigua metrópoli la España. Nosotros mismos resentimos hoy las fatales consecuencias de esa falsa filosofía, en los libros que pasan

casi á todas las manos, en las máximas que se aprenden desde la niñez, y lo que es mas lamentable, en la educacion y en la moral.

Pero alegrémonos con el gozo del Evangelista, pues que si su espíritu se horrorizó con la aparicion de esa bestia, el Angel lo consuela señalándole su término. Vinieron esta mujer y la bestia al juicio inexorable de Dios. El Angel los representa bajo la forma de una grande piedra de molino, y arrojándola con ímpetu á lo mas profundo de los mares, como si dijera á lo mas hondo de los abismos, dijo esta palabra, para nosotros de gozo sempiterno: *Hoc impetu mitetur Babylon civitas illa magna, et ultra non invenietur.* Entonces cuando esta bestia quedó hundida en las cavernas infernales, un gozo universal se levantó en el cielo, los ancianos que rodean el trono, los animales que están á su frente, la muchedumbre que habita bajo del asiento de la magestad, todos entonan el cántico de alabanza porque triunfó el Cordero, y porque en esa solemnidad aparece su desposorio con la Iglesia: *Regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiae Agni: et uxor ejus preparavit se.*

¿Y esperaréis acaso que yo os represente esos triunfos de la religion en la solemnidad de estos dias? ¿No están ellos mostrándose por sí mismos? Allí teneis en el augusto Sacramento al Cordero de Dios real y verdaderamente encerrado entre los accidentes del pan y del vino. Este es el mismo á quien se le debe todo honor, adoracion y gloria: el que ha recibido de su Padre la potestad, el poder y la dominacion para ejercerla en los siglos de los siglos. El es el Dios que reina entre los justos eternamente: *Regnavit Dominus Deus noster omnipotens.* Allí teneis en el sacerdocio magestuosamente vestidos á los doce ancianos que se prosternan sobre su rostro ante el trono del Altísimo, de quien está dicho en el Evangelio que levantarán sus tronos en el solemne juicio del Cordero. Este hace tambien la parte de la Esposa en ese solemne dia del desposorio. El pueblo cristiano, que

con fé sumisa y obediente adora y reconoce á Jesucristo Sacramentado, el pan de los ángeles, la fortaleza de la vida y la santificacion del espíritu; este pueblo es del que se nos dice allá en el Apocalipsis, que levanta la voz de debajo del trono. Así lo vemos en nuestros templos arrodillado y contento, lleno de la uncion santa de la virtud, mientras que por ellos pasa triunfante la magestad de Jesucristo oculta en el Sacramento. ¡Oh religion adorable! ¡cuán palmarios son tus triunfos! Tú nos anticipas en las delicias de la fé los gozos perdurables que el Dios de la verdad y del poder nos tiene reservados para la vida eterna. Pueblo, cristianos, repitamos con entusiasmo en este dia de gloria y magestad, debida toda á Jesucristo; repitámosle que su poder y grandeza reina entre nosotros: que con alegría y contento le tributaremos siempre honor y gloria, porque triunfó de la herejía y estrechó mas fuertemente el lazo de sus desposorios con nuestra madre la Santa Iglesia. *Regnavit*, etc. Réstame demostraros el triunfo de esta Iglesia en la solemnidad de este dia. Seré breve.

No confundamos á la religion con la Iglesia. Aquella se contiene en el seno de ésta: aquella es inmortal; es la misma aquí entre los vivientes como entre los que moran ya en los alcázares del cielo. Mientras que á la Iglesia militante la llamamos el cuerpo moral de los viadores que transitan bajo de un solo poder espiritual y bajo las influencias de una sola fé, esta Iglesia es cabalmente la que llena de honores se mira triunfante en la solemnidad presente. *Sanctificavitur altare in gloria mea.*

Bien sabemos que el sacerdocio de Jesucristo, impreso con marca imborrable en los hombres que fueron llamados como Aaron, fué en unos tiempos el blanco de la tiranía; que fué en otros el fundamento de las discusiones filosóficas; y que hoy es el objeto del sarcasmo y de la burla. ¡Ah! cuánta sangre sacerdotal fertilizó los campos de la Iglesia en sus tres primeros siglos! Los venerables pontífices cubiertos de canas y cargados de méritos bajaban al cadalso ó entraban al anfiteatro, sin que

sus palmarias dolencias ni aun la beneficencia de su caritativo genio moviera la consideracion ni la ternura de los tiranos. Solo en los egul os y en las catastas donde estos venerables hombres derramaban el líquido último de la vida, hallaban la calma de sus furiosos genios los Césares y sus Prefectos. Mucho padeció el sacerdocio bajo el yugo sangriento del imperio romano; no puede quedarse, pues, sin la paga de sus méritos, ni éstas sus virtudes pueden quedarse sin resplandecer aquí mismo sobre la tierra.

Fué tambien el sacerdocio el motivo primero de aquellas discusiones filosóficas que mantuvieron á los pueblos entre el gentilismo, la herejía y el cisma, particularmente en el oriente. La magestad y los sagrados fueros de este sacerdocio, que se explican muy bien llamándoles la túnica inconsutil de Jesucristo, quisieron dividirla en mil partes los filósofos; ¿y cuánto no sufrieron los hombres inaugurados con este carácter? Lo dirá la historia de los concilios y tambien la de los herejes; y de entre estos muy particularmente la de los Arrianos á quienes no dudó llamar S. Gerónimo cuerpo miserable del anticristo. Las vejaciones, las crueldades y los ultrajes á que el sacerdocio quedó sujetó, claro es que lo deberá recompensar el Dios de la magestad con un honor muy distinguido que se considere á manera de premio.

Y últimamente el sacerdocio, del siglo XV á esta parte ¿no se ve ultrajado cual un infeliz demente, en medio del sarcasmo, de la burla y del desprecio? ¡Ah, señores! si el tiempo nos permitiera abrir los libros elementales, los históricos, los novelescos de Rousseau, de Voltaire y de Alembert, filósofos del siglo pasado; y los de Diderot, Llorente, Suè y otros mil que no puedo traer á la memoria, allí veriais las pinturas mas horribles forjadas contra el sacerdocio, para befar su carácter, menospreciar sus fueros y su doctrina, y pisotear con piés inmundos su respetable sabiduría. Esas escenas infamantes parece haberse recopilado como en su centro en ese libro que corre hoy en manos de todos con el título de Misterios de la

Inquisicion, cuya censura acre, cruel y verdaderamente blasfema, no se dirige tanto contra ese tribunal cuanto contra el sacerdocio de Jesucristo. Permitidme una pequeña digresion para deciros, que yo os denuncio ese libro como uno de los mas impíos, para que digais conmigo: «Anatema contra sus doctrinas y contra su autor.»

Tales padecimientos sufre con los hombres el sacerdocio. ¿Creereis que en la justicia de Dios toda equidad, toda rectitud, queden sin el competente premio? Yo bien sé que Jesucristo, el dueño natural de ese sacerdocio y el que inmediatamente sufre las befas de la impiedad, dijo á su vicario el apóstol Pedro, y en él á todo el sacerdocio, que le daria por recompensa de sus sufrimientos todo lo que encierra el misterio de esta sentencia. *Sedevitis super sedes duodecim judicantes duodecim tribus Israel.* Pero tambien sé con San Ambrosio, que la magestad de ese juicio, con cuyos fueros, poder y magnificencia queda recompensado el sacerdocio por sus sufrimientos, no mira solo á la eternidad ó á aquel momento solemne en que el Hijo de Dios se presente sobre la tierra como juez, sino que aquí mismo, en la Iglesia que ese sacerdocio gobierna, se revestirá con los brillos de su magestad y poder. ¡Oh! y tan cierta es esta promesa, ó tan bien verificada la vemos, que sin apelar á otras pruebas de mayor escelencia, solo quiero que fijeis la vista en la magestad con que se presenta en la solemnidad del Corpus, por expreso mandato de la congregacion de Ritos. ¿No os parece mas respetable que la tribu de Leví cuando llevaba sobre sus hombros el arca del antiguo Testamento? ¿No os parece mas hermoso el pontífice con el sacramento en las manos, que lo estaba Aaron revestido del Efód y del Racional? ¿No creeis que el Espíritu de Dios descansa sobre ese gremio con el explendor todo de su poder, de su santidad y de su grandeza?

Iglesia santa, no llores como Raquel la sangre de tus hijos. Ella no solo es fecunda para multiplicar el grano del Evangelio: tus mártires se revisten hoy de la púrpura del rey y sacerdote eterno. Míralos magestuosos, grandes, poderosos, como los describe el sabio en aquella su admirable sentencia. *Sicut scintillae in arundineto discurrent, judicabunt nationes, et dominabuntur populis. Regnavit Dominus illorum in perpetuum.* Tampoco sientas, Iglesia santa, que en tu sacerdocio haya sufrido las contradicciones mas abiertas de la filosofía de la carne. Grandes fueron tus angustias, como las de Esther al oír el decreto de muerte contra su pueblo; pero vuelve la vista, hoy dia de tus triunfos y mira al sacerdocio como otro Mardoqueo á quien en alas de la veneracion lleva el mundo clamando como Amar: «Así honra el rey de los cielos á aquel á quien quiere honrar.»

Y vosotros, génios miserables del siglo de las luces, que tan enfáticamente respirais ódio y venganza contra el sacerdocio, tiñase vuestra pluma con el licor mas acre de la blasfemia, de la burla y del desprecio. Tiempo vendrá, y quizá no muy tarde, en que veréis sentado á ese sacerdocio sobre el trono de la magestad, sirviéndole de emblema aquella sentencia del Evangelio: *Vos estis lux mundi.* ¿Y qué será entónces de vuestra filosofía? ¿qué de vuestros principios? ¿qué de vuestros escritos? ¡Ah! entre tanto mirad hoy al sacerdocio revestido del hábito talar en testimonio de que él es el maestro de la verdad. La magestad eterna es quien lo honra con ese paramento sagrado, porque le tiene hecha esta promesa: *Sanctificavitur altare in gloria mea.*

Vista, pues, bajo estos tres aspectos la solemnidad del Corpus, ¿quién no dirá que en ella quiso Dios reparar los ultrajes hechos en los dias de la pasion á la persona adorable de Jesucristo su Hijo? ¿Quién no advertirá tambien que la religion, maestra de la verdad y depositaria fiel de los misterios de Dios, se muestra en este dia hermosa, triunfante, llena de magestad y de gloria? La Iglesia militante, en cuyo seno vive esta religion, como en su mas augusto tabernáculo; esta Iglesia que entre sus prerogativas cuenta la primera, la asistencia real y

verdadera de Jesucristo en ese augusto Sacramento, ufana se ostenta en sus templos, llevando sobre las manos sacerdotales al autor de la vida, y repitiendo con mas seguridad que los israelitas; *nulla natio tam grandis quae habeat Deos approjncuantes sibi, sicud Deus noster adest nobis.*

No, ninguna nacion ha tenido tan cerca á Dios como los cristianos; ninguna ha tenido como nosotros la seguridad de que en alas de la religion subirémos junto al trono del Señor, si debidamente preparados para venerar y honrar este augusto Sacramento, merecemos ser juzgados por la divina misericordia, que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA, EL 27 DE MAYO DE 1869, POR EL

Presbitero Jose Joaquin Diaz.

Accipite et manducate: hoc est corpus meum.

S. Pablo ad Cor. c. XI, v. 24.

Recibid y comed: este es mi cuerpo.

ILLMO. SEÑOR:

No satisfecho Jesucristo con haber abierto en la Eucaristía las fuentes de la vida espiritual, le ha vinculado, por añadidura, otras gracias para atraer eficazmente al hombre á la frecuencia de este altísimo Sacramento. En el misterio de la Eucaristía, prenda irrefragable del amor de Dios, tenemos garantizadas dulces é inefables delicias con que el Salvador embriaga al alma que dignamente lo recibe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

verdadera de Jesucristo en ese augusto Sacramento, ufana se ostenta en sus templos, llevando sobre las manos sacerdotales al autor de la vida, y repitiendo con mas seguridad que los israelitas; *nulla natio tam grandis quae habeat Deos approjncuantes sibi, sicud Deus noster adest nobis.*

No, ninguna nacion ha tenido tan cerca á Dios como los cristianos; ninguna ha tenido como nosotros la seguridad de que en alas de la religion subirémos junto al trono del Señor, si debidamente preparados para venerar y honrar este augusto Sacramento, merecemos ser juzgados por la divina misericordia, que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA, EL 27 DE MAYO DE 1869, POR EL

Presbitero Jose Joaquin Diaz.

Accipite et manducate: hoc est corpus meum.

S. Pablo ad Cor. c. XI, v. 24.

Recibid y comed: este es mi cuerpo.

ILLMO. SEÑOR:

No satisfecho Jesucristo con haber abierto en la Eucaristía las fuentes de la vida espiritual, le ha vinculado, por añadidura, otras gracias para atraer eficazmente al hombre á la frecuencia de este altísimo Sacramento. En el misterio de la Eucaristía, prenda irrefragable del amor de Dios, tenemos garantizadas dulces é inefables delicias con que el Salvador embriaga al alma que dignamente lo recibe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien y quizá dolorosamente sabemos que la pasion mas dominante en el hombre es el amor á los deleites: placeres y deleites busca con ansia, y apenas los ha saboreado, cuando se le avivan los deseos de gozar y lo que es peor, de una manera nueva é intensa. Si como ordinariamente sucede, en esta exigencia de nuestra naturaleza, somos engañados por una ilusion fatal, tras el desengaño viene el fastidio, tras el fastidio la desesperacion, y tras la desesperacion, ¡ah! señores, vosotros lo sabeis, la muerte perpetua. *Dije yo en mi corazon iré y tendré abundancia de delicias y gozaré de los bienes, y ví que esto era vanidad.*

La experiencia justifica plenamente esta palabra divina del Eclesiastés. Dormido el hombre en los brazos de los placeres, vino á despertarlo una voz celeste, para sacarlo del abismo de la voluptuosidad. *Recibid y comed, le dice Jesucristo, este es mi cuerpo.* Como si le hubiera dicho: Este pan, mi verdadero cuerpo, que tiene todos los gustos y los sabores mas exquisitos, además de ser refugio, sabiduría, herencia, posesion y tesoro, os proporciona quietud, paz, suavidad, dulzura y delicias castas, inefables y celestiales: *recibid, pues, y comed. Accipite*, etc.

Deleites inocentes y verdaderos nos ofrece, con tierna solicitud, Jesus sacramentado; y siendo la personificacion del amor divino y el mismo divino amor, la Eucaristía recrea, deleita, encanta, embriaga, extasia de consuelos indecibles y de dulces delicias. Mas de codiciar que el oro y que las piedras preciosas son estas delicias, y mas dulces que la miel y que el panal. Sin embargo, no siempre aceptamos lo que nos es provechoso ni nos disponemos para recibirlo debidamente; ¡miserable condicion del corazon humano! Menos por una inteligencia carnal de este misterio, que por malicia, no faltan quienes repitan: *duro es este razonamiento, y ¿quién lo puede oir?* ¡Cuanta diferencia entre Dios y el hombre en el Sacramento del altar! Jesucristo es todo finezas; el hombre todo frialdad y aspereza. Jesus nos brinda en si mismo con los

tesoros infinitos de sus gracias; el hombre le niega la consagracion de su cuerpo y de su alma. Jesus quiere colmarnos de las delicias de su amor; el hombre le hace experimentar las amarguras del desprecio, de la traicion y de la ingratitud. De este contraste deduzco el asunto que debo exponeros, y que creo expresado con claridad en los términos siguientes: dulzuras que Jesus sacramentado hace gustar al hombre que lo recibe dignamente; amarguras que causa á Jesus sacramentado el hombre que lo recibe sacrílegamente.

Se ha dicho con verdad, que el placer y el dolor, el ódio y el amor son los dos ejes de la naturaleza y los instrumentos de la Divinidad: voy á mover estos resortes del corazon humano, para inspirar al cristiano respeto santo y ardiente amor á un misterio que asombra á los mismos ángeles y que es un manantial de delicias para los hombres. El Señor, como se lo debemos suplicar por los méritos de la Virgen Santísima, secundará mis esfuerzos por el influjo omnipotente de su gracia. Ave María.

I.

El alma que comulga dignamente, se une á Jesucristo con una union semejante á la del cuerpo con el alimen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, el cual se convierte en la misma sustancia de éste segun piensa San Bernardino de Sena; y siendo Jesucristo el hogar santo, el foco inestinguible, la fuente perenne del amor de Dios, *el alma*, dice San Gregorio, *queda por la Eucaristía de tal manera embriagada del divino amor, que olvida enteramente todas las cosas criadas. ¡Oh yugo del amor santo*, exclama San Agustin, *qué dulcemente aprisionas, qué suavemente oprimes, qué blandamente cargas!* Con profunda filosofía ha definido el Petrarca el amor profano; *es*, dice, *un sabroso veneno, deliciosa enfermedad, apacible suplicio, blanda muerte*; por antítesis y con no menos verdad decir puedo: que el amor divino es un sabroso alimento, delicio-a salud, apacible galardon, blanda vida. Nosotros, señores, acostumbrados al amor profano, no sabemos apreciar el gusto y dulzuras del amor divino. El amor profano comienza, es cierto, con dulzura, pero acaba con amargura y dolor; el amor divino comienza con amargura y dolor, pero acaba con dulzura y suavidad. De este amor con sus goces y consuelos, nos colma Jesus sacramentado. Pero reparemos en tres radicales diferencias entre el amor de Dios y el del mundo, entre los deleites terrenos y los divinos. Jamás los deleites del amor del mundo llenan el alma; las delicias del amor de Dios nos sacian hasta la hartura. Los deleites del amor del mundo son transitorios y momentáneos; los del amor de Dios permanentes é inagotables. Los deleites del amor del mundo vienen mezclados de sentimientos encontrados; los del amor de Dios son pura paz, puro gozo, sin mezcla de mal alguno. Estos gloriosos caractéres de las delicias divinas van impresos indeleblemente en el amor que profesa Jesucristo al alma que comulga debidamente.

Amar, señores, es querer encontrar en el objeto amado lo que falta á nuestro propio corazon: es mirarlo, segun Massillon, como el solo recurso de todas nuestras necesidades y el remedio de todos nuestros males; y cuando consagramos nuestro amor á Jesus sacramentado, no nos equivocamos en nuestras aspiraciones, porque solo Jesucristo es bastante grande para llenar toda la inmensidad de nuestros corazones; solo bastante poderoso para satisfacer nuestros deseos; solo bastante generoso para dulcificar y aliviar nuestras penas. De todo nos hace sentir este amor, y sin él ninguna cosa puede deleitar satisfactoriamente: grande tranquilidad, paz completa y alegría perfecta son los frutos de una comunion digna.

Con Jesucristo en el pecho, el alma puede exclamar verdaderamente: *¡Oh mi Dios y mi todo! ¿qué mas quiero y qué mayor dicha puedo apetecer?* Engolfada en delicias, reposa en aquel único y soberano bien, fuente de todos los demás bienes. A esta plenitud de goces el alma, segun la dignacion de Jesus sacramentado, va ascendiendo por diversos grados de oracion hasta el arrobamiento, cuyo estado es tan feliz por las delicias que en él se gustan, que Sta. Teresa no sabe con qué términos expresarlo, contentándose con afirmar: *que es una manera deleitosísima de gozar el alma: es un gusto y suavidad sin comparacion: es gozar en una especie de agonía con el mayor deleite que se pueda decir.* De los santos anegados en tantas delicias, ha salido este grito, que revela el colmo de la felicidad aún en la tierra: *Basta, Señor, moriré á fuerza de dulzuras, si vos no moderais mi alegría.* ¿Extrañarémos, pues, que tantos héroes cristianos hayan sacrificado tesoros, honores y hasta su vida misma, por la vida, los honores y los tesoros de Jesus sacramentado? Apóstoles, confesores, vírgenes, mártires y todos vosotros, moradores del cielo, contadnos las delicias que disfrutasteis en la tierra; contadnos los favores divinos con que os agració la generosidad de Jesucristo en el Sacramento del altar. Ellos nos responden con Salomon: *Dios ha henchido de delicias nuestros corazones: hemos subido del desierto llenos de delicias*, y con Isaías: *nos hemos saciado en los pechos de la consolacion de Dios y abundado en sus delicias.*

Además de completas son inagotables las delicias que fluyen de la Sagrada Eucaristía. En Dios nunca hay alteracion alguna, *porque no es como el hijo del hombre para que se mude*: tenemos asegurada la perpetuidad de sus

favores, mientras le seamos fieles. En vez de que nos lleguen á faltar, aumentar podemos las delicias con que nos recrea este *pan vivo bajado del cielo*, en proporcion de nuestros esfuerzos para perfeccionarnos en la virtud. Jamás se agotarán los deliquios llenos de una suavidad angélica de que es fuente Jesucristo sacramentado, ni por el número de personas á que se extienda el amor divino, ni por la intensidad en cada una de ellas de este mismo amor. En tal concepto, es digno de reprension el deseo de ciertas almas piadosas que ansian gozar, cuanto antes, la mayor suma de deleites espirituales, quejándose de sequedad de espíritu. Doctrina interesante encierran las siguientes palabras de la insigne Doctora ya citada: *quien quisiere pasar de aquí*, dice, *y levantar el espíritu á sentir gustos que no se le dan, es perder todo: quédase el alma desierta y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en la humildad, mientras mas llegados á Dios, mas adelante ha de ir esta virtud, y si no va todo perdido. Parece alguna género de soberbia querer nosotros subir á mas, pues Dios hace demasiado, segun somos, en allegarnos cerca de sí; y agrega: en especial para mujeres es malo este deseo, pues podrá el demonio causar alguna ilusion, aunque tengo por cierto no consiente el Señor daño á quien con humildad se procura llegar á El.*

Además de completas é inagotables las delicias que manan de la Sagrada Eucaristía son puras, sin mezcla de sentimientos encontrados. Los lazos del amor divino son tan dulces, que carecen de toda aspereza; sus gustos tan positivos, que excluyen todo dolor; su reposo tan quieto, que nada lo perturba; su esperanza tan llena de felicidad, que no teme miseria alguna. Si Dios defiende el alma, ningun enemigo de los muchos que lo asedian, logrará amargar sus dulzuras por sospechas, temores, cólera ó furores.

Pero ¿cómo explicarémos, señores, las aflicciones de los justos en medio de sus delicias? ¿Cómo conciliarémos tanto gozo con los tormentos de los mártires, por ejemplo? Tertuliano satisface esta pregunta: «Un cristiano,

dice, halla en la prision las mismas delicias que hallaban los profetas en el desierto. Cuando está fija el alma en el cielo, no siente ya el cuerpo el peso de las cadenas, porque lleva aquella consigo á todo el hombre.» Con su sabiduría acostumbrada dice tambien el autor de la Imitacion de Cristo: *El amor es un gran don, porque solo él vuelve ligero lo que era pesado, y solo él sufre con una tranquilidad inalterable todos los accidentes de la vida, hasta llevar sin pena lo mas enojoso y haciendo agradable y dulce lo que nos pareciera mas amargo.* No negaré que nos manda el apóstol procurar con temor nuestra salvacion; pero nos habla de un temor fundado en nuestra propia debilidad y no de un temor y desconfianza del amor de Dios, que nunca puede faltar á su palabra, y que nos infunde tal confianza, que podemos decir realmente: *El Señor es mi luz y mi salud; ¿á quién temeré?* Ni las tentaciones, ni las persecuciones, ni los embates de los hombres, ni las sugestiones de los demonios arredran al cristiano alimentado con el pan eucarístico, en donde solo se encuentra un manantial de inefables delicias.

Pero así como agota Jesucristo todo su amor en favor del hombre, recreándolo con las delicias del Santísimo Sacramento, cuando se prepara debidamente, así tambien no pocas veces agota el hombre todo su ódio contra Jesucristo, causándole amarguras acerbas, cuando comulga sacrílegamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Quien comulga en pecado, incurre en tres defectos detestables que son otras tantas fuentes fétidas de amarga hiel, que derramamos inícuamente en el corazon tierno y amante de Jesus sacramentado: la comunion sacrílega envuelve *un desprecio, una traicion y una ingratitud.* Veamoslo, señores, para aterrarnos saludablemente, á fin de evitar, con todas nuestras fuerzas, llegar á ser, una sola vez, reos del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

No anima á la Divinidad un vehemente deseo de unirse al hombre por la Eucaristía, si no se ha purificado por una penitencia sincera; y no hacerlo así, es un acto de desprecio el mas culpable hácia la divina Magestad, cuyo nombre es santo y en quien es santo todo. Aún en las relaciones de hombre á hombre, nos esmeramos en preparar la casa y los homenajes de respeto, segun el rango de las personas que nos visitan; ¿cómo nos deberémos disponer para unirnos en la comunion con el Soberano de los cielos, con el Hijo de Dios, cuya santidad, dignidad y grandeza son infinitas? Así como Dios nos ha testificado su amor, dándonos por habitacion el mundo con todas sus gracias y riquezas, de la misma manera el hombre debe disponer á su Criador, cuando lo recibe bajo las especies sacramentales, una morada digna del Rey de los reyes y Señor de los señores; de tal suerte, que su alma sea un vaso puro y santo, digno hogar del sacrosanto Cuerpo de todo un Dios.

Sin embargo, dividido nuestro corazon entre los intereses temporales y eternos, no cumple con la exactitud debida el precepto del Apóstol, *que nos probemos*, esto es, que nos examinemos bien antes de recibir la divina Eucaristía. Por esta conducta sustituimos el sacrilegio á la piedad; en lugar de un santuario decorado preciosamente, le damos un albergue inmundo; en lugar del sonoro eco de alabanzas y acciones de gracias, el bronco ruido de las pasiones agitadas; en lugar de la santa alegría de los hijos de Dios, el torpe goce de las cosas terrenas y la miseria del vicio en lugar del explendor de las buenas obras. No, no conviene recibir así á un Dios que, teniendo por dosel el firmamento y millones de mundos por gradas de su trono, es adorado incesantemente por las celestiales inteligencias. No demos ocasion á que nuestro amantísimo Jesus prorrumpa en esta tierna queja: *He criado y elevado á unos hijos que me han despreciado.* Que nunca tenga motivo para interpelarnos de este modo: *Pueblo mio, ¿qué te hice ó en qué te fuí molesto? Respondedme*, y no sabrémos qué responder, despues de haber profanado el Cuerpo y la Sangre del Cordero: nuestra confusion seria entonces completa, nuestro espanto terrible, nuestra impenitencia segura á la hora de la muerte. Pero no solo es un desprecio la comunion sacrílega, es mas que un desprecio, es tambien, señores, *una traicion.*

Personificacion de los que comulgan sacrílegamente es Júdas. Júdas comulgó tambien en la memorable noche de la cena, pero con la simulacion en el semblante y el ódio en el corazon; y con un pérfido beso entrega á Jesus en manos de sus enemigos. «Júdas son, dice el eminente orador Ventura de Ráulica, Júdas son los que se acercan al tribunal de la penitencia, y despues se sientan en la Mesa eucarística, como si quisiesen reconciliarse con Jesucristo, abrazarle y hacerse sus amigos fieles; mientras que su corazon no se ha mudado; mientras que están prontos á volver á la vida de escándalo y de pecado que solo interrumpen por algunos instantes; mientras que en estos actos no se proponen otra cosa que engañar al público y conjurar el anatema de la Iglesia; mientras que solo dan al Señor un beso impío, pues salen del santo Tribunal sin tener un pecado de menos y cargados con dos sacrilegios mas.»

Como Júdas por un vil interes, vendemos, en la co-

munion sacrílega, el pan de los ángeles á los demonios por el precio inicuo de nuestros gustos mundanos. Como Júdas que de amigo pasó á enemigo y aliado de los enemigos de Jesus, nosotros, tránsfugas de la gracia, renegamos de nuestro Dios; y aliados con el enemigo comun, traicionamos á Jesus pérfidamente. Como Júdas que, mientras mas se acercaba con el cuerpo al Salvador, tanto mas se alejaba con el alma, nosotros nos unimos con el cuerpo á Jesucristo por la comunion; pero si esta es sacrílega, nos separamos un abismo de El con el alma. Como Júdas que no dió gracias despues de la santa cena, el que comulga sacrílegamente tampoco las dá sino fementidas, con una boca seca, con un corazon vacío del amor divino; y como Júdas el primero que comulgó indignamente, sacó la muerte del pan de vida. ¿Qué suerte aguarda al que imite su sacrilegio? Una Justicia severa, un castigo terrible. Verdugos del alma, lo seremos tambien del cuerpo: á la hora de la muerte nos devolverá el demonio meridiano con un beso fatal, el pérfido beso que dimos á Jesus, y no tendremos por estipendio de nuestra traicion otra cosa que la eterna condenacion.

Pero no solo es un desprecio y una traicion la comunion sacrílega, es mas que un desprecio y una traicion, es tambien, señores, *una ingratitud*. La ingratitud envuelve tres desórdenes: el olvido del beneficio, la deshonra del bienhechor y la correspondencia con injurias. Por esto es tan execrable que, segun Platon, *lleva en sí todos los vicios. El ingrato no merece los atributos de hombre*, dice otro escritor, y San Bernardo, explicándola por sus efectos en el órden sobrenatural, afirma: *que es un viento abrasador que seca los manantiales de la gracia*. Pues bien, una ingratitud comete quien sacrílegamente comulga, porque olvida los tesoros de amor; el cúmulo de bienes reservados solo para él en la Eucaristía: profana, envilece el adorable cuerpo de Jesucristo y arroja á esta *margarita preciosa, el Santo de los santos, á los animales inmundos*. En la comunion sacrílega, inícuamente ultrajamos al Rey del cielo y de la tierra, somos infieles al

tierno Esposo de las almas, desdeñamos la solicitud de este Médico soberano, ajamos la autoridad de este supremo Juez, rechazamos los cuidados de este Pastor amante, ¿y no es esto, señores, una ingratitud monstruosa? En la comunion sacrílega, desconocemos el beneficio de la creacion como los ateos: vilipendiamos el beneficio de nuestra redencion como los herejes y como los pecadores endurecidos, renunciamos el beneficio de nuestra glorificacion: ¿y no es esto, señores, una ingratitud monstruosa? A tales excesos conduce al hombre la comunion sacrílega.

Una vez enseñaba Jesus en el templo de Jerusalen su celestial doctrina; y habiéndosele acercado los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, les dijo: «Semejante es el reino de los cielos á un rey que hizo bodas á su hijo, y mandó que congregaran cuantos hallasen, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. Entró el rey, y vió á un hombre que no estaba vestido con traje de boda, y le dijo: amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entónces el rey dijo á sus ministros: atado de piés y manos, arrojadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes.» Señores, no es otra la suerte del que comulga sacrílegamente. Jesucristo con una generosidad propia de un Dios, nos ha invitado al convite de su Cuerpo y de su Sangre, bajo la condicion de que nos acerquemos á la celestial Mesa ricamente adornados con los atavíos de la virtud. Si con inaudito atrevimiento nos sentamos al convite de la comunion sin pureza de conciencia, amigo, nos dirá Jesucristo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Nuestro silencio será la confesion del sacrilegio, y trás la confesion del sacrilegio vendrá la eterna condenacion.

Para evitarnos con tiempo tamaña desgracia, Jesucristo nos brinda con las delicias espirituales y eternas de que nos inunda el Santísimo Sacramento: con una solicitud paternal, nos detiene en la carrera de los placeres mundanos, ofreciéndonos gustos y deleites inexplicables, que

remplazan con ventaja la sombra de felicidad que nos seduce. *El que halla sus delicias en estar con los hijos de los hombres*, nos asegura, en la participacion de su Cuerpo y de su Sangre, freno para las pasiones, fortaleza contra las tentaciones, medicina para cualquiera enfermedad del espíritu.

El Señor que por ministerio de un ángel dijo á Elías, *levantaos y comed*, nos dice por sí mismo: *Recibid y comed, este es mi cuerpo;* y nos inspira para hacerlo con las disposiciones convenientes, sentimientos de humildad, pesar de nuestras culpas, respeto, atencion, fervor, modestia, amor y confianza. Esto es el colmo, señores, del amor de Jesus sacramentado. Comamos, pues, este pan con que Dios nos convida; pero comámoslo á menudo y con limpieza de alma: así lo exigen el contínuo agotamiento de nuestras fuerzas en la larga y penosa carrera de la vida y nuestra suerte futura. «¡Oh boca del hombre, vaso misterioso, ábrete para recibir al Dios que te ha hecho, al Dios de quien tu hablas, al Dios que conoce las vías para penetrar en tu alma y comenzar el abrazo sustancial que se consumará en la eternidad!» exclama conmovido Lacordaire.

¡Oh buen Jesus, amantísimo Salvador! Bajo el velo del Sacramento, te confesamos y adoramos realmente presente: para nosotros nada es tan cierto como que resides en ese pan de los ángeles bajado del cielo, para la vida y para las delicias de la vida del hombre miserable. Tú, cuya inmensidad publican los mares con sus mugidos; Tú, cuya ira anuncia con sus estragos el huracan; Tú, cuya justicia ostenta el rayo al desatarse en surcos de luz sobre la tierra, te humillas, Señor, hasta visitar al hombre á pesar de su bajeza, y le infundes el soplo vigoroso de tu aliento y lo colmas de delicias y favores. Haz que descienda sobre nuestras almas, en abundancia, tu celestial claridad y tu gracia fecundante. ¿Nos negarás, Señor, este insigne beneficio, Tú que eres tierno Padre del pecador y dador de toda consolacion interior? Sin tí nada bueno tiene el hombre, nada santo. Lava nuestras

manchas, riega la aridez del corazon humano, sana sus enfermedades. Doblega nuestra resistencia á tus mandatos, impulsa nuestras rectas inclinaciones, dirije nuestros pasos por el sendero de la virtud.

Con tales gracias, hermanos mios, habiendo evitado causar á Jesucristo las amarguras de una comunion sacrílega, nos saciarémos en los goces y delicias de una comunion fructuosa, conseguirémos el don de la perseverancia final; y por último, al recordar cuando exhalemos el postrer suspiro, que le dimos en nuestros pechos digno hospedaje, nos llegará á decir Jesus sacramentado: *Venid*, amados mios, *venid á sentaros en el festin eterno.* Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA

FESTIVIDAD DE CORPUS CHRISTI,

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE AMOZOC, EL DIA 23 DE JUNIO DE 1851,

por su Cura interino G. M.

Dia tambien de la festividad de S. Pedro.

Non Moyses dedit vobis panem de coelo; sed pater meus dat vobis panem de coelo verum.

Joann. c. 6, v. 32.

Moysés no os dió pan del cielo; mi Padre es el que os dá el verdadero pan del cielo.

Evangelio de S. Juan, c. 6, v. 32.

El hombre rey de la creacion un instante, allá en el principio de los tiempos, alzaba en el Eden su frente erguida, recibiendo los homenajes de toda la naturaleza. Mas aquella dicha pasó como una ilusion de la juventud;

una fatal desobediencia derramó el gérmen de la muerte y de los dolores en el corazon del culpable; arrancó de su cabeza la corona de rey; marchitó las flores que servian de alfombra á sus plantas sembrando de espinas el camino de su destierro; y el ángel del Señor teniendo en su diestra la flamígera espada y en su rostro un reflejo de la indignacion eterna, se puso á guardar las puertas del paraiso, contra la raza criminal que habia osado profanarle con la culpa.

Ved al hombre ya en la vasta soledad donde rugen las tormentas, donde quema el sol, donde se desatan los huracanes. Vedle... Ya no es aquel monarca explendente de nobleza y gracia, á cuyos piés se tendian llenos de respeto el tigre y el leon: su frente arrugada por el pesar y la vergüenza, se inclina hácia una tierra ingrata: su pecho se comprime con el dolor y el miedo, sus plantas vacilan bajo el peso del infortunio. Pero ved á la religion aceptando y consagrando el arrepentimiento, prometiendo una reparacion gloriosa del primer crímen é imprimiendo de nuevo en la frente del infeliz mortal un sello de grandeza donde se ven todavia su noble origen y sus inmortales destinos.

Aquella sublime inteligencia, destello de la de todo un Dios, quedó sujeta á los torpes instintos de la materia impura; y hé aquí al hombre marchando por sendas de perdicion y de muerte. Toda carne habia corrompido sus caminos, y el Señor Dios quiso sepultar el corrompido linaje bajo las revueltas aguas del diluvio. Pero la religion habia preservado á una familia de la corrupcion general y recogió en el arca los gloriosos restos del pueblo fiel.

En vano habia bramado la tempestad sobre la raza delincuente: el hombre dió al olvido la catástrofe y el universo entero hubiera vuelto á sumergirse en las tinieblas del error, si la religion no hubiera llamado á Abraham para continuar en su descendencia los prodigios del cielo. En vano tambien se multiplicaron esos prodigios: en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vano fué que el pueblo escogido viera la llúvia misteriosa del maná, el salto del agua de la roca de Oreb, los relámpagos del Sinaí, el derrumbamiento de los baluartes de Jericó á la vista del arca santa... Aquel pueblo ingrato adoró el becerro y la serpiente, se olvidó de Dios y mató á sus profetas.

Pero los tiempos se habian cumplido y era preciso que se cumplieran tambien las promesas del Eterno. La caduca ley de Moysés, conculcada y mal cumplida en un rincon de la tierra, no bastaba para contener el torrente de la idolatría que dominaba al mundo. Eran necesarios un nuevo legislador y una nueva ley: era menester que la realidad reemplazase á la esperanza, la verdad á los símbolos, la Iglesia á la Sinagoga, y empezó la vida de un Dios en un pesebre y acabó en una cruz.

La refulgente antorcha de la verdad levantada en el Gólgota, penetró en la noche del paganismo, y á su vista cayeron en tierra los ídolos espantados. Un hombre divino, modelo de humildad, de pobreza y de caridad, predicando con su palabra y ejemplo contra el poder de las pasiones desordenadas, le sustituye con el de las virtudes y abnegaciones, sella con su sangre la alianza de un pueblo nuevo y mas querido del Dios de la eternidad, y probando con los medios mas auténticos é irrecusables ser el mismo Hijo de Dios mandado al mundo para su redencion, le consagra todo su amor y queda sacramentado para siempre con los hombres y para los hombres, instituyendo la augusta Eucaristía, que léjos de ser el pan misterioso con que Moysés alimentó por cuarenta años al pueblo hebreo, es el verdadero pan celestial que alimenta al hombre hasta la consumacion de los tiempos, y es la garantía, el don mas precioso é inestimable de su amor que le afianza una felicidad eterna. *Non Moyses*, etc.

Ved pues, señores, el objeto de mi breve y humilde discurso en este dia. El Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Unigénito de Dios, es don del cielo, es el pan verdadero en nuestra triste peregrinacion, y el

signo de la alianza del Nuevo Testamento. Para poder emitir mis reflexiones con aquella sancion y eficacia que corresponden á su santo objeto y al útil aprovechamiento del pueblo cristiano que me escucha, preciso es suplicar humildemente la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Santísima Vírgen María, concebida sin pecado original. Ave María.

Non Moyses dedit vobis, etc.

Gloriábase y con razon el pueblo de Israel de merecer del inefable Jehová aquella predileccion que frecuentemente le anunciaba por el órgano de su legislador Moysés, y que comprobó de tantas y tan bondadosas maneras, cuales nos manifiestan las sagradas letras, tradicionadas hasta nosotros por disposicion de nuestro Dios. En efecto, señores, ¿de qué otro principio pudieran haber partido aquellos estupendos prodigios que el Señor obró en beneficio del pueblo hebreo por el ministerio del mismo Moysés y del sumo sacerdote Aaron? ¿A qué otra causa sino á su misericordioso amor, pudieran atribuirse la libertad que esa nacion obtuvo sustrayéndose de la tiranía de Faraon y sus egipcios: la marcha por en medio del desierto, guiada durante el dia por la nube

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misteriosa, y por la noche por la columna de fuego que encendia el poder divino: la periódica y salutífera llúvia del maná con que esas masas trashumantes se mantuvieron por cuarenta años; y el maravilloso salto del agua de la roca del Oreb con que saciaron su sed en las ardientes llanuras del mismo desierto; y en fin, aquellos otros portentosos acontecimientos á cuya merced debieron la vida en la terrible noche del ángel exterminador del Egipto; y los demás desde su fuga de la funesta ciudad hasta la feliz posesion de la fértil y prometida tierra de Canaan?

Inconcebibles al entendimiento humano son á la verdad, señores, estos y otros beneficios sin cuento que el Dios de Israel dispensó á su pueblo querido por efecto de aquella primera alianza que con él celebró, á ruego y mediacion del mismo Moysés, de la cual fué signo el sacrificio de inocentes víctimas con cuya sangre roció éste al pueblo y á la ley, pronunciando estas palabras: «*Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros.*» Pero sancionada estaba en los consejos de la eterna Providencia, otra alianza, muy mas que aquella solemne, permanente y valiosa, reservada á otro pueblo que si bien ingrato y desnaturalizado mas que otro alguno de la tierra, debe sin embargo al Señor un amor mas ardiente, una predileccion mas explícita. Aquella alianza es la celebrada en el Gólgota; y este pueblo predilecto pero ingrato, es el pueblo cristiano; el pueblo de quien dijo Jesucristo: mis delicias se circunscriben á habitar con los hijos de los hombres. *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Por ello quiso ratificarle esta alianza verdaderamente misericordiosa, con el signo mas prodigioso, con la garantía de infinita estima y valor, con el testimonio del mas ardiente y acendrado amor, con el Sacramento inefable del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo verdadero de Dios y Salvador generoso del pueblo redimido con su muerte.

Pasaron los tiempos de los símbolos misteriosos, y sucedieron los de las genuinas y reales significaciones: terminaron las promesas y comenzaron los cumplimientos: cesó el imperio de la ley escrita, y se sancionó la de gracia; y el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, tan generoso y munificente para con el pueblo hebreo, regido por Moysés, lo ha sido mas con el cristiano gobernado por Jesucristo, quien al separarse de los mortales, despues de haber sellado con su sangre el pacto del Nuevo Testamento, quiso dar, y de facto dió al hombre por el ministerio del sumo sacerdote, segun el órden de Melquisedec, el verdadero pan del cielo, el pan de vida eterna, el alimento de gracia celestial. *Non Moyses*, etc.

Aquel Dios poderoso y fuerte, cuya imperiosa voz abrió camino practicable y seguro en medio de las ondas de un mar proceloso á su pueblo querido para librarlo de ser presa de su enemigo: que le alimentó por cuarenta años en el desierto con el maná celestial y misterioso, y que se dignó ser su defensor y su guía en su larga y laboriosa peregrinacion; aquel Señor que quiso hacer sensible su magestad y grandeza entre los truenos y relámpagos del Sinaí, y su presencia en el templo por medio de una nube magestuosa y explendente; este Dios infinito á cuya voz airada se conmueven los polos de la tierra y se estremece el universo entero, y ante cuya presencia no se atreven los ángeles á levantar su faz humilde y respetuosa; este Dios, tal cual es por su divina naturaleza y con todos sus adorables atributos, por amor del hombre se obliga á mantenerse en la pequeñez de las especies para dar al mismo hombre vida, refaccion, gracia y bienaventuranza. Y todo esto ¿por qué? porque sus delicias son habitar con los hijos de los hombres. *Deliciae meae*, etc.

Por esto es, señores, por lo que la Sta. Iglesia al venerar, alabar y confesar este augusto misterio, nos enseña que en la comunion eucarística se recibe al mismo Hijo de Dios. *In quo Christus súmitur*; que este Sacramento es un memorial ajustado y completo de su amarga pasion y afrentosa muerte: *Recolitur memoria passiónis ejus*: que por su recepcion, el alma del pecador contrito y humilla-

do, recibe todo el explendor y poder de la divina gracia que lo reconcilia con su Dios: *Meus impletur gratia*, y por fin que este santo y venerable sacrificio, es el signo, la prenda y el don de la alianza nueva que nos garantiza la bienaventuranza eterna: *Et futurae gloriae nobis pignus datur.* ¡Oh incomparable amor divino!

Los hechos heróicos y magnánimos del Salvador del mundo desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte en una cruz; las autoridades de la Iglesia y sus santos padres, y las humildes reflexiones que sobre mi objeto acabo de haceros, deben haberos persuadido de que en el augusto misterio que hoy estamos recordando con reverencia, se ha vinculado lo que el mismo Jesucristo anunció á sus apóstoles en las palabras que os he recordado: *Non Moyses*, etc., y por tanto el pueblo cristiano debe adorar un don del cielo: debe estimar una refaccion sobrenatural para caminar tranquilo y seguro en su peregrinacion sobre la tierra, hasta llegar al término ofrecido y deseado; y debe por fin conocer que el mismo inefable Sacramento es el signo y la garantía de la nueva alianza celebrada en el sacrificio del Gólgota desde donde nos fué otorgado el ardiente amor de Jesucristo que se reproduce diariamente en el sacrificio del altar que celebra la Santa Iglesia, la que tambien quedó erigida desde entonces y regida por el príncipe de los apóstoles S. Pedro, de cuyo martirio se hace hoy reverente recuerdo en todos los países católicos, pues en virtud de aquellas palabras de su Maestro Jesucristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia.» *Tu es Petrus*, etc., á este santo Apóstol le fué conferida la suprema dignidad de la Iglesia católica, no solo en premio de la ardiente fé con que en muchas veces y en esa particularmente confesó la divinidad del Salvador y el intenso amor que le profesaba, sino tambien en complemento de la confianza sin límites que mereció á su Maestro para constituirle en piedra fundamental de aquella y hacerlo depositario de la justicia divina, asegurándole: que ella confirmaria las sentencias que él y sus sucesores pronunciasen en la tierra. Desde este momento quedó Pedro constituido príncipe de los apóstoles, vicario de Jesucristo en la tierra, piedra fundamental de la religion y cabeza visible de la Iglesia católica, la cual, mientras que los imperios pasan y desaparecen y los famosos monumentos que levanta el orgullo de los habitantes del mundo se derrumba por el peso de los años, y cuánto tiene un carácter humano acaba por reducirse al polvo de que salió, solo ella, con la adorable religion que la sostiene, sobrevivirá á todo; y elevándose sobre las ruinas de lo que fué, como el arca de Noé sobre las aguas del diluvio, aparecerá siempre en las alturas armada de la cruz en que venció Cristo á sus enemigos, bajo cuya enseña los pueblos todos de la tierra, despues de catástrofes sangrientas, de conmociones generales, de errores sin cuento en que los habian precipitado las falsas religiones, arrepentidos y llenos de infortunio, sentirán algun dia la necesidad de una fé viva, de una esperanza firme, de un dogma fundado en la revelacion del verdadero Dios, y este sentimiento los hará retroceder de la carrera de la incredulidad, buscando una base firme y estable en que fundar puedan su moral, el órden de sus sociedades, la felicidad de sus familias y una bienaventuranza eterna; y todo lo hallarán en la religion del Crucificado y en las gracias y santidad que comunica el adorable Sacramento de la Eucaristía.

Y ¿cómo deberémos nosotros retribuir á nuestro misericordioso benefactor los beneficios que nos ha prodigado con mano tan liberal? *Quid retribuam Dómino pro omnibus quae retribuit mihi?* ¿Cómo, pues, deberémos conducirnos desde este instante si ántes no lo hemos hecho con nuestro Padre, todo lleno de bondad, de misericordia y de amor? Ah! para el pueblo católico que me escucha, obvia y precisa es la resolucion. Debemos, pues, retribuir tanto amor, consagrando á Dios todo el nuestro para amarle con todo el alma, con todas las potencias, con todo el corazon: debemos guardar su léy santa, con diligencia, respeto y temor: debemos acercarnos con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frecuencia al salutífero Sacramento con absoluta pureza del corazon, con la mortificacion de los sentidos, con la reforma de las pasiones, con la abnegacion de nosotros mismos; y debemos por último tributar á su Magestad las mas fervientes y humildes gracias por los beneficios recibidos desde el primer dia de nuestra existencia y por la remuneracion de la bienaventuranza eterna que nos tiene misericordiosamente ofrecida, la que por su pasion y muerte y por la intercesion de la inmaculada Virgen María, esperamos gozar por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EL DIA 15 DE JUNIO DE 1862,

POR EL PRESBÍTERO

D. Francisco María Ormachea,

Capellan penitenciario del

Santuario de Santa María de los Remedios, despues Obispo de Tulancingo.

Inmola Deo Sacrificium laudis.
Psal. XLIX. v. XIV.
Ofrece á Dios un Sacrificio de alabanza.
Verso 14 del Salmo 49.

ILLMO. SEÑOR:

Las fiestas sagradas, entendiendo por este nombre aquellos dias de regocijo y de reunion solemne (1) en que descansamos de las obras serviles, para ocuparnos en ejercicios de religion y de piedad, (2) aunque con diversos ritos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frecuencia al salutífero Sacramento con absoluta pureza del corazon, con la mortificacion de los sentidos, con la reforma de las pasiones, con la abnegacion de nosotros mismos; y debemos por último tributar á su Magestad las mas fervientes y humildes gracias por los beneficios recibidos desde el primer dia de nuestra existencia y por la remuneracion de la bienaventuranza eterna que nos tiene misericordiosamente ofrecida, la que por su pasion y muerte y por la intercesion de la inmaculada Virgen María, esperamos gozar por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EL DIA 15 DE JUNIO DE 1862,

POR EL PRESBÍTERO

D. Francisco María Ormachea,

Capellan penitenciario del

Santuario de Santa María de los Remedios, despues Obispo de Tulancingo.

Inmola Deo Sacrificium laudis.
Psal. XLIX. v. XIV.
Ofrece á Dios un Sacrificio de alabanza.
Verso 14 del Salmo 49.

ILLMO. SEÑOR:

Las fiestas sagradas, entendiendo por este nombre aquellos dias de regocijo y de reunion solemne (1) en que descansamos de las obras serviles, para ocuparnos en ejercicios de religion y de piedad, (2) aunque con diversos ritos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y ceremonias, han existido siempre desde la antigüedad mas remota. (3) En tiempo de la ley natural, las personas públicas designadas, ó por una inspiracion interior como Abel, (4) Enos, (5) y Moysés, (6) ó por la eleccion de los hombres, como los padres de familia y los primogénitos, ofrecian sacrificios á la Divinidad, en accion de gracias por los beneficios recibidos. Noé, (7) preservado con su familia del Diluvio universal: Abraham, (8) seguro de las bendiciones del cielo en favor de toda su posteridad: Isaac, (9) confirmado en ellas por el mismo Dios; y Jacob, (10) volviendo de la Mesopotamia, honrado con la renovacion de las promesas hechas á sus padres y reconciliado con su hermano, erigieron altares ó invocaron sobre ellos el nombre del Señor. Convertida en nacion la familia de los hebreos, guardaba las solemnidades de institucion divina, (11) las que estableció la Sinagoga despues de la promulgacion de la ley, entre las cuales se contaba la dedicacion del templo, (12) que el mismo Jesucristo se dignó honrar con su presencia, (13) y el aniversario de algunos sucesos menos importantes, como la salvacion de Bethulia por Judith, (14) la de los judíos por Esther, (15) y la señalada victoria reportada sobre Nicanor, por el esforzado Júdas Machabeo. (16) La Iglesia cristiana celebra por tradicion apostólica las fiestas de Jesucristo y de los mártires, (17) y con la autoridad recibida de su divino Fundador, (18) ha establecido ó aprobado posteriormente otras muchas.

Las fiestas de la ley natural, recordaban á Dios como autor, conservador y gobernador del universo y nuestro bienhechor singularísimo; en la ley escrita como legislador y protector especial de su pueblo; y en la de gracia, como Redentor y santificador de los hombres, y su magnífica recompensa en los cielos. Sirven tambien en la actualidad para ponernos á la vista los méritos de la Madre de Dios, los oficios de los ángeles y los ejemplos de los santos que edificaron la Iglesia con el heroismo de sus virtudes.

Nuestras festividades, tan bellas por su armonía con

los misterios que recuerdan, con la época de su celebracion en el centro del cristianismo, y con las exigencias del corazon humano que se alimenta de variedad de sentimientos y pide diversos motivos para el amor y la práctica de diferentes virtudes; son de la mayor importancia, porque alejan al pueblo de la ociosidad, del pasatiempo inútil, de la disipacion y del vicio: lo hacen mas activo y laborioso con el honesto descanso, y reuniéndolo al pié de los altares para rendir á Dios el honor debido, (19) con los cánticos (20) y ceremonias sagradas (21) y la predicacion del Evangelio, (22) lo instruyen en la doctrina de la fé y de las costumbres, y escitan en su corazon los sentimientos que debe experimentar. Y ¿quién de vosotros ignora que la doctrina de la fé eleva el entendimiento del hombre, abate su orgullo y le sugiere motivos de amor y de reconocimiento á Dios, de caridad con sus hermanos y de vigilancia sobre sí mismo, y que la moral del Evangelio contiene el reglamento de la vida cristiana y copia de máximas y ejemplos saludables para inclinar el corazon á la justicia y desviarlo de la iniquidad?

He aquí las ventajas que resultan de la santificacion de las fiestas, y que reune en el mas alto grado la presente solemnidad, en la cual se propone á nuestra creencia el primer misterio de la fé católica; á nuestra imitacion el santo por escencia; y á nuestra gratitud el autor de todo bien en el órden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Esta será la materia que tocaré en mi humilde discurso, con la sobriedad y circunspeccion que demandan la delicadeza del asunto y la debilidad de mis luces: para hacerlo con acierto y provecho os suplico me ayudeis á implorar el auxilio del Espíritu Santo por la intercesion de su inmaculada Esposa la siempre Virgen María, á quien saludo reverente con las palabras del arcángel San Gabriel. *Ave gratia plena.*

Inmola Deo sacrificium laudis.
Psal. XLIX. v XIV.

Ofrece á Dios un sacrificio de alabanza.
Verso 14 del Salmo 49.

Desde la creacion (23) tuvo la Beatísima Trinidad un templo en el universo, (24) un sacerdote en el hombre (25) y un culto sempiterno en la consagracion del mundo y del tiempo á su gloria, (26) violada por la idolatría (27) y restaurada por Jesucristo en la fundacion de la Iglesia que adora continuamente este inefable Misterio (a) como último fin de la religion, y termina con su alabanza todos los himnos y plegarias que dirige al cielo. En su nombre regenera á los pueblos, derrama sobre ellos las gracias de los Sacramentos y las bendiciones de los Pastores, y saca de la masa comun las cosas privadas de razon, reduciéndolas á su primitiva santidad. (28) No contenta con eso, ha establecido en su honor esta solemnidad augusta (b) que celebrarémos dignamente, si recordando que Dios habita una luz inaccesible, (29) y que el escudriñador de su Magestad será oprimido con el peso de su gloria, (30) cautivamos nuestro entendimiento en obsequio de la fé, que es el principio y la raiz de toda justificacion; (31) y penetrados de su espíritu, animados de los sentimientos que inspira y dispuestos á recoger sus frutos, con la abstinencia del pecado y la práctica de las buenas obras, ofrecemos á Dios de todo corazon y con los lábios un sacrificio de alabanza: *Inmola Deo sacrificium laudis.*

El Misterio altísimo de un solo Dios (32) en esencia y Trino en personas, que arrebata justamente nuestra admiracion y nos hace exclamar como el apóstol S. Pablo cuando habla de los escogidos para la vida eterna: ¡Oh profundidad de los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia divina, cuán incomprensibles son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos! (33) ese dogma fundamental del Cristianismo que comprende tantas verdades apoyadas en la Escritura, la tradicion, los símbolos y los Concilios, insinuado de alguna manera en la palabra de Dios (c) cuando crió al primer hombre; (34) cuando lo desterró del Paraiso; (35) cuando bajó á confundir los idiomas en la torre de Babel; (36) cuando refirió por la boca de Moysés el incendio de Pentápolis; (37) cuando se apareció á nuestro padre Abraham (38) en el valle de Mambré; (39) cuando reveló á David la conspiracion de las potestades de la tierra contra el Señor y contra su Cristo, y la duracion eterna de su imperio; (40) y por último, cuando abrió los oidos del profeta Isaías al canto de los Serafines, (41) sin hacer mencion de otros muchos pasajes del antiguo Testamento, (42) se halla declarado explícitamente en el nuevo; (43) contenido en el credo de los apóstoles, de Nicea y de Constantinopla; explicado admirablemente en el Símbolo de S. Atanasio, que usamos en este dia, y en el Oficio de la Domínica; sostenido por la tradicion universal y constante de la Iglesia desde los tres primeros siglos, y defendido victoriosamente de las herejías de Sabelio que negó la pluralidad de personas; de Arrio que atacó su consustancialidad y de Macedonio que impugnó la divinidad del Espíritu Santo, á las cuales se pueden reducir fácilmente todos los errores manifiestos que ha habido en esta materia. (44)

He dicho que este dogma es el primero del cristianismo, no solo porque su objeto, sin cuyo conocimiento y

creencia nadie puede salvarse, (45) es el primer principio (46) y el último fin del culto, (47) sino tambien porque en la fé de este Misterio y de las operaciones atribuidas á cada una de las divinas Personas, se encuentra todo lo que comprende el sistema de nuestra religion acerca del Ser Supremo, de los Misterios de Jesucristo y de las notas de la verdadera Iglesia; pues la doctrina católica nos enseña que hay un solo Dios en tres personas realmente distintas que tienen una misma naturaleza;)48) el Padre ingénito, (49) el Hijo unigénito, (50) y el Espíritu Santo que procede de ambos, (51) como de un principio, (52) y es término de amor. (53) Al Padre se atribuye el poder, por ser el primer principio; al Hijo la sabiduría, porque nace del entendimiento, y al Espíritu Santo la bondad, porque esta es la razon y el objeto del amor. (54) El Padre, llamado así por la generacion del Verbo, (55) la creacion del mundo (56) y la adopcion de los justos; (57) y Omnipotente, porque con solo querer hace cuanto quiere; (58) mirándose en su esencia (59) como en espejo purísimo, produce eternamente una imágen, (60) á la cual comunica por el entendimiento, (61) su propio ser con todos sus atributos: (62) para manifestar su gloria, sacó de la nada el cielo y la tierra, (63) que conserva (64) y gobierna con su providencia, (65) cuidando especialmente del hombre, (66) á quien coronó de gloria y honor en el estado de la inocencia; (67) y en el de la culpa le dió por Maestro (68) y Redentor (69) á su Hijo unigénito, (70) que en la plenitud del tiempo, como dice S. Pablo, (71) bajó del cielo á la tierra, (72) se vistió de nuestra naturaleza (73) en las entrañas de una Vírgen inmaculada, (74) para padecer y morir por nosotros; (75) conversó con los hombres, (76) enseñándoles con la doctrina y el ejemplo (77) el camino de la justicia; (78) probó su mision con el cabal cumplimiento (79) de los vaticinios (80) y figuras de la ley antigua; (81) y fundó para siempre su Iglesia, (82) distinguida con caracteres (83) que corresponden á la Unidad, (84) Santidad, (85) Infinidad (86) y Eternidad (87) del Autor, y adornada de todos los requisitos necesarios para hacer con el linaje humano desterrado del Paraiso (88) á este valle de lágrimas, (89) los oficios del caritativo Samaritano, que, movido de misericordia, curó las heridas del hombre que bajaba de Jerusalen á Jericó: (90) del buen Pastor que busca por el desierto la oveja perdida, y encontrándola, la toma sobre sus hombros y la lleva al redil; (91) y del Padre clementísimo, que recibe con la mayor benignidad al hijo pródigo, le manda poner un anillo y el mejor vestido, se goza de su vuelta, y la celebra con un expléndido banquete. (92) ¡Gloria inmortal al Hijo del Altísimo, por esa institucion admirable, donde se repara la naturaleza caida, recobrando la gracia santificante (93) y la herencia del cielo, (94) por los méritos del Redentor! (95)

Este Bienhechor singular del género humano, se llama Jesus, que se interpreta Salvador, porque libertó al mundo del cautiverio del pecado (96) y de la muerte eterna; (97) se dice Cristo que significa Ungido, así porque reside en él la plenitud de la Divinidad, (98) como por ser el Sacerdote Eterno, segun el órden de Melchisedech, (99) que vive siempre para interceder por nosotros, (100) y ofrece diariamente en nuestros altares el sacrificio de su Cuerpo y Sangre por medio de sus ministros: (101) el Soberano que domina perpetuamente en la casa de Jacob, cuyo reino no tendrá fin.(102) y el gran profeta (103) que anunciaba Moysés á su pueblo, cuando le decia estas palabras: «El Señor tu Dios levantará de tu nacion y de entre tus hermanos, un Profeta y Legislador como yo, á quien debes escuchar.» (104) tambien se llama Señor nuestro; como Dios, porque es la virtud del Padre, (105) por quien fueron hechas todas las cosas; (106) como Hombre porque ha recibido toda potestad en el cielo y en la tierra, (107) y como Hombre Dios, porque somos miembros de su cuerpo místico, (108) y nos sostenemos á sus leyes en el dia solemne de nuestro bautismo.

Cumplida en la tierra la mision del Hijo de Dios, (109) subió á la patria de la inmortalidad (110) y al trono correspondiente al vencedor de la muerte y del infierno;

(111) no solo para aumentar la fé, (112) alentar la esperanza (113) é inflamar la caridad de los fieles, (114) y manifestar que su doctrina era celestial (115) y su reino eterno; (116) sino tambien para abrirnos las puertas de la gloria; (117) abogar por nosotros ante su Padre; (118) hacer brillar en todas partes las señales de su omnipotencia; (119) dar cima al cumplimiento de las profecías tocante á su persona, según aquello de la Escritura: «*Ascendit super omnes coelos, ut adimpleret omnia*;» (120) y enviar el Espíritu Santo, (121) sin cuyo auxilio, ninguno puede invocar el nombre de Jesus; (122) para que la Iglesia que adquirió con su Sangre, (123) recogiera los frutos (124) de su copiosa redencion. (125)

El Espíritu Santo, que procede por espiracion (126) del mútuo amor del Padre y del Hijo, como un impulso eterno (127) á quien comunican todo su ser y perfecciones infinitas, (128) es adorado y glorificado juntamente con ellos (129) como Señor y vivificador, que con su Sabiduría escudriña todas las cosas hasta los secretos de Dios, (130) con su poder fecundiza el abismo de las aguas en el principio del mundo, (131) y establece y adorna con magnificencia los cielos, (132) con su inmensidad llena la redondez de la tierra, (133) con su caridad santifica á los hombres (134) y con la revelacion de su gloria los hace eternamente felices. (135)

Analizado lo que ha hecho por nuestra regeneracion sin contar la luz de la gracia, que segun la interpretacion de graves Doctores, (136) ilumina á todo hombre que viene á este mundo, (137) ni aun la justicia de los santos que florecieron antes de la nueva ley, por tratar directamente de su influjo así en los Misterios del Redentor, en quien reposaba el Espíritu del Señor con la plenitud de sus dones, y cuya virtud alcanza á todos los tiempos, (138) como en el establecimiento, conservacion, dilatacion y progresos del cristianismo, destinado á formar del género humano el pueblo de Dios (139) que combate en la vida presente, (140) para poseer en la eternidad la verdadera Tierra de promision; analizando brevemente, repito, lo que ha hecho por nuestra regeneracion, (141) hallarémos que habló por la boca de los profetas, (142) obró el Misterio inefable de la Encarnacion del Verbo, (143) manifestó la inocencia, la dulzura y la Divinidad del Mesías escondida bajo el velo de la humanidad, (144) la riqueza de la gracia, y la magnificencia de la gloria, (145) dejándose ver en el Jordan en figura de paloma, (146) y en el Thabor como nube resplandeciente: (147) lo condujo al desierto, (148) para que triunfando gloriosamente del enemigo comun en la palestra de las tentaciones, nos mereciera las fuerzas y el aliento necesario á la vida cristiana, y nos enseñara con su ejemplo el modo de combatir y vencer la concupiscencia del corazon, del espíritu y de los sentidos. (149) Lo envió á predicar el Evangelio á los mansos, á consolar á los afligidos, á sanar á los contritos de corazon, á anunciar la redencion á los cautivos y á publicar el año de la reconciliacion con el Señor y el dia grande y en gran manera amargo de sus venganzas: (150) consumió cual fuego celestial esa inocente víctima (151) inmolada por la salud del mundo en las aras de la Justicia eterna; (152) y lo llamó de nuevo á la vida (153) en confirmacion de su doctrina y milagros, (154) y para la justificacion nuestra: (155) se comunicó á los apóstoles, con el aliento del Salvador, cuando recibieron la potestad de remitir y de retener los pecados, (156) y enviado para consolarlos en la ausencia del Esposo, y en las tribulaciones de la vida, (157) enseñarles todas las cosas, y recordarles la doctrina de Jesucristo; (158) y para convertir al mundo por su ministerio (159) de la idolatría y del pecado á la justicia del Mesías, (160) apareció el dia de Pentecostés en forma de lenguas de fuego, (161) símbolo de caridad, sabiduría y elocuencia: (162) los enriqueció con todo género de gracias para la propagacion de la fé, (163) y obrando en el ánimo de los oyentes dóciles á la predicacion del Evangelio, (164) hizo de ellos perfectos cristianos, que perseveraban en la doctrina apostólica, en la partici-

pacion devota de la sagrada Eucaristía y en las oraciones de los justos: [165] cristianos sencillos y contentos con el testimonio de la buena conciencia, que ejercitaban en grado heróico la liberalidad con los pobres, y eran de un solo corazon y una sola alma: [166] cristianos esforzados, que desafiaban la rabia de los tiranos y los tormentos y la muerte, con la sincera confesion de su creencia. [167]

Desde entonces no cesa de asistir á la Iglesia; ya preservándola del error, y enseñándole oportunamente la verdad, para que siempre se alimente de los saludables pastos de la fé y de la sana moral; ya tambien comunicándose á los fieles por los Sacramentos y la gracia interior para hacerlos participantes de la naturaleza divina, [168] justos, [169] y amigos de Dios, [170] sus hijos adoptivos [171] y herederos del cielo, [172] que rendidos á la razon y la ley, [173] y obedientes á las inspiraciones de la gracia, [174] saborean la esquisita suavidad de las virtudes [175] y ascienden, por grados, á ese bienestar inefable en que consiste la bienaventuranza de esta vida y la esperanza de la otra. [176] Esta idea recta de la Divinidad, de sus inmensos beneficios, y de nuestras relaciones con ella, que ha desterrado de los pueblos iluminados por la revelacion, la supersticion y los vicios del paganismo y los errores de la razon abandonada á sí misma, zanjado los fundamentos de la civilizacion moderna, y prendido en su corazon el fuego sagrado de la caridad, nos muestra en la Trinidad Augusta [como acabais de escuchar], el primer Misterio de la Religion; un objeto de amor y de reconocimiento profundo, y el ejemplar de la vida cristiana.

Para imitarlo bien conviene considerar que Dios es Santo en sí mismo, por la conformidad de su voluntad con la sabiduría y demas atributos divinos; y Santo en sus obras que revelan su gloria; admirable en su beneficencia, que hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos é injustos, [177] y toda la tierra está

llena de su misericordia. [178] Nosotros, criaturas suyas dotadas de inteligencia y de libertad, debemos ser santos como lo es el Señor [179] en nosotros mismos, sujetando el cuerpo al espíritu y el espíritu á Dios, [180] y para los demás, procurando la edificacion, [181] el bienestar [182] y el alivio del prójimo. [183] Hechos á imágen y semejanza del Criador, [184] le pertenecemos, como pertenecía al César el denario del tributo: [185] respetemos su propiedad, [186] usando de ella segun su beneplácito; [187] reinen en nuestras almas el órden y la armonía que caracterizan á las Divinas Personas, y seamos uno por el vínculo de la caridad, como ellas lo son por la identidad de naturaleza: [188] hijos del Padre celestial honrémosle con nuestra conducta: discípulos de Jesucristo, andemos, como El, [189] el camino de la justicia: [190] y templos del Espíritu Santo, [191] manifestemos con la honestidad de nuestras costumbres, que amamos el decoro de su casa, y el lugar donde reside su gloria. ¡Que la palabra de Dios, que es luz del entendimiento, [192] fuego que purifica el corazon y lo hace arder en el amor divino, [193] fecunda semilla que fructifica admirablemente en buena tierra, [194] con el auxilio del que da el incremento, [195] y rocío celestial [196] que apaga el ardor de las pasiones y desarrolla los gérmenes de las virtudes, cause en vosotros sus efectos, para que dirigiendo vuestros pensamientos, palabras y acciones á la gloria de Dios, sea toda vuestra vida un himno de alabanza á la Divinidad! *Immola Deo sacrificium laudis.*

Dios Eterno, que criaste el mundo con tu Omnipotencia, [197] lo redimiste con tu Misericordia, [198] lo santificaste con tu Caridad, [199] y le diste en el Salvador, que padeció para entrar en su gloria, [200] y en el Espíritu Santo, que ruega por nosotros, con gemidos inefables, [201] el modelo [202] y la gracia [203] para expiar sus iniquidades [204] y reconciliarse con el cielo; [205] concédenos derramar el llanto de la penitencia, hasta que enjugues de nuestros ojos toda lágrima: [206] líbranos de nuestros pecados y de las penas merecidas por ellos,

como libraste á los Ninivitas de su próxima ruina, [207] y al pueblo escogido de la servidumbre de Egipto, [208] y de la cautividad de Babilonia: [209] líbranos, como libraste á Daniel del lago de los leones; [210] á Azarias y sus compañeros del horno encendido; [211] á Susana, de una muerte afrentosa, [212] y á David del ódio implacable de Saul: [213] líbranos, como libraste á Pedro de la prision de Jerusalen; [214] á Pablo del tumulto de Epheso; [215] al discípulo amado de la fuerza de su martirio; [216] y á la Iglesia, récien nacida, del furor de sus enemigos, que intentaban ahogarla en su cuna: [217] pero si quieres probarnos [218] en el crisol de la desgracia, [219] como probaste á Abrahan en el sacrificio de Isaac; [220] al pacientísimo Job en todo género de adversidades; [221] al santo Tobías en la persecucion de Sennaquerib, en la privacion de la vista, en la prolongada ausencia de su hijo y en la desconfianza de su esposa; [222] y á tus siervos de todas épocas en multitud de tribulaciones: [223] «*fiat voluntas tua*;» hágase tu voluntad: que con tu auxilio, [224] saldremos victoriosos como Israel en su misteriosa lucha con el ángel, [225] de cualquiera prueba á que te dignes sujetarnos, [226] te serviremos con fidelidad hasta el fin de la vida, [227] y muriendo, con la muerte de los justos, veremos en sí misma, [228] y alabaremos eternamente en la gloria, [229] esa hermosura [230] siempre antigua y siempre nueva de tu Divina Esencia. Así sea.

CITAS.

1. Gaume Catecismo de Perseverancia 6. 2. pag. mihi 337.
2. Aquila Dic. Theol. Festa.
3. Div. Thom. 2. 2. q. 79.
4. Gen. 4. 4.
5. Ibid. 26.
6. Exod. 17. 15.
7. Gen. 8. 18. 20.
8. „ 12. 7. 8.—13. 18.
9. „ 26. 24. 25.
10. „ 28. 13. 14.-33. 4. 20.-35. 9. 10. 11. 12. 13. 14.
11. Exod. 12.-23. 16. Lev. 16. 30. 23. 24. Núm. 28. 11.
12. Machab. lib. 1. 4. 56.
13. Ev. Joan. 10. 22.
14. Judith. 16. 22. 31.
15. Esther. 9. 21. 28.
16. Machab. lib. 2. 15. 36. 37.
17. Aquila loc. cit.
18. Ev. Joan. 20. 21.
19. Psal. 67. 27.-106. 32.
20. Col. 3. 16.
21. Con. Trid. ses. 22. c. 3. Card. Bona de Div. Psalm. c. 19.
22. Rom. 1. 16. 2 Thim. 3. 16. 17.
23. Gen. 1. 1.
24. Isa. 66. 1.
25. Eccles. 7. 3. Psalm. 32. 1.
26. Prov. 16. 4. Psalm. 118. 91.
27. Rom. 1. 21. Sap. cc. 14. 15.
28. 1. ad. Thim. 4. 4.
29. „ 6. 6.
30. Prov. 25. 27.
31. Conc. Trid. ses. 6. cap. 8.
32. Deut. 6. 4.-32. 39. Psal. 85. 9.
33. Rom. 11. 33.
34. Gen. 1. 26.
35. „ 3. 22.
36. „ 11. 7.
37. „ 19. 24.
38. Rom. 4. 16.
39. Gen. 18. 2. 3.
40. Psal. 2. 2. 3.
41. Isaias. 6. 3.
42. Mersz. Thes. Bibli.
43. Matth. 3. 16. 17.-28. 19. Joan. 3.-14. 16. 1. ª Joan. 5. 7:
44. Billuart. Trac. de Sma. Trinit. Misterio Dis. proem.
45. Merci. 16. 16.
46. Ep. Jacob. 1. 17. Philip. 2. 13.
47. Deut. 6. 13. Col. 3. 16. 17.
48. Fulgencias de Fide ad Petrum (inter opera Aug. tom. 3.) Greg. Nazian. Hom. (intrae de Fide post initium.)
49. Div. Thom. 1. p. q. 33. a. 4.
50. Joan. 1. 18.
51. Div. Thom. 1. p. q. 36. a. 2.
52. Joan. 15. 26.-16. 13. 14. 15. Div. Thom. p. q. 36. a. 4.
53. „ q. 37. a. 1.
54. „ q. 39. a. 8.
55. Psal. 2. 7.
56. Deut. 32. 7. Malach. 1. 6. 1ª Cor. 8. 6.
57. 1. Joan. 3. 1. Ephes. 3. 15.
58. Psal. 13. 4.
59. Div. Thom. 1. p. q. 14. a. 2.
60. Col. 1. 15. Heb. 1. 3. Psal. 109. 4.
61. Div. Thom. 1. p. q. 27. a. 11.
62. Joan. 1. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

63. Ephes. 3. 9.
64. Sap. 11. 26.
65. ,, 14. 3. Heb. 1. 3.
66. Eccli. 17. 16. Math. 6. 20.
67. Psal. 8. 6.
68. Math. 23. 10.
69. 1. Joan. 4. 14. 1. ª Cor. 1. 30.
70. Joan. 13. 16.
71. Gal. 4. 4.
72. Joan. 6. 33.
73. ,, 1. 14.
74. Math. 1. 18.
75. Isaias. c. LIII.
76. Joan. loc. cit.
77. Joan. 8. 28. 29. Tit. 2. 11.
78. Psal. 84. 14.
79. Billuart. Trac. de Incarnatione Dis. 2. Gaume Catecismo de perseverancia par. 1. ª desde el cap. 21 hasta el 45 inclusive.
80. Act. 10. 43.
81. Math. 5. 17.
82. ,, 16. 18.
83. 1. Cor. 12. 12. Ephes. 5. 25. 26. Psal. 21. 29. 30. Dan. 2. 44.
84. 1. Thim. 2. 5. 6.
85. Luc. 1. 35.
86. Rom. 9. 5.
87. Mich. 5. 2.
88. Gen. 3. 23.
89. Psal. 83. 6.
90. Luc. 10. 30. et seq.
91. ,, 15. 4.
92. ,, ,, 11. usq ad finem cap.
93. Rom. 3. 24.
94. 1. Petri. 3. 22.
95. Tit. 3. 7.
96. Mat. 1. 21
97. 1 Thes. 1. 10.
98. Col. 2. 9.
99. Psal. 109. 4. Hebr. 6. 20.
100. Hab. 7. 24.
101. 1. Cor. 4. 1. ad Hebr. 7. 24. Div. Thom. 3. p. q. 22. ad. 2. um.
102. Luc. 1. 32. 33.
103. Math. 13. 57.
104. Deut. 18. 15.
105. 1. Cor. 1. 24.
106. Joan. 1. 3.
107. Math. 28. 18.
108. Ephes. 1. 22. 23. 5. 23. 30. 32.
109. Joan. 17. 4.
110. Marci. 16. 19.
111. Apoc. 3. 21.
112. Heb. 11. 1.
113. Joan. 14 2. 3. Heb. 4. 14. et seq.
114. Colos. 3. 1. 2. 1. Lev. serm. 2. de Ascensione.
115. Joan. 3. 13.
116. ,, 18. 37.
117. Mich. 2. 13 Psal. 141. 10.
118. Josn. 2. 1ª
119. Div. Bern. serm. 2. de Ascensione.
120. Ephes. 4. 10.
121. Joan. 16. 7.
122. 1. Cor. 12 3.
123. Act. 20. 28.
124. Joan. 7. 38. 39. Eph. 4. 8.
125. Psal. 129. 7. (Vid. Div. Thom. 3. p. qq. 57. 58.)
126. Div. Thom. 1. p. q. 27. a. 4. ad 3. um.
127. Ibid. in corp. art.
128. Div. Thom. 1. p. q. 30 a. 2.
129. Smc Nic-Const.
130. 1. Cor. 2. 10.
131. Gen. 1. 2. (Scio.)
132. Job. 26. 13. Psal. 32. 6.
133. Sap. 1. 7.
134. Rom. 5. 5. Gal. 5. 22. (Div. Thom. 1. p. qq. 69. 70.)
135. 1. Petri. 1.
136. Div. Aug. lib. 1. contra Manich. c. 3. Div. Thom. 3. cont. Gent. c. 156.
137. Joan. 1. 9.
138. 1. Thim. 2. 6.-4. 10. Rom. 5. 18.
139. Psal. 101. 23. Psal. 116. 1. 2 Csc. 2. 24. Rom. 9. 25. Tit. 2. 14. 1. ª Petri. 2. 9. 10.
140. 1. Cor. 9. 24. usque ad 27. Ephes. 6. 10. usque ad 17.
141. Psal. 26. 18. Heb. 4. 9. Apoc 21. 7.
142. 2. ª Petri. 121.
143. Math. 1. 18.
144. Isaias. 45. 15.
145. (Vid. Div. Thom. 1. ª p. q 43. a. 7. ad 6. um 3. ª p. q. 39. a. 6.-q. 45. a. 2. ad 3. um.
146. Math. 3. 16.
147. ,, 17. 5. (Vid. Div. Thom. 3. p. q. 45. a. 4. ad 2. um)
148. Math. 4. 1.

149. Tiv. in hunc locum. Ab. Duquesne in Evang. med. XXVI.
150. Isaias. 61. 1. 2. 3. Luc. 4. 18. 19.
151. Heb. 9. 14.
152. Ephes. 5. 2.
153. Rom. 1. 4.
154. 1. Cor. 15. 14.
155. Rom. 4. 25.
156. Joan. 20. 22. 23.
157. ,, 14. 16.
158. ,, 14. 26.
159. Act. 1. 8.
160. Joan. 16. 8. 9. 10. 11.
161. Act. 2. 3.
162. San Leon serm. 1. de Pentecostes.
163. Act. 1. 8.
164. ,, 2. 41.
165. ,, 2. 41 42.
166. ,, 2. 44. 45. 46.-4. 32.
167. (His. Eccles. de los tres primeros siglos)
168. 2. Petri. 1. 4.
169. 1. Cor. 6. 11.
170. Joan. 15. 14.
171. Rom. 8. 15.
172. ,, 8. 17.
173. Isaias 26. 7. Rom. 2. 13.
174. Prov. 4. 11. D. Th. 1. 2. 9. 68.
175. Gal. 5. 22. 23. D. Th. 1. 2. 9. 70. 4.
176. Mat. 5. 2. (Vid. D. Th. 1. p. 99. 69. 70).
177. ,, ,, 45.
278. Psal. 32. 5.
179. Lev. 19. 2.
180. 1. Petri 2. 11. Rom. 8. 13. 14.
181. Math. 5. 16. Rom. 14. 19.
182. ,, 7. 12.
183. Eph. 4. 32. 1. ª Joan. 3. 17. 18.
184. Gén. 1. 27.
185. Math. 22. 21.
186. Rom. 13. 7.
187. Colos. 3. 10 et seq.
188. Joan. 17. 22.
189. 1. Joan. 2. 6.
190. Mat. 3. 15.
191. 1. Cor. 6. 19.
192. Psal. 118. 130.
193. Deut. 33. 2.
194. Math. 13. 3.
195. 1. Cor. 3. 7.
196. Deut. 32. 2.
197. Jerem. 32. 17.
198. Psal. 129. 7. S. Leo. ser. I de jej. H. mensis-vid Bell. in hunc Locum.
199. Luc. 12. 49. Eph. 1. 4.
200. ,, 24. 26.
201. Rom. 8. 26.
202. 1. Petri. 2 21.
203. Act. 11 18. Conc. Trid. ses. c. 3.
204. Ezech. 18. 21. 22.
205. 2. Cor. 7. 10.
206. Apoc. 7. 17.1
207. Jonas. 3. 10.
208. Exodo. c. 14.
209. 1 Esdrae. 1.
210. Daniel. 6.
211. ,, 3.
212. ,, 13.
213. 1. Reg. 19.
214. Act. 12. 11.
215. ,, 19. 28. et seq.
216. His. Eccle. a. 93. E. V.
217. Psal. 128. 2.
218. Deut. 13. 3.
219. Eccli. 2. 5.
220. Gen. 22.
221. Lib. Job per totum.
222. Tob. 1.-2.-10.
223. Eccli. 27. 6.
224. Philip. 4. 13.
225. Gen. 32. 24.
226. 2. Petri. 2. 9.
227. Rom. 14. 4. Trid. ses. 6. c. 22. de Justificatione.
228. 1. Cor. 13. 12.
229. Psal. 83. 5. Isaias 6. 18.
230. Psal. 26. 8. Bell. in hunc locum.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.

a. Practerea festivitas Sanctissimæ Trinitatis, secundum consuetudines diversarum regionum, á quibusdam consuevit in Octavis Pentecostes, ab illis in dominica prima ante Adventum Domini celebrari. Ecclesia siquidem Romana, in usu non habet, quod in aliquo tempore, hujusmodi celebret specialiter festivitatem, cum singulis diebus, gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto, et cætera similia dicantur, ad laudem pertinentia Trinitatis. Decretal. Quoniam. Tit. de Feriis.

b. La fiesta particular de este Misterio, introducida en el siglo noveno por algunos Obispos católicos, para alimentar la piedad de sus pueblos, fué adoptada por la Iglesia romana en el siglo décimocuarto, bajo el Pontificado de Juan XXII, quien la fijó irrevocablemente al primer Domingo despues de Pentecostés, por ser esta festividad como el fin y complemento de todas las demás. (Tomasi lib. 2, cap. 18). Léase su historia en el Año Cristiano por Croiset, tom. 4.° de las Dominicas.

c. Si la distincion de las Personas Divinas no fué mas claramente expresada en la antigua ley, era por temor á que los judíos, arrastrados por el ejemplo de los Egipcios que adoraban muchos dioses, no llegaran á imaginarse que habia tres esencias de Dios en las tres Divinas Personas. Pero en el nuevo Testamento, que fué el medio elegido por Dios para llamar á los gentiles á la fé, la distincion de las tres Personas en la esencia divina, no puede estar mas terminantemente expresada. San Ligorio, Triunfo de la Iglesia, Dis. I.ª part. I.

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN EL SAGRARIO DE MEXICO EN 27 DE JUNIO DE 1886,

POR EL PRESBÍTERO

D. Pablo de J. Sandoval.

Quoniam tres sunt qui testimonium dant in cœlo: Pater, Verbum et Spiritus Sanctus: et hi tres unum sunt.

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa.

Epist. S. Joan, c. V, v. 7.

Hoy celebra la Iglesia de Cristo en esta solemnidad que consagramos á nuestro Dios, el misterio por esencia, el misterio de los misterios. Ocupo ahora la cátedra sagrada para presentar á vuestra inteligencia la grandeza incomparable de Dios y moveros á rendir el debido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.

a. Practerea festivitas Sanctissimæ Trinitatis, secundum consuetudines diversarum regionum, á quibusdam consuevit in Octavis Pentecostes, ab illis in dominica prima ante Adventum Domini celebrari. Ecclesia siquidem Romana, in usu non habet, quod in aliquo tempore, hujusmodi celebret specialiter festivitatem, cum singulis diebus, gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto, et cætera similia dicantur, ad laudem pertinentia Trinitatis. Decretal. Quoniam. Tit. de Feriis.

b. La fiesta particular de este Misterio, introducida en el siglo noveno por algunos Obispos católicos, para alimentar la piedad de sus pueblos, fué adoptada por la Iglesia romana en el siglo décimocuarto, bajo el Pontificado de Juan XXII, quien la fijó irrevocablemente al primer Domingo despues de Pentecostés, por ser esta festividad como el fin y complemento de todas las demás. (Tomasi lib. 2, cap. 18). Léase su historia en el Año Cristiano por Croiset, tom. 4.° de las Dominicas.

c. Si la distincion de las Personas Divinas no fué mas claramente expresada en la antigua ley, era por temor á que los judíos, arrastrados por el ejemplo de los Egipcios que adoraban muchos dioses, no llegaran á imaginarse que habia tres esencias de Dios en las tres Divinas Personas. Pero en el nuevo Testamento, que fué el medio elegido por Dios para llamar á los gentiles á la fé, la distincion de las tres Personas en la esencia divina, no puede estar mas terminantemente expresada. San Ligorio, Triunfo de la Iglesia, Dis. I.ª part. I.

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN EL SAGRARIO DE MEXICO EN 27 DE JUNIO DE 1886,

POR EL PRESBÍTERO

D. Pablo de J. Sandoval.

Quoniam tres sunt qui testimonium dant in cœlo: Pater, Verbum et Spiritus Sanctus: et hi tres unum sunt.

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa.

Epist. S. Joan, c. V, v. 7.

Hoy celebra la Iglesia de Cristo en esta solemnidad que consagramos á nuestro Dios, el misterio por esencia, el misterio de los misterios. Ocupo ahora la cátedra sagrada para presentar á vuestra inteligencia la grandeza incomparable de Dios y moveros á rendir el debido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

homenaje de nuestra fé ante la inefable Divinidad que se ha dignado revelarse con caracteres tan magníficos como admirables. ¿Pero no es una temeridad inconcebible que hable de Dios un pobre mortal? Con todo, ninguna dificultad embarazaria mi espíritu, si el Dios que vengo á anunciaros fuese el Dios conocido en el antiguo Egipto, honrado en la pagana Grecia, adorado en la Roma gentil ó glorificado en las Indias. Tampoco me pareceria cosa difícil hablaros del Dios concebido por los filósofos ora antiguos, ora modernos, panteistas ó racionalistas; porque siendo todas estas deidades concepciones de la inteligencia humana, no sobrepujarian la virtud de su comprension. Antes bien, pareceríame hacedero poner ante vuestros ojos y como en relieve la pequeñez y mezquindad de la razon humana que, abandonada á sí misma, no ha podido concebir sino dioses imperfectos, monstruosos y hasta abominables. En efecto, no puede pasarse la vista por las mitologías y teogonías antiguas, sin avergonzarse. ¿Es posible que haya llegado la razon humana á tal grado de extravío que no solo haya adorado como en la Caldea, al sol y á los astros como á dioses; que no solo los haya dividido en buenos y malos como en la India, sino que se haya degradado al estremo de que, como en Egipto, haya hecho dioses hasta de las cebollas que producian sus huertas; ó como en Grecia y Roma, los haya concebido tan abominables, como el Júpiter olímpico, padre de dioses y diosas llenos de pasiones, de intrigas y de crímenes? Los mismos filósofos antiguos diferian apenas del sentir de los antiguos pueblos. Quien hacia Dios de los astros; quien del éter y el espacio; quien lo consideraba como un inmenso círculo ó cinta de luz que coronaba al universo; quien como una mezcla ígnea ó como al alma del mundo. Varron divinizaba al mundo; Estraton deificaba á la naturaleza toda: á Plinio, al observador Plinio se le escapó decir que: ó el sol era Dios, ó no podia admirar Dios alguno. Anaxágoras, Aristóteles, Sócrates, concibieron una idea mas elevada de la Divinidad, pero estrellándose ante los misterios de

la Creacion y Providencia, se volvieron á los mitos del pueblo; y Platon, á pesar de su *Logos*, idea tomada quizá de los libros de Moysés, hizo de Dios un arquitecto, un simple arquitecto que en la gerigonza moderna del masonismo es llamado ampulosamente, el grande Arquitecto del Universo. El dios Belo, de cuya sangre salpicada en la tierra nacen los hombres, el Dios Júpiter de cuya cabeza sale Minerva, son como los orígenes groseros del panteismo que perfeccionado por la filosofía alemana, ha llegado á la conclusion de que Dios ha sido una idea, una pura idea, pero sin entendimiento que la conciba ni ser que la piense; sino una idea sola, que por sí misma ha ido estirándose, desenvolviéndose, desarrollándose por un crecimiento incomprensible, hasta trasformarse y ser todo lo que existe. Nada diré de los modernos positivistas. Ellos mismos se han declarado impotentes, confesando paladinamente que no tienen á su alcance medio alguno para cerciorarse siquiera de la existencia de Dios. Son, pues, unos tímidos ateos.

Esta rapidísima ojeada sobre la idea, que de la naturaleza divina han formado los pueblos gentiles y los filósofos descreidos, es una prueba de que no es cosa difícil hablar del Dios que la razon por sí sola concibe, y á la vez nos enseña que la inteligencia humana abandonada á sus propias luces, ha marchado de tal manera de aberracion en aberracion que, segun la expresion de Bossuet, todo ha sido Dios para ella, menos el único que podia serlo. Solo Dios puede revelar dignamente á Dios. Y lo ha hecho, cristianos. En medio de la zarza ardiendo sin consumirse, ha dicho á Moysés: Yo soy el que soy; dile á mi pueblo que te envía el que es. Dios es el que es, ó mas bien *es*. Sí; los demás seres, nosotros mismos, todo lo que existe es tan pequeño, tan limitado, carece de tantas perfecciones, tanto es lo que le falta y tan poco lo que posee, que con mas propiedad puede decirse que *no es*; su misma duracion es tan pasajera, medida en la inconcebible série de toda duracion, que mas bien puede decirse que no existe. Solo Dios, que abraza en su inmen-

sidad toda perfeccion y en su existencia la eternidad, es el único que es: Dios, en consecuencia, es el único que es en toda la amplitud de esta palabra sustantiva.

Difícil es ya hablar de Dios como se ha revelado él mismo en el antiguo Testamento; mas esta dificultad se convierte en imposibilidad absoluta, siendo Dios, no como se ha revelado al pueblo judío, sino como se ha revelado al pueblo cristiano, al Dios cuya naturaleza os anuncio ahora. Dios se ha dignado levantar la estremidad del velo que lo oculta, mostrándole á su discípulo predilecto que «son tres los que dan testimonio en el cielo: «el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres «son «una misma cosa. »¡Ah, vengo á anunciar con S. Juan, la Trinidad en la unidad de Dios! Pedid cristianos conmigo el auxilio de Dios, para que nada indigno de El salga de mis lábios; para que nada contrario al dogma pueda escapárseme inconscientemente; pedidlo conmigo á María, que con Jesus y José formaron la trinidad de la tierra; pedidlo con las palabras con que el mensagero celestial le reveló su maternidad divina. Ave María.

Existe un libro antiquísimo escrito por historiadores que presenciaron los hechos que describen y para pueblos que fueron testigos de los hechos narrados. Su verdad es indiscutible. Es cierto que la crítica descreida se ha empeñado por diez y nueve siglos en despedazar este

inquebrantable monumento, mas sus golpes han sido siempre golpes de buril que han servido para pulimentarlo. La institucion establecida segun este libro, existe, y su presencia en la tierra, es el mas irrefragable testimonio de su veracidad. Ese libro se llama Nuevo Testamento. La institucion fundada segun su espíritu es la Iglesia. Dios ha hecho este libro para la Iglesia, y la Iglesia ve este libro como de Dios. Ahora bien, este libro divino, escrito bajo la inspiracion de Dios, nos presenta á la Divinidad, sin las monstruosidades de las mitologías, sin los absurdos del filosofismo y con una grandeza é incomprensibilidad tan excelsa, que esto solo nos basta para quedar enteramente satisfechos de su verdad.

En efecto, un Dios perfectísimo y armónico en sus perfecciones, un Dios incomprensible por grande, no es un Dios excogitado por el hombre, sino revelado por Dios, y consiguientemente el Dios verdadero. Esto es evidente, porque un Dios comprensible al hombre, estaria á la altura del hombre, valdria tanto como él y por lo mismo no seria Dios. Dios para serlo, debe ser incomprensible, impenetrable á cualquiera inteligencia que no sea la infinita de Dios. Así es el Dios que nos describe el nuevo Testamento en muchos de sus pasages, sobresaliendo entre todos por su claridad y brillantez el del evangelista S. Juan, en el que nos dice terminantemente que *son tres los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo.* He aquí tres hipóstasis, tres personas: solo personas pueden dar testimonio. *Y estos tres,* continúa S. Juan, *son una misma cosa.* He aquí una sola sustancia, un solo Ser divino, una sola Divinidad. Así S. Juan en breves, pero terminantes palabras, nos revela el augusto misterio de la Trinidad, incomprensible á nuestra inteligencia, es verdad; pero que exige de nosotros el homenaje mas sincero y profundo de nuestra fé. Dios lo ha revelado, luego así es.

Esto nos basta, dice el fervoroso creyente. Y así es ciertamente. Una vez conocida la verdad de la revelacion de este misterio, ¿qué debe hacer el cristiano, sino inclinar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la frente y entonar con la creacion entera el himno eterno: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo? Pero ya que la ciencia vacila y el teólogo cristiano estudia, descendamos á las profundidades de este misterio; hagámoslo caber en el entendimiento, en cuanto es posible hacer caber en el hueco de la mano la profundidad inmensa de los mares. Pero esto solamente con el fin de ver que nada hay en él de monstruoso y absurdo, y solamente para convencernos de que el Dios de los cristianos excede en magestad y grandeza á las mentidas divinidades, cuanto excede lo infinito al grano de arena que arremolina el viento.

La ciencia impía que blasfema siempre, sin estudiar jamás, ante este misterio exclama: contradiccion, absurdo, las ciencias exactas no sufren jamás que tres sean uno, ó uno sume tres. Tales razonadores tendrian razon si nosotros confesásemos que tres Dioses son un Dios, ó que un Dios es tres Dioses; ó que sus tres Personas son una Persona, ó que una Persona es tres Personas. Mas nuestra fé nunca nos ha enseñado tal desbarro. Nuestra fé nos dice que es uno, único el Ser divino, pero de tan infinita fecundidad que subsiste en tres Personas realmente distintas. «*Tres* son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres «son *una* misma cosa.» ¿Tendrá el teólogo cristiano algo que acerque á nuestros miopes ojos este misterio? Sí: la naturaleza, el hombre. Es inconcuso, y esto aun entre nosotros mismos, que los hombres se conocen por sus obras; que las grandes concepciones revelan las grandes inteligencias, y que toda obra lleva en sí el sello de su autor. Ahora bien, el universo es la obra de Dios y el efecto de su sabiduría. Debe por tanto contener vestigios de la trinidad y unidad de un Autor; solo vestigios, que nos darán una idea vaga de este misterio, como vaga es la idea del pié que nos da su huella impresa, pero siempre verdaderos vestigios.

Todos los cuerpos que contiene el universo, todos sin excepcion, tienen en sus tres dimensiones la huella de la

Trinidad. Todos ellos constan de longitud, anchura y espesor, relaciones reales distintas, que no pueden confundirse y que dan un solo ser. En todos los seres hay materia, forma y actividad: tres propiedades esenciales y distintas que constituyen una sola cosa. Todos los seres tienen tres atributos trascendentales: su unidad, su verdad propia y su bondad peculiar que se identifican en cada ser. Las mismas ciencias exactas nos presentan en el triángulo equilatero, emblema de la Trinidad, tres ángulos exactamente iguales y distintos, que encierran uno y el mismo espacio. El sol, entre los seres materiales, ese astro magnífico que ilumina, que da vida y calor á la tierra, que es único en nuestro cielo, que en un mismo momento indivisible da las tres medidas del tiempo: mañana para los pueblos occidentales, medio dia para los que están bajo el meridiano y tarde para los pueblos orientales, es, segun la expresion de varios expositores, el gran geroglífico de Dios. De él se vale S. Juan para explicar la procedencia del Verbo de su Eterno Padre, y en el principio de su sublime Evangelio dice del Verbo esta magnífica expresion: «*lumen de lumine*,» luz de luz. Tertuliano, Dionisio, Atanasio, han tomado de este Evangelio la idea de explicar por el sol en cuanto es posible, el misterio de la Trinidad. Comparan el Padre con la luz original; es el Verbo como la luz de esta luz, *lumen de lumine*, y es el Espíritu Santo como el calor vivificante de esta luz. Y así como la luz, sin mengua ni corrupcion, emite luz, así tambien, sin mengua ni corrupcion procede el Hijo del Padre. De la luz y su explendor procede el calor: del Padre y del Verbo procede el Espíritu Santo.

Bien comprendo que ninguna de estas imágenes satisface enteramente al espíritu; pero convenid conmigo en que son vestigios muy marcados de la augusta Trinidad.

El hombre entre todos los seres, es el que presenta en el fondo de su naturaleza y en el móvil de sus aspiraciones, huellas luminosísimas de la Trinidad y Unidad de Dios. En él, no es la razon pura, ni las simples congetu-

ras humanas las que nos aseguran la existencia de tales vestigios. Dios mismo es el que nos ha revelado que en el estudio del hombre podemos descubrir semejanzas muy perceptibles de la Trinidad. Dios ha grabado en él su sello divino, cuando ha dicho al criar al hombre, con la voz de sus tres Personas: «Hagamos al hombre á nuestra »imágen y semejanza.» Estudiemos en la naturaleza del hombre la imágen de Dios. ¡Cuántas huellas, cuántos vestigios se descubren en ella, de la Trinidad divina! A la primera ojeada sobre el hombre le descubrimos el ser, el conocer y el querer; en su naturaleza tienen raíz tres vidas realmente distintas, cuyas operaciones son vejetar, sentir y entender: son tres las facultades principales y distintas que proceden de una y la misma alma: memoria, entendimiento y voluntad; y el mismo entendimiento se manifiesta con tres operaciones distintas, concibiendo, juzgando y discurriendo. Estudiando con mayor detenimiento la naturaleza humana, encontraremos con verdadera sorpresa no solo su semejanza con la Trinidad, sino hasta la procedencia de las tres divinas Personas; mas aún, la naturaleza de estas Personas; mucho más todavía, el objeto intrínseco de su felicidad. El entendimiento del hombre por su trabajo mental, engendra su pensamiento que es la imágen espiritual de lo que ve, y se llama su idea, su palabra interna, su *verbo*. El hombre ama esta idea engendrada por su entendimiento y se complace tanto mas en ella, cuanto mas hermosa, mas grande y mas perfecta la ha concebido. Pues bien; en este trabajo mental de la actividad humana, teneis la imágen mas viva de la Trinidad. También Dios piensa y abarca con su pensamiento la infinidad de su Ser y cuanto es inteligible, y lo hace con una sola idea y en una sola verdad. Permitidme esclareceros este pensamiento con la altísima doctrina del ángel de las escuelas. Dice Santo Tomás que cuanto mas limitada es la inteligencia necesita para conocer, de mayor número de ideas, y cuanto es mas clara y elevada, encierra en menor número de ideas su saber; de manera que una inteligencia amplísima conoceria en una sola idea todo lo conocible. Esta inteligencia amplísima es la de Dios. La idea única en la que encierra, abarca y agota toda verdad, es su Verbo. Dios, por el acto fecundísimo é infinito de su entendimiento engendra su Verbo, que es su Hijo, á quien llamamos tambien Sabiduría increada, Sabiduría infinita. Dios tambien ama y se complace en su Verbo, en el que se ve á sí mismo y lo ve todo; y este amor es el amor divino, es el Espíritu Santo.

Para entender esto mejor, volvamos al hombre, penetremos un poco mas en el fondo de su naturaleza puramente espiritual; contemplémoslo luchando con su pequeñez é impotencia. Su febril actividad abatiéndose en su límite será un arcano aprisionado que declarará sobre la esencia de la Divinidad. El pensamiento del hombre, su verbo, por mas elevado que sea y por mas que se revista de la forma mas viva y deslumbrante, no traspasa jamás los estrechos límites de lo ideal y de lo abstracto; es siempre una idea simplemente; una apariencia que carecerá constantemente de realidad interna. El amor con que acaricie los mas bellos ideales de su entendimiento, solo será un afecto, un simple sentimiento, vivo y ardiente, si se quiere, como el calor de la imaginacion que lo ha incubado, pero sin despojarse de la forma de puro afecto. La desesperacion del hombre consiste precisamente en no tener bastante poder para hacer en sí mismo real su ideal. Pero Dios, infinitamente poderoso, ni tiene, ni puede sentir la impotencia del hombre. En El, su idea no queda dentro de los pobrísimos límites de lo ideal, como acontece con los conceptos de hombre; su idea tiene una realidad, una existencia interna, verdadera y positiva. De manera que Dios engendrando por su entendimiento su Verbo, su idea, engendra, no una idea abstracta, sino una persona real, su Hijo. Su amor, que es en el hombre el sentimiento con que se complace en sus conceptos, no es en Dios un simple afecto que necesite como en el hombre para su satisfaccion completa, un término real

exterior. Es ya la persona real que ama la perfeccion infinita de la Divinidad; es ya el Amor divino, el Espíritu Santo que procede del Padre amando su Verbo; que procede del Verbo, Persona real, perfectísima imágen de Ser divino infinitamente amable. El Espíritu Santo procede, pues, del Padre y del Hijo como término de amor, como el acto inmanente y sustancial de su amor.

Llegando á este punto el entendimiento comienza á desvanecerse; no puede avanzar un paso mas sin sentirse deslumbrado. Si se me pregunta como es todo esto, responderé: yo no lo sé; salvándome se me dará toda la eternidad para resolver este problema. Detengámonos, pues, retrocedamos, considerando al hombre mejor bajo otra nueva fase.

El hombre siente en sí la conciencia de su propia personalidad: de ese *yo* que no pocas veces es un misterio para nosotros mismos. ¿Quién es y dónde está ese nuestro *yo* al que referimos todo, como se refieren al centro los radios todos de una circunferencia? Porque es una cosa averiguada que consideramos nuestra persona como el centro. Todo lo que no es el *yo*, que es todo lo que existe menos nuestra persona, decimos que nos rodea, que nos cerca, pero estando fuera de nosotros. Mas analizando nuestro *yo* de tal manera se nos adelgaza su idea que casi se nos escapa. Yo hablo como cosa mia, v. g. de mi cabeza, de mi corazon, de mi misma alma, de mi ser todo. Mas ¿dónde está esa persona dueña de mi cuerpo, de mi alma, de todo mi ser? Ante este análisis se desvanece completamente nuestro *yo*. Volvemos á encontrarle cuando le señalamos dueño á quien pertenezcan no nuestras cosas, sino nosotros; no parte de nuestro ser, sino nuestro ser todo: nosotros mismos. Así, pues, nuestro ser con entera independencia de todo lo que no pueda considerarse como parte suya es nuestro *yo*. Es, pues, la persona una sustancia completa en sí misma, dueña de sí misma, subsistente en sí misma, señora de sus operaciones y con la conciencia de su propio señorío. Nosotros solo tenemos conciencia de un solo *yo*, de una

sola persona dueña de un ser bastante pequeño por cierto, pero del que podemos decir absolutamente: «este ser soy *yo*.» Mas en Dios subsistente en tres personas, como la fé nos lo enseña, cada una de ellas puede decir del Ser divino: «Yo soy Dios.» El Padre, el Verbo, el Espíritu Santo pueden decir de la Esencia divina: «mio es este Ser infinito: Yo soy la Divinidad.»

Abramos aquí un paréntesis para encerrar dentro de él esta bellísima idea que completa y perfecciona el altísimo concepto que alcanzamos de la Divinidad. Dios, siendo trino es infinitamente feliz. Para desenvolverla sírvanos de contraste el hombre mismo, imágen de Dios. Imaginaos por un momento á un hombre absolutamente aislado en la creacion; éste á pesar de vivir con su pensamiento y complacerse en él, se encontraria solo, se sentiria solo, se quejaria de solo. Su pensamiento y su amor, simples afecciones de su ser aspirarian siempre y con vehementísimo deseo á un objeto real en que descansen como en su término, y mientras careciese de él seria verdaderamente infeliz. Mas en Dios, en quien es real y persona su Verbo, en quien es real y persona su amor, no puede caber ni soledad ni infelicidad. La mitología crió un Olimpo para Júpiter, ¡miseria! La fé cristiana que nos revela á Dios como Espíritu purísimo, nos deja vislumbrar en su Trinidad augusta esa felicidad suprema que encuentra en la sociedad y comunicacion mútua de sus tres Personas engolfadas en una Esencia infinitamente perfecta é infinitamente amable. Dios no está solo; Dios es infinitamente feliz. Tiene en sí mismo una felicidad siempre presente, siempre eterna; felicidad que el hombre busca fuera de sí, que solo puede encontrar fuera de sí, y cuyo lleno lo hallará cuando sus méritos lo eleven á la posesion del piélago inconmensurable de las perfecciones de la Divinidad.

Ya veis, cristianos, como hemos hallado en la naturaleza y en el hombre, siquiera sean pálidos reflejos de la augusta Trinidad. Antes que S. Juan hablara, habia puesto el Señor su sello en la creacion. Las ideas que he

presentado á vuestras inteligencias son altas y concebibles solo para los que han estudiado en la filosofía cristiana, la naturaleza del hombre, pero infinitamente mas alto está Dios. Los conceptos vertidos os han puesto ante los ojos, en cuanto es posible, la Trinidad de Personas, su orígen y su felicidad. Pero no he terminado. S. Juan concluye con estas palabras: «estos tres son una misma «cosa.» Estas expresiones de S. Juan alejan de nosotros la inteligencia del misterio de la Trinidad que parece entreveíamos ya. ¿De qué manera podré acercar de nuevo este misterio que se desvanece de nuestros ojos deslumbrados? ¿Cómo podré hacerlo nuevamente perceptible, siquiera hasta donde es dado que una lámpara ilumine las profundidades del espacio? Tomaré de nuevo al hombre. Ya no os repetiré que sus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, son una misma alma; ni que sus tres vidas, vegetativa, sensitiva é intelectiva son una misma naturaleza. Tomaré ahora sus deseos y aspiraciones. Os pido perdon primero por tener que apelar á sus afectos profanos para ilustrar este Misterio; mas tambien en ellos está, tambien en ellos se ve la imágen y semejanza de la Divinidad.

¿Habeis estudiado alguna vez el corazon humano? ¿Habeis sentido esos deseos sin nombre, esos caprichos imposibles, esas aspiraciones á cosas de suyo inadquisibles, pero que la imaginacion pinta como posibles y hacederas? Atendedme. Os he dicho que el hombre está solo aunque viva de sus pensamientos y se sienta alhagado por los ideales de su fantasía. Y se siente solo á pesar de que no tiene nada mas íntimo que su pensamiento, ni nada que sea mas suyo que el amor con que lo acaricia. Necesita un ser fuera de sí en que concentre sus pensamientos y sus afectos. Pero este ser que quiere, no lo quiere ni distante ni separado, y por mas cerca que lo tenga, siempre lo creerá léjos, si no está tan próximo á él como su pensamiento, si no le es tan íntimo como su amor, si no se trasfunde en él como una gota en otra gota de agua. Su aspiracion suprema, su deseo imposible seria

hacer de este ser, un ser con él, identificarse con él, pero siendo á la vez distinto de él para no perder la conciencia de su persona que le haria perder la conciencia de su dicha. Pues bien, este deseo del hombre, imposible en esta vida, esta union sustancial, es, segun Santo Tomás, el modo natural del ser de Dios. Las tres Personas divinas realmente distintas, que no se confunden, de las cuales la una no es la otra, están tan íntima, tan sustancialmente unidas que son un mismo ser, una misma cosa como dice S. Juan, un mismo Dios. Así pues, el modo imposible con que el hombre desea en esta vida ser feliz, es la felicidad inefable de Dios. Dios al criar al hombre á su imágen y semejanza, colocando en su corazon tan delicada tendencia, le ha hecho presentir esta última y altísima verdad que las corona todas: «Dios debe ser trino para poder ser feliz; Dios debe ser uno para ser feliz.»

¡Cuán grande, infinito é incomprensible es nuestro Dios! ¡Qué diferencia tan enorme entre las deidades inventadas por la razon extraviada y el Dios de los cristianos! ¡Qué abismo entre el panteismo que arrebata al hombre su personalidad para perderla en una deidad mentida, como se pierde la gota de agua en la inmensidad de los mares y la fé cristiana que conserva nuestra persona en la posesion eterna de nuestro Dios! ¡Qué enseñanzas tan altas despierta en el espíritu del hombre la idea de un Dios trino y uno, Dios que nos llama á una felicidad infinita, como la hemos soñado en esta vida, haciéndonos una cosa con El pero sin perder nada de nuestro ser propio, ni de nuestra propia personalidad!

¡Ah! cómo se derrite de amor mi alma al saber que Dios grande como es se ha dignado acercarse á mí, hasta grabar en mí su imágen y que me haga aspirar, en cuanto puede una criatura, á ser con El una misma cosa en el piélago de su infinidad! El pasmo embarga mi espíritu, sabiendo como sé que para alcanzar ese altísimo fin digno de mí y digno de El, todos tres han obrado por mí estupendas maravillas. Yo sé bien que las operacio-

nes de las tres divinas Personas son comunes, porque nacen de una misma naturaleza; pero me complazco en reconocer, porque así me lo dice la fé y el Credo me lo enseña, que cada una de las tres Personas especialmente ha obrado prodigios pensando en mí. El Padre ha pensado en mí. Ha criado el cielo y la tierra con perfectísima hermosura para que en cierto momento determinado, yo tome parte en la contemplacion de su belleza; me ha elegido á mí entre mil criaturas que serán siempre posibles para que yo sea testigo de tanta grandeza; para conservarme á mí, para cuidar de mí, para ver retratada en mí su imágen, para llamarme á mí hijo y yo á El Padre. El Verbo divino ha pensado en mí. El hombre arrojó una mancha en la parte mas bella de la creacion sensible, y el Verbo para borrarla, bajó del seno de su Padre y tomó la naturaleza humana para crucificar el pecado que babia arrojado esa mancha dejándome un secreto celestial para purificar y hacer resplandecer en mí más y más la imágen de Dios. El Espíritu Santo piensa en mí. Siendo amor, me ha amado siempre y siempre se ha valido de los prodigios del poder del Padre, de los méritos infinitos del Hijo y de los efluvios de su amor para cautivarme á mí para atraerme á sí. Y si el Padre me llama su hijo, y el Verbo encarnado su hermano, El, supremo Amor, no queda satisfecho, sino haciendo de mi alma, su esposa. Para unirme estrechamente en la Divinidad, anticipándome las dulzuras de la eterna posesion ha instituido el sorprendente y admirable sacramento de la Eucaristía por cuyo medio maravilloso las tres Personas hacen mansion en mi alma, preparándola para la mansion eterna y felicísima de los cielos. ¡Cristianos! ¡Este es nuestro Dios: rindámosle el homenaje de nuestra mas profunda adoracion!

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN LA IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA, EL DOMINGO 26 DE MAYO DE 1861, POR EL SR. CURA DE SAN MARCOS

D. Jose Maria Garcia Mendez.

Fides catholica haec est: ut unum Deum in Trinitate, et Trinitatem in unitate veneremur.

Esta es la fé católica: que veneremos un solo Dios en la Trinidad de personas: y esta trinidad en la unidad de Dios.

Símbolo de S. Atanasio al v. 3.

«La fé salva al mundo,» ha dicho un ilustre orador de nuestro siglo (1); y esta frase, tan sencilla cuanto sublime, entraña un principio fundamental de la Iglesia católica. Cuando el corazon de Dios quiere desplegarse

(1) Lacordaire, Serm. 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes de las tres divinas Personas son comunes, porque nacen de una misma naturaleza; pero me complazco en reconocer, porque así me lo dice la fé y el Credo me lo enseña, que cada una de las tres Personas especialmente ha obrado prodigios pensando en mí. El Padre ha pensado en mí. Ha criado el cielo y la tierra con perfectísima hermosura para que en cierto momento determinado, yo tome parte en la contemplacion de su belleza; me ha elegido á mí entre mil criaturas que serán siempre posibles para que yo sea testigo de tanta grandeza; para conservarme á mí, para cuidar de mí, para ver retratada en mí su imágen, para llamarme á mí hijo y yo á El Padre. El Verbo divino ha pensado en mí. El hombre arrojó una mancha en la parte mas bella de la creacion sensible, y el Verbo para borrarla, bajó del seno de su Padre y tomó la naturaleza humana para crucificar el pecado que babia arrojado esa mancha dejándome un secreto celestial para purificar y hacer resplandecer en mí más y más la imágen de Dios. El Espíritu Santo piensa en mí. Siendo amor, me ha amado siempre y siempre se ha valido de los prodigios del poder del Padre, de los méritos infinitos del Hijo y de los efluvios de su amor para cautivarme á mí para atraerme á sí. Y si el Padre me llama su hijo, y el Verbo encarnado su hermano, El, supremo Amor, no queda satisfecho, sino haciendo de mi alma, su esposa. Para unirme estrechamente en la Divinidad, anticipándome las dulzuras de la eterna posesion ha instituido el sorprendente y admirable sacramento de la Eucaristía por cuyo medio maravilloso las tres Personas hacen mansion en mi alma, preparándola para la mansion eterna y felicísima de los cielos. ¡Cristianos! ¡Este es nuestro Dios: rindámosle el homenaje de nuestra mas profunda adoracion!

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN LA IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA, EL DOMINGO 26 DE MAYO DE 1861, POR EL SR. CURA DE SAN MARCOS

D. Jose Maria Garcia Mendez.

Fides catholica haec est: ut unum Deum in Trinitate, et Trinitatem in unitate veneremur.

Esta es la fé católica: que veneremos un solo Dios en la Trinidad de personas: y esta trinidad en la unidad de Dios.

Símbolo de S. Atanasio al v. 3.

«La fé salva al mundo,» ha dicho un ilustre orador de nuestro siglo (1); y esta frase, tan sencilla cuanto sublime, entraña un principio fundamental de la Iglesia católica. Cuando el corazon de Dios quiere desplegarse

(1) Lacordaire, Serm. 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el corazon del hombre, produce la santidad; y cuando la inteligencia infinita de Dios cae sobre la débil inteligencia del hombre, arroja sobre ella una entidad que no puede ser creada ni demostrada por la razon, pero que por virtud de una luz sobrenatural y divina que á la vez le comunica, el hombre puede recibir en su entendimiento, pasando por su corazon, dogmas y verdades veladas por el misterio, de cuya adopcion libre depende su eterna salvacion.

Dios en tres personas; un Dios que ha creado el mundo de la nada; un Dios que se ha hecho hombre para expiar crímenes cuya responsabilidad no era suya, y este hombre Dios, realmente presente entre nosotros bajo las especies del pan y del vino, son dogmas velados á la razon humana, pero que forman toda la arquitectura de la doctrina católica.

Sobrado evidente es, señores, que no ha creado la razon ninguno de estos dogmas, y que no podria con sus propias fuerzas demostrar algo de ellos; porque si la doctrina católica fuese obra de la razon, no seria una obra sobrehumana; si fuese una filosofía, no seria una religion.

Hé aquí porque yo, colocado en fuerza de un precepto en este respetable puesto para hablaros del primer dogma de la religion, el de la Santísima é individua Trinidad, nunca pudiera pretender aduciros principios de rigorosa razon en los cuales apoyase la creencia en tan inefable misterio, ni tampoco persuadiros con razones de teólogos, los cuales en el órden de la verdad, están destinados á establecer la supremacia de la razon, que está en la doctrina católica.

Yo me represento este inescrutable misterio por dos faces; una por parte de Dios, *el cómo del misterio;* otra por parte del hombre, *el por qué del misterio.* La razon jamás podrá demostrarnos como puede ser Dios único en tres personas; como puede un Dios hacerse hombre; cómo pudo morir. Pero sí puede el corazon persuadirse del por qué nos ha manifestado sus tres personas; porqué se hizo hombre; porqué murió. «Así vengo á deciros: que

si el misterio augusto de la Santísima Trinidad es incomprensible y no está sujeto á la demostracion del entendimiento del hombre, debe ser sin embargo objeto de su corazon y de su amor, porque en él considera su creacion, por el poder del Padre, su redencion por el amor del Hijo, y su santificacion por la sabiduría y gracia del Espíritu Santo. Esta idea es digna de una profunda atencion; mas yo estrecharé mis palabras de manera que ocupen el menor espacio y tengan el mayor sentido posible. Espero conseguirlo por la gracia del Espíritu Santo que os suplico impetreis conmigo, interesando á la Vírgen María, digno templo de la Santísima Trinidad. Ave María.

Os he dicho, señores, poco ha, que la fe salva al mundo. Ahora tambien os digo con San Pablo (1) como consecuencia necesaria de este principio, que la fe divina es absolutamente necesaria para la salvacion del mundo. ¿Cómo, pues, podremos adquirir y fortificar esta virtud, esta virtud que siendo necesaria para la salvacion de la humanidad, es á la vez la mas sublime y fácil del cristianismo? La virtud omnipotente, de la cual decia el Salvador: (2) «Todo es posible al que cree; porque en ver-

(1) Ad Hebr. cap. II—6.
(2) San Math. cap. 17—13.

dad os digo: que si tuviéreis fe como el grano de mostaza, fé viva, fervorosa y eficaz, direis á este monte: pasa de aquí allá y él pasará.» ¿Cómo, pues, podremos hoy rectificar nuestra fe respecto del inefable misterio de la Trinidad, que no se presenta á las percepciones naturales del hombre, basadas sobre los principios de la demostracion? Escuchadme.

La fe es un acto del entendimiento, y el entendimiento es la facultad de recibir y combinar las ideas, que son las leyes ó las relaciones eternas de las cosas. La adhesion del entendimiento á las ideas naturales constituye la razon: la adhesion del entendimiento á las ideas divinas forma la fe. Para que el entendimiento comience á desenvolver el gérmen de las ideas naturales y forme la razon de los seres, es necesario un auxilio esterior, que es la palabra humana, pues para que el entendimiento desenvuelva el gérmen de las ideas divinas y llegue á tener fe, necesita de la palabra divina, de la cual es depositaria únicamente la Iglesia católica, porque á ella únicamente ha confiado Dios su Verbo eterno por medio de esta palabra y de su doctrina. Nosotros los católicos adquirimos, reforzamos y cultivamos las ideas religiosas que hemos recibido de Dios mediante ese don gratuito por excelencia, que llamamos gracia, comunicada en el bautismo, que es el nacimiento espiritual del alma. De aquí la frase de San Pablo: «La fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.» (1)

Hace mas de diez y ocho siglos que la doctrina católica ha conquistado el mundo intelectual; y si algunas veces han intentado perturbar su dominio las falsas doctrinas que muchos heresiarcas han inventado y sostenido, la Iglesia en vez de perder un palmo de su terreno, siempre ha salido triunfante, siempre victoriosa, porque siempre ha producido en los espíritus ideas racionales, es decir: verdades que si la razon alguna vez no comprende,

(1) Ad. Rom. cap. 10—17.

no las rechaza ni puede tampoco estinguir. Siempre ha producido ideas inmentables, es decir: verdades que á pesar de la movilidad del tiempo y de la versatilidad del corazon humano, siempre han subsistido, ostentando una raiz de perseverancia y de inmortalidad. Ninguna doctrina puede conquistar los espíritus ni los entendimientos sino á condicion de darles la certidumbre de la verdad. La doctrina católica, dándonos una certidumbre racional y reflexiva, inmutable y soberana, nos ha exhibido la perfecta unidad entre el entendimiento y la doctrina, y ha dado á las almas la ciencia de la vida, como la llamó Santo Tomás enseñándonos: Que Dios es el término del hombre, y que Dios, hecho hombre, es el camino y el medio que le conduce á su fin.

Igual tiempo ha que esta doctrina, exornada con tan sublimes atributos, exaltada por sus conquistas, respetada y amada del universo, se está proclamando en alta voz, por el órgano de todos los Papas y obispos, de todos los concilios y doctores, de todas sus actas y discursos, y de todos los fieles cristianos de diversos nacimientos y facultades, de distintas pasiones y preocupaciones nacionales. Hace diez y ocho siglos, digo, que en alta voz proclaman una verdad fundamental que reconocen el cielo y la tierra. Pero ¿qué es lo que piensan, qué es lo que dicen? Escuchadles. Dicen que hay un Dios en tres personas, autor y conservador del universo; que el hombre ha faltado á la ley de la creacion; que está decaido y corrompido hasta la médula de los huesos; que habiendo Dios tenido piedad de esta corrupcion, envió á la tierra su segunda persona; que hecho hombre vivió con nosotros y murió en una cruz, con cuyo sacrificio nos rehabilitó de los derechos perdidos por el pecado. Dicen que estableció desde entonces su Iglesia, á la cual envió tambien á su tercera persona, el Espíritu paráclito, para que la presida é ilustre, la corrobore y santifique; y han dicho, en fin, que cualquiera que se separe de esta creencia, de esta Iglesia, de ese manantial de luz, de pureza y de caridad, perecerá eternamente. *Haec est fides ca-*

tholica quam nisi quisque fidelites fermiterque crediderit, salvus esse non poterit. (S. Atanasii v. ult.)

Pero se me preguntara tal vez: ¿Qué garantía ofrece la fe católica para ser creida? ¿En qué fuentes ha podido beber esta doctrina que sin apoyarse como una ciencia en la naturaleza y en la razon, da á los espíritus y á los entendimientos una certidumbre inmutable, poniéndolos en relacion con Dios y con sus misterios? Yo responderia, señores, que la doctrina católica está apoyada en la tradicion constante y en la Escritura sagrada. ¿Sabeis vosotros cuál es la fuerza de la tradicion, cuál la de la Escritura? ¡Ah! La tradicion no es solamente la memoria de las cosas que ya no existen; no solo es el lazo que une lo presente con lo pasado, sino tambien lo que une lo pasado con lo venidero. Es la tradicion como uno de esos inmensos oleages del océano en cuyos impetuosos movimientos cada ola empuja á la que le precede y arrastra á la que le sigue. Así la tradicion agita contínua y enérgicamente la palabra y los hechos, los impele de uno á otro siglo, de generacion en generacion, de una familia á otra, y de uno á otro individuo, comunicándoles vida, accion y movimiento. Sin la tradicion, la vida no seria acaso mas que una série de movimientos sin trabazon ni enlace. ¿Y la Escritura? ¡Ah! La Escritura es la sabiduría de Dios oculta en la semilla de la palabra revelada desde el principio del mundo á los profetas, patriarcas y justos del testamento antiguo, conservado para ellos exacta y religiosamente hasta la ley de gracia, continuada y reforzada por el Verbo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, y trasmitida por medio de sus apóstoles á la Iglesia católica hasta nosotros y hasta la consumacion de los tiempos. La Biblia siempre ha sido venerada por todos los pueblos por contener algo mas que el pensamiento de un hombre; mas los católicos le tributamos toda la fe y el homenaje debidos, porque ellos nos manifiestan los signos todos de la santidad, á saber: el signo tradicional, el signo constituyente, y lo que es mas, el signo profético que solo Dios puede haberle comunica-

do porque solo Dios ve el porvenir, solo El penetra con una sola mirada en la profundidad infinita de las causas y descubre los efectos necesarios que han de producir hasta los límites mas remotos de las edades. Hé aquí apenas reseñados los fundamentos de la doctrina católica. Estas dos potencias, la tradicion y la Escritura, nos atestiguan el dogma de la infalible Trinidad.

La tradicion, tomada aun mas allá de la generacion del Verbo, y remontándonos á muchos siglos anteriores, indicaba la pluralidad de personas en Dios. Este dogma y muchos otros del cristianismo, se encuentra, bajo fórmulas confusas y alteradas, en casi todas las teologías de los antiguos pueblos. Segun Platon (In Epinom) el Verbo divino arregló el universo y lo hizo visible; y hablando á sus discípulos sobre la esencia de la divinidad, segun podia comprenderla, y tomando por tema una palabra sagrada y misteriosa formada de tres sílabas, que bien podemos pronunciar *Jehová*, les decia de esta manera: «Lo que buscais y no encontrais, (el principio eterno), está designado en la 1.ª sílaba; lo que oís y no entendeis (el Verbo), en la 2.ª; y lo que vuestra mano busca y no puede tocar (el Espíritu), es la 3.ª: *Jehová*. Estos tres son impenetrables y no forman mas que uno solo. El primero de ellos no es mas brillante y el último no lo es menos.»

Los pitagóricos reconocian la excelencia del ternario y decian: «El tres no es engendrado y engendra las demás fracciones.»

Los estóicos enseñaban la misma teología, segun enseña Tertuliano. En la India, en Grecia y en Egipto, la triple unidad se encuentra en todas las degradaciones del Ateismo. En fin, segun afirma Chateaubriand (1) algunos misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la region de los salvajes. ¿De dónde pue-

(1) Génio del Cristianismo. Tomo I.° Libro 1.° cap. 3 y en los Estudios Históricos.

den proceder estas semejanzas entre pueblos tan diferentes y acerca de una materia tan abstracta, sino de una revelacion hecha por el mismo Dios á la humanidad y trasmitida de unos á otros siglos, de unas á otras generaciones, de unos á otros pueblos? Tal es la tradicion y la Escritura.

La palabra de Dios se ha fijado realmente por la Escritura. La Providencia ha confiado el símbolo de las verdades eternas á la humanidad: Primero á los Patriarcas y Profetas de un pueblo milagroso y despues á la Iglesia católica. Así se formaron los testamentos antiguo y nuevo. Abrase el Génesis, y en sus primeras líneas y en los primeros actos de la omnipotencia y misericordia de Dios, luego advertirémos la revelacion de la Trinidad divina en la formacion del alma humana, que podriamos llamar una Trinidad creada. «En la creacion del universo, dice Bossuet, (Serm. de Trinitat) todas las obras fueron hechas con palabras de mando; solo el hombre con palabras de consulta. Sea hecha la luz; sea hecho el firmamento. *Fiat lux:* Estas palabras son de mando. El hombre fué creado de otra manera que tiene algo de misterioso y magnífico. No dice Dios sea hecho el hombre, sino toda la Trinidad dice por comun acuerdo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.* ¿Qué significa este modo de hablar? Que la Trinidad comienza á revelarse en la formacion de la criatura mas privilegiada, para imprimirle su imágen y semejanza.» ¿Se quiere algo que sea mas formal? No hay. Despues de la trasgresion del hombre dijo el Sr. Dios: Hé aquí á Adan, hecho como *uno de nos*, sabiendo el bien y el mal: ahora pues, impidámosle que alargue su mano y tome del árbol de la vida. El Señor Dios le arrojó del paraíso del deleite (Génesis, cap. 3-22).» Se desea todavia frase mas explícita de la concurrencia de la Trinidad de personas en actos supremos de los destinos del hombre? Escuchad lo que mas adelante nos refiere el mismo Génesis: «Descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adan, (la torre de Babel) y para castigar su ingratitud y exterminarlos en pena de su rebelion, exclamó: Venid, pues, descendamos y confundamos su lengua de manera que ninguno entienda á su compañero. Y les esparció el Señor.» (Gen. c. 11.—5. 6. 7.) Estos pasages, que pudieran multiplicarse tomándolos de otros libros del Antiguo Testamento, no admiten comentarios, pues revelan en Dios una pluralidad de personas distintas.

Pero en el Nuevo Testamento hay todavia testimonios mas explícitos y eficaces. Recordemos solamente algunas frases sublimes proferidas por el mismo Verbo de Dios hecho hombre. El Evangelio de S. Juan (cap. 14. 15 y 16) nos refiere esta doctrina que Jesus daba á sus apóstoles pocos momentos antes de su pasion: «Salí de «mi Padre y vine al mundo: ahora dejo al mundo y vuelvo á mi Padre, y yo le rogaré y os dará *otro consolador* «para que more siempre con vosotros, el Espíritu de verdad.» En otra parte: «Al que me ama, mi Padre le «amará y *vendremos* á él, y *haremos* en él *nuestra* mansion.» Mas adelante: «Padre Santo, guarda por tu nombre á los que me diste, para que sean *uno como nosotros.* No ruego solamente por ellos, (los apóstoles) sino «tambien por los que deben creer en mí, á fin de que todos no formen mas que uno; y así como vos, Padre mio, «estais en mí y yo en vos, sean ellos tambien uno en nosotros.» ¡Qué sublime doctrina! ¡Cómo eleva al hombre sin rebajar en nada la dignidad de Dios! ¡Hacer que seamos todos uno de la misma manera que son uno el Padre y el Hijo unidos por el Espíritu Santo! ¡Oh grandeza, oh dignidad de la Iglesia católica! «¡Oh santa sociedad de los fieles, exclama aquí Bossuet, que debe ser «tan acabada y perfecta, que Jesucristo le da por modelo la misma unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu «Santo! Sean uno, dice el Hijo de Dios, no como los «apóstoles, no como los arcángeles, no como los querubines ni como los serafines, sino *uno*, dice, como *somos nosotros.*»

Todavia mas, señores. En las actas apostólicas, en las

diversas y numerosas cartas de San Pablo y en las de los otros apóstoles abundan en las frases y en los conceptos que vertieron sobre los primeros fieles, la idea de la inefable Trinidad. El apóstol San Juan, el génio cuya inteligencia remonta hasta la eternidad, en la primera de sus cartas estableció este principio ortodoxo: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son solo un Dios.» (Joan 1.ª c. 5-7). Así quiso, segun el sentir de varios expositores, inculcar á sus discípulos la divinidad de Jesucristo, reconocida y declarada por el Padre en el Jordan y en el Tabor: sostenida por el Verbo, unido á la naturaleza humana, ya en los milagros que obraba, en comprobacion de la verdad, y ya tambien por sus manifestaciones á sus discípulos, á los pueblos y aun ante los tribunales en que compareció, y confirmada por el Espíritu Santo que comunicó á los apóstoles en el soplo de Pentecostés, la gracia y la sabiduría, la fortaleza y la constancia, el zelo y la caridad que legaron á la Iglesia católica, para reconocer y adorar los tribunales de un Dios en tres personas. Por esto ella, robustecida con la infalibilidad de que la dotó su divino autor, reconoce á la Augusta Trinidad en todos sus actos, la invoca en sus sacramentos, la aplaca en su sacrificio, la ruega en sus oraciones, la interpela en su legislacion, la reconoce en sus gracias y la teme en sus penas. ¡Ah, señores! Aquí es necesario exclamar con San Pablo (Ad. Rom. c. 11-33) ¡Oh profundidad insondable de las riquezas y sabiduría de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios é impenetrables sus caminos!

¡Qué doctrina tan santa, vuelvo á exclamar, que no solo nos da de la naturaleza divina la idea mas conforme á las exigencias de la razon, sino que nos incita de un modo irresistible, á rendirle á la Trinidad divina el homenaje de todo nuestro amor! ¡Quién no creerá y quién no amará á la Santísima Trinidad que se ha manifestado con toda claridad á los hombres en la participacion de las tres personas divinas, en el gran plan de nuestra redencion? El Padre que la promete, el Hijo que la ejecuta y el Espíritu Santo que la consuma! El Padre preparando desde la caida del hombre la venida de su Unigénito. Este apareciendo en el término prefijado, viviendo entre nosotros y sometiéndose á todas las condiciones satisfactorias exigidas por la justicia de su Padre, y el Espíritu Santo generalizando y perpetuando en la Iglesia de Jesucristo las semillas de gracias y de salud, que son el fruto de su expiacion. Sin la fe del misterio de la Trinidad nunca pudiéramos comprender ni apreciar nuestra redencion.

Para concluir, señores, os anuncio un ingenioso pensamiento de un orador católico que poco ha os he nombrado, el P. Lacordaire en su sermon 13. «La fe, dice, no solo es un acto del entendimiento, sino tambien de la voluntad. En tanto que se cree en cuanto que se ama.» Es verdad, porque la voluntad es la facultad de amar. Se cree y se ama; se ama y se cree. Del entendimiento emanan dos rios, el rio de la razon y el de la fe. De la voluntad brotan tambien dos raudales; el del amor natural y el del amor divino, todos los cuales á mi modo de ver, reuniéndose en cierto punto, van á parar al corazon. El amor natural y la razon nos arrastran al amor del mundo; la fe y el amor divino nos atraen y nos llevan á Dios. La palabra de la Iglesia católica encuentra en el alma y despierta en ella el gérmen de las ideas divinas; tambien encuentra y escita en el alma y despierta en ella el gérmen del amor divino. Así, pues, la palabra divina nos da la fe y nos da el amor que nos ponen en relacion con Dios. Con Dios Padre que nos crió y conserva por una omnipotencia de amor; con Dios Hijo que nos redimió con una obediencia y resignacion de amor, y con Dios Espíritu Santo que nos ilustra y nos santifica con una sabiduría y eficacia de amor. Por esto nuestra voluntad debe ser toda de Dios. Sin la voluntad todo es imposible; así la fe como todo lo demás. Sin el amor no podremos jamás acercarnos á Dios, menos co-

nocerle, mucho menos merecer el amor que Dios nos tiene. Cuando el hombre rechaza el cristianismo, rechaza por una ingrata prevencion el mayor amor que ha buscado al hombre. Cuando el hombre ama á Dios alcanza la fe y la alcanza por el camino del amor. Su alma, que difícilmente hubiera correspondido á las ideas divinas, á causa de su elevacion, ha respondido sin trabajo al contacto de la caridad y ha reconocido á Dios en la bondad mas que en la luz.

Vosotros, sábios y filósofos del mundo, hombres de razon solamente, que habeis revuelto mil doctrinas, muchos libros y mil ideas, buscando, no la verdad sino sus objeciones, guiados, no por el amor á Dios, sino por el vuestro propio que os impele al orgullo de la celebridad de funestas invenciones, yo os pregunto: ¿Qué fruto habeis sacado de vuestras prevenidas investigaciones? ¡Ah! La incredulidad; al menos la duda. Duda que os inquieta y confunde al acercaros á la muerte; duda que os hace gemir y estremecer en esa hora suprema en que la verdad vence á todos los hombres; duda que hasta allí abandonais porque hasta allí calificais el valor del catolicismo y el valor de la incredulidad, y estampando entónces vuestros moribundos lábios en la imágen del Crucificado, *comenzais á adorar lo que habeis blasfemado y á maldecir lo que habeis adorado*. Hora suprema de la Iglesia aunque la Iglesia no tiene una hora en que no reciba abrazos largo tiempo rebeldes, en que no haga nacer á la fe y al amor á sus propios enemigos. ¡Madre dichosa, que es reconocida y estrechada por los brazos de los que la atormentaban! Por el contrario. ¿Cuál es el católico que se duele de su fe en la hora de la muerte? Ninguno. ¡Ah! Nosotros, sacerdotes de Jesucristo, despreciados y odiados de los filósofos, pero fieles á la Iglesia católica, creemos sinceramente sus dogmas, que no ha hecho la razon de la filosofía y que tampoco puede demostrar ni combatir. Los creemos hace diez y ocho siglos, y no solo los creemos, sino que tambien los proponemos á los hombres de razon, y morimos en fe y en amor. Así morian los

primeros cristianos bajo el imperio de los Nerones y los Tiberios, en los patíbulos, en las hogueras y en los circos. Así mueren aun los misioneros apostólicos entre los infieles y los salvages. Con fe y amor mueren los justos en los monasterios; con fe y amor mueren las vírgenes en los claustros; con fe y amor mueren todos los católicos verdaderos y fieles en sus lechos, colocados al frente de una cruz, sea en la prosperidad ó en el infortunio. Así tambien nuestros hombres del pueblo, sin ciencia ni razon, pero fieles á las promesas del bautismo, en las cabañas y en sus pobres chozas, mueren con la fe del rústico, pero con el amor del hombre de corazon, del hombre de génio. ¿Quién de mis hermanos que me han escuchado no deseará y protestará vivir y morir en la fe y amor de la Santísima Trinidad?

Eterno Dios y Señor de los cristianos, que te dignas concederles que por la confesion de la verdadera fe conozcan la gloria de su eterna Trinidad, y por la omnipotencia de su magestad adoren tu esencial unidad, consérvanos y fortifícanos en esta fe y en el amor que ella nos engendra, á fin de que por la gracia del Espíritu Santo y por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, te conozcamos Dios trino y uno y te amemos en el cielo por todos los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

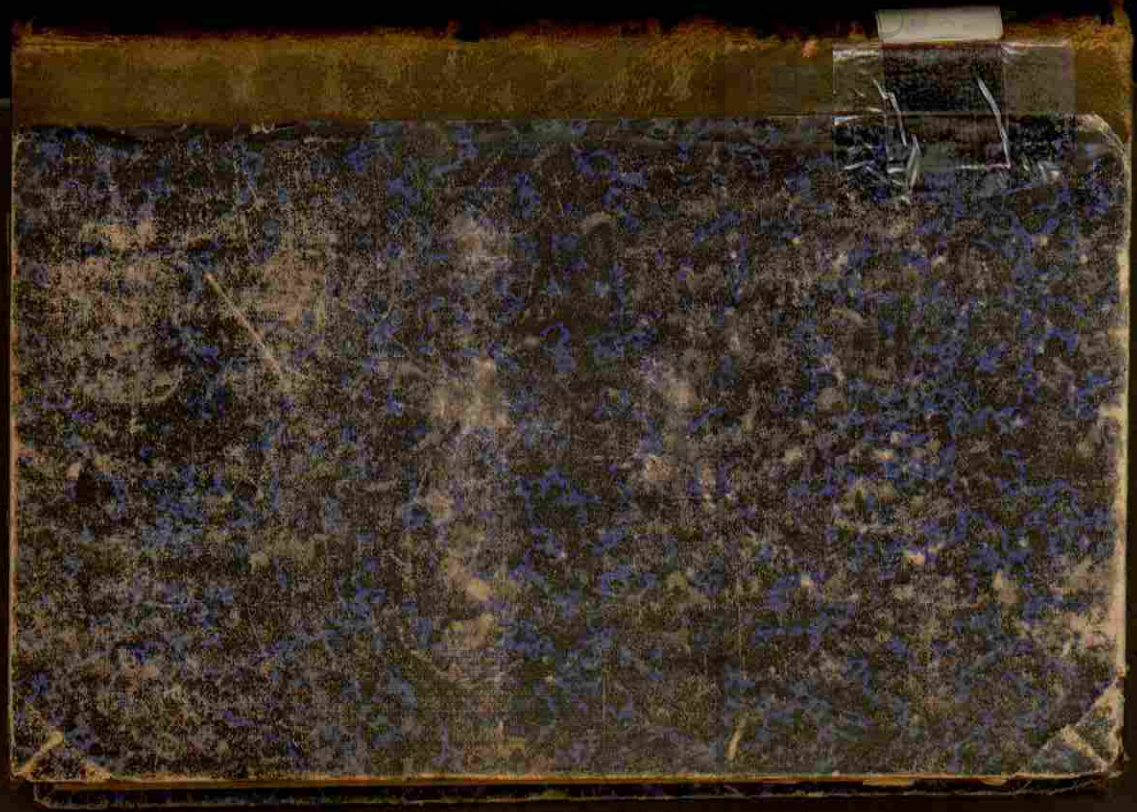
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PAGINAS.
Introduccion	7
Sermon sobre la Encarnacion, predicado por el Illmo. Sr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros	9
,, de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, predicado por D. Miguel Gerónimo Martinez	24
,, de id. predicado por el Sr. D. José J. Diaz	43
,, de id. predicado por Fray Manuel Pinzon	54
,, del Corazon de Jesus, copiado de El Mensajero del Corazon de Jesus	69
,, de id. predicado por el Sr. Cura D. J. J. Bazo Ibañez	80
,, de id. ,, por D. Ramon Vargas Lopez	88
,, de id. predicado por el Illmo. Sr. Obispo de Tamaulipas.	100
,, de Epifanía predicado por D. Luis G. Corral	118
,, de ,, (Anónimo)	128
,, de los Santos Reyes Magos (Anónimo)	140
,, del Santo Nombre de Jesus, predicado por D. Miguel García Mendez	156
,, de id. predicado por el Illmo. Sr. D. Pelagio A. de Labastida	165
,, del Niño Perdido, predicado por el Illmo. Sr. D. José María Diez de Sollano	180
,, de id. predicado por el Dr. D. Juan de Sarria y Alderete.	188
,, del Niño Cautivo, por el Illmo. Sr. D. José María Diez de Sollano	213
,, de Institucion, predicado por D. José María Cid y Leon.	219
,, de id. predicado por el Illmo. Sr. D. José María Diez de Sollano	227
,, de id. predicado por D. Felipe S. Pulido	233

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PAGINAS.

Sermon sobre el Velador del Santísimo, predicado por D. Antonio Perez y Amador 240
„ de id. predicado por D. Ramon Vargas 252
„ de id. predicado por D. Francisco Flores 266
„ de Resurreccion, (Anónimo) 274
„ de id. (Anónimo), copiado del Año Eclesiástico 290
„ de id. predicado por D. M. García Mendez 303
„ de la Ascension (Anónimo) 317
„ de id. predicado por D. Ignacio G. Dominguez. 332
„ de Espíritu Santo, predicado por Fray José Roldan . . . 345
„ de id. predicado por el Illmo. Sr. D. José María Diez de Sollano 353
„ de id. predicado por D. Joaquin del Bazo 363
„ de Eucaristía, predicado por D. Francisco J. Correa y Diaz 380
„ de id. predicado por D Francisco Flores 390
„ de la Vela Perpetua, predicado por Fray Mandel de la Visitacion Tamayo 398
„ de Corpus, predicado por D. V. Guadalupe Romero. . 411
„ de id. predicado por D. José J. Diaz 427
„ de id. predicado por D. M. García Mendez 440
„ de la Santísima Trinidad, predicado por el Illmo. Sr. Ormachea 449
„ de id. predicado por D. Pablo de J. Sandoval 465
„ de id. por el Sr. D. José M. García Mendez 479

FIN DEL INDICE DEL TOMO I.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS